Anales de la Escuela Internacional de Arqueología
y Etnología Americanas.

EL FOLKLORE DE OAXACA

Recogido por

Paul Radin

Y publicado por

Aurelio M. Espinosa

Publicado por la Escuela Internacional de
Arqueología y Etnología Americanas,
con la cooperación de The Hispanic Society of America.
G. E. Stechert & Co., New York, 151-155 West 25th St.

EL FOLKLORE DE OAXACA

Anales de la Escuela Internacional de Arqueología
y Etnología Americanas.

EL FOLKLORE DE OAXACA

Recogido por

Paul Radin

Y publicado por

Aurelio M. Espinosa

Publicado por la Escuela Internacional de
Arqueología y Etnología Americanas,
con la cooperación de The Hispanic Society of America.
G. E. Stechert & Co., New York, 151-155 West 25th St.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA
CALLE TENIENTE REY 27
HABANA, CUBA.

INTRODUCCIÓN

Los cuentos oaxaquenses que publicamos con el título de FOLKLORE DE OAXACA, fueron recogidos bajo la dirección del Dr. Paul Radin en el Estado de Oaxaca. La mayoría de los recitadores de los cuentos nos son desconocidos, pero sin duda alguna fueron indios y mexicanos de Oaxaca, porque todos los que los escribieron para entregárselos al Dr. Radin fueron muchachos escolares, o de la Escuela Normal de Oaxaca. Los que entregaron materiales de los pueblos de Mitla, Santa María Tule, San Francisco Cajonos, Zimatlán y Yalalag y los que apuntaron los materiales de las tribus mixteca, chatino y mixe no eran escolares. Todos sabían el español bastante bien y lo podían escribir, aunque muy mal en algunos casos. Los que mejor conocían el español y lo escribían bastante bien eran los indios de Talea y de San Mateo Cajonos. No podemos decir con seguridad cuáles fueron las fuentes de los que recogieron y escribieron los materiales. Como queda dicho arriba es de suponer que la mayor parte de los materiales fueron recogidos de entre los indios y mexicanos de Oaxaca, donde los que recogieron los cuentos residían, pero es también indudable que los obtenían de todas fuentes posibles. El Dr. Radin fué a México en el año 1912, como alumno de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología mexicanas, y sus investigaciones especiales tocaban los idiomas indígenas de Oaxaca. La colección de los cuentos fué simplemente dirigida por él. Los indios copiaban lo que otros les recitaban o lo que ellos mismos sabían y se lo entregaban al Dr. Radin. Él examinaba el material, interrogaba a los informantes sobre el origen de los cuentos, la fidelidad del manuscrito, etc., desechaba los cuentos que le parecían copiados o compuestos, etc., daba a los colectores nuevas direcciones, y de esta manera logró reunir una vasta colección de cuentos, mitos y tradiciones, lo mejor de la cual publicamos ahora, con la esperanza de que ha de ser de algún provecho para los estudios folklóricos de Norte América, especialmente en cuanto a la relación entre la tradición española y la indígena, y lo mucho interesante que contiene para el conocimiento de los zapotecas, mixtecas y pueblos afines modernos.

La manera de cómo los indios mexicanos han asimilado los elementos tradicionales de sus conquistadores europeos sorprende sobremanera. Al principio los coleccionadores del Dr. Radin entregaban solamente cuentos de animales y cuentos humanos. Desde luego se ve que la mayoría de los cuentos de esta especie son cuentos europeos tradicionales, la tradición española en pleno vigor. [1] El Dr. Radin nos informa que para obtener cuentos de procedencia no española, mitos indígenas, en particular los que se refieren a la creación, a la idolatría y a fenómenos naturales, fué necesario hacer muchas indagaciones. El indio no contaba de buena gana los mitos que se referían a sus creencias antiguas y actuales. No sabemos si esto era debido a su natural repugnancia a relatar sus tradiciones o al hecho de que la tradición indígena ya está para desaparecer y era actualmente difícil encontrar mitos de esta tradición. Sea como fuere, el caso es que el indio ha asimilado la tradición española por completo y la indígena ya no está en vigor. Los mitos sobre la creación y sobre los ídolos, y tal vez también algunos de los cuentos de brujos, son sin duda alguna de procedencia indígena pero éstos no son muy abundantes. Además, la tradición española se ve también en algunos de estos materiales. De la misma manera la tradición indígena habrá influido también en los cuentos de procedencia europea, que son los más abundantes de la colección.

Nuestra publicación se da a la prensa de mala gana. Ya se ha dicho de qué manera fueron recogidos los cuentos. Cuando se nos entregó el material para publicación se presentaban desde luego muchas dificultades. Ignorando las fuentes de la gran mayoría de los cuentos y siendo muchos de ellos escritos en estilo alambicado y artificial, saltaba a la vista el hecho que una gran parte del material no era de fuentes populares, es decir, no era folklore en el verdadero sentido, sino material mitad popular y mitad imaginado o compuesto para la ocasión, y en algunos casos hasta copiado enteramente de los libros. Para dar una idea de lo complejo y exótico de la colección original basta decir que se encontraban en ella ya no solamente composiciones escolares en los mismos cuadernos con los cuentos realmente populares españoles, sino que también materiales puramente literarios, verbigracia, fábulas de Samaniego, evidentemente

---

1 La gradual decadencia de la tradición india en México es un hecho sorprendente, pero innegable. Aun la tradición azteca que representaba, como todos saben, un alto estado de cultura ha decaído casi por completo. Quizá algún día alguien estudie los elementos primitivos y constituyentes del espíritu de los pueblos indígenas que en México alcanzaron a un grado alto de cultura en su relación con los elementos primitivos y constituyentes del espíritu español y la tradición hispana. Las diferencias son grandes, pero hay también semejanzas sorprendentes. El fanatismo católico, por ejemplo, no le cuadraba mal al indio. Hasta cierto punto sustituía su primitiva idolatría. Restos de las tradiciones antiguas se han encontrado en el territorio de Tepic entre los Huicholes y Coras; entre los indios Tarahumare; entre los Lacandones del Río Usumacinta y hasta en el pueblo de Milpa Alta del Distrito Federal. (Véase Carl Lumholtz, *Decorative Art of the Huichol Indians; Unknown Mexico;* K. Th. Preuss, *Die Nayarit-Expedition;* A. M. Tozzer, *A Comparative Study of the Mayas and the Lacandones;* Isabel Ramírez Castañeda, *El folk-lore de Milpa Alta,* XVIII International Congress of Americanists, London 1912, II, p. 352.)

copiadas de un libro. Desechado desde el principio mucho de este material, había todavía que examinar el material detenidamente para no incurrir en el error de publicar cuentos copiados o tradiciones imaginadas por los indios que nos entregaban el material. Esto hemos hecho lo mejor que hemos podido. Lo que se publica es en su totalidad material popular y creemos que tiene su valor científico como ya queda dicho.

Dadas estas explicaciones en cuanto al material mismo, queda hacer todavía otras también de capital importancia para el folklorista y para el filólogo, y éstas se refieren al lenguaje. Claro es que, dada la manera de cómo los materiales fueron reunidos y primeramente escritos, no hay ni unidad ni exactitud en el lenguaje. Opino que nuestra colección contiene muchos cuentos que revelan versiones bastante fieles de material popular, y por estas razones se hace la publicación. Es en realidad una abundante colección de cuentos populares, la mayoría de ellos de procedencia española, aunque en algunos casos confundidos con tradiciones indígenas. En cuanto a los episodios de los cuentos considerados en su conjunto general, es decir, considerando las ideas que encierran, podemos decir con bastante seguridad que tienen valor científico; pero del lenguaje no se puede decir cosa semejante. A nuestro modo de ver, una obra como la actual no puede representar ni el lenguaje popular del pueblo de Oaxaca, es decir, el español popular del indio o mexicano de Oaxaca, ni tampoco el lenguaje culto de esa región. Hemos tratado de reproducir el lenguaje original de los manuscritos que los escolares indios entregaron; pero no era posible hacerlo siempre, porque en muchos casos venían tan mal escritos que estábamos obligados a hacer algunas correcciones, a fin de no publicar oraciones sin verbos, verbos sin sujetos, e ideas incompletas. Pero hechas todas las correcciones absolutamente necesarias, todavía quedaba un español muy malo, y en algunos casos así se ha publicado. Empero, la mayor dificultad en el lenguaje de estas composiciones se encuentra en el hecho de que los indios cambiaban el lenguaje original y trataban de escribir los cuentos en buen español, resultando de ello que nuestra colección se nos entregó escrita en un español híbrido, ni popular ni literario, fiel en cuanto a los hechos contados, casi imposible en cuanto al lenguaje. Por estas razones hasta temo que hayamos desechado algún cuento verdaderamente popular por haberlo encontrado vestido de un lenguaje pedantesco que recordaba desde luego una pésima composición escolar. Sin embargo, algunas de las composiciones revelan con bastante fidelidad el lenguaje popular. Para el estudio de la fonética del español popular de Oaxaca no creo que nuestra publicación tenga valor alguno. Como en el mismo cuento el indio escribía *creiba, creía, ténganos, tengamos, muncho, mucho, pa, para, disir, decir, ella, eya, fuera, juera, haya, haiga, aiga, pues, pus, pos, desde, dende, ende, creer, crer,* etc., etc., no creímos que había necesidad de tratar de reproducir todos estos errores. En la sintaxis sí habrá mucho de gran interés para el filólogo. Se ha corregido la ortogafía y se han introducido vocablos que evidentemente olvidó el que escribía, pero por lo demás el lenguaje es el original.

El estudio comparativo de los materiales que ahora publicamos se hará en otra ocasión. Ya queda dicho el carácter general de la obra. La mayoría de los

cuentos son de origen español. El estudio de esta parte de la colección es de capital importancia para el folklore hispánico de América. Según nos indica el Dr. Radin, el indio habrá asimilado muchos de estos cuentos, en particular los cuentos de animales, por la semejanza que habría entre los cuentos españoles y los indígenas. Contiene la colección, sin embargo, mucho material probablemente indio, a saber, los cuentos sobre los ídolos y los mitos sobre la creación.

AURELIO M. ESPINOSA.

Stanford University, Cal., Abril de 1917.

FOLKLORE DE OAXACA

I. MITOS SOBRE LA CREACION Y SOBRE LOS ÍDOLOS

1. EL ORIGEN DEL MUNDO A.

Tolea, Villa Alta.

Muy alegremente un gallo se paseaba por un lugar muy triste, que parecía que ningún otro animal había por allí. Nuestro valiente gallo iba cantando con su voz tan sonora como lo sabrán que es. Pero al llegar a un lugar muy hermoso, se dijo:—¡Qué hermosa es la tierra! ¿Cómo no hay por aquí un compañero para platicar con él? Pues quiero ver como fué que el mundo se formó.

Después de hablar mucho, salta un toro que estaba durmiendo por allí y dice:—¡Oh! mi amigo gallito, desde hace un momento que tú estás hablando solo diciendo ¿cómo no hay un compañero? Oyendo esto, he salido a encontrarte, porque verdaderamente me dió tristeza al oirte. El gallo sin pérdida de tiempo contestó:—¡Qué bueno estuvo esto! ¿Dónde estabas, que mi ruido se oía?—¡Ah, mi amigo! yo estaba descansando bajo el árbol que ves aquí cerca. Pero al oír tus quejidos, he salido a encontrarte para que platiquemos algo; pero antes, me vas a decir qué cosa quieres que yo te platique.—Mi amigo, yo quiero que me platiques algo de cómo el mundo se formó—respondió el gallo. El toro replicó:—Muy bien, mi amigo. Comenzaré. Cuando yo era niño, me acuerdo muy bien que mi papá, por las noches nos decía:—El mundo lo formaron nuestros padres.—Y ¿cómo lo formaron?—El abuelo de nosotros tomó cierto día un pedacito de barro y comenzó luego a formar una cosa como piedra. Esto hizo en el primer día. El segundo día llamó a muchos hombres para que le ayudaran, lo cual consiguió muy pronto. Una vez reunidos, los trabajadores comenzaron luego a poner en su lugar aquello. Por fin, después de muchos años llegaron a formar el terreno.

—Pero yo digo—respondió el gallo,—hay muchas cosas que yo quiero ver: cómo los abuelos pudieron formar, por ejemplo, para poner el agua; para hacer que las plantas crezcan; para hacer que nazcan; para hacer las estrellas; para formar los animales que habitan en la tierra.—Pues te voy a decir una cosa,—respondió el toro,—que, cuando Dios vino al mundo, fueron los abuelos de nuestros abuelos a preguntarle cómo se hacía para

hacer las cosas. Entonces, allí les dió una especie como semilla, por ejemplo, para que las plantas nacieran; les dió ciertas semillas y después les explicó cómo se hacía.—Explica más o menos cómo les dijo.—Pues de esta manera les dijo: Las semillas para que nazcan, las echan bajo de la tierra. En seguida, las tapan. En fin, todo lo que se hace ahora con las semillas. —Pero de ningún modo creo que los abuelos hayan hecho la tierra porque yo creo que en un principio no existían los hombres, ni mucho menos los animales. Ahora, cuando tu abuelo se puso a hacer la tierra, si no había hombres para que lo ayudaran, ¿de dónde los tomó?—Pues lo consiguió pidiéndoselos a Dios, quien los bajó de quién sabe dónde, y les recomendó que le ayudaran; y así, de esta manera, pudo seguir continuando su obra, hasta que por fin llegó a terminarla, como ahora lo ves.—Convenido que tu abuelo haya formado la tierra, los animales y las plantas; pero una cosa, ¿cómo tu abuelo, siendo tan pequeño, pudo hacer el mundo tan grande como es? Lo que prueba, pues, que tú tratas de engañarme.—No te engaño, mi amigo gallito, pues te voy a demostrar cómo hizo. Tenía un gran poder puesto que lo que hizo fué con su fuerza. Construyó montañas. Por ejemplo, un día hizo la montaña que ves allí.—Pero una cosa, ¿qué no había animales todavía?—No mi amigo, hasta después fué que él mismo formó los animales, que mucho después se volvieron feroces y hasta lo mataron porque ya no quisieron obedecerlo y de mohina lo mataron.—Voy a decirte una cosa. Si tu abuelo formó el mundo, ¿cómo fué que formó las aguas, el aire, la luz y otras cosas que ahorita voy a decirte?—Pues mi abuelo, para formar el agua, primero lo que hizo, fué coger una especie de palo que lo cortó con un cuchillo. En seguida, saltaron unas gotas de agua que las recogió en una vasija.—Pero ¿cómo hizo después para que aquellas gotas aumentaran que hoy alcanzan no sólo para tomar sino para regar?—Mi abuelo, lo que hizo, fué buscar unos aprendices que los enseñó después. Ya una vez que supieron, los dejó encargados de hacer mucha agua y así, de esa manera, ya no hubo necesidad de que él mismo se pusiera a hacerla. Ahora, para que hiciera las demás cosas, como el aire, pues lo que hizo, fué construir un gran fuelle y se puso a halar obteniendo así el aire.—Pero voy a decirte una cosa, ¿quiénes se pusieron a hacer tanto aire que nos rodea?—Dios y sus aprendices, que eran muy inteligentes; así pudieron inventar muchas cosas que hay en nuestros días, que tenemos a la vista y que nos sirven de mucho, pues sin aire, nosotros hubiéramos desaparecido, habríamos muerto de asfixia; pero debemos darle gracias a mi abuelo que tenemos todo.

El gallo replicó:—Pero si tu abuelo hizo el mundo, ¿porqué no mi abuelo, o los dos, trabajaron, supuesto que han de haber vivido juntos?—Mi abuelo me ha platicado que conoció a tu abuelo, pero no pudo ayudarle porque para que hiciera la tierra, necesitó mucha fuerza y tu abuelo no tenía; lo que impidió que ayudara a mi abuelo para formar la tierra siquiera como de aprendiz. El gallo contestó:—Estoy muy conforme con lo que me dices. En verdad, mi abuelo fué muy débil, y la prueba la tenemos de que yo no puedo cargar cosas pesadas, cuando mucho tres o cuatro cuartillos de cual-

quiera cosa. Si cargo más, resulta que me enfermo mucho y principalmente de la espalda, que es de donde más trabajo, lo que me detiene a que cargue cosas pesadas, como por ejemplo, una piedra que es muy pesada. Ahora que digo piedra, quiero que me digas si también tu abuelo construyó las piedras, el hierro, el bronce, el estaño, el zinc, en fin todo lo que se refiere a las cosas que no crecen.—Precisamente, mi abuelo sólo construyó estas cosas porque son muy pesadas y ningún otro podía cargarlas ni llevar sustancias de que están formadas para hacerlas. Sería muy largo que yo te platicara esto. Después te contaré más.

Nuestros inteligentes animalitos prosiguieron su conversación de esta manera:—Mi buen amigo, tú me has platicado mucho, pero nada me has dicho, sino apenas el origen de la tierra, y yo quiero saber de todo desde el primer animalito hasta el último; quiero decirte desde los más pequeños hasta los hombres como nosotros. Ya ves tú que nosotros hacemos muchas cosas que nadie puede hacer, cosas tan grandes, de una manera tal, que no hay quien pretenda hacer algo más grande. Pronto quiero que sigas platicándome de estas cosas.—Con mucho gusto, mi querido gallito; sabes que voy a contarte muchas cosas para que no ignores como se formó nuestro bendito suelo y verás cuántas cosas y con qué trabajos mi abuelo y los demás hombres lograron que la tierra se formara. Ayer estuve platicando de como había aparecido el hombre, las plantas y otra multitud que se encuentra en la tierra y en la superficie. Ahora quiero platicarte, además, del agua y de los mares.

—Pues una vez que mi abuelo se arregló con Dios que le ayudara hasta donde pudiera, le dijo:—Mira, me harás todo cuanto quiero; yo te daré una gratificacción en recompensa de tu trabajo Y habiendo contestado mi pobre abuelo que sí le ayudaría, Dios le dijo:—¡Mira! ahora vamos a hacer el agua de esta manera, porque la hemos hecho, pero no es suficiente para que tomemos. Esto, que tengo en las manos, es una especie de lodo que he venido formando contigo. Voy a hacer unos pocitos para tener donde guardar más gotas de agua; pero antes, no he acabado mi obra. Ponte a acabarla tú, porque yo no puedo, porque estoy deteniendo esto, pues pesa mucho y con la otra mano tampoco puedo. Mi abuelo, sin que le dijera una sola palabra, se puso a terminar la obra muy triste para conducir el agua más pronto; y después de varios días, resolvió su problema que llegaría el agua con más facilidad por medio de un burro o por medio de un animal más fuerte que hubiera. Pero como todavía no existía ningún hombre, le dió parte al Señor de lo que pasaba, quien se compadeció de él, diciéndole que no tuviera cuidado, que él le daría un burro, que era el hombre que tenía más fuerza, y que no muy fácil se cansaba, según lo sabía. Mi abuelo, sabiendo esto, se puso muy contento. Después de ocho días, mandó el Señor que fuera a sacar aquellos magüeyes que había ido a enterrar, hacía unos días. Cumplió con lo que le recomendó el Señor, y una vez que tuvo el magüey delante del Señor, le dijo que machucara aquello. Esto lo hizo en muchos días porque comía mucho el agua de aquellos magüeyes; pero logró prepararlo muy bien de manera que pudiera fabricar lo que querían

con mucha facilidad. Teniendo estas cosas, necesitaba buscar de qué manera había de cargar el burro para que no se cansara mucho. Se resolvió esto consiguiendo una especie de paja. Mandaron a traer el burro para comenzar a arreglar el viaje. El hombre, o más bien el Señor, mandó que se trajera a aquel individuo que iba a trabajar con el abuelo mío. Una vez estando el individuo ya presente, mi abuelo lo primero que hizo fué poner aquella paja que había encontrado, sobre los lomos de nuestro buen amigo burro. Este animal, al sentir aquello muy blando, no hizo ningún movimiento, antes al contrario, se puso muy quieto. Ya que hubo acabado, comenzó a arreglar las vasijas donde había de traer el agua. Después de muchas horas, acabó por arreglar todo lo que se necesitaba, dándole cuenta en seguida a su Señor de todo lo que había hecho, quien lo despachó de allí.

—Mi abuelo se fué a traer agua muy lejos. El primer día, apenas pudo recorrer unas diez leguas. El segundo día, recorrió ya no más que nueve porque ya estaba cansado. El tercer día, recorrió ocho. El cuarto, solamente recorrió siete porque ya iba demasiado cansado.

—Pero, mi buen amigo, ¿por qué tu abuelo no se montó sobre el amigo que llevaba, siendo tan fuerte?—Debo decirte también, porque en aquel tiempo todavía no se sabían estas cosas. Hasta ahora es que ya todos sabemos trabajar, menos tú, que nada más estás comiendo lo ajeno, y no haces nada.—Pero me comen, aunque no preste ayuda en nada.—Sí, pero lo mismo podía yo decir si no prestara servicio, pues yo sirvo de todas maneras. Después de ayudarlos en sus quehaceres, y ya que estoy viejo, me matan y no por eso no trabajo. Ya ves, pues, cuan triste es mi vida. —Sí, pero como tú tienes fuerzas, y como no te cansas, por eso es que te ocupan. Pero yo ¿para qué crees tú que sirva? Imposible, estoy verdaderamente débil, no sirvo para nada en esta vida. El toro por su parte replicó:—Bueno, mi amigo, no estamos averiguando de las utilidades que presta uno, sino cómo se formó el mundo.—Sigue, mi buen amigo, tu conversación, deja por un lado las alegatas. Prosigamos,—continuó el toro. —Aquella vez, mi abuelo se fué a traer agua, llegó al cabo de seis meses al lugar. Una vez que llegó allí, comenzó a bajar sus cántaros que se tardó mucho tiempo, como quince días, para acabar todo. Quiero decir los cuatro cántaros. Ahora le faltaba subir los cántaros al lomo de su compañero que llevaba, que también se tardó no quince días, sino un mes, porque mucho pesaban aquellos grandísimos cántaros. Pero llegó a terminar aquello. En seguida se puso a amarrar muy bien los cántaros para que no se fueran zafando y se fueran a romper aquellos que solamente eran cuatro, pues en ninguna parte encontraban, supuesto que no había gente.

—Esas cosas con ansia quiero saber para no estar en una obscuridad del origen del mundo.—Seguiremos,—replicó nuestro buen amigo toro—continuando de esta manera:—Una vez que mi abuelo hubo acabado de comer aquella manzana que el Señor le había dado, se levantó de donde estaba, exclamando:—¡Mi Señor, qué sabrosa está la manzana.—Sí, mi buen trabajador—replicó el Señor,—seguiremos trabajando y os daré otra. Al oir estas palabras, mi abuelo se puso muy contento porque iba a probar otra

manzana. Así continuó trabajando con ardor y entusiasmo, preguntando al Señor qué había de hacer. El Señor contestó que continuara trayendo agua. Se puso algo triste porque el viaje era muy largo; pero sin embargo, como era mandado del Señor, no pudo decir nada absolutamente y siguió trayendo agua. Así estuvo cerca de diez o doce años para ver acabada su obra. En seguida, viendo el Señor que mi abuelo era muy obediente, en recompensa de esto, le regaló otras mil manzanas, y mi abuelo se puso muy contento. Una vez que hubo acabado su obra, se sintió muy satisfecho porque había acabado una gran tarea.

Al terminar la obra, el Señor le dijo:—Hemos cumplido con un deber. Hemos terminado la obra que nos hemos propuesto. Eso es por parte de las aguas, pero todavía nos falta mucho. Tenemos que hacer los animales más pequeños. Esta obra es muy laboriosa y necesita una persona curiosa para fabricar estos seres que han de vivir en el mundo. Pero no hay cuidado. Tengo una persona que le confío cualquier cosa como si fuera yo mismo. Mi abuelo por curioso le interrogó al Señor de esta manera:—Señor, ¿quien es esa persona tan curiosa? Quiero conocerla porque a mí me agrada mucho la gente curiosa.

El Señor, como quería mucho a mi pobre abuelo, le dijo:—No quiero decirte porque ya sabes a quien le tengo confianza.—No Señor, de eso absolutamente nada sé. Dígame quién es y quedaré satisfecho, si no, no.—Pues mira, realmente no debía decírterlo, pero como te estimo mucho, voy a decirte. La persona de mucha confianza y curiosidad es tu persona.—Señor, ¿por qué me dice esto, cuando yo nada sé?—contestó mi abuelo con asombro. El Señor respondió esto:—Te lo digo porque he visto tus obras y jamás había encontrado una persona así. Tan obediente eres conmigo como lo eres para hacer las cosas. Pues has cumplido con lo que he ordenado; lo has hecho con fé, con entusiasmo y con afán. Como de laborioso que eres para tus quehaceres, todo lo has hecho con exactitud sin dejar absolutamente nada. Ahora ya que encontré esa persona que yo quería, te recomiendo cumplas con esto de ponerte a hacer desde los animales pequeños, hasta el hombre. Mi abuelo muy triste levantó la cabeza y exclamó:—Señor, cumpliré todo lo que pueda y hasta donde mis fuerzas me permitan. Yo no soy tanto como V. dice, pero quedo muy satisfecho.

—Entonces el Señor lo que hizo fué darle cierta cantidad de lodo de ese muy resistente y comenzó a fabricar primero la cabeza de una mosca, amiga de nosotros. La cabeza le costó mucho trabajo hacerla porque ya tú sabes qué bonita es. En seguida le hizo el cuello, que también le costó mucho trabajo, pues para hacer estas dos cosas como lo ves aquí,—dijo el toro enseñándole una mosca,—para esto duró un mes completito. Luego siguió con la barriguita, que fué la parte más difícil hacer, pues tiene órganos sumamente pequeños y para hacer esto necesitó de unos instrumentos muy finos que apenas pudo hacerlos. En este órgano duró no sólo un mes sino un año. En seguida continuó con los pies que también mucho trabajo le costó. A continuación, hizo las alitas que también duró un año como con la barriga. Luego siguió con los ojos que otro tanto necesitó para acabar,

y por último, le metió una sustancia en la boca, que pudo nuestra amiga mosca volar. Al ver esto, mi abuelo se llenó de asombro y de admiración al ver que volaba sin dificultad y le dice:—¡Qué hermoso es tener un poder como V. lo tiene! Yo, de mi parte, no lo haría, pero ni un día este trabajo porque me fastidiaría.—Te engañas, mi buen amigo y trabajador,—exclamó el Señor,—ponte a hacer lo que yo mando y verás cuan fácil es. Mi abuelo, en el momento se puso a hacer aquel trabajo, pero al cabo de dos meses le chocó y dijo un día:—Esto ya es imposible. Voy a hacerlo como yo pueda. Y si no puedo, pues ¿qué vamos a hacer? Se puso a hacer unos órganos muy grandes que al cabo de seis meses ya había acabado. Vino el Señor y le dijo:—No había otro hombre semejante a tí, que pudiera hacer cosa tan pequeña en unos cuantos meses.—Sí, pero falta que no vuele, dijo mi abuelo. El Señor dijo:—Haremos la prueba. Le tendió en la boca lo que le había echado al otro animal, y al efecto voló, quedando así hechos los dos animales, hembra y macho, que después siguieron multiplicándose por sí solos y ya tuvo mucho trabajo de hacerlos. El gallo replicó:—¡Oh, cuánto tiempo para una cosa de nada! Todavía para nosotros que somos grandes podía tardar tanto tiempo.—Sí, mi amigo, cerca de cinco años tardó, pero esto se debió a que una vez los hacía y ya no los volvía a hacer. También porque son órganos sumamente pequeños, por eso tuvo que trabajar tanto tiempo. En seguida, siguió a construir un individuo más grande, que fué una mariposa, pues en el primer día comenzó por la cabeza que tardó no mucho tiempo, sino unos días. En seguida continuó el cuerpo, todos los órganos, donde se tardó cerca de un año, y por último las alas y los ojos; ya quedando así preparada para seguir su camino que la echó a volar. Luego mi papá comenzó a hacer la hembra, también por la cabeza, que duró unos ocho días nada más, porque esto hizo como se le antojó, porque ya estaba muy cansado de trabajar tanto. Luego siguió la barriga, los pies y por último, las alas y los ojos. En seguida, le dió vida y se fué a unir con su compañero. Allí se multiplicó la especie con mucha rapidez que después de un mes ya había multitud de animales mariposas en la tierra.

—Luego pasó a hacer los peces, que los hizo con más prontitud porque son más grandes y no le costó mucho trabajo. Así, después de diez años, acabó por una parte de los animales peces, y los arrojó al agua, para que se alimentaran con el agua, diciéndoles:—Tú eres de agua y en agua has de volver para siempre. No saldrás a la tierra porque te morirías de calor. Ya para terminar la obra, se puso a hacer a los hombres más grandes que ahora hay en la tierra. Tomó una gran cantidad de tierra, la echó a remojar un día. Al día siguiente, luego comenzó a hacer la cabeza de uno de los hombres que no duró más que un día y medio. Al otro día, se puso a hacer la barriga y las partes de que se compone un hombre como nosotros, que duró un día. En el mismo día, mi abuelo se puso a hacer las hembras. Terminó su obra a las ocho de la noche, pero con mucha rapidez. Al otro día, dejó los animales establecidos en la superficie de la tierra, donde habitan hoy en nuestros días. Todavía, una vez que hubo terminado aquello, dió la vuelta y se vino muy contento con su agua que había encontrado después

de miles de trabajos. La regresada hizo cerca de quince meses porque venía muy pesado; pero al fin, llegó a la casa del Señor, donde le dió cuenta de los trabajos que había pasado, y el Señor exclamó:—¡Pobre muchachillo! Has trabajado mucho. Ten, cómete esto,—le dijo, dándole una manzana.

—Mi abuelo se sentó bajo un árbol y a la sombra para comer su manzana. —Mi amigo toro, ya me has platicado mucho, pero lo que estoy viendo es una cosa. Que ¿cómo a tu abuelo no le daba hambre o que no comía por aquel tiempo?—Mi amigo, precisamente yo eso iba a decirte, que mi abuelo comía puras cosas que su Señor le daba y no sentía cuándo comía y cuándo no.—Aquello que tu abuelo comía, ¿qué cosa era?—La contestación es muy difícil, porque no sé qué cosa era, porque jamás quisieron decirme. Yo muchas veces me puse por curiosidad a preguntarles, pero nunca quisieron decirme qué cosa era aquélla. Por eso no puedo contestar tu pregunta.—¡Qué chambón eres, mi amigo! Pues aquélla era tortilla de trigo. Ahora, dime, ¿qué agua tomaba tu abuelo mientras que no había?—Pues mi abuelo llevaba sólo una calabacita donde llevaba con qué satisfacer su sed, que es muy natural.—Continúa, mi amigo, platicándome de eso que me platicabas. Yo ya no quiero oir cuestiones de la vida privada, sino quiero que sigas platicándome algo más del origen de este mundo, tan precioso para nosotros porque nos da todo cuanto queremos.—Mi amigo, no algo más tengo que platicarte, sino muchas cosas que tienes que saber.

2. EL ORIGEN DEL MUNDO B.

Simatlán, Simatlán.

Para esto, eran dos viejos historiadores, que querían formar habitantes y animales al principio del mundo. Se comenzó a formar la era cristiana, y lo principal del mundo. ¿Quiénes fueron estos hombres que querían hacerlo? Fueron dos viejos antiquísimos, que quedaron cuando el mundo tuvo fin, y éstos se quedaron en el Arca de Noé. Los nombres de estos viejos son: el primero se llamaba Jorge Hadan y el segundo se llamaba Floice Ivisquierno.

Conque, para esto dijo primero Jorge a Floice:—Vamos a mandar revisar el mundo, a ver si ya se puede comenzar a formar los lugares para los habitantes o todavía hay mucha agua. Entonces dijo Floice a Jorge:—¿A quién de estos amigos mandaremos primero? Dijo entonces Jorge:—Vamos a mandar primero a ese amigo buitre.—Pues bien, dijo Floice. Entonces Floice llamó a buitre, y luego se presentó. Entonces le dijo a Floice:—¿Para qué me quiere usted? Aquí me tiene presente. Entonces Floice le dijo: —Pues quiero que tú vayas a un mandado, a dar una vuelta alrededor de la tierra, a ver si ya pueden vivir habitantes, y me traes las noticias; pero no te vayas a tardar, porque son cosas precisantes para mí.

Luego hizo su viaje el mentado buitre, pero al fin este animal, al ser

animal, y haberse encontrado con tantos muertos, animales y cristianos, entonces, en vez de que hiciera el mandado pronto, mejor se quedó comiendo a los muertos.

Al ver esto, Floice entonces dijo:—Ya éste no se llamará buitre sino ahora se llamará zopilote para siempre.

Este buitre no se fué hasta que no se llenó; pero cuando llegó a presentarse a Floice, entonces ya Floice le dijo:—Ya tú no te llamas buitre, sino ahora te llamarás zopilote, porque no hiciste el mandado como yo te mandé, sino que te fuiste mejor a comer a los muertos que se encuentran allá. Pues ya sabes tú que vas a quedarte con este destino de ser limpiador de la tierra, aunque tú no lo quieras.

Entonces Jorge, al oir este resultado, luego dispuso sacar a otro mandadero que fué garza morena. Le dijo Jorge:—Oye, garza morena, no vayas tú a hacer lo mismo que hizo el buitre, porque entonces serás cambiada tú también de nombre.—No Señor,—dijo la garza morena; y que dispone su viaje inmediatamente. Salió a dar una visitada alrededor de la tierra para ver si ya había lugar seco para poder vivir los habitantes. Pues esta garza morena anduvo visitando bien y luego regresó a llevar la razón a Jorge, que todavía no se podía habitar, porque había mucha agua y muchísimo lodo. Entonces Jorge le dijo a la garza morena:—Pues tú sí hiciste un mandado que se puede agradecer; así es que tú vas a vivir muy tranquila y tu comida va a ser puros pescaditos y a tí te van a querer mucho los nuevos habitantes.

Pero al poco tiempo, Floice mandó otro revisador que fué un cacalote. En seguida Floice le dijo al cacalote:—Cuidado tú, no me vayas hacer lo que me hizo el buitre. No quiero yo eso, porque entonces te va a pasar lo que le pasó al buitre, que fué cambiado su nombre que antes tenía y que ahora se llama zopilote y limpiador de la tierra.

Entonces el cacalote luego se fué a revisar alrededor del mundo para ver si ya se podía establecer a los habitantes. Entonces este cacalote tuvo que andar muchísimo para poder revisar bien, para ver si ya se podía vivir. Pero este cacalote vió que todavía no se podía vivir por motivo que todavía había mucha agua y lodo. Y en seguida el cacalote tomó medida precisamente con sus pies hasta donde había lodo y agua y luego regresó a dar cuenta a Floice. Al llegar a donde se encontraba Floice, precisamente Floice preguntó del mandado a que había ido el cacalote, y él enseñó hasta donde llegaba el agua y el lodo, todavía hasta arriba de su rodilla. Entonces Floice dijo al cacalote:—Así me gusta que hagan un mandado, pero tú sí hiciste el mandado buenísimo, pues ya sabes tú que has de comer las mejores frutas de los mejores jardines y otras cosas que son elotes.

Pero al poco tiempo tuvo que ir otro revisador porque precisaba muchísimo saber si ya había lugar para poder formar habitaciones para poder establecer a los habitantes. Al llegar la tórtola, luego comenzó a revisar alrededor del mundo. La tórtola tenía que entrar en todas las charquitas de agua para ver hasta donde llegaban el agua y el lodo a sus piecitos de la tórtola para poder llevar bien la noticia a Jorge. Así lo hizo la tórtola.

Entonces la tórtola luego se fué para donde se encontraba Jorge para darle la noticia del mundo entero. Pero al regresar la tortolita, entonces ésta enseñó los piecitos para que viera hasta donde llegaba el agua y el lodo no más. Entonces Jorge le dijo a la tórtola:—¿Viste bien si ya ese tanto de agua no más había?—Sí señor?—dijo entonces la pobre tortolita.—Está muy bien,—dijo Jorge a la tortolita.—Entonces pues, ya sabes que tú vas a tener una buena vida en el mundo por este mandado bueno que hiciste, pues ahora sí eres muy libre de ir por donde quieras y a tí te guste.

Entonces la tortolita se fué, y fué el primer pájaro a quien dió Jorge su libertad, y en seguida se la dió a los demás pájaros y otra clase de animales.

Entonces se fueron Jorge y Floice a revisar el mundo; pero cuando éstos llegaron en el lugar en que querían formar el primer pueblo allí ellos pusieron el nombre de Raya Negra. Porque estos hombres no conocían nada como si fueran niños de un nuevo mundo: ellos no conocían cuales son árboles, cuales son casas para vivir, cuales son animales buenos y malos. Ellos no conocían absolutamente ni otros habitantes. Precisamente, esto de verse los dos solos, comenzaron a formar una cueva para vivir; pero con mucho trabajo. Bueno, pero en fin acabaron, y entonces comenzaron a ver de qué manera podía haber habitantes. Entonces Floice dijo a Jorge: —Para que haya animales siquiera nos ocuparemos a ver si podemos fabricar unos. Entonces Jorge dijo a Floice:—Pues veamos con qué lo hacemos. Entonces dijo Floice:—Pues vamos a ver si quedan bien haciéndolos con barro. Pues por fin se pusieron ambos dos a hacer desde pájaros grandes hasta los más chiquitos. Entonces estos dos se quedaron esperando que se movieran los pájaros y que volaran, pero nada que se movieran, ni tampoco que volaran. Entonces Jorge dijo a Floice:—¿Por qué será que no quieren moverse, ni mucho menos volar? Pero en fin vamos a dar una vuelta para ver qué es lo que podemos pensar. Entonces éstos se fueron a dar una vuelta, pero precisamente éstos al dar esta soberana vuelta y al pasar por una charquita de agua, vieron que estaba uno de los pájaros que ellos habían soltado. Entonces va uno de éstos a levantar una piedra y se la deja ir al pájaro. Precisamente fué a caer la piedra cerca del pájaro y que vuela, inmediatamente se fué volando. Entonces le dijo Floice a Jorge:—Ahora sí, ya tenemos un pormenor para hacer volar a nuestros pájaros. Pero éstos siguieron a andar.

Por fin, éstos llegaron hasta donde estaban los pájaros que hicieron. Pero que pasó, que allí estaba ya uno de los pájaros principales que ellos mismos habían soltado y ya estaba allí con los pájaros de barro. Hasta que por fin primero Jorge vió aquel pájaro con plumas. Entonces le dijo Jorge a Floice:—Oyes tú, Floice; mira, verás ya uno de los pájaros que yo hice; ya comienza a tener plumas. Entonces ambos dos levantaron una porción de piedras para comenzar a apedrear a los pájaros. Al primer piedrazo que tiró Jorge al pájaro, precisamente el pájaro y los demás quedaron en el mismo lugar. Jorge y Floice tiraron piedrazos y más piedrazos con los pájaros, pero nada de que volaran. Entonces cogió Jorge y le dijo a Floice:—Vamos a ver por qué no vuelan esos demás pájaros, por qué

uno solo voló. Entonces se acercaron a donde estaban los demás que ellos hicieron, cuando vieron algunos de estos pájaros de barro aplastados completamente de tantos piedrazos. Entonces Floice le dijo a Jorge:—¿Porqué será que estos demás pájaros no vuelan?—¿Qué no ves tú que el pájaro que voló lo hice yo primero que se calentara bastante, por eso pudo volar y los demás no se han calentado y por eso no pudieron volar? Pues ahí dejaremos a los demás que están todavía buenos para que se calienten más y ya verás tú como van a volar mientras que nosotros vamos a formar otra cosa para que así ya más pronto se forme un pueblo muy extenso.

Pero precisamente como éstos andan cerca de las orillas del mentado mar y como todavía no acaba de amenizar el mundo porque tenía muy poco tiempo todavía, eso por cuando el mar hacía un movimiento, toda la tierra se meneaba por completo, y estos dos hombres temblaban de miedo, porque como estos dos hombres enteramente de total que era una ley que no había persona alguna más grande en el mundo, ni ningún lucero del cielo que llamamos ahora estrellas. Pero entonces ninguno de estos dos conocía estas cosas del cielo, mucho menos otros asuntos; de manera que éstos andaban en todo el tiempo. Para ellos no había ni día ni noche y sus alimentos fueron algunos animales que se habían quedado en algunos charcos de agua; pues ésos eran sus alimentos de estos indígenas hombres bárbaros, hasta que por fin, éstos comenzaron a discurrir de qué manera podían conseguir habitantes para poder formar un pueblo o rancho, porque uno de éstos se acordó de que anteriormente había pueblos y ranchos. Pues éstos siguieron con su tema de estar buscando su invento. Hasta que por fin, se encontraron un dicho toro que generalmente no conocía lo que era un toro. Llegaron a ver un toro que había salido del arca de Noé. Pero como tampoco este animal conocía ya nada sumamente, allí tienen que éstos vieron principalmente y pusieron cuidado como sería el toro, para poderlo hacer, como ellos creyeron que con hacer esto ya podían andar para no cansarse. Se fueron éstos para el lugar adonde hicieron a los pájaros. Pero como no conocían todavía el camino, ni se podía ver por dónde podía uno caminar, perdieron el lugar adonde hicieron a los pájaros; y llegaron en el lugar adonde creyeron que los habían hecho. Entonces le dijo Jorge a Floice:—Ya ves tú como ya se fueron estos pájaros. Entonces se pusieron muy contentos a hacer el toro. Cuando acabaron de hacerlo, se pusieron a comer sus alimentos. En eso estaban cuando llegó el toro vivo creyendo que era su compañero y como vió a estos dos hombres, pues con más furia se acercó y se los comió.

3. EL ORIGEN DEL MUNDO C.

San Mateo Cajones, Villa Alta.

Esta era una abuela, que le contaba a sus nietecitos la historia del origen del mundo. Alrededor de ella se acercaron muchos muchachitos, para oir el relato de la historia de aquella viejecita.

Cuando comenzó, dijo que el mundo había sido hecho por la mano de Dios. Que antiguamente el mundo estaba formado por una especie como globo, en que nadie vivía, y que hasta que Dios mandó a San Miguel que viniera a abrir aquel globo, que ya se hallaba habitado de gente, y desde entonces se conoció el mundo. Dios es el que sostiene la tierra con una mano. Cuando tiembla la tierra, es que Dios la cambia de una mano a otra. La tierra es una gran llanura, que se limita hasta donde se distingue. El mundo está separado por pura tierra, y que tiene una capa que le sirve como de sostén; y para que los santos puedan ayudar a Dios, cuando ya se cansa deteniendo ese gran mundo, van muchos santos, porque si no, no aguantan; porque solamente Dios, aguanta Él solo; y por eso es, que cuando cambia de manos para descansar, y deja encargados a los santos, es cuando tiembla muy seguido; que es cuando lo están deteniendo los santos.

—Los habitantes del mundo, no se sabe, hijos,—decía la abuela—pero, sin embargo, he oído que dicen, que fué un hombre llamado Judío, y que por abuso de confianza, lo mandó que viviera dentro de una gran cueva, donde vive hasta nuestros días, y que hasta que baje el Señor, Él mandará que salga de allí, y vaya a andar toda la tierra.

Se decía que antiguamente, en un tiempo, muy remoto, iba la gente a adorar a una figura, que tenía por figura la de un guajolote. Que éste fué puesto en ese lugar, desde que el mundo no era conocido, y desde entonces hasta ahora está todavía; por lo que se le tiene mucha veneración en el mundo moderno. La abuela decía que todo el que no adorara a aquel animal, sería condenado a la pena de muerte; porque es a quien se le debe el origen del mundo; porque sin él, el mundo hubiera permanecido como antes; que Dios lo detenía en el aire, hasta que fué ese animal; entonces le rogó mucho que soltara aquella bola, que tenía en la mano; que si no se cansaba de estar deteniendo esa bola tanto tiempo, sin pararla ni un momento; que ya era tiempo que él le ayudara para bajarla, poco a poco, hasta que llegara a donde estaba un gran pilar para sostenerla; y después de que ya se cayera la piedra, entonces ya él estaría muy descansado y luego podría ya sostenerla; y después iría él a ayudarle, aunque sea con la cabeza, en caso de que ya no quisieran los santos.

La vieja aquí dijo también, que los hombres de aquella época, no conocían absolutamente nada, que si existía Dios o no; y que durante miles y

millones de años, vivían en estado muy oscuro; que ni siquiera se conocían unos a los otros; merced a un viejecito que vino a la tierra a enseñarles; pero éste no es otro, sino él que andaba conquistando a los hombres para que fueran con él. Este hombre los llevaba a una gran cueva, donde estaban muchísimos individuos que había llevado durante tres años, porque les hacía creer que iban llegando a la casa de Dios, donde éstos habían acostumbrado adorar piedras; éstas las tenían como santos. La piedra principal representaba uno de ellos llamándose Gemoracio y el otro, Zazahuila, a quien le rendía grandes cultos cada miércoles, que le llevaba una red de raíz de encina, si no papayas; les deba a cambio de esos regalos, ochocientas o novecientas de unas frutitas que éstos producían en la misma piedra.

Decía la abuelita:—Esta es una idea muy rara de los antiquísimos. Yo se los cuento a ustedes para que sepan como ha sido formado el mundo y todavía me falta mucho que decirles. No es todo lo que les he relatado, es muy corto, y es necesario que ustedes, se vayan a comer porque considero que ustedes han de tener mucha hambre. Los espero ahora esta tarde para continuar nuestra historia. Esto es muy importante para ustedes, para que cuando tengan hijos les cuenten como eran las costumbres desde el principio del mundo. Vayan, y vengan después.

Se fueron cada quien a su casa, y luego volvieron, y cuando llegaron, entonces la vieja continuó diciéndoles:

—Pues hijos míos, no es nada lo que les había dicho a ustedes ahora en la mañana; pues yo quisiera contarles todita la historia desde el principio hasta el último, pues téngase cuenta de lo que les he hablado.

Ahora vamos. Hablaremos de otra cosa más rara, que estoy segura que a ustedes les ha de llamar la atención. Ese fenómeno, que nunca han oído mentar a nadie, es que antiguamente, habían vivido nuestros primeros hombres en un estado muy descorrilloso porque unos a otros se odiaban; no podían vivir juntos como viven hoy, porque o unos u otros los consideraban brujos, o porque realmente les chocaba ver unos juntos de otros. Ahora empezaremos a hablarnos de unos animalitos que fueron conocidos por un señor llamado Don Fulano, un viejecito que andaba en el campo, cortando leña para cocer la tortilla. Este viejecito había visto un animalito sumamente pequeño que apenas era visible, pero que hacía un ruido enorme, que hasta retumbaban las montañas. Aquel viejecito se llevó una sorpresa al oir el chillido de aquel animalito con el grito tan resonante.

Entonces aquel animalito, dijo a ese viejecito:—Pues yo soy un animalito mandado por Dios; me dijo que yo viniera a la tierra para juzgar a ustedes como viven; si trabajan o están de holgazanes. Ese viejecito dijo:—Pues, animalito, estoy trabajando mucho; ve lo que estoy haciendo ahorita, cortando leña para que mis alimentos se cuezan. Hazme el favor de ir a decir a ese Señor que para que no vaya a creer que yo ando así no más sin trabajar. Entonces le contestó el animalito:—Pues voy, pero antes quiero una cosa. —¿Cuál? le preguntó.—Que me des nueve docenas de tortillas para que me alcancen para todo el camino, porque el viaje que voy a emprender es muy dilatado, lo menos será de unos treinta años o más para llegar allá arriba

donde está Nuestro Señor. Y voy a decirle que tú trabajas mucho sin descansar y que mereces que me mande por tí.

El hombre cumplió con lo que había pedido, primero resistiendo porque eran muchas tortillas, y le dijo:—No porque no tengo quien eche tortillas, pero no está mi familia; se fueron muy lejos, y tal vez no vendrán, hasta dentro de veinte días. Entonces le dijo el animalito:—Pues esperaré, hasta que vengan; pero después, se resolvió el viejito y le dijo:—Pues ya que no puede venir mi familia, desde que lleguemos esta noche a la casa, me pondré a echar las tortillas, con tal de que te vayas pronto, para que le digas al Señor, que yo trabajo sin cesar, y que no me condene.

El animalito se puso muy contento. En la noche se fué el viejecito y puso una fanega de maíz a cocer, y luego que estaba bien cocido, se iba levantando a las cuatro de la mañana, para apurarse a echar tortillas, para que se fuera el animal para donde estaba sentado el Señor. Cuando terminó el viejito, le dijo al animalito:—Ya está preparado tu viaje. Le contestó el animalito:—¿Ya echó usted, todo lo necesario? ¿Ya está bien empacado? Entonces el viejecito fué a ver que le faltaba mucho.—Me falta carne; falta chintesle. Entonces el viejito corrió a comprar la carne y todo lo que le faltaba. Mas ya estando todo preparado, le dijo el animalito:—Me dejas todo preparado, esas cosas hasta mañana. Con eso no hago más mañana que echármelas en la espalda.

El otro día temprano, se fué el animalito. Cuando el hombre se levantó, vió que el animalito ya se había ido. Y dijo el hombre:—¡Qué animal tan pícaro, que ni adiós me dijo! Tanto que me apuré por él; pero, tengo esperanzas que estando él con Dios, me he de ir derecho al cielo cuando me muera.

Al cabo de algún tiempo, volvió otra vez aquel animalito, y llegó diciendo al hombre:—Ahora sí, estás salvado. Si quieres tú morirte ahorita, te irás derechito al cielo; sin ningún pretexto, te recibirá el Señor, porque ya hablé con él, y le dije que te dejara entrar a cualquier hora que llegues. Y ya te digo, tienes la puerta abierta y libre. Me debes otro favor, ahora, le dijo el animalito, y me vas a dar una recompensa muy grande.

Desde entonces, aquel hombre incrédulo, comenzó a adorar aquel animalito, que decía que era defensor de él en el infierno; y estando su familia, entonces dijo que era un animalito sagrado, enviado por Dios, y que cuidaría mucho de él. Lo más raro es que con él solo no más podía hablar el animalito, porque su familia le tenía mucho horror; pero otras personas creían también que era un animalito mandado por la mano de Dios, y empezaban a rendirle homenaje a aquel animal.

Durante muchos años, permaneció en la casa de aquel hombre y platicaba con él; pero su familia no sabía qué clase de lenguaje porque no le entendían, hasta que su familia comenzó a creer que su padre era un diablo, porque platicaba con aquel animal. Dijo la abuela:—Pero me falta todavía describir el animal: éste tenía color garzo, se veía muy toscamente; carecía de orejas y de oído; pero un animal tan vivo y tan astuto, que cuando hablaba uno de él, luego se encrispaba la piel.

—Pues hasta aquí vamos terminando una época del origen del mundo, como había sido formado; pero eso no es nada lo más aceptable como ha sido formado el mundo. Para contarles todo detallado, necesitamos siquiera unos veinte días, cuando menos, o quizá sea más, porque lo que voy a contar es que nuestros antecesores creen más que lo anterior.

—Seguiremos hasta terminar, ya que me he comprometido a hacerlo. Pues mis queridos niños, el origen del mundo tuvo origen allá en muy remotísimo tiempo, que nadie puede calcular qué tanto tiempo hace, pues ni saben como fué el origen. Pues uno de nuestos abuelos, desde los primeros días del mundo, tuvimos la dicha de que el nos dejó una escritura que dicen que es la más aceptable, porque fué escrita por él, y era un legendario, pero un legendario de hombres, no de santos como dicen, pues la escritura dice así:

"Hermanos, que tenéis que pasar por este desierto del mundo, haced caso, o al menos dad una vista a este cuentito que he puesto aquí." Pero entonces nadie sabía leer; hasta después de muchísimos siglos, vino otro que pudo leer aquel párrafo. Entonces dijo que era una cosa muy falsa; que aquel hombre que lo había escrito, merecía quemarlo vivo, y mandó que se quitara; pero antes, tuvo que leerlo, y entonces les avisó a todos los habitantes de aquel pueblo, lo que decía aquella escritura. Decía lo siguiente:

"Hermanos míos, hago saber a todo el mundo en general, que desde un principio, el mundo fué originado por un tal hombre llamado Napaltahua, que lo pudo hacer en treinta días, sin descansar ni un momento, y sin comer hasta que acabó. Entonces lo hizo del siguiente modo. Puso unas altísimas murallas; una de un lado y otra del otro lado, de manera que se podía así sostener esa gran tierra. Ya que estaba ésta hecha, entonces mandó abrir una enorme olla, donde estaba encerrada otra que tenía la forma muy irregular; que cuando ésta se abrió, entonces salió una gran tierra, que poco a poco se extendió hasta donde pudo extenderse, hasta donde estaba cada una de las murallas que se habían construido. Quedó el mundo entonces sobre aquellas murallas. Y entonces dijo:—Imagínense que el mundo es una cosa como si fuera una azotea." Cuando acabó de leer esto, entonces mandó destruir aquel párrafo, que dijo que no servía para nada, que valía más romperlo. Entonces pues, mi opinión es más exacta que las demás, porque yo estuve cuando fué construido el mundo.

—Pues fué formado del modo siguiente: que cuando no existía nadie absolutamente, entonces el mundo ya estaba formado. Después nacieron los habitantes. El primero que existió, llamado Huazipila, quien al ver la grandeza, que había hecho Dios, que era un animal, pero rarísimo, que le llamaba padre creador de los hombres. Este hombre entonces fué muy acreditado de los habitantes, porque andaba haciendo la propaganda de aquel creador, y decía:—Quien no obedezca a ése, será condenado a ir al infierno para siempre, donde sufrirá una pena terrible para que sepan adorar a su creador, que tenía un nombre especial, que es Jahuica. Pero antes de terminar, hay que platicar poco sobre lo hecho por este creador de todos los seres y todo en general de lo que existe sobre la superficie de la tierra. Pues

los que le dicen el creador del mundo, dicen que él hizo el mundo él solo, sin ayuda ninguna, y que lo formó del modo siguiente:

Como él era solo, entonces lo que hizo, fué asociarse con animalitos que estaban andando sobre el aire; y este hombre puso mucho cuidado del chillido de aquel animalito; y cuando lo vió, le dijo de esta manera:—¿Quieres ser mi socio? Aquel animalito le contestó:—¿Para qué?—Para formar un mundo, y más tarde seríamos los autores de él, y nos rendirán un gran homenaje; y otra cosa nos llamarán creadores de los hombres porque para crear el mundo, debemos de formar aunque sea un hombre, y que basta con un solo hombre y una mujer para poblar esta vasta extensión que vamos a formar.—Pero para hacer un hombre, es necesario, ante todo, pensar de qué manera se alumbrarán los que van a vivir. Es indispensable eligir una luz. —Tú debes de eligir primero, porque tú eres más astuto que yo.—Pues bueno, dijo el animalito, yo pongo como el alumbrador del mundo a Arzamalpa. Arzamalpa era un animalito también, pero todavía más pequeño que aquél, y llevaba una luz en el ala que le alumbraba mucho. Ese se escogió para alumbrador del mundo, y le dieron el nombre de padre de la tierra. El otro que eligió el hombre, era un pedazo de especie como piedra redonda, que tenía como dos ojos y boca, por lo que se tomó para que fuera alumbrador de la noche, que le dieron el nombre de madre de la tierra. Tenía un nombre especial, que se llamaba Toleatzin, que desde entonces aquellos dos seres se cree hayan sido los creadores del mundo. Pero no hemos dicho nada de qué formaron el mundo. Pues es que fué formado por el agua y el barro. Pues uno acarreaba el agua y el otro el barro. Pues con mucha pena fueron haciéndolo muy macizo, y tuvieron que dilatarse treinta años consecutivamente, trabajando sin descansar. Al cabo de ese tiempo, dijeron:—Hemos trabajado mucho. Es necesario que descansemos un poco. Entonces descansaron veinte días. Volvieron a emprender otra vez su tarea, y ya estando hecha, entonces ellos dijeron:—Ya ganamos. Entonces lo que pasó, y lo que estaba hecho, fué no más desarrollándose hasta que se vió una superficie muy enorme y luego pusieron a Arzalmalpa y a Toleatzin, alumbrador de noche, o el que sale a alumbrar de noche.

En esa época comenzó a vivir el primer hombre, que se llamaba Talmapola, quiere decir el primer hombre del mundo. El primer animalito que existió, se llamó Saltarmon, que es un animalito sumamente pequeño.

Pues hijos míos, hasta les aseguro que ya estarán enfadados, pero aunque ustedes estén así todavía no he acabado. Me falta hablar de un animal que también aseguran algunos que fué uno de los principales, el que formó los mares; que por medio de la boca, había sacado tanta agua, que de tal manera fué extendiéndose por toda la superficie de la tierra.

Hemos concluido nuestra historia del origen del mundo. Hay mas orígenes todavía, que les contaré, después.

4. LA FUNDACIÓN DEL TEMPLO DE LOS CIELOS

San Mateo Cajones, Villa Alta.

Se cuenta que la iglesia de los ídolos fué fundada por uno de ellos mismos, y que éste era muy amante de los dioses; por lo cual, tuvo que mandar que se construyera un templo para ellos, que les dijo a los demás que si resistían para la construcción, vendría juicio muy pronto. Entonces todos los habitantes acudieron a ir a traer distintos materiales, para la construcción, pues como dios principal tenían uno llamado, *Jepenaga*, y que éste había hablado con uno de los ídolos y le dijo que mandara con los habitantes a construir un templo, para él.—Pero que sea muy sólido, si no, no lo recibo, y entonces tendré que traer un castigo muy grande, tal vez destruiré el mundo. El ídolo quedó muy asustado, por lo cual tuvo que hacer como queda dicho. Pues el ídolo era muy consentido de los demás ídolos que lo consideraban como un segundo de aquel dios que tenían. Este segundo dios que tenían, lo amenazaban continuamente, diciéndole continuamente que ya muy pronto llegaría el día del juicio y aquéllos lo creían. Y le decía él también que mandara a matar todos los que tengan dos, o cada uno para que se lo comiera él y otro; y aquéllos lo obedecían.

Una vez les dijo también, que quería que fueran todos los habitantes a formar una torre, pero de una altura de 500 metros, para que lo subieran sobre ella; y otra para el primer dios, que ése es todavía más grande, con eso que desde allí, tendrían cuidado, para que nadie pudiera entrar en su pueblo, porque ellos decían que iba a llegar otro que pretendía invadir ese con un pueblo que se llamaba gentiles, con lo que quedaría el pueblo destruido. Ellos dijeron que sí.

Pero no hemos concluido todavía de hablar sobre la construcción de la iglesia. Cuando acabaron, entonces les dijeron:—Pues hemos cumplido sus deseos, nuestros dioses. Y les contestaron:—Pues bueno, es necesario que vayan ahora a llamar a sus familias para que vengan, porque nosotros deseamos mucho verlas, y conocerlas. Ellos les contestaron que no querían que fueran sus familias a verlos porque temían mucho que fueran devoradas por ellos, por lo cual ellos se pusieron muy enojados.—Pues van a traerlas. Si no, vamos a hacer que tiemble ahorita, para que se acabe el mundo. A la fuerza fueron a llamar a sus familias. Pues cuando llegaron las familias de los ídolos, entonces les dijeron a los dioses, que les perdonaran que no habían podido ir luego porque estaban muy ocupados. Dijeron los dioses:—Pues bueno, serán perdonados; pero antes tienen que hacer una cosa primero. —¿Cuál es? les preguntaron.—Que nos vayan a matar a sus hijos, todos los que tengan, porque tenemos mucha hambre y tenemos mucha sed, y toda la sangre que escurran, no la vayan a tirar, porque tenemos mucha sed. Enton-

ces aquellas familias les contestaron y dijeron que no tenían ni mujer ni hijos; que les dispensaran porque en esos momentos era en hora mala, y que ellos lo sentían mucho.

Aquellos dioses empezaron entonces a correr a todas las familias de los ídolos, diciéndoles:—Pues es necesario que acabemos este mundo de los ídolos. Ya que no quieren sostenernos ¿para qué es estar? Cuando los ídolos habían oído todo lo que habían dicho los dioses, se dijeron:—¿Pero cómo hacemos? Vamos a conseguir gallinas y venados, y a ver qué otra cosa hay para darles a los dioses; si no, hasta se acaba el mundo. Se fueron corriendo, y entonces llegaron a un gran bosque, en donde encontraron a otros, que les dijeron:—¿Qué andan haciendo aquí, hijos? ¿Por qué andan tan de prisa? ¿Qué les ha pasado? Entonces ellos les dijeron:—Venimos a traer a nuestros venados para matarlos para que coman nuestros dioses, porque ya están muy enojados. Dicen que si no les llevamos su comida, luego se acaba el mundo en este momento, porque ellos nos han pedido a nuestros hijos, y nosotros no queremos matar a nuestros hijos. Entonces ya no habrá quien sea nuestros sucesores. Entonces aquél contestó:—Pues miren, no sean tontos de estar allí cumpliendo antojos de semejantes bárbaros, porque esos no son dioses. Yo soy el mero dios; a mí me deben reconocer como el único dios. Ya no hay más dios que yo, asunto terminado. Y les dijo también:—Yo no pido nada a dios. Aquellos que ustedes consideran que son dioses, no son más que unos brujos, que les gusta comer carne humana. Yo no soy así. Yo cómo de otra cosa, y yo he venido a este mundo de ídolos para darles un consejo para que sigan con él hasta su vida, y les dejen a sus hijos las escrituras que les voy a escribir.

Entonces comenzó a escribir, y la escritura decía lo siguiente:

—Yo soy el verdadero dios de los ídolos. Yo he hecho que no adoren más dioses que yo. Por tanto, el que no me obedezca, será castigado según la ley impuesta por el mismo que me la escribió a mí. Y deberán conservar esta escritura hasta el fin del mundo. Aquellos ídolos dijeron entonces: —Pues está muy bien, nuestro dios. Le damos las gracias por habernos librado de aquellos dioses tan crueles que tenemos. Desde ahora ya no les hacemos caso, porque ya tenemos un nuevo dios, que es más puro y más bueno.

Cuando éstos hubieron regresado donde estaban los dioses, esperándolos con impaciencia con la comida, ¡cuál sería la sorpresa de ellos que cuando llegaron no llevaban nada! Antes al contrario, les dijeron:—Para el mundo, ídolos ya no sirven ustedes. Ahora sí, ya tenemos un dios verdadero, que no es cruel como ustedes, ni tampoco nos pide nada como ustedes; pues de suerte que pueden escoger su camino para ver a donde se van porque el pueblo ídolo ya no los quiere.

Aquellos dioses se pusieron furiosos y se dijeron:—Estos malvados hombres y gentes, ¿que no nos obedecen? Pues hay que hacer que tiemble la tierra para que sepan que somos también dioses. Entonces salieron de aquel pueblo, y a los habitantes les dijeron que iban esperando la caída de aquel pueblo, que a ver si era cierto que se llegaba a cumplir la promesa de ellos. Entonces no los llamaban sino que los despachaban. Pues más

adelante, como cinco años de haberse ido aquellos dioses, pues nada de que le pasara al pueblo; había permanecido en un mismo estado. Entonces dijeron los habitantes:—Es necesario ir a buscar a aquellos malvados dioses que nos habían engañado tanto para cobrarles a nuestros hijos, porque no es justo. Hay que ir a quitarles la vida a esos malhechores, donde los encontremos, para que no vayan a hacer lo mismo en otros pueblos.

Emprendieron camino éstos. Después de haber andado noventa días consecutivos, los encontraron en un pueblo en donde estaban haciendo lo mismo. Entonces fueron a aconsejar a aquel pueblo, que no se dejaran porque no eran más que unos sangrientos, que gustaban de comer carne humana. —No hay más que matarlos. Dispusieron todos los habitantes, y se prepararon para asesinar a aquellos dioses. Llegada la noche, tomaron a uno de ellos y lo pusieron en la cola de un venado. Éste andaba por todas partes, y que fué a tirar a aquel dios hasta una distancia de dos leguas, sobre una gran piedra, mientras que el otro ya estaba pidiendo perdón a los que lo acusaban; y ellos, sin hacerle caso, lo llevaron amarrado a la cola de un caballo y se fueron para la iglesia. Habiendo llegado allí, entonces le dijeron que hiciera temblar el mundo como había dicho varias veces. Él les respondió y dijo que el otro le había aconsejado que hiciera todo lo que hizo; pero ellos, sin hacer caso, después de varios ratos que lo tuvieron en la iglesia, fueron a sacarlo con el fin de llevarlo a una gran hoguera que habían hecho primero para arrojarlo sobre ella; pero al llegar a la iglesia, aquél se había ido, no se sabe para donde. Entonces comenzaron a buscarlo; y después de algún tiempo, lo encontraron en otro pueblo, en donde estaba haciendo lo mismo. Como siempre, sus perseguidores le avisaron a aquel pueblo, tanto que ellos ya estaban para celebrar una gran fiesta en honor de él; pero en esos momentos llegaron sus enemigos a avisar a aquel pueblo. Entonces aquéllos mandaron que fuera prendido, y luego que fuera muerto. Pero él sospechó y se fué.

Los ídolos que eran sus encarnizados enemigos dijeron:—Dejémoslo mejor, ya que se murió uno que es el principal; vámonos mejor para nuestro pueblo. Y se fueron para su pueblo, y allí lo encontraron, y les dijo a ellos: —¿Qué andan haciendo aquí, malvados? Todavía me andan persiguiendo, para que yo llame a los amigos que tengo para matar a VV. todos. Ellos respondieron diciendo que no andaban buscándolo; que ellos andaban no más paseándose para ver si encontraban un venado que habían perdido.

Aquellos ídolos se fueron muy corriendo, para ir a avisar al pueblo que por ese camino andaba aquel hombre sanguinario. Todos los habitantes del pueblo salieron para combatir con aquellos hombres feroces. Al oír aquellas palabras de aquellos hombres, se marcharon por el camino, donde lo habían encontrado. Cuando llegaron a ese lugar, vieron que esos hombres estaban muy cerca de ellos; pero apenas pasaron un arroyito, y cuando llegaron ya no había nadie, y dijeron:—Vamos a hacer una cosa. Antes lo dejamos por ahora Vamos mejor regresando a su pueblo. Al llegar de regreso, éstos encontraron una gran casa construída de pura lámina de zinc, y dijeron:—Esta casa ha sido hecha por nuestro dios, que es verdadero. Ahora hay que darle las gracias

porque esta casa se va a quedar como un recuerdo de nuestro primer dios, que hemos tenido tan desinteresado; no como aquel horrible que habíamos adorado sin que lo mereciera.

Habla dios a sus hijos y les dice:—Hijos, yo he construido una gran casa para VV. para que cuando tengan que celebrar una fiesta, esté dispuesta ella. Yo se las doy, y todo lo que me pidan. Les dijo:—Adiós hijos, y se fué. Fin.

5. LOS ÍDOLOS

San Mateo Cajones, Villa Alta.

Ésta era una gran montaña, según cuenta uno de nuestros ancianos más antiguos, y que cuando iban a cortar leña, por ese lugar tan solitario y tan obscuro, que parecía de noche, y que nadie se atrevía a ir a ese lugar tan solitario, donde hay tantos animales feroces; pero sin embargo, hubo quien fuera, que fué uno de los ancianos que voy a referir.

Bueno pues, éste era un pobre hombre ya muy anciano, y dijo una vez: —Pues ya me canso de estar sentado; no más ahorita cojo mi mecapal, y me voy a traer leña, hasta por esa montaña que nadie se atreve a ir en ella; pero yo sí voy para convencerme qué cosa es lo que hay en ella y vendré a relatarles la historia. Le dijo a su familia, pero la familia no quería que él fuera. Después de muchos días, se decía:—Pero qué me llama la atención esa montaña. Yo he de ir a conocerla antes de morir. Pues llegó el momento en que cogió su mecapal y le dijeron que se fuera. Se fué para la montaña, que deseaba tanto conocer, y para esto su familia le preparó su viaje; como tenía que caminar muchos días para llegar, su familia dijo:—Que vaya a conocer, pues es su deseo. Dios que le ayude. Salió el viejito un día lunes temprano, de tal manera que cuando llegó a un rancho donde estaba un pastor, que le habló de esta manera:—¿Adónde va V. señor? Y le contestó aquel viejecito:—Voy a conocer aquella montaña, que nunca he conocido.—Pero, Señor, ¿cómo se atreve V. a ir a conocer esa montaña, y ese lugar tan obscuro y lleno de animales feroces?—¡Ay amigo mío! ¿qué quiere que yo haga, supuesto que la suerte me obliga?—Pues, Señor, que le vaya bien.

Se pasó de ese rancho y continuó su camino muy de prisa. Por fin pasó un arroyo donde vió un gran animal, que es un venado, pero este animal se atrevió a hablarle a este hombre y él se asustó mucho, y dijo:—Quizás este animal es gente, o es animal natural. Entonces quedó muy sorprendido, pero no se desanimó y continuó su camino, muy tranquilamente, y dijo:—No hay que desanimarme; hay que estar fuerte.

Continuó su camino muy fuerte, y muy sereno, hasta que por fin que calculó que ya iba a la mitad de su camino, y dijo:—Es necesario descansar un poco, porque ya es mucho lo que he caminado,—y se sentó debajo de un

gran árbol. Decía aquel pobre hombre:—¡Oh, qué lugar tan solitario! Es una tontera lo que he hecho, de venir. Pero sin embargo, continuó su camino, para ver qué paso impedía su camino, muy impasible, y llegó a otro lugar, donde encontró muchos animales, pero no le hicieron nada y pasó de frente. Al cabo de quince días, llegó al lugar deseado, donde vió varios monos que parecían gentes, y dijo:—¿Pero qué serán éstos? ¿Serán algunas personas que hayan venido a morir aquí? Estuvo observando mucho tiempo, y dijo:—Pero a éstos les faltan muchas partes del cuerpo, para que sea un hombre; y por fin dijo:—Pues que sea lo que fuera, que se queden aquí, qué importa. Dejó aquellos huesos, y dijo:—Porque yo quería que se me presentara otra cosa que me hable, a ver si tiene valor. Yo no me voy de aquí hasta que no salga nadie y me encuentre. Se estuvo en ese lugar como quince días.

Pues es una cosa verdaderamente extraña, la vida de ese anciano. Porque ¿quién se ha de estar en ese lugar tan terrible, por los animales que reinan? Hasta que por fin, durante veinte días estuvo, cuando salió al encuentro un ídolo, que parecía un sacerdote, y le dijo de esta manera: —Ahora sí, mi amigo, hasta que viniste. Eso es lo que yo estaba esperando tanto tiempo. Que bueno que vinieras; tanto me alegro de verte. Ya sé que tú vienes a visitarme; y yo, por mi parte, debo de corresponder a tu visita. Ahora de aquí a un rato, verás como te voy a llevar a un hotel, donde tenemos una comida muy buena. Aquel hombre anciano quedó más sorprendido de aquello y dijo entre sí:—No hay que temer nada; a ver qué es lo que pasa. Iré con él hasta donde me lleve. Y dijo, cuando llegó otra vez donde estaba:—Ahora sí, vamos. Se fueron mucho más lejos todavía, y después de andar entre las intrincadas piedras llegaron donde estaba una gran piedra, y tocó una campana y luego salieron muchos ídolos, y dijo:—Anda, ábreme pronto la puerta, porque aquí traigo un amigo nuevo, que nos viene a visitar. Y contestaron los demás:—Pero si es un nuevo, hay que traer la música, para que vengan por él. Y contestó él:—No es tan necesario. Así no más, puedo entrar. Y ellos dijeron:—No puede ser que V. vaya entrando así no más, sino que siempre es necesario que siempre venga la música, para que entre con ella. Dijo aquel:—¡Qué finos son VV.! ¡Cuánto les agradezco!—No hay de qué,—le respondieron,—supuesto que así es nuestra costumbre.

Por fin llegaron los músicos. Nuestro anciano todavía quedó más sorprendido de ver aquellas cosas tan extrañas, y fué llevado a un gran hotel. Cuando entró nuestro hombre a aquel hotel, más se asombró todavía. Una vez que llegó a entrar al hotel, hicieron que pasara a sentarse en el comedor. Este comedor es muy grande según lo describe él mismo. Hacía un momento no más que estaba sentado, cuando empezaron a pasar su comida, y lo hicieron que comiera mucho.

Aquel hombre anciano nos ha llegado a contar la historia de los ídolos, a quien debemos toda la historia de ellos, porque antiguamente casi nadie conocía esos ídolos, porque a veces se confundían con los demás hombres que había en una época muy remotísima; pero poco a poco fueron separándose

unos a otros, y así hasta que vino un hombre que verdaderamente supo ordenar de qué manera caminar en la vida. Ya después, fueron unos hombres que desconocieron todos los ídolos. Pero hubo un tiempo en que los adoraban, según nos han platicado nuestros antecesores, y hasta la última vez, cuando nadie ya tenía la noticia de ellos.

Entonces, aquel anciano emprendió aquel viaje, para ver y conocer como viven. Se fué, como ya hemos dicho desde un principio. Hay algunos que creen que el anciano es uno de los descendientes de ellos, y por eso fué buscándolos; pero no es eso, sino que aquel pobre hombre fué a buscarlos para dejar una verdadera historia de ellos. Pues bueno, no hemos relatado la historia de éste casi nada. Pues hasta ahora es cuando vamos a comenzar; pero es necesario que tengamos un poco de cuidado, porque aunque sea cuento de ídolos, pero es un poco interesante. Oigan la voz de aquel anciano que fué a visitar, y verán si estuvo bueno o malo. A ver que les parece.

Bueno pues, cuando llegó, como hemos dicho, estos tenían un gran palacio de puro mármol, y había unas familias de los duendes sumamente extrañas, que cuando hablaban con uno sacaban unos ojos tan grandes que hasta le daba a uno escalofrío, de ver aquellos bárbaros. Pues ahí tienen VV. que cuando el anciano estaba en el comedor, que todavía no hemos concluido como estuvo. Pues entre luego le sirvieron una comida muy excelente. Primero le llevaron un venado frito, luego un pato de la misma manera, y a preguntarle qué otra cosa quería aquel anciano. Y él dijo entre sí:—No hay más que molestarlos mucho a estos tontos; ¿quién les mandó de traerme a la cocinera? Que vaya a traer lo que tiene en la cocina. Aquella vieja contestó:—Pero cómo voy a traer todo lo que tengo? Qué tal si se lo come V. todo, ¿qué cosa nos deja? Y repuso:—Pues vuelva V. a hacer la comida de nuevo otra vez; para eso está V. que se entiende de cocinera. Le dijo la vieja:—Pero no estoy aquí para servirle a V. no más. Aquel anciano le dijo:—Pues si yo no quiero que me sirva V. sola, por eso le digo que traiga toda la comida que tenga y vuelva a hacer para VV. La vieja se puso muy furiosa, y se iba rezongando mucho, y decía:—¿De dónde vino este malvado hambriento que se ha atascado toda la comida? Aquel viejito:—Pues cuando invitan a una persona tiene que aprovechar de la ocasión, ya que se le facilita así, y es que V. no tiene que repelar nada, supuesto que soy una persona extraña. Por fin, estuvo avergonzándola mucho hasta que llegaron los demás ídolos, y le dijeron:—Ya acabó V. para que nos vayamos a pasear un rato por allí y verá qué bonito está por allí. Por fin se fueron, y llegaron a un paseo, que ellos decían que era donde se gozaban las delicias. Este jardín es muy extenso, donde había muchos ídolos, y cuando llegó nuestro hombre, todos se quedaron sorprendidos, que quién era ese hombre tan extraño que nada allí decían.

Aquel hombre oyó y dijo:—Yo soy un hombre que viene de muy lejos, con el único fin de visitar a VV. y de conocer su reino. Ellos contestaron: —Mucho nos alegramos que se haya dignado en venir, porque nadie viene aquí. Quien sabe por qué nos tienen tanto miedo los demás, y es que somos tan buenos, y con todo eso, nos han dejado. Dentro de poco tiempo vamos

a tener un baile, y verá V. qué bonito es. Al cabo de unos momentos se fueron donde le habían ofrecido a nuestro hombre, y él dijo:—Voy a ver para conocer qué tal bailan estos babosos, y uno de ellos oyó lo que dijo, y le avisó a los demás, lo que había dicho.

Entonces dijeron:—Hay que correr a este malvado, porque es un traidor. Después de que le hemos proporcionado tanto anda hablando mal de nosotros. Algunos dijeron, que fueran esas palabras toleradas; pero la mayoría dijeron que no se toleraban, porque seguiría haciendo así y es mejor que se vaya de aquí. Aquel hombre anciano lo sacaron del baile, y él dijo:—No le hace; eso no es nada. ¡Ojalá y así me hicieran en todas partes! Verán como les voy a echar bombas, y entonces me conocerán quien soy. Ellos quedaron muy asustados, y le dijeron, que mejor no le hacían nada, porque era capaz de hacerlo, y ellos tuvieron que pedirle perdón. Y nuestro hombre dijo:—No hay que dejarse de estos babosos; y ellos le dijeron que era un hombre muy bueno y muy amable, y le dijeron que no tuviera cuidado, que ellos tenían que enseñarle muchas cosas. Llegó el día en que le dijeron a aquel anciano que querían que él fuera con ellos para dar una vuelta por allá, por aquellas montañas y vería qué bonito era. Vamos a dar una comida campestre muy sabrosa. Se fueron al lugar. Antes de esto, les dijo nuestro hombre:—Pero lo siento mucho de no poder ir, porque según me parece que el camino está muy mal por lo que yo no puedo andar.—Pues vamos a hacer una cosa—le dijeron—vamos a mandar que vengan varios caballos para que los monten los que quieran o los que no puedan andar. Entonces mandaron a uno de ellos para que fuera a traer unos venados. Estos inmediatamente fueron, y cuando regresaron, entonces le dijeron al hombre anciano que montara en un venado, y les dijo, que no, porque no fuera a tirarlo por aquellos barrancos que había por el camino. Ellos le dijeron que no tuviera cuidado, que tendrían mucho cuidado para que no le pasara algo. Nuestro hombre montó en el venado y emprendieron su camino. Tuvieron que caminar quince días consecutivos, y al fin llegaron al lugar indicado.

Pues vamos a relatar su historia de éstos como se organizaba la fiesta. Pues la fiesta fué organizada del siguiente modo: Uno de ellos se encargó para hacerlo y el otro para llevar los músicos. Los músicos eran muy raros. Ellos se componían de setenta y cinco, y hubo muchos bailes, y con una ídola bailó nuestro anciano. Aquella ídola hizo que se cansara nuestro anciano de tal manera que lo dejó sin fuerzas, y cayó en el momento en que estaban bailando, y fué a levantarlo a patadas. Nuestro anciano se puso muy enojado, pero no más que al levantarse y después le dieron un vaso de agua, que le dijeron que era para que se pusiera fuerte, y él la tomó y al fin se puso fuerte, y dijo:—Ahora sí podré bailar con todas VV.

Después salió otra y le dijo que si no quería casarse con ella, y nuestro anciano le dijo, que no, porque él tenía a su esposa. Y ella le dijo que no le hacía nada, mas que tuviera tres esposas, vale que no andaba con él, y que ella se iría con él hasta donde quisiera. El anciano volvió a decir que no, porque no estaba acostumbrado a tener tres esposas, sino una sola, y porque lo estaban esperando a que regresara. Ellas le dijeron:—Ahora no lo deja-

mos ir, ¿quién le mandó venir? Porque el que viene aquí tiene que casarse a la fuerza con una de las ídolas, y si no, lo matamos. El pensó mejor decirles que sí, para que no lo mataran, pero ya él tenía pensado que hacer.—Pues voy a hacer una cosa,—dijo nuestro anciano—después de la ceremonia, me iré de aquí, o en el momento en que van a entrar me largo, sin que sepan. Llegó la noche de la boda de éstos, y cuando menos pensaban, se escapó el anciano. Cuando sintieron diz que ya no estaba el viejito; entonces dijeron: —Pero ¿qué pasó con este viejo malvado? Vamos a buscarlo. Pero ni modo que lo encontremos. Cuando llegó el viejito a su casa, entonces estuvo contando todo lo que le pasó. Pues hasta ahora es cuando vamos a relatar todo lo que había visto este pobre anciano. Pues dijo que había visto muchas cosas con esos malvados ídolos. Lo primero que nos refiere es lo siguiente. Que cuando llegaron los ídolos, fué recibido con muchos aplausos. Luego empezaron a tocar sus instrumentos que estaban adornados con unas figuras, que se parecían a ellos; y cuando tocaban hasta se volteaban los ojos. Pues nos refiere también que cuando estaban bailando, él se había caído sobre uno de ellos, y fué tan fuerte el golpe de tal manera que se murió. Pero como éstos son de un corazón tan insensible, que casi no lo atendieron luego, casi hasta que no habían acabado de bailar todos. Entonces fué levantado, y su funeral fué suntuoso, y luego organizaron otra fiesta, para que lo acompañaran al panteón. Su funeral fué verificado del siguiente modo: Una vez que a éste lo llevaban para el panteón, entonces en el camino se lo llevaron bailando, porque decían que ya se iba a gozar de otra vida más feliz que antes, por lo que se lleva la música. Después llegaron al panteón donde fué sepultado. No hacía muchos días que estaba enterrado, cuando se levantó y fué a reclamar a todos los que lo habían enterrado, que si no le veían que estaba dormido.—Entonces tú no eres como nosotros, eres de otro origen, lo que nosotros no conocemos, qué cosa es sueño solamente. Aquellos hombres que están o que han sido de otro origen, esos son los que duermen, mientras que nuestro vecino no sabemos qué cosa es. Hoy en adelante el que duerme, es porque se va debajo de la tierra,—le dijeron.—Porque ya te hemos dicho, que aquí no hay día ni hay noche, sino que aquí es todo igual para nosotros; por eso nos llaman aquéllos gentiles, porque no estamos acostumbrados a ver la luz del día, por lo que siempre estamos en la obscuridad. Ya sabes también, que aquí no hay descanso, sino que siempre tenemos que estar trabajando para que perezcamos y tengamos unos monumentos muy lujosos; para que el que vea después, se admire de nosotros, y que recuerden que hemos vivido y que hemos sido trabajadores. Aquél dijo: —¿Por qué he de trabajar? En ese caso, mejor me quedo debajo de la tierra donde ya estaba. Yo no estoy trabajando para otros que vengan, porque al fin no han de agradecer nuestras obras, y se han de destruir más tarde, por los que van a vivir de condición en que nosotros vivimos ahora. Aquéllos dijeron:—Pues no le hace nada. Pues si no quieres trabajar, vete donde estabas. Y aquél dijo que ya se iba a enterrarse, y así se quedó para siempre.

Los otros continuaron su obra de construcción, que era un gran palacio que estaban construyendo. Pues la construcción no duró más de unos ocho

días; y al cabo de ese día, la obra estaba terminada. Pues según nos dicen que fueron amantes de artes, de labrar piedras, por lo que todavía se encuentran algunas piedras, que ellos lo habían construído, y también se cuenta que se encuentran piedras en forma de un corazón, según nos relata aquel anciano, que eso era para demostrar que el que tenía esa forma en el centro del corazón o del pecho, es porque era otro origen y para distinguirse de ellos. Y también se cuenta que tenía una *maca*, que ésta servía para pasar sobre un *granario*, para ir a un pueblo vecino, que quedaba muy cerca de ellos, donde iban a hacer su plaza cada día, que se llamaba Minatzinca, cuando iba a la fiesta. También la fiesta se celebraba cada año, pero para ellos, como los consideraban cada setenta y cinco días. Sus comidas eran puros animales feroces, así como el león o el tigre; y cuando iban por ellos, llevaban una reata muy larga para enlazarlos, y una vez que estuvieran enlazados, entonces iba uno con su hacha a cortarles el pescuezo. Verdaderamente sus estados de éstos son muy raros porque hicieron cosas que uno se extrañaba; aun su principal dios de ellos era uno que se había hallado en una gran montaña, y lo consideraban como dios, porque muerto tiene la forma muy parecida a la estatua de ellos; porque pensaron que fuera trasladado, hasta su pueblo, donde hicieron un templo nuevo, que cuando se terminó, fué una gran celebración.

6. LOS ÍDOLOS Y LOS HOMBRES

San Mateo Cajones, Villa Alta.

Este era un hombre ya de una edad muy avanzada que nos contaba la historia de los ídolos y de un hombre. El relato es muy curioso; de tal manera que nos empezábamos a reir mucho. Empezaba de esta manera:

Estos eran unos ídolos que jugaban mucho con un hombre. Nuestro hombre era más bien parecido a ellos que a un hombre natural. El viejo dijo que él había presenciado una escena con los ídolos y el hombre en una gran cueva que estaba cerca del pueblo. Pues la escena consistía de una fiesta que se encontraba cuando llegó nuestro hombre. Éste, sin decir nada, se conformó con ellos, viéndolos como gozaban.

Después de unas horas, uno de los ídolos dijo:—Me parece que hay algo; uno que nos está juzgando. Los otros ídolos le contestaron: —Estás loco. ¿Qué estás haciendo? Lo que debes hacer es gozar mucho ahora que se nos ha presentado la ocasión. Como no siempre hay eso, hay que aprovechar. Y dijo el otro:—No seas así. Permíteme que vaya a ver quien es ese malvado que nos viene a juzgar, que no ve que aquí es un lugar privado, adonde nadie puede venir. Pero sí puede pasar en este sitio. Y aquel otro le decía: —Goza, goza. Deja al que esté escuchando, porque tal vez ese pobre tendrá hambre. No has tú de tener lo que te va a pedir, porque yo estoy seguro

que ha de ser algún hambriento. Por eso no voy yo. Si no, ya hubiera ido desde más antes. Y el otro le dijo:—Aunque no tenga yo qué dar de comer, pero sí tengo un buen palo para darle garrotazos; y verás como no vuelve por aquí ni una sola vez. El otro respondió:—No, por tu madre, no vayas a hacerle nada. Entonces nos corren de aquí. Ya te digo, mejor goza y aprovéchate. No vayas a hacerle algún mal, porque tú sabes muy bien que donde hay algo de fiesta, siempre se admira alguien. Pues si estamos en fiesta, ¿cómo no quieres que se divierta con nosotros?—Bueno,—dijo el otro,—ya me convenciste que siempre hay que juzgar donde hay una fiesta, por más pequeña que sea.—Pues es natural, le dijo el otro,—y no quieres que nos juzgue. La verdad, es una cosa muy fea ser déspotas. No hay que hacer eso. Antes, al contrario, hay que invitar en el acto todas las personas que se nos presenten en alguna fiesta, para que no digan que somos malos. Ya te digo que hay que ser amables con todos los que se nos presenten, para que así sepan tratarnos; porque el que trata mal será tratado lo mismo.

Se quedaron un momento en silencio, cuando de repente los interrogó uno que acababa de llegar y les dijo:—Hace algunas horas que estoy aquí y no veo nada, si hay o no hay fiesta. Ellos exclamaron entonces:—¡Ah, querido amigo, hace un momento que estamos pensando en tí! Ya se está acabando todo lo que teníamos preparado. Sólo tú eres el que faltas, porque ya vinieron todas la familias. Gozaron mucho y nos dejaron sin nada. Y así es que tienes que dispensarnos, porque ya no hay nada. El dijo:—¡En mala hora vine! Para otra vez, no vuelvo a esta casa aunque celebren una fiesta, la más lujosa que pueda ver nuestro reino!—No le hace,—le respondió el otro, —no faltará otro que venga por tí.—Muy bien—dijo aquél,—pues ya me voy. —Véte, soberbio,—le dijeron.

Después de que se fué aquél, dijeron:—Ahora sí, vamos a seguir nuestra fiesta, ya que se fué ese repugnante. Ese es el que no queríamos que se quedara aquí. Porque ya sabemos qué clase de gente es: por eso lo hemos corrido.

Después llegaron muchos ídolos. Estos tenían un gran salón, muy adornado y muy bien preparado. El primero de los ídolos que llegó, fué uno que era divino para ellos y que consideraban como dios. Cuando llegó éste, lo primero que hicieron fué hincarse para que pasara aquel divino de ellos. Luego que llegó, entregó una cosa que traía en la mano y dijo que el que maltratase esa cosa sería penado de la vida, supuesto que era una cosa de que nadie podía decir ni una sola palabra, sino respetarla mucho. Y todos los que estaban en aquel salón se mostraron con mucho respeto y veneración, y decían:—No hay más dios que éste, y hay que respetarlo y obedecerlo, para que no nos castigue nunca, porque el que sea desobediente con él, tendrá pena de la vida. Y siguieron su fiesta.

La fiesta había sido para honra de uno de los dioses que habían tenido antes, y decía el eura:—Este dios de hoy es más tunante que aquél. Es necesario que nos pongamos iguales a él. Otro respondió:—No, porque el que pretenda oponerse será castigado con la pena de muerte.

Nuestro hombre, que estaba escuchando, decía entre sí:—¿Qué haré? Ya me estoy muriendo de sed. Por fin dijo:—Pues me voy a salir, al cabo que no me dan de comer. Y yo les diré algo si es que me dicen alguna cosa. Y salió sin que nadie le dijera nada; antes al contrario, lo invitaron a la fiesta, en donde había encontrado a aquel hombre que había pasado estado de ídolo. Entonces le dijo a su compañero.—¿Qué haces aquí con éstos? Y él le dijo:—Déjate, me querido amigo, que este lugar es muy malo. ¿Cómo se te ocurrió en venir aquí dentro? En un momento te refiero mi historia y verás qué triste es. ¡Oh, qué vida tan pesada he pasado durante el tiempo que he estado aquí con estos malvados ídolos! Solamente somos nacidos para darles unos sopapos, si fuera posible destruir el reino de estos malditos. —Por qué tan mal, amigo?—le preguntó el otro hombre.—Ahí lo verás, porqué—le respondió Y el otro quedó muy asustado y dijo:—Vamos a hacer una cosa para que vayamos a escapar de estos malditos.—Pero ya no es hora; ya es muy tarde—le dijo el otro.—Sin embargo, vamos a hacer la prueba. Aquellos ídolos les decían:—Somos amigos. Ya saben que están en su casa. Vamos gozando de esta gran fiesta.—Con mucho gusto,—respondieron ellos.

En el momento en que estaban entregándose a la más gozosa fiesta, se escaparon nuestros dos hombres, y dijeron ellos, cuando sintieron que ya no estaban:—¿Adónde están nuestros hombres? ¿Qué les ha pasado? ¿Se habrán ido? Entonces emprendieron carrera para alcanzarlos, pero ni modo de poderlo hacer. Llegaron a una cueva, donde también había ídolos, y les preguntaron que si no habían visto pasar dos hombres por ese camino. Y aquéllos les respondieron que no habían visto nada más que dos zopilotes que pasaron volando. Y ellos dijeron:—Esos malvados han de ser. Continuemos nuestra carrera. Siguieron hasta que por fin llegaron al ansiado pueblo. Entonces ya habían puesto en salvo la suerte, y después de algunos días, aquel hombre fué a visitar a su casa para platicar todas las cosas que iba a decir de cuando pasaron aquellos momentos de angustia. Pero que no pudieron nada unos a otros. Después, por fin llegó a casa de aquél, y le dijo:—¡Buenos días, mi querido amigo! ¿Cómo lo pasa? Y aquél respondió:—Bueno, para servirte.—Pues vengo especialmente para referirte de nuestra aventura de aquel día, y verás qué triste es. Y dijo aquél:—Relátamelo, como estábamos aquel día.—Pues, amigo mío,—le dijo—ese día nos habíamos encontrado en un estado muy miserable. La suerte nos ayudó para poder salvarnos. Si no, allí nos hubiéramos quedado para siempre, pues ese era el modo de aquellos malditos ídolos. Pues durante todo el tiempo que estuve con ellos sufrí mucho, porque me trataron de mil modos, de trabajos y maltratadas que me daban. Pues estos malvados tenían un palacio muy lujoso, donde se recibían las visitas. Y eran muy malos. Muchísimas cosas ví de esos infernales, y por eso me da horror con ellos. Ciertamente quieren que uno sea de su compañía para que sea uno tratado como ellos pero yo jamás quise. Por eso me odiaban de una manera bárbara. Conque casi nada he dicho de ellos, como viven y comen, y como celebran sus fiestas. Pues bueno. Pongan mucho cuidado y verán qué modo tan repugnante tienen. Pues donde viven es en las rocas y las cuevas, y tienen por su dios

una gran piedra que entra en una cueva, y la cueva la consideran como su iglesia, y cada martes van a rendirle culto a la piedra desde las cinco de la mañana, y se están allí hasta las cinco de la tarde. Salen de allí y después de esto se van a un baile muy de gala. Después de todo esto, cada quien se va para su casa, y al día siguiente siguen su fiesta, como dos o tres días seguidos. Después de tanta fiesta, se van a dormir ocho días completos, y son tan perezosos que nada quieren hacer. Ponen a uno a hacer lo que debían hacer ellos, y hacen a uno ir a cargar una imagen de piedra que consideran como segundo dios de ellos. Y tiene uno que cargarla hasta dos leguas, y ellos vienen arriando a uno como una bestia. Y además de esto, son muy torpes, porque si te ven parado un momento, te empujan mas que caigas de boca. Poco les importa que se te rompa cualquier parte de tu cuerpo. Por ese trato que me deban, por eso les tengo odio y nunca podré reconciliarme con ellos, mas que me deban miles de pesos. ¡Oh, querido amigo, hasta aquí no más! Doblemos nuestra historia de esos gentiles, porque en verdad que ya no tengo ánimo para seguir relatando más. Es una cosa que me hace llorar cuando me acuerdo de todo lo que sufrí allí.

Pero aunque nuestro viejo todavía seguía escuchando la plática de aquellos hombres, al fin dijo:—¡Qué plática tan larga he oído! ¡Qué barbaridad!

Entonces los dos hombres emprendieron un viaje, y dijeron:—¿Pero qué tal si vamos a encontrar otra vez a aquellos malvados? ¿Qué hacemos? Uno de ellos dijo:—No hay cuidado. Vamos muy armados y verás como vamos a asustar a esos ídolos malvados! Emprendieron su camino, y apenas habían caminado una o dos leguas, cuando les salieron los ídolos. Y entonces dijeron:—Ahora, ¿de qué manera nos vamos a escapar?—No tengas cuidado, dijo uno, ya sabes que soy muy astuto. ¿Que no ves que me parezco a la zorra?—El otro se confió en aquél. De repente se acercaron los ídolos, de veras, y luego los reconocieron y dijeron:—Ahora sí, ya nos encontramos con esos malvados que se huyeron de nuestra casa cuando estábamos en la más gozosa fiesta, y ahora sí, ya no se nos escapan. Hay que asegurarlos bien.

Los dos hombres estaban oyendo todo y uno dijo:—No les hagas caso a esos bárbaros, que los hemos de engañar. Por fin llegaron los ídolos junto a donde estaban y les dijeron:—Muy queridos hombres, ¿qué andaban haciendo por aquí, qué sólo de casualidad vinieron a visitarnos? Y ellos contestaron:—¿Cómo que no? A eso venimos precisamente. Y también a ver si todavía están en fiesta. Pero eso lo habían dicho de pura burla. Aquéllos creyeron y dijeron:—¡Qué obedientes son estos hombres! Con ver que les hemos dado tan mal trato todavía vienen a visitarnos. Pero hay que vigilarlos bien ahora. Si no, se van y ya no vuelven, y en estos días los vamos a necesitar mucho. Porque no querían quedarse con nosotros tengamos mucho cuidado de ellos.

Pues aquellos dos hombres estaban muy serenos y ni sabían qué hacer para salvarse. Y dijeron:—Ni que fuéramos tan patos para no salvarnos. Y el hombre que era más astuto dijo:—Ya sabes que en cuanto nos digan,

"pasen adelante", es porque algo van a hacer con nosotros, y tú lo que haces es procurar ser muy obediente. Para que no vayan a sospechar nada, durante dos días vamos a hacer así, y a los tres, vamos a huirnos de ellos. Verás como vamos a dejarlos con la boca abierta. Pero te diré que de que nos separemos, vamos a ir con mucha velocidad para que no nos vayan a alcanzar, porque si lo hacen, estoy seguro que nos pena la vida.—Muy bien,—dijo el otro, y así lo hicieron. Aquéllos estaban muy contentos hasta que celebraron una fiesta muy aplaudida. Nuestros hombres estaban muy alegres y ellos les dijeron:—Ya saben que nuestro reino es muy gozoso. Vivimos unidos con el reino de los príncipes.—¡Oh, sí—dijeron los hombres,—¡qué felices son los reyes! Nosotros quisiéramos vivir con reyes toda la vida, con mucho gusto.—¿Cómo que no?—les contestaron,—nosotros estamos dispuestos a servirles en lo que quieran.—¡Qué bondadosos son VV.—les respondieron. Los ídolos respondieron:—Cómo no? Aquí no hay miseria, manejándose bien. Aquellos hombres entonces les interrogaron sobre sus orígenes y ellos dijeron:—Tanto gusto tenemos en relatarles, pero bajo una condición.—Vamos, pero ¿qué clase de condición quieren?—dijeron nuestros hombres.—Pues es una condición muy singular,—dijeron ellos. Y los hombres les respondieron:—Pues si podemos, con mucho gusto la cumpliremos, con tal que nos relaten esas lindas historias de sus orígenes, porque esas han de ser muy curiosas. Pero antes de todo, queremos saber cuáles son esas condiciones para saber si podemos cumplirlas.—Son muy sencillas. Es que queremos que nos ayuden a construir un gran palacio para este reino tan hermoso.—¿Qué tanto tiempo se necesita para la construcción?—dijeron los hombres.—Pues es cuestión de un día y una noche, no más—dijeron. —Pues sí,—les dijeron los hombres. Pero VV. nos relatan primero para que así tengamos ánimo para apurarnos mucho.—Con mucho gusto,—contestaron,—pero pongan cuidado, verán qué historia tan fácil de comprender. Es también muy sensacional por ser la más antigua, porque nosotros somos los primeros que existieron en el mundo. Y entonces uno de los ídolos comenzó a contar lo siguiente:

—Pues nuestro origen, según hemos podido asegurar, fué el siguiente: En un principio él existió primero, nacido por obra de una gran cueva, porque él nos dió el primer dios de nosotros. Y después de éste vino otro, que también era nacido en otra cueva, y así nos dieron origen. Puesto que hasta allí no más les contaron, ya no querían trabajar más.—Está muy bien,—decían entre sí—gran cosa nos han costado estos trabajos. Y por fin, dijeron:—Mañana emprenderemos nuestro viaje. ¡Qué instrucción ni qué qué calabazas! Por fin llegó la mañana y se fueron muy temprano, sin que lo supieran esos malvados ídolos. Cuando los buscaron, ya no estaban, y dijeron:—Si no hay que confiar en ellos, los brujos condenados. Ahora sí, que ni modo de alcanzarlos.

Aquellos hombres emprendieron una marcha muy fuerte, de tal manera que pronto llegaron a un pueblo. Y dijeron:—Va por segunda vez que nos burlamos de esos bobos. Y en aquel pueblo se quedaron una noche, y al día siguiente continuaron su marcha. Al cabo de dos meses llegaron a su pueblo,

y decían:—¿Quién como nosotros, que hemos ido a engañar a esos ídolos por dos veces? Y les preguntaron sus familias:—¿Qué noticia traen de por allá donde han andado?—Y ellos dijeron:—Pues nuestra historia es muy triste y vale más no decir nada de ella.

7. EL ORIGEN DE LOS ÍDOLOS

San Mateo Cajones, Villa Alta.

Pongan mucho cuidado que voy a relatar la historia de los ídolos, pues es necesario que VV. tengan cuidado de conservar esta historia, para que la cuenten a sus hijos que vengan después, así como hemos nosotros sabido conservarla. Pues ésta tiene todos los principios de los ídolos, cómo han sido creados y su origen.—Allá, hijos míos, donde están aquellas piedras (decía la viejita, enseñándoles unas piedras que estaban muy lejos del lugar en donde estaban sentados) están las cuevas de los ídolos. Éstas son muy grandes y hondas. Pues cuando entró un señor en ellas, vió a muchos ídolos que estaban en una gran fiesta. Cuando vieron a aquel señor que había estado viendo lo que estaban haciendo, entonces le dijeron:—Ah malvado, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Quién te ha autorizado para que vengas a juzgarnos? Ahora vas a participar de nuestra fiesta! Y el hombre les contestó:—Con mucho gusto. Entonces fué entrando. Cuando llegó adonde estaban, le dijeron:—Hola, amigo, ¿qué haces? ¿Cómo te va? De dónde vienes? ¿De qué origen eres? Y él contestó:—Pues yo soy de origen del otro mundo; yo no pertenezco a VV. Dijeron todos:—Pues aunque no somos de igual origen, pero queremos que nos acompañes en nuestra lucida fiesta que vamos a celebrar, y verás qué fiesta es la que nosotros hacemos. Aquel hombre quedó muy asustado y dijo:—¿Cómo vine a dar con estos demonios de ídolos? Preguntaron a nuestro hombre si tenía familia, para que fuera a traerla, y el hombre les contestó que no tenía. Pues entonces, V. solo se queda. Pero vamos a hacer una cosa. Vamos a traer unos venados para matarlos y pasar una fiesta muy gozosa.

Se llevaron a aquel hombre entre una gran montaña en donde había muchísimos venados. Entonces le dijeron:—Aquí te quedas cuidando estos animalitos mientras que vamos a traer más. Se quedó aquel hombre cuidando los venados. Al cabo de once días, no llegaban todavía. Entonces pensó irse; ya estaba casi muerto de hambre y dijo:—Voy a matar uno de estos animales para comerlo, aunque sea crudo, ya que no me dejaron que comer. Entonces lo mató. Apenas acababa de matarlo cuando llegaron y le dijeron:—¿Con el permiso de quién ha matado nuestro animal? Y les contestó:—Pues ya yo no aguanto el hambre, por eso lo maté. Pero ellos no le dijeron nada, pero hicieron que viniera cargando en todo el camino aquel venado. Nuestro hombre pues, sufrió mucho por haber ido a asomarse

en la cueva. Pero cuando llegaron a la cueva, entonces mataron todos los venados que habían ido a traer.

Llegada la hora de la fiesta, nuestro hombre estuvo observando una cosa muy extraña que le llamó mucho la atención, pues lo que estuvo observando fué lo siguiente: que los ídolos fueron a invitar a muchos vecinos para que presenciaran la fiesta. Cuando llegaron las familias, fueron recibidas con mucho respeto, y las pasaron a la sala, pues esta fiesta había sido un cumpleaños de uno de los principales. Cuando llegó el que había sido protegido, todita la casa estaba adornada de flores. Cuando llegaron otros muchos, entonces empezaron a bailar todos. Pues que no he terminado de nuestro hombre como le fué después. Pues éste, habiendo visto aquella fiesta, que gozaban tanto, ya al terminar, entonces dijeron a nuestro hombre: —Querido amiguito, hemos dejado a V. hasta atrás. No le hemos hecho caso durante la fiesta, pero no tenga cuidado, ya vamos a atenderle; solamente vamos a prepararle una gran cena para V. especialmente.

Llegada la noche, entonces llamaron a nuestro hombre a la pieza donde tenían preparada su cena, y dijo:—Cuando quieran; que me hagan el favor de prepararme después de la cena una taza de te. Entonces le preguntaron: —¿Cómo se prepara ese veneno? Él les dijo:—No es veneno; es una bebida muy deliciosa. Yo mismo lo voy a preparar para que VV. aprendan como se hace. Entonces nuestro hombre se puso a hacer lumbre y pidió un jarro a los ídolos, y todos se acercaron. Cuando observaron que estaba ardiendo la lumbre, empezaron a gritar mucho. Decían que estaba ardiendo el mundo, y luego cogieron al hombre y se lo llevaron a la cárcel porque decían que él había prendido al mundo, y nuestro hombre les dijo:—Déjenme; lo voy a apagar. Luego apagó. Luego decían ellos que era un dios y empezaron a adorarlo, y nuestro hombre dijo que no era necesario que lo adoraran; que lo único que quería era que fueran a traer unos retratos de sus abuelos, y ellos cumplieron todo lo que pedía nuestro hombre. Después de algún tiempo se vino, y cuando llegó al pueblo contó todo lo que le había pasado durante el tiempo que estuvo con los ídolos.

—Pues no he acabado todavía,—dijo la abuelita aquella;—todavía me falta relatar cuál era su dios principal de ellos y cómo fué formado. Según ellos mismo cuentan, había sido formado por un animalito que se llamaba *Jacolapintzín* o lo que es lo mismo, formador del mundo. Pues de éste se cuenta que lo primero que hizo fué ir a buscar una gran cueva, donde encontraron un gusanito, y le dijeron:—Mi amable amigo, oye una cosa que te voy a decir. Y él le contestó:—¿Cuál es? Yo deseo que formemos aquí una nación que lleve el nombre de Jalteca, o sea el mundo de los ídolos. Entonces dijo el gusanito que no podía porque él no tenía ningún poder. Y dijo que no se necesitaba de ningún poder, sino no más así podía formarlo. Aquel animalito tuvo pues que resistirse mucho por no querer asociarse con el otro hasta que lo venció. Éstos, ya que estaban de acuerdo, entonces lo que fué que habían encontrado entre aquellas piedras una gran figura de un mono, y ése estaba representado como el primer hombre de los ídolos, y dijeron: —Pues éste tomamos como primer hombre de ídolos.—Ya no—dijo el animali-

to, que ya somos los autores de un mundo ídolo, y verás qué pronto va a salir esto en la historia y nosotros hemos de ser muy notables. Cuando se supo en un pueblo que aquellos animalitos habían formado un mundo ídolo, entonces dijeron que era bueno matar a aquellos animales por haber formado ese mundo tan desdichado; que nada de bueno pasaría con un mundo descubierto por unos animales. Llegaron aquéllos y dijeron:—Hay que destruir esta cueva. Cuando lo oyeron los animalitos, que estaban sobre un árbol, dijeron:—Pues, señores, no sean tan malos, no hagan esa cosa, porque a nosotros nos ha costado mucho trabajo. Y ellos dijeron:—No, amigos; es indispensable destruirlo. Pero después se fueron y no hicieron nada, y durante mucho tiempo después, cuando había sido mentado el pueblo ídolo, hasta los hombres los adoraban. El pueblo se había convertido, pues, en idolatras, como hay algunos todavía.

8. LOS REYES Y DIOSES DE LOS TOLTECAS

Mixteco.

Hace más de quinientos años, allá muy cerca de Teotihuacán, vivía un rey llamado el rey Mazorca que tenía dos hijos, Olote y Maíz. El rey Mazorca era agricultor y descendiente de Adán y de Noé en el lugar que los otros que, como se sabe, fueron los primeros agricultores que hubo sobre la tierra.

Mazorca I, que era muy tuno y a la vez un gran encantador, tenía monopolizada la agricultura, y todas las tierras buenas estaban en poder de su hijo Maíz. Cuando a Mazorca le daba la gana, buscaba un encantamiento y las tierras de maíz en lugar de producir lo necesario para que se alimentaran los cien mil súbditos de Mazorca, no producían nada y sólo se veían cubiertos de olotitos, que eran los súbditos del príncipe Olote.

Algunos ministros de Mazorca le habían comido el trigo, y luego se dice que bien le sabían su secreto, que consistía en puras brujerías, para que las tierras de su hijo, el príncipe Maíz, no produjeran nada en varios años. Eran incontables las hechicerías y encantamientos de Mazorca; y por ese motivo, los ministros que no le querían le llamaban Calambutzo. Había años que todo parecía obedecer al malhadado monarca Calambutzo, Mazorca I. El viento, el agua, el fuego, la piedra, el granizo, el rayo, los árboles, todos le obedecían con gran desesperación de su hijo, el príncipe Maíz, que era un magnífico sujeto y no tenía más empeño que dar de comer a sus súbditos y hacerlos felices.

Una vez encontró un ministro a Mazorca I pronunciando estas palabras misteriosas:—Toruba, Olauím, Ogaogó, Criscá, Obatalá, Chango, Iba,—lo cual quería decir:—Que no llueva en todo este año para que se mueran los súbditos de mi hijo, el príncipe Maíz. El ministro Carrizo, que fué quien esto oyó y que era grande amigote del príncipe Maíz, y por quien trabajaba

por que subiera al trono a la muerte de Mazorca, fué corriendo a verlo y le contó lo sucedido.—¿Qué te parece será bueno hacer para desbaratar la brujería? dijo Maíz.—No se me ocurre nada por el momento,—contestó Carrizo—porque si se les ocurre a mi hermano Olote y a mi señor padre que mis súbditos no coman este año, muy gordas tengo que habérmelas para conjurar los dos encantamientos.—Me parece,—dijo Carrizo,—que no sería por demás mandar un espía a la corte del príncipe Olote para saber si también intenta embrujarte las tierras este año.—Muy bien pensado Carrizo—contestó Maíz.—Y lo que me parece mejor es que vayas tú en persona, porque después de vivir tanto tiempo cerca de mi padre Mazorca, ya conozco bien sus encantamientos y brujerías, que a mí quiso enseñarme y que yo no quise aprender; pero que mi hermano Olote sabe al dedillo.

Disfrazóse Carrizo de peregrino que iba a cumplir una manda a la pirámide del sol, y a poco andar, se encontró a un hombre blanco, cosa totalmente desconocida en aquel tiempo en Teotihuacán, y éste le dijo:—¿Adónde vas Carrizo?—Voy a cumplir una noble comisión de mi amo, el príncipe Maíz, para tratar de impedir que se cumplan las brujerías de Mazorca y de Olote, que quieren que los súbitos de Maíz se mueran de hambre este año.—Yo soy Oriscá-ocó, dios de la agricultura y de la lluvia en la gran China, y vengo desde allá para ayudarte en tu empresa. Ve antes a la corte de Olote. escucha bien las palabras que diga a la media noche cuando la luna esté en medio del cielo, y ven a decirme lo que oigas.—Muchas gracias por tu ayuda, bueno y noble Oriscá-ocó. Me marcho en seguida porque mañana es la luna llena, y antes de cuatro días estaré aquí de regreso.—Vete en paz, Carrizo. Que aligere tus pasos mi hermano Dadá o sea el viento, y que te acompañen mis hermanos Birí, la lluvia, y Aidocuedó, el arco iris. Que no encuentres en tu camino a Chango, el rayo, ni a Ogún, la tempestad, y que mi madre, la luna llena, nos ayude en esta empresa inmensa para que no se mueran de hambre los súbditos de tu amo, el buen príncipe Maíz.

Siguió Carrizo muy alegre su camino, sintiendo las frescas caricias de Dadá, el viento, en sus hojas; y al día siguiente, cuando divisó las pirámides de Teotihuacán, por donde tenía que pasar para llegar a la corte de Olote, se le apareció Aidocuedó, el arco iris, y entreabriéndose sus rayos verdes y anaranjados, le habló así:—Carrizo, tú eres un buen súbdito de mi amigo, el príncipe Maíz, y por eso te tengo en alta estima. Mazorca I ya está chocho y decrépito, y por eso hace tantas barbaridades. Olote tiene mucha envidia a Maíz por las grandes virtudes de éste, y por eso anda también con brujerías y encantamientos. Pero Maíz es un buen hombre, un magnífico sujeto que merece que todos le ayudemos. Vé pues, a oir las palabras que diga Olote. Pero antes, detente unas horas en Teotihuacán y haz una visita a la pirámide de Tonatzín Isacual, o sea el sol, y otra a la de Meztli Isacual, o sea la luna. Cuando regreses, aquí me encontrarás y yo te daré un mensaje para mi hermano mayor Oriscá-ocó, el dios de la agricultura en la gran China.

Cerró sus rayos anaranjados y verdes el arco iris y se desvaneció en el azul del cielo. Al siguiente día, llegó Carrizo a Teotihuacán y allí se detuvo. Los sacerdotes comenzaban la dedicación de las pirámides. Hacía cuatro

noches que estaban purificando con el fuego sagrado, y purificaban también las pirámides.

Allí, uno de los sacerdotes le contó a Carrizo por qué estaban dedicadas las pirámides, una al sol y la otra a la luna.

—Antes de que los Toltecas llegaran a Teotihuacán, aquí se veneraban los animales,—dijo el sacerdote a Carrizo,—pero cuando los Toltecas llegaron, ellos impusieron sus dioses, y para ello se reunieron en asamblea los dioses, los sacerdotes, y los saldados. Se buscó uno que se atreviera a hacer el cambio de dioses, y se ofreció Tecuquitecate, que representaba a los sacerdotes. Pero faltaba uno, y entonces se ofreció Nanaotzín, que representaba al pueblo.

Llegó la media noche, hora en que se había de efectuar el cambio, y entonces Tecuquitecate vaciló No así Nanaotzín, que subió airoso a la punta de la pirámide alta. El ejército, o sean caballeros, águilas, y tigres, ayudaron a Nanaotzín, y un águila llevó al sol hasta lo alto de la pirámide. La luna ayudó a Tecuquitecate, y por eso la otra pirámide lleva el nombre del astro de la noche.

Esto contó a Carrizo un sacerdote de la pirámide de la luna, y le dijo: —Vete en paz a cumplir con tu misión y lleva un buen recuerdo a mi amigo, el príncipe Maíz, diciéndole que ya le pido a la luna que le ayude en su empresa. Debo advertirte que Olote es muy mañoso y matrero y tiene su corte llena de brujos que te harán mil preguntas para impedirte llegar hasta él y que oigas las palabras del encantamiento.

Salió Carrizo de Teotihuacán a la madrugada, y al caer la tarde llegó a los dominios de Olote, que reconoció desde luego por la gran cantidad de cerdos que comía. Saliéronle inmediatamente al encuentro varios brujos, y después de contestar satisfactoriamente a sus preguntas, le dejaron pasar al salón donde se encontraba Olote. Estaba éste muy estirado, estudiando su fórmula de brujería para decirla a la media noche.

—Príncipe, dijo Carrizo,—tu ilustre padre Mazorca me manda que te diga yo las palabras de brujería que pronunció para que este año se mueran de hambre los súbditos de tu hermano Maíz. Pero a la vez te suplica le digas por mi conducto de tu brujería.

—Di tú primero las de mi padre,—dijo Olote. Carrizo pronunció las palabras, y entonces Olote dijo:—Di a mi padre que mis palabras son éstas: ¡Ogún, Orisca, Tuyú, Osí, Osé, Osá!—Muchas gracias, príncipe.

Carrizo salió del salón, atravesó el patio y a todo correr salió del reino de Olote. Atravesó Teotihuacán, donde se detuvo solamente para ver al sacerdote. Le contó lo que le había sucedido y el sacerdote le dijo:—Sigue inmediatamente tu camino a los dominios de mi buen amigo, el príncipe Maíz, y pronto te encontrarás a Oriscá-ocó, el dios de la agricultura en la gran China, quien te dirá lo que debes hacer para conjurar las brujerías de Olote y Mazorca.

Efectivamente, al otro día Carrizo se encontró con Oriscá-ocó y le contó todo cuanto le había pasado al lado del príncipe Maíz. Dijo Oriscá-ocó: —Dile que reúna a todos sus súbditos y que lleven todos palas y zapapicos

para que abran canales en todos los terrenos y dejen por allí entrar agua de los lagos, y que así no tengan miedo ninguno de la brujería del viejo Mazorca ni del envidioso Olote.

Se fué Maíz, siguió los consejos de su protector, Oriseá-ocó, y a despecho de las brujerías del viejo y chocho rey y del envidioso Olote, todos los súbditos del buen príncipe comieron ese año y no sufrieron hambres ni escaseces.

II. MITOS ASTRALES

9. CONVERSACIÓN ENTRE LA LUNA Y LAS ESTRELLAS

Talea, Villa Alta.

Después de algún tiempo que habían dejado de platicarnos de la luna y del sol, dijo:—He oído relatar la historia, pero no es exacta; la que voy a relatar, es más exacta y más extensa.

—A la vez—decía una señora viejecita,—pues la luna y el sol conversan mucho más que nosotros, y hay que relatar sus historias. Es lo que sigue:

Le dijo la luna al sol:—Si vieras qué diferencia tan grande hay entre tú y yo.—A ver, ¿cuál?—le preguntó el sol.—Pues ¿que tan tonto eres, que no sabes?—Pues en realidad, no sé—le dijo el sol.—Pues las diferencias son las siguientes: Que yo y tú somos unos astros, que giran alrededor de la tierra, pero más bien nos consideran como madre de esa región. He oído que platican los viejos del otro mundo que nos consideran como sus padres, y las madres a veces. Y dijo el sol:—Pues más bien que nos consideren así, porque al oír ésas palabras, nos sentimos muy dichosos, y ojalá que siempre nos llamen así. Nos sería mucho más dichoso.—Pues bueno, dejemos de semejantes cosas,—dijo la luna. Vamos a platicar de otra cosa, muy diferente; porque si vamos a estar con esto toda la vida, nos volveríamos locos; pero entonces tú me vas a conversar.—A ver ¿de qué?—le dijo el sol a la luna. Con mucho gusto—le dijo la luna.—Pero nada más que quiero que tú me cuentes tus historias, y después te contaré las mías.

—Pues escucha—le dijo el sol—no creas que yo soy de esos que se hacen de rogar; ya sabes tú muy bien que soy muy sencillo y mi historia es muy humilde. Nada más que temo que me vayas a hacer burla.—No, le dijo el luna.—Eso sí que no; ya estoy acostumbrada. Sólo los bárbaros son los que se burlan de una persona. Yo no soy bárbara. Tú me has ofendido con decirme eso.—Pues dispénsame, pues, pon mucha atención, pues eres mi íntimo amigo, por eso te lo cuento a ti. Nadie le importa de mi vida ni a mí la de ellos; sólo tú, como te lo acabo de decir. Me importa

tanto de como me importa de tu vida; y, tú sí, quien sabe si tengas un sentimiento igual al mío.—¿Cómo que no? Si yo soy también un buen amigo para el que me trata bien. ¿Que crees tú que no sé corresponder el cariño de mis amigos? Te equivocas. Si tú sabes tratarme como es debido, seremos eternos amigos.—Sépalo, pues,—le dijo.—Ya, pues, ya,—le dijo al sol:—cuéntame lo que me ibas a contar.—Pues vamos,—le dijo, te voy a contar de mi origen. Pues mi origen es muy curioso, según me han contado mis abuelos.—¿Que también tienes abuelos?—le preguntó al sol.—¿Cómo que no? Si todos tenemos nuestros abuelos. Hasta unos seres más simples, tienen sus antepasados, que les han dejado sus costumbres, y sus usos, según sus costumbres o estilos, y según la clase que tuvieron.—Te felicito mucho. Le dijo el sol:—Estoy seguro que sabrás más que yo, pero muy poco. Mis abuelos no me contaron nada; por tanto, me he quedado sin saber.—Pues no tengas cuidado,—le dijo la luna,—yo te contaré muchas historias para que te instruyas un poco, porque verdaderamente, se instruye uno mucho con las historias de los viejos; porque así sabe uno como ha caminado el mundo antes de que naciéramos; y es bonito saberlo, para siquiera tener uno una idea, aunque no tan exacta; por lo menos, le digo, yo lo creo como se lo digo. Parece que ve uno nada más, al recordar los relatos de nuestros abuelos, pues me decía mi abuelo, que nuestro origen fué muy difícil, porque en aquellos tiempos remotísimos, éramos unos cuerpos sumamente pequeños, que nadie nos conocía, y a veces nos iban a disolver con una cosa muy ingrata, que nos deshacía por completo; y después volvían otra vez; con tanta pena y tanto sufrimiento volvían otra vez, hasta que por fin pensaron que éramos necesarios. Entonces dijeron entre sí, hemos hecho muy bien con estar apagando estas pobres estrellas. Es necesario que pensemos un poco, no estar ya haciendo sufrir a estas pobres. En lugar de rendirles culto, estamos destruyéndolas. Pues bien, dijeron, que nos dispensen, porque no sabemos lo que hemos hecho Porque uno, cuando no sabe lo que hace, siempre es dispensado.

—Se habían acabado aquellos habitantes por completo. Volvieron a venir otros, más que aquellos que se acabaron. Eran entonces más torpes, y más tontos, de tal manera que nos destruyeron, y se fueron a vivir a una región más lejana de nosotros, que creían esos bárbaros que éramos unos bárbaros iguales a ellos; y a nosotros sin embargo no nos destruyeron. Pero después quedamos muy contentos, y desde su ida de ellos, nos volvimos a un estado muy tranquilo. Pero ya ves cuánto nos hicieron sufrir durante tanto tiempo, de tal manera que ya nosotros ya no tenemos esperanzas de volvernos un estado. Pero hasta que por fin hemos vuelto.

—Pero estoy seguro que esta historia no es todo lo que me ibas a contar,—le dijo el sol.—No; si todavía falta mucho,—contestó la luna,—y triste todavía. Pero antes de que te cuente yo todo, quiero que me cuentes tú una de las tuyas. Con eso vamos una y una. Pero él se resistió un poco para relatar la suya, porque dijo que era muy sencilla, no tenía ni un poco de cosas que pueda uno aprovechar, porque era una historia muy vaga, que quien sabe si le gustaría. Y la luna le contestó:—Pues no importa. Lo que importa

es saber aunque sea una cosa simple; pues lo que quiero es que me cuentes. —Pues comenzaré,—dijo el sol,—pues mi historia es mucho más simple que la tuya; y más triste todavía.—Pues, no tengas cuidado,—dijo la luna.—Y después también de ser muy triste, es muy humilde. Pues antiguamente tampoco se ocupaban de nosotros, ni creían que éramos bienhechores de ellos, sino que nos veían con mucho desprecio; y hasta nos maldecían a veces. Esos bárbaros que vivían eran muy tercos y tontos, y ahora uno está civilizado más que ellos.

—Ya lo creo—le dijo la luna,—antes son muy civilizados; en verdad, no son alabanzas, pero hubo una época en que unos querían que uno fuera dios de ellos. Pero como cada época viene cambiando la generación de los hombres, hasta ahora ya no ha habido hombres imbéciles como antes. Todos entienden ya, aunque no mucho, pero siempre es algo. Dejemos eso. Vamos a comenzar otra cosa, que ya no se refiere al hombre, sino a nosotros mismos,—dijo la luna.—Pues a ver qué me cuentas otra vez,—dijo el sol. —Como tú no te hiciste de rogar tanto, hace rato, pues así puedo hacer yo también.—Pues no es que me había hecho yo de rogar; es que me daba mucha vergüenza, como era tan baboso el cuento que te ralaté, ya tú viste muy bien.—Pues entonces hasta aquí no más. Terminaremos nuestra plática, —dijeron,—ya que no queremos seguir más. Conque ya nos vamos. Hasta después,—dijeron unos a otros.

—Este cuentecito fué muy corto,—dijo la viejecita, y concluyó, hasta aquí no más.

10. EL CUENTO DE DOS RAYOS EN UN PALO

Tule del Centro.

Para esto era un rayo que quería hacer un daño a un pobre árbol de encino, que estaba en la orilla de una cueva, en un paraje llamado Monte Blanco.

Conque para esto, en una noche de luna tan clara y limpia, que parecía que era de día; y más de eso, que era tiempo de aguas, como para el mes de abril, que hay tantos relámpagos y rayos, que se atraviesan por las orillas del cielo; una de estas noches, de luna tan clara, que comenzó a llover, pero fuerte, y comenzó la revolución de la rayos. Entonces le dijo un rayo al otro:—Ahora es mano que yo vaya a partir el árbol de encino que está en la orilla de la cueva encantada, que se encuentra en el Monte Blanco. Entonces preguntó el rayo llamado Caimán, al rayo llamado Tutiras:—¿Por qué quieres tú partir ese árbol de encino que no nos hace nada? Entonces contestó el rayo Caimán al rayo Tutiras:—Pues ¿qué no sabes tú que adentro de ese palo de encino, tiene guardado el rayo Clavel muchísimo tesoro de mucho valor, que se robó de una princesa que vivía en el palacio llamado Monte

Negro, cuando estaba en este mismo destino de rayo? Pues él se lo robó a la princesa. Ahora se lo voy a descubrir para algunos pobres, que no tienen nada, y cuanto que aquí hay. Al cabo que al fin que el rayo Clavel ya está viejo. Con lo poco que tiene en su palacio, es suficiente para él. ¿Para qué quiere más? Dice el dicho que lo mal buscado es mal perdido. Conque de eso pues, el rayo Clavel ni lo va a sentir. Y por eso no más lo voy a hacer, y a más de eso, que estoy muy enojado con él, porque fué muy malvado en su época, cuando Mero reinaba.

Entonces le dijo el rayo Tutiras al rayo Caimán:—Pero mejor deja esas cosas, porque no sea que vaya a conocer el rayo tus intenciones y vaya a pasar mejor otra cosa, porque este rayo, fué este mismo su destino, pues puede conocer cuando nosotros vayamos a comenzar con nuestra revolución. No vaya este amigo a poner la misma trampa que ponemos nosotros. Entonces si la fregamos, porque puedes quedarte hasta en el polvo, y entonces ¿qué hacemos para yo poderte ir a sacar del palo? Pues ya tú ves que estando esa trampa, si cuesta mucho trabajo, para poder entrar en algunos lugares de esos. Pero tú sabrás lo que haces. Ya yo te he dicho algunas palabras; no sea que después me vayas a decir que yo no te dije nada; por eso te pasó lo que te pasó.

Entonces le dijo el rayo Caimán al rayo Tutiras:—No tengas cuidado, que yo ya sé lo que hago. No más lo que quiero es que tú vayas a acompañarme para que si yo me quedo en el palo, entonces me haces el favor de disfrazarte; que te pongas como si fueras un hombre legítimo del mundo. Te pones cerca del palo entonces para que cuando pase algún hombre del mundo, entonces le dices tú que has oído una ruidera adentro del palo, y que tú has sabido que la ruidera que hay adentro del palo es porque dicen que hay muchísimo dinero adentro del palo en el mero centro; y el que llegue a cortar ese palo será un millonario.

Pero más es que estos dos rayos no sabían que estaba oyendo el rayo Clavel lo que estos dos rayos estaban diciendo tocante a él. Pero luego que acabó de oír estas palabras, luego se fué a alistarse para ver de qué manera podía escapar su tesoro. Entonces se fué inmediatamente a traer la trampa que tenía en el palacio para ponerla en el árbol; para que cuando fuera el rayo Caimán a caerse sobre el árbol de encino que se quedara todo en el palo; que no pudiera salirse, para que sufriera un poco.

Pues luego se pusieron estos rayos en movimiento; que comienzan los relámpagos, y la lluvia, pero fuertemente. Cuando se fueron estos dos rayos en la dirección del árbol que se encontraba en la orilla de la cueva, entonces le dijo el rayo Caimán al rayo Tutiras:—¿Qué hago? ¿Me dejo caer sobre el árbol? Entonces le dijo el rayo Tutiras:—Pues no tengas cuidado: déjate caer, para ver qué pasa con esto entonces. Pues se dejó caer el rayo Caimán sobre el árbol. Pero ¿qué pasó entonces? Que el pobre rayo Caimán se quedó atorado en el centro del árbol porque no aguantó a partirlo.

Entonces vió el otro rayo y se fué a avisar prontamente y se encontró con el otro compañero rayo, y le dijo el rayo Tutiras a su compañero lo que

había pasado con el rayo Caimán, que se quedó atorado dentro del palo de encino. Entonces le dijo este rayo aplastado al rayo Tutiras:—Mira, lo que debes de hacer es que vayas a hacer lo que te digo. Que te disfraces y te pares junto el palo, para esperar algún hombre que pase por allí, para decirle lo que pasó con el rayo Tutiras que se quedó adentro del palo, atorado. Pues se fué pronto el Rayo para donde estaba el árbol, para esperar algún hombre; pero no tardó un hombre en pasar y le dijo el hombre al rayo: —¿Qué ruidera será esta que hay adentro del palo? Entonces le dijo el rayo al hombre:—Pues eso es porque me dicen que allí adentro de ese palo hay muchísimo dinero y cosas muy finas; eso es.

Entonces oyó este hombre lo que le dijo el rayo Tutiras. Entonces el hombre se fué a traer un hacha para cortar el palo. Luego llegó el hombre con el hacha y comenzó a cortar el palo. Aquella ruidera estaba sin parar; pero pasó esto, y como el hombre estaba apurado, pues no puso cuidado de nada. Pues tan claro es que tuvo que cortar al pobre rayo también, y se murió, y el hombre cayó muerto para el otro lado también, de miedo de ver aquella sangre que comenzó a escurrirse del palo. Porque el hombre pensó entonces:—¿Cómo va a tener un árbol sangre, como si fuera una criatura? Y de ese susto fué de que cayó muerto el hombre. Cuando volvió el rayo Tutiras de vuelta de adonde fué y vió aquellos dos muertos, que eran el rayo y el hombre, entonces habló el rayo Tutiras al rayo Caimán, ya muerto de un hachazo:—Amigo, cómo siento que te hayas muerto de un hachazo, pero ya no hay modo; lo que pasó ya pasó. Eso les pasa a los puros envidiosos no más. Por eso yo no tengo envidia de ninguna clase. Hasta aquí se acabaron todos los trabajos,—dijo el rayo Tutiras, y luego se fué.

11. UN APUNTE DE LAS ESTRELLAS Y NUBES

Simatlan, Simatlan.

Para esto, era una estrella que se llamaba Aurora, que da cara hasta las cuatro de la mañana. Por fin, una de tantas mañanas, a la hora, cuando salió a las cuatro de la mañana, se encontró tapada con una clase de nube negra. Entonces esta estrella, llamada Aurora, dijo a la nube negra:—¿Por qué, tú, nube negra, me tapas la cara? ¿Crees tú, que ya con eso, no puedo ver nada? Entonces oyó esto lo nube blanca, y contestó en estas palabras a la Aurora:—No tengas cuidado, tú, Aurora, que yo te quiero muchísimo. Avísame cuando esa nube negra te tape la cara, para yo poderme arreglar prontamente, porque yo mando a esa nube negra.

Por fin, noches van y noches vienen, cuando se formó una extensa nube negra que no dejaba ver a las demás estrellas grandes y chiquitas. No faltó que entre estas estrellas estaba una estrella llamada Venus. Esta fué corriendo a avisar a la nube blanca lo que estaba pasando con las demás

estrellas. Entonces al oír la nube blanca estas explicaciones de esta estrella Venus, precisamente luego se puso la nube blanca muy enojada, y entonces inmediatamente mandó llamar a uno de los truenos para poner en comunicación todo lo que estaba pasando a las estrellas con la nube negra.

Cuando supo el trueno la noticia que le mandó la nube blanca, inmediatamente se puso en camino el trueno llamado Isadol, y luego llegó a donde estaba la nube blanca, y le dijo el trueno Isadol a la nube blanca:—Aquí me tiene V., para cualquier cosa de exigencia. Entonees le dijo la nube blanca al trueno Isadol:—¿Qué haremos con esta nube negra? Dijo entonces el trueno:—No tenga V. cuidado, nube blanca, que con tres habladas mías, sobra para que se abra, y queden todas las estrellas libres. Entonces le dijo la nube blanca al trueno:—Anda y ve de qué manera quitas tú a esa nube negra. Entonces se fué inmediatamente. Luego que llegó, se puso a hablar y a la primera palabra que dijo el trueno, pues luego se abrió la nube, y a la segunda palabra que dijo corrió el agua, y a la tercera palabra que dijo, se abrió bien la nube negra y dejó a las estrellas libres y limpias. Todas las estrellas estaban contentísimas con el trueno. Dijo la nube blanca al trueno:—Pues que blanco eres, porque con sólo hablar se abren las nubes. Entonces dijo el trueno:—Pues ¿que no ve que mi voz es muy fuerte, porque a veces hasta sordos quedan los habitantes del mundo? Y otras veces, hasta las paredes de las habitaciones de los habitantes se cuartean. Así es mi voz de fuerte.

Noches van y vienen, y por fin se tapó la luna con la nube negra. Entonces dijo la luna a una estrella que llamara al rey David, que aparece a veces hasta las doce de la noche. Entonces dijo la luna al mentado rey David:—¿Qué haremos, porque ya estoy triste; porque no puedo ver muy bien el mar y la playa? Es porque la nube negra me tiene tapada la cara; ya yo le hablé con buenas palabras, y no ha querido quitarse. Entonces respondió el trueno:—No tengas cuidado, mi amiga luna. Yo voy a ver por qué esa nube negra no se quiere quitar con tu explicación. Luego caminó el trueno para donde estaba la nube negra, para hablar con ella. Cuando llegó el trueno donde estaba la nube negra, dijo:—Por qué no quieres dejar a la luna ver el mar y la playa en tranquilidad, como es debido? ¿Que no ves que es nuestra compañera, que nos acompaña también? El trueno vió que la nube negra no hacía caso, y habló con voz más fuerte que hizo abrir la nube como si fuera un relámpago y quedó la luna libre y clara.

Entonces le dijo el rey David a la luna:—Ya ves luna buena, que conmigo se quitó la nube negra con una voz no más. Entonces le dijo la luna al rey David, que es la estrella Venus, que con la voz del trueno se quitó la nube negra. ¿Pues que no ves tú que es el trueno el que domina a las nubes, y las hace destruirse por completo, y después las manda a otra vuelta destruirse, o formarse, por medio de puros relámpagos, que son las horas del mar? Entonces le dijo la luna al trueno:—Pues no cabe duda, que V. es el que las hace deshacerse, y que se vuelvan agua.

Como fué que oyó el sol estas contestaciones, que estaban haciendo la luna y el trueno, pues no tardó mucho, cuando un día la nube negra se atra-

vesó al frente del sol, que no dejaba al sol alumbrar bien. Pues tuvo la suma necesidad de hablar con el trueno para ver como hacían con la nube. Entonces respondió el trueno:—Mi amigo sol, ya voy a ver por qué se atraviesa tanto la nube enfrente de ti. Entonces dijo el sol:—Sí, mi buena luna, porque yo hago tantísima falta, a las pobres plantas, hombres y árboles. Otros habitantes que no comprenden nada, dicen que yo quemo mucho. Pero saben que sin mí no pueden estar contentos, porque se pondría el mundo más frío que el agua. De manera que de todos modos hago falta en la tierra. Al oír el trueno esta explicación del sol, luego se puso en camino para donde estaba la nube negra. Pronto llegó el trueno donde estaba la nube, y le dijo el trueno:—Oyes tú, nube negra, hazme tú el favor de ponerme, tú, mucha atención a lo que te voy a decir. Pues yo lo que digo es por qué sigues con tu capricho. Siempre te gusta ponerme enojado, y después no te aguantas a sostenerme. Ya ves que con mi voz nada tienes para quitarte del frente del sol; de manera que ¿qué cuenta te tiene que perjudiques al sol?

Entonces le dijo la nube al trueno:—Si es porque yo me atravieso al frente del sol, es porque me piden de favor algunas plantitas y algunos hombres pobres. Por eso es lo que hago, no porque quiero perjudicar al sol. No por capricho mío no más, no, señor. Volvió la nube a hacer otra explicación al trueno:—Ya ve V. que me hace trabajar muchísimo para cuando se necesitan las lluvias para que las plantas estén contentas; porque ya V. sabe que sin mí, no puede V. hacer nada, aunque esté V. hablando todo el tiempo, no teniendo una nube compañera como yo, pues no puede V. regar las plantas, como V. quiere. Pero sin embargo, haré lo que V. me dice para que no se enoje V. Entonces la nube hizo lo que le dijo el trueno para no perjudicar al sol. Porque pasó entonces que como el sol es tan fuerte y tan caluroso, que comenzaron a quemarse las plantas, los árboles, los habitantes, y los animales, todo lo que se encontraba en la tierra.

Hubo un árbol, entre todos, que oyó la conversación que pasaba entre el sol y la nube. Este árbol era un fresno que acababa de cambiarse de hojas, cuando fué comenzando a hacer hielo. Como estas pobres hojas se encontraban tiernas, entonces dijeron estas pobres hojas tiernas:—De todas maneras siempre necesitamos una poca de sombra, porque si sigue el sol así como va, de ningún modo tenemos descanso, porque de noche sufrimos las heladas, y de día los calores fuertes del sol. Entonces no habrá ningún descanso. Oyó el tronco del fresno lo que estaban diciendo sus tiernas hojas, y le entró una compasión de oír lo que estaban diciendo. Entonces mandó llamar el fresno al trueno para decirle lo que estaba pasando con sus tiernas hojas, e inmediatamente llegó el trueno donde estaba el fresno y le preguntó:—Qué te pasa, amigo fresno?—Pues ¿qué me ha de pasar? Que mis tiernas hojas se están muriendo con el fuerte calor del sol. Entonces le dijo el trueno al fresno:—No tengas cuidado, que ya yo me voy a ver como arreglo con la nube.

El trueno se fué para ver como arreglaba con la nube; y le dijo a la

nube:—Quiero que me hagas el favor de hacer una poca de sombra sobre un pobre fresno que se queja tanto conmigo, que se están muriendo sus pobres hojas de calor. Entonces le dijo la nube al trueno:—Fuera bueno, que yo no pusiera cuidado a lo que V. me está diciendo, que yo no vaya a perjudicar al sol. Ahora, ¿qué me dirá el sol, cuando yo me atraviese adelante de él, cuando ya quedamos que ya no lo iba a molestar. Entonces le contestó el trueno a la nube:—Pero como yo soy el que te mando, el sol no te dice nada. Pero si te quiere decir alguna cosa, entonces le dices que yo te mandé; y si es de necesidad que yo vaya para que el sol lo crea, entonces haces este movimiento, como cuando ya va a llover, para saber yo que el sol no te quiere creer. Como que así fué, cuando la nube se atravesó al frente del sol. Entonces el sol se puso muy enojado, y luego preguntó el sol a la nube que quién la había mandado. Entonces le dijo:—Yo vengo con el permiso del trueno, porque se quejó un pobre fresno con el trueno que ya se estaban muriendo sus tiernas hojas.—Pues yo no lo creo,—le dijo el sol. Entonces es mejor que venga el mismo trueno a hablar conmigo. Entonces le dijo la nube al sol:—Lo llamaré pues.—Sí—le dijo el sol.

El sol creyó que la nube misma iba a llamar al trueno. Pero cuando vió el sol que comenzó a moverse toda la extención de la nube, entonces creyó el sol que todo el cielo se movía. Entonces dijo el sol:—¿Qué cosa será esto? El sol no sabía la trampa que estaba haciendo la nube, para asustar al sol. El sol lo creyó. En ese mismo tiempo se ajustó el término de que se ajustara el cambio de un astro de un polo a otro, y fué pasando en ese mismo tiempo. Entonces aquel astro preguntó al sol:—¿Qué revolución tiene la nube? Entonces el sol, le dijo al astro:—Es porque se fué la nube a llamar al trueno; que yo lo necesito aquí para tener un arreglo con él. Porque figúrese. Primero me dijo el trueno que nadie me taparía la cara, y ahora me mandó la nube a taparme cara. Eso estaban hablando, cuando llegó el trueno adonde estaba el sol. Luego comenzó un fuerte aguacero. Entonces, preguntó el sol al trueno, por qué comenzaba ese fuerte aguacero. —¿Que se va a acabar el mundo ahora?—dijo el trueno entonces al sol.—Esto es su culpa de V. ¿Por qué me mandó a llamar V. con la nube?—Pues ¿que no sabía V. que la nube tiene el mismo mando que nosotros? El sol quedó asustadísimo cuando el trueno dijo así. El sol le dijo al trueno: —¿Cómo haremos para poder pasar este aguacero?—Pues voy a ver como hago para pasarlo. Pero con que habló el trueno, con una voz fuerte:—Adiós trueno; adiós aguacero.—Ya ve V. con qué facilidad, le dijo el sol al trueno. —Diremos qué cada cosa es quien es.

12. CUENTO DE UNA ESTRELLA

Yalalag, Villa Alta.

Una estrella estaba un día en la gloria, y como estaba tan hermosa, se quedaban los hombres mirándola, como también se quedaban viéndola las gentes. Los hombres y las gentes no querían creer que era estrella, como también no creían que estaba en ese punto, y así fué que el hombre se asustó cuando vió la luz de la estrella; y después fué una señora y dijo: —¿Qué cosa es la que V. quiere, señor?—Yo quiero saber que si esta estrella es estrella, porque me han dicho varios amigos que esta estrella es un pedazo de lata, pues me dijeron a mí y por eso yo quiero saber si es cierto lo que me dicen. Pues ahora yo, si a mí no más me engañan, pues ahora voy a ver al hombre que me dijo así.—Por eso es bueno que vaya a su casa. Si es que no está cuando V. vaya pregunte V. por mí, porque yo no quiero disgustarme con ellos. Y así fué que no quiso ir, hasta que no fué él mismo. Entonces así fué que no quiso ir de allí.

Entonces oyó un ruido de que ya venían los enemigos. Entonces él se echó a correr, y cuando vió a los enemigos, le dijo a otro señor:—¿Qué hacemos, porque ya vienen, los enemigos? Y así es que fueron corriendo a traer la estrella, y llegaron a un paraje donde se encamparon, y después empezaron a recoger sus trastes, y en tanto luego se fué el hombre y llegó otro señor y se puso a platicar, con esos amigos y les dijo:—¡Qué estrella tan preciosa es la que tenemos en este mundo. Y así fué que estos hombres creyeron que era mentira, y así fué que no creyeron a los mentirosos que fueron a decir mentiras a los pobres que no saben nada. Y esos pobres tuvieron mucho miedo de lo que había dicho el hombre. Así entonces fueron a avisar que era mentira lo que les dijo a los pobres, que estaban viendo la estrella; y esos los que estaban viendo, lo que creían esos hombres, mientras que los otros tuviesen mucho miedo. Esos hombres se quedaron en su lugar hasta los ocho días para ver qué estaban haciendo, y cuando llegó un señor y les dijo que esos hombres estaban viendo la estrella, la que se estaba paseando en el orbe. El hombre le preguntó qué cosa le pasaba a la estrella, y el hombre le dijo que la estrella se estaba quemando. Por eso tuvieron miedo los pobres hombres, y así fué que no quisieron salir de allí; y después fué que no quiso ir a la casa de su amigo, y entonces le dijo:—Ya sabes que te vas a la casa de tu amigo. Y entonces fué que le dijo:—¿A qué casa vas, ahora que no hay nadie en la casa? El hombre le contestó:—Ahora ya sabes lo que haremos. Vamos porque la estrella ya se fué.

13. CUENTO DE UNA NUBE

Yalalag, Villa Alta.

Un día hacía mucha nube, y llegó un señor y se puso a platicar con la nube, y le dijo a la nube:—¿Qué cosa era V. antes cuando fué nube chiquita? La señora le dijo:—Cuando fuí yo un ser grande, por eso me pusieron mi nombre nube, y así fué que hasta ahora me dicen nube. Entonces que no quise yo, que yo fuera en lugar de una señora, que quería tener un hombre, que quería ser hombre que no podía hacer nada y así fué que no quise ir; hasta la fecha, porque fué hombre muy malo, y así fué que no quise decir qué era lo que quería. Así fué que la nube era una señora; y llegó el señor y le dijo:—¿Que es cierto que dice V. que V. es una mujer, por eso quiso V. ser una nube? Y así fué que le contestó la nube y le dijo:—No soy la mujer; yo lo que estoy haciendo es trabajando. Y así fué que hasta después le dijo:—Ya sabe que ahora ya nos vamos, y que no tenga cuidado lo que hubieran dicho a V. La nube le contesta:—¿Qué cosa quiere V? ¿Sabe V. lo que quiere?—Lo que quiero es coger todo lo que tiene V. Y así fué que en las montañas, allí está ahorita, y así fué que no quiso creer lo que le había dicho. Y así fué que no le quiso decir la verdad de las cosas que ya sabía. Pues la señora ya sabes que no quiso decir lo que tenía. Después que no quiso la nube ir a la casa, y que no quiso decir lo que tenía, entonces le preguntó que si tenía que comer, pues fué que no le quiso decir la verdad.

Por eso no fué hasta la puerta de la casa de la nube. Entonces le dijo:—Señora, ¿adónde mero es su casa? Ella le contestó:—Así fué en esa época. Así fué que no quisieron los demás hombres que se fuera a la casa de su amigo. Entonces que no quiso salir le dijo:—Ya sabe V. que ahora se va corriendo a la casa de su amigo. Entonces le dijo:—Que sí me voy, si es que él quiere que vaya yo; si no quiere, no me voy. Y así fué en esa época.

14. CUENTO DE UNA NUBE

Yalalag, Villa Alta.

Una nube estaba un día en una loma, y así fué que pasaba una señora que estaba platicando con la nube. Le contestó la nube:—Yo quiero ir y después regreso. Y fué a ver a sus amigos, y como no quisieron salir sus amigos, entonces no pudo dar con la casa, y así fué que la señora supo que la nube era gente, y entonces las gentes comenzaron a hablar mucho de ella,

y así fué que no quiso ella hacerse cargo de la nube y de los hombres. Entonces allí le dijeron:—¿Por qué no quieres hacerte cargo de la nube? Y así fué que no quiso salir de allí. Entonces fué cuando le dijo:—No seas tonta. Cuando él se enojó mucho, entonces así fué que la pastora de ellas, en cuantito vieron que ellos venían, entonces les dijo:—¿Qué cosa están haciendo VV.? Ellos le contestaron:—¿Aquí estamos viendo a las gentes que vienen de allí. Y así fué que éstos no hicieron de ellos caso, y no les dijeron nada. Cuando vieron que ellos no quisieron que fuera, así fué que no quiso salir, y así fué que les dijo que era feliz cuando supo que no querían salir.

Cuando no quiso ir, entonces le dijo el hombre que él no quería ir, y hasta ahora vengo yo porque él no quiso ir, y él no quiso que yo viniera aquí. Entonces le mandó su papá una carta, y a las ocho no vino a salir. Cuando salió, era una nube que era la niña como nube. Y así fué que la nube se hizo una nube muy grande, por su mérito y su corazón, y pensó la estrella que era muy linda, y así fué que ella era una niña de las más grandes que se encuentran en la tierra, pues era una niña de las más simpáticas. Y así fué que llegaron muchos señores y fueron a ver a la niña. Y los señores cuando llegaron adonde estaba, y que ella se paró, se quedaron mirándola, porque era la más linda y la más preciosa de las estrellas; y ella es la nube, una niña de las más educadas, y la quisieron mucho porque fué la más bella de las estrellas. Así fué que todos los hombres fueron a verla, y la quisieron mucho todas las señoras.

15. CUENTO DEL RAYO

Simatlán, Simatlán.

Un rayo tenía tres hijas y las tres eran solteras y puras palomas. Y había también un soltero de mucha edad, como es solo, y es pobre también. Un día fué al cerro y pasó un arroyo que tenía agua. Y allí vió tres palomas. Pero él enamoró a una que estaba en medio, porque las tres se estaban bañando, y la que estaba en medio era la más menor de las otras dos; y cuando aquel soltero fué a pedir a la muchacha, entonces dijo el rayo:—¿Cuál de las tres muchachas quieres para casarte? El soltero respondió:—Señor, yo quiero casarme con la muchacha que anda en medio. El rayo dijo: —Pero ¿que ya hablas con ella?—Si señor, respondió el soltero,—por eso es que yo vengo a pedirla a V. mismo. Entonces el rayo dijo:—Toma estos tres maíces y anda vete para tu casa, y los vas a sembrar en un pedazo de tierra, de lo más grande que sea. Y así lo hizo el soltero. Sembró los tres maíces en un gran pedazo, y los sembró sin humedad, y las demás gentes admiraban lo que el soltero estaba haciendo. Le dijeron:—¿Qué cosa estás haciendo, que todavía no es tiempo de sembrar? El soltero respondió: —Pues yo voy a hacer una providencia para ver como va.

Después de que él acabó, luego se fué para la casa de su suegro. Pero

nada más el rayo dió el poder. Pero la madre no sabe nada todavía, porque la madre es aire. Y cuando el soltero ganó la paloma, entonces fueron a formar una casita. Después quería el rayo matarlos a los dos, el yerno y la hija. Entonces el rayo formó una nube muy fuerte, y el soltero y la paloma corrieron para la casita. Apenas lograron entrar, cuando llegó una tempestad muy fuerte. Pero no murieron allí, porque no ganó el rayo. Entonces salió la madre que es el aire, y cuando ella vió que su hija se fué con su marido, entonces bajó un aire muy fuerte. Empezó a tirar los árboles, y hasta las piedras rodaban porque quería matar a la paloma y al soltero; que la madre, que es el aire, no quedó contenta que la hija más menor se casó más pronto que las otras dos, que eran más mayores de edad y no pensaron de casarse lo más pronto que fuera posible, pero la chiquita fué más violenta.

Pero tuvieron una dicha y ganaron llegar a una cueva, y allí estuvieron metiditos, como los ratones, hasta que aquel fuerte viento pasó, y entonces salieron de la cueva y se fueron para su casa. Cuendo ellos llegaron, el maíz que sembró el soltero ya estaba en mazorca. Todo el pedazo se dió muy bueno, y las demás gentes se admiraron. Algunos preguntaron a aquel soltero viejo, que cómo hizo, pues se dió mucho su milpa, y adónde fué a traer su esposa tan bonita y hermosa y tierna muchacha; pero el soltero dijo que la fué a traer de muy lejos y no distinguió en qué lugar, y por la milpa tampoco avisó cómo fué la combinación. Nada más dijo sino que era su suerte. Después dijeron los dos:—Vamos a ver a papá y a mamá, a avisarles que la milpa se dió muy buena, a ver qué dirán, si ya se calmaron o no. Y cuando ellos llegaron, saludaron al rayo que es el padre, y saludaron a la madre que es el aire. Pero los dos ya estaban calmados. Ya después, el soltero, que es el yerno, avisó todo a su suegro que el maíz que le dió al soltero viejo se dió muy bien.

Pues ahí tiene que así comenzó a sembrar el soltero sólo tres granitos de maíz y produjo bastante. Y después estuvieron en la casa del rayo. Y al otro día, mandó el rayo a su yerno a trabajar. Le dió un hacha y un machete, para que fuera a cortar los ocotales que había en la loma, y se fué. Cuando la paloma fué a dejar el almuerzo, el soltero no había tumbado ni uno. Entonces dijo la paloma:—No tengas cuidado. Almuerza. Ahora te ayudo. Y el soltero viejo se quedó pensando y agarró el sueño, y cuando despertó, toditos los ocotales ya estaban tumbados. Entonces fué la paloma, y cuando ella llegó a la casa preguntó el rayo:—¿Cómo siguen las tareas? —Van bien porque ya yo mero los acabé. Entonces dijo el rayo:—En otro rato voy a ver cómo estás haciendo. Cuando el rayo fué a ver, el yerno estaba listo, porque todos los ocotales ya estaban tumbados.

Entonces el aire, que es la suegra, dijo:—Pues ahora quiero que vayas a pasar todos estos árboles en un río; pero eso no lo haces hasta mañana. Y el soltero contestó muy afligido que sí lo podía hacer. Y al otro día dijo el aire:—Ahora sí ya sabes qué cosa vas a hacer.—Sí—contestó el yerno, y se fué a su trabajo. Cuando él llegó al río, buscó la manera de hacerlo, pero no pudo. Cuando la paloma fué a dejar su almuerzo, ni un árbol había podido pasar en ese río. Entonces dijo también la paloma:—Querido

esposo, no tengas cuidado, almuerza y no pienses nada,—y el marido se fué a almorzar, pero con mucho sentimiento, porque no había ni un árbol en el río. Pero almorzando estaba cuando lo agarró también el sueño, y cuando él despertó, todos los árboles ya estaban en el río. Entonces dijo la paloma: —Ahí ya ves tú, así no más se hace esto, y tú tienes miedo. Ahora ya me voy porque ahorita vienen papá y mamá a ver como está eso. Y luego se fué.

Cuando ella llegó a la casa, luego preguntó el padre cómo seguía el trabajo, y la niña contestó:—Ya va muy bien. Entonces fueron a ver cómo iba el trabajo. Cuando ellos llegaron, todo estaba muy bien hecho. Entonces quedaron conformes con el yerno, que era muy trabajador. Y después se fueron juntos los tres, el rayo, el aire y el soltero viejo. Después regresaron otra vez para la casa de ellos, y dijo:—Hoy si se van porque ya es tiempo de sembrar trigo; y todas las cosas que VV. quieran sembrar tienen que dar buen pruducto. Y les dió tres granitos de trigo. Y esos tres granitos produjeron mucho. Después, el soltero se volvió un rico de miles de pesos, y compró su hacienda. Fué por su buena suerte, que se había casado con la hija del rayo y del aire.

16. EL SOL Y LA ESTRELLA

Talea, Villa Alta.

—¿Quién como tú?—exclamó el sol un día que platicaba con una estrella muy brillante.

—¿Por qué dices así, mi querido?—respondió la estrella sonriéndose. Esto dijo, alzando la cara y mirando al sol.—¿En qué sentido me lo dices? Pues yo ignoraba que me dijeras estas palabras. El sol contestó:—¿Quieres saber por qué?—Sí, y muy pronto quiero, porque precisamente no merezco estas palabras, por eso te pregunto—contestó la estrella. El sol respondió: —Pues mira te digo esto porque creo que no tienes ni en qué ocuparte, aunque quieras dedicarte a hacer algo. Todos los días te veo paseándote por aquí, sin salir fuera de la ciudad. Absolutamente nada tienes que hacer, en tanto que yo constantemente estoy trabajando, sin descansar ni un solo momento, y me da mucha pena ver que en nada te ocupas, pues te diré claramente que a mí nada me gusta gente floja, porque así me enseñaron mis padres; no obstante de tener tanto dinero, como tú lo sabes bien. Pues yo, desde el principio del mundo, he comenzado a andar trabajando, y esta es la hora en que no he descansado.

—¡Oh! ¿quién como tú?—replicó la estrella,—tú no te cansas; tu destino fué andar en el espacio sin detenerte en ninguna parte; en tanto que yo soy un pequeño muchacho, que ni fuerza tengo para andar toda mi vida. Esto me es imposible, y me obliga a descansar, aunque no quiera, a pesar de haber trabajado mucho. Todos fueran como tú, ni se cansaría uno mucho,

sino hasta la muerte; pero esto no fué así, porque a unos nos hicieron muy fuertes, y a otros casi absolutamente nada nos hicieron. Ahora si no trabajo, ¿por qué tienes envidia con decirme que no trabajo? Esto me parece que muy poco te interesa; todavía que yo te pidiera algo, como de comer, entonces tenías derecho a decirme algo, no solamente esto; pero como no me das nada, no puedes obligarme que haga tal o cual cosa, que ni vivo en tu casa ni nada. Tú, por no dejar, me dices esta cosa, que ni mi papá me dice. Esto indica que tú eres superior a mí en todo, desde mis obligaciones en el primer año de mi vida. Voy a decirte, yo no necesito nada absolutamente contigo, ni que me prestes ningún beneficio.

—Te equivocas, mi buena amiga estrella, pues yo te presto multitud de cosas, pero las más principales, son de darte calor, y de no quitarte lo que hay alrededor tuyo; esto prueba que yo siempre te ayudo en algo y a muchas personas, para que continúen trabajando. Esto lo pruebo en pocas palabras. que yo para los pobres soy muy caritativo. Todas tus compañeras, desde la más pequeña hasta la más grande, las he hecho. Sin mí, otra cosa sería. ¿Que tan obscura queda la ciudad como nuestra población? Así será. Allí veremos cosas horribles, que verdaderamente me dan miedo, tal que yo no puedo explicarte. Sin mí, jamás amanecería, porque no hay quien alumbre en la ciudad y en los pueblos aún. Pues, merced a mi calor, hago la fuerza que llegue hasta esta bendita tierra. En las mañanas, siempre me ves, y por las tardes. Yo lo que hago en las tardes es ocultarme, para que no me canse mucho; mientras que tú, nada haces, y esto da mucha pena, al ver que un hombre tan grande no hagas nada, sino que siempre te quieres pasear por las calles. Pero el señor Gobernador tiene mucha culpa, porque no manda destruir esas cosas viejas que ya no sirven. El ejemplo de esto, tenemos en ti que no trabajas.

—Sin mí, no tendríamos, por ejemplo, esa preciosa luz, que mucho vale para un hombre que sabe lo que es estar en la obscuridad; sin mí, hermanita, jamás habría cosas en el mundo, porque ningún animal, ningúu individuo, que apareciera sobre ella, crecería; porque sin mí, sin duda que moriría cada ser que naciera todos los días. Esto pasaba porque haría mucho frío; no tendrían más, además de la luz, el calor suficiente para calentarse; y al cabo de algún tiempo, desaparecería por completo el individuo en la tierra. Mientras tú, que ni quien necesite de ti, porque de nada sirves. Si no por mí, también ya hubieras muerto, porque no verías por dónde andar, sino que te morirías por falta de luz; morirías también de frío, y si no morirías de frío, morirías lastimado de las heladas que cayeran sobre ti. Debes pues de darme las gracias porque subsistes, y no ponerte aquí como un gato bravo, queriendo responderme. No, no debes hacer esto; porque si me enojo, me paro y te doy un empujón que morirías; o de otro modo, ya yo no te alumbraría; mejor, para que así sufras más.

La estrella, muy pálida, contestó:—Ay, mi respetable padre, no vayas a hacer tal cosa. Yo no he dicho nada absolutamente. Y si te dije algo, fué porque tú me atacaste; de otro modo, de ninguna manera pudiera yo haberte dicho semejante cosa; pero sin embargo, ya que me quieres pegar,

voy a decirte más cosas; no importa que me prives de la luz, al fin tengo que perecer. Tú me dijiste que sin ti, nosotros habríamos muerto si no de frío, de heladas que nos lastimarían, pero digo yo: ¿Cómo puedes matarnos a lastimadas cuando que sin ti, las nubes no podrían ver, para volar y caer después en gotas de agua, o en forma de ellas?

El sol y la estrella, siguieron discutiendo muy ampliamente, hablando uno al otro con mucha calma, con mucha atención, hablando con seriedad porque el otro quería burlarse de su persona. La pequeña estrella atacaba por su parte al grandísimo cuerpo, que es el sol, muy fuertemente, para ver si se enojaba o no. Se sentaron en un lugar a descansar únicamente para averiguar sobre aquel asunto tan importante. Hasta cierto punto, pudo la pequeña estrella hacer enojar a su buen amigo y servidor con muchas palabras, que se las dirigió con el fin de que se enojara el grande cuerpo del sol, y para ver si se iba sobre aquella estrella tan pequeña. Logró que el sol dijera:—Vaya, qué muchachita tan atrevida; ya bastante me has molestado, y yo te he estado soportando tus llanezas, que a cada momento me las diriges. Te repito que no hagas esas cosas, que te va a ir muy mal, pero si tú te arrepientes de tus malos hechos, yo sabré perdonarte de muy buena voluntad, pero si no entiendes, tendré la pena de imponerte un castigo que jamás volverás á ofender a tus superiores, como me lo has hecho hace un momento. En una ocasión se me presentó un hombre de por este estilo, de este carácter que tienes, pero aquel hombre le fué tan mal, que jamás volvió a hablarme con desdén sino al contrario, con mucho respeto me hablaba. La estrella respondió:—Tú no tratas más que burlarte de mí, lo mismo que dijiste de las nubes, que podían volar sin ti, cuando que no podían ver para subir a las montañas, luego después comenzar a soltar el agua. Luego tú quieres engañarme. ¿Verdad? Pero no puedes porque no son más que puras mentiras las que has dicho.

El sol contestó muy enojado:—¡Oh, qué rebelde eres tú, pequeña mujer! Las nubes también pueden andar solas, supuesto que tienen alas para volar.

—¿Tienen alas?—respondió la estrella.—Mentiras, porque jamás he visto que tengan, a pesar de que a cada momento me molestan, parándose en frente de mí.—Pero mujer, entiende. Supongo que no tengan alas para poder volar sin encontrar algún obstáculo; yo digo que son alas, esas especies de alas que tienen al extenderse en el espacio, para después subir muy alto,—dijo el sol, un poco después. La estrella, como ya estaba bastante animada, contestó:—¡Oh, no seas chambón! Fíjate para hablar, ni hables sin pensar un poco, porque esto es malo sumamente. ¿Cómo van a tener especie de aletas las nubes, cuando que sólo los peces tiene aletas? El sol, por su parte, contestó:—No estoy diciendo aletas sino alas.—Supón que hayas dicho así, pero de ningún modo podía ser así. Yo te lo digo, porque solamente los peces sé que tienen aletas; pero, no para volar, sino para nadar en el agua.—¡Oh, estrella!—contestó el sol.—También tú cometes muchos errores al hablar así, después de que reprendes a uno; no podían nadar los peces en el aire, sino en el agua. Otra cosa, que las nubes no vuelan sino

que se elevan porque no son aves para volar. Yo, de mi parte, podía hacer lo que tú me dices.

—Yo te digo que no necesito de ti, porque yo tengo mi luz propia, aunque pálidamente, así es pues que no debes enorgullecerte porque alumbras. A otros compañeros míos, sabrás mantenerlos con tu luz, pero a mí, no. Únicamente si necesito de ti, es de tu calor, que calientas generalmente en las mañanas, o en las tardes cuando hace frío; pero en otros tiempos, no; al contrario, no es posible soportar el calor que hace y es cuando no necesita uno de ti, sino del agua que es para nosotros una cosa muy grande, porque además de que nos sirve para beber y para bañarnos, sirve también, para otra cosa, que también es muy necesaria, y es para lavar nuestros vestidos, que a nosotros siempre nos gusta estar limpios; porque esto, de estar sucio, es muy fastidioso. El calor es imposible soportarlo, y en cuanto al frío, podemos soportarlo; en lo que nos fundamos pues, los que tenemos luz propia, en decirte que no necesitamos de tus servicios. Si te ofendemos es porque tú nos atacas, pero en todo caso, nosotros no te maltratamos. En caso de que digas que te maltratamos, fué porque tú comenzaste a dar motivo; pero a pesar de esto, siempre yo te estimo mucho, porque algún día necesitaré de tus buenos servicios.

—Aunque tu persona me ofenda, pero siempre necesitas algo mío. Yo únicamente comencé a decirte palabras, que puede uno decir que son de confianza; porque creí que tú eras un hombre de mucha resistencia; pero no, me equivoqué, y tendré el cuidado desde hoy en adelante, ya no tratar contigo como de confianza, sino así como tratas tú a una persona desconocida, que jamás has visto en el mundo, porque no eres tú en realidad el que soportas grandes ofensas. La estrella contestó:—Si yo me enojé fué porque tú comenzaste a maltratarme, cuando hacía rato que habías llegado. Tú no me hablabas con esas palabras sino con bastante cariño, como se le habla a un hermanito sumamente chiquito. Lo que hoy, no lo haces sino con una cara muy enojada, como a un hombre que hizo una falta muy grande a uno, lo que me desanima hablarte con mucha confianza, como antiguamente yo lo hacía; pero en fin, yo buscaré la manera de no volver a hablarte jamás, pero ni siquiera darte los buenos días, ni saludarte cuando pases por mi lugar. El resultado de esto va a ser la perdida amistad que en un tiempo tuvimos los dos, y nos quisimos como hijos de un mismo padre y de una misma madre. Esto es a lo que se redujo nuestra conversación después de un largo tiempo, como de tres horas o más, pues es mucho lo que hemos hablado. Yo ya necesito irme porque tengo que llegar a mi destino lo más pronto que me sea posible, porque de otro modo es capaz de que me maten en mi casa, pues sumamente delicados son.

El sol, muy triste, contestó:—Antes de que te vayas a ir para tu casa, quiero que me platiques algo de tu nacimiento; pues lo ignoro; esto lo digo porque me urge el saberlo, pues me preguntaron mis amigos míos y no pude contestar, sino para salvar aquel compromiso, les supliqué en la siguiente mañana, porque es muy largo; me respondieron que si aceptaba, porque conocieron que yo estaba muy ocupado.

La estrella contestó:—Si quieres que yo te cuente mi origen, cuéntame tú primero. El sol, como verdaderamente necesitaba saber aquello, se comprometió a contarle desde su nacimiento hasta sus años que hoy tiene; para esto el mismo sol respondió, que si se iba, después de contar su origen suyo, peligraría su vida, porque ya tenía preparada una pistola, en caso de que se ofreciera. La estrella sin más, contestó que de eso no tuviera cuidado ninguno, y que tenía mucha ventaja, que era que el sol era muy grande, y que el sol, con su aire, asolaba aquel pedazo de cuerpo que para nada servía, sino ocupando únicamente un lugar por su casa, que ni un servicio prestaba a su familia. Entonces el sol, viendo esto, le dijo:—Si quieres que yo te platique, óyeme. Yo, en un tiempo, es decir, en mi juventud, fuí un muchacho muy terrible; era muy travieso en mi casa. Siempre que algunos de mis hermanos querían sobresalirse, yo los tiraba abajo.

Hubo un momento de silencio. Después la estrella contestó:—Pero yo no quiero saber nada más de tu crecimiento, sino también de tu nacimiento. Y si puedes, cuéntame.—Oh, ¿cómo no? Con mucho gusto—añadió el sol, y continuó diciendo:—Mis padres eran hombres de una clase sumamente humilde, que a fuerzas de muchos trabajos llegaron a tener una suma de dinerito. Una vez teniendo esto, mi pobre padre, no queriendo ver a mi mamá en un estado miserable en otras casas distantes, al separase de mi casa, dejó la mitad del dinero que tenía. Lo demás se lo llevó para su viaje. Mi pobre madre quedó muy triste, porque no sabía si volvería pronto mi papá, o tenía que tardar. Después de un mes, mi papá escribió a mi mamá, diciéndole que no tuviera cuidado, que él estaba bien, y que pronto regresaba. Mi mamá, con esto, se puso algo contenta, y contestó su carta. En la siguiente contestó, dándole parte a mi padre que yo había nacido, y que regresara pronto para que me viera, y también para que diera dinero, porque ya se estaba acabando. Mi papá, al saber esto, regresó inmediatamente, y llegó un día, muy solo y triste, y por haber llegado solo y muy triste, me pusieron el nombre de sol; que ese día en mi casa cantaban una lección de solfa, que comienza por la nota sol; de allí que a mi papá le agradó este nombre. En mi juventud, como ya te dije, fuí muy travieso, pues como poco a poco fuí creciendo, mi papá como mucho me quería, no me dejó trabajar ni una sola vez; de allí que soy tan grande y pesado, al grado de que puedo alumbrar con mi luz todo el mundo.

La estrella respondió:—Me está gustando tu historia, sigue; pero antes de todo, voy a hacerte una pregunta. ¿Por qué no les dió tu papá esa preciosa linterna, con que alumbras, para que alumbraran? El sol contestó:—Mira, mi buena amiga. Como ya sabes tú, mi papá no me puso a trabajar, sino hasta que yo no tuviera una fuerza poderosa, entonces; por eso es que no les dió a uno de mis hermanos esta linterna, que tanto pesa. Mi papá no se esperó a que mis hermanos crecieran, sino que a la edad de tres años los puso a trabajar, porque no tenía a quien ocupar en su trabajo, aunque hubiera querido dejarlos crecer, siquiera hasta la edad de veinte años; pero no hizo así porque sus necesidades no lo permitían. Todo lo obligó a dedicar a sus hijos al rudo trabajo, que yo nunca he sabido y he tenido ocasión de conocer

los instrumentos que se usan. ¿Qué tal serán los trabajos a que mis pobres hermanos se dedican, que no he tenido el gusto de conocerlos? La estrella replicó:—Pero el trabajo a que tú te dedicas es más pesado, por el calor que hace.—Sí, pero ya yo estoy acostumbrado a este trabajo únicamente, como también mis hermanos están aptos en los suyos. Mi querido compañero, mi historia es muy larga, ahora cuéntame la tuya,—le dijo a la estrella. Esta contestó:—La mía es igual a la tuya, ni más ni menos. Aquellos dos astros siguieron caminando.

17. CUENTO DE UNA ESTRELLA

Yalalag, Villa Alta.

Un día estaba una estrella en medio de una nube; y la nube le decía que era muy linda la estrella. La nube estaba muy contenta de lo que le había dicho. Entonces la estrella estaba muy triste, porque no servía su palabra, por lo que llevaba en la cara, y le dijo que ya no quería irse con la estrella; y así fué que ya no se fué nunca jamás a la casa donde vivía ella, y por eso fué que no quiso ir a la casa de su hermana, y ni tuvo el gusto de ir a la casa de sus parientes. Después fué a la casa de una familia, y cuando llegó a la casa de la familia, les dijo:—Aquí vengo porque el señor me mandó que yo viniera aquí a su casa. Y así fué que la familia estaba muy contenta; y le dijeron los señores:—¿Que ahora llegaste? Y les contestó que sí, que acababa de llegar.—¿Con quién llegaste?—Yo llegué con una amiga mía que se llama nube, que fuimos muy lejos de aquí en esta ciudad, y por esto regresé a esta hora, por eso nos tardamos mucho. El dueño de la casa estuvo muy contento. Entonces le dijo que si no quería ir con él, y le dijo, que no, porque hacía falta; por eso no quiso ir con él. Entonces se fué con él un hombre que quería saber muchas cosas. Entonces le dijeron que se fuera a la montaña, donde hacía más frío que aquí. El hombre no quiso ir allá, y le dijeron que no fuera tonto, que se fuera para que conociera como está la Republica Mexicana. Cuando vieron que no quiso ir, entonces se fueron todos para sus casas.

18. CUENTO DE LA LUNA

Yalalag, Villa Alta.

Una luna estaba un día muy hermosa, y las gentes que la vieron tan linda, se dijeron:—¡Qué luna tan hermosa! Y un señor les dijo:—¿Vieron VV. la luna qué hermosa está? Y las gentes que la vieron, le contestaron, que sí, que estaba muy linda la luna.—¿También V. la vió? Y les res-

pondió:—Sí, también yo la ví, por eso es que les vine a avisar, para que VV. la vieran, a esa luna como estaba. Así fué que este señor les fué a avisar a las demás gentes, para que vieran la luna. Los demás hombres que estaban en la casa que estaba ella, no lo creyeron lo que el señor les había dicho, por eso fué que fueron a ver si era cierto. Y cuando ellos salieron a ver y vieron que no estaban aquellos hombres allí, entonces ellos se enojaron mucho. Pues el hombre les había dicho que los demás hombres estaban allí, viendo a la luna, por eso ellos salieron a verla. Cuando ellos no quisieron salir, él se fué y salió y vió que la luna estaba muy triste, y que no fué a la casa del hombre. Entonces le dijo que fuera a la fuerza. Entonces él resistía mucho. Después que él no quiso ir a la casa donde le mandaban, el señor, cuando llegó, le dijo:—¿Por qué no fuiste a la casa donde te mandé? Le dijo:—Yo no fuí porque me regañó mucho. Entonces le dijo:—Si no vas, ya sabes lo que te pasa. Así fué que él se sentía tan triste, y le dijo al otro hombre:—¿Qué hacemos porque me regañan mucho si no voy a donde me dicen que vaya?—Y le dijo que no quería ir a ver a la luna. A los ocho días después que no quiso ir a ver a la luna, entonces el señor le dijo, que si porque no quería ir a ver a la luna. Entonces le dijo que él no fué a ver a la luna, porque estaba muy ocupado, y porque estaba un poco malo. Entonces:—Ahora si vas a la casa de mi amigo. Así fué que aquél no quiso ir. Entonces, llegó el señor y le dijo:—¿Por qué no quisiste tú ir a donde yo te estaba esperando? Entonces él le contestó: —Señor, yo no fuí donde V. me mandó porque estaba un poco malo y por eso no fuí. Y así fué en esa época.

19. CUENTO DE LA NUBE

Yalalag, Villa Alta.

Un día estaba muy nublado, y un señor estaba en medio de una montaña, y dijo:—¡Qué aire tan fuerte está haciendo! La nube le contestó: —Sí, señor, está muy nublado. Así fué que la que contestó era nube. El hombre, cuando le contestó la nube, no quiso creer que era nube. Después supo que no era nada, que ni era nube. La nube y el señor se fueron a caminar por muchos días, cuando llegaron a una *fuacada*, donde se estuvieron como unos dos días. Así fué que la nube no quiso depender de que el señor estaba malo. Así fué que el hombre que estaba yendo a verlo, lo fué a ver a su casa, cuando vió que estaba tan malo, que no podía ni sentarse. El hombre no quiso que su familia fuera a verlo, pero se fué para la casa donde llegaba todos los días para ver al hombre que lo iba a visitar todo el tiempo; pero tuvo que preguntar, porque él no sabía donde quedaba la casa, para poder llegar; pero no fué a la casa del señor, porque no sabía donde estaba; y así fué que entonces cayó muy malo por querer ir a la casa del señor, cuando él le decía que fuera, por eso es que se puso muy malo porque no

había ido a la casa de la luna. Así que él no quiso ir con el señor, entonces le dijo que se aguardara, para ir con él, porque él no conocía la casa de la luna. Entonces, le dijo que él sí conocía la casa, donde estaba el amigo que lo iba a visitar todos los días, y que si aguardaba, él iría con él. Poco rato después, le preguntó dónde quedaba la casa, y entonces él le dijo que él no le quería decir donde estaba la casa. Cuando llegaron, entonces le preguntaron a una señora dónde quedaba la casa. Entonces la señora les preguntó que si que estaban haciendo. Le contestaron, que no le podían decir qué estaban haciendo. Así les contestó la señora que si no le decían qué estaban haciendo, no les decía dónde estaba la casa. Éstos no le quisieron decir; no más le dijeron que estaban en su trabajo. Así fué en esa época.

20. EL SOL

San Mateo Cajones, Villa Alta.

—Pues aunque hayamos oído muchas veces el relato, de ese viajero del cielo, pero siempre es muy diferente de unas a otras, y es necesario que sepamos de todo para tenerle presente, para cuando se ofrezca, y para que nadie nos engañe de esas historias, porque como muchas veces nos hablan de ellas, y hay algunos que ignoran, y se quedan no más estupefactos, y para evitar eso hay que escuchar con mucha atención cuando nos hablen de ella,—decía el viejito. Y empezó diciendo que si nosotros todavía ignoramos de ese ser incansable, y sin más oficio que andar dando vueltas en el cielo; pues decía que el sol, era una gran estrella que platicaba con cualquiera que se acercaba a preguntarle; eso les decía aquel viejecito, y dijo:—¿Entonces qué cosa tengo yo para no poder ir a platicar con él?

Aquel viejecito se propuoso ir hasta donde estaba la estrella.—Pero éstas no son reales,—decía—¿por qué quieren VV. que vayan hasta donde se encuentra el sol? Por supuesto que no son verdades, porque son puras fábulas, que nos relatan nuestros abuelos para tener una idea no más; pero ha habido muchos que lo creen, que han rendido muchos cultos al sol y y la luna, y hasta estos momentos todavía hay creencias del sol y de la luna. ¿Pues qué sería de los tiempos más antiguos? Precisamente eso es lo que voy a referir, según los hechos que tuvieron viejos; porque estamos hablando de las fantasmas de los antiguos. Pues como hemos dicho, aquel anciano quiso ir hasta donde estaba el sol. Después de que había preparado su viaje, dijo:—Ahora sí, voy a conocer al sol, y platicaré mucho con él, una vez que esté yo allí, y tomaré muchos informes para dejar a mis posteriores, y que se acordarán mucho de mí, y no solamente se acordarán sino que seré uno de los más distinguidos; por supuesto que nadie hasta ahora, nadie se ha atrevido a ir a ese lugar tan distante; por lo que estoy

seguro que he de ser muy célebre en mi pueblo, pero no más que yo lo logre. Y al cabo de ocho días, emprendió su viaje.

Este hombre, después de haber caminado un mes, continuamente, sin descansar ni dormir, como veía al sol, que salía hacia al sur de su pueblo y salió entonces de noche de su casa para que en cuanto no más salía, podía conversar con él luego que saliera, porque como no salía por donde él pensaba, que cuando ya había amanecido, se estuvo casi en un mismo lugar y dijo:—¿Pero qué pasa entonces? ¿Es decir que yo no voy a tener ningún resultado porque ya no es hora de que alcance para que me ceda la audiencia? Sin embargo,—decía,—voy a continuar mi camino, a ver qué pasa; ya me propuse. Continuó el camino aquel hombre, y dijo:—Voy hasta donde se alcance el sol, a ver qué tantos años se necesitan para alcanzarlo.

Había ajustado completos dos años sin que el hombre lo sintiera; y por fin, dijo:—¿Quién quiere ir a acompañarme para ir a conocer a ese deseado sol? Pasó por un pueblo y les dijo a aquellos habitantes que si no querían ir a acompañarlo para ir a visitar al sol. Aquéllos le contestaron:—¿Está V. loco, señor? ¿Quién va a ir a un lugar tan lejos? Por más que quiera, nunca va a llegar.—¿Cómo? Pues yo estoy seguro que he de llegar algún día.—Se va V. a morir en el camino antes de llegar; ya está V. muy cansado.—Pues ya me ven así, pues tengo esperanzas de llegar y de traerles noticias, que en el cielo hay.—¡Ojalá fuera así señor!—le contestaron.—¿Cómo que no?—dijo el viejito, con una voz muy serena. —¿Con que no quiere ninguno de VV. ir conmigo?—No,—dijeron,—y se fué. Después de que se había ido, dijeron:—Pero pobre de ese viejito. ¿Qué estará delirando? Algo ha de haber pasado, por eso anda así hablando de las cosas que son imposibles. Pues alguien ha de haber engañado a ese pobre hombre.

Por fin, por cada pueblo que pasaba, siempre los invitaba, pero nadie aceptaba su palabra, y dijo el viejito:—¡Qué hombres tan cobardes hay en este mundo, cómo no se atreven a acompañarme! Se conoce que son hombres de muy poco valor; pero en fin, dejaré en paz a todos los pueblos por donde estoy pasando; ya no diré nada para que no se estén asombrando por eso. Yo solo iré muy sereno para ver quien me encuentra en mi camino. Aunque sea un animal, voy a ver si puedo hablar con él, porque según creo yo, ha habido muchos hombres que han hablado con los animales, o con algunos de ellos.

Después de haber caminado durante treinta años, ya su vida estaba agotada, y dijo:—Ahora sí, hasta aquí no más; descansaré, porque ya no es posible continuar; yo quisiera ir, pero ya no se puede. Por fin se sentó aquel viejito y se sentó debajo de un árbol. Después de seis días que estaba sentado, llegó un pajarito y le habló de esta manera:—Anciano, ¿quieres descansar algo conmigo?—¿Cómo que no, pajarito, si tú te dignas hacerme ese gran favor?—¿Cómo que no?—le contestó,—con mucho gusto.—Pero quien sabe si puedas, porque una cosa que pretendo, me han dicho que es imposible. Entonces le contestó:—Pues yo si puedo, y con mucho

gusto lo haré. ¿Pero qué será eso de que le han dicho así? porque yo cosas más difíciles he hecho. Aquel hombre se puso a llorar, y el pajarito le dijo:—¿Por qué lloras? Ya sabes que estando conmigo, está segura tu empresa, cualquiera que sea.—¡Qué bondadoso eres!—respondió el viejito. Y el pajarito le dice:—Pero dime qué es lo que quieres. ¿Que deseas llegar donde está el sol? Pero quizá no podrás hacer eso, porque tú no tienes alas como yo.—Pues es lo que siento más,—dijo el viejito.—¿Y tú no podrás volverme un pajarito?—le interrogó.—Pues sí, puedo, pero te cansará muy pronto, porque no es lo mismo que un pájaro natural, como se ha figurado. Pero vamos a hacer una cosa.—¿Qué cosa es lo que has pensado? —Una cosa, pero quien sabe si te convenga,—Pues, ¿cómo que no? Ya sabes que estoy dispuesto a aceptar todo lo que tú digas.—Pues bien. Aquí no más me vas a esperar. Yo iré a convesar y a juzgar allá donde está el sol, y después vendré a platicar lo que hay allá.—Pues con mucho gusto acepto tu proposición,—dijo.—Arreglado. Me iré desde luego.

Entonces emprendió vuelo el pajarito. Cuando se fué el pajarito, le dijo:—Vuela, pajarito, con mucho valor, así como he caminado con mucho valor y fuerza; porque se va mi existencia, si no iría yo aunque sea atrasito de ti.—No tengas cuidado,—le contestó el pajarito,—yo haré todo lo posible, hasta donde más no pueda ya.—Véte con Dios, pues—y emprendió el vuelo. Dijo aquel pobre hombre:—¡Vaya, qué cosa tan buena, y qué suerte tan dichosa tengo! Ya el pajarito me ha consolado; voy a esperarlo aquí, porque él ha de tener la noticia, y es como si fuera yo. Después de tres años, el pajarito aún no llegaba todavía. El hombre ya estaba impaciente. Decía:—A ver si este pajarito no me ha engañado; y después, yo no creo que es capaz de hacer semejante cosa. Ese pobre está luchando en el camino ahora todavía. Quien sabe si habrá llegado; y si no ha llegado todavía, tendrá que dilatar mucho porque mientras que esté allí, y mientras que permanezca durante un año a lo menos, podrá escuchar bien y juzgar como está, y tal vez tendrá que estar con el sol algunos días. No hay que impacientarse. Por fin pensó, y se avanzó otro poco más allá para ver qué cosa hay, para también cuando venga el pajarito, no estar tan lejos, porque había de estar muy cansado; y se fué avanzando, y llegó a otro lugar, donde se quedó esperando al pajarito.

El pajarito regresó después de veinticinco años; y cuando llegó, le dijo muy contento:—Mi querido pajarito, cuánto gusto tengo de verte regresado; cuánto te felicito; tú eres el pajarito más lindo y más caritativo que hay en la tierra. Y el pajarito le dijo:—Eso no tienes que agradecerme tanto; por supuesto que yo he nacido para proteger a todos aquéllos que no pueden hacer lo que quieren, y aun más a uno que desee que le inspire una cosa que nadie ha pensado, así como tú. Yo te felicito,—le dijo el pajarito al hombre. Él contestó, diciendo:—No lo merezco, supuesto que no lo llevé a cabo, antes a ti te te lo debo.—Pues bien—le dijo—escúchame la conversación que fuí a oír. Aquel hombre se puso atento y dijo con una voz sollozante:—¿Qué te daré, pajarito lindo?—Yo no pido nada,—le contestó el pajarito. Lo que te suplico es que oigas bien, para

que no se te vaya a olvidar ni una sola palabra, porque he venido desde allá donde está el sol. Porque dirán que cómo aprenderías semejante cosa, porque para ti era cosa imposible. Yo que tengo alas, ya mero no iba, y ya me iba acobardando; pero no más lo hice por ti, de seguir; cuando llegué casi a la mitad del camino,—dijo el pajarito, refiriéndose a su viaje,—encontré a un pajarito igual a mí, y me dijo que yo regresara; pero yo le dije que tenía un compromiso que me urgía mucho. Entonces me dijo:—¿Pero cómo intentas hacer cosas que no puedes? Qué tanto has ido, pues a ver qué pasa. Le dije, anda véte, yo continuaré mi viaje, a ver hasta donde llego. Por fin llegué, otro para mí, que ya había yo llegado, pero no se notaba nada, de que si hubiera allí algo, y me quedo sorprendido. Dije entonces:—Aún no llego, todavía! Pasé luego allí; no me detuve ni un momento siquiera; pero entonces ya estaba próximo a llegar. Pues cuando me faltó ya muy poco, es cuando me tocó cantar una canción muy sonora, y todos aquellos habitantes oyeron mi voz, y ellos tantos deseos que tenían para conocerme También, como nadie había ido, yo era el único que era tan arriesgado a ir a visitarlos; y entonces cuando oyeron el canto, salieron muy contentos con música y todo para recibirme. Como son tan pequeños, la gente de allá se quedaron admirados, y me dijeron qué cosa había yo ido a hacer en ese mundo tan lejos. Y les contesté que iba yo con el objeto de visitar al sol. Y me dijeron que no estaba, que andaba paseándose como siempre. Y les dije que iba yo a esperar hasta que regresara; y dijeron que él no regresaba a veces, como tenía que trabajar continuamente viajando. Yo les dije:—De todos modos, tengo que esperarlo y me voy a quedar hasta que venga; permaneceré aquí. Hasta que llegó el sol, y entonces platiqué con él mucho, y me dijo:—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha mandado? Y yo le dije que nadie; que yo solo quise ir a visitarlo, y me dijo:—Mucho te agradezco tu visita. ¡Cuánto me alegro de verte a mi lado! ¡Ojalá que quisieras permanecer! Pues yo le dije que no podía porque estaba muy apurado, y que además de eso, me estaban esperando con muchas ansias.

—Pero tuve el gusto de presenciar todas las fiestas que celebraron. Lo que más me gustó es que estaban muy lujosos, con unos trajes muy elegantes; pues parecía que son unas cosas que no sienten nada; pero les aseguro que son más animados, que VV. Pues al sol le consideran como principal autoridad de aquel mundo, y se alborotan mucho cuando hay algo de fiesta. Pues yo era muy apreciado allí, porque como sabía cantar muy bien, ahí tienes que por eso, yo estuve con mucha consideración.—Pues mucho te felicito,—le dijo el hombre,—tanto por tu valor como por haber sido apreciado allí; y más por haberme hecho ese tan gran favor; porque es como si hubiera ido yo; porque no dudo nada de lo que me dices, estoy seguro de todo.—¿Pues que crees que esas cosas no más tuve que ver? Pues todavía me falta mucho para relatar toda la historia—Pues yo quisiera que tuvieras la bondad de narrarme cuantas cosas viste, porque a mí me interesa mucho; por eso no más, vengo hasta aquí. Si no fuera eso, yo no hubiera venido, porque en el camino tuve que sufrir mucho; todos los pueblos que pasé,

me decían que estaba loco porque estaba yo intentando semejante cosa, que no podía hacer. Pues pon cuidado y verás otra cosa que presencié, y verás qué cosa tan rara.—¿Cuál es, amigo pajarito?—le contestó el hombre.—Pues este mundo donde nosotros vivimos es muy distinto con aquel. Porque aquél es muy extenso, y además de ser grande, es muy habitable. ¿Ves aquellas estrellas luminosas que están allá arriba? Pues allí viven. Pues el sol es el padre de todas las estrellas; y con su permiso de él, salen todas las noches, y son mandadas por él. Si no da permiso, no salen. Son así, una especie de mujeres niñas, que salen en procesión todas las noches. La que ves todas las mañanas que ilumina, es porque aquélla se ha quedado atrás, y no puede andar junto con las demás, que se durmió en el camino, porque es un camino muy largo, de tal manera que apenas alcanza tiempo para dar vuelta toda la noche.

—Pues hemos terminado nuestro cuento,—dijo el pajarito.—Muy bien,—dijo el hombre.—Quedo muy agradecido contigo por tus conversaciones tan amables. Conque ahora si, ya puedo irme.—Pues ya nos vamos,—le dijo el pajarito,—a ver cuándo nos veremos más, y platicaremos mucho. Y se fueron cada quien por su camino.

Fin del cuento.

21. LA LUNA

San Mateo Cajones, Villa Alta.

—Contamos una de la luna,—decía un hombre, ya de edad,—pero tengan mucho cuidado porque es historia muy curiosa; por eso nosotros, hombres grandes, hemos podido lograr a conservarla durante tanto tiempo que hace que nos relataron nuestros más antiguos antecesores; por lo que VV. tendrán mucho cuidado de guardarlo en sus mentes.—Muy bien,—dijeron los niños que estaban escuchando.—Pues bueno,—dijo,—así me gusta, que sean atentos; hasta más ganas dan de relatarles una historia más larga si pudiera; pero creo que también se cansan.—No tenga cuidado, cuéntenos,—le decían,—hasta donde más pueda; nosotros no dejaremos de poner atención.—Pues bien,—dijo el anciano,—les relataré la historia de esa luminosa viajera nocturna, que tanto bien que nos hace con su adorado rayo. Una noche de luna, qué linda, y qué delicia es para nosotros. —¡Ah! ¿cómo no?—dijeron aquéllos. ¿Quién será aquel que no sienta cuando la luna salga con su belleza?—¡Qué bonito es pasar una noche sobre aquel cerro!—decía el anciano.—Es muy bonito, porque antiguamente iban nuestros antepasados abuelos a presenciar la salida de la luna para contemplarla y conversar con ella. Aquéllos se quedaron sorprendidos. —¡Cómo! Pues qué ¿se puede conversar con la luna?—dijeron con un tono interrogante.—Pues según ya nos lo refieren nuestros abuelos y nuestros bisabuelos, y según yo opino también, ha de haber sido real por su-

puesto. Hay algunos que iban, no hace mucho tiempo, porque todavía tuve la dicha de conocer a uno de ellos que había ido. Pues ése nos refiere la siguiente historia de ese viaje del cielo. Pues escuchen y verán qué historia tan curiosa como la de antes. Yo les aseguro que nunca habían oído VV. ni una vez relatarla a nadie. Quedarán asombrados de oirla. —Pues a ver que no es para menos; es que queremos que V. tenga la bondad de relatarla.—Vamos pues, criaturas,—dijo aquel anciano.—Pues como les dije hace un rato, que aquellos dos seres que se ven aquí, eran donde iban nuestros antepasados, para poder conversar con la luna y con las estrellas en compañía de ella; pero los hombres antiguos la iban a visitar no más cuando necesitaban de agua para las milpas, cuando no llovía; entonces iban a consultar con ella, con la luna, para que dejara que lloviera; le llevaban muchas comidas de distintas clases para que así dejara llover. Uno de ellos nos refiere que una vez que no quería la luna decir porqué no quería llover, pues ésta quería otra cosa más, pues tuvieron que ir a traer un par de carneros para darle, y un par de toros; pero entonces la luna les contestó:—Pues yo no quiero absolutamente nada, pues lo único que quiero, es que me pongan mucha atención de lo que les voy a decir. Pues ya no quiero que vengan aquí más, porque ya no me conviene, porque se van a enojar mis vecinos, como siempre andan conmigo; por eso ya no quiero que vengan VV.—Muy bien—dijeron, los ancianos,—de hoy en adelante, ya no volveremos por aquí.—Pues ya les digo,—les dijo la luna,—si no con mucho gusto les recibiera yo sus visitas. Eran como a las doce de la noche, según dicen. Entonces, la luna emprendió su camino. Pues también nos refieren que la luna es como una persona, pues que el camino que va atrevesando es muy extenso, para poder andar con todas las estrellas que la van acompañando, y éstas platican mucho y celebran fiestas y hacen bailes, por lo que cualquiera dice que son muy alegres; mas cuando vemos que no hay ni una nube en el cielo es porque están en plena fiesta; están gozando mucho, la pasan dando vueltas, y en andar iluminando a nosotros; por eso se enojó aquella vez que fueron a verla; porque ya estaba invitada para una fiesta.

—Según me dijo una estrella,—decía aquel anciano,—pues también nos platican de una cosa que un gallo estuvo platicando con la luna una noche. Le dijo la luna cuando cantó el gallo:—¿Qué cosa tienes gallito? El gallo le contestó:—Pues yo, nada; lo que estoy haciendo es que estoy preparando el viaje de mi abuelo para que me vayan a buscar palma para que me hagan un gran petate, y de bailarme en el campanario cada vez que salgas así.—Pues en caso de que bailes bien ¿cómo me he de convencer? —Pues se trata de un baile muy lucido, y no solamente yo solo, sino que somos bastantes.—Pues tendré mucho gusto de verlos bailando.—Te invitamos,—le dijo el gallo.—Con gusto lo acepto,—le dijo la luna—y en seguida se fué.—Conque allá nos veremos después,—le dijo.—Muy bien,—le contestó el gallo, cuando se fué la luna. Al cabo de unos quince días, dijo la luna:—Voy a ver si está el baile de aquel gallito que me invitó; esos han de bailar muy bonito, como que tienen unas patas muy filosas. Por fin

llegó aquel gallo. Todavía se estaba pascando en el mismo lugar donde le dejó la luna cuando se fué. Y dijo entonces la luna cuando llegó:—¿Pero qué pasa por ti? ¿No decías que ibas a organizar un baile?—Pues sí,—repuso el gallo, pero figúrate, que mis abuelos no han venido todavía con la palma para hacer mi gorra, porque no nos conviene ir así pelones como estamos. —Pues aunque sea así, quiero que bailen,—les dijo la luna,—porque yo tengo un vivo deseo de ver a VV. bailar para ver qué tal bailan, para ver si hacen unos bailes como los que hacemos nosotros. El gallo le dijo:—Pues creo que no se puede, porque además de que no tengo sombrero, me falta que vengan las damas. Le interrogó la luna:—Pues ¿cuándo organizaban VV. bailes?—Cada día que sea de nuestro santo, de los más distinguidos de aquí.—¿VV.?—le preguntó el gallo.—Pues nosotros los hacemos cada vez de que queremos; no hay regla. Entonces le dijo el gallo:—Yo quisiera ir para ver como bailan VV.—Pues ahí te avisaré cuando sea,—le dijo.—Pero poco más o menos, ¿cuando será?—le preguntó el gallo a la luna. La luna le contestó:—Pues será dentro de unos dos meses.—Se dilata mucho todavía,—repuso el gallo.—Pues,—dijo la luna,—pues apenas hace unos días que tuvimos uno muy elegante y muy celebrado.—¡Qué lástima que no nos hubieran convidado más antes! Hubiera yo ido.—Pero quien sabe si llegarás,—le contestó la luna.—Pues qué, ¿está muy lejos?—dijo el gallo. —¿Pues qué, nadie ha podido llegar a ese lugar? Yo creía que estaba muy cerca. Dijo la luna:—Te has equivocado mucho, porque a mi reino, sí, nadie ha podido llegar, no más una palomita está permitida que vaya a conversar con nosotros.—Pues ¡qué lástima que no soy paloma!—dijo el gallo.—Eso es lo que siento también,—dijo la luna. Si no hasta te llevaba yo, pero no se puede.—¡Pues qué vamos a hacer, nos quedamos con ganas! Pero yo si te invito, ya sabes para cuando,—le dijo el gallo.—Pues con mucho gusto vendré,—le dijo la luna. Nada más que no te vayas a enojar porque no te llevo. Y no te llevo porque no se puede. Entonces dijo el gallo:—No hay porqué tengas cuidado.—Ya hemos conversado mucho,—le dijo la luna,—es necesario que yo me vaya ya.—Pues vete,—le dijo el gallo. Ya te digo que vengas cuando se dé nuestro baile. Ahí te avisaré cuando ya sea, porque ha de ser una de estas noches cuando salgas muy iluminada con tus estrellas; y vendrás a divertirte muy bien. Hasta después,—le dijo,—y se fué.

Cuando llegaron con la palma para hacer la gorra del gallo, entonces les dijo lo que había hablado con aquella luna, y que la había invitado para que viniera a presenciar el baile. Todos los gallos se pusieron contentos y dijeron:—Vamos a conocer a aquella bienhechora y benéfica luminosa. ¡Ojalá que quiera bailar con uno de nosotros! ¡Pero qué va a bailar! Por fin, quien sabe si ella sepa bailar mejor que nosotros, porque según me dijo. Pero no hay que intentar bailar con ella, porque no ha de querer. —Pues bien,—dijeron,—con que venga. Conque hasta al fin llegó el próximo de que iban a bailar, y entonces dijeron:—Vamos a esperar hasta que venga la luna. Por fin, cuando empezaron a bailar, empezó la luna a brillar en la punta de un cerro muy elevado. Dijeron entonces:—Ahora

si, viene la luna. Vamos a cantar todos para que venga más pronto. Se pusieron a cantar todos en la torre de la campana. Como ya estaba combinado por la luna con el gallo, dijo la luna:—Ya me están esperando. Cuando se asomó en la punta del cerro vió que eran los gallos que la estaban esperando con ansia para que viera aquel baile. Por fin, llegaron los músicos, y dijeron: —Es necesario que toquemos con más fuerza, porque va a venir una visita muy estraña, de una visita que viene del cielo.—Pero ¿quién será esa visita? —dijeron.—Pues VV. cumplan con lo que les decimos, y ya no tenemos que darles más satisfacción. Entonces los músicos se opusieron y dijeron: —Pues si quieren, que nos digan, si no, no tocamos. Pues hasta que les dijeron a los músicos quién era el que iba a llegar. Entonces dijeron ellos: —Entonces si tocamos con mucho gusto. Ya que sabemos, tocaremos con más gusto para que se quede admirada la visita.—Pues sí hombre, la luna, cuando estaban bailando, se quedó muy admirada, y dijo:—¡Qué baile tan distinto de los que hacemos nosotros!—Pues sí,—dijo—nuestros bailes son muy humildes; no como VV., que los hacen tan galanes. Pues está muy bonito el de VV.; muy satisfacha me quedaré con VV.; por cierto que no puedo presenciar hasta que termine, porque muy bien saben que es una pasada no más, la que vengo a dar por aquí. Pero vaya, ya conocí sus bailes, que es lo que más deseaba yo y mucho les agradezco. A ver cuando nos veremos otra vez.—Hoy la invitamos. Hasta otra vez,—le dijeron los gallos.—Hasta está concluido nuestro cuento.

22. LAS ESTRELLAS Y EL SOL

Talea, Villa Alta.

Decía una estrellita cuando conversaba con las demás:—Yo quisiera ser más luminosa que el sol y la luna. Y dijeron las demás:—Pues no hay que ambicionar más que lo que somos siempre, porque es nuestro destino que nos ha dado nuestro amo. Entonces preguntó:—¿Quién es nuestro amo, que no lo veo por más que he querido y puesto tanta atención? Pues me he hecho luminosa más, con tal de conocer el amo, pero nunca lo he logrado; y es que VV. me han estado engañando, siempre que uno desea algo. Las demás le contestaron:—Pues si tú no quieres creer hasta lo que te decimos, no más lo que te convenga más, verás a donde vas a dar. Por desear algo más bueno, has de cometer una falta.—Yo en cuanto sea justo,—dijo la estrellita,—yo lo que pienso es que nuestro amo ha de ser muy malo; pero eso no quiere decir que uno haga otra cosa que no le convenga; mas ahora, si VV. están ahora a favor de él, entonces perderemos nuestra amistad desde este momento. Ellas contestaron:—Como tú gustes; si no te gusta vivir con nosotras puedes coger tu camino, y nada más que tenemos que avisar a nuestro mayor, como tú sabes muy bien, que tenemos quien

nos cuida. Entonces contestó la estrellita:—Pues entonces voy a avisarle que ya VV. ya no quieren vivir conmigo, y que ya me están correteando.

Se fué la pobre estrellita, y dijo entre sí:—Yo voy a ver hasta dónde llego; y hasta donde me canse, allí me quedaré, para siempre. Hay que dejar a estas ignorantes que para vean que no soy tan cobarde, aunque me vean así. Después de haber caminado un siglo, llegó a donde estaba la luna, y le dijo:—Lunita, yo quisiera que me dieras una posada para quedarme aquí. Le preguntó la luna:—¿De dónde vienes? Le contestó:—Yo vengo de muy lejos; he caminado un siglo para llegar hasta aquí. Y le dijo: —¿Ahora quieres seguir más adelante? Y le contestó:—Pues si puedo, ¿cómo no? Yo he prometido llegar hasta donde más ya no pueda andar. La luna se quedó admirada.—¿Pero qué cosa piensas? Pobre de ti, estrellita,—le dijo.—¿Qué te pasó? ¿Porqué estás tan aburrida? Alguien te amohinó, ¿por eso?—Pues sí, buena Lunita; son esas ingratas con quien he vivido siempre, las que me corretearon. Por eso estoy tan enojada, de tal manera que ya no puedo verlas. Entonces le dijo la luna:—Pues no seas tonta, no sigas más adelante; quédate aquí no más; estarás como en tu casa; no te aflijas nada: porque si sigues más adelante, no encontrarás quien se compadezca de ti. Solamente porque soy buena, por eso te aconsejo que te quedes; que no vayas a ir adelante, porque costaría mucho trabajo. Y la estrellita dijo entonces:—Mucho te lo agradezco; pero yo tengo muchos deseos de ir mucho más adelante para conocer.—Pues bueno,—le dijo—¡qué voy a hacer si no quieres quedarte! Cuando quieras regresarte, ya sabes que aquí tienes tu casa.

Se fué la estrellita, y siguió caminando, hasta donde estaba una estrella que iluminaba mucho, y le dijo:—¡Qué luz tan luminosa tienes. Yo quisiera tener tu luz! La estrella le dijo:—De dónde vienes?—De muy lejos. He caminado más de un siglo y medio; he pasado donde está la luna, y ahora quiero seguir adelante. Le interrogó la estrella:—¡Cómo! ¿hasta que no llegues donde se acabe el mundo, no paras de andar? Te mueres y nunca llegas al fin del mundo.—Pero a lo menos, siquiera iré a conocer hasta donde es posible.—¿Pues sabes lo que hay por dónde vas a pasar? Es ése, el que te va a impedir el paso, que es el sol.—Pues está bueno,—le contestó,—me conformo de llegar hasta allí no más. Continuó su viaje. Al cabo de otro siglo, encontró al sol, y le dijo el sol:—¿Adónde vas, o de dónde vienes?—Pues vengo de muy lejos, que creo que nadie ha caminado tanto como he caminado.—¿Que tantos siglos has caminado?—le dijo el sol.—Pues he caminado dos siglos consecutivos, sin descansar nada.—Pues te felicito,—le dijo el sol.—Ahora sí, basta de caminar tanto. Aquí te vas a quedar ahora.—Pues está bueno.

Fin.

23. EL SOL CONVERSANDO CON UN COMETA

Talea, Villa Alta.

Este era un viejito que contaba la historia del sol y el cometa; y decía que nadie era más feliz que él, porque había oído conversar al sol con el cometa. Dijo que nadie era más feliz que él, porque estaba seguro que no encuentran alguno que sepa la historia del sol y el cometa.—Nada más que son buenos amigos y muy buenos, por eso les voy a relatar para que vean que no digo mentiras.—Muy bien, señor,—dijeron los que estaban alrededor de él,—es V. un señor muy ilustrado, principalmente con los cuentos antiguos, de los que nos interesan más; porque los cuentos de hoy, no son tan notables como los de aquellos tiempos; y además de eso, son muy curiosos.—Ah, sí,—dijo el viejito,—en realidad, los cuentecitos de hoy son puras babosidades; no como los de antes que eran muy bonitos; y sobre todo, no se trataba de la tierra sino de puros de esos viajeros que andan caminando en el cielo; por eso, son más acreditados; porque raras son las personas que saben; pero yo si los sé muy bien, de todas las historias de los viejos. Entonces dijeron:—Quisiéramos que V. nos hiciera el favor de relatarnos algo sobre ellos para siquiera tener una imaginación. Pues que como que dijo el viejito:—Con mucho gusto; sí, a mi me gusta mucho contarles los cuentos a todos aquellos que quieran,—y empezó diciendo: —Hace muchísimos siglos que cuando vivía mi bisabuelo, nos contaba de esta manera. Por él sé todos los cuentos, como que él y los demás, que son más antiguos todavía, ¿cómo no han de saber todo lo que ha pasado con las estrellas, el sol y el cometa?

—Pues contemos; ya basta de hablar de nuestros viejos; lo que nos importa es sobre la historia del sol y el cometa. Pues pongan mucho cuidado: Éstos eran dos viajeros que caminaban en el cielo, que conversaban mucho y celebraban fiestas; igual como hacemos nosotros. Ellos se quedaron admirados.—¿Cómo pues que esas cosas hablan?—¿Pues cómo no?—dijo el viejito.—Yo sí creo; porque una vez que iba en una gran montaña, cuando salieron el sol y el cometa, iguales casi, y empezaron a conversar de esta manera: Dijo el sol:—¿Por qué saliste tan temprano ahora?—Porque a esta hora me ordenaron que saliera.—¿Quién te ha ordenado?—Pues mi superior,—dijo el cometa.—Pues hasta ahora, no sé yo quién es tu superior,—le dijo el sol.—¿Pues qué no ves que soy mandado?—¿Quién te manda pues? —dijo el sol.—La verdad, que no sé quien; pero estoy seguro que soy mandado. ¿Qué no ves que vengo no más cuando me mandan? Se enojan mucho conmigo cuando me dilato mucho en dar la vuelta.—Pues ¿por qué no te despegas de ahí?—le dijo el sol.—No, porque entonces, ¿qué hago? ¿Cómo voy a andar toda mi vida así? Porque allí estoy, como si fuera mi casa.—Bueno,—le dijo el sol,—yo quiero hacerte una pregunta. ¿Adónde es tu casa?—Pues eso si lo ignoro,—le contestó el cometa.—Entonces

¿cómo dices así?—le dijo el sol.—Porque he oído no más que dicen que en la casa de uno está más bien,—le dijo. Y el sol le dijo:—Entonces no seas tonto; nosotros no tenemos casas, sino solamente tienen casas aquellos que ves allí. Y le señaló hacia donde estamos nosotros.

—Entonces son como nosotros,—dijeron todos.—No,—dijo—¡qué van a ser como nosotros! De la hablada si son algo como nosotros, de otras cosas sí, hay una gran diferencia entre nosotros y ellos; pero como ya les dije más enantes que hacen una fiesta muy lujosa, más que nosotros; y poseen más que uno.—Pues qué raro, ¿no?—dijeron.—Pues hijos míos,—dijo el viejo—¿cómo viven en este mundo y no creen que hemos relatado las historias? Eso es nada, lo que les he dicho; quien sabe si quieran que yo siga hablando, o ya están fastidiados. Y ellos dijeron:—Queremos que V. termine, o a lo menos hasta donde más pueda V.—Si VV. se animan, seguiremos,—dijo el viejito. Siguió el viejito, diciendo que las fiestas de astro se celebran de esta manera; y que cada año es la fiesta; pero muy notable, entre ellos.—Lo que más admiramos y nos llama la atención, es que también ellos tienen sus compadres. Pues les diré una cosa, que son más buenos que nosotros, con toda seguridad.—¿Pues cómo está eso? que yo no entiendo muy bien,—dijo uno de ellos.—Pues mi querido amigo,—le dijo el viejito, —no es cuestión que uno les entienda en realidad, sino que son cuentos, que son relatados por nuestros abuelos más antiguos que nosotros, o por mejor decir, son cuentos de los primeros hombres que estuvieron en este mundo; y que han oído hablar a esos viajeros del cielo, y por eso, hasta los adoraron en un tiempo; porque decían que eran los que habían hecho el mundo. Y entonces el cometa y el sol, se ponían más contentos, porque nuestros primeros habitantes les rendían muchos homenajes. Con ellos platicaban y con ellos mucho hacían, y por eso sabemos que hablan, como uno también; pues escuchen y verán cómo eran las fiestas de ellos. Hacían bailes y todo. Y preguntaron aquellos con quien hablaba el viejito, y le decían:—Pero nosotros creemos que han de ser muy bonitos sus bailes y todo. Preguntaron:—¿Qué no puede V. relatarnos algo de ellos?—Pues ¿cómo no?,—dijo el viejito.—Pues veremos,—dijeron. Les dijo:—Como yo he ofrecido relatarles, lo haré desde luego. Pues su fiesta de éstos es muy curiosa. Yo tuve la ocasión de verlos una vez. Cuando encontró el cometa una vez al sol, dijo:—Ahora es cuando desde hace mucho tiempo deseo encontrarte, para que celebremos una fiesta muy de gala.—Pues por eso salí yo también; nada más que para que nos demos un gusto aquí. —Muy bien,—dijo el sol.—Desde luego vamos a disponer de nuestros gastos necesarios. Fueron pensando qué era necesario para la fiesta, y dijeron:—Hay que gastar mucho, como es la primera vez, además de que no lo hacemos muy seguido, por lo cual hay que gastar mucho. Pues vamos haciendo la cuenta. A ver qué tanta es la suma. La suma es de trescientos pesos. Conque, ¿qué fiesta es la que vamos a hacer?—Pues cualquiera,—dijeron. Éste fué un baile, y hicieron un baile muy de gala, que duró quince días; y después, cada quien se retiró a su casa. Hasta aquí no más; vamos a terminar. Después continuaremos.

24. EL SOL Y LAS ESTRELLAS

Talea, Villa Alta.

El sol y las estrellas conversaban de esta manera:—Somos unos pobres que andan viajando eternamente por este mundo tan desierto,—dijo la luna—y le contestó la estrella:—¿Pero qué cosa haces tú de esa cosa? Es como si estuviéramos andando en nuestra tierra.—Bueno, pues,—le dijo la luna,—adónde es tu tierra?—Pues ésa está muy lejos de aquí,—le contestó la estrella.—¿Y cómo viniste entonces hasta aquí?—Yo me vine sin reflexionar y sin saber a dónde iba yo a andar con mi suerte.—Bueno,—le dijo la luna,—pero no te encuentras tanto como yo.—¿Pues qué más mal quieres que yo me encuentre?—le dijo la estrella.—¿Ves, cómo te pasó tan mal aquí, sin gusto? ¿Por qué no te vas, mejor?—le dijo la luna.—Porque todavía no he cumplido mi tiempo.—¿Pues que con tiempo señalado vienes?—le preguntó la luna.—Pues sí,—le contestó. ¿Qué no lo sabías?—Pues no,—le dijo la luna.—Pues sépalo hoy.—le dijo,—que aquí no se entra como quiera, sino que tiene que entrar en tiempo, y si no se va antes de cumplir, verá pues que nos impondrán un castigo muy riguroso. Si tú te quieres ir antes del tiempo, tendrás un castigo muy grande. Además de eso tendrás que trabajar un tiempo como tanto que habías estado antes; y además de eso, tienes que estar bajo dominio de ellos. Y entonces le dijo la luna:—A qué lugar tan malo te viniste a meter.—Pues sí,—le dijo,—yo estoy muy arrepentida, pero ¿qué quieres que se haga, supuesto que ya no hay remedio? No hay más que cumplir y irse luego en cuanto se cumpla; porque si me voy ahora y si me cogen, pues ahí tengo que permanecer más tiempo todavía; mientras que cumpliendo, ya ni quien le diga a uno nada. Puede uno andar donde quiera.—Pues sí,—le dijo la luna—te felicito, que porque tú eres muy valiente y aguantas de estar aquí.—Pues de todos modos tengo que estar aquí, porque es un compromiso el que tengo. Ya le digo, en cuanto no más cumpla me voy.—¿Pues que tanto tiempo hace que estás aquí?—le dijo.—Pues casi durante toda mi vida.—¡Ah! pues entonces ¿qué cosas quieres si ya estás acostumbrada aquí? Yo creía que no hace mucho tiempo que permaneces aquí.—Pero ya ves, con ser que hace tanto, y no me hallo nunca.—Pues has estado mucho,—le volvió a decir la luna.

—En fin,—dijeron,—eso es cuento que nunca termina, porque son largos.—Vamos. ¿Por qué rumbo vas a coger?—le preguntó la estrella a la luna.—Pues me voy yo solita, por un desierto muy triste,—le dijo la luna. Y la estrella le dijo:—Yo quisiera acompañarte, pero ya sabes como me encuentro aquí, si no, con mucho gusto iría contigo, hasta donde tú quisieras.—Lo siento sobremanera,—le dijo la luna.—¿Que no puedes ir en mi compañía, aunque sea una distancia corta?—Pues vaya, vamos,—

le dijo la estrella. Y se fué en compañía de la luna. Al llegar a una distancia muy grande entonces le dijo la estrella:—Ahora si, ya es hora de que yo regrese. Y la luna le contestó:—Vamos a andar otro poco no más, con eso regreso.—Vamos, pues,—le dijo la estrella,—y continuaron su camino. Después de andar mucho otra vez, dijo la estrella:—Ahora si, ya es hora de que yo regrese. Hasta aquí no más te voy a dejar.—Bueno, pues, mi apreciable estrellita,—le dijo,—que te vaya muy bien. Por ahí nos veremos de aquí en unos tres siglos.—Y, ¿por qué después de tanto tiempo?, ¿que no se podrá antes?—le dijo la estrella.—En caso de que no se pueda,—le dijo la luna.—Bueno, pero de todos modos, la espero siempre a la hora que quiera venir.—Pues sí,—le dijo la luna;—nada más que vete corriendo, no te vaya a pasar algo en el camino.—No tengas cuidado. ¿Que no ves que me voy volando?—le dijo la estrellita. ¿Cómo quieres que pase algo? Ah, eso sí, entonces ¿por qué no puede pasarte nada volando? —Pues que te vaya bien,—le dijo—yo seguiré mi camino.

La luna siguió su camino, y la estrella, luego llegó al lugar donde estaba. Le preguntaron que adónde había ido durante tanto tiempo. Les contestó, que había ido a acompañar a su pariente luna.—¿Cómo?—le dijeron.—¿Pues que tú tienes parientes de esa gente?—Pues sí,—les dijo ella.—Pues te felicitamos mucho,—le dijeron.—¿Cuándo la traes aquí para conocerla? —Pues eso si que no se los digo, porque quién sabe hasta cuando regrese. Pues se fué a un viaje muy dilatado, que vendrá dentro de unos cuatro siglos.—¡Ay, qué viaje tan grande! ¿Por qué no le dijiste que no se fuera? —Pues yo no le dije nada,—dijo la estrella,—porque ella tenía muchos deseos de ir a conocer por ese mundo.—Pues la esperamos cuando venga,—le dijeron.—Muy bien,—dijo la estrellita,—en cuanto regrese, luego la traigo por aquí.—Pues sí,—le dijeron,—para que la conozcamos bien como es. —Pues ¿quieren que yo la describa?—les dijo la estrellita.—Sí—le dijeron, —pero no es lo mismo.—Ah, sí, ya lo creo que no, sino que es un poco parecida no más.—Pues empieza para ver como es, para que cuando venga ya tengamos una idea ligera.—Pues es muy redonda y muy luminosa y muy blanca.—¿Esa es toda la descripción?—le preguntaron.—No, todavía falta mucho; nada más que ya no me acuerdo.—Muy bien, pues lo dejaremos entonces, ya que no te acuerdas. Es mejor que la traigas aquí, para conocerla en persona, no en figura. Entonces dijo la estrellita:—Pues yo creo que tengo que estar aquí de todos modos hasta que venga la lunita para enseñársela a éstos, para ver si así me dejan ir con ella, porque ya no es posible estar aquí con estos malvados.

Durante seis siglos, tuve que esperar a la luna hasta que regresó. Ya cuando vió que era el próximo de la llegada, cogió todo lo que tenía, para nada más irse; pero resultó que la luna tuvo que dilatarse más tiempo. Entonces dijo ella:—Ahora si, aunque venga, ya no he de ir, ni he de acompañarla siquiera. Se puso muy enojada. Pues llegó el día en que llegó la luna, y ya ella no le hizo caso. La lunita le preguntó qué cosa tenía, por qué estaba tan enojada. Ella le contestó:—Sí, estoy muy enojada porque no viniste el día señalado. Y la lunita le dijo:—Pues porque tuve que dilatarme

en el camino. Y tú ¿por qué estás tan apurada en que yo venga?—Porque he prometido a las personas con que estoy presentarte con ellas; y ese día estábamos esperándote con tanta ansia de que tú llegaras. Pero resultó de que no llegaste. Eso es ser muy malo.—Pues ya te digo, que yo no tuve la culpa, porque me entretuve en el camino, por eso. ¿Dónde están las personas que tú dices?—le dijo la luna.—Pues en sus casas.—¿Quieres pues, que nos vayamos a verlas, para que me conozcan?—Pues vamos,—le dijo.—Después de esto, quiero que me digas cómo te fué cuando me fuiste a dejar por allá.—Precisamente fué cuando me preguntaron qué andaba haciendo y que adónde andaba y dónde había ido. Y yo les dije que había ido yo a dejarte. Pues eso fué lo que me preguntaron, que si tenía yo alguna familia. Y yo les dije que sí. Y me preguntaron que si que eras. Y yo les dije que tú eras de mi familia muy cercana. Entonces quedaron muy entusiasmados por conocerte. ¿Quieres que nos vayamos a verlos?—le preguntó la luna.—Pues vamos,—le dijo la estrellita—y se fueron a la casa. Y cuando éstas llegaron a la casa, entonces les dijo la estrellita:—Aquí les traigo a mi querida familia. Y le preguntaron luego, que si cómo se llamaba; y ella les dijo, que no se había bautizado todavía, que todavía le faltaba mucho. Entonces le dijeron:—Pues traela hasta que se bautice, entonces la traes. Se fueron y estuvieron de esta manera.—Ya ves por qué no me habías dicho cómo te llamabas. Les hubiera dicho, aunque fuera como mientras, con tal que te hubieran conocido, porque el que conoce a esas personas es muy feliz.

Entonces, le dijo la luna:—¿Pero qué felicidad te veo? Ya tú que tanto tiempo llevas de conocerlos, estás lo mismo que yo.—Pues no se trata de eso,—le dijo—sino lo que se trata es de otra cosa.—¿Pues de qué es de lo que se trata, pues?—preguntó la luna. A mí poco me importa que no hayan querido admitirme. Tanto puedo viajar como si no me hubieran admitido, y como si me hubieran querido. Sépalo, pues,—le dijo la lunita. —Pero ¿que por eso te vas a enojar?—le dijo la estrellita.—No por eso, pero es muy feo que me hayan dicho así. Hoy no más vengo aquí. Jamás volveré a pararme aquí. Ya sabes que desde hoy nos separamos de nuestra amistad.—Pero ¿por qué tan pronto?—le dijo la estrellita.—¿Que no ves que somos íntimas amistades? A lo menos yo no he encontrado una persona tan caritativa como tú.—No,—le dijo la luna,—porque yo nunca he favorecido a nadie. Pero sí tengo un corazón puro, no como de donde tú estás, que decías que eran unas personas muy buenas. Te has equivocado, mientras que yo si estoy cierta de lo que hablo.—Te felicito pues,—le dijo la estrellita. ¡Cuánto me alegro que tú seas un corazón muy puro! —Bueno, querida amiga,—le dijo la luna,—tanto tiempo llevo de conversar y de verte y nunca te he preguntado quién son esas personas con quien estás tú allí.—Pues amiga,—le contestó la estrella,—ya te dije antes, como eran, y no sé que se les dió de decirme que tenían muchos deseos en conocerte. Por eso te lo dije, y luego dijeron que no.—Pues esas personas, —dijo la lunita,—ni saben quien soy yo. Por eso no les dije nada. Porque no soy de origen de ellas. Ni saben ellas quien soy yo, ni yo sé quien son

ellas. Nos hemos quedado iguales, pues. Como tú sabes que yo soy una que anda atravesando por un desierto muy solitario, que ni ellas saben siquiera, y han creído que soy cualquier cosa. Esas pobres se han turbado en sus planetas, porque te aseguro que soy una gran cosa más que ellas, y les dices así,—dijo la luna.—Muy bien, iré desde luego a avisarles.

Y se fué la estrella, y cuando llegó donde estaban aquellas personas, les dijo todo lo que le había dicho la luna. Y ellas quedaron sorprendidas, y dijeron:—Pues hemos hecho muy mal con decirle que se fuera, y vete ahora a decirle que nos perdone. Y se vuelve a regresar la estrellita, y les dijo.—Pues dice que nunca vuelve a venir aquí porque VV. la trataron muy mal. Ellas dijeron:—Pero como nosotras no sabíamos quien era, porque si supiéramos quien era, no le hubiéramos dicho nada. Por eso te decimos que vayas a alcanzarla para que vengas y entonces le rendiremos homenaje.—¿Pues ya no les dije que jamás vuelve a venir aquí? Porque se ha ausentado para siempre de esta ingrata tierra, porque aquí hay gentes muy malas. Entonces ellas dijeron:—Pues sentimos mucho sobremanera, porque no sabíamos quien era, y ahora que nos has dicho, ya ahora se ha ido para siempre.—Hemos terminado nuestra historia,—dijeron, y se fueron cada quien a su lugar.

25. LA ESTRELLA ERRANTE, Y LAS DEMAS ESTRELLAS

Talea, Villa Alta.

Recorría por una región un día una estrella errante, cuando se le presentó una de tantas que hay en el cielo, y un poco después se le presentaron otras más, exclamando:—Oh, mis amigas, hasta que las encontramos. —¿Que andaban buscándonos a nosotras?—preguntó la estrella; no la errante, sino la que se le presentó a la errante primero. Las demás estrellas contestaron:—Sí—con sorpresa. Una de las estrellas no contestó nada. Una de las segundas le dice:—¿Cómo te veniste tan pronto, ¿cuándo que no hace mucho que te vi por allá muy lejos? Ahora ¿qué es lo que haces aquí con nuestra amiga? Ella, abriendo un poco más los ojos, exclama: —Yo he venido por acá con el objeto de platicar un rato con nuestra buena amiga. Después de muchas preguntas que se hicieron, contestó la primera:—Ahora estoy preguntando a esta amiga, que por qué no descansa ni por un momento. Ella ni me habla ni alza los ojos.—Es que te tiene miedo,—contestaron por ella.—¿Miedo por qué? No hay que tener miedo, sino al contrario, hay que contestar muy alegremente, y si no, no sirve nuestra operación. ¿Cómo hacemos para que alce los ojos esta pequeña hermosura?—dijeron.—Si no quiere alzar la vista, yo hago que la alce. —Es imposible que podamos hacer esas cosas.—Pues yo he de hacer que alce los ojos,—añadió aquella que había hablado antes.—Lo voy a hacer,— respondió después de decir estas palabras. Comenzó a hacer unos chistes.

Después de unos cuantos minutos, hizo que aquella compañera dijera el porqué no quería hablar.

Habiendo preguntado de muchas cosas, le dijo:—¿Por qué tú no haces otra cosa que caminar? ¿Que no te cansas? La estrella errante contestó: —No, mi amiga, y es porque estoy acostumbrada a eso, pues ese es mi destino.—¿Para toda la vida?—volvió a preguntarle. Ella siempre contesta:—Sí, yo creo que no tendré fin, según lo sé por otras amigas.—Pues ¡qué bueno, mi amiguita!—añadió una tercera.—¿Por qué es bueno, mi compañera y amiga?—preguntó la errante. Una de las demás estrellas costestó:—Porque nunca tendrás que morir. Otra cosa todavía, y es que vas conociendo todas las tierras, y todos los mares, desde la tierra más pequeña hasta la tierra más grande.—Sí, pero muy cansada,—respondió ella. Pues digo que es muy cansado, porque se cansa uno mucho y nunca tiene uno libertad de descansar, pero ni un momento. Ya tú me ves aquí como ando.—¿Qué tiempo hace que así andas?—preguntaron otras muy alegres.—¡Oh, mis amadas compañeras, mucho tiempo! Desde la creación del mundo, que hace ya miles de años.—¿Verdad?—¡Oh, sí, mi buena amiga y compañera!—respondieron por ella. Más allá, otras dijeron: —Que nos diga por qué es que dice que no descansa, cuando que muchas veces vemos que se dirige al centro de la tierra y no vuelve a subir, porque no la vemos. Hemos tenido la curiosidad de observar si vuelve a subir porque no la vemos, pero todo es en vano, pues jamás la vemos. Queremos saber por qué.—Pues de una manera muy fácil, voy a explicarles,—respondió la estrella errante, muy aturdida por aquello.

—Cuando VV. me vean penetrar hacia el centro de la tierra o caer, no vayan a tener la creencia de que voy a descansar, ni mucho menos desaparezco. Voy a explicarles. Aquella estrella comenzó a contar aquello de esta manera:—Si bajo hacia la tierra, es porque así lo dispone Nuestro Señor, que en los cielos está. Bajo, no con el fin de no descansar, sino con el fin noble de cumplir mis obligaciones. Pues atravieso la tierra, y me voy a visitar a multitudes de cosas.—Pero, ¿que puedes atravesarla? —Y ¿por qué no? Pues no creas que hago lo que quiero, sino lo que me mandan. Yo únicamente cuando me toca así una cosa muy semejante, yo no hago otra cosa que dejarme caer. No importa que me pase algo o no.—¿Y no sientes nada?—preguntaron otras. La estrella contestó muy serenamente:—Absolutamente nada. ¡Oh, mis amiguitas, qué grande es Dios! ¿Verdad? ¿Cómo puede hacer tantas maravillas? ¿Cómo hará? No cabe duda que no hay otra persona que lo sepa. Esto ya indica mucho. En mi vida he visto maravillas, pero no como ahora, con estas cosas nuevas que nos traen VV. Ni tampoco ha habido alguien que diga que hay quien lo supiere en estos casos y en todos.—Dejando muy aisladamente la multitud de maravillas que el Señor hace, vamos a que nos refieras algo de tu historia, algo de las cosas que han pasado contigo. En una palabra, todo lo que sepas; no importa que sean otras cosas viejas. —Pues yo,—replicó la estrella errante,—he sido muy tonta en esta vida, que no he tenido la curiosidad de que me cuenten alguna cosa, a pesar de

que casi en todo el mundo ando buscando las mil cosas y cumpliendo con mis obligaciones, que Dios me ha puesto, y que tendré que cumplir sin duda porque no tiene remedio esto. Pero a pesar de esto, voy a contarles una historia muy bonita. Pero dispénsenme para otro día, porque estoy cansada.

26. LUNA Y VENUS

Talea, Villa Alta.

Era una noche de luna y las estrellas brillaban en el cielo. Caminando iba la luna, cuando muy de repente encontró a su amigo Venus, y le dice: —Mi buen amigo, ¿adónde vas tan apurado? El Venus contestó, muy contento:—Oh, mi amiga y compañera, a ti precisamente ando buscando ya hace una hora y quince minutos.—Va, qué bueno que nos encontráramos,—replicó la luna.—Por supuesto,—replicó el Venus. ¿Sabes para qué te buscaba?—No, mi amigo. ¿Tuvieras la bondad de decirme?—Sí, con mucho gusto. Pues te buscaba para que fuéramos a pasear un poco, que hace ya mucho que no hemos ido. Ya es bueno y preciso ir, porque si no, se enojan con nosotros nuestros buenos compatriotas. La luna contestó:—Muy bueno, mi amigo.—¿Que está alguien esperándonos?—le interrogó a su buen amigo, que hablaba con él; era Venus:—Oh, sí, mi buen amigo, y no muy lejos están; cuando mucho tres o cuatro leguas. Necesitamos caminar muy pronto, lo más que le sea a uno posible.—Y ¿porqué tenemos que andar muy pronto? ¿O ellos también van caminando? —Sí, mi amiga, y muy pronto, pues desde cuando yo salí de mi casa, ya ellos venían como una distancia de tres o cuatro calles, y para que los alcancemos, necesitamos apurarnos porque van muy aprisa, y quizás no los alcancemos si nos vamos despacio.—Oh, sí, hay que apurarse un poquito siendo así, pero ¿cómo me dices que nos están esperando, cuando que ni habías encontrado a ninguno? Porque si fuera así, tú te vendrías con ellos. ¿Verdad?—No, mi amigo, pero antes que yo saliera de mi casa, les hablé y me dijeron que me esperaban por acá.—Bueno, y tú ¿qué te quedaste haciendo? —Oh, mi amigo, no pude venir con ellos porque mi mamá me mandó a un mandado que demasiado precisaba. A esto se debió que yo no pude venirme desde ese momento, sino después de tres horas.—¿Por qué tanto, mi amigo, y no una o dos horas?—Pues que el mandado que fuí, me tardé mucho, pues era muy lejos. Una hora hice de camino y una de regreso, fueron dos, y otra que hice mientras estuvimos platicando y mientras mis negocios arreglé, de una manera tal que ninguno ha hecho así como yo hice. No hace ni veinticuatro horas, es decir, ni un día, sino cuando mucho la mitad, que es igual a doce horas.

—Ahora vas a decirme a qué fuiste:—Ah, ah, mi amiga, lo siento mucho pero no puedo decir cual es el fin que me llevó, hasta donde pude. Yo no

puedo decirte porque si lo llega a saber uno de mis hermanos grandes serán capaces de matarme por decirte. Como no quiero que esto pase, por eso no quiero decirte.—¿Por qué no quieres?—contestó la luna, algo enojada. El Venus contestó:—No quiero contarte porque tú eres muy traicionera, porque si te lo cuento, luego irás a dar cuenta en otras casas; si no a tus compañeros, que éstos como muchos, no saben de esto.—Ni te creas en nada,—contestó la luna,—aunque jamás me digas a qué fuiste, dime a dónde vamos. ¿Qué es lo que precisamos? Deja tú por un lado esas cosas que para nada sirven. Yo lo único que quería saber era lo bueno que eres. Pero veo que eres muy tonto; dices que ya va uno a decir a otra persona. Eso ni tengo yo que soy muy callada, aunque me manejo alegre con VV.; pero, mi amigo,—añadió la luna,—yo no quiero más contigo de chismes que no merecen importancia; pero que ni un rasgo de esto conozco yo. En fin, sigue para ver dónde vamos.—Pues mis compañeros me invitaron a una fiesta que van a tener en estos días, que no falta nada; probablemente será mañana, muy pronto sin duda.—Mi buen amigo,—añadió la luna,—en qué consiste la fiesta? Una vez sabiendo de qué se trata puedo decir si me conviene ir o no.—La fiesta que vamos a celebrar consiste en que vamos a pasear muy contentos y en nuestra libertad absoluta; pues nació un hijo de un amigo, y es probable que haiga baile y demás cosas que se acostumbra hacer cuando hay alguna diversión. Así es la costumbre de nuestros humildes compañeros. La luna contestó:—Amigo, ten la bondad de decirme por qué somos humildes, cuando que no nos falta absolutamente nada. El Venus contestó por su parte:—Somos humildes porque no somos tan grandes como nuestro padre sol, que es infinita la parte que éste ocupa.—¿Crees que el amigo sol sea el más grande de los grupos que encontramos en el espacio?—Sí lo creo,—contestó Venus,—la tierra anda.—¿Cómo puedes probarlo, que es el cuerpo más grande del mundo?—Lo puedo probar de una manera muy fácil, que es así: El sol es mucho más grande que nosotros porque yo he observado que alumbra con sus rayos en toda la parte del mundo en que conocemos. Tú que conoces de la tierra, dime ¿que un cuerpo chiquito puede alumbrarnos? Es imposible que un cuerpo muy pequeño alumbre a un cuerpo que es mucho más grande.—Oh, sí, esto es mucha verdad; ahora sí lo creo lo que tú me dices, que el sol es mucho más grande que nosotros. Pero, digo, ¿por qué se ve tan chiquito? cuando que debía ser más grande que nosotros.—Es por esto que voy a decirte. Un cuerpo como una cosa se ve mucho más chiquito cuando está lejos, aunque fuera una iglesia. Si no quieres creer lo que yo te digo, puedes hacer la prueba de una manera muy fácil, que es lo que tú muy bien sabes sin que tengas que preguntarme; pues esto todo el mundo la sabe.—Oh,—contestó la luna,—ya sé cómo se hace esto. Ya ni me digas una palabra sobre este asunto que acabas de platicarme, sino sigue contando algo de tus amigos que has tenido. Yo quiero saber algo de la historia de nuestros amigos, que yo los quiero mucho como si fueran de una misma madre y de un mismo padre.—Creo que no lo somos,—dijo Venus. La luna contestó:—Imposible que sea esto; porque si así fuera, nosotros

no estuviéramos en este lugar, sino quizás en otro de mejor condición, y no habría desigualdad entre la gente humilde, como en este mundo sucede, como tú muy bien lo sabes. Lo que voy a contestarte es muy cierto. ¿Quedarás, satisfecho?—Sí, mi amigo, aunque sean unas cuantas palabras, no importa, que al fin es algo.

—Pues un amigo mío, compañero de nosotros, me contó que había nacido en un lugar algo triste y que sus padres lo abandonaron. Cuando llegó a la edad de cinco años no encontró a su mamá ni a su papá porque lo habían dejado desde muy chicuelo. Así es que ni da razón de quienes fueron sus padres y quienes fueron sus hermanos. En fin, su vida fué muy triste, como tú acabas de oirla.—Sí, mi amigo, es muy triste. ¡Pobre de aquel amigo! De lo que me has platicado, es sumamente triste, pues me hizo llorar no obstante de haberlo explicado con muy pocas palabras. —Sí, mi amigo, es muy triste como tú dices, y precisamente por eso, yo no quiero hacerlo más extenso; porque la verdad, cuando me viene a la memoria esto, casi me muero.—¡Ay, mi amigo, qué lastimoso, que no puedas explicarla más ampliamente! Pues es de suma importancia saber todo esto y no saber absolutamente nada.—Yo también en mi vida fuí muy infeliz. Yo me refiero cuando fuí joven. No seas ingrata, haz el favor de relatarme algo de esto, pues tengo muchos deseos de aprender la historia de tu vida, que según me han contado, es muy triste; mas quien sabe si será verdad o será mentira.

La luna contestó:—Si vieras que según me parece que no es nada difícil y para que sepas, voy a contarte como yo pueda. Mi nacimiento fué muy humilde, parece, pero mas no sé si será verdad. Mi padre fué muy gran hombre, que tenía más de cien hijos. El nombre de mi papá no puedo decirlo, te diré claramente, para que no me preguntes en caso de que quieras. Desde muy joven, como a la edad de cinco años, comencé a hacer muchas cosas malas. No me gustaba trabajar. Mi papá, viendo esto, me dijo un día:—Si no quieres trabajar puedes irte de mi casa. Yo contestaba: —No me voy. Mas mi padre como es muy bueno, no me hizo caso. La segunda vez me volvió a decir lo mismo, mas siempre yo con mis groserías: —No me voy,—añadiendo que me pegara, y que no me importaba. Al fin: Ya soy hombre grande y ya puedo trabajar a donde quiera yo. El contestaba:—En ninguna parte admiten gente floja, sólo desapareciendo.—De eso no tenga V. cuidado; aunque me muera de hambre, pero no trabajo aquí.—¡Pobre de ti, hijo mío!—exclamó mi padre. Yo, mirando hacia abajo, no contestaba ni una sola palabra.—¿Qué será de ti.—Yo sabré,—respondíle.—Oh, rebelde muchacho,—contestóme. Yo, riéndome, le dije otra vez:—Yo sabré. En la cuerta vez, ya no hubo para mí ni un remedio. Cierto día, estando comiendo, exclamé muy animado:—No le importa nada de esto. Él me contestó:—Lo siento, pero no puedo soportarte más. Véte de aquí para siempre. Esto me dijo empujándome, y yo como no tenía ni un miedo, me salí de mi casa y me alejé hasta donde en estos momentos me veo luchando para llegar a tener algo algún día; pero jamás he logrado que yo llegue a ganar algo. Tú me ves aquí ahora triste y desolada.

—Ya comprendo,—respondió el Venus. Tu historia es sumamente triste, pero ahora no te falta absolutamente nada. Tú gozas de muchos vestidos de lujo. Tú comes muy bien sin que nadie te moleste. Esto te hace feliz, pues no hay otro que goce tanto como tu persona. En este estado, ve uno las mil maravillas, porque de todo prueba uno. Tú eres un ser que jamás perecerás, y en tanto yo soy muy tonto y débil, cosa que no me admite que haga gran cosa. Hemos llegado a nuestro lugar, saludaremos a nuestros compañeros. Ambos seres saludaron a sus compañeros y comenzaron a platicar.

27. EL SOL

San Mateo Cajones, Villa Alta.

Cuando salía el sol, decía una señora que el sol era el padre de la tierra, y que todos los habitantes deben de considerar al sol como padre. Que ella había oído una vez que el sol platicaba mucho con la luna, y que hablaba tal como uno habla.—Pues pongan cuidado como son las conversaciones entre el sol y la luna,—decía la señora. Pues un día cuando la luna salió, antes de que el sol se ocultara, entonces empezaron a platicar y dijeron: —Quién como nosotros, que andamos gozando y dando tantas vueltas, y nos consideran como padre y madre únicos.—Pero, ¿sabes por qué?—le preguntó el sol a la luna.—No sé por qué,—respondió la luna.—Es porque como nosotros somos unos; porque les alumbramos. Como yo alumbro de día y tú sales y les alumbras de noche, por eso nos consideran así. Dijeron entonces:—Pero vamos a hacer una cosa para que no vayan a creer que somos malos para con ellos; para que a la vez queden más conformes con nosotros. Pero ¿qué será bueno? Pues vamos a pensar.—¿Cuál es tu opinión?—Pues mi opinión es la siguiente,—dijo la luna: Que nos vayamos a traer muchas estrellas para que salgan conmigo de noche. Él contestó: —¿Por que? Te molestan mucho. Es mejor que tú salgas a alumbrar de noche sola, y verás qué gusto les dará; pero si vas con las estrellas no está muy bien.—Y tú ¿qué has pensado hacer?—le preguntó la luna al sol.—Pues yo nada; porque yo no pienso salir más que como siempre, sin compañía.—Pero es muy triste andar solo,—dijo la luna,—por eso quiero yo alguien que me acompañe.—Eso es muy ridículo,—le contestó el sol,—¿pues cómo para mí es muy bien?—Si tú no quieres, pues no salgas con nadie; pero yo sí y verás ahora a la noche, como voy a salir antes yo; y verás qué noche tan linda como nunca.

—Pues ahí veré,—dijo el sol.—¿Nos vamos a coger nuestro camino? —Pues como tú quieras. Si quieres continuar la conversación yo escucharé con gusto,—le dijo la luna.—Pero ¿de qué seguimos hablando?—le volvió a preguntar el sol.—Pues de lo que te ocurra,—le dijo.—Pues bueno, te voy a hablar de una cosa que me ocurre.—No se trata de eso,—le dijo,—

sino que se trata de que sean realidades las pláticas, porque si vamos a hablar de una cosa que no conocemos, eso equivale a engañar a los que nos escuchan.—Pues platica de cosas que sean realidades.—Entonces le dijo:—No, yo quisiera que tú me platicaras, y luego te conversaría yo una cosa muy bonita.—Vaya pues,—dijo el sol,—te platicaré con tal que me digas lo que es bonito.—Escúchame pues, porque lo que voy a comenzar es una historia muy bonita, pero muy corta. Pues se trata de unas historias muy antiguas entre nosotros y de nuestros antepasados, y como vivían antes.—¿Pues cómo—le dijo.—Pues como yo te digo, te platicaré las historias, por tu parte, me platicarás.—Pues empieza luego,—dijo el sol.—Pues antiguamente, según he podido saber—dijo la luna,—el primero que existió dió origen, lo que se llama origen de la luna, que fué de esta manera. Primero era una cosa como humo; y después se fué convirtiendo, poco a poco, en una cosa dura, y después de muchísimo se volvió en una cosa redonda completamente. Pero también tiene su tiempo en que la luna se volvió sumamente pequeña. Pues hasta hoy continuamos la costumbre de que hay un tiempo en que sufrimos esa cosa, y entonces no alumbramos; y es cuando salen las estrellas, que parecen lunas. Pero es que no son, sino que son también gentes que hablan,—decía la luna.—Pues hasta aquí termina mi historia,—dijo, la luna.—Pero es muy corta,—le dijo el sol.—Pues por eso te lo dije desde un principio,—le contestó.—Ahora quiero oír la tuya,—le dijo la luna.—Pues yo sí, no sé nada,—le dijo el sol.—Pues entonces ¿por qué me engañaste? Hiciste que yo te contara mi historia y luego no quieres contar la tuya.—Pues no sé, por eso,—le dijo el sol.—¡Qué tonta que fuí en creer las mentiras que me dijiste, que ibas a contar una historia muy bonita. Por fin que se enojaron unos a otros, y se fueron sin despedirse y nada más dijeron hasta la vista.

Fin.

28. LAS ESTRELLAS

Simatlán, Simatlán.

Un domingo y por la tarde, salimos a dar una vuelta por el campo, que entonces nuestro solar brotaba de multitud de flores. Estando allá con mis hermanos, el mayor de edad gritó muy de pronto:—Hermanos, ¡qué bonitas flores hay en nuestro solar. Oh sí, y muy grandes con muy vivos colores. Como no quisiera que se cayeran esas mil flores, pues jamás las he visto así, tan primorosas, con unos colores tan vivos.—Sí, mi querido hermano,—contestó el segundo de edad,—cortemos más para llevarnos para la casa. Si las cortamos sería muy bueno, pues huelen mucho.—Sí,—exclamó el siguiente,—pero voy a decirles una cosa que no saben VV., y es que hace mucho daño tener flores en la casa.—¿Por qué hace daño?—Porque de repente sale un gas, que es el ácido carbónico, que es muy venenoso para

todo ser, tanto para los animales como para los hombres, y con mucha más razón para los niños de la edad que somos. De esto se han muerto multitud de seres o de personas; precisamente porque acostumbran dormir con flores. —Deja tú eso,—exclamó.—Si nos resolvemos a cortar haremos un daño, tanto para las flores, porque no habrá semillas para más reproducción, como para los animales, que se alimentan de la miel. Estos animales nos sirven de mucho, pues a muchos animales perjudiciales destruyen con tomar la miel.—Es muy cierto esto,—exclamó un tercer hermano mío. —Pues yo he he visto a pajaritos que chupan.

Por fin todos fueron diciendo, palabra por palabra, las dificultades que se presentan para destruir aquellas flores. Sólo el último que allí estaba, y que era el más chiquito, no dijo absolutamente nada respecto a lo que hemos venido hablando. En lugar de esto, dijo:—VV. han estado contemplando las flores, pero Vds. no han contemplado lo que yo he estado contemplando, que son las mil estrellas que en el cielo hay. De esto he observado miles de cosas, que ningún otro de Vds. ha contemplado las veces que han estado. Yo he visto lo que les voy a contar. Pues yo he observado que unas estrellas parece que se apagan, y otras están fijas en el cielo.—Oh, cabal,—exclamó uno de sus hermanos,—mira como parece que andan ellas solas. En las otras se observa una cosa muy distinta, que consiste en que jamás se mueven de su lugar sino siempre están fijas.—¿Saben VV. a qué se debe esto?—preguntó el compañero más pequeño, quizás. Ninguno contestaron por un lado.—¿Tuvieras la bondad de explicarnos esto?—Si pregunto a VV. es porque yo no sé,—contestó aquel amiguito.—Ahora que están hablando de las estrellas, voy a contarles un cuento de ellas,—dijo uno,—les voy a contar únicamente si prestan atención; pero si no, no. —Oh, sí, prestaremos atención y con mucho gusto,—contestaron más allá. Nuestro amigo aquel, que iba a contar el cuento de las estrellas, comenzó de este modo:

—Un día, estando en mi casa, también contemplando las estrellas, vi venir dos de éstas muy apuradas; quizás venían apostando quién corría más. Es decir que echaban una larga carrera. Al llegar cerca donde estaba yo, exclamó una de ellas:—¡Oh, qué hermoso muchacho! ¡Cómo se para a contemplarnos. ¡Que vamos muy aprisa! Le contestó la segunda: —Esto lo hace probablemente para ver si nos paramos; pero se equivoca porque no sabe que estamos muy apuradas. Esto lo hace con el fin de ver qué es lo que queremos hacer, pero nosotras como no somos tan malas, no le hacemos absolutamente nada. La otra exclamó:—Bien mi compañera, exclusivamente lo hacemos porque no hay lugar; pero en todo caso, no sólo le hablaríamos sino le ragalaríamos multitud de cosas. Esto depende del estado en que nos hallamos; pero en otro caso, haremos lo que hoy no podemos hacer. Las dos brillantes estrellas, que estaban muy preocupadas, siguieron su camino. Después de caminar mucho,—dijeron:—¡Pobre muchacho! ¡Quién sabe que cosas quería decirnos, probablemente por eso nos quería atajar! De otro modo, no hubiera hecho tal cosa. Una dijo:—¿No te parece?—Sí hermana, esto es mucha verdad, pues nunca

ha pasado esto sino hasta ahora. Hemos pasado en otras ocasiones y nunca se nos presentan estas cosas en que se presentó ahora. Pero si no le hablamos fué porque tú no quisiste sino al contrario, querías pasar muy corriendo, como en efecto lo hiciste.—Sí, pero tú también tuviste la culpa por no haber dicho que le habláramos. ¡Pobre muchacho!—Sí, ¡pobre!—exclamaron. Vamos a regresar, para ver qué es lo que quiere el pobre muchacho. —Tú regresarás, pero yo no. Pues, vamos muy lejos de él, y si nos regresamos, ya no lo encontramos. Probablemente ya se iría.—Pues si ya se fué, vamos a buscarlo.—Sólo que tú vayas a buscarlo, porque yo no voy, porque tengo que cumplir otro compromiso muy necesario.—¿Cuál es ese compromiso, mi buena amiguita, que yo completamente lo ignoro? Tendrías la bondad de decírmelo?—Oh, mi amiga y compañera, con mucho gusto te lo explicaré dentro de un momento, pues ahorita yo no puedo porque tengo que pensar en otras cosas que me urgen, que son cosas muy necesarias y de mucha importancia.—Bueno, mi amiga, sigue pensando en tus cosas para que en caso que salga mal tu negocio, no tengas que echarme la culpa que no te haya salido bien, porque yo no quiero tener disgustos con nadie absolutamente. Después resulta que ya ni se fían de nosotros. Esto es debido a que les cometemos algún mal o hacen cosas que a uno no le convienen. Esto me pasó no hace mucho tiempo, sino como unos cuantos días que tal vez no pasan de unos ocho o quince días.

Aquellas dos estrellas tan brillantes continuaron su curso hasta llegar a su destino, que sin duda no lo sabemos ninguno de nosotros; que sólo los grandes astrónomos sabrán, que éstos son los que han hecho grandes estudios respecto a este asunto; que ninguno ha podido contestar nuestra pregunta, que fué de esto que voy a decirles.—¿Dónde irán a caer estos astros ya al llegar a su destino?—exclamé.—Hemos vencido nuestra carrera, después de tantos años de constante lucha; pero también hemos trabajado sin ningún momento de descanso. Ahora nos toca recobrar nuestras fuerzas que hemos perdido. Si no hacemos esto, tendremos que sufrir demasiado, pues ha habido ocasiones que han perecido muchas de nuestras compañeras, y esto sólo se debe a querer dar pruebas de su valor. No han descansado. —Si no lo hacemos,—dijo una,—te repito, pereceremos. No importa que nuestras compañeras digan que somos de pocas fuerzas, pues esto no es de mucho valor, sino por creérselas muy incansables. Lo podemos probar por otros que voy a decirte: Una vez un amigo y yo nos fuimos a luchar hasta el grado de quedarnos completamente vencidos. Una vez estando cansados nos pusimos a luchar de nueva cuenta, a seguir luchando; pero al cabo de unos minutos caímos completamente desmayados, pero por merced a un amigo nuestro, no perecimos. Pues éste, con su grande ayuda, viéndonos en aquel estado, tuvo la curiosidad de hablarnos, mas viendo que no hacíamos ningún movimiento, se dijo:—Pobres mis compañeras, probablemente no habrán comido, donde se encuentran en este estado, les ayudaré hasta donde mis fuerzas me sean posibles. Diciendo esto, nos condujo en un hermoso carro hasta llegar a su casa. Estando allí, nos proporcionó los recursos que a su alcance estaban. Así duramos un tiempo has-

ta que volvimos a nuestro estado normal, y una vez, viendo que estábamos ya sanos, nos interrogó de esta manera:—Mis amigos, ¿qué es lo que pasó con VV.? Mas mi compañero no encontrando qué decir, le refirió nuestra triste historia, lo que sería muy dilatado hacerla. Desde aquel momento, no he olvidado de aquel consejo que aquel día me dió, con la historia que me refirió. Por eso, desde aquella fecha hasta en estos momentos, hasta esta fecha, jamás ha vuelto una de las mías; lo que me ha ayudado para mi salud. Si esto lo hacemos, no dudo que no nos pasará absolutamente nada. Yo siempre reflecciono antes de hacer una cosa. Ya hemos luchado bastante. Es hora de irnos para nuestras casas. Si no hacemos esto, no habrá otro remedio que morir.—¡Oh!, sí mi compañero, esto es muy cierto. Según observo, no nos pasará nada.

Después de mucho tiempo y después de hablar mucho, aquellos dos prosiguieron su camino. Yo siempre he tenido la curiosidad de ver en las noches de luna.

En fin hablaron mucho, sobre muchas historias. Así fué el cuento de aquellos momentos hasta la fecha.

III. CUENTOS DE ÁRBOLES, FLORES Y PIEDRAS

29. EL ENCINO Y EL OCOTE

Talea, Villa Alta.

En un hermoso campo había sembrados un encino y un ocote, dos hermosos árboles. Estaban en una excelente floración. Un día, el encino, viendo al compañero ocote que se desarrollaba con esmero, le dice:—Oiga, mi amigo, V. crece mucho según estoy observando. ¿Verdad?—¿Por qué me dice así, mi amigo?—preguntó el ocote. Entonces el encino contestó con bastante alegría:—Porque hace unos días, lo ví a V. muy triste y muy delgado, y ahora lo veo muy robusto y alegre.—Imposible. ¿Cómo voy a componerme en ocho días solamente? Lo que estoy viendo es que V. trata de burlarse de mí, pero se equivoca.—No, mi buen amigo, ¿cómo voy a burlarme de V., hombre? Esto le digo porque estoy observándolo de otra manera.—¿Cómo puede probarlo, mi amigo?—De una manera muy fácil y con mucha prontitud. Pues como ya le digo, que hace poco que lo vi muy delgado. Esto le digo porque me fijé en una cosa, y es que cuando lo vi, tuve la curiosidad de medir su grueso. Ahora, que volví a repetir mi observación, noté que V. ha agrandado unos cien centímetros.—Pero mi amigo, ¿cómo hizo V. para medirme porque yo no sentí nada absolutamente?—Pues yo medí a V. una noche que estaba

durmiendo. Entonces me cupo la curiosidad de hacer esto que ahora tengo el gusto de decirle.—No sé a qué hora me midió, porque yo tengo un sueño muy lijero, y nadie puede hacer algo conmigo de noche.—El caso es que yo lo medí, y ya está. Ahora, si no quiere creerme, puedo darle otra prueba, que consiste en que cuando lo vi, no llegaba su grueso hasta este lugar, como ahora pasa. No solamente llega hasta este grado, sino que pasa como unos cinco centímetros más allá del lugar donde la raya pasaba. Pero como quiera que sea, el caso es que tú no sirves para nada y no precisa tu desarrollo. Ya ni debían cuidarte como a nosotros nos cuidan y sin embargo, tú tienes tus hojas más desarrolladas que yo, que me dices que estoy mucho más grande que tú.—Eso no quiere decir que estoy más grande, sino ya de naturaleza mis hojitas son así.—Esto no puede ser, pues no obstante lo que me dices, soy más gordo, soy más amarillo que el cuerpo tuyo. Si esto es verdad, esto no se debe a que estés triste, sino que la parte raquítica se va cambiando; es decir, se va componiendo. Quiero decirte que se va cayendo la parte enferma de tu cuerpo y va adquiriendo más consistencia, y más vigor; lo que no sucede con mi triste cuerpecillo; sino al contrario, cada día voy enflaqueciéndome más que nunca. En otras ocasiones, he desarrollado mi cuerpo y he engordado, aunque no mucho, pero sí algo más que ahora.—Es verdad que esto sucede, pero es por lo que voy a explicarte en este momento. Tú crees que estoy engordando más que tú, pero es que en este momento es el tiempo en que yo me desarrollo demasiado, porque la temperatura me agrada, me asienta. En cambio, tú no eres de este tiempo, sino de otros meses, y es por lo que te sucede lo contrario, que no te asienta la temperatura, por lo que demasiado daño te causa. Pero de esto, no tengas cuidado; ya rocabrarás tu salud. Entonces, cuando tú recibas tu salud, yo estaré en el estado en que te hallas en estos momentos; es decir, mi salud estará alterada, pero la temperatura no, o ya sea por otra causa que me obligue a quebrantar mi salud que en estos momentos me tiene asombrado la persona tuya; pero de esto no tengas cuidado, ya después seré yo el que sufra lo que hoy sufre tu cuerpo.

—Ya que no me habla de no y de tú, nos simbolizaremos, para lo cual, voy a hacer resaltar una cosa que tú me has dicho y es esto, que siempre te veo robusto, en cualquier estación del año y no como dices que consiste en el tiempo; pues yo nunca había visto que tu cuerpo se desarrollase como ahora, por lo que me llama la atención, como a otros compañeros, pues es cierto que en ciertas épocas del año, nuestro cuerpo se compone, se vigoriza, pero no así como tú estás desarrollándote. Tenemos otra prueba que no es debido a la temperatura, como tú me dijiste hace poco, y es que si fuera por la temperatura, no sólo te desarrollarías así como ahora, sino también tus compañeros; supuesto que son de una misma familia y de una misma naturaleza; pero esto no sucede, sino que muchos de tus compañeros están muriéndose por la temperatura que no les es apropiada. No es que no les asienta la temperatura, sino algo les hará falta; algún requisito les falta, como el agua. Lo que a mí no me pasa porque todo lo tengo a la vista, pues mi amo me proporciona todo lo que es necesario. Queda

pues destruída tu opinión.—No, mi buen amigo; yo he visto que siempre sus amos les proporcionan lo que creo yo conveniente que necesitan; sino su naturaleza no les permite desarrollarse, como tú estás desarrollándote. —Te engañas; no es por eso, sino porque no sabes qué les hará daño; ya sea que les proporcionen cosas que no son propias para su crecimiento. Pasa esto, que muchas veces los señores dueños les proporcionan mucha agua, lo que no les es posible soportar; o sucede lo contrario, que no les proporcionan agua para nada, sino los dejan un mes o dos sin ver qué les hace falta, lo que es muy perjudicial para el desarrollo de nuestro cuerpo, que necesita mucho cuidado para crecer bien y poder prestar utilidad al hombre.

—Basta ya de tanto hablar para nada; ahora vamos a pasar a otra cosa que es que quiero que me digas qué utilidades presta el hombre en la vida o después de muerto. Esto lo quiero saber para una cosa muy importante que voy a hacer. Me he propuesto preguntarles a muchos, pero no he encontrado quien me lo explique. Ninguno ha querido, yo no sé por qué, si no saben o no quieren decirme.

—Pues amigo, yo te explicaré todo lo que pueda, y todo lo que sepa, pero a condición de que después me expliques para lo que tú sirves.—De eso no tengas cuidado. Yo sirvo mucho en la industria, pues conmigo se hacen multitud de construcciones y otras mil cosas que sé y que sin mí, no se haría absolutamente nada. Mi madera sirve para construir teatros y otros edificios grandes. Con mi madera, también se construyen las casas todas, desde la más pequeña hasta la más grande que puede haber. Digo todo esto porque al construir obras de cualquiera clase, necesitan clavarme en el suelo. En seguida se forma una especie de entablado que les sirve de mucho para poder construir muy bien las obras. Me utilizan también para construir mesas, y sirvo de mucho para construir sillas, pupitres y para otra multitud de cosas.

—Tú me has hablado mucho y has dicho bastante y con mucho garbo, pero voy a decirte una cosa, que hay otras mil clases mejores que la tuya, que se utilizan para mejores cosas y son como ya te digo, más finas. —Sí, es cierto lo que tú me has dicho, que hay otras mil clases que sirven, pero debo decirte que yo soy la más fuerte, la más consistente, la más durable, la más barata y la más abundante, lo que hace que se me escoja mejor que cualquiera otra clase. Además, como toda la gente no puede comprar una cosa buena y fina porque son pobres, por eso es que me prefieren, que soy tan barata como no puede haber otra. Ya que te he dicho bastante, ahora tú dime de las utilidades que tú prestas a los habitantes, porque yo no sé en qué te utilizan, y quiero saber para no estar ignorante de muchas cosas que debo de saber, supuesto que soy del mismo ramo. El día que lleguen a saber que no conozco nada de mis obligaciones, se burlarán de mí mucho, lo que yo no quiero, porque esto sería una vergüenza muy grande.

—Sólo por lo que me has dicho, voy a decirte. Yo sirvo como tú, de mucho en la industria, y principalmente para curtir pieles; pues sin mí,

no habría zapatos, pues sirven de mucho a nuestros hombres. Tú dirás cómo me utilizan. ¿Verdad? Pues muy fácil. Los hombres van al monte o vienen donde nosotros habitamos. Llegan allá con unas especies de hachas que traen. Estas hachas son de fierro muy duro. Después de examinarnos, comienzan a quitarnos nuestras cascaritas y van guardándolas en especie de bolsas que traen. Después de cortarnos o de quitarnos nuestras capitas que nos abrigan, se llevan sus bolsas hasta llegar a las curtidurías, donde nos vacían en especie de estanques que contienen mucha agua. Allí nos remangamos después de ocho o quince días. Después de este plazo, nos sacan y comienzan a apartarnos por un lado, ya que hayamos perdido todo nuestro color, por supuesto. Estando el agua colorada, traen una piel preparada para darle el color y nos echan esos cueros allí. Después de unos ocho o quince días, nos sacan ya que la piel haya tomado algún color nuestro. En seguida, ya no nos meten la piel allí sino el agua a que dimos nuestro color la echan dentro de la piel y la cosen con cáñamo a modo de que el agua no se escape. Así queda de ocho a quince días también, y apartan la piel ya que esté muy bien curtida. De este modo, aprovechan de nuestra capita en la industria, pues sin nosotros, como yo te digo, no tendrían zapatos los señores y sentirían mucho frío en los pies y los tendrían muy sucios.

Así como servimos para las pieles, así servimos para la fabricación de carbón que sirve de mucho, tanto para planchar la ropa, como para cocer comidas de los señores. Fabrican el carbón de nuestro cuerpo de esta manera: cortan el palo nuestro y lo despedazan. Los depositan en grandes hornos donde prenden fuego. Después de tanto tiempo van y observan que hay ahí carbón. Este se lo llevan para sus casas y allí lo utilizan para coser y planchar la ropa de los señores. Servimos de mucho, pero así también mucho sufrimos. Figúrate cuando van a cortarnos en nuestras casas, qué dolor no sentiremos. También al quitarnos nuestras cascaritas, pues es cuando más sufrimos, porque no nos matan de una vez sino nos hacen sufrir con los grandes machetazos y golpes que nos dan. Por eso, muchas veces no resistimos y morimos después de algún tiempo heridos. En verdad la vida nuestra es sumamente triste, pero ¿qué vamos a hacer? Así lo dispuso el mundo. Nosotros no sentimos porque nos matan al utilizarnos.

30. LA ROSA Y EL JAZMIN

Tąlea, Villa Alta.

En el mes de abril, cuando las flores comienzan a estallar, es muy hermoso ir al campo; primero, porque hace un viento muy fresco, y segundo, porque vamos a observar muchas flores muy bonitas. Viendo esto, una de estas mañanas, se me ocurrió ir al campo para pasear un poco, porque

hacía mucho tiempo que no había hecho tal cosa, en virtud de que tenía yo multitud de ocupaciones; pero llegó el día en que acabé de arreglar mis negocios, y fué cuando fuí al campo. Voy a contar como estuvo este hermoso paseo.

Salí de mi casa muy de mañana, como a las cinco y media, hora en que los pajaritos comenzaban a encantar con sus cantos. El sol no había salido entonces sino hasta las seis y media. Para esto, tomé rumbo al norte, llegando muy pronto a las orillas de mi humilde pueblo. Era como a las seis y quince minutos. El sol comenzaba a calentarme con sus rayos muy luminosos. Yo caminaba muy contento porque la mañana era hermosa. Yo continué mi camino hasta llegar a la última casa de la población. Al pasar por allí, me cupo la curiosidad de pasarme un momento viendo unas hermosas flores. Parado yo allí, cuando muy de pronto, se asoma una hermosa niña, y me hice el desentendido y sólo le dí los buenos días; pero la niña, viendo esto, corre a darle cuenta a su mamá de lo ocurrido. Tan pronto como tuvo ésta noticia, salió a la puerta y me dijo:

—Ya que estás observando esas hermosas flores, hermoso niño, ven a oír la conversación de unas hermosas flores por este lugar.—Yo corrí inmediatamente hacia aquel lugar, y después de saludar a la señora, escuché esta conversación de una rosa y un jazmín, que fué así:

—¡Oh, mi hermoso compañero, la mañana está lindísima!—exclamó la rosa, sonriendo. El jazmín prosiguió:—Sí, mi amiga y compañera rosita, ¡qué hermosa es esta estación del año!—Sí, y principalmente para mí.—También para mí, pues este tiempo es cuando hago asombrar al mundo entero por mi olor.—Y de mí, ¿qué opinas?, mi compañero jazmín? ¿no también yo?—No, mi compañera; sólo yo por mis dulces olores y demás cosas que de mí se pueden decir.—De mí también, pues ahora es cuando todo el mundo se aprovecha de mí.—De ti, no tanto como de mí.—¿Por qué me dices esto, mi compañero?—Porque tú casi de nada sirves, mientras que yo sí.—¿En qué te fundas para decirme esto?—Me fundo en que tú abundas mucho y no despides olores como yo, que no hay casi ningún compañero mío de la misma naturaleza que yo, en tanto que tú tienes multitud de compañeras que son mejores. Había compañeros míos, pero carecen de un olor tan dulce y agradable como la naturaleza me ha hecho. —Oh, no te alabes mucho; que pocos son los que con frecuencia te usan para cosas de gala, mas siendo todos pobres y tú muy caro, esto desanima a los que quieren usarte y recurren a nosotras. También otra cosa los obliga a que seamos escogidas. Es esto que voy a decir. Tú eres muy pequeño, tú no duras mucho tiempo. Tú no eres muy fácil de conseguirte, y tú eres muy caro. En cambio, yo soy muy grande, soy muy resistente. Yo abundo mucho en la tierra y tú eres muy delicado, y yo soy muy barata. Todo esto, te repito, obliga a persona cualquiera a escogernos a nosotras. También nosotras duramos varios días sin descomponernos, aunque seamos todo lo que tú has dicho.

—Para que te consigan, es verdad que abundas mucho; pero para que seas cortada, necesitan mucho cuidado para que no les hagas algo con

tus puntiagudas uñas. Tú también eres muy alta y no pueden cortarte. En cambio, yo soy muy chaparrito, y con mucha facilidad pueden cortarme sin que me hieran.—Para que te corten necesitan mucho cuidado para no lastimarte; pues si esto sucede, mueres después de un corto tiempo. Yo no, alguna cosa hay, porque aunque me doble no me lastimo, y absolutamente nada me pasa, y otras mil ventajas presto.—Y basta de tanto hablar. No importa que digas otras mil cosas, pero yo soy más bonito quo tú, aunque más pequeño. Mírame bien y verás lo que es ser jazmín. Tú no eres más que famosa, pero nada de agradable tienes. Mis ojos son muy pequeños, mis hojas son muy ovaladas, carezco de espinas en el cuerpo, y en fin, muchas cosas puedo decirte. De lo bonito que soy, hasta los animalitos me buscan siempre en donde estoy. Esto prueba que soy muy superior que la persona tuya no solamente en cuanto a las utilidades que tengo.

—Yo tengo mis hojas con piquitos en forma de lancitas. Mis labios son de varios colores. Hay blancas, amarillas, coloradas, y de otros colores muy vivos. Te siguen los animalitos, porque te tienen odio, y no es porque te quieren. Tenemos una prueba, que es que te sacan el corazón y tu sangre con tal que te mueras, porque mucho molestas. A mí me tienen mucho cariño y no me hacen absolutamente nada, porque siempre les doy muy buenos consejos, como por ejemplo, que te destruyan por completo. Ya no sirves para nada. Para servir en alguna cosa cobras mucho, lo que a las gentes no les agrada, por no tener suficiente para la compra de tus servicios. A mí me prefieren porque soy muy útil, y muy barata; pues muchas veces no les cobro nada en cambio de mis servicios. —Si no les cobras nada, eres muy tonta, muy torpe, pues en este tiempo no debe hacerse tal cosa, porque se acostumbra la persona y ya después quiere que le sirvamos de algo y sin ninguna indemnización en cambio de nuestros buenos servicios.—Cállate; no sabes lo que hablas en este momento. Yo sabré lo que hago si presto servicios sin cobrar nada, sólo por quitarte el trabajo. No importa que semejante cosa hagas, al fin yo no me canso, ni me muero pronto; pero sí lamento tu conducta, y lamento también porque haces tal cosa.—De mi parte no hay que temer, pues de mis flores se hacen mil veces más bonitas las coronas, ramos, y otras miles cosas que se usan en este tiempo. Imposible que sea como tú dices, pues mis colores son más vivos que los tuyos. Al ser más vivos deben de ser más bonitas las coronas, los ramos y otras muchas cosas que de mí se hacen.

—Tú eres un pedazo de flor que ni se distingue, pues a distancia de una cuadra, ya no se ve nada. Además de que no te distingues, también para hacer una corona grande necesitan miles de compañeros grandes tuyos para que ayuden porque de otro modo no se puede. En cambio, yo muy bien puedo servir para una o dos coronas; pues cuando quieren fabricar para muchas personas ramos o coronas me escogen las más grandes. De esta manera con unas cuantas de mis flores se obtiene ya una corona o un ramo. Además de que con más pocas flores se obtienen con más prontitud para una cosa necesaria, como por ejemplo, cuando tienen muchas personas que les precisa, pues no hay más cuidado que el de escoger

mis flores más grandes que yo tengo y comenzar el trabajo, mientras que tú no eres muy grande sino sumamente pequeño.—Tú dices que no sirvo para en todas las ocasiones. ¿Por qué es que las cosas más bellas me usan, tuvieras la bondad de decirme?—Si te usan en las cosas de lujo es porque no saben que eres algo feo, sino se fijan que despides un olor muy agradable, y por eso es que te usan en algunas ocasiones.

—Pero sí sirvo de algo, y no como tú dices que para nada sirvo. Pues estás en un error porque no sostienes tu palabra, en tanto que yo nunca me rebajo en una cosa que digo, sino sostengo mi palabra, aunque no es así como yo lo digo. Los que hacen estas cosas son de muy poco valor; es decir, son muy cobardes.

—Si te dije eso, fué porque tenía miedo que te fueras a enojarte conmigo, pero como tú me tratas de cobarde, te repito y me desdigo que tú para nada sirves sino de estorbo en esta hermosa sala.—Si no sirvo ¿para qué me pusieron aquí? Las cosas que no sirven no sólo no les hacen cualquier caso, sino las arrancan, y las matan. En cambio yo de irme de aquí, será hasta mi muerte sólo, pero no a que me obliguen. Me quieren aunque tú me tengas odio como yo te tengo, pues en lugar de desterrarme, me traen más compañeros para que florezcan en este hermoso lugar. Como no abundo mucho me cuidan, y en cambio, a tu persona la tratan como si no sirvieras para nada, pues por dondequiera andan tus compañeras rodando. Si esto me hicieran, yo mejor moriría y no vivir sufriendo mucho porque no sirvo.

—Ya que me dices esto, ¿podrás decirme por qué es que siempre me desprecian?—¿Cómo que no? Pero que fueras buen compañero desde hoy en adelante, pero como me estás odiando más, no te digo.—Si me dices por qué te querré más que nunca, pero si no, desde hoy en adelante seremos rivales.—Como yo no quiero que te enojes con mi persona voy a decirte como buenos amigos. Si te desprecian es porque tú les ofreces servicios tuyos sin cobrar nada. Naturalmente, dicen ellos, pues éste que ofrece servicios suyos sin cobrar nada, lo trataremos como cualquier cosa, para así irse, pues ya no lo queremos. Al fin hay muchos que prestan ayuda a nuestros trabajadores para el uso de coronas y ramos. Éste se pone a pensar y se aconsejan unas a las otras y de allí que te desprecien todos. Nosotros como no hacemos semejante cosa, nos quieren mucho más. Ellos mismos se dicen:—Para conquistar que éstos nos pidan servicios sin cobrar nada, vamos a pagarles por un poco de tiempo mucho para después no darles ni un solo centavo. Esto también todas se aconsejan, y se ponen todas a hacer la misma cosa que nunca la han hecho; pero se engañan porque nosotros, como no somos tan tontos, también nos aconsejamos a prestar servicios un día y cobrar mucho, para dejar de hacer esto.

—Entonces estos hombres viendo esto, dicen mejor como estábamos antes, porque se hacen de dinero, y al fin no ganamos ni cariño; al contrario, perdemos mucho dinero, y no hacemos nada.

—¿Ya ves, pues como no pueden hacer algo más o menos, pensando antes de hacer alguna cosa? ¿Quedarás entendida?

—Sí, mi amigo, y desde hoy en adelante voy a hacer esto.

31. LOS ÁRBOLES

Talea, Villa Alta.

Una mañana de primavera, cuando el sol comenzaba a salir, dos hermosos árboles discutían alegremente de esta manera:

—¡Oh, qué hermosa es la primavera, mi buen amigo!—¿Por qué me dice así?, preguntó el segundo.—Porque lo estoy viendo. En este tiempo es cuando nosotros nos lucimos con nuestras hojas y flores. Mira en este momento, como están mis flores y mis hojas. Están muy verdes mis hojas, y mis flores por otra parte, están que se caen de tanto peso.

—¡Oh, sí, mi amigo! la primavera no hay otra cosa como ésta.—Si me dices que es la más hermosa, ¿que en otros meses no sucede esto?—No, mi amiguito; cuando hace mucho calor, nosotros casi nos morimos, porque en ese tiempo no hay absolutamente agua, y resulta pues que como nosotros no tenemos donde tomarla nos privamos de ella.—Esto es muy cierto, pues nuestros amos no son los que nos proporcionan algo para satisfacer nuestras necesidades. Esto es debido a que no saben absolutamente nada que necesitamos agua. Pues si supieran, nos darían algo, aunque sea ahora cuando hace mucho frío. Algunas veces llueve constantemente, otras veces que llueve, pero no solamente esto pasa, sino que cae helada y esto es más perjudicial. Cuando el agua es constante, pero sin helar, resulta que completamente inunda el terreno donde estamos, y como no podemos andar, no podemos librarnos de esas inundaciones. De estas inundaciones, viene que como no es posible que la tierra absorba toda el agua, ésta se queda allí depositada. Ésta, desde algún tiempo forma un pantano que después va a dañar poco a poco nuestras raíces, hasta que llegan a podrirse, y por último, nos viene la muerte. Cuando cae helada es perjudicial, como ya te digo, pues se inunda el terreno nuestro, como sucede con el agua, y si no nos morimos con la inundación, nos morimos con las heladas que causan. Pues caen tan pronto que destrozan nuestras ramas. Después de que nos lastiman, se quedan aquí pedazos de hielo. Estos pedazos como no pueden caer, pues allí en nuestras ramas se disuelven, y como son tan fríos que nos queman mucho. Esto ya sí después de algún tiempo, nuestras pobres hojillas comienzan primero a tomar un color amarillo, hasta que por fin se queman todas. Éstas como no son capaces de sostenerse en las ramas, lo que hacen es que cuando el aire suele venirse las hojas nuestras son llevadas por el aire y van a dar a terrenos muy lejanos. Allí, como ya murieron, no pueden hacer otra cosa más que quedarse allí, que por medio de otras lluvias que vienen, acaban por descomponerse. Estando así, viene el agricultor y las sepulta con sus arados, que por último desaparecen y éstas acaban por podrirse, y sirven después para mante-

ner la vida de otras mil plantas. Si servimos a otros, no hay que tener cuidado, pues aquellas plantas nos darán las gracias.—Pero ahora digo una cosa, que ¿cómo es que sostenemos la vida a otros? ¿Tuvieras la bondad de explicármelo como sucede? Porque yo no creo que les sirvamos de algo, supuesto que ya estamos muertos. Quiero ser convencido, hasta que tú me demuestres esta cuestión, que no lo dudo.

—Voy a explicarte de una manera muy fácil y ligeramente. Nosotros les servimos porque una vez que se acaba la putrefacción, los alimentos que hayamos tomado se quedan disueltos; es decir, cada quien se separa aparte. Una vez estando así separados los alimentos, las nuevas plantas, conforme van creciendo, van desarrollándose y van penetrando más, y van también necesitando más substancia para mantenerse; y, como nosotros, los alimentos que podemos tomar están disueltos, los toman sin ningún trabajo. Y así queda demostrado que les servimos de mucho a las plantas.

—No cabe duda que mi amigo conoce mucho de nosotras.—¿Quién es tu amigo, mi señor?—Pues mi amigo íntimo eres tú. Me dices que conforme van creciendo las plantas, van alimentándose. Pero digo una cosa que cuando las hojas nuestras se profundizan mucho, ¿cómo se hará para que la planta tome nuestros alimentos?—Pues como sabes muy bien que las plantas grandes penetran mucho, es decir, se profundizan, ya estas plantas son las que sirven de consumidores a nuestras plantas o a nuestras hojas. No vayas a creer que las hojas y no las sobstancias son las que se disuelven al entrar en putrefacción.—No, hombre, ni que yo fuera tan tonto. ¿Había de creer así? Esto es imposible. Ya entiendo lo que me dices; pero voy a preguntarte una cosa, y es que, ¿por qué muchas veces, las hojas de multitud de compañeros están muy amarillentas, no siendo en tiempo de frío ni en tiempo de calor?—Esto pasa porque muchas veces el lugar donde están no tiene las sobstancias necesarias para su desarrollo. Por eso es que a miles de compañeros los ves muy tristes.—Pero muchas veces veo que los compañeros nuestros tanto se desarrollan en una tierra amarilla como en tierra negra, así también en la arena.—¿Cómo puedes probarme esto, mi compañero?—De esta manera que voy a decirte. Pues mira, este compañero está muy desarrollado a pesar de estar en un suelo sumamente amarillo. Otro compañero que está en un terreno muy negro sin embargo, está muy robusto. También este compañero que está junto de mí, y en la tierra arenosa, está también muy contento. Así podemos nombrar otras plantas que están en un lugar, o lugares como ya te cité, y sin embargo, están muy tristes. Esto ¿de qué depende? ¿Pudieras decirme, mi amigo?—Oh, sí, con bastante alegría. Pues se debe a que muchos de nuestros compañeros no comen los alimentos mismos que comemos nosotros. Algunos comen muy poco; y así podremos decir otras muchas cualidades que nos convencerían que dependen de nuestros alimentos que tomamos y no del terreno en que sembrados estamos. Por eso ves que multitud de nuestros dignos compañeros están muy raquíticos en lugar de estar robustos. ¿Con esto quedas convencido de que nuestra salud depende no del terreno sino de los alimentos que tomamos a cada momento?

—Quedo muy convencido y satisfecho de lo que me dices de nuestros compañeros; pero todavía otra cosa quiero que me expliques y no volveré a molestarte.—Para lo que gustes, aquí estoy, mi amigo.—Dime por qué es que muchos compañeros nuestros no crecen mucho sino cuando menos una cuarta, y hasta una pulgada, cosa que se me figura muy rara. En cambio hay otros compañeros que crecen mucho. Los compañeros que no se desarrollan no duran ni un año, cuando mucho un mes o dos, y mueren al fin. Por otra parte, las plantas que crecen a una altura considerable, no muy fácilmente mueren y duran muchos años. ¿En qué consiste esto, mi buen amigo y camarada?—Mi amigo, consiste en lo que voy a explicarte y que te llamará mucho la atención. Primero, que los compañeros nuestros que crecen muy poco es debido a que su naturaleza así es. En segundo lugar, que mueren muy pronto porque son muy débiles y no sirven para nada. Y si no se desarrollan es porque no crecen ni hacen nada. También te diré que no los ocupan absolutamente nada y de allí que no procuran desarrollarse, sino mueren mejor, y no viven sufriendo por los señores que acostumbran destruir por completo estos infelices compañeros. Ahora, de nuestros compañeros que se desarrollan, es debido también a su naturaleza. En seguida son muy resistentes porque como saben que han de servir para algo, los cuidan mucho. Como les sirven de mucho, no los destruyen. Además, como la naturaleza ha dispuesto que vivan muchos años, no muy fácilmente son destruídos, sino que hasta una fuerza viene y nos destruye; pero de otro modo, jamás nos morimos, si no es que la naturaleza así lo dispone que seamos destruidos, ya sea por la vejez o por alguna otra causa.—Me dijiste hace algún rato que también las heladas y los fríos obligan que perezcamos. ¿Cómo es que ahora me sales con que la naturaleza destruye, cuando que muchos de nosotros o nuestros compañeros mueren de frío o de calor?

—En efecto, el frío y el calor son agentes de la naturaleza y no creas que es semejante cosa que hace que nuestros buenos amigos perezcan. Pues yo quisiera que ningún amigo nuestro muriera sin que sea ahora también. Te dije hace un momento que el frío y el calor son agentes naturales porque la naturaleza es la que dispensa que llueva o que haga calor. No obstante de esto, no siempre nuestros compañeros mueren por completo, sino renacen después de muchos meses.—Sí, pero no todos, sino unos cuantos, y esto generalmente sucede cada cuando.—Sí, cada cuando, porque no siempre tienen una robustez bastante considerable, sino en ocasiones, que son muy raras veces, cuando los compañeros son muy fuertes. Ya viste, pues, que la vida nuestra es muy triste.

32. LA PIEDRA Y EL ÁRBOL

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éstos eran dos seres animados, como decía un anciano, que conversaba de una manera más discutida, de los seres que tienen sentido.

Ésta era una piedra, y sobre ella había nacido un árbol. Cuando llegó a ser grande, entonces le dijo a la piedra:—Buen amigo, yo quisiera que tú me hicieras un gran favor; que tengas la bondad de proporcionarme unos alimentos mientras que yo crezca. Mas entonces, yo te corresponderé todos los favores que tú me vas a hacer.—Pues con mucho gusto,—contestó la piedra,—yo tendré cuidado de que crezcas arreglado. Entonces dijeron los dos:—Estamos de acuerdo. Siguieron viviendo. Pues este árbol era un níspero. Al cabo de mucho tiempo, cuando ya éste había crecido mucho y producía muchos frutos, entonces le dijo la piedra:—Ahora sí, mi querido amigo, ya es hora de que te separes de aquí porque ya estás grande y produces mucho; ya no puedo sostenerte con tanta familia. Entonces le respondió el níspero:—Mira, mi bondadoso amigo, no seas mal amigo. Permíteme que yo esté otro poco de tiempo, mientras que alguien venga que me quite de aquí. Es que no me han visto, por eso todavía estoy aquí. ¿Que no crees que si me ven se admirarán por los frutos, y corriendo me vendrán a quitar de aquí y me llevarán a su mejor terreno que ellos tengan, y entonces seré muy feliz? Porque al ir a un jardín, qué suave me sentiré. Y te contaré mi vida, no tengas cuidado. Yo tendré mucho cuidado de recordarme de ti para que no digas que soy mal amigo, que tras de que me hayas hecho grandes favores, ya no me acuerdo de ti.

—Muy bien,—dijo la piedra;—yo espero que tus palabras han de ser muy dulces para mí, que sea que me des las gracias. No creas que quiero otra recompensa más que no te olvides de quien te ha dado la vida, porque si tú te vas y no vuelves a hablarme nunca, eso es ser muy ingrato.—No, —repuso el árbol,—jamás seré ingrato, ya sabes que estoy dispuesto a hacer todo lo que quieras, con tal que pueda yo hacerlo. De mí no desconfíes por nada en la vida. Sabes que mientras que yo viva, cuentas conmigo, que te aprecio mucho, que te tengo un verdadero cariño.—Muy bien, amigo, —le dijo la piedra,—así me gusta tener amigos fieles, que de veras sepan corresponder los cariños de otro que les ha hecho un bien.—Pues sí, hombre—le respondió el árbol.

Durante unos cuantos años, el árbol creció más, y por fin pasó un hombre por ese lugar, que era muy afecto a la hortaliza, y este hombre mandó en seguida que aquella planta rica fuera trasladada a su jardín. Llegaron donde estaba el arbolito y se dijeron:—¿Pero cómo no vimos este árbol más antes? Sin nosotros, no lo hubiera aprovechado el patrón.

Aquellos envidiosos eran jardineros que querían que ellos hubieran encontrado a aquel arbolito. Pues se llevaron aquel arbolito. Aquel arbolito estaba muy contento, lo mismo que la piedra, y se decían uno al otro: —Ahora sí, se llegó la hora en que debemos de separarnos. Y al rato de despedirse, decían:—Pues ya sabes que no hay cuidado. Pues después vendré a visitarte muy seguido.—Está bueno,—respondió la piedra,—véte con Dios. Se fué el árbol. Cuando se iba por el camino, decía entre sí:—¿Quién como yo, que me aprecian tanto más que a nadie? Soy un árbol que de veras produzco riquezas, y además de eso, soy un árbol sombroso, que protejo cualquiera que fuera del sol y también de la lluvia, y soy un árbol inmenso. Yo no sé qué le dió a la piedrecita que me hizo crecer tanto. Y otro poquito he crecido en este bello jardín, donde hay toda clase de alimento y de frescura. ¡Oh, qué vida tan deliciosa!

Aquellos que fueron a traerlo hasta donde estaba y llegaron con él en el jardín, decían:—Vamos a sembrarlo como que aunque nunca nos dé fruto, al cabo y al fin, no es de nosotros; y se fueron a sembrarlo junto a otro árbol. Y decían:—Para que se peleen, y que ya no produzca nada de fruta, porque ya estamos demasiado cansados, y es necesario y justo que ya nos dejen descansar un rato. Andamos tanto por estos malvados de los frutos que dan estos babosos. Y los árboles no más estaban oyendo aquella plática de aquellos dos hombres que trabajaban en el jardín de un gran señor. Entonces dijeron los árboles:—Pues ahora vamos a amohinar a estos babosos no más porque no estén allí hablando del señor que nos quiere tanto. Estos están pagados para cuidarnos y no para que vengan a maltratarnos. Vienen para cuidarnos, y para procurar para nosotros, para que así tengamos más fuerzas para producir para nuestro patrón; para que tenga más riquezas al mismo tiempo. Para eso mandó a estos hombres perezosos, pero éstos vienen no más a querer destruirnos, y es necesario que tengamos un poco de valor para quejarnos con nuestro patrón. Pero una vez que aquéllos hubieron sabido lo que iban a hacer los árboles, procuraron enmendarse, y después, decían a su patrón que ellos querían mucho al níspero porque era árbol verdaderamente productor de riqueza. El patrón de ellos no decía más que sí a todo lo que decían. Después de un tiempo muy dilatado que estaba allí aquel arbolito, se acordó de la piedra aquella y decía:—¿Qué haré para hablar con la salvación de mi vida? ¿Para comunicarle todo lo que he visto y platicar con ella, un rato aunque sea? Pero, ¿cómo me valdré para poderla ver? Entonces seré más feliz que nunca. En este momento estaba escuchando un arbolito, que era un naranjo. Entonces le tapó la boca y le dijo:—De esta manera no te las echas tanto, sino vas a salir rapado, porque así pasa con los habladores, que nunca logran obtener sus deseos por más que hablan tanto. Empezó el níspero a exclamar:—Pues ahí están estos malvados, escucha. —Pues sí,—le contestó el naranjito,—yo he estado escuchando tus palabras. Tú hablas tanto que parece que no hay igual a ti en este mundo. Te has equivocado mucho porque ya sabes que hay quien sea mejor que tú, el que de veras produce una fruta, pero hermosa, no como tú. Yo soy uno de ellos,

que de veras produzco mucha riqueza, y no ando echando tanto, y ni mucho menos me alabo como tú. Entonces respondió el níspero:—Pues cada quien tiene su modo en este mundo. Para eso hay que ser vivo, no plomo como muchos y como algunos. Estuvieron discutiendo mucho y le volvió a decir el naranjo:—¿Conque tú consideras a los que no son tan habladores y ni tan engañadores como tú crees, porque son muy plomos? No, hombre, no seas tonto, por vida tuya; antes al contrario, esos son buenos amigos, y mejor producen que tú. Bien sabes lo que dice un proverbio: presumir mucho y valer poco; comer mucho y ganar poco. Así es que el que habla mucho no vale nada.—Ni digas así,—le contestó el níspero,—porque mucho me ofendes con esas palabras tan malas. Pues para evitar que no hablen de ti me es necesario que midas tu lenguaje para hablar, y no seas tan vanidoso.—Muy bien, mi amigo,—dijo el arbolito,—no tengas cuidado. Desde ahora en adelante, ya no volveré a hablar de esa manera. Desde esta cosa que me has hecho, seré muy moderado para hablar desde ahora; porque tú me has hecho sufrir muchas vergüenzas con esas claridades que has dicho. —Pues ya te digo que midas tu lenguaje para no decirte nada. Estate calladito y verás como nadie te va a decir nada. Y dijo el arbolito entonces: —Vale más que yo me vaya de aquí para no volver a contemplar unos u otros; mejor que cada quien coja su camino.—Es indispensable hacerlo,—repuso el naranjito,—para que no haya discordia, porque lo que es necesario evitarlo cuanto antes, es que no seamos desatendidos de tales cosas. Que no merece que tengamos disgusto, porque verdaderamente que yo no soy afecto a tales cosas, porque he acostumbrado vivir en harmonía con todas las cosas y con todos las personas desde que he vivido aquí. Porque todos han sido muy amables y cariñosos, y nunca tuve la ocasión de oír hablar de la manera que te has expresado, por lo que necesitamos pues separarnos para evitarlo.—Muy bien,—dijo el níspero,—no tengas cuidado. Yo me iré luego de este lugar, y te aseguro que encontraré un sitio más feliz.—¿Ya ves?—le dijo;—ya empiezas a hacer de esa manera. Ten cuidado y verás como te encuentras lo mismo, y quizás que tu vida sea más penosa. Si sigues manejándote de ese modo que tienes, yo te aseguro que no te consienten en ningún lugar, o en ninguna parte, por ese modo que tienes tan repugnante.—Muy bien, mi querido amigo,—dijo el níspero,—te agradezco mucho. Eres muy caballeroso y muy fino para tratar a uno.—No hay de qué, —le dijo el naranjo;—si te lo he dicho es porque te lo mereces. Pero el arbolito ya no dió nada de frutos; y dijo entonces el dueño:—Pero qué estará pasando con este arbolito, que ya no quiere dar nada más de frutos? ¿Será porque están engrupados aquí?. Pues es necesario separarlo de aquí.

El arbolito se puso muy contento y dijo entonces:—Ahora sí, me van a separar de aquí. ¡Cuán contento estoy,—les dijo a los demás.—Bendito sea el señor—dijeron todos—que ya se va el desordenado. Ya volveremos a estar en una calma muy santa. Se fué aquel arbolito, y dijo también:—Ahora sí, iré a un lugar a donde pueda gozar calma dulce y placentera y vivir eternamente en paz de Dios.—Muy bien,—dijeron aquéllos,—véte con Dios. Y se fué el arbolito a un jardín muy fresco, donde encontró un lugar más fér-

til; y dijo:—Así me gusta que mi amo procure a uno para que así pueda uno producir mucho; porque si él no procuraría, no daríamos ningún fruto. Hasta gusto da que procure de nosotros,—les dijo a los demás que estaban allí, y después les contó todo lo que le había pasado donde estuvo. Después habló de esta manera:—Oh, queridos amigos, ¡qué feliz sería yo si ustedes se dignaran ser unos buenos amigos, que no fueran haciendo lo que me hicieron a donde estuve, que me trataron tan mal que por eso ya no quise vivir con ellos! Mucho me ultrajaban, pero de una manera muy vil y cobarde, como eran muchos, pues no podía yo hablar nada. Pues sólo ellos hablaban de mí hasta donde más podían. Por eso fué que me separé mejor de ese lugar; porque ni pronunciaba el nombre de ellos. No quiero porque en verdad que son muy viles y es un pueblo sin justicia. Le preguntaron los que estaban allí diciendo:—Eso quiere decir que estás mejor aquí. Y él repuso:—Pero miles de veces mejor. Y dijeron los demás: —Pues ya sabes que tenemos mucho gusto de que tú seas nuestro amigo. En caso de que alguno te haga algo, avísanos, para que sea castigado, porque aquí sí hay justicia que castiga severamente a cualquiera que insulta a una persona extraña. Dijo el arbolito:—¡Cuán amables son ustedes, mis amigos; mucho se los agradezco. Y le dijeron:—A nosotros, no; porque lo único que hacemos es cumplir con la justicia y con la ley, porque aunque somos unos seres brutos, si los hombres supieran que nosotros somos también como ellos ¿qué harían? Porque en este mundo cada quien tiene su estilo para proteger unos a los otros.—Pues ¡cuánto me alegro,—dijo aquel arbolito,—que aquí es un pueblo en que reina la justicia y la paz!

—Pues sí,—dijeron,—porque si no hubiera esa justicia, nadie viviera; y también los hombres tienen un corazón muy noble, principalmente los que son más civilizados, y los tontos son un poco más torpes porque nos destruyen a veces sin necesidad; porque los hombres que saben que somos útiles a la humanidad han dictado una ley que todo el que nos destruya a alguno de nosotros sin justicia, que será castigado muy severamente. —¡Qué bueno está eso!,—les contestó el níspero.—Eso no sabía yo.—Pues sábelo y estate seguro de que nadie puede destruirte sin compromiso del patrón.—Está bien, amigo,—le contestó.—¡Cuán dichoso soy con ustedes! ¡Cuánto diera yo por permanecer toda la vida con ustedes!—Pues nada,—le contestaron,—porque aquí no se paga nada a nadie por vivir. Cualquiera que quiera vivir aquí puede venir sin necesidad de nada.—Muy bien, amigo,—dijo el níspero. Durante unos cuantos meses estuvo el arbolito en el jardín sin dar ninguna fruta, y después de haber pasado ese tiempo, entonces empezó a producir mucho, y de tal manera que superó a los demás que estaban allí. Y después le tuvieron envidia los demás y le hicieron como le habían hecho donde estuvo la primera vez, hasta que hicieron que se cortara el pobre arbolito. Entonces dijo el arbolito:—¿Qué justicia tan completa reina aquí, como me habían dicho a la primera vez que vine? Son tanto más injustos que nadie en este mundo; me han calumniado de mil modos, pero yo no les hago caso, aunque me ladren mucho pero que no muerdan no más.

El fin de la vida de este arbolito es muy triste. Ahorita verán cual es el fin de este pobre. Pues bien, pensó el arbolito hacer una cosa, que es secarse mejor para que lo cortara el hombre. Nuestro hombre pensó cortarlo, pero en caso de que no produjera, y hacerlo raja y quemarlo en seguida. Pues antes de que lo cortara se secó para que no lo cortaran vivo, para que no se alegraran sus enemigos. Pero por fin se secó y lo cortaron, y luego lo quemaron, y entonces le dijo un jardinero al dueño del jardín, que la ceniza que había de producir ese arbolito, era buena para abono a los demás árboles en el jardín. Pero aquel hombre había combinado con el arbolito cómo había de hacer con la ceniza y el hombre cumplió todo y hizo todo lo que le había dicho el arbolito, y se fueron a echar la ceniza donde le había dicho el arbolito al hombre. Al cabo de ocho días que fueron después de haber sido de echar la ceniza y cuando llegaron todos los árboles, se quemaron con su ceniza. El arbolito se vengó de ellos. Fin del cuento.

33. PIEDRAS

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éstas eran dos piedras que conversaban mucho. Esto nos cuenta un hombre que era un minero, quien nos refiere estos acontecimientos que le habían pasado y que había presenciado durante todo el tiempo que él permaneció en ese lugar. Pues nos refiere que aquellos dos seres que nadie había de creer que pueden hablar, pero, según se cuenta, que platican mucho también.

Pues éstas eran unas piedras que contenían una mucha plata y la otra mucho oro; y se decían unas a las otras:—Vamos a ver quien es más apreciada de la humanidad. Y la piedra que contenía la plata, dijo:—Pues amiga, mi opinión es que somos iguales porque las dos damos útiles para la humanidad.—Pero no tanto como yo,—dijo la piedra que contenía el oro,—porque yo soy superior de todo lo que existe en la tierra. La otra piedra contestó:—No, amiga mía, no te presumas, porque yo creo que hay más superiores que nosotras, pero es muy difícil hallarlas. Te voy a mencionar algunas, así como las que se encuentran dentro del mar; por lo que es más peligroso para la vida del hombre para sacarlas.—Pero ya te digo que soy más superior que tú, y sin embargo yo soy más humilde todavía. Pero soy más util a la humanidad, porque figúrense y verán como me usan por todas partes. Y sin mí, la humanidad quizá no pudiera existir, porque les diré a VV. que VV. no sirven más que para el adorno, y por eso no las tienen a VV. si no adornan nada. Y otra cosa tienen VV., que VV. solamente son usadas por las personas decentes, mientras yo soy usada por todos sin distinción de ninguna clase, ya sea rico o pobre, porque siempre estoy en los bolsillos y hacen permuta conmigo. VV. rara vez es cuando intervienen. Así es que no hay que alabarse tanto, porque como dije, es

cierto que tú eres más valiosa que yo, pero también eres poco usada.—Pero valgo más que tú; por eso los que desean obtenerme se exponen la vida para hallarme hasta donde les sea posible.—Pero mi amiga, es mucho peligro que corre la vida de esos pobres hombres que te ambicionan.—Bueno, dejemos esa conversación y vamos a hablar de otra cosa, que sea muy diferente. No nos vayamos a disgustar por esas babosidades.—Pues sí, hombre,—le dijo la otra,—es indispensable que cambiemos nuestra plática, porque no vaya a resultar un conflicto entre nosotras, cuando que siempre hemos vivido en armonía, y a última hora ¿quieres que nos vayamos a disgustar?—Eso sí que no,—le contestó la piedra que contenía el oro,—mejor que cambiemos nuestra conversación.—Muy bien. ¿De qué será bueno tratar?—Pues a ver, ¿de qué sabes por ahí?—Pues amiga, hasta ahorita no puedo relatarte ninguna clase de historia.—¿Cómo que no puedes?, —le dijo la piedra de plata.—Pues si no, con mucho gusto te la relatara. —Pero a lo menos has de saber algo siquiera.—Pues apenas medio que sé, de lo que me han contado mis abuelos; pero hace mucho tiempo y apenas me acuerdo de unos cuantos.—Pues lo que sepas dilo, aunque sea poco, le dijo la otra, pero pon mucho cuidado y mucha atención, y verás como es un poco curioso,—le dijo y comenzó de esta manera:

—Pues como tú sabes muy bien, antiguamente a nadie de nosotros nos procuraban porque no sabían lavarnos todavía aquellos hombres; pero poco a poco fueron sabiendo de qué manera debían de explotarnos, hasta que por fin, llegamos a nuestro desarrollo, y ahora ya ves como somos ahora. Entonces le dijo la piedra que contenía el oro:—Si has de seguir así, mejor para hasta aquí, porque la verdad, me da mucha mohina que estés hablando en ese sentido, y me siento muy ofendida.—Pues bueno, seguiré hablando de otra cosa que sea muy diferente.—Pues eso es de lo que se trata,—contestó la otra piedra.—Voy a contarte la aventura de un viejo que conocí,—le dijo.—Eso sí, será otra cosa,—le contestó la otra piedra muy contenta.—Pues pon mucho cuidado a ver si aprendes,—le dijo.

—Pues éste es un pariente mío, pero como es muy malo, por eso ni ganas me dan de decir que fuera mío. Pues cuando era muy pequeña yo todavía, era él ya un viejo muy repugnante, porque varias veces él pretendió que yo fuera destruída por unos hombres que andaban buscando plata y oro. Y él tuvo que hablar con un hombre para que me destruyera, pero aquel buen hombre no hizo caso y el viejo se enojó mucho, porque él fué destruido en vez de que fuera yo, pues él era más viejo.—Pero hombre, —le dijo la otra piedra,—ésta no es una historia porque carece de chistes. —Pues claro,—le respondió la otra,—para que se diviertan los que estamos aquí, que parecemos mudos y muy tristes.—Pues querida amiga, yo quisiera hacerte divertir mucho, pero no encuentro de qué manera.—Pues haz todo lo posible,—le dijo la otra piedra.—¿Pues qué cosa quieres que yo haga, supuesto que la cabeza es muy dura y yo no puedo pensar nada.—Sí, yo te contaré mi historia y verás qué gracia y qué dulzura siente uno en el alma. —Pues querida amiga, quiero que V. tenga la bondad de referirme algunas, para ver si yo puedo calmarme de este dolor que llevo tan angus-

tioso, que no lo puedo desahogar.—Pues bien pronto te calmarás, no tengas cuidado. ¿Qué no ves que soy poderoso sanador de toda clase de dolor?—Pues cuéntamelas para ver si es cierto y te lo agradeceré mucho. Si es una historia muy curiosa y muy alegre, cualquiera se alivia con ella, hasta el que se está muriendo.

—Una vez fuí a resucitar a un desvalido hombre que estaba ahogándose dentro de un gran río que había crecido mucho, y al pasar a la orilla el pobre hombre fué jalado por el río de tal manera, que vino a dar hasta donde yo estaba y me habló de esta manera:—Buena piedra, quisiera yo que me hagas el favor de salvarme de un gran compromiso en que me encuentro. Yo le escuché con mucha atención y le dije que dijera cual era el compromiso. Y me dijo que estaba en punto de morirse porque el río lo arrastraba como una legua. Y luego le contesté:—Pues vente aquí; atríncate aquí y verás como nadie puede llevarte. Aquel pobre hombre vino muy contento a donde yo estaba, de modo que no pudiera llevárselo más allá. Y después me dijo:—Yo creo que yo le debo un gran favor, no solamente una cosa simple, sino que hasta la vida, porque si no me hubiera defendido, quien sabe adonde estuviera horita. Y yo le contesté:—Eso no es nada; ya sabes que estoy a tus órdenes a la hora que se te ofrezca algo. Aquel pobre hombre quedó muy agradecido de mí, hasta se hizo compadre mío.—Pues así puedo hacer contigo ahora, pero no más quiero que me digas cuales son tus dolores que te agobian,—aquélla le contestó.—Pues amiga,—le dijo la otra piedra,—para mí no hay quien calme este dolor que tengo, supuesto que es un dolor muy extenso. Le contestó la otra piedra:—Pues no le hace lo que fuera; verás ya, como se te quita muy pronto.—Y tú ¿qué serás para quitarlo? ¿Serás un brujo, o eres un diablo?,—le dijo.—Pues una cosa muy sencilla,—le respondió la piedra.

—Pues yo quisiera que me enseñaras para cuando yo lo tenga, yo no necesite de otro.—No,—le repuso.—Aunque tú supieras no te lo podrías quitar, sino que siempre es necesario que intervenga otro.—Pues eso no es gracia,—le respondió la otra.—¿Cómo que no? Te enseñaré, pero con la condición de que no seas tan egoísta cuando sepas que es necesario ayudar a tu prójimo.—Pues eso es de lo que se trata,—dijo,—porque si uno mismo no puede aunque sea para otro entonces.—Pues así me gusta que seas bondadosa,—le dijo la piedra,—porque así es como nuestros padres viejos nos enseñaron, apurarse por otro, no por uno mismo. Así podrá también uno obtener de otro lo que nosotros nos necesitemos.—Muy bien, amiga mía, mereces unos aplausos muy estruendosos.—No tanto,—observó,—pues te voy a decir el secreto con que se cura el dolor. No más que necesitas poner mucha atención, porque si no pones atención, no obtendrás ningún resultado cuando tú encuentres un amigo tuyo que esté como tú te encuentras. En ese momento haces una cosa, pero que sea bien hecha, porque si no la heces como yo la quiero, no tendrás buen resultado. Te vas a conseguir un animalito para que cante y con eso verás qué pronto calma el dolor de quien quieras curar; pero no cualquier animalito, sino uno especialmente, como el grillito, que anda de noche, siempre cantando.

Ese animal es el que te traigo ahora, para que oigas su canto y luego te calmarás.

—¿Ese es todo el consuelo que me traes tú, boba?,—le exclamó la piedra. —Eso es todo, hermana,—le respondió la otra piedra.—Pero ahorita verás qué bobas somos, como te voy a quitar el dolor que tienes. Lo que ves aquí es un animalito muy virtuoso. ¿Quieres que yo lo haga que cante, para que veas qué alegre te vas a poner?—Pues yo creo eso,—le dijo la otra piedra.—Soltó aquel animalito y luego comenzó a cantar y brillar por todo el alrededor de la piedra.—De veras,—le dijo,—ahora sí, ya me convencí de que el animalito es muy virtuoso. Te felicito mucho por haberlo conseguido. —Pues no tienes de qué darme las gracias, porque a mí también me enseñaron—¡Oh! ¡qué secreto!,—exclamó con una voz muy ronca. Después continuaron hablando y le dijo la otra piedra:—¿Pues qué sucedió? ¿Pues cuándo me cuentas lo que me has ofrecido?—Es que no me acuerdo,—dijo la otra.—¿Cómo no te has de acordar, hombre?—Pues en verdad que no me acuerdo, si no que lo hiciera con mucho gusto.—¿Pues que no me habías dicho que me ibas a contar alguna historia de tu vida?—¿De mi vida?,—dijo muy admirada.—Pues sí, hombre, le repuso la otra, si tú me habías ofrecido.—Pues amiga, es muy mal contar la verdad de la vida de uno, porque es una cosa que se prohibe.—Pues yo no quiero que me cuentes de lo que pasa en tu casa,—le contestó la otra;—porque ya sé que eso es mal, sino lo que te digo es que me cuentes lo que te ha pasado en tu vida, o lo que has visto algunas veces.—Eso si puedo,—le contestó,—más que yo te haya referido varias historias que tratan sobre la vida. Seguiré relatándote más todavía, una historia nueva que quizás nunca la habrás oído.—Pues todas las historias que me has relatado jamás habían pasado por mis oídos. Si no no estuviera yo escuchando, y además porque sé que eres una buena amiga, que sabes de veras las historias. Por eso siempre ando contigo. Si no, ni aprecio te haría yo.—¡Qué bárbara eres!,—le contestó la otra!—Ya sé que te andas asociando con puras personas y preguntas lo que a ti se te antoja preguntarles.

—Pues sí, mi amiga,—le contestó,—porque ¿qué pasaría que yo me fuera encontrando un tonto igual a mí? No sería muy conveniente, porque dos tontos permaneceríamos en el estado salvaje, sin saber nada. De allí, pues, ha venido la causa porque me gusta andar con VV.—Eso sí,—le respondió,—así es bueno hacer porque hay que evitar la ignorancia.—Ya lo creo; pero, cuando yo sepa algo, entonces verás como voy a andar con cualquier tonto para hacer que se instruya.—¡Qué buena eres, pues!,—le dijo la otra,—te felicito mucho porque tienes un corazón muy puro. Pues para que veas que no es por despotismo que yo no quiero andar ni juntarme con otra persona, porque no sé nada todavía. Pero ya te digo, que en cuanto no más que yo me instruya otro poco, si soy un amigo muy sincero y muy apreciado por todas partes. Y más he de ser con toda la humanidad, porque tú ya sabes muy bien que somos de mucho lujo y valemos mucho.—Eso sé desde que nací,—le respondió la piedra de plata.—Bueno, no es para que te pongas furiosa.—¿Cómo furiosa? ¿Pues que no ves que ofendes a uno

con esas frases? Hombre ¿a que no te gusta, que te diga así una vez que estemos platicando, verdad?—Pues verdad que ya no me acuerdo,—le dijo. —¿Cómo hablar de otras aventuras que nos han pasado y las aventuras de los antiguos que ha habido antes de nosotros? Pero ahora sí, vas tú a quererme referir muchas historias que registran nuestros tiempos.—¡Ojalá que las supiera! No te las negaría,—le respondió la otra.—Pero a lo menos, si sabes algo. ¡Cómo no has de saber algo!—Bueno, pues eso quizás tú lo sabrás. Ya no seas tonta,—le dijo.—¿Que no ves que aquí estamos preguntando de las historias que ignoramos todavía? ¿Que tú ya sabrás de lo que me has preguntado varias veces?—No,—le respondió.—Pero como sé que tú sabes muchas historias, por eso te digo que las sabrás.—No,—le dijo,—¿qué, no ves que tus historias completamente las ignoro?—Pero mis historias son muy humildes.—Pues esas son las que más me gustan todavía que las otras, porque esas que refieren muchos, las rechazo, como ves tú también que somos unas humildes, dotadas de un movimiento involuntario para el hombre.—Ah, sí,—le observó;—pero a cada quien le ha dado Dios su destino. Nada hay que sentir de ese destino.—Pues dices bien. Es necesario que nada pensemos de esas cosas, ¿verdad?—Pues es claro. No hay más que estar muy fuertes. Porque somos unos cuerpos brutos no nos hacen caso. Antes al contrario, somos las más apreciadas en la humanidad, como ya hemos dicho en otras conversaciones en que ya hemos estado. Pero creo que basta hasta aquí no más de hablar de semejantes cosas; porque si vamos hablando de una misma cosa, sería una torpeza, porque somos lo que somos y vamos cada ratito a dejar de estar hablando. Hay que dejar de hablar de todo, hasta donde sea posible, para que nos sirva de historia, para el que nos entienda algo.—Pues amigo,—dijo aquel hombre,—¿ven VV. esos seres que carecen de vida, pero siempre más conservados que nosotros? Pero si vieran qué voz tan sonora tienen. Se ponen a discutir mucho y mucho sobre cosas y de su vida. Pues hasta aquí hemos concluido, y veremos en adelante de otras historias más bonitas.

34. LOS ÁRBOLES

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Ésta era en una gran llanura donde había muchos árboles, pero había algunos que sobresalían de los demás. Como era considerado como un pueblo entre ellos, dijeron los unos:—Vamos a hacer una cosa; vamos a nombrar a uno que nos vigile y le daremos el nombre de gobierno. Y dijeron los otros:—Pues vamos, pero con tal que sea bueno. Si no lo quemamos luego, sin decirle una palabra, y cuando él sienta es que ya está convertido en ceniza.—Sí, dijeron los demás: eso se llama justicia. El que no sepa gobernar hay que quemarlo luego.—Arreglados,—dijeron todos. Llegaron todos donde estaba aquel árbol que habían escogido para la vigilancia

de ellos. Al llegar donde estaba éste, le dijeron:—Venimos aquí todos para rogarle que se digne encargarse de nosotros, porque muchos nos vienen a cortar y vienen a hacer infinidad de cosas, no solamente a cortar. El les contestó:—Pues ¿que quieren quedar eternamente permaneciendo en la tierra?—Pues aunque no sea eternamente, pero siquiera un tiempo más. —Pues no,—les dijo,—yo también no sé cuando vendrán a cortarme, y nuestra vida es muy corta. Sólo que tuviera yo la seguridad de permanecer, con mucho gusto lo haría; pero como ya pueden venir a cortarme mañana o pasado, pues ya estoy grande y viejo.

Se fueron todos los árboles después.—Bueno, ya que no quiere ser defensor de nosotros, nos vamos. V. es de quien esperábamos tanto y salió V. con que no.—Pues si les dije. ¿Qué tal si cuando vengan algunos a destruirnos, ha de estar diciendo que nos destruyan porque es nuestro destino? Después se fueron y dijeron entre ellos:—¡Ya, malvado como que no quiere ser gobernador de nosotros! Si no, lo hubiéramos quemado. Porque ya es mucho tiempo que vive y creo que ya está dispuesto. Pero nadie le ha salido que le meta la hacha. Pues no hay que hacer más que quedarnos como siempre. Como ya en general, todos nosotros descábamos un gobierno, pero ya vieron que no quiso aquel viejo. Tal vez ya sabría lo que íbamos a hacer con él; porque si no se ha muerto a donde está, nosotros lo hubiéramos matado y quemado luego.

35. EL NARANJO Y EL LIMÓN

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éste era un gran jardín en que había muchos árboles frutales. Entre los que se distinguían más, eran dos, que son el naranjo y el limón, que sobresalían de los demás arbolitos y decían de esta manera:—Somos muy felices porque nos quieren más que a los demás. Y no sólo eso, sino que también te diré que somos los que producen mejores frutas.—Por eso nos quieren mucho, dijo uno de ellos, porque fíjate y verás que los demás no producen tanto como nosotros. Ahí tienes que por eso somos más apreciados que todos, y por eso también nos sentimos más orgullosos que ellos, y por otra cosa que les hacen poco caso. Entonces dijo uno de ellos:—Dejemos tal cosa, y vamos a conversar de otra cosa que sea diferente de lo que hemos hablado, porque si seguimos van a oír de lo que estamos hablando y se enojan con nosotros y no quiero que tengamos disgusto con ellos. Porque yo siempre quiero que tengamos buena amistad con ellos todos, los que vivimos aquí juntos, porque tú sabes muy bien que no estar viviendo en harmonía es muy feo. No quiero estar disgustado con ellos. Entonces cambiaron la conversación y hablaron referente a su origen. Y dijo el naranjo:—Como tú sabes muy bien, que casi somos de una misma familia, por lo cual yo considero que eres mi hermano, porque pon cuidado que no hay nada de diferencia casi. Observa no más nuestros ramos, que son igua-

les, y la única diferencia que hay es que nuestro fruto que producimos es diferente. Porque mi fruto, cuando está muy tiernito y se arranca uno de ellos, es muy agrio; pero cuando ya está maduro es muy dulce. Pero también hay algunos que dan unos frutos muy agrios, mientras que tú no das unos tan agrios como nosotros. Esa es la diferencia.—Pues bueno,—le dijo el limón,—ya hablamos un poco sobre de lo que somos. Ahora hay que hablar un poco de otra cosa.—¿Qué?,—le preguntó el naranjo.—Pues de una cosa que uno de nosotros no hayamos sabido, que ignoramos todavía. Pero ya sabes que tú me vas a hablar de lo que tú sepas. Yo hablaré de lo que sé también.—Arreglado,—dijeron los dos.—Pero quien sabe si te gustaría, de lo que sé yo,—le dijo el naranjo.—Pues habla de lo que sepas, sea de lo que sea; eso poco importa, le contestó el limón.—Pues ya te digo,—dijo el naranjo otra vez,—te voy a referir un cuento que me contó mi abuelo cuando yo era muy pequeño todavía; y ése es el único que te voy a contar. —No le hace, pero quiero que me cuentes. Entonces el naranjo siguió diciendo:—Pues cuando era yo chiquito me llevaban mucho al agua y me pusieron sobre un arroyito, primero, mientras que yo creciera. Y ya me veía que era yo grande; entonces me mudaron de ese lugar y me fueron a poner en un terreno más caliente y más seco, y tuve que marchitarme durante varios meses; pero por fin, vino la primavera y mis manos retoñaron con unos dedos muy hermosos, de tal manera que el amo me vino a limpiar toda la basura que me estorbaba tanto y quedé muy limpio. Y después de muchos años, viendo que no daba yo nada de frutos, me cortó la punta, para ver si así iba yo a dar algo de fruta. Pero nada de que produciera; porque no es un lugar conveniente donde estaba yo. Pero le preguntó un hombre qué cosa era lo que tenía yo, porque nunca había yo dado ninguna clase de fruta. Aquel hombre le dijo:—¿Cómo quieres que este pobre arbolito dé frutos, cuando ves que está en tan mal lugar? Es necesario que lo cambies de ese lugar y que lo pongas en un lugar donde haya agua, y verás qué frutos tan buenos va a dar. Inmediatamente me quitó de ese lugar y me puso en un jardín muy fresco, donde sentía yo una deliciosa sombra; y a la vez crecí yo mucho durante un año que estuve aquí, sin producir. Pero el año siguiente produje unos frutos hermosos, que mi amo quedó muy contento conmigo y me tuvo solícitos cuidados. Como allí había muchos ya ni caso les hacía a los otros, de tal manera que me envidiaban, me insultaban y me hacían miles de maldades; pero nunca pudieron hacerme nada porque yo siempre rechazaba sus habladas; hasta que por fin me enfadé y no produje ningún fruto, y también mi amo se enojó conmigo. Al fin llegó un pobre jardinero y le dijo que yo estaba en muy mala condición por donde había tantos árboles; que no debía de haberme plantado en ese lugar, sino que me había de haber plantado en un lugar como donde estaba yo; pero que estaba solo a donde había tantos árboles y por eso mismo me estaban haciendo daño. Efectivamente que sí eran ellos que me amohinaban tanto. Y entonces me transplantó otra vez hasta aquí, y ahora ya ves cuanto producimos. Hasta aquí terminé mi historia; y ahora cuéntame tú algo.

—Pues mi hermano,—le dijo el limón,—lo puedes creer, lo que voy a referirte. Es una historia muy chistosa, por lo que me lo has de creer. Pues éste era un hombre ya muy anciano, que cuando iba cuidando por los campos, y cuando me vió con muchos frutos, se enamoró de mis frutos, y una vez iba a entrar adonde estaba yo, y apenas iba a entrar el pobre hombre cuando lo vió mi amo, y llegó y agarró a aquel pobre hombre y le dió una zurra, pero muy buena, de tal manera, que el pobre jamás intentó hacerme algo. Nada me veía. Pues yo como lo conocí que tenía muchas ganas de comer mis frutos, yo le hablé una vez y le dije:—¿Quieres comer unas de mis limitas? Verás qué dulces están.—No, porque no vaya a venir tu amo y me pegue como lo hizo aquella vez que yo había intentado cortar unos de tus frutos. Entonces le contesté:—Pues yo te los voy a dar, como también no está mi amo ahorita. Entonces me dijo:—¿Cómo que no? Pues tú eres tan bondadoso y quedaré agradecido contigo. Aquel hombre pobre quedó tan contento con unos cuantos frutos que le dí. Y le dije luego, que se fuera, porque no nos viera nadie, y se fué corriendo. Al rato no más hacía que se fué cuando llegó mi amo, y dijo:—Ah, malvado hombre, ya vino a cortar mi fruta. Pero yo le dije que yo fuí quien se la di la fruta a ese pobre hombre. Pues mi conversación es muy corta hasta aquí no más, se acaba.—Pues entonces estamos iguales,—le dijo el limón.—Pero ni sabes lo que nos falta ahora, le dijo.—¿Qué?,—le preguntó el naranjo.—Pues es que nos falta hablar de nuestros antiguos, cómo han vivido. Entonces le contestó el limón:—Pues eso sí no me comprometo, porque no sé nada. Si tú sabes, platícame sobre los hechos que has oído.

—Pues sí te platico, pero prométeme que me hablas de otra cosa, aunque no sea de la misma, de lo que te voy a decir.—Pero yo no sé, hermano,—le contestó el limón.—Lo siento mucho, pero ya te digo que yo no sé. Si supiera, con mucho gusto.—Pues entonces quiere decir que yo solo hablo ahora.—Pues sí, hermano,—le dijo el limón. Pero pon mucho cuidado pues, y verás qué bonita es; es muy corta, pero es muy entretenida. Es muy bonita.—Está muy bien,—le contestó el limón. Empezó diciendo:—Pues cuando yo era muy joven todavía, tenía yo una abuelita que crecí casi junto de ella, y me quería mucho. Y cada vez que iba a darle de beber y tomaba, siempre me daba a mí y decía:—Mira hijo, parece que somos unos seres sin razón, como nos consideran los hombres; y saben que también hablamos y nos relacionamos unos con los otros. Y me puse a pensar de qué triste es considerar uno ser inferiores de la tierra; pero en realidad somos muy queridos, aunque no querramos, porque figúrate que no podemos cambiar de sitio.—¿Verdad que da tristeza?,—le preguntó al limón.—Sí, pero eso no es nada. A cada quien le dió Dios su destino,—le contestó el limón. —Eso sí, has dicho bien,—repuso el naranjo.—Pues hemos terminado nuestras historias,—dijeron,—ahora continuaremos nuestra vida, como siempre, ¡qué vamos a hacer! Quedaron muy calladitos y terminaron su conversación. Este es el cuento que nos han contado varios de nuestros padres más viejos.

36. LA PALMERA Y EL COCAL

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éste era un desierto en donde se encontraban dos árboles; uno es el de cocal y el otro es el de palmera y conversaban de una manera muy atenta. Decía un anciano que sabía las conversaciones de esos seres inánimos, que conversaban de una manera muy acalorada.—¿Qué haces aquí, querido vecino?,—le preguntó la palmera al cocal. El cocal le responde: —Pues, por aquí sentado muy tranquilamente, sin que nadie me moleste. Entonces le dijo la palmera;—¡Qué dichoso de ti, que siempre disfrutas de felicidad y de una completa salud!—Y tú,—preguntó—¿qué haces por aquí? —Pues véalo, mi querido amigo, hasta donde ha llegado mi suerte de andar huyendo por aquí.—¿Por qué andas huyendo?,—le preguntó el cocal. —Por mis enemigos que me andan persiguiendo sin cesar.—¿Por qué te hacen así? ¿Pues qué les has hecho? Y le contestó:—Pues nada. Es porque ya son así. Es por el odio que me tienen. Pero yo estoy cierto de que ninguna cosa les he hecho; pero ellos creen que soy un hombre muy malo y yo protesto contra sus habladas, porque todo es al contrario de lo que dicen; porque me defiendo cada vez de que me hacen algo.

—Pues mi querido amigo,—le dijo el cocal,—yo te considero mucho, y si quedas aquí conmigo, no vendrán hasta aquí a buscarte.—Pues yo creo que no, porque por aquí está muy lejos; si es que te dignas de darme un asilo.—Pues ¿cómo que no? con mucho gusto. Desde ahorita estarás conmigo como si fuera tu casa.—Muy bien, querido amigo, le dijo; mucho te agradezco. Se quedó con aquella palmera durante unos años. Al cabo de ese tiempo, le dijo:—Ahora sí, mi querido, yo creo que ya es tiempo de que yo me vaya, porque ya hace mucho tiempo que estoy contigo. Estoy seguro de que estarás enfadado conmigo.—Tú lo has dicho,—le dijo el cocal,—porque yo de mi parte no he dicho ni una sola palabra mala de ti. Tú sabes muy bien que durante el tiempo que hemos vivido nunca te he dicho nada. Tal vez tú habrás dicho algo por eso dices así.—Yo nada,—dijo la palmera,—antes al contrario, si vieras lo agradecida que estoy de ti, por tu bondadoso cuidado que tú me has dado, durante tanto tiempo que he estado contigo.—Pues tú lo sabes,—dijo el cocal.—Si ya estás fastidiado conmigo y ya te quieres ir, ¿pues qué voy yo a hacer? Ya sabes, en caso de que te hagan algo otra vez, cuando llegues en donde encuentras a tu buen amigo y tu casa.—Mil gracias,—repuso la palmera,—nunca he encontrado un amigo tan bondadoso como tú, de caballeroso y de fino; ya sabes que me pongo a tus apreciables órdenes en caso de que me consientan esos malvados enemigos, que tengo donde llegar y si vuelvo inmediatamente llego por acá.—Pues,—le dijo el cocal,—te espero.—Muchísimas gracias,—le dijo la palmera,—te doy repetidas gracias.—Por fin,—le dijo—¿pues cuando piensas

irte?—Pues, mi querido amigo,—le respondió la palmera,—pienso emprender mi viaje dentro de quince días.—Y ¿qué tanto tienes que caminar?,—le preguntó.—Pues lo menos serán unos veinte días.—¡Qué camino tan dilatado! —le dijo el cocal.—Verdad que es un camino muy largo.—Pues sí, mi amiga, —le dijo el cocal,—te considero mucho que andes emprendiendo un camino tan dilatado, tan sólo por esos malvados. Pues yo quisiera dejarte hasta la mitad del camino, pero ya ves que no puedo. Tengo muchísimo que hacer. Y le respondió la palmera:—No tengas cuidado, mi amigo; yo estoy muy satisfecho con que tú te has dignado darme una posada tan dilatada. Aunque no pienses tal cosa, deja que yo me vaya sola.—Bueno,—le dijo, —no te harán nada en el camino. Nada temas que te hagan.—Pues yo no temo nada,—le respondió.—En caso de que me hagan algo o que intenten hacerme alguna cosa, no lo logran, ni lo lograrán. Y si en caso de que yo encuentre algún hombre, con su hacha en el hombro, estoy segura de que ése puede hacerme algo, o destruirme en el camino; pero si no, así no tememos nada.

Llegó el día en que iba a emprender su viaje.—¿Pero qué pasa?, llegó un cocal y le dijo que no podía nadie caminar durante un año, porque en el camino había muchos hombres que andaban destruyendo todos los árboles que encontraban en el camino. Entonces le dijo el cocal:—Mi querida amiga, ¿qué piensas lo que me vinieron a decir aquí? Que en todo el camino hay muchos hombres, que andan cortando todos los árboles que encuentran y que los andan destruyendo a cuanto encuentran, así es que si siempre piensas irte mañana mejor no lo ejecutes, mientras que se vayan esos hombres perversos.—Pero ¿qué tendrán que están por ese camino tanto tiempo?—Pues según me dijo ese amigo que llegó anoche, es que se van a dilatar un año.—¡Oh, qué hombres tan viles!,—repuso,—pues entonces de todos modos me voy a quedar aquí, si te dignas tenerme otro tanto de tiempo de lo que he estado.—Sí, hombre,—le respondió el cocal,—con mucho gusto.—Arreglado pues,—dijo la palmera,—más que nunca se vayan esos otros malvados. Vale más que estemos en tu casa.—Pues sí, hombre,—le dijo el cocal:—Pues ¿qué cuidado se te da? Cuando quieras algo, pídemelo. —Muy bien, mi bondadoso amigo,—respondió la palmera.

Conque por fin llegó el tiempo en que debía de partir la pobre palmera. Cuando llegó la noticia que todavía andaban persiguiéndola. Entonces no hubo más que volver a quedarse aquí.—Pues eso no es nada,—le respondió el cocal,—no tienes ni que mortificarte. Si quieres, ya te lo he dicho varias veces que estás en tu casa.—Por lo mismo,—le dijo,—que yo te lo agradezco muchísimo.—Y en caso de que quieras quedarte aquí toda tu vida, puedes,—le volvió a decir el cocal. Y entonces le dijo la palmera:—Yo, mi querido amigo, no quisiera separarme de ti, pero hay una cosa que me aflige. —¿Qué cosa te aflige?,—le dijo el cocal,—porque creo que nada te hace falta durante el tiempo tan largo que has vivido conmigo.—No me hace falta nada; ni me aflijo; ni me quejo nada de ti. Yo lo que siento es otra cosa. —Pues no seas tonta; no te aflijas; si no te voy a hacer daño.—Ya sabes mi querido amigo, que yo soy muy fuerte. No me pasa nada.

Pues cuando el día que iba a partir para siempre entonces de veras llegó el día de la partida, y le preguntó que si se iba. Contestó que sí, que era indispensable. Pues entonces le dijo:—Me despido de ti para siempre; porque tal vez no vuelva yo a venir.—¡Feliz viaje!,—le dijo. Se fué la palmera. Partió para su querida tierra, y por fin llegó en medio del camino, donde encontró un hombre, pero desarmado. Le habló de esta manera: —Oye tú, palmerita, ¿qué andas haciendo tú por aquí?—Pues, mi querido amigo,—le dijo,—hace tiempo y mucho tiempo que ando huyendo sin cesar de esos malvados hombres que siempre me andan siguiendo y queriendo destruirme. Entonces le dijo el hombre:—¿Quieres que hagamos una cosa?—¿Cuál es tu deseo, amigo?,—le dijo.—Pues lo que quiero es que seamos amigos. Ya sabes que yo puedo defenderte muy bien en cualquier conflicto en que te halles.—Oh, ¡qué noble eres tú, amigo!,—le dijo. Yo que durante el tiempo que ando así siempre he encontrado amigos muy amables, mejores que esos malvados de mi pueblo.—Pues ya te digo,—le dijo,—en caso de que quieras, yo podré ir a dejarte hasta donde tú quieras llegar, pues.—Con gusto aceptaré tu bondadosa proposición, si no te es molesto ir conmigo hasta donde tengo que ir,—le dijo.—Pues no me es molesto,—le dijo,—con mucho gusto iremos hasta donde quieras.—Pues arreglado; ya sabes que mañana tendremos que emprender nuestro viaje en nuestro fatigado camino.—Pues sí,—le contestó el hombre. Entonces le preguntó: —¿Sabes por qué a todos VV. les tengo mucho cariño, y los quiero como si fueran mi familia?—No. ¿Por qué?,—le repuso la palmera.—Pues porque ha habido de nosotros que les ha pasado lo que te está pasando a ti. Por eso me acuerdo y lo tengo presente que VV. son muy amables también. Por eso pues, quiero darte una recompensa; aunque no haya pasado así, pero así les ha pasado a otros como ya te digo.—Muy bien, querido amigo, —le dijo la palmera.—Así pagan los hombres de bien, que son agradecidos de veras.

Emprendieron el camino por fin. Pues apenas hubieron andado ocho leguas, encontraron un hombre perverso, que estaba muy ahumado. Entonces les dijo:—Camino hasta que encuentre una palmera, para tumbarla. Al oir aquello, la palmera no se asustó nada porque iba con aquel hombre. Y él le dijo:—No tengas miedo. Ya sabes que soy tu defensor. A donde quiera que vayamos, nunca lograrán destruirte mientras que andes conmigo. Pero si vas tú sola sí podrán. Pero yendo conmigo, ya te digo, primero me cortan la cabeza antes de destruirte.—Pues por fin ¿qué me podrás defenderme de este hombre? Ya ves lo que ha dicho. Entonces le dijo:—Eso no más dice para asustarte. No le hagas caso. Cuando llegaron donde estaba el hombre, le preguntó el primero al hombre con quien venía en compañía de la palmera que si podía cortarla. Y el hombre le dijo: —Si la cortas, te corto la cabeza. Aquel hombre lleno de rabia se fué alejando de ellos, y dijo:—¡Vaya; qué hombre tan estúpido! No quiere que yo corte esa palmera. Parece que es suya. Continuaron su camino aquellos dos, el hombre y la palmera, pero ya después no tuvieron ningún obstáculo por el camino. Pero ya cerca de donde iban a llegar, salieron varios hom-

bres muy bien armados, por lo que se asustó la palmera mucho; pero aquél con quien iba siempre permaneció muy tranquilo. Pero siempre estaban asustando a aquel arbolito que iba tan triste. Por fin llegaron a donde estaban los hombres, pero éstos no les hicieron nada. Entonces pasaron muy tranquilamente. Después de haber pasado, le preguntó:—¿Quién eran aquellos hombres, que son tan buenos que no nos dijeron nada?—Pues esos amigos, es porque me llevé con ellos mucho, por eso no nos dijeron nada.—Pues muy bien, querido amigo,—le dijo,—ya mero llegamos donde es mi querida tierra.—Está bueno,—le dijo el hombre,—ya sabes que no más llegas y regreso. No más voy a dejarte, porque luego regreso para mi pueblo también.—Está bueno,—le respondió la palmera.—Pero ya sabes que yo estoy dispuesto a servirte a la hora que quieras, en cuanto se te ofrezca algo. No más vienes aquí, yo te pagaré todos los favores que te has dignado hacerme.—Eso no es nada,—le respondió el hombre.—Ya sabes pues mi querida amiga, que mañana.—Pues bueno, mi amigo, que te vayas con Dios. A ver cuando puedes ir a visitarme. Ya sabes que el favor que me has hecho nunca será olvidado. Se fué el hombre y el arbolito se quedó.

37. EL ÁRBOL Y EL TECOLOTE

San Mateo Cajonos.

Esta era una noche de luna, en que iban caminando dos pobres viajeros, y al pasar por una sombra de un gran árbol, siguieron caminando y después de pasar de aquella sombra, oyeron el ruido de un chillido de un tecolote que estaba sobre ese gran árbol. Ellos dijeron:—¿Qué tendrá aquel hambriento que está chillando? Es necesario darle aunque sea un pedazo de tortilla dura. El animal les contestó:—Yo no les pido nada a VV. Puede ser que yo tenga más que comer que VV. y sin necesidad de viajar por ninguna parte, como VV. andan viajando, y apenas ganan que comer. Y ellos le dijeron:—Pues cállate, si no te estamos preguntando si tienes ganas o no. ¡Qué nos importa! Y nosotros también creo que no tenemos nada que ver contigo, y ni tú con nosotros.—Bueno pues, les dijo, sigan pues su camino, y háganme el favor de no meterse conmigo.—Arreglado,—dijeron; y continuaron su camino.

Poco después encontraron otro, y les pasó lo mismo. Pero éste era un camino muy largo, que tuvieron que caminar durante dos meses. Así pues que tuvieron que caminar más, y cuando llegaron a otro paraje, también encontraron otro animalito que también estaba sobre un pequeño árbol, casi a la cabecera donde iban a dormir. Pues tan cerca de la cabecera estaba que no los dejó dormir. Pero entonces ya no dijeron nada. No más se quedaron muy calladitos a la boca de aquel animalito. Era él también muy curioso que también no les dijo nada; sino que al contrario. Ellos creyeron que era algún animalito bajado del cielo, y tuvieron que hablarle;

y se le dirigieron de esta manera:—Buen animalito, perdónanos de una pregunta.—¿Qué clase de pregunta será, señores, que en caso de que yo pueda contestar, les contestaré; pero si no puedo, VV. me dispensarán. Pero como ya les digo, si puedo, lo haré con mucho gusto, y les responderé, y les diré todo lo que quieran.—Muy bien,—le dijeron,—y mucho te agradecemos. Eres un animalito muy fino. Nosotros hemos encontrado muchos animalitos, y todos han sido muy ingratos.—Sí,—les dijo;—solamente yo he salido muy bueno para todos y yo no distingo entre pobres y ricos, sino que siempre he hecho mucho bien para todos.—Pues lo que queremos decirte es esta pregunta: ¿Cuántos días nos faltarán para llegar a nuestro deseado viaje? El les dijo:—Pues eso les falta muy poco. Nada más que procuren andar mucho porque si no, les salen algunas culebras, que son muy terribles y que pueden devorarlos a VV. Pero por eso no se afliian. Yo les digo remedio para ello en caso que las fueren a encontrar. Y ellos le dijeron: —¿Qué clase de remedio es, animalito lindo?—Pues es muy sencillo para VV. que no saben todavía. Les voy a dar un remedio más fácil todavía. —Vamos a continuar nuestro camino.—Bueno,—les dijo;—ya les digo lo que van a hacer. Tengan mucho cuidado. Tengan mucho cuidado con lo que les he dicho.—Ya le hemos puesto cuidado,—le dijeron,—y continuaron su camino.

Al cabo de quince días, llegaron a aquel lugar señalado. En esos momentos estaba aquel horrible animal, y se prepararon para pegarle un solo tiro. Pero por desgracia, sus rifles se les habían descompuesto. Se habían humedecido por el frío y la lluvia. Entonces a la vez dijeron:—Ahora sí, nos hemos perdido, porque este animal nos va a comer. Y algunos nos dijeron que no hay que afligirnos nada. Dios nos ayudará. Entonces lo que hicieron fué que uno se regresó para donde estaba el animalito, para consultar con él de lo que les había pasado. Cuando llegaron, estaba el animalito durmiendo sobre un arbolito, y desde luego lo vió y le dijo:—Perdóname, buen pajarito, que vengo a molestarte.—No hay cuidado; ya saben lo que les dije desde un principio.—Pues nos ha pasado lo siguiente. Al llegar a aquel lugar en que estaba aquel animal, nuestras armas se descompusieron al disparar a ese animal. Por eso me mandaron para que yo viniera a consultar contigo, para ver qué hacemos.—Pues hombre,—le dijo el animalito,—¿qué cosa han hecho entonces?—Pues nada,—le dijo el hombre.—¿Y por qué no regresaron luego? No que están ahí junto a ese animal, tan horroroso.—Voy a decirles que vengan pronto.

El hombre se fué inmediatamente para decirles lo que podían hacer. Ellos le dijeron:—Muchas gracias animalito; eres muy bueno. Estamos seguros que nunca encontraremos un animalito tan bueno como tú.—Ya lo creo,—les dijo,—si pocos son los que les gusta platicar con VV. Así como yo ya llevo muchos años de trato con los pobres que absolutamente no saben nada de lo que yo sé.—Pues ya lo creo,—le dijeron. ¿Quién va a saber tus virtudes? Por eso estamos muy agradecidos contigo.—Pues no tienen qué agradecerme, porque yo estoy especialmente para enseñar al pobre que no sabe. Ya saben pues que estoy dispuesto para servirles. Cualquier cosa que VV. no sepan vengan a consultarme y verán qué bien les va a ir

conmigo.—Pues estamos contigo también, para hacer lo que gustes, para pagar esos tantos favores que nos estás haciendo.—Pues para llegar a ese lugar donde se hallan esos animales, que no todos los días están ahí, yo les diré. Hay veces que están y hay veces que no están. De esta manera pueden hacer. Si están, éstos han de estar en la orilla de un camino muy grande, con el fin de no dejar que pasen los pasajeros o viajeros. Pues cojan una poca de tortilla, y les tiran y verán que luego se van. Y después VV. cojan sus rifles y los disparan a un solo tiempo con eso que les toca; porque si no, se regresan para donde están VV. y entonces los muelen. Por eso les digo que apunten muy bien, para que vayan a caer de un solo disparo, porque ya les digo lo que pasa si no disparan a un solo tiempo.—Pues muy bien, mi querido amigo,—le dijo el hombre;—nos iremos inmediatamente a verlos, que volverán por donde estuvo el animalito. Y luego regresaron, y al llegar adonde estaba aquel lindo animalito, le dijeron:—Ya ves nuestra suerte, querido animalito.—Eso no hay que afligirse de esas babosidades; muy pronto tendrán que irse luego. Y ven como la segunda vez ya no encuentran nada; pero en caso de que estén todavía, voy a darles una cosa para que les echen. Con eso ya no les hacen nada.—Muy bien,—dijeron.—Si ya no está ¿qué vamos a hacer con esta cosa que vamos a llevar? —Pues no hacen más que dejarla allí, y ahí irán cuando gusten.

Y se marcharon otra vez esos pobres viajeros; pero continuamente encontraban alguno que los asustaba; pero recordando de la virtud de aquel animalito, se animaban entonces y decían:—No hay que temer nada, que ahí tenemos un animalito que nos salva. Pues vamos a seguir sin ningún temor. Y se fueron marchando. Después de algunos días, volvieron a llegar donde estaba el animal aquel. Pues entonces no estaba. Y dejaron aquella cosa que dijo el animalito, y dijeron:—Hombre, ¡qué bueno está eso, que no esté ese animal terrible! Nos vamos a marchar muy pronto para que en caso de que ese animal nos quiera alcanzar, ya no nos agarra en el camino sino en la población. Allá estaremos y ahí si no puede entrar. Entonces se fueron muy de prisa y al llegar a aquella población, dijeron: —Ahora sí, ya llegamos, ya no hay cuidado. Ahora que venga ese animalote, con eso que lo matan aquí. Pero, si viene, al pasarnos, quien sabe qué nos pasará. Pues vamos.

Y se estuvieron en aquella población diez y ocho días, y después emprendieron su marcha, que era de vuelta a su querido pueblo. Pero entonces ya no tuvieron que lamentar ninguna desgracia, y después de haber caminado durante veinte días llegaron donde estaba el animalito, y les preguntó que si como les había ido. Y ellos le contestaron:—Pues nos fué perfectamente bien.—Muy bien,—dijeron los demás.—Mil gracias, pues que les vaya muy bien,—dijo el animalito. Aquellos pobres viajeros venían por el camino muy asustados, diciendo:—No nos vaya a salir aquel horrible tecolote, y nos vaya a decir como nos dijo cuando pasamos. Al llegar al paraje vieron al animal, que estaba en el mismo árbol en que lo habían visto la primera vez; pero entonces ya no les volvió a decir. Estaba muy entretenido con el árbol, y ellos estuvieron no más escuchando que platicaba de esta manera.

Le decía el árbol:—Es necesario que te vayas de aquí, porque ya yo estoy muy cansado, por tanto tiempo que llevas de estar aquí sobre mí. Y le dijo el tecolote:—No te ofendas, porque te tengo que premiar; no creas que no más estoy aquí. ¿Sabes tú que he permanecido aquí tanto tiempo, porque tengo que arreglar un asunto muy interesante?—Pero quiero que me digas primero,—dijo el árbol. Y le dijo el tecolote:—Hasta que no arregle nada, no te digo. El árbol dijo:—Pues entonces no; véte de aquí, antes que yo te tire al suelo.—No seas mal amigo,—le dijo el tecolote,—déjame estar otro rato, y verás lo que voy a hacer.—Pero ya sabes, si dentro de seis horas no te vas, te corro.—Pero ni tampoco creas que yo me dejo. Si eres malo conmigo, yo también soy malo cuando son malos conmigo. Entonces dijo el árbol:—No es que yo sea malo contigo; pero como tú no tienes una poca de paciencia.—¿Pues qué más paciencia?,—dijo el animal,—tantas veces que me has corrido.—Bueno, por eso te he dicho muchas mentiras. Ahora, si quieres quedarte aquí toda la vida, quédate.—No, tampoco no me puedo quedar toda la vida aquí, cuando más permaneceré aquí serán unos seis días porque no más estoy esperando a unos viajeros, para que cuando pasen voy a seguirlos y a molestarles, porque yo he de vengar lo que me hicieron. Una vez que pasaron por este camino cuando me vieron que estaba yo sobre un árbol entonces me dispararon tres balazos, porque venían armados. Pero por suerte que no me tocaron. Por eso es que quiero vengarme de esos malvados; porque si nada me hubieran hecho, nada les hiciera yo. Entonces dijo el árbol:—Deja la venganza; si no, te va a costar muy caro. Véte y verás lo que te digo y te acordarás de mí. Entonces dijo el tecolote:—Pues yo creo que no me voy entonces. Hay que obedecer. Si no, me va a ir mal. Pero si tú quieres que yo permanezca, entonces me quedaré.—Pues quédate, con tal de que no vayas a hacer mal alguno, porque a mí no me gusta que vayan a molestar a los pobres caminantes. ¿Que no ves que esos pobres andan viajando por esos caminos? El tecolote le dijo:—Pues yo no estaba haciendo nada, sino que ellos luego que me vieron sobre el árbol me dispararon como cinco balazos y entonces me fuí luego.—Deja eso. Ya pasó todo,—le dijo el arbolito.—Pero si te vuelven a hacer algo otra vez, entonces los persigues hasta donde más no puedas. Ése es el permiso que te doy. —Muy bien,—dijo el tecolote,—los dejaré por hoy pues.

38. CUENTO DE UN ÁRBOL

Yalalag, Villa Alta.

Un árbol estaba un día muy hermoso y los muchachos iban a verlo todos los días y allí estaban ellos cuando llegó el dueño del árbol y les dijo a los niños, qué cosa estaban haciendo y mirando, y los pobres niños le dijeron al dueño del árbol que estaban mirando su árbol porque era muy hermoso. Y así fué que el dueño regañó a los pobres niños, y ellos se fue-

ron a quejar con sus maestros, como eran de la escuela. Y así fué que no les dijo nada. Y cuando llegaron, el profesor estaba parado en la ventana de la escuela, y él no les dijo nada. Cuando fueron a la casa de su maestro, el maestro se enojó con ellos y él no quiso que se pararan en la silla de su maestro. Y así fué que él no dijo nada, hasta que llegó una muchacha que era su discípula y le dijo:—¿Quién es ése que está en la silla de mi maestro? Entonces le dijo ella:—Quítate de la silla de mi maestro. Y le dijo que no quería quitarse de la mesa. Pues así fué que el maestro estaba muy enojado, porque el muchacho no quería sentarse en otro lado. Y fué que no se quiso quitar de la silla del maestro, ni se quiso salir de la escuela, ni quitarse de la silla hasta los ocho días, que fué cuando el maestro le pegó y lo mandó que lo llevaran a la cárcel; y hasta la fecha no se ha visto. Y así fué.

39. EL ENCINO Y EL OCOTE

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

—Continuamente nos contaban las historias de los árboles,—decía una abuelita. Sus nietecitos le decían:—Querida abuelita, nosotros quisiéramos, que V. nos relatara algunas.—Bueno, pero pongan cuidado, para que esta historia, tan linda, les sirva para sus hijos que vengan después. Porque es seguro que es muy bonito saber esa historia de esos seres inanimados; pues parece que no hablan. Si tuviéramos la dicha de los más antiguos abuelos de oír conversar a los árboles, y oirían qué voz tan linda y tan sonora tienen, pues según nos cuentan. Empezaremos. Ya les digo que escuchen atentamente la historia porque tal vez ya no vuelva otra vez a contarla o repetir la misma otra vez. Se sentaron los niños a su lado.—Escuchen atentamente la historia. Pues es lo que sigue.

Éstos eran dos árboles, un ocote y un encino. Conversaban de esta manera. Dijo el ocote:—¿Cuándo llegastes, mi buen amigo? ¿Cómo te va? ¿Qué tal? ¿Qué dices de tu buena vida?—Pues ya me ves aquí regular de salud. Ni bien ni mal, sino que como siempre,—le dijo.—Vine a visitarte no más, porque creía que te habían cortado ayer. Andaban muchos hombres por allá arriba, tumbando varios de nosotros. Pues tumbaron uno de mi familia. Quien sabe si lo conocerías. Entonces el encino le contestó: —Puede ser que si lo haya conocido, pero quiero que me lo describas. ¿Cómo es, para ver si lo conozco?—Pues es uno alto,—le dijo el ocote,—más alto de todos los que hay en la selva. El es el rey de ellos.—¿Y cuántos años tiene?, le preguntó.—Apenas treinta años tiene,—dijo el ocote.—¿Y tiene familia?,— —le preguntó el encino.—Sí, tiene un hijo, que apenas tiene tres años.—Vaya, ya es grande. Ya no necesita mucho cuidado.—Ya no tanto,—dijo el ocote,— pero sin embargo, es muy triste que haya desaparecido de su padre,—dijo el ocote.—Pues mucho cuidado. Su padre le prestará una gran utilidad al hombre. Por eso lo cortaron, y dijo lo que hicieron con él. Pues después

de que lo tumbaron lo partieron y lo dejaron que se oreara un poco, y luego vinieron por él con cuatro pares de yuntas. Como se había caído entre un arroyo muy *intuneante*, pues tuvieron que traer otro par de yuntas más potentes. Y luego las unieron ellos con las demás que ya estaban allí, y con unas palancas muy fuertes, para en caso de que se atorara con alguna piedra, ellos luego iban a sacarla y los toros apenas aguantaban, con ser que eran seis. Ya una vez que habían llegado a una gran llanura, entonces ya no les costó tanto trabajo como al principio. Si yo pensé que ya lo iban a dejar allí; pero siempre hicieron un esfuerzo para sacarlo de allí. Pues ¿para qué? Aunque sea desde aquí lo contemplo. Entonces volvió a decir el encino:—Vuelvo a repetir como dije antes. No tienes tú que pensar de él, porque quizá él sea más feliz que nosotros. ¿Qué sabes tú para qué vendrían a tumbarlo? ¿Cómo no tumbaron a los demás que estaban cerca? Seguro que no estarían buenos, por eso.—Pues entonces me convences,—dijo el ocote.—Pues sí, hombre, hay que convencerse,—dijo el encino.—Un rato después dijo el encino:—Pues, mi amigo, hay una cosa que me llama la atención mucho contigo.—¿Cuál, mi querido amigo?,—le dijo el ocote.—¿Por qué te sientes mucho por eso amigo? ¿Que no ves que todos tenemos que pasar por esa vida?—Bueno, ya sé que todos pasamos, pero siempre da sentimiento como es mi familia,—dijo el encino.—Si yo tumbara uno de mi familia, lo sentiría tanto como tú.

Después de haber conversado mucho tiempo,—Pues bueno,—dijeron los dos,—doblaremos esa hoja; vamos a continuar de otro modo que sea diferente, de lo que hemos hablado. Siguieron conversando de otra cosa muy distinta. Dijo el encino:—Quiero que nos hagamos compadres, ¿no amigo?—¿Cómo no? Con mucho gusto—le respondió el ocote.—Pero antes de todo, quiero que me anticipes una cosa. ¿Qué clase de compadres? ¿De matrimonio o de bautismo?,—dijo el encino.—¿De qué manera?,—le preguntó el ocote,—¿pues que tú nunca has sido un compadre de alguna persona?,—le dijo el encino.—Sí, tengo muchos compadres, pero según creo yo, ha de ser diferente de V., porque cada quien tiene sus costumbres.—Ya sé eso,—dijo el encino,—pues nosotros por costumbre tenemos de este modo: si es de matrimonio, el compadre tiene que ir a la casa de la muchacha con él con quien se va a casar, para que le lleve a la casa del muchacho; y una vez que éste va a la casa del hombre, entonces tiene que ir a traer la música también. Ya una vez que está todo arreglado, se va a la casa del padrino a traer a la familia. Con eso vendrán a gozar de la fiesta.—Pues muy bien, me conformo,—contestó el ocote. Y los gastos ¿quién los hace?,—le preguntó.—Pues el padrino,—contestó el encino.—¿Y qué tanto será?,—dijo otra vez el ocote. —Pues según calculo yo, no llegarán a quinientos. Pues eso no es nada. Algunos que gastan hasta la suma de mil pesos.—Eso sí no me comprometería. Pero V. sabe muy bien que no somos muy ricos. Muestra que VV. tienen mucha plata.—¿Pero en qué consiste entonces?,—dijo el encino.—Pues quien sabe,—le respondió el ocote.—¿Y VV. ¿cómo celebran la fiesta?,—le preguntó el encino.—Pues nosotros celebramos nuestras fiestas de casamiento muy sencillas. Cuando más gastan allí unos trescientos pe-

sos. Eso es si es un gran casamiento de algún rico; pero si es de algún pobre, no gastan más de unos doscientos pesos.—Pero eso me llama a mí mucho la atención. ¿Con esa suma tan enorme, ¿qué hacen VV.? Pero sin embargo me comprometo, si no pasa de quinientos pesos,—dijo el ocote. El encino le dijo:—Pues no tengas cuidado. Yo le ayudo. No hay cuidado cosa que seamos compadres; porque así lo deseo mucho.—Pues entonces lo acepto,—le dijo el ocote.—Desde este momento ya somos compadres, —dijo el encino.—Arreglado,—dijo el ocote.—¿Cuándo son las fiestas?—Pues tal vez dentro de una semana,—dijo el encino.

Después de un buen rato,—dijo el ocote:—Se me ha olvidado una cosa. —¿Cuál es?,—dijo el encino.—De preguntar a V. cómo se llama su hijo; que si se va a casar y con quién y cómo se llama.—Pues mi hijo se llama Pelfa y la muchacha se llama Manihualca, hija de un señor llamado Manchistereo.—¡Qué nombres tan raros!,—le dijo el ocote.—¿Pues qué quiere V. que se haga? Mi hijo lo quiso hacer así.—Pues eso no más quería yo saber. Conque queda todo ya listo. Ya me voy. Entonces yo vendré cuando sea la hora. Hasta después.

Al cabo de despedirse, en ocho días, se presentó el compadre y le dijo: —Ya es hora. Y el encino le contestó:—No, todavía no es hora, porque figúrese V. que se enfermó la muchacha. Ahora será hasta de ocho días con toda seguridad. V. dispensará la molestia, para venir de aquí a ocho días.—Pues eso no hay cuidado, compadre,—le dijo el ocote.

Se fué a su casa y le dijo su familia:—Nosotros estábamos esperando que vinieras para que fuéramos a la fiesta. Y él dijo:—Pues que no ven que siempre no se verificó porque la novia estaba enferma y ahora tengo que volver a ir dentro de ocho días a ver si pasa lo mismo? No, entonces ya no vuelvo a ir más.

A los ocho días se presentó el padrino y al llegar, le dijeron:—Estamos esperando a V. para pedir la dispensa de la molestia que ha vuelto V. a tomarse.—No hay por qué,—dijo el padrino.—¿Cómo no?,—le dijeron.—Ahora estamos seguros que ya V. no quiere tomarse la molestia de volver a venir dentro de ocho días, porque el novio está malo ahora. Entonces le contestó:—Pues lo siento mucho que ha estado malo; y se fué sin despedirse de nadie. Volvió el pobre compadre y llegó a su casa. Ya ni le volvieron a decir nada.

El encino dijo después:—Ya no vuelvo a buscar un compadre ocote, porque son muy pobres. Mucho le duele gastar unos cuantos pesos. Mejor busco uno de nuestro origen.—Vale más,—le dijeron.—Pues por eso precisamente, ya no quise aceptarlo,—le dijo,—por no correrlo. Le dije que unos estaban enfermos y él se fué muy enojado; pero eso poco importa. Conque ya no volvamos a verle la cara, ya está.

Conque se quedó así no más. El hijo del encino se casó, pero después de mucho tiempo, y buscó un compadre de la misma clase.

40. EL OAJAL Y EL FRESNO

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Pues éste era un oajal y un fresno. Dijo el oajal al fresno:—Si vieras qué gusto ma da al verte tan frondoso y fresco; mientras que yo casi siempre estoy pelón. Y eso es muy triste estar pelón.—No te entristezcas; no seas tonto,—dijo el fresno.—Y además de eso, soy de tierra cálida, donde nunca me riegan. Nadie se ocupa de mí, mientras que a ti mucho procuran regarte y te ponen en lugar de paseos, porque con tus sombras proteges a los habitantes que van allí.—¿Eso no más te aflige tanto? Deja eso a un lado,—le dijo el fresno. Vamos a platicar de otra cosa, que consuele un poco.—¿Cómo de qué será bueno?,—le respondió el oajal.—De una cosa que te voy a contar; pero ahí está que no te gusta si platico de nuestra vida. —Por vida tuya que no me hables de esas cosas. ¿No dijistes que íbamos a cambiar de nuestra conversación?—Pues también, si puedo voy a contar una historia,—le dijo el fresno,—pero quien sabe si te convenga.—Pues sea lo que fuera,—le contestó el oajal. Con tal que sea tuya y no mía.—Pues pasó lo siguiente:

Como tú sabes muy bien, llegó una época en que todos nosotros teníamos nuestros dedos, o nuestros ojos. Pues esa época es muy triste para nosotros en general, todos los habitantes; pero también viene una época muy agradable para nosotros. Nos retoñamos unas hojas muy verdes y espléndidas, y nuestras sombras son, entonces una delicia para los pastores del campo, porque vienen a descansar debajo de nuestras sombras, y nosotros quedamos muy satisfechos. Es cierto que nosotros no producimos ninguna clase de frutas, mientras que VV. sí. Pero te diré una cosa, que sus frutos son muy despreciados, porque no a todos les gustan porque producen un aliento muy desagradable para el que lo come. —Mi amigo,—dijo el oajal,—dispénsame que yo me sienta muy lastimado por lo que acabas de decir. No hay que sacar los defectos que tiene cada uno, porque si nuestro destino ha sido así, creo yo que no tienes que criticarnos. Y si yo te dijera te aseguro que luego te enojaras.—Pues dímelo,—le dijo el fresno,—verás como lo voy a sostener.—No, porque entonces habrá un conflicto, y perdemos la amistad que tenemos.—Pero ¿qué cuidado se te da?,—le dijo el fresno,—siempre no es bueno, porque a mí, no quiero vivir enojado con mis amigos. Yo siempre me gusta vivir en armonía con todos. —Bueno,—dijeron ambos,—dejemos estas cosas. Hasta aquí no más.—Quiero que platiquemos de otra cosa.—¿Pero de qué cosa?,—dijo el oajal.—Cambiemos de conversación. Vamos a tratar de una cosa muy lejana de nosotros, para que no tengamos ningún disgusto.—Pero ¿de qué será bueno?, —dijo el oajal. Empezó el fresno:—Ya sabes que voy a referirte mis histo-

rias. Son muy sencillas, pero muy curiosas.—¿Cuáles son?,—le dijo el oajal.—Pues es así como sigue: Un día que estaba yo muy triste porque me había herido un hombre con su machete; después de que me hirió, me echó en la lumbre; de ahí me convirtió en ceniza para abonar su terreno. Pues para ambas cosas sirvo yo para el hombre; ya sea para el abono, ya sea para que los terrenos produzcan bien, y el hombre obtiene a la vez, una gran riqueza. Por eso, no se me da cuidado, con haber sido fresno.—¿Esa es toda tu historia?,—le dijo el oajal.—¿Pues qué más quieres? Ahora cuéntame algunas de las tuyas.—Pues creo que yo sirvo igualmente como tú, y puede ser que yo tenga o mi ceniza sea más rica que la tuya. Ya ves, te irritas y después no quieres que uno te critique.—Pues, muy bien, amigo, terminaremos hasta aquí no más, y cada quien que coja su camino.

41. LA PIEDRA Y EL ÁRBOL

Yalalag, Villa Alta.

Pues éstos eran dos seres inanimados. Era una piedra y un árbol que conversaban de la manera siguiente: Le decía el árbol a la piedra:—Pues yo soy un ser que tiene un sentido más desarrollado que tú y más sensible y también si no me cuidan me moriré de hambre, mientras que a ti, no te cuida nadie. Así es que convéncete que tú eres un ser más bruto que todo lo que existe en la tierra. La piedra se quedó pensando, y después de un momento dijo:—Pero qué desagradecido es este mundo, que me considera tan más inferior de sentido. Y dijo el árbol:—No hay que desconsolarse, supuesto que tu suerte ha sido así, porque cada quien tiene su destino en este mundo. Dijo después:—También soy útil al hombre.—Pues sí, hombre,—dijo el árbol,—hay que consolarse, porque si vamos a estar pensando en nuestra suerte, se entierra uno más. Por eso yo no pienso nada. Estoy conforme con lo que soy.

Después de hablar un buen rato, dijeron:—Vamos a continuar nuestra plática, pero muy distinta de lo que hemos conversado, y que ésta sea una cosa más consolable, y que no nos entristezca, como lo que acabamos de hablar. Y dijo el árbol:—Querido amigo, yo no quisiera entristecerte, pero siempre por lo general me viene un pensamiento de nuestro origen, muy vago que nos hace tristes. Tú me dispensarás todo esto. Y entonces dijo la piedra:—Pues querido, tú también me dispensarás, pero yo no quisiera decirte nada sino puras cosas que no me convienen.—Pero amigo, no te he contado una conversación muy curiosa, quizá que te convenga más que de todo. Voy a contarla, a ver si así te consuelas un poco.—A ver, mi amigo,—dijo la piedra,—te felicito mucho si cambias nuestra conversación.

Empezó el árbol diciendo:—Una cosa en esta vida nos hace muy felices.—¿Cuál es?,—dijo la piedra.—Es esto que nunca has oído, por eso siempre estás triste. Pero fíjate y verás como somos felices aunque so-

mos seres irracionales. Pues es que nadie es como nosotros felices. Porque cuando nos hieren, no sentimos nada, mientras otros seres que existen en la tierra son muy sensibles.—Eso es muy feo. Porque apenas los tocan, corren,—dijo la piedra.—Eso es precisamente que faltan, y es una desgracia más grande.—No, hombre, dijo el árbol. ¡Qué va a ser desgracia! Antes al contrario, debías de estar muy satisfecha.—Dispensáme que no estoy conforme,—dijo la piedra.—Pues bueno,—le dijo el árbol.—Yo creía que estabas contenta. Con eso te voy a decir otra cosa. Ahora según me parece, es algo bien para nosotros.

Entonces dijo la piedra:—Ya no digas nada mejor. ¿Por qué tú me conversas unas cosas que me dan dolor de cabeza? Dijo otra vez el árbol: —Pero qué, querida amiga ¿es decir que tú no estás contenta con mis pláticas? No creas que hemos platicado mucho todavía. Me falta que conversarte mucho, y cosas bonitas. No de lo que hemos platicado.—Te felicito mucho si me conversas otra cosas que no sea como lo que me has platicado,—dijo la piedra. Entonces le dijo el árbol:—No es necesario que me felicites, porque no creas que lo merezco. Empezaremos pues, nuestra historia, que te he prometido relatar. Pues es la siguiente. ¿Sabes por qué te digo que somos felices? Porque fíjate bien, y verás como somos muy útiles al hombre. Todos nos necesitan, ya sea para construcción o para otra cosa, tanto tú como yo.—Sí amigo,—dijo la piedra, ese es el único consuelo que me queda.—Y hay otra cosa también,—dijo el árbol.—¿Cuál es?,—dijo la piedra, con un tono interrogativo.—Pues es que tú y yo somos parientes muy cercanos porque fíjate y verás. Porque yo nazco sobre ti a veces. También nos nutres con tus abonos que vienen sobre ti. Pero no es eso lo principal. Es otra cosa que te voy a decir. Es que VV. han nacido durante el principio de la generación nuestra, que nosotros no sabemos si mañana viene y nos destruyen. Dijo la piedra:—Pues así nos ocurre también. Porque tú sabes bien que todos somos útiles a ellos para muchas cosas.—Pues bueno,—dijo el árbol. Dejaremos esas cosas. No hay que pensar nada.—¿Pero qué ya terminamos nuestra plática?—Pronto,—dijo la piedra.—¿Qué vamos a acabar?,—dijo el árbol.—Si quieres estaremos aquí todo el tiempo para relatar muchas desde nuestro origen.

Preguntó la piedra al árbol:—¿Sabes muchas historias?—¿Cómo que no?,—dijo el árbol,—nada más que no vayas a llorar porque son un poco tristes. Y también hay algo que nos alegre.—Pues quiero que nos cuentes las que son tristes,—dijo la piedra,—porque, la verdad, me viene una tristeza cuando tú cuentas esas cosas.—Pues bien,—dijo el árbol,—te contaré una cosa muy curiosa para que te pongas triste. Pero ten mucho cuidado y escúchame, y verás qué cosas tan más curiosas.—¿Cómo, de qué se trata?, —dijo la piedra.—Pues se trata de uno mismo. Figúrate que antiguamente nadie se ocupaba de nosotros. Unos hombres que habían desde un principio no sabían utilizarnos de nada. Pues en esa época vivían unos hombres muy flojos. Hasta hace poco que comenzaron a utilizarnos y nos da orgullo ahora, porque producimos una gran riqueza al hombre y a todo el mundo.

Y dijo la piedra:—Pues también nosotras creo que somos muy finas y

no valemos mucho, pues también nosotras creemos que somos de mucha más riqueza que VV. porque hay algunas que somos todo de oro. Pero también el que nos busca nos encuentra con mucho trabajo, porque estamos hasta en la profundidad de la tierra. A veces allí quedan sepultados algunos pobres por sacarnos.—Ya entonces VV. son de mucho más peligro, —dijo el árbol,—mientras que nosotros no; parece que nosotros creemos en la superficie de la tierra. El único trabajo que les cuesta para cercarnos es de darnos de comer. Si no, nos morimos de hambre.—Con razón,—dijo la piedra.—Pues como ya hemos platicado ya hace rato y tanto que te entristeciste, no hay que hacer eso, sino que al contrario, hay que enorgullecerse. —Pero,—dijo la piedra,—tú debes de pensar una cosa.—¿Cuál es?,—preguntó el árbol.—Que nos digas un poco sobre nuestros antepasados. Porque estoy seguro que han vivido también antes que nosotros, muchas individuos.

Respondió el árbol:—Pues de lo que sé de esos viejos, es muy poco y quien sabe si te guste. Porque sé que a ti no te gustará más que cosas que nos refieren de alabanzas. Estoy seguro que a ti no han de gustarte.—Pues a ver,—le dijo la piedra,—sea lo que fuere, porque en este mundo todo prueba uno, no solamente las alabanzas.—Precisamente, eso iba yo a decirte,—le dijo el árbol.—Y también yo soy quien te va a quemar—le dijo.—Pues ¿cuándo?,—le dijo la piedra.—Pues esto es nuestro destino,—le dijo,—aunque no todos lo pasamos, pues siempre hay que satisfacerlo. Pues es el siguiente: ¿Has tú visto unos hornos de barro?—No,—contestó la piedra. —Pues esto lo voy a describir como es, y verás que cosa tan rara y que forma tan rara a la vez. Pero fíjate bien y imagina que estamos hasta dentro de una cosa como de una rueda y que tenga unas tres varas de altura, y abajo tenga una abertura, y arriba otra, que es por donde se pasan los hombres para echarlas a VV. Dentro de aquel cilindro de barro, pero antes de que las echen a VV. tienen que echarnos para que luego nos echen lumbre. ¿Y sabes para qué es esa lumbre? Para cocerlas a VV. hasta convertirlas en ceniza. Ya después se vuelven VV. un polvo muy fino, más que la harina. Y nosotros nos convertimos en ceniza. Me equivoqué en decirte que eran VV. quienes se convierten en cenizas; es que nosotros somos. Y tú ¿qué nos cuentas?

—Pues yo, amigo,—dijo la piedra,—sé muy poco. Y eso quien sabe si te gustará.—¿Cómo que no?,—le dijo el árbol.—Ya sabes que a mí si me gusta de todo.—Pues te voy a relatar una historia muy curiosa de unos animalitos. Pues una en que hacía mucho, diré de tal modo, que mis manos ya mero iban a romperse, cuando vino un pajarito a reposar sobre mis manos. ¿Qué podía ese pobre pajarito por el aire? Parecía que yo lo hacía de propósito. Y se enojó mucho y dijo el árbol:—Grosero, como no quieres que yo duerma aquí ahora. ¿Qué cosa tendrá?—Y si le pregunto,—dijo.—Yo estaba que me moría de risa, porque si vieras como bailaba el malvado pajarito de mohina. Y dijo:—Si yo hubiera visto a ese malvado que estaba moviendo las manos, y verá qué tunda le voy a dar. Por fin se fué a volar a otro árbol, y lo mismo le pasó.

—¿Te gustó ese cuento?,—le preguntaba la piedra.—No, estaba muy ba-

boso,—le dijo la persona—¿Pues quieres que yo te cuente otro?—Sí,—le dijo la piedra.—Pero que no sea como ese que acabas de decir.—Pero ya sabes que son cuentos referentes a nosotros mismos, no de VV. y después tú nos cuentas tus historias, que tratan de VV. mismos también.—Pues éste era un hombre que tenía mucha familia, y como vió que era un gran árbol, vino y dijo este árbol que su familia era tan grande que no sabía qué hacer para mantenerla, y tuvo que los hombres lo cortaron con todos sus hijos. Después vino una enorme culebra, que apenas acababa de llegar. Cuando salió la culebra, todos se huyeron despavoridos, y dejaron a todos sus hermanitos abandonados toda la orilla. Y dijeron cuando se fueron:—Mañana volveremos. Hemos de sacar nuestro oro y mañana vendremos con más hombres, y matamos ese animal. Al día siguiente llegaron muchos hombres y la culebra no estaba. Y las hermanitas, tampoco estaban. Dijeron:—¿Qué haremos?—Ahora ¿con qué valernos?—dijo la piedra.—Pues nos dió mucha lástima con aquel pobre hombre que había trabajado tanto para sacarme, pero que no sabía de qué modo. Pues voy a verlo. Pues ese hombre ha trabajado tanto. Y le dije:—No seas tonto, para que tú puedas obtenerme no se necesitan tantos hombres, ni tantos trabajos. Tú solo puedes sacarme. Que se vayan y yo te diré de qué manera me vas a sacar. Es muy fácil. No te va a costar nada de trabajo. Y dijo el hombre a sus compañeros:—Pues amigos yo quisiera que se fueran mejor. No sea que vaya a venir la culebra y nos coma a todos. Es mejor que VV. se vayan; yo me quedaré aquí solo a ver qué pasa. Se fueron todos los hombres, y al rato le preguntó la piedra al hombre que si se habían ido todos, y le dijo que ya nadie estaba con él.—Bueno, pues, vente,—le dijo la piedra.—Haz una cosa. Coge una barretita y rómpeme y verás lo que es bueno. Pero ya sabes que me vas a vender muy caro, y verás qué rico vas a ser.—Bueno,—dijo el hombre.—Ésta es la única historia mía que yo te cuento, le dijo la piedra al árbol.—A ver cuándo platicamos otra vez,—dijeron unos a otros;—nos veremos. Se fueron.

42. EL ÁRBOL Y EL HOMBRE

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éstos eran dos árboles que habían crecido muy altos y con frondosas ramas. Cuentan que pasó un señor debajo de su sombra, que era como a la una de la noche. El árbol pues habló de esta manera al hombre:—Querido amigo, siento mucho decirte lo que me mandaron que yo te dijera. Aquel pobre hombre se asustó de manera espantosa, y le dijo:—¿Quién eres tú?—Pues yo soy el árbol,—contestó.—Tú eres árbol?,—dijo el hombre. Pues—¿qué mal me ha ido?, ¿cómo te vine a encontrar a estas horas? Te hubiera yo encontrado, cuando andaba yo con mi hacha. Si no, ya te hubiera despedazado, y ya hasta estuviera haciendo mi comida. Le contestó el árbol:—Pues ¡qué hombre

tan cruel eres! Yo no sabía que eras tan cruel. Ahora por ser cruel, te vamos a hacer una cosa. Nada más que ni chilles. El hombre le dijo:—¿Eso me van a hacer VV.? Donde me hagan algo, verán como llamo a mis amigos que están aquí muy cerca para que vengan, y los despedazamos a VV.—Pues amigo,—le dijo el árbol;—ya no te haremos nada; pero con tal de que te vayas cuanto antes, si no, hasta viene nuestro mayor y manda, para que VV. sean aquí presos. El hombre dijo:—Pues que vengan cien mayores de VV., a mí todo me es igual. El árbol dijo entonces:—Pues ya que VV. son tan bárbaros, que nosotros somos quienes les proporcionan la sombra para que descansen cuando hace mucho calor, y como también a la vida de los animales, y en general, somos de mucha utilidad a VV. y con todo eso, quieres que nos destruyan. ¡Qué hombres tan ingratos son VV.! Porque si nosotros no estuviéramos, habría un desierto, que no había donde calmar tanto calor. No tendría vigas para construir sus casas. Aquel hombre le contestó:—Pero yo no tengo la culpa, sino que tú eres quien estás amenazando a uno aquí. Porque me ves solo me quieres asustar. Pero, al contrario, te has equivocado, porque aunque no traiga yo mi hacha, puedo cortarte, o al menos herirte, si quiero. Mientras que tú no me puedes hacer nada. Cuando más, me asustas. Pero no quiere decir que tú me ganas. Así es que si quieres, seamos amigos o enemigos, como te parezca mejor. Estoy dispuesto a ser lo que tú digas. Y dijo el árbol: —Pues seamos amigos. Pues desde hoy ya nos reconocemos, como íntimos amigos. Pues yo quisiera que VV. nos hicieran una cosa.—¿Cuáles son sus deseos? En caso de que nos convenga, lo aceptaremos, y si no, no. Bajo esa consideración; vamos pues.

El hombre dijo entonces:—Pues yo, y en general todos, queremos que VV. tengan la bondad de que no vuelvan a asustarnos ni de noche ni de día. Dijeron ellos:—Pues nosotros siempre estamos en un estado de tranquilidad. Nunca hemos pretendido hacerles nada, y ni mucho menos asustarlos.—Bueno pues,—dijeron los hombres,—conque ya quedamos bajo esa consideración y desde este momento somos amigos.

Después se marcharon los hombres.—Pues así es bueno hacerles a esos malvados para que ya no nos vuelvan a asustar nuestros hermanos. Porque es cierto que somos amigos, pero siempre se estima uno más que a los árboles; por lo tanto, debemos amarnos más que nadie,—dijeron todos. Aplaudieron aquel hombre que habló de esa manera y dijeron:—Pues que seamos amigos de esos pobres, porque no digan que somos malos.

Pues pasó otro hombre cuando iba pasando, también fué otra noche.

Era como a las doce de la noche cuando le habló el árbol, y le dijo: —¿Qué anda haciendo por aquí? El se sorprendió.—¿Pero quién me habla? El árbol le contestó:—Yo soy, te digo. ¿Qué por qué andas de noche? ¿Qué vas a ver a estas horas? Puedes encontrar a alguien que te asuste, por estas horas.—Por la necesidad.—¿Qué necesidad tienes de andar a horas de la noche? ¿Qué no puedes andar o hacer lo que tienes que hacer de día? —Si puedo, pero no me alcanza el tiempo. Por lo cual, tengo a la fuerza que andar de noche. Me ha pasado una cosa.—¿Qué cosa te pasó?,—le pre-

guntó con tono interrogativo.—Pues he perdido mi toro. Es lo que ando buscando. Fuí muy lejos a buscarlo, y me cogió la noche. El árbol le dijo con mucho cariño:—Pues ya sabes que ya nunca vuelves a andar a estas horas. Ya te dije. Vete corriendo. Antes que vengas mañana, te diré dónde está tu toro. El hombre le dijo:—Muchísimo te lo agradezco. Ya me voy. Hasta mañana. Mañana vendré a verte. Con eso me haces el favor de decirme dónde está mi toro.

Al momento que el hombre se fué, llegaron los diablos y le preguntaron al árbol quién había estado a platicar con él. Y les dijo:—Pues hasta ahorita nadie, nadie ha venido.—¿Como que no?,—le dijeron,—ahora nos vas a decir quién, si no vamos a avisar a nuestro jefe, para que venga y le digas quién vino.—Pues vayan a avisar,—les dijo el árbol.—A mí poco me importa que venga el jefe de VV.—Los diablos se fueron a avisar a su jefe inmediatamente. El jefe dijo al árbol:—¿Por qué no quieres avisar quién vino? ¿Quieres ser destruido mejor o decirnos? El árbol dijo:—Pues como a VV. les convenga. Mas si quieren destruirme porque nadie ha venido aquí, ¿cómo quieren que yo les diga a la fuerza?—Pues por ahora no serás destruido, pero donde vuelvas a hacer así, entonces ya no tendrás perdón.

Y se fué el jefe. Ellos se quedaron haciendo la suerte, como éste era su gran trabajo. Era un oficio que ellos tenían y también el fin de encontrar a algún hombre para matarlo y comerlo. Pues aquel pobre árbol había salvado a aquel hombre, y él quedó muy agradecido. Al otro día llegó muy de mañana y saludó al árbol y le dijo:—Buenos días, mi querido amigo. ¿Cómo pasó la noche? ¿Qué les dijo a los salvajes? Y el árbol le contó su historia, lo que iba a ser de él. El hombre le dijo:—Pues aquí hay una cosita muy sabrosa, que nunca la has comido—¿Qué cosa es?,—le dijo él.—Pues es un poco de líquido para que lo tomes y para que crezcas más, y tengas fuerzas para soportar lo que vengan a jugar contigo. Y quiero ahora que me hagas el favor de decirme a dónde está mi toro. El árbol le dijo:—Mi querido amigo, quien sabe si pueda. Te voy a decir dónde, pero vas con mucho cuidado a sacarlo, porque está muy peligroso donde está metido allí por los salvajes que vienen aquí. Pero debes de ir a una hora fija, cuando ellos no estén; si no te agarran.—Pues bueno amigo, ahorita voy.

Se fué el hombre a sacar su toro de la cueva. Pues cuando llegó entonces vió a su toro, que ya estaba muerto. Solamente vió los restos del animal. Y dijo:—Pues no hay más que hacer que ir retirándome de aquí. Quedó muy satisfecho con su amigo, y se fué. Cuando llegó donde estaba el árbol, le dijo:—Querido amigo, estoy muy agradecido, porque ya no hubo tiempo, porque cuando llegué ya estaba muerto. Sólo los restos encontré. Y el árbol le dijo:—Pues querido amigo, lo siento mucho, pero qué vamos a hacer. Se fué el hombre y le dijo:—Pues a ver cuándo nos volvemos a ver.

Después de algún tiempo volvió a pasar lo mismo con este árbol.

43. CUENTO DE UN ÁRBOL

Simatlán, Simatlán.

Un árbol naranjo le dijo a un fresno:—Yo soy más rico y más mejor que tú. Y el fresno respondió:—¿Pero qué ventajas llevas tú sobre mí? El naranjo dijo:—Porque yo doy mis buenas frutas, que les gustan mucho a las señoras cuando pasean. Y el fresno respondió:—Yo soy el que más quieren en su casa, porque yo hago buena sombra y muy fresca. Todos se sientan a descansar en mis pies, y también sirvo para la carreta. Entonces el naranjo dijo:—Siempre yo soy el más ventajoso, porque cuando tengo mis frutas amarillas, estoy muy bien adornado. Me parezco a un rey de oro y cuando viene mi señor o mi señora a cortar mis frutas, y después las llevan a sus mesas y cuando comienzan a llegar sus amigos, luego empiezan a repartir mis frutos entre sus visitantes.—Yo también,—respondió el fresno, —porque no produzco fruto, por eso es que me quieren más. Porque no más en mi sombra ponen mis señoras su mesa, cuando ellos comienzan a tomar su refresco y luego dicen sus amigos:—¡Qué frondosa sombra tiene V., y dice otro:—yo voy a brindar delante de este árbol, por su hermosa sombra. Y el naranjo dijo:—Creo que yo siempre gano, porque a mí me buscan, y no quedan conformes cuando no me hallan. Y entonces responde el fresno enfadado:—Ni tú ganas de llevar ventaja, ni yo tampoco. Las que ganan son las hormigas, porque esas no respetan ni al que da más buen fruto, ni al que no da nada. A todo le entra en su barriga. El naranjo volvió a contestar otra vez:—Es mentira lo que dices. Ni la hormiga gana tampoco; el que gana es la muerte, porque cuando la muerte llega, esa sí que no respeta a nadie, aunque sea más bueno o más peor. El respondió:—Está bueno, está bueno. Hoy sí convencen tus conversaciones. Te he experimentado mucho. Sí, me has ganado. Con eso no tengo que decir nada más. Y ahora, en lo de lo adelante, vamos a ser unos buenos amigos, porque ya hemos pleiteado mucho.

44. EL ÁRBOL Y EL HOMBRE

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éste era un gran desierto en donde había solamente un árbol. Cuando pasó un hombre, el árbol le habló de esta manera:—Hombre, ¿a dónde vas? Aquel hombre quedó sorprendido y le contestó:—¿Quién eres? El árbol le respondió:—No temas nada. Nada te pasa. Yo soy amigo de los hombres.—Bueno, ¿pues qué quieres conmigo?,—le dijo el hombre. El árbol

le respondió:—No te molestes. No creas que te voy a hacer mal. Antes al contrario, te voy a hacer un bien. Verás como te va a ir muy bien.—Ya va tu vida,—dijo el hombre,—pero, ¿cómo voy a hablar contigo si no tengo conocimiento de qué clase de gente serás?—Pues no temas nada, hombre,—volvió a decir el árbol,—ya te digo que soy muy fiel para con los hombres, y más seré para contigo.—¿De qué se trata, pues?,—le preguntó el hombre,—para que yo me vaya de este lugar.—Pero espérate; no te apures tanto. Yo tendré cuidado de salvarte en caso de que te suceda alguna cosa. Ya sabes que estoy dispuesto a servirte a la hora que quieras.—Muy bien, ¿qué cosa quieres?,—dijo el hombre.—Pero antes de todo,—le dijo el árbol,—es necesario que continúes tu camino. Cuando regreses te platicaré muchas cosas. Pero ven en un día fijo para esperarte, porque si vienes cualquier día, te irá mal. Yo tengo una hora fija para conversar así que venga el día. —Pero muy bien,—dijo el hombre,—continuaré mi camino.

Después de algún tiempo llegó el hombre a un paraje donde se sentó para descansar y dormir toda la noche. Aquel pobre hombre, como era solo, al fin pasó la noche en aquel lugar hasta que amaneció. Entonces continuó su camino y llegó a la ciudad donde descansaba. Allí permaneció muy poco tiempo, y regresó luego y tuvo que pasar por donde estaba aquel árbol que le había hablado cuando la primera vez.

El árbol le habló y le dijo:—Cuidado que no vengas; si no, te pasa una cosa muy mala. El hombre le contestó:—¿Cómo no he de venir? Si no más voy a dejar mis cargas, porque pesan mucho.—Anda pronto, pues, sin pérdida de tiempo.

Llegó el hombre a su casa y le dijo a su familia:—Tengo que volver a irme violentamente, porque me urge mucho.—¿Por qué tanto?,—le preguntaron.—Me están esperando, me iría mal, por eso quiero irme luego. El hombre se fué en busca de aquel árbol. Cuando llegó a donde estaba, entonces le dijo:—Querido amigo, eres muy cumplido, porque has hecho lo que te recomendé. Ahora si mereces tu premio. Pero ya sabes que no te voy a dar uno verdadero, sino uno de virtud que te hará muy feliz para toda la vida. Porque si te doy premio de dinero resulta que disfrutarás de él muy poco tiempo, mientras que el premio de virtud no se acaba nunca, sino hasta que te mueras.—Pues muy bien,—dijo el hombre.—Antes de todo,—le dijo el árbol—quiero que me hagas el favor de ir allá arriba,—y le enseñó una gran montaña llena de oscuridad de bosques. Nuestro hombre siempre temía algo al ir a aquel bosque. Al llegar, entonces todos los árboles le hablaron y le dijeron:—¿Quién te mandó, hombre? ¿Qué no ves que aquí se pierde cualquiera que viene, desde el más vivo hasta el más tonto?—Pues a mí me mandó aquel árbol que está allá, que es el único que está en aquel lugar tan desierto. Entonces le dijeron:—¿Qué te dijo que vinieras a hacer aquí, amigo mío?—Pues me dijo no más que viniera y no me dijo con qué fin. No más me mandó.—Pues ha hecho muy mal. Aquí es un lugar muy malo.—¿Qué haré entonces,—les preguntó.—Pues te voy a dar un consejo. Vete antes de que llegue la noche, porque si no, te comen los animales feroces.—Muy bien,—dijo el hombre,—y emprendió su viaje.

Cuando llegó el hombre donde estaba el árbol que lo había mandado, entonces el árbol le preguntó que cómo le había ido en su viaje. Y él le dijo que muy mal. Le dijo:—¡Qué ingrato eres! ¿Cómo me fuiste a enviar a un lugar tan terrible? Y el árbol le contestó:—Pues amigo, para ganar algo hay que sufrir un poco, porque el que quiere ganar la gloria tiene que andar penando en la vida.—Muy bien, querido amigo,—le contestó el hombre,—pero creo que no es necesario sufrir tanto.—Oye lo que te voy a decir,—dijo el árbol,—los hombres que no sufren tanto no ganan nada; no más que para esta vida, mientras que tú si vas a ganar muchísimo durante toda tu vida. Y después de ella también gozarás de una cosa muy agradable. —Pero quien sabe si no me estés engañando,—le dijo el hombre. Y él le respondió:—No hombre. ¿Cómo te voy a engañar? Es necesario que confíes en mis palabras. Ten confianza en mí y verás qué bien te va a ir. Te voy a dar un consejo también. No vayas a hacer caso de lo que te digan las gentes por ahí, porque sé que te dicen muchas cosas. Y por eso te digo que no hagas caso. No creas que no he hecho lo que te dije. Todavía falta mucho, pero ten un poco de paciencia.—Pero ¿cuándo será?,—le preguntó el hombre.—Pues cuando más tarde será dentro de unos dos años,—le contestó el árbol. El hombre se admiró y dijo:—¿Tanto tiempo?—Pues eso es nada, hombre. Ha habido algunos que han esperado más tiempo. Antes este plazo que te pongo es muy corto. Y entonces le dijo el hombre:—¿Pues que ha habido algunos que esperan tanto?—Pero muchos, no solamente unos cuantos. Ya te digo que son muchísimos.—Pues entonces, esperaré, —le dijo el hombre. Aquel hombre quedó consolado y dijo entre sí:—Pues voy a ver que pasa. Hay que aguardar más para ver la suerte que ha de llegar, pues creo que tarde o temprano tengo que ver algo de mi suerte, porque en esta vida, todo se espera, ya sea cosa buena o cosa mala. Confío pues, en la palabra de este amigo. ¿Andará arreglando este hombre? ¿Que será cierto? ¿O no más porque no le diga nada, por eso me dice así? Y los demás decían:—Pues no hay que decirle nada. Vamos a esperar un poco de tiempo. Pero en caso de que no veamos nada, entonces vamos a repelar. Se convencieron de esta manera, hasta que después muchos dijeron:—¿Cuál será el resultado de este hombre? Si no vemos nada dentro de unos dos meses, estoy seguro de que lo mejor es ir a sacarlo afuera de la casa. Que se vaya de una vez, no que no más nos está engañando tanto tiempo. Ya es tiempo de que le digamos que es tiempo de que nos enseñe un resultado; a lo menos, que nos diga cómo va a obtener algo, sabiendo que todo el día está durmiendo.

Conque después de muchos meses, esperaron otra vez, hasta que se enfadaron, y entonces le dijeron:—Bueno, queremos saber cuales son tus productos que nos has dicho antes. Nos tienes aquí no más esperando. Si no lo obtienes, ¿qué cosa haces? ¿Que no ves que aquí estamos y somos muchos? Y él dijo:—Pues por eso no hay cuidado. Qué caso hacen VV. de semejantes cosas. Si yo estoy acostumbrado a esperar el día es porque sé que más tarde tendré una cosa muy buena, y entonces se pondrán muy contentos. Pues vamos a esperar un poco más tiempo.—Pues

ve dónde lo obtienes, porque si no, vas a ver como te damos de palos y como vamos a sacarte de aquí a patadas.—Está bueno,—dijo el hombre,—así son las buenas familias. Conque si lo hallo, que les diré a VV. donde me cojan, algo van a ver. No,—dijo aquel hombre,—no crean que lo que voy a obtener me va a durar unos tiempos cortos. Verán como me va a durar toda mi vida. Entonces ya no tendré necesidad de andar ahí con VV. y a la vuelta les pagaré todos los favores que me están haciendo. Y les suplico mucho que no se aburran si no les doy nada. Y ellos dijéronle:—Pues precisamente por eso ya queremos correrte de aquí. Porque si obtienes tal cosa ya no nos harías caso, mientras que nosotros nos estamos matando aquí por ti. —Por tus palabras, si de veras me vas a dar alguna virtud, quiero que me digas de qué manera vas a hacerlo.—Eso no importa. Estáte sin preguntar nada. Ya verás, cuando sea la hora.—Pero yo quisiera saber de qué manera vas a hacerlo,—le dijo el hombre,—no sea que después salga perdido. —Pero ¿qué no entiendes lo que te he dicho? ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Con una basta. No hay que desconfiar tanto.—Muy bien,—dijo el hombre, y se fué. Entonces le dijo el árbol:—Ahora sí, anda vete. Yo te hablaré cuando sea hora; con eso que vendas, y entonces te diré todas las virtudes.—Bueno, pues,—dijo el hombre,—ya me voy. Nos veremos dentro de muy poco tiempo por acá, porque tengo que hacer otro viaje, como el de antes, y por eso tengo que pasar por aquí otra vez.—Pero entonces te voy a decir una cosa, y es que no pases por aquí de noche, sino que procures pasar muy temprano. Si no, te comen los animales como ya te he dicho desde un principio. Es necesario que tengas cuidado; si no, ya no alcanzas nada.—Digo que me sirvan bien y yo les daré una recompensa. Y no sólo de lo que me estén haciendo, sino que mucho más. Y ellos dijeron: —Pero ¿qué diablos tendrá este hombre? Eso es lo que nos llama la atención con este malvado hombre que siempre pone pretextos.

Por fin llegó la hora en que nuestro hombre iba a partir para donde estaba aquel árbol que le había prometido infinidad de cosas. Le dijo a su familia un día antes:—Ya saben que mañana tengo que partir de aquí. Y ellos le preguntaron que para dónde iba.—Voy a buscar mi vida, como ya VV. no quieren que uno se esté aquí. Ellos estaban sin decirle ni una sola palabra. Dijeron al fin:—Que se vaya, al cabo que no hace nada más que estar durmiendo todo el día. Que vaya a ver dónde lo van a consentir con esa flojera que lleva.

Se fué aquel hombre el otro día temprano, sin despedirse de su familia. ¡Oh, qué triste fué la partida de aquel hombre! Pero en cambio, llegó a donde estaba el árbol, y éste le preguntó:—¿Dónde estás?—Lo que tenemos que hacer está bien,—dijo el hombre. Se fué alejando de aquel lugar, y después de muchos años llegó a su casa y su familia le preguntó que adónde había ido, que qué cosas fué a ver, a andar no más por ahí. El les contestó:—VV. no tienen que ver nada con lo que yo hago. Déjenme y ya está. VV. verán mis resultados que ando arreglando. Aquellas familias se quedaron pensativas, y decían:—¿Pero qué habrá en ese árbol que es

su esperanza? Pero para llegar tuvo que dilatar mucho tiempo, donde pasó sus penas de tal manera que le hicieron llorar.

Cuando llegó donde estaba el árbol, entonces le dijo:—¿Sabes por qué me vengo llorando? Porque pienso que qué tal si después de tantos sufrimientos me engañas. Y el árbol le respondió:—Por eso no tienes que temer Yo nunca he engañado a nadie. Estate ahí un poco, descansando.—Pues sí,—dijo el hombre,—y me salí de mi casa sin ni un pedazo de tortilla siquiera, porque mi familia está muy amuinada conmigo. Dicen que yo los estaba engañando. Por eso me vine.—Yo que tú les dijera adiós. Ahora verá tu familia. Cuando llegues no les hagas caso, como ellos no te han hecho a ti. —Está bien,—dijo el hombre. Después de haber permanecido allí algún tiempo, entonces le dijo el hombre:—Yo quisiera saber qué es lo que me vas a dar.—Pues una cosa que parece nada,—dijo el árbol,—pero si tú sabes manejarla serás muy feliz.—Pero ¿que tuvieras la bondad de decirme cómo se maneja?—¿Cómo que no? Con mucho gusto te lo explico. Pero pon mucho cuidado y verás como lo aprendes muy pronto. Éste es un arbolito muy pequeño, lo que te voy a dar, pero ten mucho cuidado de regarlo todas las noches y verás las cosas que te va a dar. Eso es lo único que tienes que hacer con él.—Está muy bien,—dijo el hombre. El arbolito se interesó mucho y le dijo el árbol:—Estoy muy triste, la verdad, porque es muy virtuoso mi arbolito, y además de eso, es el único que tengo.—No hay que afligirse,—dijo el hombre,—yo que he sufrido tanto, siquiera es mi recompensa. Y el árbol le contestó:—Precisamente por eso te lo voy a regalar porque comprendo que has sufrido mucho, y para que veas que no soy malo contigo y veas también que estoy muy agradecido. Porque si bien no lo fuera, no te daría yo nada.—Pues muchísimas gracias,—le dijo el hombre,—yo también estoy muy agradecido contigo; más que tú. Pues desde hoy somos íntimos amigos. Te doy mi palabra que a la hora que quieras estoy listo para servirte.—Bueno pues,—le dijo el árbol,—¿con que me prometes servirme a la hora que quiera?—Yo me voy entonces,—le dijo él.—Que vayas con Dios. Se fué aquel hombre. Después de haber andado unos días consecutivos, le habló el arbolito que llevaba:—Te voy a suplicar mucho que cuando llegues a tu casa no me vayas a enseñar a tu familia. Si tienes, no vayas a hacer nada de negocios hasta que yo esté escondido.

Se lo llevó y su familia le preguntó cuando llegó que si que cosa traía, y él les contestó que nada, en tono muy dulce. Y dijeron los de su familia: —Parece que no adivinamos lo que nos iba a hacer este malvado hombre. Ahora sí, no hay que hacerle caso desde hoy. Pero el hombre les dijo:—Ya sé lo que VV. me van a hacer. Pero ¿qué voy a hacer? Nada más que les voy a dar una cosa muy buena, para que vean que no soy malo. Y les regalaba unas hojitas de aquel arbolito, y les dijo que las guardaran bien porque eran una cosa muy virtuosa. Y después de mucho, cuando vió la familia aquella hojita, ya se había vuelto un cajón de dinero.

45. EL ÁRBOL COMIDO POR LAS HORMIGAS

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Estaba una vez un árbol muy bonito, y un chorro de hormigas salió una noche. Y este árbol estaba muy florido. Las hormigas subieron al árbol y dijeron:—Entre todas, aquí comenzaremos a comer estas flores. Y el árbol dijo:—No sean malas; no coman mis flores. Entonces las hormigas dijeron:—Pero nosotras ya no tenemos de comer. Ya tú bien sabes que en el invierno no se encuentra nada. Y el árbol luego respondió:—Hay otra cosa que VV. pueden buscar.—No,—dijeron las hormigas,—si tú dices eso nos comeremos todas las flores. Pues el árbol no quería y las hormigas comenzaron luego a cortar las flores. A la otra noche fueron a acabar todas. Y el árbol dijo:—Hoy sí ¿no me dispensarán? Que ya mis flores se acabaron. Entonces dijeron las hormigas:—Comenzaremos con las hojas, hasta no ver quedar más del puro tronco.

IV. CUENTOS DE ANIMALES

46. EL MACHÍN Y EL JARDÍN CON MUCHAS FRUTAS

Ixtlán, Ixtlán.

Mi padre me contaba, que un señor tenía un jardín con muchas frutas y que un animal le causaba mucho daño en las noches. Tenía tres hijos y entonces el padre les dice a sus hijos:—¿Qué hacemos con el animal? Mucho daño nos ha causado. Entonces el mayor de edad le dice:—Yo lo agarro y te lo entrego, pero para esto, necesito que tú me des unas reatas de lazar. Cogió el padre y le dió las reatas. Aquel muchacho cogió y puso los lazos por los árboles y se acostó a dormir. En la mañana, cuando amaneció, pues más daño había en los árboles. Su padre regañó al muchacho.

En la noche, le dice el otro, menor de edad:—Papá, yo voy ahora. Cómprame un almud de cacahuete y una vihuela y las mismas reatas. Y se fué él a aquel jardín y puso los lazos y se puso a comer cacahuetes. Ya que le fastidiaron los cacahuetes, se puso a hacer ruido con su vihuela. Ya que tenía sueño, se acostó a dormir y cuando amaneció, lo mismo estaba y si se ofrece, peor. Luego se fué su padre a verlo. Cuando llegó, estaba qui-

tando los lazos de los frutales, y le dijo:—¿Qué pasó? ¿No lo cogiste?—No, me fué mal.—Malvados muchachos. No más me han hecho comprar las cosas y no lo agarran. Entonces el más pequeño le dice:—Papá, mis hermanos nunca hacen una cosa buena. Yo iré, papá. Entonces el padre echa una carcajada muy fuerte, y le dice:—Tus hermanos que ya son grandes, no pudieron; contimás tú, chiquitín. Le dice:—No papá. ¡Mira! Cómprame dos arrobas de cera negra y yo te prometo traértelo mañana. Entonces el padre compró la cera negra y el muchacho la cogió y se fué. Llegó donde estaban los frutales y comenzó a hacer monos. Ya que acabó de hacer los monos, los fué a colocar en los árboles, y se acostó a dormir. Cuando llegó el machín, se fué encontrando el mono de cera y le dice:—¡Eh, buen amigo! ¿Qué, también tú vienes a comer frutas? ¡Mira! Déjame pasar y verás que buenas frutas hay por aquí. El mono, no había de contestar. Entonces le dice:—No seas malo. Déjame pasar o te pego. De ver que el mono no lo dejaba pasar el machín, le dice:—Me dejas pasar o te pego. Entonces levantó la mano el machín y le pegó en la cara al mono y se le quedó la mano estampada.—¡Oyes! No seas malo, amigo. Suéltame la mano. ¿No me la sueltas? Entonces le pegó con la otra mano y se le quedó estampada la otra.—Suéltame o te pego con el pie. Entonces le dió una patada y se le quedó pegado el pie.—Suéltame a la buena o te pego con el otro pie. Le dió otra patada y se le quedó estampado.—Me sueltas o te enrollo mi cola. De ver que no lo soltaba el mono, le enrolló la cola y se le quedó enrollada la cola.—Suéltame, buen amigo. No seas malo. Suéltame o te muerdo la cara. Entonces le mordió la cara y se quedó estampado el animal.

Cuando amaneció, se levantó el muchacho y cogió su lazo y se subió al palo. Cuando le vió que estaba estampado en el mono, luego lo amarró y lo despegó y lo bajó del palo y se lo llevó a su padre. Y el padre se puso muy contento. Lo metieron en una jaula de fierro y luego pusieron lumbre y metieron un hierro que se calentara.

Eso estaban haciendo, cuando pasó una zorra y le dice al machín: —¡Oh, buen amigo! ¿Qué haces ahí?—Amigo, aquí me tienen por mes. Me pagan cinco pesos al mes y me dan pura gallina. Pero ya me fastidia la gallina. ¿No te quieres estar por mi parte? ¡A ti te gustan tanto las gallinas! A mí, ya me hostigan. Entonces la zorra dijo que sí, que se estaba por su parte. Le dijo:—Abre la puerta y entra. Desátame para que yo te amarre. Luego amarró el machín a la zorra y cerró la puerta y se fué muy contento.

Cuando salieron con el fierro caliente y vieron que ya no era machín, sino que era ya zorra, entonces dijeron:—¿Qué clase de animal será porque se volvió zorro?, y luego lo sacaron de la jaula y le metieron el fierro caliente y comenzó a gritar y allí murió.

47. UN MACHÍN

Ixtlán, Ixtlán.

Cuando yo estaba en mi tierra, bajaba por los pueblos del rincón con mi padre. En aquellos montes muy espesos, había muchos pájaros que cantaban muy bonito, como es el gilguero, el pájaro carpintero, y otros más. De repente se oye que suenan las hojas, y le digo a mi padre:—¡Oye! ¿Qué será? Ha de ser algún animal. A mi padre siempre le gustaba cargar su arma. Cuando nos acercamos, vimos que era un puerco espín. ¡Qué animal tan chulo! En mi tierna edad, nunca había visto un animal como aquél. Cuando lo vió mi padre, entonces le disparó un tiro; pero por desgracia, no le tocó y se fué entre los palos. Seguimos avanzando. Anduvimos mucho, cuando oímos un ruido.—¿Qué será?,—le pregunto a mi padre. El no quiso decir qué cosa era, y me dice:—Son unos que vienen metiendo ruido. Y luego cargó su arma y yo le pregunté que por qué había cargado su arma, y me dice que por allí había muchos pájaros muy bonitos para que matara uno.

Fuimos andando, cuando nos fuimos acercando a donde se oía ruido, y me dice:—Carga mi maleta y arrea las mulas. El echó adelante. Se iba fijando en los árboles para ver qué era. Cuando menos esparaba, sintió que le aventaron un aguacatazo por la cabeza y me dice:—Cuídate, cuando alces la vista arriba. Eran muchos machines que se querían bajar a agarrarnos. Cuando mi padre dispara y le pega a uno, y luego se descuelga, y más se embravecieron los animales; y que lo recogen al herido, y se lo llevaron, pero no aguantaron y lo soltaron. Y de muina nos comenzaron a tirar muchos aguacatazos. Yo ya tenía miedo y seguimos avanzando, cuando mi padre me dice:—Arrea las mulas. Y se quedó atrás.

Cuando menos sentí, ya venía con aquel animal que ya lo traía, y me dice:—Mira. Llegamos al pueblo de San Pedro Yaneri y enseñamos aquel animal. Muchos dijeron que lo vendiéramos, y mi padre no quiso venderlo. Seguimos nuestro camino al día siguiente y llegamos al pueblo de Santa María de Zogochi. Allí, mi padre lo descuartizó, y tiramos la carne y cogimos la piel. ¡Qué cosa tan buena que lo trajimos de regreso a nuestro pueblo! Mucho les gustó a toda la gente la piel, y todos querían que la vendiéramos, pero mi padre nunca quiso.

48. LA GALLINA, EL GRILLO, LA PALOMA Y EL GATO

Ixtlán, Ixtlán,

Éste es el cuento de un viejo anciano que oía la conversación de una gallina y un grillo. Al salir la gallina para buscar sus alimentos, se encontró debajo de una piedra a la orilla de un corral de vacas un grillo. Entonces la gallina lo agarró para comérselo. El grillo le dijo a la gallina:—Oyes tú, vestido roto, no me aprietes si no se rompe tu boca. ¿Que no sabes que yo soy un hombre que defendí un presidente de nuestra nación en una gran guerra de los colorados, que son unas avispas coloradas, peleándose con el presidente loro, que se fué a sentar cerca de un panal de avispas? El pobre loro ya casi estaba loco con las avispas, cuando yo llegué. Me metí a defenderlo.

Pero la gallina no hizo caso. Entonces el grillo le dijo a la gallina: —Espérate tan sólo por un momento no más. Entonces luego el grillo pensó:—No le hace, aunque me tragues tú, gallina, aquí tengo tu muerte también, que es una navajita para poderme defender porque tú eres muy necia. Entonces el grillo le dijo a la gallina:—Pues bueno, gallina, ¿qué esperas? Dispón de mí lo más pronto que te sea posible. Es mejor para que yo sepa pronto mi suerte, si muero o vivo; pero si tú no duras ni un cuarto de hora al tragarme. Entonces la gallina le dijo:—Pues yo no lo creo. Adentro grillo, sin miedo.

A poco andar la gallina sintió un dolor en la barriga como si entonces el grillo estaba cortándole la barriga de la gallina para salirse el grillo de la prisión. Cuando el grillo ganó de salirse de la gallina, entonces comenzó a brincar de contento. En eso lo vió una paloma en ese momento, y le preguntó:—Óyes, buen grillo, ¿qué tienes que estás tan contento brincando? —Ah, buena paloma, que estoy muy contento porque acabo de llegar de los Estados de los Colorados que me tenían preso, los fregados indios. Ahora que ya llegué, me voy a casar.—¿Con quién?,—le pregunta la paloma.—Pues no tengo más esperanza que con lo que yo me encuentre a la mano, que es V., mi vida.—Pues yo creo que sí,—le dijo la paloma,—¿cuándo es el coco, para que yo esté lista? Entonces le dijo el grillo a la paloma:—Voy a buscar al padrino para que nos lleve a casar. Luego encontró el grillo a Don Gato y le habló a Don Gato. Luego dijo:—Sí, ¿por qué no? Vamos pues a visitar la casa de la novia, la paloma. Dijo Don Gato:—Qué bonita novia te encontraste. Yo quiero que VV. se den un beso delante de mí, de gusto que voy a ser su padrino de VV. Entonces, al dar el grillo el beso a la paloma, se tragó la paloma el grillo. Entonces el gato le dijo a la paloma:—Ya te tragastes al muchacho que es el grillo. Ahora te como a ti. Y no tuvo otro remedio más que comérsela.

49. EL VENADO Y EL SAPO

Simatlán, Simatlán.

Para esto le dijo el venado al sapo:—Vamos a jugar una carrera, a ver quién corre más, si yo o tú.—Vamos pues,—le dijo el sapo,—apuesto cien pesos que tú no corres más que yo.—¿Ya la jugamos?—Pues, vamos pues, le dijo el venado.—Ya,—le dijo el sapo,—corre tú primero. Entonces al correr el venado el sapo se montó sobre el venado. Al llegar al lugar el sapo pegó el brinco primero y le dijo:—Ya ves, venadito, como yo te gané la carrera.

—Vamos otra vez,—le dijo el venado al sapo.—Vamos pues,—le dijo—el sapo,—a ver de qué manera me puedes ganar, porque yo estoy seguro que no me ganas, porque yo corro más que tú. Ya ves tú, que yo soy más chiquito que tú, pero yo corro más que tú.

Se pararon los dos juntos, el venado y el sapo, y entonces le dijo el venado al sapo:—Ahora es la carrera justamente. No hay ninguna ventaja en esto porque ahora es en el agua. No sabía el venado que era mejor para el sapo. Se pararon los dos juntos en la orilla del río.

—Ahora tú primero,—le dijo el sapo al venado.—Vamos pues, y no sabía el pobre venado que era mejor para el sapo porque no pesaba nada. Al echarse en el río se dejó ir de la corriente y el pobre venado se fué corriendo con los pies, porque era muy poca el agua que tenía el río, y no podía elevarse el venado con facilidad como el sapo que era chiquito. Desde luego, primero llegó al lugar el sapo que el venado.—¿Cómo haces, hermanito mío, que siendo más chiquito que yo, corres más?—Ah, compañero, no sabes tú que yo tengo una mágica que me acompaña a todas horas. ¿Ya estás conforme?,—le dijo el sapo.—Sí, compañero, dáme pues la mano. Nos vamos.—Pues adiós, amigo mío.

El sapo se fué contentísimo con todo el dinero que le ganó al venado. El venado se quedó triste, haciendo su fortuna de nuevo. El sapo a poco andar se encontró con un lagarto que estaba saliendo apenas en la orilla de una laguna. Al acabar de salirse a la playa para calentarse un poco, entonces el sapo llegó cerca de él. Entonces el lagarto le preguntó al sapo: —Oyes, buen sapo, ¿qué andas haciendo por acá?—Pues nada, buen lagarto, yo vine por acá en busca de una hacienda para comprarla.—¡Ah, caramba!,—le dijo el lagarto,—¿tienes mucho dinero?—Pues sí, buen lagarto,—le dijo el sapo. El lagarto le dijo:—Oyes, buen sapo, ¿y adónde fuístes a traer todo ese dinero?—Pues yo vendí una concha de perlas preciosas que tenía yo en mi casa para poder comprar esta hacienda.—¡Ah! bueno,—le dijo el lagarto,—pero aquí tienes que dejarme todo ese dinero.—¿Pero de qué manera?,—le dijo el sapo al lagarto.—De una manera tan sencilla, si me dejas todo ese dinero, no te como.—Mira, buen lagarto, no me comas. Te doy

la mitad, pero no me comas.—No, buen sapo, todo el dinero déjame porque si no, siempre te como. Pierdes tu vida y el dinero. Mejor entrégame todo de una vez.—Pero hermanito, ¿con qué quieres tú que yo coma? No tengo más que este dinero para poder buscar mi vida y si me lo quitas, me dejas infeliz. Entonces, el sapo recordó que tenía un buen cuchillo con mucho filo. Entonces le dijo el sapo al lagarto:—Pues vamos a ver ¿qué vamos a hacer, porque tú no quieres la mitad de mi pobre dinero que te estoy rogando con mi humildad. Tú no te compadeces de mí. Pues come. Aquí estoy. Se resolvió el sapo. Entonces el lagarto agarró al sapo y se lo tragó. Luego se fué en medio de la laguna. Cuando ya el sapo conoció que ya estaba el lagarto en medio de la laguna, sacó su cuchillo y le cortó la barriga al lagarto. Entonces salió el sapo con todo su dinero. Contento le dijo al lagarto:—Adiós, lagarto muerto, ya sabes tú, no más la vida te costó, por quererme quitar mi dinero. La última palabra que dijo el lagarto al morirse fué:—Adiós, buen sapo, que te vaya bien, ya que me quitaste la vida.

50. EL MOSQUITO Y EL TORO

Simatlán, Simatlán.

Para esto era un toro que andaba en un potrero comiendo un elote, y de ese elote salió una mosquita que le dijo al toro:—No me descompongas mi casa. Entonces el toro buscaba a dónde le hablaba esta mosca, que el toro no la encontraba porque era sumamente chica. Entonces al poco rato, oyó el toro otra vez una voz lo mismo. Entonces sí, le llamó la atención al toro, y dijo:—Voy a poner buen cuidado para saber adónde habla este amiguito. Entonces vió el toro de adónde salía la mosquita, y dijo a la mosquita:—Oyes tú, mosquita, ¿tú qué andas haciendo por acá en estos lugares tan tristes para ti, que andas solita? Entonces le dijo la mosquita al toro:—Que tan malo fuiste conmigo, que te estaba yo hablando que no te comieras mi casita. El toro dijo entonces:—¿Cuál era tú casita pues? La mosquita dijo entonces con una voz muy triste:—Pues aquel elote verde que te comiste, era mi casita. Dijo el toro:—Entonces no es posible que yo me haya comido toda tu casita. Dijo la mosquita:—Pues ¿qué no ves que dice el dicho vulgar, tal como es el habitante así es la casa? Para darte a comprender más mejor, es decirte,—dijo la mosquita,—que mi casita estaba adentro de una de las hojas del elote que acabaste de comer. Pero sin embargo, dejaremos a un lado todo eso. Ya lo que pasó, pasó. Ahora vamos a ver en adelante de los demás negocios, como andando vamos.

Se despidió la mosquita del toro. Entonces dijo el toro a la mosquita: —Pero nos faltó otra cosita más.—¿Qué cosita será?,—dijo la mosquita al toro. Dijo el toro:—Entonces, pues, ¿que no sabes tú que al despedirse se da la mano para despedirse unos de los otros?—Pues ¿qué eso faltó?,—dijo la mosquita entonces, muy asustada. Entonces dijo el toro:—Parece que

es nada, pero es mucha dificultad eso. Entonces la mosquita regresó y dió su manita al toro, y dijo:—Entonces ya nos vemos, pues, buen toro. En alguna otra parte, nos veremos más bien o más mal que aquí.

Se fueron cada quien a sus lugares. Al poco tiempo, se encontraron en la orilla de un río, ambos dos, el toro y la mosquita. Entonces el toro le dijo a la mosquita:—¡Ah, caramba! Hasta ahora nos encontramos otra vuelta. Entonces, oyes tú, mosquita, ¿no tienes presente cuántos años hace que nos encontramos en aquel potrero a donde tú me dijistes que yo me había comido tu casita, un día?, ¿te acuerdas? Dijo la mosquita al toro entonces:—¿Cómo no? Hace diez años.—¡Ah, caramba!,—dijo el toro,—hacía diez días. Entonces la mosquita ponía días por años. El toro le preguntó a la mosquita:—Oyes, mosquita, ¿qué estás haciendo aquí tú ahora? —Pues hermanito mío, aquí si soy cosa grande.—¿Qué cosa grande eres tú aquí ahora?,—dijo el toro a la mosquita. La mosquita contestó entonces: —Aquí en este puerto, soy jefe de los marineros. Dijo el toro entonces:—¿A dónde está tu barco?—Pues,—dijo la mosquita entonces al toro,—¿quieres ir al otro lado del mar?—Sí,—dijo el toro a la mosquita.—Bueno pues,—dijo la mosquita,—espérate tan sólo por un momento. Ya viene el barco a medio camino.—Muy bien,—dijo el toro. Entonces para esto, la mosquita ya estaba en combinación con un tiburón del mar, porque quería la mosquita vengarse de lo que el toro le hizo en aquel potrero; de haberse comido la casita de la mosquita, que era aquel elote verde. Para no dar a conocer al toro la venganza que tenía la mosquita que hacerle, dijo al toro: —Entonces, oyes, buen toro; ¡mira!, ven a encontrar al buque para decirles a los marineros que se apuren a darle más fuerza al barco, para que nos vayamos más pronto al otro lado del mar, porque ya necesito estar allá más pronto. Si es que yo me quedé aquí, fué no más para entregar las cargas que trajimos a los arrieros de los pueblos. Entonces dijo el toro a la mosquita:—Pues, vaya V. lo más pronto que pueda.

Entonces la mosquita se fué pronto para combinarse más bien con el tiburón. Al llegar a donde estaba el tiburón en medio de la laguna, la mosquita decía que la laguna era el mar, porque ella era chiquita. Pero cuando vió el tiburón a la mosquita sobre el agua, entonces le llamó la atención al amigo tiburón. Al mismo tiempo el tiburón se acordó de la combinación que había tenido unos días pasados y le preguntó a la mosquita, qué cosa era aquello que había hablado.—¿Pues que no te acuerdas?,—dijo la mosquita. —No,—dijo el tiburón..—Pues te voy a contar otra vez,—dijo la mosquita al tiburón.—Dilo pues,—dijo el tiburón a la mosquita.—Precisamente tengo que decirlo,—comenzó la mosquita,—la primera cosa sabes, amigo tiburón, que yo te voy a entregar este regalo para ti. Entonces el tiburón dijo:—¿Qué regalo será?—La mosquita dijo:—Es un toro.—¡Ah caramba! ¡Qué bueno! El tiburón se llenó de contento cuando supo que era un toro. Cogió entonces una concha de perlas preciosas que podía contener unos diez mil pesos y se la regaló a la mosquita. Ya estaba la mosquita contentísima con su concha de perlas. Dijo el tiburón a la mosquita:—Me llama muchísimo la atención ese regalo que me vas a dar. Contestóle la mosquita:—Enton-

ces, amigo tiburón, te voy a decir. Solamente de esta manera puede pagarme este animal una acción que me hizo cuando yo vivía en el potrero colorado.—¿Qué te hizo?,—le dijo el tiburón.—Pues, amigo mío, estando yo en mi casita, llegó el toro a donde estaba mi casita en el potrero, y como el toro vió verde, creyó que era cosa de comer. Pero para esto de un bocado que dió, lo quitó de un horcón a donde estaba puesta yo, gritando adentro de mi casita. Hasta entonces con mi ruidera, abrió la boca el toro. Entonces pude salir. Dijo el tiburón a la mosquita:—Entonces no tengas cuidado; ahora lo arreglaremos.

Se fué la mosquita para donde estaba el toro. Cuando llegó, el toro le dijo:—¿A dónde está el barco?—Ya viene,—dijo la mosquita. Ahora arrímate aquí a la orilla del agua. Entonces llegó el tiburón y se llevó al toro.

51. EL GATO Y EL TEJÓN

Talea, Villa Alta.

Un día estaba sentado un gato cerca de un ranchito cuando muy de pronto se le presentó un tejón y le dice:—¿Qué estás haciendo en este lugar tan peligroso? El gato responde:—¡Ah, una cosa muy fea me has hecho, mi amigo tejón! El tejón le responde:—¿Qué cosa mala te he hecho, mi amigo gato?—Pues una cosa muy mal hecha, mi compañero. Al tiempo que yo iba a matar un ratón muy grande, se te ocurrió hablarme y ahora ya se fué y tengo hambre. ¿Qué dices? ¿Ahora que hago? Yo no encuentro con que satisfacerme mis necesidades y ya es hora de no sólo comer, sino de cenar; y figúrate, no he comido, ni almorcé bien, creyendo que había de conseguir más carne. Pero me engañé, porque ya viste lo que acaba de suceder.

—Pues, mi amiguito gato, yo no sabía que estabas cazando un ratón. Por eso, me atreví a hablarte; pero en otro caso, ni hubiera hablado. Pues tú me has de dispensar por esta falta, porque no volverá a repetirse otra vez. Pues ahora para que salgas de tu compromiso, voy a obsequiarte una cosa que aquí traigo.—Si tú me hicieras ese favor, te lo agradeceré muchísimo, y mucho más, si es cosa de suma necesidad. Pero si es cosa de comer, y que no me perjudique mi organismo, como tú sabes que es muy peligroso, tendré la pena de llorar mucho por no poder comer y estar viendo una cosa enfrente o en la mano.—¿Cómo que no has de poder comer, si es un pedazo de carne que conseguí por allá abajo, y que ahorita acabo de comer?—Eso sí será otra cosa, pero ¿cómo no me habías dicho qué cosa era? Por eso era que yo temía fuera alguna fruta que yo no pudiera comer.—Aquí está para que veas si puedes comer o no,—le dijo el tejón al gato, presentándole una pierna de un animal. Entonces el gato le responde:—Esto ¿qué me va a hacer daño cuando que casi de esta misma carne diariamente comemos nosotros? No solamente me acabo una, sino dos o más, si es posible. No importa que

me enferme. Al fin he de sanar.—¡Qué goloso eres, buen amigo gato! Pues yo creía que ibas a decir que no te la podías acabar. Pero sucedió lo contrario. Me dices que no sólo te acabas una de éstas, sino dos o más si pudieras, aunque te enfermaras, que al fin has de sanar. Esto prueba que mejor prefieres morir de hambre que comer nuestro triste alimento. Pues yo prefiero siempre comer alimentos de pobres y no morir de hambre porque no hay carne. Aquel gato se humilló ante aquel amigo tejón y le dice:—¡Ah, hermano! Realmente no estoy acostumbrado a comer cualquiera cosa. Pues ninguno tuvo la culpa más que mis padres, porque ellos me enseñaron a comer purísima carne y por eso ahora sufro mucho por no poder comer cualquiera cosa. Pues muchas veces me he quedado sin comer desde que mi papá murió.—Esto es muy cierto, por eso no es bueno acostumbrarse a comer alguna cosa, antes de pensar si siempre se puede comprar lo acostumbrado a comer. Así es que ten cuidado; para cuando otra vez te acostumbres a comer cosas sencillas como, por ejemplo, cosas que nosotros al diario comemos. Desde luego se conoce que tú no has comido a tu hora, y muchas veces sin comer como dices, porque estás muy flaco y pálido y muy triste. Parece que estuviste enfermo y que acabas de sanar.—Sí, mi compañero tejón, es verdad, ¿para qué mentirte? Desde hace mucho tiempo no como a mi hora, precisamente porque no luego encuentro, sino muchas veces como hasta las cuatro o cinco de la tarde, y muchas veces sin probar nada. —Esto no está bueno que hagas. ¿No sabes que de un momento a otro se enferma uno, y para componerse repetidas veces es necesario hasta un año y cinco o seis, nada más por descuido?—Lo mismo le pasó a mi hermano. Seis años estuvo en la cama sin poder levantarse y sin poder hablar bien para morirse después.

Esto te digo, porque no sanó, sino que murió muy triste y casi sin festejos. No fuimos a enterrarlo más que yo y mi familia, y ninguna persona del pueblo fué, debido a que no supieron si murió o no, porque rápidamente falleció durando unas cuantas horas en la cama. Después de muerto, lo enterramos. Hasta la fecha no saben si murió o no, porque creen que todavía está enfermo. Además, como no tenía amistades, por eso, al morir, no fué ninguno.—Pero te diré una cosa, ¿a qué horas lo enterraron? porque ninguna gente lo vió. Pues de día hay mucha gente en los panteones, y de noche no puede uno hacer nada absolutamente, porque en el panteón penan mucho y bien pueden avisar a las gentes de día cuando van allá.

—¡Qué tonto eres, mi amigo gato! ¿Cómo puedes saber? Las ánimas que ya están muertas ¿pueden hablar a la gente viva? Esto es imposible.—Dispénsame, mi amigo tejón. Yo sabía que no podían comunicarse las gentes muertas con las vivas, pues yo creía que esto era así porque como tú sabes que Dios después de morir, hablaba con los hombres, y hasta hoy todavía, por eso estaba diciendo este error tan grande. Pero ahora sí, ya me sacaste de la duda. Quedo enterado de que una vez muerto un hombre, ya no puede comunicarse con los vivos. El tejón le respondió: —¿Pero cómo tú sabes, que cuando tiene uno miedo de que seamos descu-

biertos en sus actos, somos capaces de hasta donde se pueda? El gato quedó convencido y le dice:—Eso si será, pues. Ahora si creo que haya sido escrito lo que me dices. El tejón le respondió:—Aunque no me lo creas, no precisa mucho. Yo sé que fué cierto y ya está. No tienes que ver si fué o no. El gato le dice:—Bueno, no te pongas bravo, por esto nada más, porque si no, nos pelearemos. ¿Es posible que te calles esa boca?—No, mi amiguito gato, no te pongas enojado, que mi carácter es así, y para evitar disgustos, vámonos mejor a mi ranchito a comer lo que encontremos. Después nos sentaremos a jugar o a ver qué hacemos. Pero ya no trataremos sobre el asuntito porque tú eres muy violento, y como yo no quiero tener disgustos contigo, por eso te digo que no vayas a creer que de miedo, para que no me pegues. Hago esto, pero como somos muy amigos, por eso te digo esto ahorita.—No te creo. Tú tienes miedo según veo, porque si no tuvieras, o si no te diera miedo, no me dirías tal cosa sino me dirías no importa, que seamos amigos, pero si tu hablas mal de nosotros, tendremos que pelear en caso necesario.—Aquí si no, gato. Ya tú comienzas a insultarme. Sigue y verás como yo daré pruebas de que no te tengo miedo. No espero más que me digas otra palabra más. Si no entiendes, tendré que pegarte un manazo, y como eres más chico que yo, pues no puedes hacerme nada y tendrás que llorar al recibir mis fuertes manazos.

El gato respondió:—No importa que seas más grande que yo, pero no hay otra cosa más buena para estas cosas que mis uñas, que procuraré encajártelas de una manera que no puedas resistir, y además tengo otra ventaja que es de mucha importancia en este caso, y es que con mis extremidades puedo dar unos saltos que nada sirve que seas grande a comparación de mis buenas extremidades. Si es posible haremos la prueba para ver quien es el que sale ganando o perdiendo, para que se te quite esa costumbre que tienes de decir que eres grande. El tejón contestó:—Pues para que no seas abusador, vamos a hacer la prueba y también para que se te quite un poco lo revoltoso que eres, tú verás. A mí no me importa nada que puedas saltar, arañar o hacer otra cosa; y para más pruebas, allí va un manazo para que pruebes.

Cuando acabó de decir esto, el tejón ya había soltado el manazo y nuestro pequeño gato, debido a lo ágil que es, pudo quitarse aquel manazo tan tremendo que iba a recibir. En seguida, el gato le dice:—Ya que tú comenzaste, soltaré un manotón para ver quien es más listo para pelear. Le soltó un manotón que, no avivándose el tejón, pudo el gato tocarle en el brazo izquierdo. Y entonces él, furioso por aquel manotón, se lanzó sobre su rival, que después de batallar mucho, no pudo hacerle lo que deseaba antes. Al contrario, salió herido de la cara, del brazo, y de otras partes del cuerpo, y viendo que no podía vencer al gato, le dice:—Mi amigo y rival, ya hemos batallado mucho y no es posible vencerte porque eres bastante listo, y como yo no quiero salir más perdido de lo que estoy, me veo obligado a rendirme para siempre, jurando que jamás volveré a insultarte porque es en vano hacer esto. Yo creía que era una cosa distinta, pero ya sufrí las consecuencias. He sido vencido para siempre y tú serás respetado.

52. EL TEJÓN Y EL TIGRE

Talea, Villa Alta.

Para esto era un tejón que estaba enamorando a una niña de un rey. Cada vez que pasaba por su casa del rey siempre veía a la niña en el balcón, y entonces el tejón se la quedaba viendo como si quería decirla alguna cosa. Pero por último el día siguiente que pasó el tejón por el palacio del rey, entonces si se atrevió a hacerle una seña. Pero más para esto la niña no se había fijado en la seña que había hecho el tejón. Pero de casualidad la niña movió la cabeza y el tejón creyó que le había hecho la seña. Entonces el tejón se fué muy contento.

Al poco andar, el tejón encontró a un tigre que andaba paseándose por un jardín. Entonces el tejón le dijo al tigre:—Ahora si estoy muy contento porque ahora que yo pasé por el palacio del rey, ví a su niña del rey que estaba sentada en el balcón en una silla de oro. Como yo ando de enamorado, ahora que encontré a V. buen tigre, le voy a hacer una pregunta tan sencilla. ¿Qué dice V. cómo haré para poder entrar en el palacio, para ver si yo estando allá, puedo conseguir lo que deseo para no quedarme con esa duda? Entonces el tigre le dijo al tejón:—Lo que tú debes hacer, ahora, es que vayas al palacio a hablar con el rey mismo. Precisamente ahora te falta un buen centrecito para que tú te pares muy diablito. Entonces el tejón le dijo al tigre:—Buen amigo, pues precisamente eso es lo que me falta ahora para comprarlo y yo no tengo ni un centavo. Entonces el tigre le dijo al tejón:—Ten tú estos cien pesos; anda cómprate el centro que necesitas para que te vistas muy charrito, y cómprate también un caballo para que quedes más bien uniformado.—Bueno, mi tigre,—dijo el tejón.

Entonces fué el tejón a comprar un centro y su caballo y sus espuelas y entonces regresó a hablar con el tigre, ya uniformado bien. Entonces el tigre le digo al tejón:—¡Qué charrito te me paraste ahora! Ahora si pareces un buen escribiente de alguna Jefetura Política. Mira, ahora vas a ver al buen rey en su palacio. Entonces el tejón le dijo al tigre:—¿Quién es el comandante de guardia del palacio del rey? Entonces el tigre le dijo, que era un oso.—Bueno pues,—dijo el tejón—¿qué cosa le pregunto al comandante al llegar?—Pues le dices que si necesitan un escribiente en la casa. Si te dice que sí, entonces entras y le dices que si te ocupa y si te dice que sí, te quedas allá y entonces sí, ya eres feliz, porque ya entonces tienes entrada en palacio; y de esa manera puedes arreglar tu negocio con la niña.

Entonces el tejón cogió su caballo y se montó en él y se fué al palacio para ver si encontraba la oportunidad que él deseaba. Entonces iba él caminando y cuando ya iba a medio camino encontró un zapato nuevecito tirado en el camino. El tejón lo vió no más y no lo levantó. Se fué ca-

minando; no hizo caso. A poco andar se encontró otro zapato del mismo tamaño y color. Entonces dijo el tejón:—No cabe duda que ya comenzó la buena pinta de mi negocio. Así si vamos bien; comenzó la buena suerte; yo no he de perder estos zapatos porque es mi dicha. Y si yo los dejo entonces es malo.

Entonces amarró su caballo en un palo que había en el camino y levantó aquel zapato y lo echó en la cantina de la silla del caballo y dejó el caballo allí amarrado y se fué a la carrera, entonces a pie, a traer el otro zapato que había encontrado primero. Pero como estaba un poco lejos la distancia para el otro, pues cuando éste llegó en el lugar a donde había visto el otro ya no estaba el zapato. Entonces el tejón regresó muy triste para donde había dejado su caballo amarrado. Antes de que el tejón había llegado en el lugar ya había pasado un ladrón que era un machín viejo y se llevó el caballo del pobre tejón, de manera que no encontró el otro zapato y perdió hasta el caballo.

El machín se fué contentísimo con su buen caballito. Pero más eso, el tejón no sabía que el machín andaba espiándolo desde su casa y estudiando también de qué manera le robaba el caballo. Encontró el machín entonces un zapato nuevecito, entonces el machín pensó:—Con este zapato le voy a robar al tejón su caballito que compró para lucir su juventud. Luego el machín se echó adelante. Antes de que el tejón saliera de su casa, el machín llegó a una distancia del camino. Entonces puso el zapato en medio del camino para llamarle la atención al tejón cuando pasara. Y así pasó cuando el tejón pasó y vió el zapato tirado en el camino dijo:—¡Qué bonito zapato está aquí tirado! Siguió andando el tejón, a poco andar, se encontró otro zapato del mismo color. Entonces dijo el tejón:—Voy a amarrar mi caballo aquí no más en este poste y voy a traer el otro zapato, y se fué corriendo a pie. Cuando llegó en el lugar no encontró nada. Entonces regresó muy triste para donde había dejado su caballo y vió que no estaba ya su caballito. Entonces se puso el tejoncito a llorar, pero al poco tiempo pasó una lagartija que le preguntó al pobre tejón;—¿Qué te pasa, pues hermanito mío?—Pues que perdí mi caballito, por andar tontiando con unos zapatos malvados que no valen la pena. Entonces la lagartija le dijo al tejón:—Móntate sobre mí, si te aguanto aunque yo sea chiquita. Entonces se montó el tejón sobre la lagartija y se fué por un callejoncito, y que me cuente otro más bonito.

53. EL GATO Y EL RATÓN

Talea, Villa Alta.

Para esto, era un gato que estaba en cierta casa opulenta y rica donde se había criado y a quien sus amos por nombre le habían puesto el Mirador y al que querían con profundo cariño. Al fin consiguieron al gato para que limpiara la casa. Pero el Mirador era muy bonachón y estaba muy gordo, gracias a la buena vida que sus amos le daban. Pues comía y bebía a todas sus anchas, cosa que también lo hacía ser bastante flojo. Pues estaba entregado a la pura holgazanería. Cuando sus amos encontraron al gato con un ratón en la boca entonces se dijeron unos a los otros:—Vamos a buscarle al buen gato su criado. Su vida era envidiable. Tenía un criado especial que le servía al pensamiento, una pieza especial se le había destinado a nuestro buen Mirador. Tenía todos los útiles necesarios y de los más elegantes. Una confortable cama, un aguamanil, mesa para comer, buró, perfumes finos, y una porción de juguetitos que llamaban la atención. Todas estas cosas eran una miniatura. Sus alimentos eran abundantes y suculentos, servidos con toda prontitud y limpieza. En fin se le guardaban toda clase de consideraciones de un amo; y el sirviente que le hacía la más mínima falta de desprecio era al punto lanzado a la calle por los amos. El Mirador era despertado por el criado a las nueve de la mañana, hora en que se le traía el desayuno: dos buenos cuartillos de leche con café, buenos trozos de carne fresca y cuatro bizcochos finos de huevo que se los soplaba en un abrir y cerrar de ojos. El consentimiento de sus amos era tal que Mirador vivía en plena Jauja, creándose por este motivo corto de espíritu y muy afeminado, pues la raza de los ratoncillos de quien él debía ser superior, lo tenían agobiado de los sustos que le pegaban cuando salía a hacer sus travesuras.

Entonces el mentado Mirador tuvo el valor de acercarse a un ratoncillo y le dijo:—Buen ratoncillo, ¿por qué me asustan VV. cuando salen de sus casas? Tengan cuidado de ya no asustarme porque un día se me acaba la paciencia y voy a agarrar a VV. y me los voy a comer y entonces no me echarán la culpa. Entonces ya están VV. advertidos ahora.

Entonces los ratoncitos se recogieron todos y le fueron a hablar al buen Mirador que era el gato consentido de la casa. Llegaron y le hablaron:—Buen Mirador, nosotros venimos a ver si V. nos da el permiso para que vengamos a ayudarlo a la hora del almuerzo y la comida, porque si V. no quiere entonces verá lo que le va a pasar con nosotros. Pero si V. quiere, entonces nosotros mañana a la hora del almuerzo le traemos a V. un regalito. Entonces los ratoncitos fueron a conseguir un perro, cuando llegó la hora del almuerzo, fueron los ratoncillos con su regalo que era el perro. Cuando

llegaron éstos a donde estaba el Mirador sentado almorzando, entonces el Mirador vió que era un perro y era contrario al Mirador. Entonces lo que hizo el Mirador fué arrancar a correr para el comedor a donde estaban sus amos almorzando. Entonces se paró uno de ellos preguntándole:—¿Qué te pasó, buen Mirador? ¿Por qué vienes corriendo? ¿Que no tienes tú almuerzo en tu comedor o no está el criado por eso? El pobre Mirador estaba todo bañado de miel de panal que tenía en la mesa para comerla con bizcocho caliente. Pero como este animal Mirador no supo ni adonde pasar, fué que pasó sobre la mesa y se cayó dentro del platón de miel y se enmieló toda la barriga y la cara.

Cuando pudo el Mirador contestar le dijo:—Figúrese V. mí buen amo, ya vió V. antier que yo tenía unos deseos de fregar a esos ladrones ratones para no seguir matándolos. Me fueron a hablar sobre el asunto que ellos ya no seguirían haciendo más daños en la casa. Mejor iban a hacer el daño a otra parte no en nuestra casa. Eso me dijeron que el día siguiente me llevaban un regalo para mí y para V. también, y me dijeron también que ellos supieron en una casa donde ellos van, que estaban diciendo que aquí en nuestra casa están pensando unos ladrones venir a robar las riquezas que tenemos. Ellos también nos van a acompañar si acaso vienen los ladrones algún día. Pero ahora que yo estaba almorzando vi que entraron unos soldados en la puerta divisando para aquí y en punto venía un capitán pescuezo-blanco y fué al que tuve miedo por eso corrí para acá para avisar a VV. Yo creo que por eso tuvieron miedo porque me vieron correr cuando yo salí corriendo para acá. Pero yo también hice dos daños por venirles a avisar lo que tenía que pasar acá. Figúrese V. que al pasar yo primero sobre mi mesa para la ventana, bañé al criado con café hirviendo porque tocó mi pie la cafetera al tiempo de saltar la ventana para salir, y aquí con el platón de la miel. Entonces el amo le dijo al buen gato:—No tengas cuidado. Eso no es nada. Vamos allí a tu cuarto a ver qué pasó con el pobre criado, a ver en dónde está metido el pobrecito asustado.

Cuando fué el amo con el buen Mirador encontraron al pobrecito criado metido dentro de una basinica que estaba debajo de la cama del Mirador. A tanto buscarlo lo encontraron allí metido; como es tan grandote por eso no lo encontraban. Porque ellos al llegar al comedor se pusieron a ver por todos los lados a ver si lo veían, pero a ninguno veían. Lo andaban buscando por todas partes del cuarto, cuando oyeron una ruidera debajo de la cama, y entonces vieron debajo a ver si sería alguno, pues no se veía casi nada. Entonces dijo el Mirador al amo:—Voy a levantar esta basinica a ver si está por casualidad. Entonces levantó la basinica y allí estaba el criado metido.

54. LA ARDILLA Y EL CONEJO

Simatlán, Simatlán.

—Un domingo muy de mañana, salí a pasear por la orilla de un lago cuando muy de repente vi, a una distancia como de seis metros, saltar una ardilla que huía de las garras de los cazadores, que siempre andan molestando a los animales y cuanto encuentran. Pues ésta, cuando me vió, corrió porque creyó que también era yo cazador. Después de muchas horas de buscar al pobre animalito, se fueron porque no lo encontraron, y entonces él me conoció y me dice:—¿Sabes lo que me pasó? Ahorita me iban a matar. Si no me avivo, me matan con toda seguridad.—Y ¿cómo hiciste para que no te mataran, mi amigo?—Pues como traían armas, conforme vi que me apuntaron, luego salté y me vine por aquí ahorita. Vengo muy asustado y no creas que estoy tan contento.—Hay que ver también otra cosa, que no te lleves con cualquiera, porque bien te pueden traicionar por ganar uno o dos centavos; porque muchas veces hacen cosas que no debían de hacer, por ganar dinero.—Sí, hermano. Quien sabe quien sería el que me vió, que estaba trepado en el árbol, y cuando el cazador supo y me vió que estaba allí, luego me disparó un tiro, pero no me tocó, y al tiempo que me disparaba otra vez, di un salto que vine a dar hasta aquí.—También a mí me ha pasado lo mismo; no creas que a ti solo, pues a mí no sólo me hicieron un tiro, sino muchos, y el último tiro me raspó aquí la pierna, y por eso ves que no puedo andar bien, sino cojeando, y eso hace ya mucho tiempo, como tres o cuatro años, y todavía no sano. Considera qué grave fué la herida.

—Ya te he visto hermano. Es mucho lo que tienes. Pues debo de decirte una cosa. ¿Cómo no pudiste correr, siendo tan vivo pues tienes mucha ventaja, con eso de poder saltar donde quiera? Sería una tontera que no pudieras salvarte, porque todo lo que necesitas tienes.—¿Pero qué tengo si no puedo subir en ningún árbol? La ventaja que tengo es nada más saltar, pero no subir, y por eso, esta vez que me hicieron tiros, no pude correr más pronto, y más que me encerraron, entre todos los cazadores, que eran como unos cuatro o cinco. Figúrate qué iba a hacer con tanto hombre, y bien armados. ¿Tú que hacías en ese caso, que te vieras amenazado por muchos como me pasó en esa vez? Hasta corrieron tras de mí, como una legua o más, hasta que encontré donde esconderme; porque como creyeron que me iba a caer porque me hirieron, pero no, pues aguanté hasta donde pude por la vida. Valía más que me cazara un ratón, que me mataran y me comieran.—Basta ya pues, mi amigo conejo, ya se sabe que eres muy valiente. Vamos ahora a jugar lo que yo te diga, que es un juego muy bonito que jugamos yo y mis compañeros. Te voy a explicar primero cómo es y verás si es bonito, como tú me has de decir.—¿Cúal es, hermano?

Con toda seguridad me ha de gustar, sea cual fuera, porque a mí me gusta mucho el juego, pues son muy bonitos y chistosos.

—Es éste. Mira que vamos a echar unas carreras, a ver quien gana y quien pierde. Aquí se ve lo bueno que es uno.—Explícame qué cosa es carrera, porque la verdad que yo nunca he visto este juego ni tampoco sé lo qué es, pues ha de ser muy raro. Y entonces iremos a jugar, si es posible, todo el día; pero una vez sabiendo qué cosa es, y mientras que no sepa uno, siempre está con la precaución, de cómo es y de qué modo lo hacemos.—Pues una carrera es un juego que hace muy poquito tiempo que yo lo inventé y consiste en que se paran dos juntos, y a una misma distancia, y en seguida se lanzan a correr hasta donde pueden, donde ya no resisten los pies para andar o que se lastime nuestro estómago. Y eso de correr hasta ganarle al otro, o perder, a eso se llama carrera, nombre que le he dado por correr. Ahora, tú ¿qué opinas? ¿Qué será algo bonito? Porque muchos me han dicho qué cosa es, y siempre les gusta más y nos ponemos a jugar hasta donde yo o a ellos nos fastidia. Y hay veces que nos estamos jugando casi todo el día sin comer, ni beber algo, sino hasta en la noche; y no sólo hasta en la noche, sino que muchas veces nos reunimos muchos compañeros y nos quedamos allí hasta el otro día, y amanecemos muy cansados y desvelados, porque ni descansamos ni dormimos. Y lo que nos choca más es que nos regañan tanto en la casa. Basta. Ni porque comemos no se conforman, y nos corretean. Algunas veces nos dicen váyanse flojos; no queremos que vengan nada más que a comer de dado, y naturalmente al oír esto nos da gusto, porque vamos a la casa de otro amigo con cualquier pretexto, y nos dan que comer y beber, y en seguida nos vamos a jugar otra vez y así nada más, nos pasamos toda la semana, y también hay veces que hemos durado hasta un mes.

—Este juego que me explicaste es muy bonito, al oír platicar nada más, y viendo que se ejecute, quien sabe como sea. En tu casa o en tus casas con razón los corretean. Si también es mucho lo que juegan. ¿Qué te pareciera que tuvieras un hijo que mantener, y que no te hiciera nada, sino al contrario se dedicara a jugar y presentarse en la casa a todas horas que le diera la gana? Verdad que no te convendría, pero de ninguna manera, ni porque no comiera un día, ni porque ha jugado, ni porque no ha dormido. Esto es muy injusto mantener un muchacho ocioso, porque lo quieres mucho, porque es tu hijo. No; todos estamos obligados a trabajar para comer, y ayudar a nuestros padres y obedecerlos, porque si no hacen todo esto los hijos, daría por resultado que ningún padre prefería tener hijos, sabiendo que éstos no trabajarían. Y mientras, aunque no sea hijo de uno un muchacho trabajador y sin vicios, lo quiere uno mucho, y no sólo paga uno su trabajo y le da uno su comida, sino que es uno capaz de darle de cuanto necesite, por ejemplo, su ropa, sus zapatos, sus cosas, comprar sus libros para que vaya a la escuela a estudiar, y procurar que éstos se apuren, que no falten.

—Un padre me dió este consejo porque así quería yo hacer también, pues mis hermanos tenían esa costumbre de andar en la calle sin hacer nada

y vestirse bien, como un hijo de un hombre bastantemente rico.—Quedo enterado de lo que me dices, pues nunca había yo reflexionado que estaba en un error. Pues muchas gracias, señor conejo, que me has dado un consejo muy bueno, tanto para mí como para mis descendientes si llego a tener hijos, para que sepan trabajar y no anden en la peor miseria. Pues voy a procurar ya no desobedecer a mis padres. Yo nunca había visto tal cosa. Que si uno no piensa lo que hace mal, llegaría un día en que nosotros dejaríamos de trabajar y entonces moriríamos de hambre; pero entonces también, ya no habría más remedio que quitar aquella costumbre que uno ha adquirido, y tendrán que llorar amargamente nuestros hijos de ver que tienen esos vicios.

Conejo:—Si tú llevas este consejo que te doy ahora, más tarde tendrás que decir; ¡Qué bueno estuvo aquel consejo que me dió aquel amigo! Aunque ahorita te enojes conmigo porque te quito, o que te ofendo porque trabajas en jugar y vicias a los demás compañeros, que más tarde han de maldecirte, diciendo, maldito sea aquel amigo que nos enseñó puros vicios y no a trabajar, y ahora estamos en una miseria muy apenada, al grado de que no encontramos ni donde trabajar, ni donde conseguir un centavo para lo que necesita uno, ya sea para comer o ya sea para otra cosa. Porque como saben todos que no sabemos trabajar, dicen, pero como voy a prestarle a un flojo que no tiene con qué pagarme, no; si quiere, que trabaje; pero mientras, yo no le he de prestar un centavo, aunque se esté muriendo de hambre.

Ardilla:—Esto es muy cierto, pues ya esto le ha pasado a uno de mis compañeros, y a mí mismo aún, pues llego a mi casa y pregunto que si no hay qué comer, y me dicen, no, porque como tú no estabas para cuidar la casa, no pude ir a conseguir a otra parte, porque aquí ya no me quieren prestar, porque dicen que yo nada más quiero que me presten, y no pagar, y así va aumentando, y llega a ser algún día que no pudieras pagar porque ya debes por todas partes, así pues, espérate que yo vaya a conseguir a otra parte.

Conejo:—Pero a pesar de todo lo que te he dicho de muchas cosas que observan en estos juegos y demás vicios, me vas a comenzar a decir o a enseñar más bien el juego. Comenzaremos por poner más rejas aquí, para que ninguno se pase, y tengamos que enojarnos por una cosa de nada, porque uno se adelantó a decirme, ganaste porque cogiste mucha ventaja, y como no queremos tardar mucho tiempo vamos a hacer esto.

Ardilla:—Vamos; ya está todo, nos lanzaremos a la carrera.

55. EL COYOTE Y EL CONEJO

Talea, Villa Alta.

Coyote:—Mi amiguito, si vieras que yo he andado casi por todas partes, y conozco ranchos donde hay árboles frutales, y precisamente, de allí vengo ahorita. Y tú ¿qué estás haciendo aquí sentado?

El Conejo:—Hermano, déjate; ni sabes lo que me pasó.

Coyote:—¿Qué te pasa mi amigo?

El Conejo:—Figúrate que me iban a dar un balazo, y si no corro me tumban de donde estaba.

Coyote:—Y ¿dónde estabas que no te cuidabas, o no viste cuando te vió el amo?

Conejo:—Pues ¿qué piensas? Estaba yo metido en un solar, y como sabes que por las hojas de las milpas no se ve ni se distingue cuándo vienen, y por dónde. Otra cosa, que como las hojas meten mucho ruido, pues no se oyen los pasos, cuando vi, ya me apuntaba con su escopeta, si no doy un salto me mata; y ahora no sé qué hacer, porque si vuelvo a pasar por allí, me salen los perros, y como no puedo correr porque estoy muy cansado, me agarran con mucha facilidad.

Coyote:—Mira; ahora si tienes miedo pasar por allí y que te coja la noche, nos quedaremos en mi casa, que queda muy lejos de aquí.

Conejo:—Muchas gracias por tu favor, pues llegaré a tu casa sin desconfianza, pero si tienes mucha familia, quien sabe qué pasará conmigo; no ha de haber lugar.

Coyote:—Te diré que como tenemos dos piezas pues nos alcanza hasta para dos o más personas, porque en una pieza nos quedamos y la otra es especial para los caminantes que les coge la noche por estos caminos tan feos.

Conejo:—¿Para mañana qué cosa comeré? Y ahora también mi cobija se quedó en la casa. Y otra cosa todavía, que ahora me van a buscar por todas partes; no vayan a creer que estoy en la cárcel.

Coyote:—Pero si quieres, te voy a dejar yo mismo y le digo a tu mamá que te habías quedado con nosotros por haber pasado un accidente.

Conejo:—No es por eso, sino la aflicción que tendrán ahora en la noche por mí. Y ¿qué tal si se enojan y me pegan?

Coyote:—Yo le suplicaré que no te pegue.

Conejo:—Bueno vamos para tu casa a ver qué pasa conmigo.

Coyote:—Vámonos, para ir a echar un taco, porque ya es mucho lo que me duele la barriga, desde ahora en la mañana no he comido, apenas tomé café y un poco de pan, luego me vine con otros amigos.

Conejo:—También yo ya tengo mucha hambre porque apenas iba a comer unas guías cuando me sorprendieron.

Coyote:—Vámonos; yo te doy una cena muy buena.

Conejo:—Si tuvieras la bondad, yo te la agradecería mucho.

Coyote:—Ya llegamos, mi amigo, donde tenemos que quedarnos. Voy a traer la cena que ya ha de estar.

Conejo:—Bueno, mi amigo coyote.

Coyote:—Aquí tienes, come hasta que te llenes bien, porque hasta mañana nada más, tomaremos una taza de café y nos iremos para tu casa a entregarte a ver qué es lo que pasa. En tanto, voy a traer un petate para que te acuestes y un colchón porque ya es demasiado tarde, y estamos muy cansados.

Conejo:—Muchísimas gracias, mi hermano coyote, si me haces el favor.

Coyote:—Aquí tienes el petate; voy a traer el colchón de la otra casa.

Conejo:—No te molestes mucho, basta ya con esto; yo estoy acostumbrado a domir en el suelo.

Coyote:—Para que duermas caliente, porque hace mucho frío, no sea que te haga daño, y no podamos caminar mañana.

—Como me quiere mi amigo; hasta me cuida para que no me enferme, —se dijo solo el pobre conejito.

Coyote:—Aquí tienes lo necesario; puedes dormir como en tu casa y pedir lo que quieras, y voy a traer un cobertor para que te tapes.

Conejo:—Muchísimas gracias. ¡Cuánto haces por mí! Pero yo sabré corresponder tus buenos servicios. Bueno, hasta mañana. ¡Que la pases bien, mi amigo coyote!

Coyote:—¡Que la pases mejor, hermano!—Y se durmieron aquellos dos amigos. Después, como a las seis, se levantaron y se bañaron.

Coyote:—Mi amigo, ya es hora. Vamos al baño.

Conejo:—Vamos, ¿cómo que no? A mí me gusta bañarme a estas horas porque se refresca uno. Y se fueron a bañar los dos animales, y después siguieron su camino.

Coyote:—Ahora, ya vamos, porque ya es tarde, para llegar pronto.

Y se fueron, y después de haber caminado mucho, encontraron al amo de aquella milpa donde habían cogido al conejo comiendo las guías, y les dijo:—Mis compatriotas, ahora sí se van a la cárcel, por haber comido mis guías, y haber hecho tantos daños.

Coyote:—Mi respetable señor, nosotros no hemos hecho tal daño, pues ni nos hemos parado por su casa, ni conocemos donde es.—Pero, si vi a tu amigo ayer, comiendo y haciendo muchos daños, cuando lo cogí, pero se me escapó, y no pude matarlo; lo que hoy les voy a hacer a los dos. Ayer iba a sufrir solo el conejo, pero ahora por haber defendido al conejo, vas a sufrir la pena de muerte, en la cárcel.

—V. se llevará a la cárcel a mi amigo conejo, pero a mí no, porque yo no debo nada, ni he robado nada, pues ya me voy a avisar en la casa de mi amigo para que paguen sus daños; y así es, mi amigo conejo, sin remedio

te irás a la cárcel porque si no, yo tengo que sufrir, pero voy a avisar a tu casa. Buenos días.

Se llevaron preso al conejo y le encerraron en una jaula de madera y con candado, para que no se fugara y perdieran el preso. Y en camino, le dijo el dueño de la milpa esto:—Mi rival, has cometido un delito y por eso te llevo preso.

Conejo:—Pues me llevarás preso, pero yo no he hecho nada, de manera que quieres castigarme injustamente.

El dueño:—Pero, ¿cómo que no fuiste tú, hombre? Te conozco desde hace mucho tiempo que has ido a cometer daños, pero no había yo podido cogerte prisionero porque has sido muy listo; pero ahora sí, no hubo remedio porque te aplomaste, no sé porqué. Aquí te vas a estar encerrado diez años, para que veas lo que es sufrir, cometiendo un robo, para que tengas cuidado en otra vez. El dueño del solar se fué y después de varios días de prisión del conejo, pasó por allí un zorro muy hambriento, y le dice:—Mi amigo conejo, ¿qué estás haciendo aquí tan triste y encerrado?

Conejo:—Si vieras, mi amigo zorro, qué contento estoy en lugar de estar triste. Pues llevo cinco años de estar aquí, pasando una vida muy feliz porque tiene uno todo lo que necesita. Yo cómo y bebo chocolate sin trabajar, mientras tú pasando días enteros sin comer. Si te dijera que te estuvieras aquí, ¿te quedabas?

Zorro:—¿Y cómo que no? Más ahora que tengo mucha hambre. Te pagara yo si me dieras tu lugar para comer lo que comes. De nada me sirve cargar dinero si no hay qué comprar. Ni una tienda por aquí en este triste y desconsolado pueblo. Yo creyendo que había que comer, por eso me vine por acá.

Conejo:—Te dejo, pero solamente por un día porque no tengo que comer. Si quieres, abre de quedito la puerta y entras pronto, para que no te vea mi amo y te maltrate, porque ya es hora de comer.

Zorro:—Pronto salte pues; ya abrí.

Conejo:—Bueno, ya sabes que a la noche a las seis me presento para entrar a mi cuarto.

Zorro:—No tengas cuidado; yo te daré más dinero, y si se te acaba en el día ven, porque tengo bastante.

Nuestros caminantes prosiguieron su camino, hasta que por fin el coyote puso en conocimiento de la familia, que se apresuró por persuadirse de lo que había pasado con el caminante, hasta que encontráronlo ya libre, y le preguntaron, que cómo se había librado. Y después de haber platicado como había pasado, se lo llevaron a la casa, donde después de varios días, se presentó su buen amigo coyote que siempre estaba pensando en lo que le había pasado, que también le platicó, cómo se había salvado y le dice el coyote:—Qué bueno estuvo esto! Pues te felicito por tu viveza, de haberte salvado de las manos de una fiera que te iba a matar, casi haberte quitado la vida; pero ahora que estás libre, es necesario que vayamos a mi casa para que te vea mi familia.

Conejo:—Pues vamos, pero antes de todo, es necesario comer un poco porque ya tengo mucha hambre y también está muy retirada tu casa.

Coyote:—Vaya; comeremos para demostrar que no te menosprecio, y como te tengo cariño y estoy contento porque te hayas escapado.

Conejo:—Figúrate que otro amigo zorro, lo dejé en mi lugar y le dije que me daban muchas cosas que comer, y como tenía hambre, pues quiso y me salí por unos días, pero ahora seré muy tonto de volver otra vez adonde está ese amigo.

Coyote:—¿Y cómo quiso entrar allí, cuando que te vió preso? ¿Que no pensó?

Conejo:—Te digo como tenía hambre y traía dinero, pues me dió dinero para que le diese comida. ¿Verdad que estuvo muy bueno valerme de que me hubiera pagado para que me saliera?

Coyote:—Mira ¿que no es él el que viene aqui?

Conejo:—Sí, es, vamos a preguntarle como hizo para escaparse. A ver si nos quiere decir, o a ver si me paga.

Coyote:—También yo te defenderé. De eso no tengas cuidado. Aquí tengo un cuchillo muy filoso.

Conejo:—También yo tengo una pistola, por eso no tengo nada de miedo.

Zorro:—Muy bueno, qué buena me la hiciste con haberme dejado allí encerrado. Cochina está la casa donde estaba yo.

Conejo:—¿Cómo te escapaste de esa casa tan triste?

Zorro:—Pues figúrate que en la mañana, después de varios meses, fué el amo mismo, y al ponerme que comer vió que yo tenía cola y me dijo: —Ah, éste no es el que yo metí. Voy a soltarlo, porque para tenerlo a que gaste mis cosas, mejor no. Ya se fugó el dañero. Inmediatamente mandó a sus criados a que me soltaran, y de esta manera me solté y me escapé. Ahora me ves aquí, muy flaco y hambriento, porque no he tenido qué comer.

Conejo:—Mucho me alegro porque te hayas salvado de aquel lugar.

Zorro:—Y tú ¿por qué te habían encarcelado allí? ¿Por qué estabas preso?

Conejo:—Pues precisamente estaba yo, pero porque figúrate, que un día antes fuí a robar unas guías por allá por su terreno. Si lo hice fué porque tenía hambre. Luego me condujo a la cárcel, como le puedes preguntar a mi amigo coyote.

Zorro:—¿Cómo estuvo esto? Cuéntame como estuvo esto que apresaron a este amigo?

Coyote:—Pues así fué. Un día antes de que fuera a la cárcel este amigo, como yo te digo, estaba en un solar comiendo, lo que ya te dije. Pero éste se escapó, gracias a que sus pies lo obligan a avanzar mucho y esa noche se quedó en mi casa, porque ya no pudo regresar a su casa, porque estaba muy lejos. En la mañana me vine a dejarlo, y en el camino lo cogió el señor, donde estabas detenido, y yo me vine a avisar a su casa, pero quien sabe qué hicieron, no sé si lo fueron a ver, porque yo me vine para mi casa, hasta ahora que volvía a ver si había llegado, hasta que lo encontré, y después

de cenar dormimos en mi casa, nos pusimos a pensar qué cosa había de hacer el otro día.

Zorro:—Bueno y ahora ¿para dónde se van?

Coyote:—Ahora nos vamos para mi casa, para que me vean a mi amigo, porque están pensando qué le había pasado, si había muerto o no. ¿Tú para dónde te vas? ¿Que no quisieras acompañarnos, para que no nos agarren los hombres? Así, siendo tres, no nos pueden hacer nada, porque nos defendemos como podamos.

Zorro:—¡Cómo! Sí me voy con VV. pero me dan qué comer, porque tengo mucha hambre y sed.

Conejo:—Pues con mucho gusto, siempre que no me hagas nada, porque me manejé muy mal contigo.

Zorro:—No tengas miedo, no te hago nada; sabes que somos de confianza.

Coyote:—Seguiremos nuestro camino sin dificultad, pero vamos a descansar. Para esto vamos a comer fruta en un rancho que yo conozco. Allí tengo a un primo mío que tiene mucha fruta y mucha comida, que nos puede dar sin cobrarnos ni un solo centavo, porque yo le voy a suplicar que no pagamos porque no tenemos nada de dinero.

Conejo:—Vamos pues pronto, que me muero de contento que hayamos encontrado donde comer, y porque no me hizo nada nuestro amigo.

—Mi primo ¿cómo te va? ¿Estás bueno.—Sí hermano; no hay ninguna novedad. Pensando en ti estaba, y creyendo que te habías ido a una parte lejos. ¿Porqué no habías venido a vernos?

Coyote:—Me había ido a ver a mi amigo conejo, que le habían cogido preso.

—Bueno, ya pasó todo, ahora nos vamos a jugar un poquito, en esa hamaca que está colgada allí. Pasen, señores. Están muy cansados, porque habrán caminado mucho, y es necesario que se distraigan. Siquiera también pueden tocar la vigüela para desorientarse un poquito.

Conejo:—Con tu permiso que voy a subir en la hamaca, y me mecen después. Yo les doy impulso.

Coyote:—Yo voy a tocar la vigüela, porque hace mucho tiempo que no he tocado; quien sabe si me acuerde.

Zorro:—Muy bueno va a estar esto, mientras VV. hacen otra cosa, yo bailo. Les puedo enseñar a bailar una pieza que yo sé, y la he bailado muchas veces. También sé bailar el jarabe y la botella, que son piezas que me han costado mucho trabajo aprender. Figúrate que cerca de diez años estudié para aprender a bailarlas. Mi profesor las baila con piano, que otro condiscípulo mío tocaba. El pobre de mi maestro me pegaba mucho, porque no podía llevar el paso como él hacía, pero hasta que llegué a aprender a fuerza de muchos sufrimientos, porque me pegaba como ya te digo más antes. Comenzaré a bailar la primer pieza que te ofrecí bailarla, y después bailaré las otras.

56. EL COYOTE, EL TLACUACHE Y LA LIEBRE

El coyote:—Señores tlacuache y liebre: VV. tendrán la bondad de acompañarme para ir a traer un tercio de leña. Yo les daré una comida y una cena, y en caso de que no quieran cenar ni comer, les daré una gratificación.

El tlacuache:—Pues, mi respetable amigo coyote: si urge que se realicen estos trabajos, y que verdaderamente necesita la leña, yo lo acompañaré aunque sea un solo viaje o dos. No ofrezco más, porque la verdad, yo no estoy acostumbrado a ese trabajo.

Liebre:—Yo por mi parte digo lo mismo, porque también yo no estoy acostumbrado a ese trabajo, debido a que mis pies son únicamente para dedicarme a un trabajo menos pesado. Pues por otra parte, nunca he ido a traer un tercio de lo que me dice.

Coyote:—Mucho les agradeceré si me acompañan, aunque solamente una vez, porque tengo miedo que se vaya a perder mi leña, que ya la tengo cortada desde hace más de un mes, y hasta ayer fuí a ver si todavía estaba la leña. Y como creí que se había perdido, ya no llevé mecapal para que hubiera traído un tercio aunque sea, y si VV. me hacen este favor voy a traer los mecapales, para que nos vayamos.

Tlacuache:—¿Qué dices de esto amigo? ¿Qué irá a hacer con la leña que vamos a traer, que según veo, le precisa mucho, mucho, porque está muy apurado? Ya ves como se fué hasta a traer los mecapales.

Liebre:—Yo digo que lo que quiere hacer con la leña es hacer pan, porque ya me acordé que es panadero, y en ese oficio, sé que se gasta pura leña. Esto lo sé porque yo fuí a trabajar en la panadería hace unos cuatro años cuando mi papá vivía; pero desde que murió, paré de trabajar y busqué qué hacer para comer, porque él era el que me sostenía. No creas, yo sé hacer pan amarillo, y también pan blanco.

Tlacuache:—Te felicito pues, que ya sepas hacer el pan. Yo nunca he hecho la prueba, ni tampoco me han puesto de mozo en ninguna panadería, por lo que no sé como será ese trabajo. Ya no podemos platicar más porque ya viene nuestro amigo Coyote.

Coyote:—Mis hermanitos, me tardé mucho ¿verdad? Pues tuve que arreglar unos asuntos de mucha importancia. Aquí ya traje los mecapales. Seguiremos nuestra tarea, que es decir a traer un viaje de leña. Miren, aquí les traje un pedazo de pan.

Liebre:—¿Ya lo viste como te dije que es panadero?

—Muchas gracias Don Coyote. Le decía a este amigo que no era panadero, porque me preguntó que si no sabía yo para qué necesitaba V. mucha leña.

—Las otras clases de madera arden, pero no como el encino, porque he hecho la prueba varias veces. Como ayer nada más se acabó de esta clase, por eso es que estamos quemando otra clase de leña. Ya llegamos, señores. Miren cuanta leña tengo todavía, con todo que hace más que un mes que la tenía aquí, y no venía a ver, ni tampo mandaba a otra persona a que mandara que viniera a ver por mi parte.

Tlacuache:—Cuente la leña; creo que no son dos vigas sino tres o más; porque todavía hay mucha por aquel lado, y como son gruesas pues pesan mucho.

Liebre:—Sí, mi amigo coyote, yo no puedo venir más que cuando mucho otro viaje, porque tengo miedo no sea que nos agarren por este camino los cazadores o sus perros y nos maten.

Tlacuache:—También yo lo mismo digo; porque como yo les he hecho daño, no sea que se desquiten.

Coyote:—Si tienen recelo con VV. vámonos pronto, para que no los maten, y también yo lo mismo digo, porque he ido a comer sus frutas y gallinas hace muy poco tiempo, hace como unos diez o quince días, una noche cuando no tenía yo qué comer, fuí Ya es hora, señores; levanten mi tercio, y después les ayudaré a levantar el de VV.

Tlacuache:—Yo le ayudo porque mi amigo liebre todavía no acaba de amarrar el suyo, pero me ayudas tú.

Coyote:—Sí, hombre, no tengas cuidado, que lo que quieras pídeme; estoy para darte.

Liebre:—Ya acabé, mis amigos; vámonos pronto. Alcen mi tercio, porque creo que ya vienen por allá unos cazadores, que andaban en busca de nosotros, que nos querían matar. Ya oí un tiro que hicieron hace un momento.

Coyote:—Yo ya casi salí del compromiso; ya voy saliendo del bosque. Yo ya tengo hambre, hermanos. Ahora que lleguemos a la casa tendremos un cafecito que voy a mandar hacerlo. Mucho nos falta para llegar a la casa; no vamos ni a la cuarta parte del camino. Todavía tenemos que pasar un río muy largo y muy ancho. Tendremos que caminar casi más de otro medio día; pero al fin, de todos modos llegaremos hoy en el día mismo. No nos hemos de quedar aquí a la noche, porque por una parte, hace mucho frío y no tenemos ni un pedazo de trapo para taparnos; por otra, ya tenemos hambre y tenemos razón, porque como nada más les traje un pedazo de pan, no se llenaron con eso nada más; y también tenemos miedo, no sea que nos vayan a comer los leones y otros compañeros bravos. De todos modos, tenemos que llegar hoy.

Tlacuache:—Sí, manitos, hay que cuidarnos de estos compañeros, porque éstos sí no respetan a nadie; conforme nos agarren nos comen de una vez, y como somos chamacos, no podemos defendernos, ni tampoco podemos decirles que no nos hagan nada, porque han de traer hambre, y no harán más que matarnos y comernos sin más palabras, sin decir que nos perdonen porque más hacen. Ahora tenemos hambre y no podemos aguantar hasta mañana, porque tenemos que caminar todavía, y saben VV. muy bien que

en las mañanas pronto da hambre, y además da mucha flojera; y si nos quedamos, bien pueden alcanzarnos los hombres que les hemos causado daño y muchos perjuicios. No traemos ninguna de nuestras cobijas porque venimos con intención de llegar el mismo día, es decir, ahora mismo. Y hace mucho frío por las mañanas principalmente. Es preciso, pues, que nos vayamos cuanto antes.

Coyote:—Pero, mis compañeros, les diré una cosa; que el agua del río está muy caliente. Creo nos bañamos aunque sea un ratito. Ahora VV. a ver qué disponen de esto que les digo, si nos vamos de frente o nos bañamos un poco.

Liebre:—Pues yo digo que mejor nos bañemos para llegar pronto y tomar café con bastante pan, que me gusta mucho de ese pan amarillo.

Tlacuache:—Sí, señores; vámonos más pronto, porque ya el sol se va desapareciendo y es muy tarde. Serán como las cuatro de la tarde o más.

Coyote:—Hermanos, creo que de todos modos nos tendremos que quedar aquí nada más, porque ya no llegamos, si dice nuestro compañero tlacuache que ya son las cuatro, porque queda muy lejos nuestro pueblo. Cómo me arrepiento de no haber traído cobijas, aunque sea una nada más, y siquiera unas diez o doce piezas de pan para cenar. De nada me sirve que tenga yo pan, si no traje. Además, por aquí no hay ninguna gente para que nos venda café en cambio de nuestra leña, aunque sea porque quieren. Miren, ya se va metiendo el sol. Hasta se ve un rasgo de luz ya muy pálido. Seguro se va ocultando como si fuera por la noche o por la nube, no porque no está nublado el cielo, sino muy limpio. No podemos ver por esta montaña.

57. CUENTO DE UN PERRO

Simatlán, Simatlán.

Éste era un perro que andaba en las montañas y que no encontraba ni rumbo para donde encaminarse. Como fué que no quiso andar en los caminos su dueño le decía:—Pues, mi perro, ya sabes que ya no te quiero nunca más. Pues vas hasta la casa de tu hermano para ver qué te dice. Y si te dice que ya no quiere que tú trabajes con él, entonces te vienes conmigo. El perro no quiso ir a la casa de su amo, porque le dijo que ya no lo quería nunca. Por eso fué que el perro no se quiso ir a la casa de su amo porque le dijo que ya no lo quería nunca más. Después el dueño fué a la casa de su hermano, y le dijo a su perro:—¿Por qué no te quieres tú venir conmigo, pues te he llamado muchas veces? Entonces el perro le contestó: —Porque V. me ha dicho que ya no fuera, que ya no me quería más; y por eso ya no me voy con V. más. Ya yo no quiero irme con V. y no quiero que me hable nunca. Y así es que ya yo estoy al tanto de que V. me quiere llevar a su casa; pero yo no me voy, no quiero. Entonces le dijo el amo:

—Pues ya sabes que te tienes que ir conmigo. El perro le contestó que no se iba con él porque le había dicho que no lo quería más, y porque no quería él estar con su amo. Entonces el amo se quedó muy triste por su perro; pero el perro, sí se quedó muy contento. El amo le volvió a decir que si porqué no se iba con él. El perro le contestó que porque le había dicho que no lo quería en su casa más. El perro le dijo a su amo que él estaba muy contento en la casa de su mamá y que no se quería ir con él.

Y así es la historia del perro que andaba en las montañas, y que su amo fué por él y no lo pudo encontrar.

58. CUENTO DE UNA GALLINA

Simatlán, Simatlán.

Estaba una gallina un día debajo de un árbol cacaraquiando, y así se fué volando, hasta la casa donde estaba, por lo que fué que no la pudieron agarrar las gentes, porque de un volido se fué a dar a la casa de un amigo suyo, y hasta allí fué a dar del volido. Entonces el vecino de la casa se fué a avisar al dueño de la gallina, y le dice:—¿Adónde vas, señor? Entonces él le dice:—Voy a la casa de mi vecino a ver si no está allí mi gallina porque pienso que se quiso ir para allá. Y cuando llegó, le dijo a su vecino: —Señor, dispénseme; ¿que no ha venido mi gallina por aqui? Le contestó el vecino:—Sí, señor, ya hace rato que vino, y se fué para la casa de su vecino y de allí se fué para la casa de su pariente de ella. El dueño de la gallina se fué muy triste de allí por su gallina que él creía que andaba en las montañas gritando. Le dijo un vecino:—Yo no sabía que era de V.; pues no hace nada que andaba por aquí gritando, y si yo he sabido que era de V. le dijera ahorita. El dueño se fué corriendo a las montañas, adonde le dijo el señor que estaba su gallina, en busca de ella. El dueño no quiso creer lo que el señor la había dicho, hasta que él oyó gritar a su gallina en las montañas. Entonces el dueño le dijo que era cierto. Entonces salió corriendo para la casa de su vecino, y le dijo:—Vete; creo que allí está, y se fué corriendo, y en cuanto llegó, le dijo:—¿Pues qué ya viniste tan pronto?—Pues sí, pues vine corriendo, por eso vine tan pronto y porque tenía mucho miedo. Cuando llegó a la casa de su vecino, ya no halló a nadie, y dijo:—Aquí no hallo a ninguno. Ya se llevaron a mi gallina. Yo no más vine por tener el gusto de ver a mi gallina. Por eso fué que regresé tan pronto, pues me estuve más de una media hora o más, esperando para ver a mi gallina, o para ver si llegaba, y todavía estuve y me estoy esperando.

59. EL MACHÍN

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Un día estaba un machín junto de una casa, en donde estaban unos cajones de enjambres, cuando llegó una zorra, y le dijo:—Mi buen amigo, ¿que ya vienes? Mira cuanta gente hay aquí. Oye y verás como están rezando y eran los avejones de los cajones, y aquí me pusieron a cuidar. No seas mal amigo. Estáte por mi parte, mientras voy a traer un poco que comer para nosotros. Y ten este palito; cuando ya tengas mucha hambre, no más les picas con este palito para que salgan y te den de comer.—Sí, dijo la zorrita, y se quedó. Ya hacía rato que se había ido el machín cuando la zorrita ya tenía hambre; y que pica con el palito, cuando salen los abejones del cajón, y que se le van encima. Despues de mucho rato pudo correr el zorrito, y se fué muy enojado.—Ahora voy a buscar a ese animal que me engañó. Y se fué. Cuando lo encontró, que estaba encima de una peña, llegó la zorra y le dice:—¿Qué tal de bien quedaste? Me dejaste allí esperando y me diste el palo, y salieron los abejones y me picaron.—Mi hermano, yo no fuí, amiguito. Sería mi otro hermano.—Mira, le dijo, —ayúdame un poco porque ya estoy muy cansado, porque si suelto, se hace el juicio. Mira, no seas malo; agarra aquí. Estáte por mi parte mientras que voy a traer nuestra comida; pero no la vayas a soltar, porque si la sueltas, entonces se hará el juicio.—Sí,—le volvió a decir el zorro, y se quedó muy recio pegado en la piedra. Ya estaba muy cansado, y dijo: —Esto no me parece, pues qué me importa más que se haga el juicio. Yo suelto esta peña,—y que la suelta, y al tiempo de soltarla pegó un brinco, y que fué a dar hasta allá, y que arranca a correr, y se fué. Y cuando voltió la cara, estaba la peña en el mismo lugar. Y que se va en busca del machín; cuando lo encontró en un palo de pitajayas.—¿Aquí estás? Ya van dos veces que me engañas.—Mira, yo no; sería mi otro hermano; porque nosotros somos muchos hermanos. El machín estaba trepado en el palo de las pitajayas, cuando le dijo:—Mira, ¿quieres una pitajaya? Abre la boca y cierra los ojos, y te echo. Cuando se la peló, se la echó.—¿Qué tal sabrosas están?—Sí están—contestó el zorro—sí, pero pélamela primero, para que no me vayas a echar una con espinas. Y luego le peló el machín. —Ahora cierra los ojos. Entonces cortó una con todo y espinas y se la echó, y que se bajó pronto y se fué de allí, dejando al zorro con la pitajaya de espinas en la boca. Y el zorro se quedó gritando, mientras que el machín se fué. Cuando se pudo sacar las espinas, se fué corriendo en busca del machín. Y cuando encontró al machín que estaba en un río tomando agua, llegó el zorro y le dijo:—Pícaro, aquí estás. Tantas maldades que me has hecho. Ésta si ya no te la perdono. Le dijo entonces el machín:—No,

hermano, yo no fuí; sería mi otro hermano, como somos muchos hermanos, serían los otros. Mira, yo estoy tomando agua aquí para que se acabe el agua, para sacar ese queso que está ahi. ¿Quieres ayudarme? Dijo la zorra:—Sí ¿cómo no?—Mira,—le dijo,—mientras que tú tomas esa agua que hay aquí, yo voy a traer el pan. Cuando vacíes esa agua, entonces sacas el queso.—Sí,—le dijo la zorra; y se quedó tomando agua en aquella laguna, y estaba toma y toma el agua de ver que no se acababa el agua y que no parecía el machín con el pan. Entonces se fué en busca del machín, cuando lo encontró en una casita en la orilla de una barranca, que se metió en un piscador, que se echaba a rodar para abajo. Entonces le dijo:—Oye, ¿conque hasta aquí te encontré? Ya son varias las que me has hecho, y ya no es posible aguantar más. Entonces el machín le dijo:—A mí no me vengas a decir nada, porque yo no sé nada. Aquí pasó mi hermano endenantes y me dijo que iba a buscar pan, pero que no lo encontraba. Yo estoy aquí meciéndome de aquí para allá. Fíjate como voy a hacer. Y luego se echó a rodar. Vamos los dos entonces. Dijo el zorro:—Vamos los dos, y que se echan, y luego le dice:—Ahora vas tú solo. Cuando lo echó, que arranca las estacas que tenía adonde se atoraban, se pasó el zorro y se fué hasta el río, y que arranca a correr el machín, y apenas pudo salir el zorro, y que se pone en busca del machín, que esa vez si no le perdonaría.

Al fin lo fué encontrando en donde estaba en un caballo muerto que lo estaban comiendo los zopilotes, y que llega el zorro y le dice:—Pícaro, ¿aquí estás? Esta vez sí, ya no te perdono.—Mira, le dijo,—yo no; sería mi hermano, porque somos muchos hermanos, te confundes conmigo. Mira, a mí me pusieron a cuidar estas gallinas; pero ya tengo mucha hambre, y si quieres, estate un rato por mí y por mi parte mientras que voy por la comida; y el zorro le dijo que sí.—Y si ya tienes mucha hambre vas y agarras una gallina, pues sé que te gustan las gallinas.—Pero como me dijo que si no venía pronto, que agarrara una y que me la comiera yo; yo ya tengo mucha hambre, me voy a comer una gallina mientras que viene con la comida, y brinca, y al tiempo que brincó y de agarrar una, se fueron todas, porque volaron y se fueron para arriba, y él se quedó viendo que estaban en el aire, y dice:—Éste sí que me la hizo buena. Son puros zopilotes éstos. Y que se va muy enojado en busca del machín, cuando le encuentra muy apurado en una casa haciendo redes para que se metiera, porque ya venía el jucio. Y que llega el zorro.—Aquí estás maldito? Ahorita lo verás—le dijo el zorro al machín; y el machín dijo:—Anda por ahi y tú, no me digas nada. ¿Qué no ves que ya viene el juicio? Por eso estoy haciendo una red, para que me meta yo, para que no me pase nada. Si quieres, te hago una para ti, y el zorro dijo que sí. Luego se la hizo. Cuando se llegó la hora, le dijo al zorro:—Ahora sí, ya se llegó la hora; vamos para que te cuelgue yo a ti en el palo. Después me cuelgo yo. Y cuelga al zorro. Y para esto, ya el machín ya había juntado mucha piedra para apiedrar al zorro. Y que se sube el machín más arriba, y que le comienza a echar piedras. Y que le pregunta:—¿Qué tal te llegan?—Muchas,—contestó el zorro.—¿y a ti, qué tal te caen?—le preguntó el machín al zorro, y el

zorro contestó:—Muchas. Ahora ya se pasó la de piedras, y ahora ya viene la del agua. Ya que se le habían acabado las piedras al machín, que comienza a orinar al zorro, y ya que acaba de orinar el machín al zorro, se baja y deja colgado al zorro.

60. DOS ZORRAS

Yalalag, Villa Alta.

Éstas eran dos zorras que siempre andaban juntas las dos de noche, y se iban a comer cosas en las cocinas; y siempre les ponían veneno para que se murieran, pero nunca se morían. Un día vieron a un pájaro que llevaba un pedazo de queso en el pico. Entonces dijeron las zorras:—Aqui vamos a quedarnos, para que en cuanto abra su pico y suelte el queso, lo recogemos. Conque así se estuvieron hasta una de tantas que ya aquel animal estaba cansado de tener aquello en su pico, y entonces quiso abrir el pico, y soltó su queso; y luego que cayó lo recogieron las zorras y se fueron a una casa, y allí lo hicieron la mitad. Conque a una no le gustaba el pedazo que le había tocado, y para que lo compartieran bien, tuvieron que ver al juez para que así lo hiciera; para que lo compartieran bien y partiera el queso a la mitad. El juez era un machín. Pues que comenzó a echarlo en la balanza, y él que se iba de lado, luego le quitaba un pedacito y se lo comía. De ver esto, las zorras aquellas, de ver que el queso ya no era más de un pedacito, dijeron, que si se conformaban cada quien con lo que le tocara; porque ya su queso ya no era casi nada.

61. UN PINTURILLO COLORADO

Un pinturillo colorado se casó con una gorriona, y le dijo:—Me casé contigo porque somos de una misma raza; pero quiero que tú no te enredes con otro, porque si no perdemos la raza. La gorriona contestó:—Pues ¿cómo quieres que la perdamos. Si no sale un hijo como tú, dirás que salió como mi querido, pero no es eso, mi marido pinturillo, yo llegué a tener un hijo, y salió como mi mamá.—¿Quién es tu mamá?—dijo el pinturillo. La gorriona contestó:—Mi mamacita es una calandria.—¿Y que de verdad? —dijo el pinturillo.—Pues sí,—dijo la gorriona,—yo soy hija de una calandria, y mi padre es un jilguero. Por eso si tú te celas conmigo, me voy con mi padre que vive en las serranías, pero si tú no te andas encelando, porque soy muy alegre, y canto mucho como mi padre en la madrugada y en todos los días, no me voy. Y creo que tú eres un hombre muy serio. Por eso

te coronaron como un rey. Entonces dijo el pinturillo:—No soy muy celoso. Lo que sí, soy muy serio; yo no canto, pero si tengo buenas virtudes. Yo doy la cena a mis amigos cuando van bien y cuando van mal. —¿Pero cómo lo sabes tú?—dijo la gorriona. Y el pinturillo contestó: —Yo sé porque mi ciencia me lo avisa como van. Cuando van bien, yo les enseño puro pecho colorado, y cuando van mal, les presento pura cola, y luego se empiezan a enojar conmigo. Cuando van bien, ya me dicen,—¡Qué pinturillo tan bueno, nos enseña su pechito colorado.

62. CUENTO DE UN RATÓN

Yalalag, Villa Alta.

Un ratón de una casa convidó a una rata de campo porque el ratón de la casa tiene muchas mazorcas, y en esa casa andaba un gato que quería comerse al ratón. El ratón se ha escapado una vez, y por eso ha convidado a la rata de campo, y le dijo:—Anda amiga, ¿qué estás haciendo?—Aquí estoy buscando para comer. Y el ratón de la casa le dijo:—No estés padeciendo por ahi. Vámonos conmigo. En donde yo estoy hay mucho que comer. A la hora que lo quieras comes cosas buenas.—Bueno pues—le dijo la rata de campo;—¿y cuando llegaremos?—Ahorita llegamos. Cuando llegaron a la casa, luego pasaron a una pieza llena de mazorcas. Entonces le dijo el ratón:—Ya sabes compañera que no hay nada. Un pícaro hay que me quiere comer. Por eso hay que tener cuidado. A los tres días estuvo el gato esperando por donde saliera el ratón para comérselo, y después estuvo esperando para comerse a la rata y al ratón, pero tuvieron buena suerte. No le tocó bien al gato, y se despidieron.

63. EL LEÓN Y LA ZORRA

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

En una noche muy tranquila, la zorra se hallaba sentada sobre una peña, cuando se le presentó el león, y le dijo:—¿Qué haces tú aquí?—Estoy deteniendo esta peña para que no se ruede,—dijo la zorra. El león desde abajo veía a la zorra y no más tragaba la saliva. Y entonces dijo:—No he comido hace dos días, y ahora te voy a comer. Entonces la zorra dijo: —No, hermano, somos amigos, y no debes de hacer tal cosa conmigo. Y como amigos que somos, me comprometo a ir a traer unos guajolotes para la cena. Para esto quiero que me detengas esta peña.—Con mucho gusto,—dijo el león.—Anda; aquí te espero; no más no dilates.—Sí,—dijo la zorra, y que se va muy contenta a hacer la lucha por las gallinas. La suerte le

ayudó y se hizo de una gallina, y como ella también tenía hambre, se empieza a comer la gallina, y cuando ya se la había acabado, recordó que tenía que llevarle al león lo que le había ofrecido. Entonces dijo:—Pues yo no le llevo nada. Lo que voy a hacer es emborracharme, y luego me presento muy borracha, y le digo que por nada me mataba, y que la cabeza la tengo todavía tonta. Esto se dijo y se fué en busca del pulque. En el camino se encontró a un amigo suyo, y le contó su historia, y le dijo que al león lo había dejado deteniendo la piedra. Y el amigo aquel de buena gana se carcagió. Y ambos de gusto dijeron:—Ahora vamos a emborracharnos. Al poco andar se encontraron un mague y calado, y que empezaron a tomar pulque. Al rato que estaban muy borrachos, entonces la zorra le dijo a su amigo:—Nos vamos dentro de un rato. Voy a ver al amigo león y lo vuelvo a engañar. Y que se va. De lejos la vió el león, y que pega un grito, y dijo:—Pronto, ven que ya estoy muy cansado, y que por poco suelto la peña. La zorra se iba de un lado a otro, haciéndose la muy borracha. Llegó en donde estaba el león, se subió en la peña, y entonces le dijo al león: —Suelta ya la peña ahora. Y éste, bravo que estaba preguntó por su guajolote, y entonces la zorra dijo:—Ni sabes, hermano, lo que me pasó, que por poco me matan. Me dieron dos palos, que todavía traigo la cabeza medio tonta. Y el león dijo:—Pues es mucha mi hambre. No puedo aguantar, y ahora siempre te como. Entonces dijo la zorra:—No, hermano; mira que yo de todos modos te consigo que comer ahorita; y para que lo creas, vamos los dos. Y que se ponen en camino y llegaron a donde había muchos nopales cargados de tunas. Y que se trepa la zorra, y dijo: —Aquí si que vamos a comer fruta.—¿Y que se come eso?—dijo el león. —Pues sí,—le dijo.—Esto es cosa buena; y para que no tengas desconfianza, voy a comer yo primero. Y que se pone a pelarlas, y se las come. Entonces el león dijo:—A ver bájame una.—Y la zorra buscó una de las más grandes y de las que tenían más espinas, y que se la baja. Entonces le dijo al león: —A ver, abre la boca y cierra los ojos.—Sí,—le dijo el león. Y que le echa la tuna con todo y aguates en la boca, y el león que pega unos saltos porque toda la lengua se le espinó. Y que se pone más bravo todavía, y que agarra a la zorra, y le dice:—Con ésta, son dos maldades que me haces. Ahora sí, ya no te perdono. Entonces la zorra le dijo:—Perdóname, hermano, no me hagas nada; mira que somos buenos amigos, y que si por tercera vez te vuelvo a engañar, entonces sí puedes hacer lo que tú gustes conmigo. Ahora vamos a un fandango que me invitó un amigo mío, y ahí nos van a dar mucho de comer.—Pero ya sabes que si me vuelves a engañar, pobre de ti, —le dijo el león.—No,—dijo la zorra;—y para más señas te voy a decir que el fandango es de mi tía, que se casó con un señor muy rico, y éste está haciendo un gasto muy grande. Y mira que allí nos van a dar chocolate, mole, tamales y muchas otras cosas, pero pura cosa buena. Entonces muy contentos, muy juntitos se fueron los dos y llegaron donde estaba una colmena, y entonces la zorra le dijo:—Aquí es la casa. Pon cuidado qué bonito están tocando la música. Lo que es ahorita están en un gran baile. Y el león le dijo:—De veras, ¡qué bonito!—Y la zorra, para desprenderse

de él, buscó la manera, y le dijo al león:—Mira, voy a traer un mozo para que acarree todo lo que no nos acabemos. Y mientras, tú tocas la puerta, y si sale alguien y te dice que entres, entonces les dices que somos dos y que se esperen un momento. El león que muy contento empieza a tocar la puerta, toca, y toca y ni modo de que salieran. Y la zorra ya muy lejos estaba y desde allí riéndose de aquella maldad. Y por fin las avispas se enfadaron con aquel ruido, y que salen y se le encuentran al pobre león. Y que le comienzan a picar por las orejas, por los ojos y por la panza. Revolcaron al pobre león. Éste fué el fin que tuvo el pobre león, que fué engañado por la zorra y sin poder haberse vengado.

64. CUENTO DEL CORRECAMINO

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Una vez estaba sentado un correcamino sobre una peña, muy triste porque no había comido todo el día, cuando pasa por allí un coyote, y se acercó a él, y le dijo:—Amigo, ¿qué tienes que estás muy triste, cuando otras veces te veo muy contento corriendo por los caminos, subiendo y bajando por las lomas, y las peñas, y por los árboles? Entonces dijo el correcamino.—¡Ay! amigo, aquí estoy pensando que como hay gentes que desean matarnos de hambre. Mira esos grandes terrenos que no los sembraron. Recuerdo que el año pasado por este tiempo, ya había muy buenos elotes, y cuantas veces no venía yo a comer elotes. En esta peña fué mi lugar, y ahora que tengo hambre se me hace muy triste al ver que no hay nada. El coyote le dijo:—No tengas cuidado por eso, amigo. Como amigos que somos, ahora te voy a llevar a mi casa a comer. Allí tengo mucho que comer, porque tengo el cuidado de guardar bastante para el tiempo en que se escasee. Muy contento el correcamino, se fué con el coyote a su casa. Al llegar, hasta las ganas se le quitaron al ver tantas cosas. Había carne, había elotes, había frutas. Y entonces el coyote le dijo:—Come lo que gustes. Y el correcamino comenzó a comer hasta donde pudo. Cuando acabó, le dió las gracias a su amigo, y le dijo:—Tú eres muy bueno conmigo, y no tengas cuidado, cuando llegue el tiempo de lluvia, voy a cultivar todos esos terrenos que están cubiertos de palos, porque yo soy también un buen trabajador, y no lo creerán muchos enemigos que nos matan de hambre. Para todo el año tenemos mucho que comer.—¿De veras?—dijo el coyote.—Pues de veras,—dijo el correcamino,—no creas que yo te engañé. Y se despidió de su buen amigo y se fué a andar por todas partes, siempre pidiéndole de comer a su buen amigo, porque nunca le gustaba buscar de comer. Y como sabía cantar algunas canciones, con esto divertía a sus amigos, y por todas partes lo llamaban y les cantaba, y en cambio de eso, le daban de comer. A todos éstos les decía que iba a trabajar para todos, y se comprometía de aquí al otro año, les correspondía todos los

favores que le hacían. Él tiempo iba transcurriendo, y ya se acercaba e tiempo de la siembra, y decía:—Ya me estoy preparando para la siembra. Cayeron las primeras aguas, y como era muy flojo no quería trabajar. Y que empieza a quejarse, y decía:—¡Ay, me duele la rodilla! ¡Ay, me duele la rodilla! En todas las peñas iba a quejarse para que lo oyeran sus amigos. Se encontró con el coyote, y éste le dijo:—¿Qué pasa, cuando siembras? Y el correcamino le contestó:—¡Ay! me duele la rodilla. Y así fué haciendo con todos sus amigos, y nunca cumplió con lo que les había ofrecido.

65. CUENTO DE LA ZORRA Y EL COYOTE

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Una zorra estaba muy alegre, sentada sobre una peña, cantando unos versos. Un coyote estaba muy cerca de allí. Al oír aquel canto, le gustó, y que se acercó donde estaba la zorra. Al llegar allí, le dijo:—Feliz de ti, que estás muy contenta.—Y tú, ¿por qué no lo estás?—dijo la zorra.—¿Adónde voy a estar contento, si tengo hambre?—contestó el coyote.—No tengas cuidado porque ahorita vamos a comer,—dijo la zorra. Y que se lo llevó a comer elotes. De allí se lo llevó a un carrizal. Se trepó la zorra en uno de los carrizos, y cogió un carricito, y se pone a tocar, y le dijo al coyote: —Súbete y acompáñame a tocar, porque es día de fiesta ahora, y van a venir muchos convidados. Subió el coyote, y entonces los dos se pusieron a tocar. Después de que tocaron una pieza, dijo la zorra al coyote:—Sigue tocando; voy a meter a los convidados, que ya vienen allí.—Sí,—dijo el coyote.

La zorra se bajó, cogió un cerillo y quemó alrededor del carrizal, y luego corrió. El pobre coyote toca y toca estaba cuando sintió todo el carrizal que estaba ardiendo. Quiso dar un salto, pero no pudo, y fué a dar en medio de la llamarada. De allí salió herido y chamuscado. Cojeando se fué a buscar a la zorra. Después de haber andado mucho, la fué encontrando en la orilla de un estanque, mirando la luna que se veía en el agua. Entonces quiso pagarle de la maldad que le hizo, y la zorra le dijo:—No me hagas nada porque quiero sacar ese queso que está dentro de el agua. Entonces el coyote se acercó. La zorra no más vueltas daba alrededor del estanque y hacía que no alcanzaba el queso. Entonces el coyote dijo: —A ver si yo alcanzo. Al tiempo que alargó la mano para sacar el queso, la zorra le dió un empujón, y que se va dentro del agua, y la zorra corrió luego. El coyote salió de allí todo mojado, renegando contra la zorra, y que se pone a buscarla para matarla; y la encontró en la orilla de un barranco bajo la sombra de unos árboles muy frondosos. Cuando vió al coyote, le pidió perdón, y le dijo:—Perdóname; no lo hice a propósito; no me hagas nada. Ahora te voy a hacer una red y la colgamos en ese árbol. Con eso que si vienen nuestros enemigos que nos quieran matar, como tú no pue-

des subir al árbol como yo, te metes en la red, y yo subo corriendo hacia arriba. El coyote no quería. Allí estaban alegando cuando apareció un perro por allí. La zorra se trepó en el árbol luego, y el coyote que no tenía por donde correr, que se mete en la red y la zorra le fué jalando. Entonces dijo la zorra al coyote:—Ya ves de cuanto te sirvió la red; y así no querías. Hacía ya mucho tiempo que estaba colgado allí, cuando dijo:—Tengo mucha calor. Y la zorra le dijo:—No tengas cuidado; te voy a mecer para que te refresques. Y que lo empieza a mecer, y en una de esas, le soltó el mecate, y que se va el pobre coyote a la barranca, con toda la red. Así murió el pobre coyote en las manos de la zorra.

66. EL CONEJO Y EL COYOTE

Mitla, Tlacolula.

Un señor puso una trampa para coger un conejo en una frijolera que tenía. Hizo un mono de cera, y lo colocó en la cabecera del terreno, cuando llegó un conejo y le dice:—¿Qué haces en mi terreno? Véte de aquí, si no te doy un manazo en la cara. El mono no contestó. El conejo le da un manazo, y se le queda pegada la mano. Entonces le dijo:—Si no me sueltas, te doy unas patadas. Le da las patadas y se queda completamente pegado. Entonces se revolcó con el mono, cuando llegó el dueño, y le dijo: —¡Ah malvado animal! Ahora si te como en pipián. Se llevó el conejo, cuando llegó un coyote, y dijo:—Billt, billt. Se detuvo.—Ven acá,—dijo el conejo.—Si tú supieras que estoy esperando a una niña para que me case con ella. El conejo amarró el pescuezo al coyote y se puso en marcha. Entonces llegó el dueño a ver al animal y quedó asustado. Entonces dijo: —Ahora no me lo como; ahora lo quemo. El coyote se salvó y fué en busca del conejo, y pasó por donde había unas tunillas, y llamó al conejo diciendo:—Billt, billt. Cuando alzó la cara vió al conejo arriba de una tunilla.—Anda, malvado, ahora si te como.—No me comas. Mira lo que te voy a dar.—¿Qué cosa? A ver, tírame una. Abrió la boca y dejó que le tirara una tuna.—Tírame otra. Se empardó el conejo y le tiró una tuna verde, con muchas espinas. El conejo se dirigió donde estaban muchos zopilotes, y allí llegó el coyote.—Ahora si te como.—No, no—le dijo el conejo.—Quiero que me hagas el favor de cuidarme estos guajolotes. El coyote quedó conforme, y viendo que no aparecía el conejo, quiso coger uno de los guajolotes, y todos se echaron a volar. Entonces él se dirigió en busca del conejo y lo encuentra. Éste le dice:—¿Quieres ganar un sueldo con cuidar de estos muchachos? Cuando veas que se caen, comienzas a pegarles con un palo. Cuando éstos se cayeron, las avíspas le picaron cuando él les dió un palo. El coyote se dirigió en busca del conejo, encontrándole deteniendo una piedra. Le dijo:—Detén ésta; si no, se cae el cerro, ahorita vendré. El coyote cansado, soltó la piedra. Entonces dijo:—Ahora sí, ya no sal-

vo al conejo. El coyote se puso en marcha, y en el camino encontró al conejo, teniendo un costal. El coyote le dijo:—¿Qué haces con ese costal? Y el animal responde:—Por la tarde tiene que caer una granizada muy fuerte, y por eso estoy cosiendo este costal. El conejo dijo al coyote:—Métete en él para ver como te queda. El coyote se metió en el costal, y el conejo le dice:—No te salgas, porque ya comienza a llover. Yo también me meto en el mío. Entonces se hizo él como que se metió en el costal, y se subió en un árbol, y se comenzó a orinar encima del costal donde estaba el coyote.—¿Adónde estás compañero? ¿que no sientes la llovizna? El conejo le arroja muchas piedras, y el coyote que ya no puede soportar las pedradas, se salió del costal, en tanto que el conejo se dirigía a una laguna; y allí en la orilla estaba sentado, cuando llegó el coyote, y le dice:—Ahora si te como porque ya me has hecho muchas cosas, y yo siempre te he perdonado. Y como era noche de luna, el conejo le dice:—Con mucho gusto mi amigo, pero déjame tomar agua para sacar el queso.—¿Que está en verdad?—No era queso, era la luna que se divulgaba en el agua. El coyote comenzó a tomar gran cantidad de líquido, hasta quedarse muerto, y el conejo contento, comenzó a continuar su viaje.

67. CUENTO DE UN LEÓN

Mitla, Tlacolula.

La leona le dijo un día a su hijo:—Hijo mío; eres ya muy grande. Puedes ya buscar tu vida, porque yo ya no me es posible seguir dándote tus alimentos; y sabes también que nosotros somos el rey de los animales, pero no de los hombres. Ten mucho cuidado de ellos.

El león se puso bravo, diciendo:—¿Qué cosa es el hombre? Pues yo desearía conocerlo. Entonces tomó el camino y se encuentra con un toro muy viejo, y le dice:—¿Qué eres tú? El animal contestó:—Soy toro. Y el león le dice:—¿Por qué estás muy flaco?—El animal respondió:—Mi amo me vino a dejar aquí porque ya soy muy viejo y no puedo trabajar con él. El animal pregunta:—¿Quién es tu amo?—El hombre,—dijo el Toro. El león continuó su marcha en busca del hombre, y en el camino se encuentra con un caballo viejo, y al llegar a él le dice:—¿Quién eres tú? El animal le respondió:—Soy un caballo viejo, y mi amo me vino a dejar aquí para ser pasto de los zopilotes.

El león le contestó:—Pues ando en busca del hombre. Continuó su marcha, y a poco, oyó unos golpes. Entonces se detuvo, pegándose a donde se oían los golpes. Se aproxima allí, y encuentra al hombre. Éste, al verle, pensó la manera de como iba a hacer para salvarse. El animal se le acercó, y le dice:—¿Quién eres tú?—Soy el hombre,—dijo el individuo.—Pues ando en busca de ti,—respondió el león.—¿Para qué?—contestó el hombre. —Espérame un momento mientras que yo corto mi leña, y si eres buen

amigo, ayúdame a rajar la leña.—Con mucho gusto,—replicó el animal. El hombre hace una raja, y le dice al animal:—Mete una mano aquí. Entonces el león metió la mano y comenzó a pegar unos gritos tremendos. El hombre le dijo al animal:—Ahora si te mato, y con tu salea me hago un pantalón para que lo sepan tus compañeros. Y el león, gritando, le dijo:—Ya, ahora me convencí que de veras eres hombre, y que de hoy en adelante seremos amigos.

68. CUENTO DE UN GORRIÓN

Mitla, Tlacolula.

Éste era un gorrión, que se encontró un medio. Entonces dijo:—Compro pan y chocolate. Y se acabó el medio. Luego se metió a comprar algodón en una tienda, y al tomarlo dijo:—A volar, a volar, porque no hay con qué pagar. Entonces fué a ver a una anciana para que hilara el algodón. La anciana aceptó. Cuando le entregó el algodón, dijo:—A volar, a volar, porque no hay con qué pagar. Entonces fué a ver a un sastre, y le dice que si le hace un pantalón.—Con gusto,—le dice el sastre. Cuando fué por el pantalón el sastre se lo entregó, y volando dijo:—A volar, a volar, porque no hay con qué pagar. Y se dirige a un campanario, y allí se encuentra con una gorriona, y le dice:—No me molestes porque ahora tengo pantalón.

69. CUENTO DE UN PERRO Y UN GATO

Mitla, Tlacolula.

El perro se enojó porque no le dieron de comer, y se fué al gallinero y allí le dijo al gallo que el dueño dice que mañana le quita la cabeza, Entonces le dice el gallo:—¿Nos vamos?—Sí,—le dice el perro. El gato dijo: —Yo también los acompaño. Y se fueron los tres. En el camino encontraron a un asno, y éste los acompañó.

Los pescó la noche, y se entraron en una cueva. El gallo y el gato entraron a la cueva, y el perro y el asno se quedaron en la puerta. Esta cueva era de unos ladrones; y cuando éstos llegaron, el burro comenzó a rebuznar, el gato a maullar y el perro a ladrar y a hacer mucho ruido, y los ladrones, desde esa vez, jamás se han querido acercar a esa cueva.

70. LOS TIGRES Y LOS OSOS

Talea, Villa Alta.

Era un llano muy extenso donde se reunían los tigres todos los días, y éstos tenían horas fijas. Primero llegaba la hembra y con eso llamaba a los demás si no habían llegado. Para llamarlos pegaba un grito resonante, de tal manera, que lo oían los demás que andaban lejos de aquel sitio. Una vez que se juntaban todos alrededor de ese lugar, entonces salía uno de ellos, para hablar con todos, para ver si estaban de acuerdo de lo que él pensaba. Dijo:—Mi pensar, queridos amigos míos, es que nos vayamos mañana a robar muchos toros y muchos carneros, para que tengamos bastante alimento, porque ya se nos está acabando lo que tenemos; es muy poco, ya no dura más que para la cena. Los otros con mucha atención estaban escuchando. Cuando acabó de hablar, todos lo aplaudieron, diciéndole lo que estaban pensando.—Estamos conformes. Con mucho gusto vamos. Éstos tenían una estrecha amistad con los osos.

Apenas acababan de irse, cuando llegaron los osos. No estaban más que las hembras. Les dijeron los osos:—Buenos días, señoras.—Buenos días, señores,—les contestaron las hembras.—¿Que no están los caballeros? —les preguntaron a las hembras. Dijeron:—No están. Ahora en la mañana salieron al campo a cazar toros, venados, y carneros.—¿A qué hora vendrán?—Pues no vendrán hasta la noche.—Entonces los esperamos que vengan, porque a nosotros nos urge mucho que vayan con nosotros. Pues venimos por el mandado de sus compadres a invitarlos a la gran fiesta matrimonial de su hija con un señor pantera. La fiesta va a estar muy de gala. Va a haber baile y música. Muy buenas comidas se están preparando; especialmente para las visitas. Por eso venimos a invitarlos, que tendremos mucho gusto, nos será muy honroso estar a la fiesta, con VV. Entonces les dijeron las hembras:—Pues ya mero vuelven ellos, a ver qué dicen.

En esos momentos estaban todos, cuando llegaron los tigres, que por desgracia no encontraron ninguno de los animales que deseaban tanto. Entonces se saludaron y todos preguntaron por la familia, y les dijeron todo y se fueron todos al casamiento.

71. EL MONO Y EL COYOTE

Talea, Villa Alta.

Vivía un mono en un lugar muy pedregoso; y un día se dice él solo: —Pero yo ¿por qué no he de sembrar alguna cosa aquí en este lugar? Pues voy a buscar un mozo para que trabaje conmigo, para arreglar este lugar para sembrar algo, ya que el terreno está muy abandonado. Yo creo que este lugar no tendrá dueño. Donde no cultivan nada ¿pues por qué no he de aprovechar esto, ya que no tengo que hacer? Aunque tenga, hay terreno. Voy a hacer la lucha, a ver si es posible sacar algo en este terreno. Y si produce buenos resultados, seguiré trabajando, hasta morir o sacar algo en este lugar tan triste. Voy a ver a un amigo coyote, que es al que le tengo más confianza, si quiere que hagamos juntos el trabajo.

Nuestro inteligente mono se fué a ver al coyote para arreglar su negocio, y al llegar allá a la casa, preguntó por el coyote, diciendo:—Señores, VV. dispensarán la molestia. ¿Estará mi coyote? Vengo a arreglar un negocio con él. Contestaron:—Sí, señor, voy a llamarlo, que está por allá dentro. Al llegar donde estaba el coyote, le dice:—Mi buen amigo y compañero, dispénsame la molestia. Yo vine a decirte una cosa, a ver qué dices. El coyote responde, y dice:—Dime cuál es y yo te responderé si puedo o no.

Mono:—Pues mira. He pensado una cosa, que como no tengo en qué ocuparme, y necesitando del maíz, quiero ver si puedo cultivar este terreno que tengo en mi casa, porque no tiene dueño, según creo, y si se puede para sembrar, a ver qué cosa. Y eso venía a decirte, que si me puedes ayudar, y si llegamos a llevar a cabo nuestra tarea, y si dan resultados los terrenos, los dos tomaremos la cosecha.

Coyote:—¿Cómo que no, amiguito? Has pensado una cosa muy grande, y en un tiempo muy bueno, porque yo ahorita no tengo que hacer y puedo ayudarte. ¿Pues me esperas? Voy a traer mis cosas y luego nos vamos a trabajar con afán.

Mono:—No tengas cuidado; aquí te espero; nada más que vengas pronto.

Coyote:—Pronto voy y luego inmediatamente regreso.

Nuestro mono quedó esperando hasta que llegó nuestro coyote, después de unas dos horas y media, y le dice:—¡Oh, mi amigo! Mucho te dilataste para ir a traer tus cosas.

Coyote:—¡Oh, con razón! Si casi todas las herramientas que necesito fuí a traer. Ahora ya podemos irnos hacia donde vives, para comenzar el trabajo que has pensado, y que pronto se realizarán nuestros vivos deseos, y con toda seguridad tendremos una buena cosecha.

Mono:—Sí, mi amigo coyote. Probablemente tendremos bastante maíz

que vender, y tendremos muchos centavos, con los que podremos comprar multitud de cosas que nunca hemos comprado, sin duda alguna. ¿Qué piensas que es bueno sembrar para que produzca más pronto? Además de maíz, ¿qué vamos a sembrar?

Coyote:—Pues mira, yo digo que es bueno sembrar papas, que son las cosas que más se venden y más pronto se cosechan, mientras que si sembramos trigo, por ejemplo, éste se tarda mucho para venir la cosecha, y además, hay muchos hombres que se dedican al cultivo de este grano, por lo cual puede que no se venda mucho, y si se vende es por muy poco y muy barato. La papa es una planta que vale mucho, y además nadie se dedica al cultivo de esta planta. Si se vende la papa, es debido que contiene muchas sustancias que son muy nutritivas para nuestro organismo. Y de allí que casi todos comen casi diariamente. Y tantas ventajas sacamos nosotros como las gentes del pueblo, porque es muy natural que habiendo más papas, más gente las come.

Mono:—De verdad, es muy cierto lo que dices. Esto he visto que pasa muchas veces. Desde luego, comenzaremos a trabajar luego que lleguemos a la casa; y para avanzar un poco siquiera, quitar un poco las yerbas que allí existen, porque como hace mucho tiempo que no se ha cultivado, las yerbas han crecido demasiado, al grado de que verdaderamente da miedo entrar allí. Pero la tierra es muy buena, muy abonada, está como para sembrar esa planta que tú dices, que son las papas. Después veremos que resultado dan, si bueno o malo. Y si vemos que entretiene mucho, y que no son buenos los resultados, tendremos la pena de abandonar el terreno, y todo lo demás.

Coyote:—¡Qué tenemos que abandonar! Mas al contrario, trabajar para que produzca, y si le falta algo, como por ejemplo estiércol, más le agregaremos, hasta donde nos sea posible, y hasta donde nuestras fuerzas alcancen. Así pues, no abandonaremos el terreno. Aunque no produzca el primer año. En fin, a ver como buscas la manera de que no perdamos el tiempo, si es posible un año, porque de lo contrario, tendremos que perder mucho, siquiera unos doscientos pesos.

Mono:—Hemos llegado al lugar donde tendremos que durar mucho tiempo trabajando, para hacer que este terreno produzca una buena cosecha.

Coyote:—¿Que éste lugar es donde venimos a trabajar, mi buen amigo?

Mono:—Sí, mi hermanito. En este lugar es.

Coyote:—¡Qué bueno está, hermano! Creo que no saldremos de aquí, sin llevarnos papas o maíz. Pues está muy bueno. No cabe duda que tú conoces muy bien los terrenos, y así como dices que tienes dueño así efectivamente pasa. Si no han cultivado este terreno es debido a que hay muchas yerbas, y en realidad es un lugar muy feo. Por eso nadie ha arriesgado su vida para dedicarse a hacer que este terreno produzca alguna cosa. Comenzaremos por quitar todas las yerbas, todas las piedras, y todo lo que estorbe en este lugar, y todo lo que le pueda hacer daño a las plantas.

Mono:—¡Oh, mi amigo coyote! Este terreno costaría mucho trabajo

para prepararlo. Mira como no puede uno encajar el arado en el suelo, porque hay muchas cosas que estorban y muchas raíces. Por eso es que cuesta tanto trabajo.

Coyote:—¡Qué poco hombre eres, mi amigo mono! Ni hace un día que estás trabajando, y ya te cansaste. ¿Qué harías si tú trabajaras unos dos meses como nosotros? Creo que en el primer día caerías muerto de cansancio. Pues hay muchas veces que nosotros tenemos mucho trabajo y entonces hasta de noche trabajamos, y no sólo todo el día. Hay todavía compañeros míos, que de veras tienen mucha fuerza, a tal grado, que no les importa cargar, veinte o treinta, o cuarenta almudes de maíz, y de papas hasta cinco o seis almudes. Y a pesar de eso, caminan igual a nosotros, sin descansar en ningún lugar. Muchas veces se paran, pero una o dos veces, nada más, y siguen caminando hasta llegar a la casa. Y no tú que por una cosa de nada ya te estás quejando; y yo lo mismo diría, pero como tengo muchos deseos de llegar algún día a ser rico, aunque sea de maíz o de cualquier otra cosa. El caso es tener que comer y vivir tranquilamente, sin que ninguno nos moleste. Eso es ser feliz. Y no que cada rato anda uno en apuraciones, buscando por donde se encuentra que hacer. Esto es muy triste, hermanito, vivir sin un centavo.

Mono:—Vamos; ya no hables más, amigo coyote, que ya se arregló todo, lo que queríamos principalmente. Pero, vamos a comer y luego volveremos a trabajar, porque de otro modo, muy pronto nos cansaremos, debido a que tiene uno bastante hambre.

Coyote:—Si ya está la comida, iremos a darle un taquito, aunque no comamos de una vez, pero el caso es no aguantar.

Mono:—Si no estuviera no te diera, ni te diría que vayamos a comer. Al contrario, desde ahora en la mañana está la comida, y lo que hice fué calentarla, y no poner a hacerla.

Coyote:—Está muy bueno. Yo creía, que no estaba todavía, por eso te dije así. Pero dispénsame, que no es tal cosa. Muy buena está la comida. Quisiera otro plato de esta comida, no obstante haber sido calentada ahorita, y no caliente, acabada de hacer. La persona que hizo esta comida, no cabe duda que sabe guisar muy bien, es digna de elogio. Yo ya acabé de comer. Ya me voy a nuestro trabajo para acabar pronto. Allí donde estamos trabajando, allí te espero mientras voy a acabar un lado que muy poco falta de quitar todas las yerbas perjudicales que al pie de la planta salen; o si no, echan semilla, para después, con el consumo abonar el terreno, que da muy buenos resultados. Pero esto pasa cuando ya está sembrado, y mientras ahorita no perjudica a ninguna planta, porque no está sembrado, pero una vez sembrado veremos si nace o no.

Nuestros dos buenos e inteligentes trabajadores siguieron trabajando, hasta que por fin el terreno dió muy buenos resultados, que no sólo se animaron a volver a sembrar en el terreno primero, sino que se dijeron:—Ahora que obtuvimos muy buenas cosechas, vamos a volver a trabajar mucho más para producir bastante maíz y papas.

Mono:—¡Oh, mi amigo coyote! Ahora si que estoy muy contento con

nuestras cositas que tenemos. Pues jamás había yo tenido estos resultados que ahora se han producido, a pesar de haber trabajado muy despacio.

Coyote:—Es verdad que obtuvimos muy buenos resultados, pero es debido a que yo te animé. Te acordarás que ya ni querías hacer nada, y te dije que no le hacía que perdiéramos un año, pero que no perdiéramos el campo, para ver si daba gusto trabajar. Ahora lo que debemos hacer es vender una parte de lo que produjimos, para que lleguemos a tener un poco de dinero para no trabajar nosotros mismos, sino unas yuntas para que nos cueste menos. De eso se saca mucha ventaja, porque ni le cuesta a uno muchos esfuerzos, ni gastamos bastante dinero, sino unos cuantos pesos. De modo que de esta manera sale mucho mejor.

Mono:—Sí, mi amigo; ahora es cuando debemos descansar un poco, pues hemos trabajado hasta donde hemos podido, y es muy justo que descansemos, para recobrar nuestras pérdidas obtenidas por labrar el terreno.

Coyote:—Ya basta de descansar. Comenzaremos por trabajar de nuevo hasta la muerte que vendrá.

72. EL TORO Y EL BURRO

Talea, Villa Alta.

En una hermosa tierra vivía un par de animales, formando una gran base de familia. Vivían del trabajo de cada quién, ganando a fuerza de su sudor el pedazo de pan para su subsistencia.

Un día, el buey, ya cansado por el rudo trabajo que sus amos le ponían a hacer, se puso a pensar de qué manera podía remediar aquello. En una mañana se puso a llorar porque ya no encontraba qué hacer, y estando llorando, pasó un burro, y le dice:—Mi amigo, ¿qué te pasa, que lloras mucho? Desde que pasé oí un quejido.

El buey contestó:—Ay, mi amigo burrico, si vieras que ya es mucho lo que sufro en la casa de mi amo. Lo que más me apena es que cuando no aguanto a cargar la cosa que dispone mi amo, mucho me pega, y le enseñó una matada que tenía algo honda.

El burro replicó:—Ay, hermano mío. Eso no es nada en comparación de lo que a mí me hacen. Pues figúrate que todos los días me ponen a acarrear el maíz, porque no hay quien lo haga, pues ni otro compañero. El señor y su hijo que le ayuda están enfermos. Cuando no puedo cargar, con una vara muy larga se pone a pegarme. Pues forzosamente tenemos que hacer cinco viajes diariamente. Muchas veces nos coge la noche por ese lugar que es donde peligran mucho los hombres. Allí han robado muchas veces. Esto le dijo señalando el lugar, que era un lugar demasiado triste y desolado. El buey se echó una carcajada, diciendo, que eso era una cosa de nada.—Pues yo, si fuera así mi asunto, no haría caso.—Pero lo que digo yo, es que por qué me han de pegar, cuando que yo no soy nada de ellos, nada más que un simple mozo, que ni recibe el sueldo merecido.

—Pues yo, como tú habrás visto, esos bultos que se encuentran allá, pues esos son los trabajos que durante un mes he trabajado; pero yo no lo hago porque trabajo, porque ya sé que para eso vine al mundo, pero lo que sí, no para que me martiricen, además de prestarles servicios. Pero si te digo esto es por los varazos que me pegan, no por lo que trabajo.

El burro contestó:—Sabes, esto de estar bajo el yugo de los señores, es imposible soportar, por lo cual yo he pensado una cosa que quizás sea muy útil. Pues he pensado que nos pronunciemos contra los amos.

El toro contestó:—Pero hermanito, ¿cómo quieres que se haga? Sí, convengo en lo que dices, pero si nos pegan, ¿qué haremos?

—Pues he pensado que para separarnos del yugo de estos hombres, es necesario hacer una cosa. Que cuando vayan a dejarnos la comida, nada más la olemos para que así no vayan a decir que estamos comiendo. Ahora cuando vayan a desatarnos para dedicarnos al trabajo, nos hacemos que tenemos mucha sed, y de ese modo conseguiremos que nos lleven al lugar donde vamos a tomar todos los días. Ahora, estando allí, como sabes que es una ladera, y no pueden correr ellos, estando allí, pegamos una larga carrera a modo de que no nos alcancen, y poder irnos por otros lugares en busca de nuestra susistencia.

—Pero, mi amigo burro, no podemos, porque nos atajan, y si esto sucede, ¿qué cosa haremos?—Pues mira,—replicó el burro.—Si en caso de que nos ataquen, lo que haremos es ponernos muy bravos, y cuando quieran agarrarnos, tú les das un cachazo y yo de patadas y así nos salvaremos de nuestro gran compromiso y promesa que hemos pensado, y que se llevará a cabo sin duda alguna. Si llegamos a hacer esto, no tendremos ya que levantarnos en las mañanas a las cinco y ni a las seis para ir al trabajo. Mas el día que quiéramos trabajar, trabajamos, y el día que no, no. Nos resultará un gran beneficio, pues ahora como ya es tarde, mañana nos veremos en algún lugar para realizar en cuanto antes este deseo.—Bueno, mi amigo,—replicó el buey.—Está muy bien, hasta mañana, pero ¿dónde será bueno que nos veamos? Será bueno en tu casa, cerca.—Está bueno, que te vaya bien, no te vayan a pegar porque ya es tarde.—No tengas cuidado, no me hacen nada. Nuestros buenos pensadores; aquéllos que querían ser libres, se fueron aquel día y volvieron en la mañana del día siguiente. Durante la noche no durmío ninguno, por estar pensando el plan que iban a verificar. Uno pedía a Dios que se cumpliera aquello; otro que no veía las horas de que amaneciera para que su amo le dejara salir, para ir al sitio mencionado, donde habían de encontrarse.

En la mañana del otro día, como a las cinco, despertó nuestro burrico, muy contento. A las seis, no le tocó trabajar porque era domingo. Salió a buscar su comida; pero uno de los hijos del amo suyo, que iba a la vez montado en su lomo suyo pero sin silla, sin ninguna cosa que detenerle más que con las reatas, que iban haciendo las veces de freno, lo cuidaba. Después de caminar algunas leguas, nuestro jinete se cansó, y ya no quería ir montado. Entonces se dice:—Ya me cansé mucho de montar a mi animal, ahora quiero que vaya descansando el pobre y yo ire a pie. Pero lo que

pasa es que ahora que me cansé hay muchas espinas en este lugar, lo cual me impide que baje aunque esté muy cansado. Mejor es seguir en el lomo de mi burrico. Y siguió platicando él solo con su burrico; y al llegar a donde estaba el toro, también había muchas espinas, y ni tampoco pudo bajarse el muchacho. El dueño del toro por su parte era grande, pero le había cogido un dolor de estómago, el cual le impidió que fuera a cuidar el toro ese día. Entonces su papá, que mucho lo quería, no deseando que se moviera, recomendó al amo del burro que cuidara el toro de su amigo, porque estaba malo. Éste aceptó con gusto. El muchacho se fué.

Así anduvieron muchas leguas para llegar adonde tenía que ir, y al llegar allá, se dijeron el burro y el toro:—Pues ahora se nos presenta una casualidad. Pues ahora que este muchacho no puede andar, haz una cosa. Tíralo.—Para así poder caminar,—dijo el toro al burro.

El burro contestó:—Muy bien, mi amigo, voy a hacerlo. Después de cinco minutos, el muchacho le fué a pegar un varazo a su burro. Enojándose este animal, lo tiró allí y corrieron los dos. El muchacho no pudo seguirlos por las espinas que allí había, y se quedó tirado.

Los señores toro y burrico se fueron muy contentos con aquello, y el toro le dice al burro:—Para que veas mi amigo, qué bien estuvo nuestro plan. Ahora ¿por dónde nos vamos? Y el burro contestó:—Por este camino,—señalando una vereda. Por allá se escondieron nuestros rebeldes e inteligentes personajes. Estando una vez allá, se metieron en un lugar donde mucho pasto había, y se llenaron hasta donde pudieron; y después de esto, el burro le dijo al toro:—Amigo, ahora vamos a trabajar por este lugar donde te estoy señalando, y encontraremos muy buena vida.

El toro contestó:—No, mi amigo; mejor hasta mañana vamos a trabajar, porque ya es muy tarde y además estoy muy cansado por la larga carrera que pegamos.—Si así lo dispones, así será, mi amigo,—replicó el burro. Siguieron platicando otras muchas cosas, hasta amanecer el otro día. Entonces ya pudieron seguir trabajando.

73. EL SAPO Y LA TORTUGA

Talea, Villa Alta.

En un caudaloso río, habitaba un sapo muy enorme en cuanto al cuerpo y muy hablador por lo que toca a sus actos. Pues un día y en la tarde como a las diez de la mañana, comenzaron a formarse nubes en las montañas, como queriendo llover, y en efecto, llovió esa tarde.

El sapo no se preocupaba más que en causarles daño a los demás animales más pequeños que él. Esa misma tarde, pasaba uno de los animales que caminaban o caminan siempre buscando lo que comen, cuando muy de pronto, se le presentó este sapo al animalito, diciéndole:—Ahora sí, amigo mío, te amolaste porque te vas a morir de frío, y más con el agua que

voy a pedirle a Dios para que te mueras, pues dice que tú nunca le ayudas, ni lo adoras, sino puros gestos le haces, y cuando nosotros le adoramos, mucha burla nos haces. Nos dices que estamos locos; pero te equivocas porque si no adoras a Dios, al infierno te vas cuando te mueras, y así es que voy a pedirle que deje caer una lluvia tremenda; y además, no digas que quiero hacer lo que quiero, sino porque me dijo, por eso es.

El animalito contestó muy valientemente:—No importa que pidas y que acuses, o que me coja la lluvia, al fin tengo mi ropa gruesa, muy maciza. Ahora pues, si te he hecho algo y si te he dicho algo contra Dios, no importa, pues si es Dios ¿cómo no me habla él mismo, diciendo lo que siente? Pero tú que nada me haces, pues ni tampoco creo que hay infierno, como tú acabas de decirme; y si lo hay, no importa que me quemen.—Mira animalito, no seas abusivo, porque te va a ir muy mal con tus costumbres, y más siendo con Dios. Te digo que no hay infierno, pero Dios sí. Lo que pasa es que tú no entiendes. No puedes hablar bien, por eso es que me dices una cosa muy distinta de la que te digo; pues creo yo que Dios sí lo hay, pero infierno, no. El sapo contestó, muy furioso:—Si crees, bien, y si no, déjalo. Ya el agua viene; ya no llegas a tu casa.—No te importa si llego o no; ya que me quitaste el tiempo, podías callar un poco, y no estar hablando mucho para nada. Y si viene el agua, no me importa. También tú tendrás que morir, pues el agua va a ser muy larga, como pasó cuando el diluvio que murieron todos.

—¿Cómo voy a morir hombre, con que venga un aguacero, si cuando dices que murieron todos, no me morí? Y la prueba la tenemos, que yo aquí estoy todavía, pues ví el juicio que Dios mandó, únicamente porque hay hombres muy malos, como tú.

—No te creo nada, porque los hombres no duran en la superficie de la tierra más de dos años, y eso pasó hará miles de años, donde me platicaron mis abuelos que ninguno de ellos vió eso.—Si no se lo platicaron sus abuelos de V. que ni dan razón, ¿como se lo explicaron?—contestó el viajero. Y más bravo, nuestro amigo sapo, se pára y dice:—Sea lo que fuere, pero el caso es que yo ví eso, aunque hace miles de años que esto sucedió. No te importa absolutamente nada. Allá viene el agua, la que tendrá la pena de molestarte porque no puedes nadar ni estás acostumbrado a vivir en un lugar donde no hay calor. Espero pues que esto se cumpla para que así se te acabe tu raza, que son verdareramente malos, en casi todos sus actos.

—Basta ya,—contestó el animalito.—Me buscaste el daño, ya me voy a morir por aquí arriba, como tú lo adivinas por medio de tus milagros que haces.—Adiós, que te vaya bien,—contestó el sapo.—¡Qué te mueras en el más triste lugar para que se acabe esa raza maldita a que perteneces! Ya me estorbas demasiado.

Aquel animalito se quedó solo y se fué en la triste miseria, sin ningún abrigo más que su carga que a su espalda llevaba, de miedo que le cogiera en el camino. En tanto que nuestro sapo quedó contentísimo de que ya se iba a cumplir lo que dijo. Entonces se sintió muy orgulloso, creyendo que ya era un gran profeta con aquella casualidad que se iba a cumplir.

Y por otra parte, ni cuidado se le daba, creyendo también que sabía muy bien nadar, y que tenía mucha fuerza; pero todo sucedió lo contrario, pues murió después.

Estando en sus momentos de estar bien, cuando sintió un dolor de estómago como de frío, se dijo:—Este dolor es de frío. Y ahora ¿qué hago si comienza a llover? Por fin, así por el estilo se fué preguntando, asustado, y el agua se acercaba ya.

Entonces reflexionó, diciendo:—¡Dios mío! ¿qué es lo que quieres hacerme cuando que ninguna cosa mala te he hecho? Después de varias horas, se dice:—Si hubiera sabido que esto iba a pasar, no hubiera dicho nada; el amigo decía bien que los dos moriríamos. ¿Es que éste es brujo? En fin, siguió renegando contra lo que había hecho, y se dice:—Sí, Dios me está castigando porque quise causarle un daño al pobre animalito. Estando diciendo esto apareció una nube muy negra, que era la que iniciaba la caída de agua. En efecto, ya no tardó en caer el agua. Aquella tarde llovió mucho, y después de varias horas el río fué creciendo hasta que fué por fin llegando donde estaba la casa de Don Sapo. Éste, como no pudo sacar a su familia, porque estaba malo, no hizo más que salir delante, dejando así a la familia, que tuvieron que perecer forzosamente porque no tuvieron quien les prestara ayuda. Por otra parte, el sapo acaba de hundirse en el fondo del agua porque le fué imposible soportarla. Pero como estos animales, como sabemos que aguantan mucho tiempo en el agua, después de varios días, fué apareciendo en una ribera del mismo río, pero muy lejos, pues la fuerza del agua lo arrojó a una distancia que ni él se daba cuenta donde estaba. Pero al tiempo que volvió en sí, encontró a una tortuga, que fué su rival y le dice:—Muy bien, mi contrario, ahora si estoy muy contento porque casi te has muerto de esta agua, que querías que fuera su víctima.

El sapo, como quiera que pudo, contestó:—Estás muy contenta, yo lo sé, pero quien sabe por qué.—Te voy a decir porqué estoy contenta. Pues contenta estoy porque has pedido agua para nosotros, principalmente. Pues hace más de un año que llorábamos por este líquido tan precioso que da vida; y sin ella, ya nosotros no estuviéramos aquí en estos momentos, sino bajo la tierra. Por esta parte, te doy las gracias que nos hayas salvado de una muerte segura. Después de pensar un rato largo, el sapo contestó: —¡Ah, malvado, como te alegras porque iba yo a perecer! Si hubiera sabido, ni por una gran cantidad de dinero hubiera hecho tal cosa que fuí a hacer. Pero si me pasó esto fué por causarle daño a aquel animalito que nada me hacía, y el resultado fué que fuí el que sufrí las consecuencias.—Mira hermano, —dijo a la tortuga.—Si me pasó tal cosa, fué por hacer daño a otro. Pues como buenos amigos, te voy a decir por qué me pasó tan semejante cosa, pero con muchos daños y perjuicios. Pues una vez estaba yo en mi casa haciendo los mandados, cuando pasó un pequeño animalito, diciéndole que al fin fueron mis daños, por ellos iba a morir. Pues te aseguro que si no hubiera pasado esta cosa, esta es la hora en que en mi casa estuviera muy tranquilo, y no que ahora ando hasta acá. ¿Que no? La tortuga contestó:

—Muy bueno estuvo esto. ¿Cómo no te moriste? Eso era lo que yo deseaba desde hace mucho tiempo, porque ya es mucho lo que me has hecho a mí. Ahora te voy a matar. Siguieron hablando mucho más sobre este asunto. Por fin el sapo le preguntó a la tortuga de aquel animalito, contestando la tortuga que a aquel animalito no le había pasado nada.

El sapo contestó, que si era posible llamar aquel animalito para pedirle perdón de los males que le había causado. La tortuga dice:—Eso es muy fácil. Pronto tendrás aquí al animalito.

Siguieron hablando de muchas cosas, en las que estaban sabrosamente, cuando el animalito llegó, y se pusieron a platicar.

74. EL PATO Y LA SERPIENTE

Talea, Villa Alta.

En uno de los lagos, y a la orilla, estaba un pato nadando muy alegremente por el agua tan cristalina, diciendo:—¡Qué hermoso es saber de todo! Pues ahora estoy viendo que saber nadar y volar, es lo más precioso en el mundo. Si no supiera yo nadar, no pudiera yo apoderarme de los animales que se encuentran dentro de este lago, y los demás como también en los ríos. En segundo lugar no podría bañarme bien, sino, cuando mucho, medio cuerpo. En tercer lugar y último, no podría verme como nado. Pero yo creo que nado más bien que todos, según estoy viendo en estos momentos. ¡Cómo meneo la cola y las palmas de las manos para nadar, y qué bonito! Creo que no salgo de este lugar, ni de aquí a las seis de la tarde, sino que hasta que el frío me domine También eso de poder andar es una gran riqueza para mí. Sin esto, cuando me cansaría de nadar, y me diera frío, no podría salvarme del peligro de ser muerto por el frío, aunque sepa volar, porque también hace frío en el aire. Es indispensable, pues, saber nadar y andar. Con la andada, puede uno conseguirse muchas cosas que hay sobre la tierra. Yo siempre he sido de tierra, agua, y aire; y como ya se comprobó, en los dos primeros casos, ahora falta comprobar el último caso, que es el de saber volar. Esto voy a explicarlo de una vez.

—Sabiendo volar, es ser feliz, otro tanto que nadar y andar, pues cuando quiero ir a otro río u otra laguna, y quiero llegar pronto, no hago más que extender mis alas, y emprender el vuelo. Esto es muy fácil, pues gracias a mis padres que yo sé volar. Voy a poner otro ejemplo útil, que presta el saber volar; es el siguiente: Cuando yo quiero ir a un lugar urgentemente, a comer por ejemplo, para no morir de hambre, no hago otra cosa más de volar. Otra cosa también, que con el vuelo puede uno salvarse de una muerte segura, como me pasó una vez. Estando yo sentado a las orillas de otro lago, fuí sorprendido por un cazador, y si no he podido volar, pues me mataba con seguridad.

—Otra vez también, estando en el mismo lago, iba a ser víctima de

una serpiente. En fin, sé dar presente de ocasiones en que el vuelo me ha prestado muy buenos servicios. Por eso, yo doy gracias al cielo por haberme dado toda clase de garantías; pero las principales son las tres mencionadas ya. Pues cuando me canso de nadar, ya sea por cualquiera circunstancia, si se me antoja ando; cuando también me canso de nadar y andar, si se me antoja, vuelo. En fin, otra multitud de clases de servicios prestan para mí estas tres principales cosas, que son verdaderamente raras encontrar en una persona. ¿Verdad, lago?—le dirigió una pregunta al lugar donde nuestra persona se encontraba en su más hermoso día. El animal prosiguió, diciendo:—¡Cómo quisiera que el lago u otro animal me contestara, pues es muy triste no tener con quien platicar, como el caso en que me encuentro! Si tuviera otro compañero, no estuviera aquí platicando solo como un loco.

Entonces, al tiempo, sale una serpiente y le dice:—Mi amigo, no te aflijas por eso en este caso. Yo estoy para acompañarte a pesar de haber hablado tan mal de nosotros. Lo estaba viendo. Pues tú eres un hablador nada más, porque de lo que hablas, nada ha sido cierto, pues hay otros animales que lo saben hacer mucho mejor.—Si hay otros que lo saben hacer mejor, ¿tuvieras la bondad de decirme quiénes son, o por lo menos citar algunos?—Muy bien, amigo y compañero, realmente no sé para eso, pero sí los hay, aunque no los conozco.—Pues cuando no sepas, no hables; porque bien pueden privarte con un bofetón y caerás muerto.—De eso no importa, pues, porque me creo suficiente para la pelea, por eso es que hablo; de otro modo, ni te hubiera hablado, y porque hay razón, por eso hablo. Ahora, si quieres darte unos guantazos conmigo, bien puedes.—No quiero, porque no sea que te calientes, es mucho el frío que tienes. También tengo muchas ventajas de volar, por ejemplo, y el de andar.—También yo tengo ventajas. No podré volar, pero sí puedo por lo menos correr y hundirme en el fondo de los mares y de los ríos.—Esto es mentira, pues yo sé que VV. no pueden meterse bajo el agua, porque se ahogan. Esto puedo probarlo porque ni nosotros que casi somos de pura agua, no podemos aguantar ni un momento, y ¡habían de aguantar VV. que son de pura tierra! Mentiras. —Pues hay muchos de mis compañeros que viven dentro del agua, y no se mueren.—Esto prueba pues que tú no eres más que un mentiroso.—Mientes, amigo mío, yo jamás he tenido ocasión de ser uno de tus compañeros en el agua, porque si viviera en el agua, cuantos millares de mis compañeros se hubieran muerto por la maldita costumbre que tienen VV. de morder a cuanto individuo encuentran, ya sea en el monte o en otros lugares, donde generalmente habitan. Quiero decirte que nunca encuentran donde esconderse por flojos, que no quieren construir sus casas propias. Son pues más sinvergüenzas, que quieren coger lo ajeno, lo cual prueba que no andan más que destruyendo las habitaciones de otros individuos, que con mucho trabajo adquieren.—No es cierto esto porque prestamos muchos beneficios a muchas gentes, y es como el de destruir a otros animales, que verdaderamente causan perjuicios a los señores dueños de otras tierras. —Muchos beneficios hacen VV. como morder a las personas.—Si hacemos

estas cosas, lo hacemos únicamente cuando nos mortifican, y eso también cuando nos mortifican y cuando podemos, porque son en verdad muy listos, y otras veces resulta caro esto. Pues nos matan generalmente, aunque les hacemos algo también muchas veces no nos pueden hacer nada, y en cambio mueren al fin. En fin, cuando podemos hacemos lo que podemos, y cogemos cuando encontramos, y cuando no, no.—Para que veas como tú mismo te echaste por la cabeza; pues yo no creía que habías de decir, pero me engañé. Pues ahora quedo enterado que tú no eres secreto, pues si te hice lo que te he hecho, no fué más que con el fin de que supiera yo si sabías callar; pero yo te iba a contar un secreto, pero ahora ya no, por eso que dijiste. ¡Qué tal si ha sido otra cosa, también la dices! No está bueno que hagas estas cosas, para otra vez que te digan algún secreto. No seas así, porque bien te pueden tratar como cualquier gente, y siquiera es para que no pierdas el grado que tienes, de ser una persona que siempre respetan, por ser tan terrible como un animal feroz no lo puede ser.—Por semejante cosa te enojas, mi amigo pato? No seas ingrato, cuéntame el secreto. No creas que vaya a descubrirlo. Ya sabes que cuando se trata de una cosa seria, ni que me corten la cabeza no la confieso. Si hice tal cosa, no creía que era un secreto, porque nunca me dijo ningún compañero que callara y que no dijera nada, pues ni lo habíamos mentado nunca, hasta en estos momentos que tú lo dijiste.—Ahora no te digo cual es, pues no quiero que lo sepa nadie más que yo y el que me lo contó, porque si te lo cuento, vas y lo publicas con otro, y si mi compañero lo llega a saber se enojará mucho, y como no quiero que se enoje conmigo, por eso no quiero decirte absolutamente nada. Ya yo estaba para platicarte algo, pero desde este momento que me confesaste que hacen muchas cosas, cuando pueden, entonces me desanimé en platicártelo.—Si no me dices el secreto, por vida que te mato, ni habrá más remedio. ¿Pues qué tal si me interesa el secreto y no quieres decirmelo?—Precisamente porque te interesa, por eso no quiero decírtelo ahora. Si quieres matarme, aquí estoy.

75. LA PANTERA Y EL MONO

Pantera:—Mi compadre mono, ¿qué haces aquí, muy triste y desconsolado?

El mono:—¡Qué triste he de estar! Antes al contrario, estoy muy contento porque tenemos que hacer, yo y mis compañeros, una peregrinación muy larga. Quizá tengamos que hacer muchos meses de camino.

Pantera:—¿Por qué tanto tiempo?

Mono:—Porque figúrate que tenemos que ir a visitar la Jerusalén y adorar al Rey de los Cielos, porque así dispone nuestro gobierno. Estoy nada más esperando a los demás compañeros.

Pantera:—Y si me iba con VV. ¿qué me dejarán?

Mono:—¿Cómo no? Con mucho gusto; pero te diré claramente que

si llevas tu comida, entonces sí; pero si no estás prevenido, no nos comprometemos, porque también no sabemos qué tiempo nos duren.

Pantera:—De eso no tengas cuidado, porque yo llevaré mi mozo para que cargue nuestras comidas.

Mono:—Pues mucho mejor será para nosotros, porque no llevaremos ningún mozo, más que cada quién cargue su maleta.

Pantera:—Entonces ¿puedo esperarte mientras lleguen los demás?

Mono:—Si tú quieres y tienes deseos de conocer la Tierra Santa, espérate, pero si no, sigue tu camino.

Pantera:—Voy a esperar. Entre tanto, platícame como está el camino ¿Cómo es Jerusalén?

Mono:—Pues hermano, yo la verdad no he ido, pero me han contado y platicado que el camino está muy feo. Tenemos que atravesar mares. El pueblo es muy grande. Dicen que la gente es muy buena y cuentan que hay mucho dinero. Yo no iría, pero como el individuo que va se gana el paraíso. Esto es muy cierto. Se salvan los pecadores. Ya no tienen que ir al purgatorio, ni mucho menos al infierno; y como yo soy muy pecador, y como no quiero ir al infierno o ninguno de estos lugares, por eso voy, aunque me muera en el camino.

Pantera:—¿Que se van inmediatamente al infierno los que no cumplen esta promesa?

Mono:—Sin más palabras. Y los que van al paraíso se van.

Pantera:—Hermanito, yo si voy porque he pecado mucho. A ver si de esta manera me salvo.

Mono:—¿Pues cómo que no, hombre? Pero estoy pensando una cosa, que es ésta. ¿Sabes tocar algún instrumento? Porque nosotros, casi todos somos músicos.

Pantera:—De esto ya no me digas nada. No sólo sé tocar, sino que mi mozo sabe tocar el violín y sabe cantar, pues en mi pueblo, es el que sabe mejor cantar y ayudar la música.

Mono:—Magníficamente estuvo esto. Precisamente nos hacía falta un cantor, pero ahora ya se completaron nuestros músicos.

Pantera:—Pero dime a qué hora vendrán los demás.

Mono:—Pues al más tardar, llegarán dentro de dos horas. Ahorita son las diez de la mañana, de suerte que a las doce están acá todos.

Pantera:—Y ¿quiénes son, para saber?

Mono:—Son éstos; mi amigo tigre, que es el que encabeza a todos por que es el más bravo; mi padrino león, que también es el mayor y el más fuerte; mi padrastro camello, dromedario; el lobo y otros más.

Pantera:—¡Qué bueno está! Todos los conozco, compadre.

Mono:—Me alegro demasiado.

Pantera:—Estos me esperan con toda seguridad. Pues ya me voy a traer mi mozo, que es nuestro distinguido amigo gato, y también a otro amigo, el coyote.

Mono:—Pues son éstos: perro, zorro, gallo y mono.

Pantera:—¡Qué bueno! Estos fueron mis condiscípulos cuando fuimos a la escuela a estudiar la música.

Mono:—Bueno, ya está. Veté pronto a traer tus cosas porque ya mero vienen.

Pantera:—Muy bien, ahora vengo.

Mono:—Señores, les contaré que hemos encontrado a otros compañeros que nos pueden acompañar, nada más que fueron a traer sus cosas. Ahorita vienen y nos van a prestar un mozo, que nos cargue las maletas.

Todos exclamaron:—Muy bien, los esperaremos hasta que vengan. Vamos a comer mientras que llegan. Bajen sus maletas para sacar las tortillas y para componerlas de una vez, para que cargue el mozo. Ya estamos muy cansados. Bueno, comenzaremos a comer.

Camello:—¡Qué sabrosa está la comida.

Tigre:—Sí, pero más sabrosa saldría, si VV. me esperan, voy a traer carne.

Todos los animales:—Anda pronto; aquí te esperamos.

Tigre:—Aquí la tenéis, señores, lo que les he ofrecido. Comamos todos.

Lobo:—Todavía mejor saldría nuestra comida, si VV. se esperan. Voy a traer aguacates.

Todos los animales:—Vaya pronto, lobo.

—Aquí los tenéis presentes.

Mono:—Apúrense compañeros, de acabar pronto, porque ya se oyen los pasos de los compañeros; y mientras, yo voy a mecerme un poco en este palo.

Camello:—Precisamente eso era lo que yo deseaba. Traigan una jícara para echarla.

León:—Si me haces el favor, te doy muchas gracias.

Mono:—Allá vienen los señores compatriotas. Recojan los trastes y prepárense para caminar.

Pantera:—Buenas tardes, señores, ¿cómo les va? Yo vengo muy entusiasmada para acompañarlos. Aquí traigo a dos amigos míos.

Tigre:—Pues está bien. ¿Qué ya saben a dónde vamos?

—¿Cómo no? Desde ahora en la mañana.

Tigre:—¿Dónde está el mozo que nos ofreciste?

Pantera:—Aquí está. Denle qué cargar y vámonos.

Tigre:—Ya está cargado; vámonos.

Pantera:—¿Oh, amigo tigre, está muy lejos adonde vamos?

—Tenemos que durar más de dos años de camino; pero llegando allí, aunque ya no regresemos. Tenemos que pasar un mar muy grande en que duraremos siquiera un mes en el agua para pisar tierra.

Pantera:—No importa, pero ahora hasta aquí nos quedamos, y como todos somos músicos vamos a tocar una pieza para que no estemos tristes, porque estamos lejos de nuestra tierra.

Los señores peregrinos tuvieron esa noche un gran baile en una cueva, donde se quedaron esa noche.

El gallo:—Vámonos, señores; ya son las cinco de la mañana, y es hora buena de seguir nuestro camino.

Nuestros peregrinos siguieron su marcha hasta llegar a la orilla de un mar.

Tigre:—Señores, ya llegamos al mar, y es necesario que se desnuden para pasar mientras viene una canoa, para tomarla y proseguir nuestro viaje.

Todos exclamaron:—Ya estamos listos. Pasaremos el mar. Súbanse en la canoa porque ya está apurado el dueño de ella. Qué triste es caminar; pero ya estamos para llegar. No falta mucho. Ya divisamos la tierra. Sí, es verdad, ya casi llegamos.

El barquero:—Hemos llegado a tierra, señores viajeros. Voy a parar la canoa para que se bajen.

Tigre:—Muy bien, aquí estamos. Muchísimas gracias. Hasta luego. Hemos llegado a la tierra donde queríamos, mis compañeros. Ya nos falta muy poco; como dos leguas no más.

Mono:—Triunfamos, mis hermanos, hasta aquí es. Adoremos al Rey de los Cielos que nació en Belén.

76. EL COYOTE Y EL ZORRO

Talea, Villa Alta.

Coyote:—Amiguito zorro, ¿adonde vas tan apurado?

—Ay, amigo coyote, si vieras, tengo mucha hambre y no encuentro con qué satisfacer mi necesidad.

Coyote:—No te aflijas, mi hermano zorro, por eso. Nada más, mira bien, te daré un zapote. También a mí mismo me ha pasado, pero ahora ya lo ves que soy dueño de esta región.

Zorro:—¿Y si me subo?

Coyote:—No, mira; te echaré un zapote antes que te mueras de hambre.

Zorro:—Si así lo dispones, mi amigo, te lo agradeceré mucho.

Coyote:—Bueno; allí te va uno; pero abre la boca para que no te vaya a pegar en la cara, y cierra los ojos.

Zorro:—Bueno; échamelo; voy a cerrar los ojos. ¡Ay, mi amigo coyote, ya me mataste! ¡Ay, que me ahogo!

Coyote:—Ten agua para que se te baje.

Zorro:—Gracias, mi amigo, ya se me bajó.

Coyote:—Pero tú tuviste la culpa, por no haber tenido cuidado.

Zorro:—Pero ya se hizo todo, ya pasó; no tengas cuidado.

Coyote:—Vamos por este camino a comer tunas, pues tengo muchas ganas.

Zorro:—Bueno, vamos, pero tú te subes al palo porque yo no puedo, y la primer tuna que bajes, me la echas.

Coyote:—Bueno, mi amigo zorro, no tengas cuidado; vamos pronto. Pronto llegaremos.

Zorro:—Mira, ya se ven los palos y las ramas.

Coyote:—No me importa si te caes; ya sabes que no te he de curar, ni te esperaré. Ya va entrando la noche, y quien sabe si llegaremos a la casa.

Zorro:—¡Ay, que me caigo!

Coyote:—Te dije bien que no subieras. Tú por envidioso ya ves lo que te pasó, y te ha pasado.

Zorro:—¡Ay, que me siento morir! No aguanto los dolores de un pie. ¡Ay, no puedo andar! Me quedé cojo de un pie.

Coyote:—Pero no llores, al fin somos hombres, y no tienes que quejarte. Además, tú, por capricho te pasó.

Zorro:—Sí, pero ya se me compuso. Ya puedo estirarlo un poco. Al rato nos iremos.

Coyote:—Sí, pero ya está entrando la noche.

Zorro:—Ya se me compuso; vamos pronto; pero todavía tenemos que pasar por un solar donde da hambre.

Zorro:—Pero ya pasó. Vuelve a subir otra vez y me echas otra; pero ya no con espinas, o me vuelvo a subir yo.

Coyote:—No, porque no puedes, y no te vaya a pasar algo y me eches la culpa a mí.

Zorro:—No importa; yo voy ahora, porque tú sólo piensas en hacerme maldades.

Coyote:—Pero ninguno tuvo la culpa más que tú, porque no te esperaste que le quitara las espinas a la tuna. Pero en fin, súbete; te ayudaré para que puedas subir.

Zorro:—Bueno, mi amigo, pero no me vayas a soltar y me dé un golpe, porque te pongo en la cárcel.

—No tengas cuidado, no te suelto, pero me pasas una tuna sin espinas.

Zorro:—Bueno, hermano, pero creo que me atonto y soy capaz de soltarme de tu mano.

Coyote:—Te la echaré, pero voy a pelarla porque tiene muchas espinas, no sea que te vayas a picar con ellas y te pase lo que te pasó ahora en la mañana con el zapote.

Zorro:—No tengas cuidado, que no me ha de pasar nada, y échamela prontito porque no me ha de pasar nada, porque ya me muero de hambre.

Coyote:—Ahí te va, pero no respondo si te pasa algo; ya sabes que no te he de curar. Abre la boca y cierra los ojos.

Zorro:—¡Ay, qué espinas! ¡Qué me muero! ¡Ay, que me muero!

Coyote:—¿No te dije bien que te esperaras?

Zorro:—Dame agua, no quiere pasar. ¡Que me muero! Socórreme como amigos, y que me echaste con espinas.

Coyote:—Pero te lo dije que esperaras, pero tú, por jambado, por poco te mueres.

Coyote:—Sí, mi amigo, ya las ví. Mira, como están los palos hasta se doblan. Tanta fruta que tienen y están muy maduras.

Zorro:—Vamos, este palo me parece que tiene más.

Coyote:—Me voy a subir y tú te esperas aquí, pero cárgame para que yo pueda subir.

Zorro:—Muy bien, párate en mi hombro y te subes.

Coyote:—Pero, ¿qué tal si no aguantas y te machuque yo, y te enojarás conmigo, y capaz eres de ponerme preso?

Zorro:—No, no tengas cuidado, que tengo fuerzas.

Coyote:—Arriba. Empújame más. Bueno; ya ahora, quítate para que no me caiga sobre tí si se rompe la rama donde estoy.

Zorro:—Échame esa que está allá junto de tí. Hay gallinas. A ver si podemos abrir el gallinero y sacar guajolotes para alimentarnos mañana. Si lográramos coger algunos, aunque no sean todos, siquiera dos o tres, en último caso uno para tí y otro para mí.

Coyote:—Bueno, si es así, no importa que nos entre la noche, antes al contrario, para así poder cogerlos todos, y además es cuando están durmiendo los amos y no sienten.

Zorro:—Bueno, si es así, seguiremos nuestro camino, y en tanto dame mi cigarro para fumar, porque tengo mucho frío.

Coyote:—Sí, pero no tengo cerillos. ¿Tienes tú?

Zorro:—Sí, aquí hay. No tengas cuidado. Ya mero llegamos.

Coyote:—Ten el cigarro. Enciéndelo, pero con cuidado para que no se acaben los cerillos, para que nos alcancen para la hora que cojamos las gallinas.

Zorro:—Ya llegamos, hermano. Es aquí en esta casita, pero el gallinero está hasta por allá dentro en el segundo patio, y creo que todavía están despiertos los pastores y los amos. Esperaremos un poco mientras se acuestan y les coge el sueño.

Coyote:—Sí, pero ya también tengo hambre.

Zorro:—Entonces vamos de frente, pero cállate y con cuidado. No metas mucho ruido. Da la vuelta por allá y mira de la manera de que no nos vean, mientras yo abro el gallinero. Mi amigo coyote, ya abrí el gallinero, y todos los señores gallos y las señoras gallinas están dormidos. Sin cuidado, ya cogí un pollito, pero ya está muerto. Creo que ya vino otro individuo. Ten este otro gallo, ciérrale los ojos y el pico para que no pueda ver ni gritar. También las alas para que no vuele y perdamos nuestros señores.

Coyote:—Ya siento el amo de la casa. Vamos. Corre, corre, que ya vienen a matarnos. Vamos por este camino donde no nos encuentren ni nos alcancen los perros, y nos vamos a comer y hacer un almuerzo sabroso.

Zorro:—Ya salimos del peligro. Ya no hay cuidado. Mañana volveremos a venir o vamos a otra parte, donde también he ido con otro compañero. Ya creo que va amaneciendo. Ya se ven los rayos de la luz. Nos amanecerá llegando a la casa.

Coyote:—Sí, pero ya me cansé de cargar nuestras carnes; vamos a sentarnos en esa lomita.

Zorro:—Vamos pues, coyote.

Coyote:—Baja tus gallinas y siéntate, y saca tus cerillos. Voy a sacar

mi cigarro para fumar un poquito, mientras amanece y mientras almorzamos.

Zorro:—Bueno, ten, prende tu el tuyo mientras prendo yo el mío.

Coyote:—Creo que viene el juicio; mira como se nos viene encima. Mira, vamos a correr y nos escondemos en una cueva que ya se mira. Voy a meterte en ese tenate que está colgando allí. Mira, no seas tonto; súbete y métete dentro.

Zorro:—Bueno, y ahora ¿qué cosa vas a hacer?

—Voy a cerrar para que no te vean.

—Viene el juicio. Me muero. Me están pegando ¡Ay, Ay! Adiós, mi amigo coyote.

77. El GALLO Y LA ZORRA

Talea, Villa Alta.

Un gallo andaba y se holgaba en un muladar. Se acercó una zorra y le dice:—Señor, no hay ave más hermosa que V. y lo que más asombra es su voz sonora y melodiosa, superior a las de todos los cantores de los bosques. Sólo su padre le excedía en el canto, y era porque cerraba los ojos cuando cantaba.

El gallo:—¡Hola! Si; esto era así, pero observo una cosa, que me quiere aprisionar.

La zorra:—No; no, imposible; ¿cómo voy a traicionar a un buen amigo. No, no. Y oyendo esto, decidió cerrar los ojos, y se arroja sobre el gallo la zorra y se va con su presa. Por desgracia, tenía que pasar por un bosque en donde había perros y pastores, quienes la persiguieron; y viendo esto, le dice el gallo a la zorra.—Mira, no seas tonta, grita fuerte y recio. Levanta la voz y diles:—Este gallo es mío, nada tienen que hacer conmigo. Entonces la zorra aceptó el consejo del gallo, para lo cual, era necesario soltar al gallo; pero ésta no reflexionó, y les grita la zorra:—Este gallo es mío no más.

—Entonces tú trataste de vengarte, pues ahora verás como se engañan mútuamente los pícaros.

La zorra:—Maldita sea la boca que habla cuando debe de callar.

El gallo:—Maldito sea el ojo que se cierra cuando se debe velar.

Un caballo:—El gallo por presumido muere porque quiere. Da a conocer lo que sabe, y al fin, nada.

El gallo:—Pero una sola vez se engaña uno; ya sé para cuando otra vez no he de hablar, ni he de llevar el consejo de nadie, pues la zorra me dijo que yo cantara cerrando los ojos porque así lo hacían mis padres, y yo, queriendo demostrar que sabía cantar, cerré los ojos para imitar a mis padres, pero ahora ya sé para cuando otra vez.

El caballo:—Ay hermano, déjate; pues así me pasó que por hacer el

favor a un amigo león, pues quiso devorarme, pues no tenía que comer, y no queriendo que me devorara, le dí varios días para su subsistencia, y a última hora me dió un manazo que por poco me mataba. Si no me avivo, me quedo tirado en un barranco.

El gallo:—Bueno, hermano, ya me retiro porque ya tengo hambre.

—A la tarde nos veremos por acá para contar más. Yo te contaré muchas historias que me han pasado durante toda mi vida y quedarás asombrado, al oír mis tristes historias.

Gallo:—Bueno; adiós. Memorias a la familia y a papacito.

78. EL CONEJO Y EL ZORRO

Talea, Villa Alta.

El conejo:—¿Adónde vas, amigo zorro? Si vieras lo que me pasó.

Zorro:—¿Qué te pasó, amigo conejo?

El conejo:—Ay, amigo zorro. Si vieras, yo estaba sentado por allá en las orillas de un río, tocando mi jaramita, cuando pasó un mono y me la arrebató, y ahora porque le dije que me entregara mi jaramita, me pegó.

El zorro:—Bueno, no llores. Pronto tendrás tu jaramita. Vamos a alcanzar al amigo mono para reclamarle porqué te quitó la jaramita.

Zorro:—Mi amigo mono ¿porqué le quitaste a mi amigo conejo su jaramita? No ves que es pobre y no tiene con qué comprar otra?

El mono:—Pues se la quité porque no me quiere pagar. Por eso se la quité.

El zorro:—Si no me entregas la jaramita, te pego y te echo al río.

Mono:—Pues no me importa, aunque me mates, pero no te la entrego porque no es tuya, y no has de pagar lo que debe.

El zorro:—Eso sí, que si no me la entregas, te pego. Porque ves chiquito al conejo ¿no puede defenderse, no? Te engañas.

El mono:—Pues antes que me pegues, yo te pego primero. ¿Ya lo ves que no puedes pegarme? Más bien te di un manazo, antes que me lo dieras.

Zorro:—Bueno, ya me pegaste; ya yo me voy a quejar con la policía para que te castigue.

Conejo:—Bueno, amigo zorro, no tengas cuidado; vamos a curarte.

—Sí, conejo; por tí me pegaron; ahora, yo te voy a poner preso.

Conejo:—¡Ay, no hagas tal cosa! Ves que no tengo quién haga por mí, no tengo para comer.

Zorro:—Ahí quédate para que sepas lo que es sufrir. Y se quedó el conejo en la cárcel.

79. EL CABALLO Y EL BURRO

Talea, Villa Alta.

Muy temprano un día, estaba parado un caballo, no muy lejos de la población, cuando un burro pasó muy de carrera, y le dice:—Oh, mi amigo burro, ¿para dónde tan apurado? Y contestó el burro:—Pues para un río que queda cerca, que es el que pasan todos los viajeros que se van por este camino a tomar un poco de agua porque acabo de trabajar, y me van a dar mucho zacate.

Caballo:—Pues qué bueno, mi amigo; ¿pero, aceptarías una cosa que te ofrezco? y tendrás qué comer sin trabajar.

Burro:—Eso sí que no. Ya ni me lo digas. Pero mira, realmente a mí me gusta trabajar y no comer sin hacer nada. Mejor sigue; tú estás parado aquí como enfermo y comes de la gente pobre.

Caballo:—Precisamente eso te iba a decir, que estuvieras parado haciéndote el enfermo y no te llevarán al trabajo, sino hasta que se te antoje te vas a trabajar.

Burro:—No, mi amigo. Muchas gracias por tu favor, pero yo estoy acostumbrado a trabajar para comer, y no como tú. Porque si hago esas cosas, me deshonro porque todos me conocen y me ocupan. Además, perdería mucho dinero. Y también no quiero por esto. ¿Que tal, si viendo el amo que se hace uno enfermo, que nada más huele uno el zacate y se lo quitan, y se queda uno sin comer? Ahora no trabajas, pero quien sabe cuantas veces te habrás quedado sin comer. Y como yo estoy acostumbrado a comer todos los días sin dejar zacate, y me lo acabo y por eso no quiero.

Caballo:—Mira, no seas tonto. No pasa así como dices, y para más pruebas de que el amo haga para que uno coma, hasta le pone a uno el zacate en la boca. Cada momento va a vernos si nos falta algo. Nos da agua, y en un pesebre te pone; no creas que en el suelo, ni mucho menos, muy limpio. De noche te deja libre; no te encierra.

Burro:—¿Cómo no dices desátame y vamos a beber agua, y depués a trabajar, sino lo contrario? Pues mi amigo mucho gusto de verte, así sin trabajar y sin comer, a la hora que se te pega la gana. Yo creo que ya es preciso que yo me vaya de aquí y no entretenerte, no sea que vaya a venir tu amo y quiera hacerme o crea que estoy enfermo, y quiera darme comida. Vale más irme a trabajar, que me mantengan de dado como a un amigo.

Caballo:—Vamos pronto, que se va a molestar; cuando que no lo llegará a saber.

Burro:—Mira que bonito es trabajar en tiempo de invierno, acarriando más que en primavera y en otros meses el maíz. Tenemos que ir hasta el

otro lado del río si es que me acompañas, pero si no, te irás a otros lugares, donde no encontrarás ni un pedazo que comer; pero si te vas conmigo no te faltará ni un solo traste donde comer y siempre tendrás trabajo, y esto es una ventaja para nosotros, porque como hay mucho trabajo, y para que no se canse uno, no nos hacen cargar mucho, sino muy poquito, hasta donde puedas caminar como ellos que mucho caminan. Y como ya estamos acostumbrados a andar ni cuidado se nos da.

Caballo:—Ya me resolví que es mejor trabajar que estar haciéndome el enfermo. Desátame y me voy contigo a trabajar, pero le hablas a tu amo que me ocupe en algo.

Burro:—Pero si tienes a tu amo, ¿para qué quieres ir a trabajar conmigo, cuando que bien puedes trabajar en tu casa?

Caballo:—Ay, hermano, si vieras, no me arriesgo. ¿Qué tal si me pega mi amo y me dice que cómo me alivié tan pronto, cuando que ayer no más me vi malo?

Burro:—Pero te diré una cosa, que de un momento a otro se compone uno. Bien puede imaginarse que te aliviaste pronto, más que si te ha dado remedios.

Caballo:—Todos los días me da un remedio, y no solo una vez sino dos al día; uno en la mañana y otro en la tarde.

Burro:—Ahí tienes. ¿Qué más quieres? Bien le dirás o le darás una prueba de un hombre bueno y de salud.

Caballo:—Pero otra cosa, que cuando yo trabajaba, siempre trabajaba con miedo. ¿Y sabes porqué? Es porque me pegaban mucho mis compañeros que me veían muy chaparro. Y como ustedes son muy chaparros, pues no pueden pegarme, sino que también yo les pegaría. Pero si se manejaban serios conmigo, así los trataría también.

Burro:—Entonces tú no quieres trabajar con tus compañeros porque te pegan; pero si lo mismo pasa con nosotros mucho jugamos y nadie se queja.

Caballo:—No le hace; no importa, porque son ustedes bajos y no me pueden pegar; sino también yo como ya te digo.

Burro:—Si es que no se molesta tu amo, vamos juntos a trabajar.

Nuestros caminantes y trabajadores, que estaban ansiosos de trabajar, prosiguieron su plática al grado de que llegaron a cansarse y no a discutir sobre la manera de trabajar.

Entonces el caballo comenzó de esta manera, pero muy disgustado y cansado:—Mi amigo burro, no cabe duda que trabajar para vivir es lo más decente. Figúrate que cuando estaba yo amarrado, como meramente animal, no podía ni darle a mi amo pruebas de valor, ni tampoco me llevaban a la carrera, porque precisamente no me desataban para nada. Ahora que me he dedicado al trabajo, exclusivamente al trabajo, puedo hacer cuanta fuerza quiero, y en tanto la otra vez, no quería mi amo hacer muy pesado mi tercio, por lo que me hizo daño. Y ahora que se trata de ganar un premio, el que cargue más, no puedo pero ni un poquito, pues ya mis huesos se descompusieron, ya no quieren que se toquen para nada, y eso me hace

mucho daño; pero con el favor de Dios, me he de componer dentro de poco tiempo. Seguiremos nuestra tarea para ver quien gana. Si no gano en este viaje, tendré que sufrir una vez quizás grande por los otros animales que son tan pequeños y aguantan más que yo que soy tan grande; pero no hay cuidado, pronto no sólo les ganaré en cargar a los chiquitos sino también a ti, que creo serás el más forzudo de aquella y esta región.

Burro:—Pero si no es por mí, no hubieras reflexionado que estabas en un mal. Dame las gracias porque te compuse tan bien. Yo lo mismo estaba, pero le debo el favor a otro compañero, que por el mismo estilo me dijo. Pues yo llevaba años de estar sin trabajo. Desde aquella fecha hasta ahora, he seguido luchando por la vida. Si estoy de buena salud es debido a mi trabajo. Yo he cargado centenares de fanegas de maíz, y me han pagado muy buenos sueldos y muy buenos alimentos; pues jamás me he quedado sin comer, sino al contrario, les he dado a los demás que por desgracia no encontraban trabajo, porque quieren comer en buena mesa y trabajar poco para ganar mucho. Eso sí que es una tontera para un hombre bueno y sano; todavía a un inválido se le considera porque no tiene las fuerzas necesarias para satisfacer sus necesidades, para mantener a su familia. Esa gente no sólo es digna de ayudarla sino de darle cuanto pide.

Caballo:—Pero si hice esto fué porque me ví obligado, pues la causa que me hizo o me obligó a este fin, fué el de haberme enfermado, porque por primera vez me gustaba cargar mucho, hasta que me salieron unas matadas en el lomo. Entonces pude creer que no tendría yo más esperanzas de recobrar mi salud. Esto pasó ya hace unos cinco o seis años, y desde entonces me amarraron y ya no quisieron que yo saliera a trabajar, pero ni siquiera ir al campo a comer pastos. Pero absolutamente nada pude hacer con esto que me pasó y de allí cuando querían sacarme a algún lugar, no podía yo porque me daba mucha flojera. Así pues, me acostumbré a la holgazanería, y ahora me hace mucho daño hacer fuerzas como tú sabes.

Burro:—Pues yo creía que era cierto lo que me decías, que tú estabas nada más parado porque no encontrabas qué hacer, o porque te hacías malo, pero no tanto tiempo. Yo creía que llevabas algunos días no más; pero ahora que tú mismo confesaste que tú hacías queja, creo que no sólo podrías trabajar unos cuantos días, sino toda la hora. En lugar de trabajar un mes o dos, trabaja siquiera unos cuatro o cinco. Me parece que tú tendrás muchas fuerzas para eso. Es una vergüenza muy grande si no te dedicas únicamente a esto que es lo más principal para un hombre pobre. Para un rico no es nada porque como tiene, ni cuidado se le da trabajar o no, pues no necesita de nada, ni de ninguna otra persona, porque con su dinero hace cuanto se le antoja. Y el pobre tiene que humillarse ante toda clase de gente y para no sufrir estas humillaciones, es necesario trabajar para que más tarde, nuestros decendientes no tengan la pena de ser tan pobres como nosotros. Pero si nuestros padres hubieran sabido trabajar como se debe, nosotros ahorita no fuéramos tan pobres, sino seríamos otras mil cosas. Mira esos ricos. ¿A quién le deben la riqueza que poseen si no a sus padres, a sus abuelos, y a otros muchos de la familia que supieron trabajar

cuando fueron chicos? ¿Y ahora nos da envidia verlos porque tienen? No; al contrario, nosotros debemos respetarlos, tenerles mucho cariño para que nos ayuden, y como una prueba de valor que han dado ante la sociedad nuestra.

80. EL MONO Y EL CHIVO

Talea, Villa Alta.

Un mono cierto día estaba sentado bajo la sombra de un encino, cuando muy de repente, se le aparece un chivo y le dice:—Mi buen amigo mono: ¿qué estás haciendo en este lugar?—Pues estoy descansando un poco en esta sombra, pues estoy muy cansado de tanto andar por las hierbas; y figúrate que desde hace mucho no había yo descansado ni un poquito, porque quería yo aguantar sin descansar, pero ahora sí me veo obligado porque es imposible soportar mucho tiempo sin descansar algo, pues ya no aguanto.—Mi amigo,—le dice el chivo,—pero ¿porqué querías aguantar todo el tiempo sin descansar? Esto indica que tú no tienes pensamiento, ¿cómo querías aguantar todo el tiempo sin descansar? Pero ni Dios que es tan grande nunca pensó tal cosa, y tú que eres igual a mí, ¿querías aguantar? Pues mira, pues para hacer una cosa hay que pensar un poco, porque de otro modo no haríamos nada. Pues fíjate mucho para hacer una de las tuyas, pues ahora tendrás que sufrir mucho para que sanes de este vicio.—Hermanito, yo lo que voy a hacer es una cosa, que ahora en vez de andar ahí acabándome, voy a procurar por trabajar constantemente y descansar en las noches, pero lo que pienso yo ahora es que quién sabe qué tiempo duraré así sin poder trabajar y sin encontrar que comer; porque en primer lugar no trabajo, como ya te digo, en segundo, que está muy escasa la fruta en este tiempo, y tendrá que durar así muchos meses, o cuando menos unas cuatro o cinco semanas. De esto es lo que temo, no sea que me muera de hambre, como le pasó a un amigo.—Si te mueres, morirás por flojo, y además, no hay que lamentar, pues una vez no más has de morir y no dos ni tres. Además que si no has de trabajar mucho o nada, vale más que te mueras.—Pero ¿qué cosas me estás diciendo? ¿Cómo deseas que yo me muera?— Pues claro; y si no quieres, pues vámonos conmigo a trabajar, como ya te digo, allí te dan un buen trabajito, no que nada más estás aquí sentado sin hacer nada, plantándote como un rey que tiene mucha plata y que tiene multitud de personas que le sirvan, y que no le falta, pero que absolutamente nada, y que hasta su hamaca tiene para donde dormir todo el día y sin hacer ni mandar a nadie.

—Ahora sí, hermanito, ya me resolví; vámonos para tu casa, pero te voy a decir una cosa, para ver si aceptas o no, y es que si quieres ayudarme a ir a matar un brujo que por aquí arriba me asustó no hace mucho. —¿Cómo no? Con mucho gusto, iremos adonde dices porque así tam-

bién a mí me pasó una vez por este camino. Me asustaron, no sólo uno sino muchos. Eran como diez o veinte de esos hombres malos que siempre salen al encuentro de uno, siempre que pasa uno por ese lugar. Ahora consíguete unas varas de esas encinas para destruir completamente esta raza maldita que tanto asustan no sólo a nosotros sino a todos los que pasan solos. De la misma manera le pasó a mi hermano el más grande, que no era ni es miedoso, sino de mucho valor. Vamos pronto adonde te dije. Mira, ya conseguí un palo tan bueno como no lo hay; míralo qué resistente está, muy bueno para esas cosas.—Sí, hermano, dices muy bien; siento que no consiguiera otro igual palo a ése, para que yo lleve también y vayamos armados los dos también, porque ahora es cuando les vamos a quitar esa costumbre que tienen.—Si quieres que consigamos uno igual al mío vamos a traer, no queda más que como de media legua, adonde sé yo que bastantes hay de éstos.—Vamos a traer, pues es lo que yo deseo para estos malvados hombres que tanto molestan cada vez que hemos de pasar por este rumbo. Mira qué bueno está el palo que acabamos de encontrar en este lugar. Ahora sí, podemos sin ninguna dificultad caminar para donde están. En tanto, díme cómo te asustaron.—Pues hermano, al pasar por esa ladera que tú bien sabes donde está, se me presentó un bulto muy horrible. Entonces yo no hice caso, creyendo que algún perro era, pero no; sino cuando le ví la cara, entonces dije, este es hombre malo, y seguí caminando hasta que me habló. Hasta entonces yo le contesté, ¿qué quería conmigo? Lo único que te pido es que me des algo que comer, porque tengo bastante hambre y si no me das lo que te pido, te llevo a mi casa, donde te comen los animales.—Pero señor ¿cómo me quiere V. llevar? —Sí, porque tú no me quieres dar lo que te pido.—Si sabe Dios que no tengo ni para mí, y había de tener para V., y así es que yo no puedo ofrecerle ninguna cosa, porque ni para que yo coma tengo.—Si no te pregunto si tienes qué comer, sino te digo que des algo; de lo contrario te mato aquí nada más. —Pero señor, no debe V. entender, y no que es tan caprichudo. ¿Adónde voy a darle una cosa que yo no tengo? Y aunque yo quiera darle no puedo; así es que no me importa que me quite la vida, porque estoy solo. Yo ya me voy porque es muy tarde, no sea que mi papá se enoje.

Aquellos dos animales se fueron para donde se encontraban aquellos hombres malos, que siempre no los dejaban caminar por aquel lugar, hasta que llegaron donde iban, y al llegar, uno de ellos dice:—Vamos a hacer una cosa; que cualquiera de los dos nos adelantamos, con el fin de que estos hombres salgan para que nos peleemos con ellos, no que ahí lo esperan a uno cuando va solo, y veremos si son valientes o saben nada más que abusar cuando lo ven a uno solo. Nos batiremos hasta el morir si se puede para destruir a estos malvados hombres que tanto molestan. Comenzaremos por sacarlos. Después de muchas horas pudieron sacar a los señores y una vez que habían salido al encuentro de ellos, y una vez que se vió amenazado el segundo salió al encuentro y a la defensa de su compañero. Allí se pelearon con ardor y entusiasmo, hasta que por fin lograron vencerlos y matarlos. De allí se alejaron nuestros combatientes, platicando

de muchas otras cosas y diciendo unos a los otros:—Pero yo fuí el que me batí más que tú.—Mentiras,—dice el otro—yo fuí el que me porté con valentía.

81. CUENTO DE UNA MÁSCARA

Yalalag, Villa Alta.

Una máscara estaba un día y las gentes decían, que era una porra. Así fué que un hombre fué a ver dónde estaba la máscara, y el hombre cuando llegó adonde estaba la máscara, entonces se puso a platicar con la máscara. Pues así fué que el hombre se asustó. Y después fué que le dijo:—Yo soy máscara de oro, y si no quiere V. creer que soy máscara de oro, lo pruebo. Así fué que el hombre creyó que era una máscara de oro, y así fué que el hombre la conoció muy bien. Pues así fué que no quiso irse el hombre, pues fué que se asustó. Después que él se fué la misma máscara le dijo:—No tenga V. miedo, yo soy la máscara. La máscara le dijo al hombre:—No se asuste V. que yo me llamo máscara. Así fué que el señor le dijo:—Bueno, ya sé como se llama V. Ahora sí vengo a visitarla a V. señora máscara. Así fué en esa época.

82. CUENTO DE UNA MOSCA

Yalalag, Villa Alta.

A una mosca le comió el hielo su pico, y la mosca lo reclamó con el sol; y el sol deshizo al hielo, y el hielo reclamó a la nube; y la nube tapó al sol, y el sol reclamó al aire; y el aire atacó a la nube, y la nube reclamó a la pared; y la pared atacó al aire, y el aire reclamó al ratón; y el ratón escarbó a la pared; y la pared reclamó al gato; y el gato comió al ratón, y de allí se acabaron las cuestiones de todos ellos. Fin.

83. CUENTO DE UNA RANA Y UN SAPO

Yalalag, Villa Alta.

Una rana se peleó con un sapo en un río por causa de un chapulín. Salió la rana a la orilla del río y el sapo también, y al tiempo que venía un chapulín quería la rana comerlo, y el sapo le dijo:—No hagas eso con ese pobre caminante; viene buscando su vida.—¿Qué importa?—contestó la rana. Si quieres también contigo, y luego se pelearon, y el chapulín se fué corriendo.

84. EL HOMBRE QUE BUSCA VENADOS

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éste era un hombre que andaba en busca de venados que cazar. Pero el pobre cazador se había tardado sobre una gran cumbre, donde se veía el sol todavía y le parecía que era muy temprano todavía. Pero ya era muy tarde, nada más que estaba sobre aquella cumbre. Dijo que era a medio día, y cuando hubo de bajar este hombre de allí, distinguió que era muy tarde, y apenas pudo andar unos cuantos metros, cuando se obscureció. Entonces dijo:—¿Qué haré? ¿Me iré o me quedaré por aquí? Pero si me quedo, corro mucho riesgo de que venga algún animal y me coma. Por fin, nuestro hombre resuelve andar más. Al fin pudo llegar hasta un arbolito.—Ahora sí me quedo aquí; porque aquí sí no puede llegar nadie que me coma. Y en caso de que venga, este lindo arbolito tendrá cuidado de avisarme.

Nuestro hombre se quedó allí. Muy quitado de la pena estaba cuando habló el árbol y le dijo:—Despiértate, amigo, si no, vienen los tigres y te comen. El hombre dijo:—Muy bien. Quisiera yo que me dieras un consejo. ¿Qué es lo que voy a hacer cuando vengan? El árbol le contestó: —Pues, amigo, si te lo digo, quién sabe si puedas hacerlo. Es un poco difícil, y corres mucho riesgo de ser descubierto por las hembras, porque ésas son las que tienen un olfato muy desarrollado. El hombre le dijo:—Mi querido amigo, parece que tú has nacido para hacerle al hombre bien. ¡Cuánto te debemos! Sin ti nadie habría sido salvado. Todos aquellos hombres caminantes habrían muerto si no fucra por tu bondad. Ya mereces rendirte culto. Y él contestó:—No digas así, nada de eso merezco. Yo te voy a dar un consejo. Ya sabes que ahorita vienen los leones y tigres. Ya sabes que cuando vienen a una distancia de ocho metros van a gritar mucho. Pero no te vayas a asustar. Súbete aquí. Estáte sentado muy quieto, y escucha todo lo que platican. El hombre preguntó:—¿Pero cómo hago para entender lo que hablan ellos?—Pues te presto mis oídos, y verás cómo hacen éstos para gozar y para celebrar el casamiento. Le dijo el hombre:—Pues si V. tiene la bondad, mi cariñoso amigo. Llegó la hora en que llegaron los animales, pero no llegaron los animales todos juntos... sino que primero llegó un tigre, luego llegó una leona y dijeron unos a otros:—¿Qué hacemos para que vengan los demás?—Pues lo que vamos a hacer es chiflarles. Se fueron. No hacía mucho tiempo que se habían ido cuando llegaron todos los demás; y dijeron ellos:—¿Pero qué pasa con los otros dos? Unos contestaron: —Seguro que se entretuvieron por ahí, a ver si encuentran algún venado. Nuestro hombre estaba escuchando. Cuando llegaron aquellos dos, entonces les dijo:—Tanto que hemos ido a buscar a VV. por todas partes.—Pues hacía

un momento, que se habían ido cuando llegamos. Entonces ellos dijeron: —Vamos. ¿Qué pasó con el venado?, dijo uno de ellos.—¿Pues no entienden que fuimos en busca de VV.? Pues nos dijo de nuestra junta que vamos a celebrar. Esta junta tiene por objeto discutir a quién toca mañana ir a cazar venados para la fiesta que vamos a tener. Y dijo uno de ellos:—¿Cómo fiesta? ¿Pero qué fiesta vamos a tener?—Pues ¿que no sabes?—preguntó uno de ellos. —Pues no sé nada, por eso pregunto.—¡Ah tonto! ¿Que no ves que mañana se va a casar una de nuestras primas?—¿Qué prima?—dijo él.—Pues la prima Vaga.—¿Con qué señor?—Con el señor Tigre, el más rico de la selva. No sé como fué a encontrar ese hombre la prima.— Bueno, ¿qué es lo que dispone para la fiesta?—Pues, primo, lo único disponible que tiene hasta ahorita, es tres docenas de varios animales. Y dijo:—¿Qué será bueno hacer con estos animales? Pues ahora van a buscar más. El hombre estaba viendo a aquellos animales, y dijo:—¿Qué será bueno hacer con estos animales tan feroces? Si disparo un tiro, estoy seguro que me van a comer. Pero él no hizo nada.—Pues, amigo,—dijeron los animales,—después continuaremos nuestra plática. Cada quien nos vayamos a su selva, porque ya es muy tarde. Mañana continuaremos. Se fueron todos con unos gritos que retumbaban las montañas, y se acabaron de ir todos. Entonces el hombre dijo:—Ahora, mi bondadoso amigo, muchísimo te agradezco. Yo quisiera que me hagas el favor de decirme para otra vez, como he de hacer, para que estos animales no me vayan a comer, porque si no fuera por ti me hubieran comido con toda seguridad. Entonces le dijo el árbol:—Pues, cuando tengas que quedarte junto a un árbol, no vuelvas a subirte como subiste sobre mí, sino, en caso de que pueda pasar otra vez sí está muy difícil tu salvación. Porque estos animales huelen mucho. Antes no te olieron, pero ya te digo, tienen el olfato muy desarrollado. Pues tienes que hacer de esta manera: Te quedas de esta manera. Te quedas debajo de un árbol; echas un montón de lumbre, primero, y después vas y buscas un tronco de madera y te desnudas y envuelves tu ropa en el tronco, para que cuando llegue alguien, luego han de quererte comer con todo el hueso. Y con eso, al querer agarrarte del tronco se va sobre la lumbre, y te vas tú tambien con tu arma y lo matas.

85. EL MACHÍN Y LA ZORRA (1)

Chatino, Juquila.

Una señora tenía tres hijas. Tenía también una huerta en que había un daño terrible de las manzanas. Viendo esta señora el daño, mandó a llenar hilo en la punta de los estantes del corral para ver si así caía el animal que andaba haciendo el daño.

---

(1) Véase Oskar Dachnhardt, Natursagen, vol. IV, pp. 26, 450.

Al siguiente día fueron a ver y el hilo estaba hecho pedazos, y el daño lo mismo. Mandó la señora hacer un mono de pura cera negra y lo paró en un portillo. Cuando este animal llegó donde estaba el mono, le dice así: —Quítate, amigo, porque si no te quitas te pateo. Diciendo y haciendo, se le quedó el pie pegado. Empezó el machín a jalarse el pie. Vió que no pudo despegarse, y que le tira un manazo y se le queda la mano pegada. Y le tira otro manazo con la otra mano, y se le pegó esa mano también. Y que le pega una mordida y se quedó con la boca pegada.

Cuando llegó el dueño de la huerta, estaba el machín pegado en el mono. Luego se lo llevó para la casa y pusieron a hervir cera de Castilla para quemarle la boca. Y a él lo habían encerrado en un gallinero.

Al buen rato, pasó una zorra y se asomó en el gallinero y le dijo al machín:—¿Qué estás haciendo amigo?—Y le dice el machín:—Amigo, aquí me tienen encerrado porque no me quiero casar con la hija de este señor. Si tú quieres casarte con ella, te quedarás en mi lugar.—Pero, ¿cuál de ellas será?—le dice la zorra.—Espérate un rato y verás la novia. En ese momento sale una de las hijas del señor, y le dice el machín a la zorra:—Ésa es la novia. Quédate en mi lugar y te casas con ella. Por fin encerró el machín a la zorra y se fué.

Al ratito que estaba la zorra, llegaron con la cera caliente y le quemaron la boca a la pobre zorra. Se fué revolcándose y decía en sí:—¿A dónde ha de ir este amigo, que no me la ha de pagar? Agarró el camino y se fué anda y anda, cuando lo fué encontrando en una peña. Le dice:—Ay, amigo, ¿qué estàs haciendo?—Pues aquí deteniendo esta peña para que no se desbarate el mundo.—¿Desde cuándo estás aquí?—Pues desde que se formó; comiendo moscas, nada más. ¿Que no me quieres hacer el favor de detenerme esta peña para ir a comer al campo, y luego regreso? La zorra, por tenerle lástima, se quedó teniendo la peña. A los tres días ya no aguantaba la zorra de hambre y el machín ni modo de que regresara. Pues se resolvió a irse y que va soltando la peña. Y como el machín le había dicho que si soltaba la peña se tenía que desbaratar el mundo, rodó la peña y ¿qué le había de pasar al mundo?

Y lo va siguiendo otra vez, hasta que lo volvió a encontrar comiendo tunas; y le dice:—¿Qué estás haciendo aquí?—Amigo, aquí estoy comiendo tunas. ¿No gustas de probar una?—No, amigo. Tú no te me escapas, porque mucho me has engañado.—No amigo, no te enojes. ¿Qué no tienes hambre? Prueba una tuna y verás qué buena está. Abre la boca y verás.—Así que abrió la boca y que le va tocando la tuna con todo y aguate en el gañote hasta que lo mató.

86. EL LAGARTO Y EL BURRO

Chatino, Juquila.

Un lagarto andaba buscando la vida fuera de su centro, hasta que llegó a un mogote y no podía regresar para su centro. A mano pasa un burro, y le dice el lagarto al burro:—Ay, buen burro, ¿para dónde vas?—Amigo, voy a beber agua.—Ay, amigo, yo también. Ya no aguanto de sed. ¿Que no me haces el favor de cargarme para ir a beber agua?—Pero tú pesas mucho.—Ay, amigo, hazme ese favor.—Bueno, pues échate en mi lomo

Conque se fueron al río. Llegando a la orilla le dice al burro:—Anda otro poco más al centro. Así que le llegó el agua hasta la barriga al burro, le dice el lagarto al burro:—Aquí te voy a comer.—Ay, amigo lagarto, ¿que es posible que un bien se pague con un mal? Y si me doy por vencido, pero que lo digan tres licenciados. Llegó un buey a beber agua, y le hace la pregunta el burro al buey que si es posible que un bien con un mal se pague.—Eso les pasa a los burros.—Bueno, faltan dos licenciados.—Baja un león a beber agua y le hace la pregunta el burro al león, y le contestó lo mismo.—Bueno, falta un licenciado.

Al buen rato, pasa el conejito a beber agua. Vuelve a hacer la pregunta el burro al conejito. Se hizo el sordo y lo estuvo llamando poco a poco, hasta que salió a la orilla del río. Entonces el conejito le dice al burro:—¿Cómo estuvo esto señor?—El lagarto estaba hasta en aquel cerro, cuando lo pasé y me pidió el favor de que yo lo cargara a tomar agua,—dijo el burro,—y estando al agua me quiere comer.—Sí es bueno que te coma, porque de un bien se paga un mal siempre, y para que te coma este amigo, se necesita arreglar esto bien. Ahora vuelve a cargarlo otra vez para el cerro y allí te comerá.—Ay, señor licenciado, ¿que es preciso que este amigo me coma?—Preciso es. No tiene remedio. ¿Que no sabes que un bien con un mal se paga? Cárgalo pronto para donde estaba, para que allí te coma.

Conque se fueron para el punto. Llegaron y en ese mogote le dice el conejito al burro:—Póngalo en el suelo para ver cómo estaba.—Debajo de esta piedra estaba, señor.—Ponga la piedra encima, como estaba. Así que lo puso como estaba le dice el conejito al burro:—Ahora espérate, si eres pendejo. Dice el lagarto:—¿Adónde irás, conejito, que no te he de comer?

Lo anduvo persiguiendo hasta encontrar la casa del conejito. Allí estuvo espiando a qué hora sale el conejito y a qué hora viene. Conque un día de tantos se fué a meter el lagarto en la casa del conejito. Cuando el conejito llegó, se asomó a su casa y vió la trompa del lagarto. Abrió y se sentó lejitos, dió los buenos días a su casa y vió que no respondía. Entonces dijo:—¿Qué tienes ahora que no me respondes, casa mía? Decía

el lagarto:—¿Cómo hago para contestarle? Y empezó a gritar. El conejo dijo:—Ay, amigo: yo no he visto casa que hable. Pegó el brinco y se fué. Así que estaba a una distancia regular, prendió la loma, y allí se quedó el lagarto revolcándose en la lumbre.

87. EL CASAMIENTO DE UN COYOTE QUE BUSCÓ AL CONEJO PARA PADRINO.

Chatino, Juquila.

Llegó el coyote a la casa del conejito, y le dice que si no es su voluntad de ser su padrino de su casamiento. Y le contestó el conejo:—¿Cómo no, hermano? con mucho gusto.

Llama la hora del fandango y fueron a traer al conejito. Ya entonces se armó y no quiso ir al fandango. Luego se enojó el coyote y mandó quemar la casa de su padrino, y como el conejito duerme en el carrizal, ardió la casa del conejito. Pero como el conejito es tan vivo se escapó.

—Ahora va a ver mi ahijado si se escapa como yo. Y prendió la casa de su ahijado. Cuando estaban en la función, toda la familia de su padrino se quemó.

Luego salió el coyote a buscar a su padrino. Le encontró en un frijolar haciendo daño, y le dice al conejito:—Ay, padrino, que mal te has manejado conmigo. Y contesta el conejito. Ay, ahijado, tengo una sentencia de muerte con la dueña de esta planta porque no me quiero casar con ella, y si tú te quieres casar con ella quédate en mi lugar y aprovéchate de esta planta.

Conque el resultado es que cuando llegó la señora y encontró al coyote en la planta, le hace la pregunta que si que está haciendo allí. Le contesta el coyote:—Yo soy el que se va a casar con V.

88. LA CHICHARRA Y LA IGUANA.

Chatino, Juquila.

Dijo la chicharra:—Vamos, una apuesta. ¿Quién aguanta sin comer cinco días? Contestó la iguana:—Sí, apostaremos, pero vamos a estar en un lugar no más a ver quién se muere primero. Yo voy a estar en este árbol, y tú en otro árbol; pero vamos a comer primero.

Así fueron a comer, la chicharra en un árbol y la iguana en otro. A los tres días bajó la iguana a ver en dónde estaba la chicharra y vió que era pura cáscara. Como la chicharra se muda, apenas se sentó en el palo y se volvió gusano, y a la pobre iguana la dejó sin comer tres días.

89. EL CHAPULÍN Y EL ALACRÁN

Chatino, Juquila.

El alacrán se encontró con el chapulín y le dice éste:—Alacrán, amigo, tú que eres muy hombre que picas con el rabo, yo quiero que me piques en el cerebro, o si no me muero.—No,—dijo el alacrán. Otra cosa más grande y yo arreglo.—Luego, pícame, a ver si es cierto.—¿En dónde quieres que te pique?—Aquí en el pescuezo.

Se sentó el alacrán a picar en el cerebro y no le pudo hacer nada.—Así se pica, le dice el chapulín.—Lo agarró con la cena del pie, trozó la cintura del pobre alacrán, y lo hizo dos pedazos.

90. EL CONEJO Y EL ESPANTAJO

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éste era un señor que tenía un terreno sembrado de frijoles. Como veía que no podía obtener el producto de la cosecha por los animales que iban a comer las plantitas, entonces pensó hacer un espantajo para ponerlo en el terreno donde tenía sembradas las plantitas. Así lo hizo en efecto.

Cuando llegó al otro día a ver sus plantitas las encontró muy comidas, pero ya tenía preparado el espantajo para ponerlo entre los frijoles. Después de que acabó de ponerlo muy bien clavado en el suelo, se fué para su casa.

Cuando llegó el primer conejo para comer las plantas vió aquel espantajo entre las plantas y le dijo:—No creas que me asustas; al contrario, yo si te asusto. Y si no, fíjate como te voy a clavar mis uñas y te quito un pedazo de la barriga. No más que no chilles.—Así lo hizo. En cuanto se acercó, luego lo agarró al espantajo, y como no era gente no sintió nada.

Entonces le dijo el conejo, viendo lo que le hacía:—Si no me sueltas, verás lo que te va a pasar. Si no he hecho nada con las manos, con el pie verás que te voy a tirar y después te comeré vivo. Nada de que le hiciera caso el espantajo. Entonces volvió el conejo a clavar el otro pie y se quedó clavado de aquel espantajo.

Llegó otro conejo y le dijo al espantajo:—Si no sueltas a mi hermano, ya verás lo que te espera. Te vamos a dar una tunda. Como el espantajo no podía hablar, no más se quedó inerte. Volvió a quedar el otro clavado.

Al otro día llegó el dueño de aquellas plantas. Entonces dijo:—Ahora sí ya sé cómo se cogen a estos malvados que andan perjudicando las plantas.

91. EL RATÓN POBRE Y EL RATÓN RICO

Chatino, Juquila.

Éste era un ratón rico porque estaba en una tienda, que decía al otro que venía de campo:—Vamos a mi casa. Yo tengo de todo lo que quieras. Conque se fueron a la tienda.

Al llegar en una cueva, le dice el rico al pobre:—Aquí te quedas y yo solo voy a traer de comer. Y el pobre, como tenía hambre, a cada ratito sacaba la cabeza a ver si venía el rico. Salía y entraba de la cuevita, cuando pasa un gato y lo pepena de la cabeza. Y no lo agarró bien, sólo del puro pellejito. Se bajó de la cueva y se fué corriendo al campo.

Cuando llegó el rico, ya no estaba el pobre; y que lo había de seguir. Cuando llegó el rico, estaba quejándose el pobre. Allí lo estuvo cuidando hasta que sanó. Le llevaba de todo de la tienda.

92. EL TIGRE Y LA ZORRA

Chatino, Juquila.

El tigre le dice a la zorra:—Lo que yo como eso has de comer tú.

Conque se fueron, anda y anda, cuando el tigre se encontró un venado y le dice a la zorra:—Esta es carne buena. Tú la cazas primero, y si no puedes, luego voy yo. Se puso triste, y le dice el tigre:—Porqué estás triste?—Ay, amigo. Yo para eso quise ser amigo contigo, para que no me tocara trabajo para comer.—Amigo, no tengas cuidado; ahorita vamos a comer. El tigre mató al venado y comieron. La zorra como nunca había comido carne de venado, comió hasta donde más no pudo.

Conque siguieron adelante. Llegaron a un sauce. El tigre como estaba, se echó a comer lo bueno. Agarró a un novillo y se fueron a una cueva. Allí estuvieron comiendo hasta que se acabó el novillo, y se fueron a traer otro. A los tres novillos, sintió el vaquero y se fué a buscar el rastro. Y el tigre sintió y le dijo a la zorra:—No comas mucho, porque aquel vaquero allí viene. De tan sabroso que estaba comiendo, dijo:—¡Qué han de venir tan lejos!—Bueno, pues ya yo te avisé.

Al ratito, allí venía el vaquero con sus perros.—Allí vienen,—le dice el tigre a la zorra. Se echó la zorra adelante y detrás el tigre. Cuando el tigre vió que ya venían tan cerca, le dice:—Te dije que no comieras mucho;—y se subió en un palo, y la zorra muy despacio, y el tigre le dice:—Anda,

pronto. La pobre zorra apenas se trepó en la primera rama que alcanzó y el tigre hasta en la punta del palo.

Cuando llegó el vaquero al pie del palo, ya no aguantó la zorra del ansia que tenía, y que suelta el palo y cayó en el pescuezo del vaquero; y le dice el tigre a la zorra:—Agárralo, agárralo; allá voy yo. En eso que vió el vaquero que se descolgó, y que arrancó a correr y hasta el arma dejó. Bueno, se fué el tigre con la zorra. En el camino le dice:—Te dije que no comieras mucho.—Bueno, amigo; hasta aquí nos apartamos. Cada quien que siga su camino.—Con mucho cuidado, como vas a andar.

93. EL GALLO Y EL PERRO

Amatlán, Ixtlán.

En un gallinero, había un gallo muy hermoso que tenía dominio sobre todas las gallinas que allí había Era el único gallo valiente del gallinero y no dejaba a los otros que enamoraran a las gallinas. En cuanto entraba un extraño y que quería entrar entre las gallinas, luego los desafiaba y le decía: —Todo aquel valientito que logre arrancarme una pluma nada más, ése será el dueño de las gallinas que hay aquí y podrá hacer lo que mejor le convenga. Todo mi reino se lo entrego.

Los otros gallos bien sabían y conocían que aquél era muy valiente y nunca lo ofendían en vista de él.

Un día, enfadado y desesperado aquel gallo por estar en un mismo sitio, se resolvió a abandonar su corral e irse muy lejos en busca de nuevas tierras, porque la suya ya no le gustaba. Pero a irse solo no se arriesgaba. Quería llevar una compañía y para esto, quiso llevarse una gallina. Pero después pensó bien, y dijo:—No llevo esta gallina porque tenemos muchos enemigos y podemos de un momento a otro caer en manos de ellos, sin que podamos defendernos. Llevaré un gallo como yo. Pero después, se fijó que no podrían defenderse contra los animales grandes y sería inútil aquella compañía, y entonces dijo:—Pues llevaré un perro.

Y que se va a ver al perro de la casa y entonces le dice:—Mi buen amigo y compañero, tú que eres y has sido un valiente y que no temes el peligro en cualquier momento, vengo a invitarte para irnos a un paseo muy lejos de acá, porque, a la verdad, que ya me enfado de estar en un mismo lugar. Entonces el perro le contestó, y dijo:—Con mucho gusto, mi amiguito. No tengas cuidado. Ahora te acompaño en tu viaje. Iremos hasta donde tú quieras, y si se nos presenta algún peligro yo te salvaré aunque pierda mi vida. Ya tú muy bien me conoces. Nunca les tengo miedo a los enemigos.—Está muy bien,—dijo el gallo,—así me gusta. Pues mañana salimos muy temprano. Y luego se retiró y se fué para su gallinero.

En la noche no pudo dormir el gallo de lo contento que estaba del viaje que iba a hacer con su amigo el perro. A las tres de la mañana cantó, que era

la contraseña para que se preparara el perro, y luego bajó de la escalera y se fué a verlo. Llegó, y el perro estaba ya listo con unas tortillas y un puñado de maíz para el camino. Cargó aquello y se fueron luego.

Habían caminado ya mucho cuando les amaneció. Al mediodía llegaron en la orilla de un río, y allí comieron. Al gallo le gustó aquel sitio y quiso quedarse en la tarde, y así lo hicieron. Allí pasaron la tarde y la noche. Al día siguiente volvieron a emprender la marcha. Llegaron a tener mucha hambre, y como ya no llevaban tortillas ni maíz, tuvieron que aguantar hasta que llegaron a una milpa, en donde fué el perro a traer unos elotes para comer. Después de haber comido, dijo el gallo:—Sería mejor quedarnos aquí por unos días porque no sabemos cómo está más allá, si hay o no de comer. Más vale quedarnos aquí porque tenemos todo a la mano.—Está muy bien,—contestó el perro;—nos quedaremos.

En la noche dijo el perro al gallo:—Súbete en ese árbol y allí duermes. Yo, desde acá te cuido.— Muy bien,— dijo, y se trepó. A la madrugada cantó el gallo y ese canto lo oyó una zorra y que se va en dirección del canto. Llegó en donde estaba el gallo y lo vió trepado muy arriba y entonces le habló y le dijo:—Mi buen amigo, ¿qué haces allí, serenándote? Bájate y vamos a mi casa. Yo he venido no más por socorrerte, porque considero que allí estás muy mal, porque hace mucho frío.—No, muchas gracias. Aquí estoy muy bien,—respondió el gallo.—No,—dijo la zorra,—bájate y vamos a mi casa que allí hay fiesta ahorita. Allí cenamos, tomamos, y nos pasamos muy buena noche.—No puedo ir porque mi hermano está durmiendo,—dijo el gallo.—¿Pues que no estás solo?—dijo la zorra.—¿Y adónde está tu hermano?—Allí en el suelo, está durmiendo,—contestó el gallo.—Ahora, si tú quieres que te acompañe a tu casa, despierta a mi hermano que está durmiendo al pie de este árbol y pasaremos la noche más alegre.—Sí,—dijo la zorra. Y que va al pie del árbol y que empieza a despertar al perro. Le dijo:—Hermano, hermano, despierta. Hermano, hermano, despierta. Y no más se levantó el perro y que agarra a la zorra y la mató. Entonces, con más gusto cantó el gallo. En eso estaban cuando amaneció. Se bajó el gallo del árbol y le dió un abrazo al perro por su valor y luego se fueron a pasear por entre la milpa.

Allí estuvieron por espacio de veinte días, al cabo de los cuales volvieron a seguir su camino. Pero fué muy penoso para ellos porque a veces encontraban de comer y a veces no encontraban. Después de muchos días de fatigas y sufrimientos, llegaron a un rancho en donde habían muchos gallos y gallinas. Entonces el gallo le dijo al perro:—¿Quieres que nos quedemos en este rancho?—Sí, ¿cómo no?—dijo el perro.—Pero ya sabes,—le dijo el gallo,—que entre los dos nos vamos a defender si nos quieren pegar o correr de allí, porque no quedarán muy conformes los gallos que están allí de que entremos a invadir sus dominios, y de seguro tendrán que poner resistencia. Pero no importa; vamos a ver qué sucede.

Y que se van; y al llegar en el corral, todos los gallos que allí estaban empezaron a formarse para no dejarlos entrar. Pero este gallo no hizo aprecio de aquello. Dejó al perro en la puerta y que entra solo cantando con mucho garbo y sin ningún temor. Al ver esto, los demás se quedaron asom-

brados. Nada le hicieron a aquel gallo. No más se le quedaron viendo, y entonces dijo él:—El que es buen gallo, en cualquier gallinero canta.

94. EL LEÓN Y EL GRILLO

Amatlán, Ixtlán.

En una mañana muy fría, el sol apenas había salido, salió por allí un grillo a calentarse. Calentándose estaba cuando pasó por allí un león, y le pisa una pierna y lo deja cojo. Entonces el grillo pegó un brinco y saltó allá, y le dijo:—Maldito seas. Ya me quebraste una pierna. Y ahora vas a ver que esto no se va a quedar así, sin que recibas un castigo. El león entonces se rió no más, y le dijo:—¿Qué me vas a hacer tú, animalillo? Tú no sirves para mí; y anda vete antes que te aplaste. Y el grillo siguió insultándolo todavía, y le dijo:—¿Qué porque me ves chiquito, crees que no tengo fuerzas? Si aquí tocas. Vamos a hacer una guerra y veremos quién gana. Dentro de veinte días vamos a vernos en este llano, y así vamos a hacer la guerra. Junta tú tu gente, la que quieras, y yo junto la mía.

—Sí.—dijo el león y se fué. Empezó a juntar leones, tigres, lobos, perros, toros, caballos, burros, venados, conejos, chivos, y todos los animales de su especie. El grillo juntó toda clase de insectos, hormigas, avispas, todas las aves y pájaros. Miles de animales llegaron a juntarse el día del combate.

Llegó el león con tamaños animales. Venían gritando y demostrando su valor. Cuando llegaron al llano, le preguntaron a su jefe, el león, que dónde estaba el enemigo, porque ellos no veían nada, y no sabían que aquellos eran avispas y hormigas que no se veían.

El león y el grillo ordenaron el ataque. Las hormigas empezaron a subírseles en el pescuezo a todos aquellos animales, las avispas les entraban en las orejas y les picaban por los ojos. Luego las aves les picaban en la cabeza y las espaldas. Éstos empezaron a revolcarse porque ya no aguantaban los piquetes, y al rato todo el ejército del león estaba perdido. Todos corrieron y dejaron el campo en poder del enemigo.

Entonces dijo el grillo al león:—Ya viste ahora; y decías que no valía nada. Pero ya viste ahora que no aguanta tu gente como la mía. El león no contento con esto, le dijo al grillo:—Está bueno; tu gente hizo correr a la mía. Ahora vamos los dos; nada más que tú y yo, a ver quien gana.—Vamos,—dijo el grillo. Lo que tú quieras.—Pues vamos a pegar una carrera a ver quién corre más,—dijo el león.—Sí,—dijo el grillo,—vamos. El león señaló adonde tenían que salir y hasta dónde tenían que llegar. Parados los dos juntos en el punto de partida, dijo el león:—Ahora. El grillo pegó un brinco y se pegó en la melena del león. Éste corre y corre, y ya para llegar al punto señalado, el grillo pegó un salto y fué a dar más allá del punto señalado. Llegó el león al punto, y entonces volvió la cara para ver hasta donde venía el grillo, cuando éste gritó y le dijo:—¿Qué pasó? Te gané. El león quedó

asustado y dijo:—¿Cómo diablos está esto? ¿Que me ganaste?—Pues no sólo llegué al punto señalado sino que hasta que me pasé. Ya ves hasta dónde estoy.

El león se puso muy enojado y dijo:—No es posible que tú me ganes. Vamos a repetirlo otra vez. El grillo volvió a hacer lo mismo. Entonces el león dijo:—Tú eres el demonio. Me volvistes a ganar. Está bueno. Adiós.

95. EL CONEJO, EL COYOTE Y EL CORDERO

Juquila-Mixe, San Carlos.

Éste era un conejo que tenía su nido junto a un zacatal, y llegó un coyote y le dijo:—¿Qué estas haciendo, conejito?—Pues, hermanito, aquí enseñando música a estos muchachos.—¿Cómo tocan?—Pues así tocan;—y empezó el conejo a pegarles con una manita. Y los panales empezaron a cantar y ya que supo el coyote cómo cantaban, le dijo al conejito:—Pues ahora te voy a comer porque tú me estás engañando. Y le dijo el conejito:—No hermanito mío; mira que yo soy el único que estoy enseñando aquí y mis muchachos no aprenden. No hay quien les enseñe. Ahora vamos a hacer otra cosa. Tú cuidas a mis muchachos y yo voy a buscar qué comer y vengo.

Y se fué el conejo. Al cabo de cuatro días no aparecía el conejo y el coyote ya estaba tonto de hambre porque en esos días no comía, y por último decidió el coyote abandonar el panal y se fué en busca del conejito. Se fué anda y anda, cuando encuentra al conejito en una peña, comiendo su yerbita. Llegó el coyote y le dijo:—¿Qué estas haciendo aquí, amigo?—Pues aquí estoy atajando esta peña que no se caiga. Ay, nos morimos todos si se cae esta peña. Se muere toda la gente.—No es cierto eso,—le dijo el coyote. —Sí es cierto,—le dijo el conejito,—aquí estoy para todos los días de mi vida porque soy el encargado de aquí.—Pues ahora te voy a comer porque me engañaste.—Yo no te he engañado. Será otro quien te engañó, pero yo no. —Sí que eres.—Pues vamos a hacer una cosa. Tú te vienes a mi lugar y yo voy a un casamiento a traer de comer, porque don Macho es muy rico y da mucho de comer. Si oyes que truenan cohetes y música tocando, entonces dices ya viene el casamiento,—le dijo el conejito.

Y el coyote quedó muy contento porque el conejito prometió traerle de comer porque tenía mucha hambre. Y el conejito se fué muy contento también porque se escapó del coyote, dando gracias a Dios por su buena ventura.

Y ya que estuvo un poco retirado, encendió mucha lumbre alrededor. Y cuando el coyote escuchó un momento y oyó que estaban tronando los palitos que se estaban quemando, creyó que el casamiento ya venía. En esto vió que se estaba quemando alrededor, y ya iban llegando las llamas a donde estaba; y se empieza a retirarse de la peña, cuando se le figuró que se le venía la peña encima y se vuelve a poner junto a la peña Cuando ya se estaba quemando, empezó a revolcarse hasta que por fin logró salirse de dentro de la

llamarada de lumbre. Y viendo a ver si se caía la peña y que no se cayó, se fué corriendo hasta llegar a cierto punto en un cerro donde encontró un poco de comer, y de allí siguió su aventura a ver dónde encontraba al conejito que lo había engañado con la peña. Pero éste no dilató tanto para encontrar al amigo conejito. Éste se había ido a un rumbo llamado Rucucasa, y también el coyote se fué por allí, para ver si encontraba al conejito.

Y llegó y encontró allí al conejito, y le dijo:—Ahora vas a ver, pícaro conejo. De tanto que me has engañado, ahora no te me vas a escapar, porque tú eres muy mentiroso.—¿Cómo voy a ser mentiroso? Yo ya hace mucho tiempo que aquí estoy trabajando y de aquí no me he ido a ninguna parte, porque estoy torciendo para hacer mecatito para hacer una red para meternos dentro porque va a caer una granizada que todos se van a morir, y yo estoy haciendo mi red para colgarme y escaparme. Y le dijo el coyote:—Te ayudo si me haces una para mí para que me escape.—Sí,—le dijo el conejo. ¿Quieres entrar para medirte si te queda buena.—Sí,—le dijo el coyote, y se metió adentro. Y luego que se metió, lo colgó el conejito y le empezó a darle de piedrazos y lo mató. Y el conejito quedó muy feliz.

96. EL ZORRO Y EL GALLO

Juquila-Mixe, San Carlos.

Estaba el gallo en un árbol, y el zorro vió que el gallo estaba en el árbol y dijo:—Ahora te voy a comer, amigo.—¿A mí?—dijo el gallo—tú eres muy tonto para que me comas a mí.—¿Qué cosa es lo que dices?—dijo el zorro. —Lo que oíste.—Pues ahorita lo verás.

Y que sube el zorro al árbol, y el gallo que vuela y el zorro que baja corriendo a ver dónde paraba el gallo. El gallo se subió a otro árbol, y el zorro que quería ir a bajar al gallo. Hasta que el zorro no pudo agarrar al gallo, y se fué; y el gallo se quedó muy contento, cuando en esto vuelve otra vez el zorro y quiere subir.

Y dijo el gallo:—Ahora sí, no voy a ser tonto. Y dejó que subiera el zorro. Y cuando ya había subido como medio árbol, que vuela otra vez y deja al zorro en medio árbol y solo, muy distante de donde estaba.

El zorro ya no volvió a encontrar al gallo. Y el zorro siguió su aventura y se encontró en su camino a un corderito y le dijo:—Amiguito, ¿adónde vas? —Pues amigo, yo ando en busca de aventuras.—Pues hermano, ¿quieres ir conmigo?—dijo el zorro al corderito. Y el cordero le dijo al zorro que sí, y se encaminaron juntos los dos a una montaña distante de aquel lugar. Allí se encontraron a un animal desconocido y le preguntaron que adónde iba. Él respondió:—A buscar de comer. Y le preguntaron que adónde había de comer, y él les dijo:—En esa montaña.—¿Quieres llevarnos a nosotros.—Sí,—les dijo. Y se encaminaron los tres animalitos juntos.

Ya que llegaron a esa montaña, les dijo el zorro a los dos animalitos: —Ahora los voy a comer. Y entonces ellos le dijeron que no, porque eran compañeros. Y el zorro les dijo:—A mí no me importa nada. Aunque sean mis compañeros, voy a comérmelos porque yo tengo mucha hambre, y no quiero morir de hambre.—Si te mueres de hambre, morirás en nuestras manos, —dijeron los compañeros de camino. Y que empieza el zorro a pegarles a los dos, y ellos empezaron a pegar a él, y cuando el zorro sintió era porque ya estaba tonto. Y luego le siguieron pegando hasta que lo mataron.

Y se fueron muy contentos los dos hasta una montaña muy bonita y vivieron allí los dos. Dijo el cordero al otro:—Aquí hay mucho que comer y no nos morimos de hambre. Y se fueron a buscar su desayuno, y encontraron bastante, y se quedaban abajo de una cueva, y todos los días llegaba una ardilla a felicitarlos. Y se quedaron muy felices.

97. EL VENADO Y EL SAPO

Juquila-Mixe, San Carlos.

Un sapo andaba en el monte cuando pasó un venado y le dió un pisotón. Entonces le dice al venado:—Y tú, ¿porqué me has pisado?—Le responde el venado:—Buen sapo, dispénsame por el pisotón que te haya dado.—¿Qué dispénsame? Tú creerás que eres muy hombre. Si de veras eres hombre, te desafío para que echemos una carrera. Dijo el venado al sapo:—No sirves tú para las carreras.—Con algo de apuesta,—dice el sapo.—¿Cuánto vamos de apuesta?—dice el venado.—Quinientos pesos,—dice el sapo.—Arreglado,—dice el venado.

Quedaron de hacer la carrera a los tres días. El sapo fué a buscar otro compañero de él, diciendo que le ayudara, porque tenía que correr a trescientos metros de distancia con el venado. Tenían que poner una seña adonde tenían que partir a correr y otra adonde tenían que llegar. Por fin, antes de partir a correr dijeron que el que llegara más primero se ganaría los quinientos pesos.

Partieron a correr iguales. El venado como corre mucho, salió a toda chilla, mientras que el sapo, cuatro o cinco brincos no más dió, y se quedó, pero con la seguridad de que el otro sapo ya estaba al tanto en aquella seña. Ya que le faltaba poco al sapo para llegar a aquella seña, grítale el sapo diciéndole:—Yo salí más primero que tú. Y como los sapos son iguales, el venado no se dió cuenta. Creyó que era el mismo sapo con quien había apostado. No lo supo que fueron dos sapos los que le ganaron. Siempre perdió el venado.

98. EL CONEJITO, EL COYOTE Y LA TLACUACHA

Juquila-Mixe, San Carlos.

Un conejito vivía solo en su covachita. Un día pasó el coyote por la covachita del conejito, y como no estaba el conejito, entonces pudo entrar el coyote adentro. Le gustó mucho la covachita y desde el momento dijo: —Yo mejor mato al conejito para que se me quede su covachita. Y se quedó atrás de la puerta y dijo que cuando entrara allí, no más lo agarraba y lo mataba.

Al rato llegó el conejito en el corredor, y luego se fijó que movían las puertas, y luego dijo:—Alguna gente ha de haber entrado. Es que me quiere matar. Ahora verá lo que le voy a hacer. Por acabar de saber si de veras estaba escondido alguien, se acercó a la covachita, diciéndole:—¡Buenas tardes, mi covachita!—Y no contestaba la covachita. Entonces dijo:—¿Por qué no me contestará mi covachita, si las veces que vengo siempre me contesta? Era pura mentira, porque una covachita, ¿qué va a contestar? Y luego le dice otra vez:—¡Buenas tardes, mi covachita! Entonces dijo el coyote:—Mejor le contesto para que entre. Y le va contestando:—¡Buenas tardes, conejito!

En cuantito que oyó el conejito la voz del coyote, y que parte a correr, y ahí sale el coyote y que se va atrás del conejito. Y como el conejito tenía un hoyo en donde entraba, que era grande al entrar y donde salía era angosto, ya estaba el coyote para agarrar el conejito cuando se metió el conejito en aquel hoyo, y como era chiquito, pues luego salió por lo angosto, mientras que el coyote, como era grande, se metió al hoyo con toda su gana por quererlo agarrar, y al tiempo de salir por lo angosto, allí se quedó atorado, y ya no pudo salir ni para atrás ni para delante y se mató él mismo.

El conejito se fué otra vez a su covachita, y ya había pasado mucho tiempo cuando se enamoró de una tlacuacha, y las veces que platicaba con su novia, el conejito le decía que era muy valiente porque él había matado al coyote. Y a la tlacuacha le daba mucho gusto saber que el conejito había matado al coyote. Y a los pocos meses se casaron. Y ahorita vivían muy felices.

99. EL ZANCUDO

Juquila, Juquila.

Salió a calentarse al sol y le hace la pregunta:—¿Qué tal valiente eres que le evitas al hoyo que me quebró el pie?—Más valiente es la nube que me tapa a mí.

Le hace la pregunta a la nube:—¿Qué tal valiente eres que tapas al sol? —Más valiente es el viento que me desbarata.

—¿Qué tal valiente eres tú, viento, que desbaratas a la nube?—Más valiente es la pared que me tapa.

—¿Y qué tal valiente eres tú, pared, que tapas al viento?—Más valiente es el ratón que me agujera.

—¿Qué tal valiente eres tú, ratón, que agujeras a la pared?—Más valiente es el gato que me mata.

—¿Qué tal valiente eres tú, gato, que matas al ratón?—No, señor. Más valiente es el perro que me mata.

—¿Y qué tal valiente eres tú, perro, que matas al gato?—No, señor. Más valiente es el león que me mata.

—¿Y qué tal valiente eres tú, león que comes al perro?—No, señor. Más valiente es la escopeta que me mata.

—¿Y qué tal valiente eres tú, escopeta, que matas al león?—No, señor. Más valiente es el herrero que me hace.

—¿Y qué tal valiente eres tú, herrero, que formas la escopeta?—No, señor. Más valiente es la muerte que me mata a mí.

—¿Y qué tal valiente eres tú, muerte, que matas al herrero?—No, señor. Más valiente es San Pedro que me manda a mí.

—¿Y qué tal valiente eres tú, San Pedro, que mandas a la muerte? —Yo sí, porque mando a la gloria.

100. UN PADRE QUE TENÍA TRES HIJOS

El padre de una familia tenía tres hijos. Este padre tenía una huerta en donde cultivaban principalmente manzanas. La huerta aquella estaba no muy bien cercada. Pasaban los animales dañinos que perjudicaban al propietario, comiéndose la fruta.

El padre visitaba la huerta todas las mañanas muy temprano para ver los daños de la noche anterior. Viendo que aumentaban todas las noches, se decidió que uno de sus hijos fuera a velar y hasta matar a todos los animales dañinos. Regresó a su casa e hizo saber su determinación a sus hijos.

Desde luego fué aceptada la proposición y fué acordado que el hermano mayor sería el primero en dar el servicio en la huerta.

Llegó la noche y el hijo se fué a la huerta tomando todas las precauciones necesarias para matar a los dañinos de las propiedades de su padre. Llegó a la huerta y se instaló como lo creyó conveniente. Preparó sus armas que tenían que servirle. Después de velar por un rato, vió que no venían los dañinos y decidió descansarse porque ya era cerca de la media noche. Buscó un lugar a propósito y se dijo que descansaría un rato para levantarse después, y ver si los dañinos no habían venido.

Se puso a descansar pero el sueño que tenía le hizo que pronto se quedara profundamente dormido y no pudo dar cuenta de los animales que vinieron. Pues cuando despertó, ya había amanecido. Poco tiempo después llegó el padre para preguntarle sobre las novedades que había tenido la noche que acababa de pasar.

Éste le dijo que no tuvo ninguna novedad, que aquella noche no habían llegado los dañinos. Al examinar la huerta vió el padre que había daños lo mismo que siempre. Fué el mismo encargado durante muchos días pero vió el padre que era lo mismo siempre. En vez de desvelarse, el hijo buscaba un lugar bueno para dormir. Bien, determinó que en lugar de él, había de ir su hermano menor, tratando al grande de dormilón. Avergonzado aquél porque no pudo hallar lo que siguiera haciendo daño en la huerta de su padre, se retiró de aquella comisión.

El hermano que fué encomendado para velar en la siguiente noche dijo que a él sí no se le escaparía aquella malvada zorra que era la que más daños causaba. Esperaba que en la primera noche lograría cogerla.

Al llegar a la huerta, se puso a examinarla y a tomar las medidas que creyó convenientes para que no se le escapara su presa. Estaba muy avanzada la noche, y viendo que nadie llegaba, y después de examinar bien los árboles frutales, buscó un lugar en dónde descansar un poco. Se encontró con un sitio cómodo al pie de un gran manzanal que también era en donde con más frecuencia iba la zorra a dañar. Creyó que aquel lugar sería el mejor, y se acostó al pie del árbol. Pero la zorra ya estaba en el árbol observando todos los movimientos del cazador. Una vez que quedó convencida de que dormía su cazador, lo que hizo fué hacer más daño en aquel árbol con cuidado de no hacer ruido. Al separarse hasta se ensució cerca de su cabeza.

Indignado al despertar, juró que al día siguiente no amanecería su enemigo; pero no fué así. Se repitió lo mismo durante muchos días.

Al ver el padre que tampoco aquél no podía cumplir con sus deseos, le dijo que se dejara de ir. Pensaba mandar a su hijo más pequeño. A éste también, que aceptó gustoso, le dijo él lo que necesitaba. Éste repuso que no necesitaba todas las armas que sus otros hermanos mayores habían necesitado, que sólo quería una arma de fuego, una cenoba de cera negra, y un mozo.

Durante el día fué para cubrir los lugares por donde le era fácil al animal entrar. Después, con la cera hizo un mono que puso en una puerta por donde debía entrar. A la media noche se acercaba la zorra y fué buscando una

puerta por donde entrar; pero al encontrarse con ella, vió sentado al mono, y dirigiéndose a él le dijo:—Con tu permiso entro a saludar al dueño de la huerta que es amigo mío. Pero el mono no pudo contestar, y permaneció en silencio, cosa que desagradaba a la zorra. Insistió pero era lo mismo.

—Bueno,—le dijo,—tú tratas de burlarte de mí al no quererme contestar, y yo no te he de respetar. Contéstame, que eso es lo que quiero. Como permanecía en silencio, le dijo:—Si no me contestas, te pego, y como lo mismo sucedió, sacó una mano para amenazarlo. Le pegó después, y su mano quedó clavada en el mono sin poderse despegar.

—Suéltame la mano, porque si no la sueltas te sigo pegando. Volvió a pegarle con la otra, y como se quedó también pegada, le dijo:—Suéltame las manos. Mira, que tengo pies con que pegarte. Sacando la pata, quedó nuevamente pegada, y así siguió hasta que por último le dijo:—¡Déjame! mira, que tengo dientes y te puedo morder. Y diciendo esto quiso morderlo pero quedó mejor pegada.

Mientras esto ocurría en la puerta, el joven velador examinaba continuamente los árboles frutales y harto veía que las medidas que había tomado le estaban dando resultado.

Al amanecer se fué a la puerta a ver a su mono. Con sorpresa vió que allí estaba pegada fuertemente una zorra. Después de asegurarla bien se la llevó a su padre para que dispusiera de aquel animal que había sido el más dañino, y le dió cuenta que no había habido daño durante la noche. Al examinar al dañino, mandó amarrarla fuertemente con una cadena y ponerla cerca de un gallinero, y entretanto la sentenciaban a muerte.

Llegó la noche y la zorra permanecía amarrada. Sería la media noche, cuando llegó por allí un coyote que andaba en busca de gallinas. Al ver a la zorra éste le dijo:—Amiga zorra, ¿qué estás haciendo acá, y porqué estás amarrada?—El amo me tiene acá presa porque le digo que me es imposible comerme las seis gallinas que me tiene destinadas.

La artista zorra dijo esto para ver si de esa manera se escapaba de la muerte segura. El coyote que tenía muchos días de no comer, y envidiando la suerte de su amiga, que estaba presa por no poder comer, y él, que deseaba comer, le dijo:—¿Y por eso estás presa? Pues yo te puedo ayudar en esa penosa tarea que te ha impuesto el dueño de la casa.

—Acepto tu ayuda, sólo que para esto tendrías que estar en mi lugar, es decir, amarrado.—Pues si es por eso por lo que estás amarrada, nada de particular hay que me amarren. Sabiendo que en cuanto se levante el amo, me dará las gallinas, me las comeré y quedaré libre.

—Si estás dispuesto a ayudarme y a no morirte de hambre, vale la pena que me desates y en seguida te amarro y quedamos platicando hasta que se levante el amo para darnos nuestros alimentos; así ya quedaremos libres y sustentados.

El coyote desató a la zorra, y ésta una vez libre amarró fuertemente al coyote. Así permanecieron largo rato hasta cuando ya estaba amaneciendo, le dijo la zorra al coyote que iba a asomarse para ver si ya se levantaba el

amo. Diciendo eso, se retiró y en cuanto ya no la vió el coyote, emprendió una carrera que no paró hasta encontrarse en un espeso monte.

Cuando se levantaron los de la casa, vieron que la zorra aquella se había vuelto coyote, y creyendo que estaba aquel animal encantado, mandaron que lo quemaran. Pero el coyote que ignoraba todo, y viendo los preparativos que se hacían, manifestó al amo que él sí estaba dispuesto a comerse las seis gallinas, y que no sólo seis, sino bien podía comer más.

Pero el amo indignado con aquella manifestación, lo que hizo fué ordenar que inmediatamente fuera fusilado y quemado para que no se les fuera a escapar. Entonces fué cuando comprendió que había sido realmente engañado por la astuta zorra.

V. CUENTOS HUMANOS

101. LOS DOS COMPADRES

Ixtlán, Ixtlán.

Mi abuelito me contaba que había un señor muy rico que tenía un compadre que era muy pobre y que siempre iba a pedir algún favor en su casa, hasta que un día aquel compadre se enfadó y le dijo:—Mira, compadre, yo para que fuera rico, tuve que vender ceniza y si quieres, te presto mis burros para que vayas a vender.

El compadre lo creyó y comenzó a juntar ceniza. Hizo la carga y en la mañana siguiente se fué de madrugada para aquel pueblo. Llegó y tendió su puesto de ceniza y se estuvo todo el día sin que se le vendiera nada. En la tarde pasó un señor y le dice:—Mira; toma estos diez centavos y tira tu ceniza y anda vete y no vuelvas a venir nunca a vender ceniza, porque en todo el mundo hay ceniza.

Entonces aquel hombre muy triste recogió la ceniza y la tiró en la orilla del pueblo y dijo:—¿Qué cosa compraré con estos diez centavos? Si compro fruta, en un rato se la acaban mis criaturas. Lo que voy a hacer es comprar una máscara y con ella me la pongo y comienzo a jugar con mis hijos. Se fué muy triste, cuando llegó a un rancho y dijo:—Aquí me voy a quedar. Juntó unos palos y puso lumbre, y se sentó junto de la lumbre. De ver que tanto humo hacía, sacó la máscara y se la puso. Y van llegando los ladrones que habían ido a robar en los pueblos, y de ver aquel que estaba junto de la lumbre, decían que era el diablo y dejaron todo el dinero que habían ido a robar y lo tiraron. De ver él que se fueron, entonces comenzó a recoger y cargó a sus burros y se fué para su casa muy contento. Cuando llegó a su casa le contó

a su mujer cómo le había ido. Entonces le dijo a su mujer que fuera a la casa de su compadre, que le hiciera el favor de prestarle su almud para que midiera un poco de maíz que había comprado, y le dijo:—Si te pregunta el compadre que cómo me fué, le dices que me fué muy bien. Cuando llegó con el almud comenzó a desatar sus bultos y comenzó a medir el oro con el almud. Ya que había acabado de medir le dijo:—Anda, entrégale su almud, y le dices que muchas gracias, que aquí está su almud.

Entonces el compadre recibió el almud y lo comenzó a registrar. Cuando le encontró que en una esquina tenía embarrado oro y le dice a su mujer: —Mira el compadre es más rico que yo, hasta con almud midió el oro y no le cabía. Entonces dijo:—Pues lo voy a ver. Mejor no lo hubiera yo mandado. Mira, ahora es más rico. ¿Qué tal será, que hasta con el almud mide su dinero?

Se fué. Cuando llegó a la casa de su compadre le dice:—¿Cómo te fué? —Pues me fué muy bien; porque tal como me dijo V. pues así lo hice. El compadre de ver aquello, se alborotó y dijo:—Pues yo voy también. Emprendió su marcha y se fué al mismo pueblo. Llegó y tendió su puesto y nada de que se le vendiera. De ver que no se le vendía, lo recogió y lo tiró y se vino. Llegó a aquel mismo rancho cuando llegaron los ladrones y dijeron:—Éste fué el que nos robó anoche. Hay que matarlo. Lo agarraron y le cortaron la cabeza y le cogieron sus burros.

De ver la comadre que no llegaba su marido, le fué a decir a su compadre:—Compadre, pues ya hace días que se fué su compadre y no parece. Quiero que me haga V. el favor de ir a ver qué cosa le pasó. El compadre se fué en busca de él. Cuando llegó al rancho y lo vió que estaba allí colgada su cabeza y el cuerpo tirado por un lado, lo cargó en el burro y se lo trajo a su pueblo y se lo fué a dejar a su mujer. La mujer comenzó a llorar.

Después fué ella a ver un sastre a ver si quería coser un cadaver. Que le daba una onza de oro, por tal de que aquel hombre lo llevaran vendado de la cara sin que viera en qué casa iba a coser aquel muerto. Ya que lo habían enterrado, entonces el compadre contó cómo había ganado aquel dinero.

102. ALÍ BABA

Ixtlán, Ixtlán.

Mi abuelito me contaba que en una población había un señor muy pobre que tenía sus burros que se mantenían con la pura venta de leña. Un día se fué muy lejos de la población a traer leña con sus burros, cuando oyó el ruido de unos ladrones que venían. Al ver esto, echó los burros debajo del camino y él se subió en un árbol. Cuando llegaron los ladrones en donde estaba una cueva, dijo el capitán a la piedra:—Sésate y ábrete [1]. Entonces se abrió la

(1) Ábrete, Sésame.

cueva y entraron todos, y él quedó en el palo. Ya que habían guardado todo lo que habían robado, salieron y el capitán dijo:—Sésate y ciérrate,—y se fueron. Ya que vió él que se habían ido muy lejos, entonces bajó y sacó sus burros de debajo del camino y le dijo a la cueva:—Sésate y ábrete,—y se abrió. Entonces entró y hizo su carga de sus burros, y los cargó y se fué. Llegó a su pueblo con su dinero.

Tenía un compadre que era muy rico, pero por la ambición del dinero fué y le dijo a su compadre que a dónde había ido a traer tanto dinero. Y le dijo que allí había una cueva de ladrones; que él se escondió para que no lo vieran cuando ellos llegaran y le dijo:—Cuando llegue, dígale a la cueva:—Sésate y ábrete.—Y así lo hizo y se llevó sus mulas. Como era rico, pues tenía mulas. A la otra mañana se fué muy temprano. Cuando llegó le dijo a la cueva:—Sésate y ábrete.—Entonces se abrió y entró. Estaba muy contento. Cuando ya había acabado, se le olvidó qué cosa tenía que decir para que se abriera. Allí estaba, cuando llegaron los ladrones y le hablaron a la cueva y se abrió. Cuando entraron vieron que estaba allí y le dijeron:—Maldito, tú nos robaste ayer. Y que le cortan la cabeza y la colgaron en medio de la cueva, y se fueron otra vez a robar.

De ver su mujer que no parecía, fué a ver a su compadre y le dijo: —¿Adónde fué V? Hasta ahora no ha llegado su compadre. Quiero que vaya V. a ver qué le pasó. El compadre le dijo que sí, y a la mañana siguiente se fué muy temprano. Cuando llegó y le dijo a la cueva:—Sésate y abrete.—Y entonces vió que estaba la cabeza de su compadre colgada en medio de la cueva. La recogió y el cuerpo lo halló tirado en un lado y se lo llevó para su pueblo. Y luego fué a ver a un sastre y le dijo que si quería coser un muerto, que le daban una onza de oro, pero con la condición de que tenía que ir vendado de los ojos para que no conociera a qué casa iba. Dijo también que sí. Y se lo llevaron a coser el muerto y le dieron su onza de oro y se fué vendado.

Al otro día llegaron los ladrones a su cueva más indignados que ya no estaba ni el cuerpo ni la cabeza. Entonces dijo el capitán de ellos, que quién quería toda aquella riqueza que tenía allí; pero con tal de que fuera a buscar en dónde había enterrado un cuerpo, y si no pena de la vida. Y salió un arriesgado y dijo:—Yo voy.

Llegó a aquella población y fué a la misma casa de aquel sastre y le dijo que si no sabía en qué casa habían enterrado a un muerto. Dijo el viejito sastre que había ido a coser a un cadáver, pero lo llevaron vendado de los ojos. Y entonces le dijo:—Yo te pago dos onzas de oro con tal de que me enseñes la casa. Entonces se fueron en la noche y al llegar a aquella casa pusieron una contraseña, y se fué muy contento aquel hombre con sus onzas de oro. Y llegó a la cueva y le dijo a su capitán que ya tenía su casa segura en donde había sido enterrado el muerto.

Cuando salió el criado y vió que tenía la casa su contraseña, entonces cogió y comenzó a pintar a todas las casas.

En la noche siguiente llegaron con aquél que ya había señalado la casa. Cuando vió que todas estaban pintadas se regresaron para su pueblo. Y que

manda el capitán que le cortaran la cabeza y tuvieron que hacerlo así. Luego dijo que quién quería ir; que lo mismo le pasaría si no daba con la casa. Luego dijo otro:—Yo voy. Le dió bastante dinero y se fué. Fué a dar con el mismo sastre y le preguntó que en dónde había enterrado a un hombre y el sastre le dijo:—¿Cuánto me paga por enseñarle la casa? Y le dijo:—Te doy dos onzas de oro pero con tal de que me lleves. Se fueron, y aquel hombre puso cuidado del zaguán y se fué. Cuando llegó, les dijo que ya estaba seguro de la casa y entonces mandaron que se echaran cincuenta hombres en los barriles, uno en cada barril. Y luego dejó unos arrieros y cargaron sus mulas y se fueron.

Al llegar a aquel pueblo, llegaron aquéllos a aquella casa y entró el capitán y pidió una posada para que se quedaran. Aquel hombre dijo que iba a vender aceite y descargó las mulas y atrincheró los bultos. El primero era un barril de aceite y los demás ya eran de puros ladrones. Él mandó hacer una cena para él. Ya que había cenado el señor, se le acabaron sus cigarros y mandó comprar con uno de sus arrieros. Luego se le acabó el aceite a la cocinera y dijo:—¿Cómo hago? Ya se me acabó el aceite. No he de entrar a pedirles más. Como este señor dijo que vende aceite, voy a ver. Meneó el primer barril, estaba lleno de aceite. Y meneó el otro y entonces dijo el que estaba adentro:—¿Qué ya es hora? La cocinera dijo:—Todavía no. Así fué meneando hasta que acabó. Todos decían que si ya era hora y ella decía que no. Y entonces abrió el barril de aceite y puso un tarro en la lumbre y echó el aceite. Ya que estaba hirviendo el aceite, fué y cogió el tarro y les fué echando por aquel agujero que tenían y hasta que acabó con todos.

Ya a la hora se levantó el capitán y comenzó a echar piedrecitas; y nada. Entonces tuvo que huir aquel hombre, porque si no allí lo hubieran matado. Luego avisó la cocinera a la señora que aquéllos eran ladrones pero que ya los había matado a todos. Entonces le dijo:—¿Adónde están?—Pues como se me había acabado el aceite y como estaba platicando con ese señor, no quise entrar y meneé el primer barril y era aceite. Y moví el otro y entonces habló el otro y dijo que si ya era hora, y yo dije que todavía no. Así fuí siguiendo hasta que acabé, y todos me decían lo mismo. Entonces cogí y destapé el barril del aceite y lo puse a hervir en un tarro. Ya que había hervido se los fuí comenzando a echar por la cabeza. Si no ha sido por mí, ya ahorita estuviéramos todos muertos, porque éstos eran ladrones que le venían a robar su dinero que V. tiene.

Después volvió aquel mismo hombre otra vez, sólo para ver si entonces podía matar a la mujer, y paró en aquella misma casa. Mandó hacer una cena para que comiera la señora con él, para que en medio de la cena encajara el ladrón el cuchillo a aquella mujer.

Entonces la cocinera cogió su cuchillo y al poner el plato en la mesa, le clavó el cuchillo en el corazón al ladrón.

103. LOS TRES HIJOS

Ixtlán, Ixtlán.

Éste era un señor que tenía tres hijos, pero aquel señor era muy pobre y no tenía con qué mantener a su familia. Le dijo al más grande:—Mira, hijo, no tengo con qué mantenerlos; pues no hay más remedio que te echaré la bendición y tú vas a buscar tu vida. El muchacho le dijo que sí, y se fué.

Viendo el otro hermano de menor edad que el primero, que no estaba su hermano, le preguntó a su papá qué había pasado con su hermano, y le dijo que lo había mandado que se fuera a buscar su vida. De ver esto, le dijo: —También yo me voy.—Pues si tú quieres, pues vas.—Écheme V. la bendición y me voy,—le dijo. El padre dijo que sí; le echó la bendición y se fué.

De ver el chiquito que ya no estaban sus hermanos, dijo:—Pues yo me voy también. Le preguntó a su papá que adónde se habían ido sus hermanos y el padre le dijo que los había mandado a que fueran a buscar su vida. Él dijo que también se iba. Entonces su papá le dijo que no, que él se quedara con ellos y lo poco que él ganara, pues si alcanzaba para que los mantuviera; pero él dijo que no. El padre de ver que no se convencía, tuvo que echarle la bendición y se fué.

Cuando se fueron, y antes de que se fueran, les dió a cada uno un machete y un perro. Cuando se encontraron en tres caminos, dijo el más grande: —Aquí estamos en tres caminos. Aquí no hay más remedio que cada quién tendrá que agarrar su camino. Dijo el más chico:—Pues yo me voy en el de la mano izquierda. Y luego dijo el que lo seguía:—Pues yo me voy en el de en medio. Y el grande:—Yo me voy en el de la mano derecha. Dijo el grande:—Si este palo ya se secó cuando VV. vuelvan, es porque yo ya me moriría. Y luego el de en medio:—Si esta peña ya se rodó cuando VV. regresen, es porque estoy debajo de la tierrra. Y dijo el más chico:—Si esta laguna, que está aquí ya se secó, es porque yo ya no existo en el mundo. Se despidieron y se fué cada quién para su camino.

Cuando llegó el chiquito en donde estaba una hija de un rey que esperaba que llegara la serpiente para que se la comiera. Entonces le dijo a aquel muchacho:—Anda, vete, porque ahorita viene la serpiente y te come. Yo soy la última que falta que me coma. Ya toda la gente del pueblo ya se la comió, y si tú te dilatas otro poco también a ti te come.—Mira,—le dice,— ¿quieres que yo la mate?—¿Y si no puedes?—le contesta aquella niña.—Pues veremos,—le dijo. Entonces le dijo a su perrito:—Mira. Cuando veas que está cerca la serpiente, entonces le brincas en la cara y le muerdes y yo me meto detrás de esta puerta; y cuando ya llegue aquí, entonces le doy un machetazo en la cabeza. Se escondió detrás de una puerta y cuando llegó la hora del animal, entonces le brincó el perrito y él salió detrás de la puerta

y le dió el machetazo en la cabeza. Se la trozó y ya que la había matado, entonces cogió y le sacó las siete lenguas y se fué.

Cuando va pasando un carbonero por allí y vió las siete cabezas de la serpiente y las levantó y se las fué a enseñar al rey, le dijo:—Yo he matado la serpiente y aquí le traigo las siete cabezas como señas.

Entonces el rey dijo que luego se dispusiera de un fandango para que su hija se casara con aquel carbonero. La niña decía que no era aquél; pero tuvo que casarse con aquel carbonero, porque aquel rey dijo que el que salvara aquella niña se casaría con ella. Tuvo que casarse con él.

Aquél que había matado, (que se tenía que casarse con la niña) en tal día, le dijo a su perrito:—Mira, te vas a tal casa y allí cuando veas que estén comiendo, te fijas qué comidas son las mejores, brincas y coges un plato y te vienes. Así lo hizo. Se fijó bien, cuando pasó una comida buena, entonces brincó y la arrebató y se vino.

Entonces de ver aquello el rey, mandó que fueran a seguir aquel perrito y que en donde estuviera su dueño que lo trajeran y mandó poner un cazo de aceite para que echaran al dueño del perrito.

Cuando llegó aquel hombre, brincó la niña de la mesa y lo abrazó. Dijo su papá:—¿Qué señas traes? Entonces sacó las siete lenguas que tenía y se las enseñó y en lugar de que lo hubieran echado a él en el aceite echaron al carbonero.

Más contentos hicieron la boda. Con que ya tenían algunos días de casados, cuando un día estaban en el balcón y vió el muchacho que estaba una laguna allí y le preguntó que aquella laguna de qué era, y entonces la niña le dijo que era una laguna encantada. El dijo:—Yo voy.—No vayas porque si vas allí te encantas. Y hasta que ganó y se fué. Cuando regresó su hermano, el de en medio y vió que aquella laguna estaba seca, se fué en busca de su hermano. Cuando llegó a la casa de su mujer, la mujer le dijo:—¿Que ya vienes? Ven; vamos a comer. Y él no quería, y ella le dijo:—¿Porqué no vienes a comer cuando te llamo? Él, como no sabía, le dijo:—Tal vez es mi hermano con el que se haya V. casado.—¿Cómo que es su hermano? pues ven vamos a comer. Y comieron. Preguntó por su hermano y le dijo que fué muy necio. Le decía yo:—No vayas, porque esa laguna está encantada y él no hizo aprecio.

Dijo el otro:—Yo lo voy a ver. Y se fué. Cuando llegó a aquel lugar dijo la vieja bruja:—Siéntate en mi torno mientras te voy a traer una taza de chocolate. Aquél dijo que sí y cuando se sentó, le dió vueltas al torno y se fué.

Cuando regresó el más grande vió que la laguna estaba seca y la piedra ya se había rodado y se fué en busca de ellos. Cuando se informó de sus hermanos, le dijeron que se habían ido en la laguna encantada. Y luego llegó y le dijo la bruja:—Buen niño, ¿que ya vienes? Siéntate en mi torno mientras que te voy a hacer una taza de chocolate.—Vieja maldita, si no me entregas a mis dos hermanos que tienes aquí, te despedazo. Aquella vieja tuvo que sacar a sus hermanos y se fueron con él y aquél más chico llegó en donde estaba su mujer y vivieron muy contentos.

104. LOS DOS NIÑOS

Ixtlán, Ixtlán.

Éste era un padre de familia que tenía muchos hijos y que no tenía con qué mantenerlos, y un día dijeron los padres que los iban a dejar en el monte para que allí se perdieran o se los comieran los animales, y luego lo supieron los dos niños. Eran un niño y una niña. La niña luego que supo eso, se echó maíz en las bolsitas de su mandilito, y en la mañana muy temprano los despertaron y les dijeron:—Nos vamos a traer leña. Ellos dijeron que sí. Pues que la niñita iba tirando maíz en el camino. Ya que el padre consideró que ya estaban en el monte muy lejos, les dijo:—Tengan el calabacito, y vayan a traer un poco de agua ahí en ese pocito, mientras que yo hago leña. Dijeron que sí, y se fueron. Cuando él vió que ya no los veían entonces se fué. Cuando estos niños llegaron, el padre de ellos ya no estaba y luego comenzó el niñito a llorar, y le dijo a su hermanita:—¿Qué hacemos? Ya papá nos dejó y ¿qué hacemos?

—No tengas cuidado. Yo vine tirando maíz en el camino y así los encontramos. Y se fueron.

Cuando llegaron, los padres estaban almorzando y se sorprendieron cuando los vieron y los llamaron a almorzar. Entonces el papá les dijo:—¿Porqué se dilataron tanto? Yo estaba chifla y chifla y ninguno contestaba; y me enfadé y me vine.

Conque al otro día lo mismo hizo. Los levantó temprano y se los llevó y luego la niña cortó manzanitas y las fué tirando. El hermanito que venía detrás se las fué comiendo, y cuando llegaron a aquel monte el padre los mandó a traer agua otra vez y se fueron. Cuando regresaron ya no estaba el padre y comenzó a llorar el niño y ella le dijo:—No tengas cuidado. Yo vine tirando manzanitas en el camino y por medio de eso nos vamos.—¿Que para éso las tiraste? Yo creí que me las venías dando para mí y yo las fuí recogiendo y me las fuí comiendo.—¡Ah, qué mal hiciste!—le dijo.—Pero en fin, iremos a ver si lo encontramos. Y se fueron.

Cuando divisaron su casa quedaron contentos. Cuando llegaron a la casa estaban los padres almorzando pero ya tenían mucho queso y mucho tasajo y los llamaron a almorzar. Ya tenían varios días cuando comenzaron a extrañar que no eran sus padres aquéllos.

Un día estaban muy tristes los niños y un ratón les dijo:—Tengan mi cola, porque mañana tiene que decirles esa matlasihua [1] que volteen el pan, y cuando les diga:—Volteen el pan, entonces le dicen VV.:—Voltéelo V. primero para que veamos cómo se hace. Cuando lo voltee ella, entonces la empujan

(1) Bruja: palabra nahuatl.

dentro del horno. Luego en la noche estaba la niña llora y llora. Entonces llegó el ratoncito y le preguntó:—¿Porqué lloras?—Porqué no he de llorar? Pues fuí a perder la colita que me diste.—No te aflijas por eso. Mira, te doy mi patita para que la eches, cuando te diga voltea el pan. Entonces guardó la patita del ratón en una cajita.

Cuando al día siguiente les dijo:—Vamos para que volteen el pan—fueron y cuando les dijo:—Volteen el pan—entonces le dijeron:—Voltéalo tú primero para que veamos cómo se voltea. Entonces comenzó a voltearlo.

Cuando lo volteó, la agarraron entre los dos y la echaron dentro del horno, y comenzó a arder aquella bruja. Porque si no lo hubieran hecho así, los hubiera ella echado dentro del horno y se hubieran ardido allí. De ver esto el marido, entonces los corrió de su casa y se fueron a una casa que estaba allí cerca.

Allí comenzaron a trabajar los niños aquellos. Entonces se enamoró un salvaje de aquella niña. La niña le dijo:—Para que podamos estar solos los dos, mira mata a mi hermano. Luego lo supo su hermano y compró cinco perros. El salvaje quiso matar al hermano de aquella mujer, pero entonces él dijo:—Déjame gritar cinco veces, para despedirme de toda mi familia y entonces me matas. Cuando dió los cinco gritos, llegaron sus perros y mataron a aquel salvaje. Se fué a ver a su hermana y le dijo:— ¡Qué tal ingrata eres, que le dijiste a tu novio que me matara!—No le dije. ¡Mira! Si puedes mátalo tú.—Yo ya lo maté. Y después tuvo otro novio y le dijo:—Mata a mi hermano. Luego aquel muchacho volvió a matar a aquel salvaje. Ya era el tercer novio que tenía aquella mujer, y entonces supo de qué modo mataban a sus novios. Mandó matar a los cinco perros y entonces logró un salvaje matar a aquel niño.

Entonces se casaron y todo arreglaron. Pero una noche oyó aquella mujer la voz de su hermano que le decía:—Ábreme tu puerta para que yo descanse en tu casa. Cuando ella se levantó y abrió la puerta entró aquel hombre y la agarró y la ahorcó del pescuezo. Ya que la mató, entonces se desapareció aquel hombre. Cuando lo buscó el marido de aquella mujer ya no estaba.

105. COMPADRE RAYO Y COMPADRE SERPIENTE

Era un pueblo dividido en dos barrios, separados uno del otro por un gran río que se hacía difícil y hasta imposible su paso cuando llovía mucho y crecían las aguas de aquel río. En cada barrio vivían dos principales del pueblo, que los llamaban caciques, porque además de la influencia que tenían sobre las demás gentes del pueblo, eran sumamente ricos; pues poseían también grandes extensiones de terreno. Estos dos caciques eran también hechiceros y para las transformaciones los dos se competían. Entre aquellos dos personajes existían algunas cuestiones, pero ambos comprendían que aquellas cuestiones se podían agravar, y para evitar dificultades buscaban la ocasión de reconciliarse. El uno vivía y tenía su

casa muy cerca de la orilla del río, y el otro algo distante y sobre una altura.

Por fin se presentó la oportunidad para reconciliarse, y para estrechar más su amistad acordaron ser compadres, lo cual pronto consiguieron.

Llegó el día de celebrar la fiesta de uno de los barrios, de la que era mayordomo uno de los compadres, y preparó grandes gastos para obsequiar a sus amistades, y mandó para tomar parte en los obsequios, por el principal y compadre del barrio opuesto. El otro compadre aceptó la invitación y se fué para la casa de su compadre para tomar parte en la fiesta y de esa manera estrechar más su amistad. Una vez llegado, fué bien recibido y muy bien atendido. Sentados los dos compadres a la cabecera de la mesa, se les sirvieron las mejores comidas y las bebidas más exquisitas. Comieron, bebieron, y platicaron mucho. Así pasaron tres días, que eran los señalados para las fiestas.

Sería como a mediodía cuando el compadre convidado quiso ya despedirse para retirarse a su casa; pero el dueño de la casa le rogó que no se fuera todavía, que quería que pasaran juntos el resto del día. Pero el compadre invitado insistía en irse, y apenas quiso esperarse otro rato. Cumplida la hora, quiso de nuevo separarse, pero no lo dejaba el compadre, rogándole que no se retirase, que lo acompañara otro rato. Pero era en vano, porque el compadre se hallaba encaprichado en retirarse.

En ruegos y contemplaciones de uno y en la necedad del otro, se fueron alterando los ánimos, y cada quien quería hacer lo que quería. Llegó el momento en que se disgustaron y se dijeron palabras pesadas. Al fin, el compadre invitado convenció al otro en que se debía ir, y éste consintió; pero le dijo que lo esperara un momento. Éste salió y les dijo a sus gentes que su compadre no le ganaría, aunque para él fuera un sacrificio impedirle su ida, valiéndose de otros medios. Diciendo esto, se retiró y se dirigió al río. Al llegar allí, pronunció unas palabras y se echó al río sin despojarse de sus ropas. Al caer al agua, quedó convertido en una grande y enorme serpiente que estaba atravesando el río. Era tan grande que impidió que siguiera corriendo el agua. El río se desbordó y el agua comenzó a correr en las riberas, y como era mucha el agua, empezó a destruir las casas que se hallaban más cercanas y a llevarse cuanto había cerca del río.

La gente estaba muy alarmada con semejante novedad. Cada quien buscaba el remedio, pero no lo encontraba. La novedad llegó a oídos del compadre convidado, pero como él también sabía el arte de la hechicería, pronto se dió cuenta de lo que realmente ocurría, y se indignó más con su compadre cuando le avisaron que su casa estaba a punto de arrasarse por las aguas corrientes del río. Entonces él dijo:—Yo bien sé que esa serpiente es mi compadre, pero él no es más poderoso que yo. Y ha sido muy malo, porque para cumplir con un capricho ha sacrificado los intereses de los pobres. Yo no haré tal cosa. Aliviaré las necesidades de los pobres con el sacrificio de mi propia vida, y le haré comprender que soy más poderoso que él. Y ahora sólo quiero despedirme de todos mis amigos y conocidos y hacerles comprender que voy a morir en su beneficio. Después, se dirigió al ministro de la religión y le participó la resolución que había toma-

do, rogándole antes, que intercediera por él y por sus pecados; y habiéndoselo concedido, se despidió del ministro, y en medio del sentimiento general del pueblo, fué y se subió a la torre de un templo. Allí vieron que empezó a formarse una densa nube negra. Después de aquello, se desató una fuerte tempestad. Luego se vió un rayo, el relámpago y un fuerte trueno, del cual todos los habitantes quedaron asustados. El rayo tomó la dirección del río y fué a caer en la cabeza de aquella gran serpiente y la mató.

Ya muerta aquella serpiente, entonces el agua pudo hacerla a un lado. Los habitantes, una vez enterados de que efectivamente estaba muerta. empezaron a despedazarla para dejar que pasara el agua, y ésta inmediatamente volvió a su cauce.

Los habitantes también se dieron cuenta del poder hechicero de aquellos dos compadres que de esa manera terminaron su vida, el uno muerto en forma de serpiente, y el otro matándola en forma de rayo.

106. EL REY Y EL EBRIO

Simatlán, Simatlán.

Éste era un rey que no conocía un borracho, pero por fin llegó el día que pasó por la puerta de su palacio un hombre borracho y tuvo el gusto de conocerlo. Le preguntó qué tenía, y el hombre le contestó que estaba borracho y a la vez que era un buen albañil y pintor. Entonces el rey le dijo:—Oye tú, buen hombre, entonces puedes tú hacer un templo donde puedan caber dos mil vírgenes?—Sí, buen rey,—le dijo el hombre. Entonces el rey le dijo: —¿Cuántos pliegos de papel necesitas y cuántos días necesitas para hacerlo? —Señor, tres días.—Ah, ¡carambas! ¡qué pronto! Y otros hombres ocupan hasta dos meses para hacerlo. ¿Porqué lo haces tú tan pronto?—Señor porque de veras soy buen albañil y pintor, y a la vez, voy haciendo y pintando.—Entonces, ¿cuánto dinero necesitas?—Señor, tres pesos.—¡Hombre! Eso es muy poco. Ten diez pesos. ¿Pero qué pasa contigo, si no lo acabas en tres días?—V. dispone de mí, buen rey.—Pues no más vas a dar en el cazo de aceite hirviendo. Ya lo sabes.

El pobre hombre se fué muy contento a seguir tomando. Al poco andar, se encontró a un león en la orilla de un monte y le preguntó:—¿Qué andas haciendo, buen hombre? El hombre le dijo:—Pues, buen león, yo ando buscando un compañero para que me de un consejo, a ver qué hago con este negocio.—¿Qué negocio es, buen amigo?—Pues me comprometí a hacer un templo que me mandó el buen rey de la ciudad de los pájaros. Es una cosa muy grande. Figúrate que allí quiere el rey que quepan dos mil vírgenes; pero es imposible ¿verdad, buen leon?—No, buen hombre, es una cosa tan fácil como tú no lo puedes creer. Dime que es lo que estás pensando? —Pues lo que estoy pensando es de lo que ya tengo encima.—¿Qué cosa es, amigo?—Pues que son diez pesos que tengo adelantados y ya los acabé en

la borrachera.—Pues, amigo, no pienses en eso más de que no fuera más. Son diez pesos, y ¿cuánto vas a ganar para hacer ese templo?—Pues amigo, el rey me dijo que hasta donde yo aguante las corbas.—Estamos bien si es así, porque yo con un grito que le pegue al rey lo pongo sordo y ya no oye cuando entremos a coger el dinero. Ten estos cuatro pesos, buen amigo, y sigue a tomar, y mañana vienes a la orilla de este monte y me chiflas para que yo venga a decir lo que tienes que hacer. Entonces el hombre se fué contentísimo con sus cuatro pesos que el león le dió. Poco adelante se encontró a una mosca que volaba y que el hombre no conocía y que hasta esa vez conoció aquel animal y le preguntó:—¿Cómo te llamas, buena amiga?—Yo me llamo mosca.—Ah, tú eres. Hace tiempo que he oído mentar el nombre de mosca. Hasta ahora te conocí. Ah tú eres, buena mosca. La mosca le preguntó al borracho:—¿Qué andas haciendo, buen hombre? Le dijo:—Pues, buena mosca, yo ando buscando un consuelo.—¿Porqué, buen hombre?, ¿Qué te pasa?,—le dijo la mosca.—Pues lo que me pasa es por un cargo que me fuí a comprometer a hacer un templo de un rey.—¿Qué cosa?,—le dijo la mosca al hombre.—Pues es un templo donde puedan caber dos mil vírgenes. Ésas son las principales aflicciones que yo tengo. Entonces la mosca le dijo al pobre borracho:—No tengas cuidado, que yo te ayudaré con lo poco que sé.—Pero hermanita,—le dijo el hombre a la mosca,—estoy muy afligido. Figúrate tú, ya tengo adelantado mucho dinero y ya no tengo para tomar más. Figúrate que tengo diez pesos del buen rey, y más cuatro pesos del buen león.—Ah ¿eso no más?,—le dijo la mosca al hombre. No te aflijas, amigo mío, que ya no tienes dinero para tomar. ¿Y cuánto dinero vas a llevar por hacer el templo que el rey quiere?—Pues amiga, hasta donde yo aguante.—Pues bien, amigo, así si estamos bien. Pues cuenta conmigo,—le dijo la mosca al hombre.—Entonces mañana nos veremos en este mismo lugar para saber cómo te está yendo por allá, si bien o mal. Por lo pronto ten estos cinco pesos y sigue a tomar. No tengas cuidado; ahí lo arreglaremos. Que llegue el día no más para saber la verdad de lo que dices, y yo iré también en ese día para verlo y te ayudaré a cargar lo más que pueda para que así dejemos al buen rey temblando.

El borracho y mentado albañil se fué con su tema diciendo:—¿Cómo podré quitarme este compromiso tan bruto que ya me tiene como medio loco? ¿Qué haré con esto? A poco andar comenzó a tomar y perdió todo los cinco pesos que le dió la mosca. Y comenzó a temblar, pero más adelante se encontró a una culebra y dijo:—¡Qué bueno que ya me encontré un mecate para amarrar la madera, que mañana ya lo necesitaré. El pobre borracho se fué a levantar aquella culebra, pero él no sabía lo que era cuando la agarró. Entonces ésta se enrolló en la mano del pobre hombre y entonces le dijo la culebra: —¿Qué cosa tienes, hombre? ¿Que estás loco?—Estoy medio medio, queriendo llegar a ese grado. Figúrate, pero primero quiero saber qué cosa eres tú. —Pues soy una culebra.—Ah ¡carambas! Pues yo nunca había conocido tal animal. Hasta ahora te conocí. ¿Que tú eres una culebra? ¿Qué dices tú, que eres mi amiga?—¡Cómo no!, buen hombre. Pues ya sabes lo poco que pueda ayudarte, sabes que lo tienes conmigo. ¿Qué cosa tienes?—Ahora pues,

amiga mía, lo que tengo es aflicción del cargo que tengo encima; que es el templo que me mandó hacer un rey del palacio de los pájaros. A más de eso, que ya tengo mucho dinero agarrado sobre esa apuesta.—¿Cuánto es?—le dijo la culebra al hombre. Pues oye tú; no tengas cuidado de lo que sea, nosotras lo pagaremos. Ten estos dos pesos. Pero mira; primero vente acá. Oye lo que te digo. Verás, yo tendré que ir en ese día para verlo. Yo lo que haré es en esa hora servir de asta para el buen rey, y lo dejaremos temblando, aunque sea el rey.

Que llegó el día del compromiso y el pobre hombre estaba pensativo de aquel compromiso que tenía encima. Le dijo a sus hermanas: —Hermanitas mías, ¿qué haré en este día, con este compromiso que tengo encima? Ya no tengo ni papel para hacerlo. Pero en fin ahorita vengo a ver qué pasa. Al poco andar se encontró con un amigo íntimo de él, que le dijo:—¿Qué tienes, amigo mío?—Hermanito mío, que tengo un compromiso tan bárbaro. Tengo que hacer un templo que me mandó hacer el rey del palacio de los pájaros y ahora no tengo nada de dinero ni papel para hacerlo, ni lápiz tampoco. Entonces el amigo del albañil le dijo:—Ten el papel para hacerlo, y vamos a traer a tus amigos para que lo acabemos más pronto de hacer.

Luego los tres amigos, que eran el león, la mosca, y la culebra, se pusieron en reunión para hacer el templo con sus respectivas vírgenes que el rey quería.

Ya estaba listo todo muy alborotado con la música y todos sus amigos y con todos sus soldados. En esto acabaron el templo con cuatro puertas. En cada puerta dos vírgenes. Luego se fueron con el mapa del templo para el palacio del buen rey. Al llegar en el palacio, el rey estaba con toda la reunión de sus amistades y animales. Entonces este albañil le dijo al rey:—Pues, buen rey, aquí tiene V. el templo con todas las vírgenes que V. me dijo. Éste, al entrar al corredor, vió el cazo de aceite hirviendo, que era su sentencia si no estaba tal como quería el rey. Entonces le dijo el hombre:—Hágame el favor de cerrar la puerta, para que yo coloque mi cromo de dicho templo. Ahora, mi buen rey, pasen adentro todos. Ahora ya está listo. Entonces el rey le dijo a sus soldados:—Ya saben VV. que este hombre tiene el permiso de coger el dinero que quiera, cumpliendo tal como yo le dije.

Entonces el hombre quitó el trapo que tenía el templo. El rey vió las ocho vírgenes en las cuatro puertas, y entonces el rey le preguntó al hombre adónde estaban las otras vírgenes. Entonces el hombre le dijo:—Hágame V. el favor de pasar adentro a encontrarlas. Verá V. en donde están.—Ahora me has ganado,—le dijo el rey al hombre;—tienes las puertas libres para lo que quieras.

Éste hombre se llevó el dinero que quiso con sus amigos hasta donde quisieron.

107. CUENTO DE UN ARRIERO

Mitla, Tlacolula.

Un arriero tenía una hija. Este arriero dispuso un viaje, y su hija dijo: —Yo también voy. El le respondió:—Hija, no te llevo porque tú eres mujer y no te vaya a pasar algo en el camino. Entonces dijo la muchacha: —Siempre voy con V. No tenga cuidado de mí, yo veré de qué manera hago para que no pase algo en el camino. El padre le dijo que se disfrazara como hombre. Así lo hizo y se fueron. A mitad del camino por donde iban llegaron a un paraje, cuando la muchacha vió a un machín con su culebra de dinero, y avisó a su papá de la manera como iba a hacer para matarlo. La muchacha tomó un cuchillo, y se hizo como si en realidad se cortaba el pescuezo. Viendo el animal esto, la muchacha le dió el cuchillo y el animal se lo llevó al pescuezo, matándose inmediatamente. Continuaron su marcha, y llegando a una ciudad pasaron por el palacio, y la princesa que estaba en su balcón le echó ojos al muchacho creyendo que era hombre, y le dijo a su papá:—Quiero que pida V. al hijo de este arriero. Eso fué concedido. El criado llamó al arriero, y le dijo que fuera porque el Rey lo llamaba. El arriero entró al Palacio, y el rey le dijo lo que su hija quería. El arriero quedó triste, diciendo a su hija lo que dijo el rey. Entonces ella le dijo:—No tenga cuidado; dígale que sí. Veré cómo hacer.

El padre arregló con el rey dejándole a su hija. El rey le dió dinero al viajero, y éste tomó su camino.

Viendo la princesa que su marido no hacía aprecio de ella, le dijo a su papá:—¿Porqué será que mi marido no me ama? Al padre se le ocurrió decirle que fueran a pasear al campo o al río, para saber si era hombre o no. Salieron los jóvenes y llegaron a un río. La princesa le dijo a su marido:—¿Nos bañamos? Inmediatamente se les presentó un toro negro, y él comenzó a torearlo. Cuando terminó, entonces se volvió en una vaca, y ella se volvió hombre. La princesa quedó contenta. Regresaron al palacio y le avisó a su papá que su marido no era afeminado. La joven mandó avisar a su padre lo que pasaba, porque ella le había dicho que lo esperaba en otro paraje.

El viajero llegó a su casa y contó a su esposa lo que pasó, quedando ellos conformes.

108. CUENTO DE JUAN SOLDADO

Mitla, Tlacolula.

Éste era un muchacho que le gustaba mucho ir a ver a los soldados cuando hacían sus ejercicios. Un día le dijeron a él:—¿Tienes gusto y voluntad de entrar en esta carrera? El muchacho dijo que sí, con mucho gusto. Lo metieron a las filas, y él les dijo que quería ser cabo y ellos le dijeron que sí. Dispusieron irse a otra ciudad y llegaron a ella, y viendo una princesa a Juan, dijo:—Este joven es muy inteligente. La princesa dijo a su asistente que fuera a traer a ese joven que estaba en la cocina. Y él dijo: —Vamos para alguna parte. El cogió un pañuelo con harina que fué desparramando para saber adónde lo llevaban y al día siguiente fué a ver adónde lo habían llevado.

Desde hacía unos días estaban unos dos soldados diciendo uno al otro: —¡Qué niña tan simpática! Y ella parada en la ventana oyendo todo, y sale Juan y dijo:—Para mí ya pasó el Corpus. La princesa fué a ver al rey y despacharon a Juan porque el rey quería matarlo y no le encontró. Después salieron tres soldados en busca de Juan. Llegaron a una montaña y se metieron en una cueva, donde estaba Juan. Tocan en cada puerta; salen las niñas, y cada una le dijo a Juan qué era lo que quería. Y Juan les dijo a ellas que se quería ir con ellas. Entonces los soldados tiraron las reatas, y las tres se fueron con los soldados, mientras que Juan se quedó en la cueva. Cuando llegaron los maridos, llegó la serpiente (y Juan se escondió detrás de la puerta), diciendo:—¿Dónde huele a carne humana? Sale Juan con su espada y logró quitarle la cabeza al animal. Juan se metió en otra cueva, donde le sale un barrigón, que comienza con su cachimba a hacer humareda y viendo esto le quitó una oreja. Se va y llega una vieja, y le dice que le dé la oreja de su hijo. Juan le dijo que no; que hasta que no lo saque de un compromiso. Se fué la vieja. Llega a él el barrigón muy contento con una varita en la mano. Entonces le dijo Juan:—No te doy tu oreja, hasta que no me digas si ya están los soldados en la ciudad con las muchachas. El barrigón le dijo:—Están en la fiesta.—Bueno,—replicó Juan. Ahora que lleguemos quiero que me vuelvas sarnoso. Llegaron a una casa y preguntaron qué fiesta tenía lugar por allí. La casera contestó:—Una gran fiesta porque las hijas del rey han llegado. Fueron dos serenos a traer a las niñas; y entonces hubo corrida de toros por tres días. Al primer día le dicen al sarnoso que si quiere ir a ver torear a los toros. Entonces él dijo que no podía. Se fueron los dos de la casa. Juan mordió la oreja, y dice que desea un caballo, y montado se dirige en él a la corrida. Entonces saca una mascada. Sale una niña, y dijo:—Este joven nos sacó del encanto. Entonces el rey dijo que cogieran al caballo. La tropa no logró cogerlo. Llegó

a la casa y se vuelve sarnoso. Cuando llegó el casero, le cuenta todo lo que había visto. Al día siguiente, hicieron otra invitación al sarnoso el cual no aceptó, y haciendo la misma operación llamó al barrigón y le exige otro caballo de distinto color. Pasaron tres días y no lo pudieron coger. El rey ordenó que se reunieran los plateros, para saber quién de ellos se comprometía a hacer una corona tal como la que se había perdido. Se reunieron los plateros para hacer la corona tal como la que se perdió, ofreciendo el rey premio al que la hiciera y si no que se les suspendiera la vida. El sarnoso le dijo al platero que fuera a ver al rey y que le dijera que él se comprometía a hacer la corona, y el sarnoso le dijo al platero que él se comprometía a ayudarle. El platero le dice al rey que si hacía la corona, y que al día siguiente se la entregaría. El platero no hizo la corona, y el sarnoso tampoco le ayudó. Cuando llegó la hora el sarnoso le entregó la corona al platero, y él se la entregó al rey.

Sale la niña y dice:—Papá , ésta es mía. El rey le dijo al platero:—Si no me dices dónde cogiste la corona te suspendo la vida. El platero llamó al sarnoso. Éste llamó al barrigón y le dijo que le quitara la sarna. Juan se dirigió al rey; y salen las niñas, y al ver a Juan, dicen:—Éste fué el que nos vino a desencantar. Entonces él sacó más prendas de ellas. El rey entonces mandó poner una hoguera para quemar a aquéllos que se habían llevado a las niñas o hijas del rey, y Juan se casó con una de las niñas.

109. JUAN EL OSO

Un rico, en ocho años de casado, no tuvo más que una hija. A esa hija la adoraba como un ángel del cielo. A donde quiera que iban los padres, allí iba la hija. Pero quién sabe como hizo su picardía la hija, porque a los quince años ya estaba embarazada. Los padres odiaron a su hija.

Después de pocos días, la corrieron de la casa, porque dijeron que no más les estaba deshonrando. La pobre muchacha, al salir de su casa dijo: —¿Adónde me voy? No puedo irme a la casa de mis parientes porque ¿qué dirán de mí? También ella estaba avergonzada, y mejor tomó un camino para el monte.

Desde el momento que llegó al monte, se encontró con un león. Inmediatamente se arrimó la mujer al león, para que la matara de una vez. Pero fué al contrario. El león le dijo a la mujer:—¿Qué cosa quieres? La mujer le dijo al león que quería morir porque sus padres se habían enojado con ella, y que la habían corrido de la casa, y que por eso quería que la matara. Entonces contestó el león a la mujer:—No seas tonta, te vas conmigo y no te faltará nada.

La agarró de la mano y se la llevó a una casa en donde vivía el león. A los quince días, parió la mujer un niño. Fué llamado por lo pronto Juan Alonso. A los cuarenta días de haber nacido el niño, ya era grande de cuer-

po como un hombre de quince años. El niño no estaba contento; hasta que le dijo un día a su mamá que quería saber quién era su papá, porque él no estaba contento con el león por su papá. Entonces dijo la mamá:—Hijo, el león no es tu papá. Tu papá se encuentra en tal población. Contestó el hijo:—Mamá, yo quiero ir para ver quién es mi papá. Dijo la mamá:—Pero hijo, este animal no nos deja ir por más que uno quiera irse. Dijo el niño: —Mamá, si de veras me lleva, yo mato el león. Contesta la mamá:—Hijo, ¡qué vas a poder matar a ese animal! Tiene mucha fuerza. Dijo el niño: —Mamá, en la noche lo mato.

Se acostaron. A las cinco de la mañana se levantó el niño; fué adonde estaba el león, y le agarró de la cola, y le dió tres trillas y lo mató. Inmediatamente marcharon al pueblo y llegaron no a la casa de sus padres sino a la casa del cura. Inmediatamente el cura puso en el colegio al niño, Juan Alonso.

Ese día que fué Juan Alonso al colegio, luego hirió a cinco alumnos de la escuela a donde iba él a estudiar. Juan Alonso tenía diez y ocho meses de edad; pero era un hombre de muchas fuerzas. Le dieron quejas al cura donde vivía Juan Alonso.

Los días que siguió yendo al colegio diariamente, hería siete u ocho muchachos del colegio, hasta que lo sacó el cura del colegio a Juan Alonso y lo tuvo mejor en su casa. Pero allí daba también mucha guerra. A ninguno le tenía miedo, hasta que un día el cura le dijo a un sacristán:—Ya sabes tú, sacristán, que a la noche te voy a vestir de negro como un muerto; y te voy a tender en la sacristía para que Juan Alonso te vaya a cuidar, a ver si se asusta un poco porque es muy grosero. A ninguno le teme.—Sí,—dijo el sacristán.

Cuando llegó la noche, vistió el cura al sacristán, y lo fué a tender a la sacristía. Luego el cura le dijo a Juan Alonso que se fuera a cuidar a un muerto que estaba tendido en la sacristía. Dijo Juan al cura que sí, con mucho gusto. Pero con dos tablillas de chocolate, su molinillo y su jarrito, para que cuando le diera hambre, luego hiciera su chocolate y lo tomara. —Sí,—dijo el cura,—aquí tienes. Y se fué.

Juan Alonso cuidó al muerto muy contento con sus dos tablas de chocolate. Cuando llegó en donde estaba el muerto, se acostó a dormir. Se recordó a las diez de la noche; se levantó, puso su lumbre y su jarrito de agua para hacer su taza de chocolate. Al fin tomó su chocolate; pero después dijo: —Se me olvidó de darle chocolate al muerto. Sacristán, se me había olvidado de darte chocolate. ¿Me haces el favor de abrir la boca? Juan Alonso no sabía que el sacristán estaba vivo; para él, en realidad se había muerto. En fin, él le dió su taza de chocolate. Con eso lo acabó de matar.

Al día siguiente, se fué adonde estaba el cura, y le dijo que había amanecido bien el muerto; que no le había pasado nada. Con eso se fué el cura a ver al sacristán a decirle que se levantara. Cuando lo vió que ya estaba muerto, se puso muy triste.

Entonces dijo el cura:—Ahora a Juan Alonso le voy a poner de sacristán porque mató al pobre del sacristán. A los tres días, ya estaba Juan

Alonso de sacristán. Pero como era un muchacho muy maleriado, hacía muchas cosas en la iglesia. El cura estaba enojadizo contra Juan Alonso.

Conque una vez el cura mandó a Juan Alonso a las doce de la noche a tocar las campanas en el campanario; pero antes de que se fuera el cura ya había puesto muchos muertos en las escaleritas del campanario. Cuando Juan Alonso salió de la casa del cura, le habían dado una velita y su caja de cerillos. Pero le había dicho el cura que cuando se subiera no encendiera su vela.

Así lo hizo. Cuando llegó a la escalerita luego se subió. Ya iba a la mitad de las escaleras, cuando dijo esto:—Con razón me dijo el cura que al subir no encendiera mi vela, no sabía que estaba pisando puras pansas de muertos.

Después de los repiques de las campanas, encendió su vela. Extendió su vista hacia adonde tenía que ir, cuando va viendo que los muertos se habían parado todos, y que lo estaban esperando. Entonces dijo Juan Alonso: —¿Y estos borrachos me querrán pegar? Pues ahora verán lo que les voy a hacer, y que me los agarre porque fueron borrachos. No sabía que eran muertos. Por fin, Juan Alonso no hizo caso.

Llegó a la casa del padre, y le dijo luego que por nada lo mataban los borrachos, pero ni siquiera se había asustado. El padre trataba de asustar a Juan Alonso. Luego se acordó el padre que tenía una casa que llevaba mucho tiempo de no vivir ninguno en ella; y que de día y de noche penaban y que ni a distancia de diez metros podían acercarse a esa casa.

Para que se asustara Juan Alonso, por eso le dijo que se fuera allí a cuidar esa casa. Como Juan Alonso era un muchacho muy valiente, no sabía qué cosa era miedo. Por fin se fué a aquella casa. No se llevó más que su espada y sus dos tablillas de chocolate.

Cuando llegó a aquella casa, se admiró de ver tantas camas y colchones todo arreglado que no sabía ni en qué cama acostarse. Por fin se acostó en la más fina de todas. Como a las doce de la noche estaba poniendo su lumbre para hacer su chocolate; apenas se estaba calentando, cuando oyó una voz que decía:—¡Caigo!

Entonces dijo Juan Alonso:—¿Qué cosa le contesto? Luego le dijo otra vez:—¡Caigo! Al rato cayó un brazo, y Juan Alonso luego lo recogió. Luego cayó una pierna del techo, y la recogió también. No paraba de decir: —¡Caigo! Conque por último dijo Juan Alonso:—Pues que caiga todo lo que haiga. Luego cayeron los muertos. Agarraron a Juan Alonso, lo golpearon y le hicieron muchas cosas. Juan Alonso no sabía ni cómo pararse, hasta que hizo un esfuerzo en encender un cerillo. Inmediatamente sacó su espada para pegarles a aquellos que lo habían golpeado, pero ya habían desaparecido. No hizo caso Juan Alonso, se acostó luego.

Luego, hasta otro día se levantó y se fué para la casa del cura como a las nueve de la mañana. Cuando llegó a la casa, le dijo al cura que habían llegado muchos ladrones a la casa a quererse robar las cosas; pero que por él, no se había perdido nada.

A los ocho días Juan Alonso le dijo al cura que ya no tenía gusto de estar en esa población, quería ir a buscar su vida en otras partes, pero que le hi-

ciera favor de conseguirle un bastón de veinticinco quintales de peso. Le dijo que sí. Al otro día ya estaba el bastón. Al tercer día salió de esa población. Se fué a lo tonto; cuando llegó a la punta de un cerro, se puso a descansar un rato. Después de un rato largo, distinguió muy a lo lejos a un hombre que estaba adentro de unos ocotales arrancando árboles, los más gruesos, los más macisos.

Entonces Juan Alonso se dirigió hacia donde estaba aquel Arranca Árboles, y le dijo:—Amigo, ¿y V. qué está haciendo?—Pues amigo, yo estoy jugando. Dijo Juan Alonso al que arrancaba árboles:—Yo quiero que V. sea mi compañero. Vamos a andar a ver qué cosa encontramos por ahí. —Pues vamos,—dijo el otro.

Se fueron los dos. Después de tres días que habían caminado, encontraron otro mirador, en donde distinguieron a otro hombre que había amarrado un cerro alto para cargarlo. Luego dijeron Juan Alonso y Arranca Árboles: —Vamos a ver quién es ése que quiere cargar ese cerro.

Luego se dirigieron hacia donde estaba. Cuando llegaron allí apenas estaba moviendo el cerro. Luego le dijeron:—Amigo, ¿qué está V. haciendo? Contesta el hombre:—Quiero llevarme este cerro para mi tierra. Contestaron los otros dos:—Nosotros queremos que V. sea nuestro compañero para ir a correr suerte.—Pues, sí,—dijo aquel hombre,—y se fueron los tres más adelante.

Ya habían caminado muy lejos, cuando entraron a un lugar muy bonito En ese lugar pusieron una casa. Al día siguiente dijo Juan Alonso a sus compañeros:—Ya saben VV. que yo y el Fuerzudo nos vamos a cazar venados.—Está bueno,—dijo el Arranca Árboles.

Cuando se fué al campo Juan Alonso con el Fuerzudo, luego puso a cocer una olla de frijoles y una olla de carne, porque tenían que llegar sus compañeros a las dos de la tarde. Ya estaba la comida arreglada cuando llegó un hombre, chaparro y chino, que le dijo:—Buen amigo, ¿y V. que está haciendo? Entonces dijo el Arranca Arboles:—Estoy cuidando mi casa porque aquí vivo. Entonces dijo el chaparro:—¿Y qué cosa está aquí adentro de la olla?—Pues es comida,—dijo el Arranca Árboles.—Pues, con su permiso voy a ver qué cosa es. Y que mete mano. Entonces se levantó Arranca Árboles, y se agarró con el chaparro.

Tiraron las dos ollas de comida; revolcaron la carne. El chaparro le pegó mucho al Arranca Árboles. Se fué el chaparro. Ya se había ido cuando Arranca Árboles comenzó a recoger los pedazos de carne; y como quiera compuso otra vez la comida; pero él ya estaba muy adolorido. Le dolía la cabeza. Cuando Juan Alonso y el Fuerzudo llegaron a comer ya estaba muy malo el Arranca Árboles, y no comió con sus compañeros.

Al otro día se quedó el Fuerzudo a cuidar la casa y a hacer la comida, cuando a la misma hora salió otra vez el chaparro. Lo mismo le hizo como hizo con el Arranca Árboles. Ensució toda la comida.

Después compuso la comida el Fuerzudo. A las dos de la tarde llegaron sus compañeros a comer. Pero el Fuerzudo ya tenía la cabeza amarrada y ya estaba muy malo, pero no quiso decirle a sus amigos qué cosa le había

sucedido. Arranca Árboles al ver a su amigo que estaba malo y que no quiso comer, le dijo:—Lo mismo le pasó como a mí me pasó ayer. Y tampoco comió él. Sólo Juan Alonso comió, porque él era el único que no sabía porqué no quisieron comer sus compañeros con él.

Al otro día le tocó a Juan Alonso quedarse en la casa a cuidarla y a hacer la comida. A la misma hora salía otra vez el chaparro del lugar en donde vivía, y se fué a la casa de Juan Alonso. Y le dijo:—Buen amigo, ¿y V. qué está haciendo? Entonces contestó Juan Alonso:—Pues amigo, yo estoy cuidando mi casa y haciendo comida, porque tienen que llegar unos compañeros míos a comer aquí.—¿Y yo no puedo comer?—dijo el chaparro.—No, porque esa comida no es para V., es para mis compañeros,—dijo Juan Alonso. Entonces dijo el chaparro:—Si no me quieres dar a la buena, a la mala me la das. Entonces dijo Juan Alonso:—Ni a la buena ni a la mala se la doy.

Ya estaba el chaparro por meter la mano adentro de la olla para sacar la carne, cuando se levantó Juan Alonso con su bastón y que le pone sobre de él. Luego lo aplastó con el peso del bastón. Ya estaba el chaparro aplastado cuando Juan Alonso le dijo que le dijera quién era él y de dónde había salido. Ya que le dijo todo, entonces le quitó una oreja, y le dijo que se fuera y que no volviera a regresar, porque lo mataba.

A las dos de la tarde, llegaron los otros compañeros, y no querían comer porque dijeron..... (1)

110. JUAN GARROTILLO

Éste era un muchacho que se llamaba Juan y que estaba en la escuela. Siempre andaba con un bastón en la mano y por eso le decía la gente Juan Garrotillo.

Mas ahí tienes que Juan era muy chico, y una vez se cortó el pelo entero y los demás muchachos de su compañía que jugaban con él le daban de palmazos en la cabeza y lo hacían desesperar. Pues de tanto que se reían de él, al fin se enojó y se quejó con su maestro. Pero el maestro no hizo ni apreció a la queja que puso Juan. Juan no quedó conforme con lo que hacían los demás muchachos. Ya le tenían mala vista. En sus estudios se adelantó mucho. No más porque era chiquito le hacían burla.

Pero por tanto, Juan se enojó y comenzó a pegarles a los muchachos de la escuela de manazos, y así se agarraron al pleito. Al otro día lo agarraron y echaron tercios, pero de nada sirvió, porque Juan con su bastón no más dominó a toditos los muchachos. Se agarró con ellos con la punta de su bastón, se los metía en la cintura y los echaba para arriba, y con esos golpes privados quedó convencido el maestro de lo que andaban haciendo. Y Juan ya mero mataba a dos muchachos grandes, y en eso fué que el maestro se

(1) Lo demás de este cuento se ha perdido.

quejó con el padre de Juan, diciéndole lo que Juan había hecho. Y se enojó su papá de Juan y lueguito lo sacó de la escuela.

Pues en eso fué que Juan le aborreció y le dijo a su papá:—Pues, papacito, ahora sí me despido de V. Me voy a buscar mi suerte, porque V. no ha de poder dominarme. Mejor me voy a ver dónde puedo encontrar quien me domine. Y embrazó su cobija y tomó su bastón, y se fué, anda y anda.

Pues de tanto que anduvo fué al fin a encontrar en el cerro un hombre valiente que luego que lo vió le preguntó que si qué buscaba. Y Juan le contestó:—¿Qué he de buscar? Vengo a ver dónde me he de encontrar uno que me domine a mí. Y le contestó el otro valiente:—Pues yo te voy a dominar a ti, porque yo soy valiente. Con una trompada tumbo cualquier árbol de los más grandes.—Pues vamos a ver,—le dijo Juan,—a ver quién es más valiente, tú o yo. Pues vamos a hacer la prueba. Tú dices que puedes tumbar cualquier árbol de los más grandes que hay en ese cerro con una trompada; pues yo digo también que cualquier árbol puedo tumbar sin necesidad de trompadas, con mi bastón solamente. Con mi bastón tengo para tumbar cualquier árbol, hasta al otro lado del río.—¿Que de veras?—le dijo aquel valiente.—Pues de veras,—le respondió Juan,—¿pues que tú crees que de mentiras lo digo?—Pues, vamos a ver si es cierto,—dijo aquel valiente. —Pues vamos a ver,—dijo Juan también.

De ahí se fueron entonces a buscar un gran árbol e hicieron la prueba. Es cierto que aquel gran valiente tumbó aquel gran árbol con una trompada. Pero siempre ganó Juan, porque con la punta de su bastón no más lo voló hasta el otro lado del río. Y aquel valiente no pudo volar aquel árbol hasta el otro lado del río con su sola mano derecha, y ahí fué donde aquel valiente perdió, pues quedó convencido.—Pues, está bueno. No cabe duda que eres chingón,—le dijo a Juan.—Pues sí,—le dijo Juan.—Y ahora ¿qué es lo que tú quieres? ¿Te quieres ir conmigo? Te vas conmigo, o te mato.—Pues, lo que V. disponga,—respondió aquel valiente.—Por mí estoy a sus órdenes de V.—Pues, te vas conmigo.

Pues siguieron más adelante, anda y anda. Pues de tanto andar fueron a encontrarse con otro tunante que estaba cambiando los cerros. Y aquel tunante se puso bravo con Juan, y Juan se puso a alegar con él. Y Juan le hizo la pregunta que si cómo hacía para cambiar los cerros, y le contestó el tunante:—¿Quieres saber cómo hago para cambiar los cerros? Pues ya ves. Si no has de poder trabajar como yo trabajo, ya sabes que aquí te quedas conmigo. Y Juan le dijo:—Pues vamos a ver. Vamos a ver cómo haces. —Pues, ¿cómo quieres que haga? Y se arrimó pegado al cerro y lo cargó. Fué a dejarlo al otro lado del cerro que estaba cerca de ellos, y de allá trajo otro cerro cargado también adonde estaba Juan, y le dijo:—Pues, buen amigo, ése es mi trabajo. Y Juan le contestó:—Pues, buen amigo tunante, yo no necesito cargar los cerros cuando quiero mudarlos. Con mi bastón nada más, tengo con que cambiar los cerros; no como tú.—Pues, vamos a ver si es cierto,—dijo aquel tunante,—Pues, vamos a ver,—dijo Juan también. —No creas que es papa. Así se hace. Y con la punta de su bastón le metió debajo del cerro y lo voló al otro lado del río.

De allí fué a otro cerro y le metió también su bastón y lo cambió al otro lugar donde estaba aquel tunante.—Así se trabaja, buen amigo tunante. Ahora hazlo como yo hice, sin cargarlo. Y aquel tunante no quiso como Juan quería, solamente cargó los cerros. Pero Juan le dijo que no, que él solamente con su bastón, sin necesidad de cargarlos. Y así pasó que ese valiente se fué en compañía con Juan. Juan le dijo:—Yo soy un valiente que busco uno más valiente que yo, que me pueda sujetar. Pero ya ves que tú no me puedes sujetar. De manera, amigo, que ya no hay más remedio que ahora tienes que obedecer lo que yo digo, y tienes que seguir conmigo. Ahora te vas conmigo por donde yo me voy.—Bueno,—le dijo el tunante, y quedó convencido con lo que Juan le dijo.—Pues ya tengo un valiente, y ya tengo un Cambiamontes,—dijo Juan.—Pues vamos, muchachos,—dijo Juan, y ahí tienes que se fueron los tres, porque ya eran tres.

Otro día muy de mañana llegaron a un paraje y ahí dispuso Juan que almorzaran. Después le dijo Juan al valiente que mudaba montes:—Pues ahora tú te quedas para hacer la comida mientras que nosotros vamos a matar un venado para comer.

Pues se fueron, y el valiente tan apurado que estaba haciendo lumbre, cuando llegó un geño que le reclamó que si qué estaba haciendo y que si qué tenía que hacer en ese lugar. Y el valiente le respondió: —¿Qué he de hacer? Aquí estoy haciendo el almuerzo, porque ahorita llega mi patrón a almorzar. Y el geño le respondió:—¡Qué almuerzo ni qué almuerzo! Tú te vas de aquí muy pronto.—Que suceda lo que suceda,—le dijo el valiente, y se agarró con él. El geño pudo más y lo dejó ahí privado. Lo chicolió pero bien. Luego que vió que el valiente estaba bien privado y sin sentido, fué el geño y se cagó en la cazuela y se fué.

Cuando llegó Juan de vuelta ya aquel valiente estaba llorando amargamente, y éste le avisó a Juan lo que le había pasado con el geño. Pero Juan no lo creyó y sólo le dijo que era un cobarde y no se quería estar solo y por eso decía eso.

Pues al otro día se quedó el otro hombre y se fué Juan con el valiente para buscar un venado que comer. Y estaba el otro pobre poniendo su lumbre para poner su almuerzo, cuando llegó el geño otra vez y le dijo:—¿Qué sucede, que no quieren obedecer lo que yo les digo?—Estoy aquí para hacer el almuerzo de mi patrón que él ahorita llega,—le dijo.—Pues no tienes permiso de estar ahí. Ayer le dí a tu amigo unos buenos chicotazos, y todavía están aquí.—Pues, y tú ¿quién eres?—le dijo el hombre.—Yo mando aquí en estas tierras,—le dijo el geño,—y ninguno puede estar aquí. Solamente yo puedo darme vueltas en este lugar. Y ahora no hay más que darte unos chicotazos para que sepas quién manda aquí. Y le contestó el hombre: —¿Cómo me vas a dar chicotazos a mí? Y se agarraron y se pelearon; pero siempre ganó el geño, y fué y se cagó en la cazuela y se fué, y lo dejó ahí privado de sus sentidos.

Pues ahí tienes que cuando llegó Juan con su valiente y con el venado, hallaron al pobre de Mudacerros privado y llorando, y poco después les dijo lo que le había sucedido.—Vino un muchacho y me chicoteó y me dejó pri-

vado y se cagó en la cazuela de la comida,—dijo Mudacerros.—¿Cómo así?—dijo Juan Garrotillo.—Sí, así pasó ayer conmigo,—dijo el valiente.—Está bueno,—dijo Juan. Tomaron su comida, y ahí tienes que el tercer día dispuso Juan que se fuera el valiente con el Mudacerros, para quedarse él haciendo la comida para ver qué sucedía.—Yo me quedo a hacer el almuerzo, y VV. van a matar el venado,—les dijo.—No más que no dilaten, para almorzar presto.—Pues sí,—dijeron ellos, y se fueron, y se quedó Juan solo.

Pues ahí tienes que estaba Juan muy apurado en hacer su lumbre para preparar el almuerzo. Ya la cazuela estaba hirviendo, y Juan estaba muy contento chiflando, cuando llegó aquel geño adonde estaba Juan, y con maña le dijo:—Entonces, tú de veras quieres jugar conmigo. Eres el mismo de siempre pero te cambias. Ya llevas dos veces que por poco te mato, y así todavía no te quieres mudar de aquí. Y cada dos días te cambias el color. Entonces, ¿cómo estamos? Y Juan le contestó:—Pues estamos de día. Y ahora, ¿qué cosa es lo que tú quieres conmigo? Y le contestó el geño: —¿Qué he de querer contigo? Te voy a matar, porque ya es mucho abuso lo que tú estás cometiendo. Y le contestó Juan:—Eso es lo que yo quiero. Casualmente vengo a ver dónde me encuentro uno que me pueda dominar. Pues son mis muchachos esos que tú chicoteaste, y cagaste en la cazuela de la comida; y por poco los matas a mis compañeros. Ésa es la falta que tú cometiste conmigo.—Pues sí,—le dijo el geño.—Pero has de saber que yo soy el que manda aquí, y te voy a dar una zurra.—Pues eso es lo que quiero,—le dijo Juan.

Y se agarraron, aquel geño con un chicote y Juan con su bastón. Pues de tanto, tanto, ya mero ganaba aquel geño y ya no ganaba. Pues de tanto, Juan pudo más y echó al suelo aquel geño con su bastón. Cuando vió Juan que ya estaba tirado el geño le cortó un lado de la oreja y se la echó en la bolsa. Y cuando el geño se levantó del suelo y quedó convencido que Juan le había cortado la oreja, después con muchas súplicas le rogó a Juan que le entregara su oreja. Pero Juan no quiso entregarle la oreja por la falta que cometió con sus muchachos. Por eso se enojó con aquel geño y no quiso entregarle su oreja.

Tanto le rogó y le prometió, que al fin le prometió que si le entregaba su oreja le entregaba una princesa de un rey que aquel geño estaba cuidando. Hasta entonces estuvo Juan conforme y el geño lo soltó.

A poco tiempo que se fué el geño aquellos muchachos llegaron y todos almorzaron con gusto. Entonces Juan les contó lo que había pasado y cómo ya había cobrado por el mal que les había hecho el geño, y aquéllos, al oir aquello, contentos quedaron.

Pues ahí tienes que Juan dispuso que avanzaran más adelante los tres de ellos. Pues de tanto andar llegaron a una ciudad, y como Juan llevaba en su bolsa la oreja de aquel geño, luego que llegaron a la ciudad, se acordó y le dió una mordida a la oreja, y lueguito se le presentó aquel geño y le dijo: —¿Qué quería V. Don Juan?—¿Qué he de querer contigo?—le digo Juan —¿Dónde puedo hallar una posada para pasar la noche con mis muchachos? —Con mucho gusto,—le respondió el geño. Y de ahí se pasaron para el

cuarto del geño y ahí le dió su cena a Juan. Pues ahí tienes que el geño siempre cumplió con la promesa que le dió a Juan. Pues ahí tienes que aquel geño siempre le entregó a Juan la princesa, y entonces Juan le entregó su oreja al geño.

Pues ahí tienes que Juan se casó con la princesa, la hija del rey, y ahí, en esa ciudad se quedó Juan.

Pues ahora vamos con ese valiente y con ese cambiacerros. Pues ahí tienes que Juan buscó dos mujeres para aquel valiente y para cambiacerros. Pues por fin recibieron cada quien a su mujer, y les dijo Juan:—Ahí tienen a sus mujeres, para que no digan que no más fueron conmigo. Pues ya cumplí con VV. y ya recibieron a sus mujeres. Pues bueno; aquéllos agarraron su camino y se fueron. A los dos días que se fueron se pelearon por motivo de celos, porque aquel valiente le quitó la mujer al Cambiacerros. En eso fué que el Cambiacerros quería matar al valiente, y se agarraron, y en eso fué que el valiente se volvió un pescado y el Cambiacerros se volvió un pato en una laguna. Y ya lo agarraba aquel pescado y ya no lo agarraba. Pues de tanto, al fin lo agarró y ahí fué donde aquéllos terminaron.

111. CUENTO DE UN TIRADOR

Mitla, Tlacolula.

Éste era un tirador que no sabía en qué trabajar para mantener a su familia. Su mujer estaba ya para salir del embarazo. El tirador andaba en el campo diciendo:—¿Quién llevaré a que bautice mi hijo? En este instante se le presentó un caballero, y le dice:—¿Qué hablas, buen tirador? El tirador le dijo la situación en que se encontraba.—No tengas cuidado,—le dijo el caballero,—yo seré tu compadre. Toma este dinero. Anda ve a tu mujer que ya salió del cuidado y me traes a la criatura para llevarla al bautismo. Cuando el tirador llegó a su casa, le dijo a su mujer:—No tengas cuidado; mañana se bautizará nuestro hijo; porque ya encontré a un compadre". Al día siguiente regresó con la criatura adonde estaba el caballero y éste se sacó una gota de sangre y la introdujo en el cuerpo de la criatura. Cuando la criatura fué ya grande la entregaron a su padrino; pero antes, el muchacho encontró a una anciana en el camino que le dice:—¿Adónde vas, muchacho?—Voy a darle mis servicios a mi padrino. La anciana le dió un cañutito y un cordón, diciéndole:—Si alguna cosa te pasa en el camino, deja caer una gota de agua que tiene el cañutito.—Sí,—contestó el muchacho. Cuando llegó su padrino ya lo estaba esperando. El padrino puso al muchacho a hacer el aseo. El muchacho sacó el cañute y les tiró unas gotas de agua a los chivos. Éstos se reunieron y fueron a avisar a su cabeza. El cabeza le dice al muchacho:—Tú no sirves porque maltratas a mis mozos. Allí estaba la hija del padrino quien observaba todo. El muchacho comenzó a enseñar a persignar a la muchacha. En la noche ella se persignaba, y le dice a su papá:—¿Qué irá a hacer el mozo nuevo mañana? El padre le

dice que le diga que vaya a traer leña mañana. La muchacha le avisó al muchacho que la mula que tenía que llevar era su mamá, la montura su papá, y ella el freno. Al día siguiente, toma la mula y la lleva al campo, y al tiempo de cargarla, comienza a dar de patadas. Entonces él sacó el cordón que tenía, y amarró a la mula. De esta manera pudo cargarla de leña. La muchacha le dijo a su padre:—Ahora sí nos castigó mucho el muchacho. El padre le dice:—Mañana ordenas al muchacho que caliente el horno. La muchacha le dice al muchacho, que caliente el horno. El inmediatamente arroja una gota de agua al horno, y salen muchas almas.

El padrino le dice:—Tú no sirves de nada. Mañana me irás a sembrar sandías, y a las diez de la mañana me traes una para comer. El muchacho, pensativo, se fué a sembrar las semillas y al sembrar una mata le dejó caer una gota de agua. Cuando volteó la cara ya había fruta. Entonces se la llevó a su padrino. El padrino le dice al muchacho que mañana a las doce tiene que formar un palacio. El muchacho estaba pensativo por lo que iba a hacer y él con su cañutito arrojó unas gotas de agua en el palacio, y fué construido antes de las doce. El padrino quedó admirado y le dijo a su mujer que su ahijado sabía hacer las cosas mejor que él; y que lo que haría era despacharlo para su casa. La hija observó todo lo que estaba hablando el padre y luego ella recogió sus cosas y los zapatos de su padre y le dijo al joven que se fuera con ella. El joven aceptó y se pusieron en marcha al siguiente día. Iban ya a medio camino, cuando la muchacha volteó la cara y entonces le dijo al joven:—Ahora sí, ya estamos perdidos. ¿Sabes lo que tienes que hacer? Quiero que tú seas un agricultor y yo una vendedora de plantas, y cuando llegue mi papá, y te dirá ¿A qué horas pasaron por aquí un muchacho y una muchacha? Entonces le dices:—Cuando yo estaba preparando este terreno. Cuando llegó el padre preguntó por los jóvenes, y éste le dijo que los vió pasar cuando estaba preparando el terreno. El padre regresó y le dijo a su mujer lo que le había pasado en el camino y la mujer le dijo:—Pues ellos son. El padre regresó, y cuando llegó a ese lugar, ya no los encontró, y continuó su camino en busca de ellos. Cuando la muchacha volteó la cara, entonces vió que su papá estaba ya muy cerca, tiró unos estambres, en donde inmediatamente se formó una montaña, de donde le fué difícil la salida al padre. Entonces ella se vuelve una gallina y él un gallo. El padre queriendo coger estos animales, no pudo. Se enfada y toma su camino, y le dice a su mujer lo que había encontrado, y enfadado, dijo que se fuera su hija. Los jóvenes tomaron su camino y al llegar a la casa, le dijo el joven a la muchacha que se quedara a la orilla del pueblo para que fuera a avisar a su papá y ella le dijo:—No le des abrazos a nadie; si no te olvidas de mí,—y fué lo primero que hizo al llegar a su casa. Su papá estaba contentísimo y se fué a buscar a la esposa de su hijo. Cuando llegó la muchacha y les dice que si les dan el permiso para ejecutar varias funciones.—Sí, le dijeron a ella. Entonces ella hizo bailar varios monitos, y éstos repetían todos los pasajes de estos jóvenes.

Entonces el muchacho se acordó y le dijo a su papá que se había casado con la muchacha. Se efectuó el casamiento y vivieron muy felices.

112. CUENTO DE UN SOLTERO CALLEJERO

Juquila, Juquila.

Éste soltero callejero no se ocupaba de otras cosas más de pararse en la calle. Un día de tantos se encontró con un carnicero. Le dijo a éste:—Amigo, ¿que vendes carbón? Respondió el carnicero que sí. Arreglaron el precio. Luego le llamó para comprar el burro. Lo compró. Luego compró la ropa. Dice el carbonero:—¿Cómo me voy yo? ¿encuerado?—No,—le dice,—te doy mi ropa. Conque se vistió el soltero, y se fué a vender su carbón a la casa de un rey. Llegando, propuso su carbón y le dijeron que había mucho. El empezó a dar vuelta con su burro en el mismo lugar. Vieron que no salía; le dieron de comer. Después agarró su burro y empezó a dar vueltas y vueltas en el mismo lugar.

En un rato salió el rey y vió que andaba con su burro de carbón. Le mandó llamar y le dijo:—¿Porqué no se ha ido V.?—Señor, ya me cansé de andar con mi pobre burro, y no hay ni quien compre el carbón.—Bueno, espérate por allá en la puerta. Mandó llamar a la princesa y le preguntó si estaban completos los criados. Contestó la princesa:—Sí, están completos, sólo un hortelano hace falta.—Bueno, ¿entiende V. ese oficio?—le dice al carbonero.—Sí, señor, ése es mi mero oficio. Con eso se quedó de hortelano.

A la orilla de la huerta estaba una laguna en donde se bañaban las tres princesas todos los días. Un día de tantos se fué gateando cuando las niñas estaban bañándose. Agarró la ropa de la más chica y se fué a esconder en una pieza. Cuando buscaron la ropa ya no estaba. Decía la niña:—Pero bien, aquí ninguno entra. Llamaron al hortelano.—¿No viste la ropa de mi hermana?—No.—Mira, hortelano, si nos dices en dónde está la ropa de mi hermana, te concedo lo que quieras; porque si no, la manda el rey a fusilar a mi hermana.—Pues sólo que yo vaya con la niña a buscar la ropa en los cuartos.—Pues, vaya con ella luego. El hortelano llevó a la niña al cuarto donde estaba la ropa. Allí la vistió el hortelano e hizo lo que quiso. Después de todo, se emprendaron y se fueron las niñas. El hortelano siguió su destino.

Conque días venían y pasaban. El rey tuvo una junta y gran reunión de catrines para sacar el novio de la princesa. El que tuviera una prenda de la princesa, ese se iba a casar con ella. Empezaron a pasar lista a todos los señores. Dijo el rey:—Un paso al frente el que tenga prenda. Ninguno salió, y la princesa reclamaba su prenda siempre. El rey dijo:—Pero quién falta? Vayan a llamar al hortelano. Éste al pasar, no más dejó caer un anillo de oro. El rey estaba con una vergüenza porque debía casarse la princesa con aquel carbonero.

Por fin se casaron; pero siempre el rey no podía ver a su yerno porque era carbonero. Conque un día dijo el rey:—¿Cómo haré para fusilar a este

carbonero que se fué a casarse con mi hija? Mandó llamar a su yerno y le dijo: —Sabes, carbonero, que mañana temprano coges tu hacha y tu machete y vas a aquel jardín; tumbas plantas y árboles, deshojas la tierra, siembras la tierra, siembras el trigo, lo secas y lo llevas al molino. Pasado mañana me traes el pan de ese trigo.—Muy bien, señor.

Cogió, y se fué muy triste adonde estaba la princesa. Ella le consolaba y le dijo:—¿Qué tienes, hijo?—Pues no había de estar triste, que papá me dijo esto y esto.—No estés, hijo, mañana vamos. Conque al día siguiente se fueron los dos a aquel jardín. Al ver el carbonero los árboles, se puso a llorar. Cogió la princesa a su marido y lo acostó en su pierna, y empezó a espulgar. Luego le agarró el sueño. Así que se durmió, empezó ella a trabajar. Así que vió la princesa que ya el trigo estaba seco, despertó a su marido.—Levántate hijo, vámonos para la casa.

El día siguiente se levantó temprano la princesa y dijo a su marido: —¡Anda, hijo! Ya está el pan; anda échaselo encima a papá, ahora que está caliente. Cogió el carbonero el pan y se fué a entregárselo al rey.—¡Ay, hija!—le dice el rey a la reina,—todo hace la hija. ¿Qué hacemos ahora? A ver qué otro castigo le damos. La princesa le dijo a su marido:—Nos vamos de esta casa mejor.

Conque se fueron. Al salir afuera de la ciudad le dijo la princesa a su marido:—Anda a traer el caballo tragaleguas. No vayas a traer el caballo más gordo sino el más flaco que pueda haber. Cuando el carbonero llegó, trajo el más gordo. La princesa dijo:—Te dije que no trajeras ese caballo; ahora vas a ver cómo nos alcanzan. ¡Vamos, pronto! Apenas iban, cuando vieron al rey que ya venía.—Yo me vuelvo árbol de guayabo y tú una guayaba.

Cuando llegó el rey, vió un gran guayabo en ese llano y divisó solamente una guayaba en la punta del palo. Regresó para el palacio y le dijo a la reina lo que le pasó.—No pude alcanzarlos. No ví más que un gran guayabo y solamente una guayaba en la punta.—Pues, ese árbol era mi hija y la guayaba era tu yerno. Pero ahora voy yo.

Cogió la reina el caballo tragaleguas y se fué. Cuando éstos voltearon a ver que la reina ya venía, cogió la princesa a su marido y le volvió una iglesia, y ella de cura diciendo misa. Cuando llegó la reina, vió el templo, y le ocurrió oír la misa. Conque cuando se acabó la misa, le hizo ella una pregunta al cura, preguntándole que si no había visto pasar a una princesa con su marido. El padre aquel, no decía misa, más que de apuro.—Le digo a V. que si no me vió pasar a una princesa con su marido.—Señora, no hay misa con su marido más que de apuro. Con esas palabras la regresó a la señora.

113. CUENTO DE UN GACHUPÍN

Mitla, Tlacolula.

Éste era un gachupín que iba caminando, y se encontró con un tirador, y le pide el arma y con el arma en la mano le obliga a cagar. Entonces, el tirador le obliga al gachupín a comer la mierda y en seguida éste toma su camino y encuentra un muchacho a quien le pregunta:—¿Adónde sale este camino?—A tal punto, señor,—le contestó.—Si va V. corriendo no llegará. Si va V. andando sí llegará.—¡Ah qué tonto muchacho!—dijo el gachupín, y se fué. Montó su caballo y comenzó a echar carreras, pero se le quebraron las manos al caballo. Entonces se acordó de lo que le dijo el muchacho. El gachupín tuvo que comprar otro caballo, pero éste era muy flojo y no quería andar. Le dice un caminante:—Bájate de ese caballo y úntale chile en el ano. Así lo hizo. El caballo comenzó a andar muy aprisa y él se quedó muy atrás. Entonces le dijo al animal:—No me ganas con ventaja. Se untó chile en el ojete y comenzó a correr junto con el caballo.

En el camino se encontró con un hombre y comenzaron a seguir su marcha juntos. Entonces el gachupín, dijo al otro:—Me encontré con un talegón de dinero, y subió al árbol para recoger la talega de dinero e inmediatamente comienza a pegar de gritos. Era que le picaron las abejas. El gachupín se dirigió a un campo y allí le dijeron que cualquiera persona que pasara por allí, saldría embarazada. El gachupín se bajó del caballo y al sentarse saltó el congo. Entonces dijo el gachupín:—Ya parí mi hijo, y se fué gritando. El gachupín continuó su marcha, y pasó a un río donde había muchos sapos. Entonces él hizo freir un animal y lo comió muy sabroso, pero aventó y quedó muerto.

También otro gachupín le dijo a un mexicano que en su tierra había muchas grandezas, y que en México no hay más que cosas pequeñas. Entonces pasaron a un río y en medio de él iban cuando le dijo el mexicano:—¿Y dices que en tu tierra hay grandezas?—No, no, dijo el gachupín; y como éste no sabía nadar, se ahogó y de esta manera terminó su vida.

114. CUENTO DE OTRO GACHUPÍN

Mitla, Tlacolula.

Éste era otro gachupín que pensó ser labrador y le dijo a un señor que tenía un pedazo de trigo:—¿Que es trigo esta planta?—Sí,—le dijo el agricultor. El gachupín dice al agricultor que desea sembrar una planta que produzca mucho dinero y sembró trigo. Cuando lo fué a ver al cabo de dos

meses había mucho chapulín que perjudicaba mucho el trigo. Entonces sacó la pistola, y comenzó a matar cada chapulín; pero, enfadándose se dió un balazo y de ese modo terminó su vida.

115. CUENTO DE UN HERMITAÑO Y UN COMPADRE BELTRAÑO

Mitla, Tlacolula.

Éste era un rico que mandó a un mozo a dejar una carta a su compadre. Pues este mozo no sabía adónde lo mandaban. Iba caminando y llegando a una montaña y allí encontró a un hermitaño que le dijo:—¿Adónde vas?—A dejar una carta,—contestó.—No puedes porque no puedes pasar adonde está mi compadre Beltraño. Mira, lleva esta carta y antes que llegues, le enseñas la carta para que no te haga nada. Por fin se enfadó. Él lo despacha y al llegar donde está el compadre Beltraño (pero antes, se hizo de un escapulario) el mozo le dijo a Beltraño todo lo que había visto y le dice que su cama está llena de lumbre, y él se arrepintió y le dice que no era posible que él fuera allí. Entonces se mató y el mozo contó la historia. El hermitaño no había comido hacía tres días, porque el ángel no le había llevado de comer.

Cuando fué el ángel, el hermitaño le dijo:—¿Porqué llegaste ahora? El ángel le dice:—Nosotros estuvimos muy ocupados, porque tuvimos una fiesta. Pues llegó tu compadre Beltraño, y dijo el hermitaño:—Ni yo llevo tantos años de amar a Dios, y no he ido a la gloria.

116. CUENTO DE UN RICO QUE DEJÓ UNA HERENCIA A LOS HIJOS

Mitla, Tlacolula.

Éste era un rico que tenía tres hijos, y dijo él un día a su mujer:—Ahora sí, quiero que digan nuestros hijos qué oficio quieren aprender. La mujer llamó a cada hijo y le preguntaron qué oficio quería aprender. El primero dijo zapatero, el segundo lo mismo, y el tercero, ladrón. El padre le dice al hijo menor, o sea el tercero, que robar no es oficio. El muchacho se encaprichó y el padre dió su consentimiento. Al zapatero le pagó adelantado, y en seguida fué a buscar a un maestro, y de casualidad lo encontró y le dijo lo que su hijo quería ser. No quiso coger ni un centavo, pero el señor le obligó, quedando él muy contento.

El muchacho menor se fué con el capitán y un día estaban en una cumbre, cuando le dice el capitán:—Cien pesos si le quitas el borrego a aquel anciano que viene allá en el camino, pero sin que lo sienta.—Yo iré,—dijo el aprendiz. Montó en su caballo y se adelantó al anciano, dejando un zapato. El

anciano no hizo caso. Después dejó caer otro zapato. Entonces dijo el anciano:—Aquí está el compañero de aquel zapato que iré a traer inmediatamente. Amarró su borrego y se volvió por el zapato. Entonces fué cuando el aprendiz logró llevarse el borrego en presencia del capitán, y recibió los cien pesos de gratificación. El anciano no encontrando su borrego volvió por otro. El capitán le dice:—Cien pesos si me traes el borrego sin hacerle nada al anciano. Entonces se fué a caballo y se metió en unos árboles, y entonces gritó como el conejo. Luego dijo el anciano:—Allí está mi borrego. Fué a ver dejando el otro borrego. Entonces fué cuando se aprovechó el aprendiz y tomó el borrego y lo entregó al capitán, recibiendo los cien pesos.

Un día el capitán le dice:—Quiero que uno de VV. vaya a quitarle un toro al agricultor que está arando, pero sin que lo sienta.—Yo,—dijo el aprendiz, y se fué con dos muchachos que comenzaron a pelear en el terreno del agricultor. Éste al verlos se fué a interrumpirlos, dejando la yunta. Entonces se aprovechó el aprendiz llevando la yunta al capitán. Entonces le dijo:—No necesitas maestro, puesto que eres mejor que yo.

Entonces el aprendiz se despidió y se fué a vivir a una ciudad, y comprándose una casa en la ciudad tuvo un compadre. Este compadre veía que su compadre estaba muy bien y que no trabajaba, y él trabajaba muchísimo y estaba casi pobre. El compadre le dijo que no se le dicra nada, que pobre o rico, estarían juntos. El compadre no sabía que el aprendiz era ladrón. Un día el aprendiz lo invitó y le dijo:—Compadre, vamos a traer dinero para gastar. El compadre aceptó, y se fueron a un lugar. Al aprendiz no se le dió ningún cuidado. El compadre no pudo hacer nada, porque no estaba acostumbrado a hacer esas cosas. El compadre le dijo al aprendiz que tuviera mucho cuidado:—Si no, lo prenden y mañana van a sacar un carro con una campanita de oro. Entonces el aprendiz compró muchos cohetes y los repartió entre varios muchachos, y entonces les dijo a ellos: —Ya saben VV. allá donde va ese carretón, allí queman esos cohetes. Así hicieron los muchachos Quemaron los cohetes e hicieron mucha polvareda. Entonces se aprovechó el aprendiz, y así se hizo dueño del borrego. Entonces fueron a ver a un anciano que estaba en la cárcel, y que éste era adivino. Entonces el adivino les dijo que no vendieran carne de borrego en la ciudad y despachó a muchos pobres que fueran a pedir limosna de casa en casa y donde les dieran carne de borrego allí estaría el ladrón, y que colocaran una seña en la puerta de la casa. Así lo hicieron. Varios pobres fueron a pedir limosna y a uno de ellos le dieron un plato de caldo de borrego. Entonces al salir por la puerta, marcó una rayita. Entonces el aprendiz, al saber lo que estaban haciendo, fué a pintar en todas las puertas las mismas rayitas, de modo que después ya no pudieron encontrar la casa. Entonces le avisaron al cieguito que estaba en la cárcel, lo que había pasado. Él les dijo: —Apúrense porque ya mero se va. El aprendiz siguió a traer dinero, y dispusieron colocar allí una caldera de aceite hirviendo, y como el compadre no sabía nada y fué a dar en el aceite hirviendo.

Entonces cortó la cabeza de su compañero y se la llevó para su casa,

y allí le dijo a su comadre lo que había pasado, y le dijo:—Le corté la cabeza para que no nos cojan presos y le suplico que si pasan al muerto por aquí, no llore V., si no la llevan presa. Dieron parte al ciego que se había encontrado un hombre sin cabeza. Entonces les dijo el ciego que llevaran al cadáver por todas las puertas, y si salía alguna mujer que llorara allí, que ésa era la casa del ladrón. Llevaron al muerto, y en una casa allí estaba la mujer cortando carne con el aprendiz. La mujer al mirar a su marido comenzó a llorar. En ese momento el aprendiz le causó una herida en la mano. No hicieron caso, y continuaron su marcha con el muerto. Entonces fueron a ver al cieguecito, y éste les dijo que pusieran soldados que cuidaran los caminos, y que no dejaran salir a las gentes a deshoras de la noche y que el ladrón estaba para salir de la ciudad. Entonces dispusieron que varios soldados saliesen. Al saber el aprendiz lo que estaban haciendo entonces se disfrazó de cura, y se consiguió varios arrieros. Entonces al pasar adonde estaban los soldados, éstos no los dejaron pasar. Entonces les dijo:—Yo soy cura; no tengan cuidado, hijos. Nos quedaremos aquí. Descargaron las mulas, y como hacía mucho frío el cura dijo a los soldados:—Hijos, ¿quieren tomar un poco de lo que tomo?—Sí,—dijeron los soldados. El cura emborrachó a éstos, y desnudándolos y vistiéndolos de frailes se fué. Cuando los frailes despertaron, ya no estaba el cura. Estos frailes se dirigieron al cuartel a contar lo que les había pasado esa noche.

117. EL POBRE QUE SE CASÓ MUY JOVEN

Juquila, Juquila.

Éste era un pobre que se casó muy joven. Con el tiempo llegó a tener un hijo. Se había propuesto salir a buscar un compadre en el camino. El que se encontrara primero había de ser su compadre. No se encontró con ninguno más que un ranchero. Dijo pues el ranchero:—A ver qué me dice este señor. Lo saludó y después de saludarlo, le dijo:—Ay señor, dispénseme V. la molestia que le vengo a dar. Yo me he propuesto salir de mi casa con el fin de encontrar a una persona que sea mi compadre. Como no me he encontrado con ninguno más que V., deseo que me haga ese favor.—Pues, ¿cómo no? Con mucho gusto.

Por fin se le concedió el deseo. Luego le dijo a su compadre que el niño a los doce años se lo entregaba para que se dedicara al trabajo. La primera noche a eso de las diez, dijo el padrino al ahijado:—¿Ya estás durmiendo aquí? Te mando mi ahijado a trabajar y no a dormir. Alista tus guaraches, escoge una reata y vamos a trabajar.

Conque se fueron el ahijado y el padrino. Llegaron a un rancho, y le dijo el padrino al ahijado:—Anda, hijo, desnúdate como chamaco. Todavía no quería hacerlo. Entonces sacó éste la pistola como amenazándole:—Hijo, ahora vas a trabajar. Vas adonde está aquel bramadero que está en el pa-

tio, y cuando salgan los perros, te abrazas de recio y te amarras tu ropa en el pescuezo. Cuando a estos perros los regañe su dueño, y veas que él se va a dormir, le botas el lazo al buey y me lo traes.

Conque la noche siguiente volvieron a trabajar. Después de un rato, pasó un pobre que se fué a comprar un borrego que tenía de compromiso y empezó a contar el caso. Después que se fué aquel pobre, le dijo el padrino al ahijado:—Te estás al tanto. Cuando pase este amigo le quitas el borrego.—Sí padrino, pero necesito una cosa.—¿Qué cosa?—Un par de zapatos. —Bueno, no tengas cuidado. Conque se fué el padrino y el par de zapatos se los entregó al ahijado.

Cuando este pobre hombre pasó y cuando se fué el ahijado adelante, tanteó el punto. Allí dejó un zapato; anduvo como una cuadra y dejó otro, y se escondió. Cuando pasó aquel hombre, y vió un zapato tirado, no hizo aprecio. Anduvo una cuadra; encontró otro. Luego dijo:—¿Cómo mo me truje el otro? Amarró su borrego, y regresó para traer el otro zapato. Así que vió el ahijado que regresaba para atrás y que iba a desatar el borrego, se lo llevó.

El otro pobre cuando llegó, vió que no estaba su borrego. Se echó a buscarlo hasta que llegó a aquel rancho.—Buenos días, señor, ¿que ha llegado mi borrego por aquí?—No, señor, y ¿qué le pasó?—Figúrese, por allí encontré un zapato, y más adelante este otro. Y allí amarré mi borrego para regresar a traer el otro y cuando volví, ya no estaba mi borrego. Ya me cansé de andar buscándolo, y mejor es regresar a mi casa para ir a traer más dinero. Voy otra vez porque me es preciso. Le dijo el ahijado al padrino: —Pues, ¿se lo vuelvo a quitar, padrino?—Sí, hijo, se lo vuelves a quitar. Y ahora ¿qué necesitas?—No necesito nada.

Se fué el ahijado en aquel punto, y se sentó entre el monte. El borrego de este pobre venía gritando. Cuando el pobre vió a su borrego, lo amarró, y después se fué a buscar el otro borrego. Mientras tanto bajó el ahijado y se lo llevó. El pobre aquél, se cansó de andar y no halló nada. Cuando llegó al camino vió que el otro borrego ya no estaba. Se echó a buscarlo. Nunca pudo encontrar a su borrego. Llegó a aquel rancho a preguntar si su borrego había llegado, y le dijeron que no lo habían visto. Por fin, el ahijado aprendió a trabajar. Luego fué su padrino a dejarlo en su casa.

Llegó y le dijo a su padre:—Aquí está el muchacho; ya aprendió a trabajar. Conque se quedó en su casa. La noche siguiente le dijo a su padre: —Componga V. sus guaraches y agarre una reata y vamos a trabajar. Tal como lo enseñó a él su padrino, así enseñó él a su padre. Se llegó el grado hasta robar en casas fuertes, tanto que pusieron un tanque de agua caliente en donde bajaban éstos. El hijo le dijo a su padre:—Bájese V. primero. Cogió la punta de la reata y se dejó caer; cuando cayó entró en el agua. Jaló la reata para que lo sacara su hijo y éste lo acabó de echar en el agua. Después se bajó él y le dijo a su padre:—¿Qué pasó?—Ya me estoy muriendo. Luego sacó un cuchillo y trozó el pescuezo de su padre y se llevó la pura cabeza.

Al día siguiente decían:—¡Ya cayó el ladrón! Pero quién era no se sabía. Luego ordenó el gobierno que lo sacaran por las calles y en donde llo-

raran, de allí sería. Conque salieron a andar con el cuerpo, pero uno de los nietos salió a ver y conoció el cuerpo. Luego empezó a llorar, y dijo:—Allí va el taíta. Vió él así que sacaba el cuchillo y que le pegaba una cortada en la mano, cuando la policía dijo:—¿Qué le pasa al niñito? ¿Porqué llora? Y dijo él:—Se cortó en el dedo. Se escapó cuando llegaron. En ninguna parte lloraron señores; solamente en una casa estaba llorando una niñita. Pues allí se fueron a marcar esa casa.

En el mismo día sacaron una escolta para dejar el cuerpo en la orilla del río. Dijo el hijo·—Yo he de quitar a mi padre. Compró un atajo de burros; echó carga y buscó dos arrieros. Hizo el viaje en la noche y llegó adonde estaba el muerto. Se vistió de cura y le dijo a la escolta:—¡Ay, hijos, qué frío está haciendo! Será bueno parar para que descargue mi mozo. Descarga aquí en este lugarcito.

Como a la una o las dos de la mañana temblaban de frío. Pidieron mezcal al cura porque el frío ya no se aguantaba.—Señor cura, ¿que no da V. la mañana?—Pero, hijo, en la mano está el mezcal. Ahí está el garrafón. Empezaron a tomar hasta que se emborracharon, y se acostaron a dormir. Ya viendo el hijo que estaban durmiendo, se desnudó y empezó a recoger armas.

Cogió el cuerpo y se fué. Anduvo bastante y luego enterró a su padre. Después, proclamó el gobierno que el que podía robar su colchón, a él daría gratificación.—Voy a arriesgarme la vida,—dijo él. Logró en sacar el colchón del gobierno. Al día siguiente salió con él y se lo entregó al gobierno, quien le dió una cantidad de dinero porque era ladrón a la perfección.

118. CUENTO DE UN COSTEÑO

Mitla, Tlacolula.

Éste era un negro que pensó irse a confesar. Cuando el padre le dijo "persígnate", él dijo:—No sé. Entonces le dijo:—Dime tus pecados. Entonces le dijo que robó una mula, y que debía una promesa a San Sebastián. El cura le dijo que fuera a pagar la promesa, y que regresara para recibir la comunión. El padre le dió una hostia de pergamino. Entonces se dijo: —¡Ah, qué duro es Dios! Entonces se fué a pagar la promesa, y se llevó un toro a la iglesia para pagar la promesa a San Sebastián. Entonces le amarra el toro al santo y se sale de la iglesia. A poco se sale el toro con el santo y entonces él dice:—A la cola, Batián, a la cola, Batián. Entonces fué a pagar otra promesa; pero no pudo entrar a la iglesia porque las gentes estaban en misa. Entonces le dice a las gentes:—El culo de plata a San Benito. Entonces fué el negro a pedir confesión al padre, diciéndole, que con qué se quitaba la borrachera. El padre le dijo:—No embolándose. Entonces el negro se fué a tomar más mezcal y cuando fué a ver al cura, éste le dijo:— Hijo, contigo no se puede hacer nada bueno.

119. CUENTO DE TRES HERMANOS

Mitla, Tlacolula.

Éstos eran tres muchachos que se fueron a pasar vacaciones a un pueblo, y les entró la noche al llegar al pueblo. Entonces se dijeron:—No hay más que quedarnos. ¿Y qué cenamos?—¿Pan?,—dijo el mayor.—No—dijeron ellos.—Que se quede para mañana. Entonces dijo el mayor:—Ese pan es para el que sueñe más bonito. Y subieron el chiquigüite al árbol. Cuando amaneció se preguntaron lo que habían soñado. El mayor dijo que soñó subir a la gloria con el segundo. El tercero dijo:—Cuando ví que VV. subieron a la gloria, entonces subí al árbol a comer el pan. Cuando bajaron el chiquigüite ya no estaba el pan y se quedaron los dos sin desayunar y no tenían más que un huevo. Entonces dijeron:—¿Qué hacemos con este huevo? Entonces dijo el mayor:—Se lo damos al que sepa mejor latín. Ése será quien se tome el huevo. El primero dijo:—Salorum,—y entregó el huevo al segundo para que se lo entregara al tercero. El segundo fué vivo, porque se tomó el huevo, diciendo:—Amén. Los otros dos se quedaron con la boca abierta.

120. CUENTO DE UN CURA Y UN ZAPATERO

Mitla, Tlacolula.

Éste era un cura que quería enamorar a la mujer de un zapatero. Entonces le dijo a un sacristán:—Quiero que vayas a traer a ese zapatero para que me haga un par de zapatos.—Sí,—le dijo éste. Luego llevó al zapatero, y le dice:—Quiero que me hagas mis zapatos; y mandas a tu mujer a confesar. El cura le dió mucho dinero al zapatero, y cuando llegó a su casa, le dijo a su mujer que se fuera a confesar porque el cura era muy bueno. La mujer fué a confesarse y el cura se enamoró de ella. Cuando regresó a su casa le dijo a su marido que el cura se estaba enamorando de ella. El marido le dijo a su mujer que pidiera dinero al cura. Entonces ésta se fué a ver al cura y le dice que su marido se iba a un viaje. Entonces el cura le da mucho dinero a la mujer, y ella sale corriendo a la casa y le dice a su marido el zapatero, dice la mujer:—Déjate, que le pedí dinero al cura y corrí a decirte. Luego dispusieron el viaje, y cuando el cura mandó al fiscal a la casa ya no encontró al zapatero y cuando regresa le dice al cura que la cama está muy buena. Entonces sale el cura y se dirige a la casa de la mujer del zapatero, y al llegar a la cama, comienza a tentar, cuando le avientan un par de patadas, que fué a dar al suelo de donde se fué llorando hasta llegar al curato.

121. CUENTO DE UN CURA

Mitla, Tlacolula.

Éste era un cura que era muy enamorado. Se enamoró de una mujer que era muy alegre. Ésta tenía varios queridos. Ella fué una vez a misa, y el cura al voltear la cara la divisó, y dijo:—Llega, Mari Gracia.—De la mía; —respondió el sacristán.—Y yo que no tengo dinero, ni ando sirviendo de candelero,—dijo el cantor. Pues una vez el sacristán estaba en la casa de esta mujer, cuando llegó el cantor, y a ésto el sacristán se escondió debajo de la cama, y comenzaron a platicar, cuando llegó el cura. El cantor se salió por la ventana y el cura se quedó con la mujer.

122. CUENTO DE LA MUJER DE UN ZAPATERO QUE QUEDÓ SIN DINERO

San Francisco Cajonos, Villa Alta.

Salió la mujer y dijo a su marido:—Voy a conseguir tortillas para almorzar. Luego salió para la plaza. Como a media cuadra de su casa, encontró a un padre y éste le dijo:—Hija, ¿adónde vas?—Pues, padre,—dijo la mujer—voy a la plaza a traer tortillas, porque mi marido se va a buscar trabajo. Y dijo el padre:—Pues, hija, si es que tu marido no tiene trabajo, no tengas cuidado. Si quieres, yo vendré a dejar una talega de dinero.—Pues sí, padre,—dijo la mujer,—si V. quiere, así pasará. Dijo el padre:—¿A qué hora vengo?—Venga a las ocho de la noche.

Anduvo la mujer otra media cuadra y encontró a otro padre, quien le dijo:—Hija, ¿adónde vas? Ella respondió:—Pues padre, voy a la plaza a traer tortillas porque mi marido se va a salir fuera de la ciudad en busca de trabajo. Y le dijo el padre:—Pues, hija, si dices así que tu marido se va a salir, no tengas cuidado. Yo vendré a dejarte una talega de dinero.—Si dice así, padre, pasará. Y dijo el padre:—¿A qué hora vengo?—Venga V. a las ocho y media de la noche.

Y anduvo la mujer otra media cuadra, y encontró a un cantor, y le dijo a la mujer:—¿Adónde vas? Y ésta le respondió:—Ay, señor, me voy a la plaza a traer tortillas, porque mi marido se va a salir de la ciudad. Le dijo el cantor:—Pues hija, si dices así, ¿quieres que yo te traiga trescientos cincuenta pesos? Y dijo la mujer:—Si dices así, señor pasará. Venga V. a las ocho y tres cuartos.

Anduvo la mujer otra media cuadra, y encontró a un sacristán y le dijo:

—Hija, ¿adónde vas? Dijo la mujer:—Voy a la plaza a traer tortillas porque mi marido va a salir de la plaza. Va a buscar trabajo. Dijo el sacristán: —Pues, hija, si dices así, no tengas cuidado. Yo te traigo dinero. Y dijo la mujer:—Pues, señor, pase V. por mi casa a las nueve de la noche.

Luego la mujer se fué a la plaza para comprar lo que necesitaba. Luego se fué a su casa. Contó a su marido lo que le había pasado en el camino por donde se fué a la plaza. Le dijo a él:—Hijo, no te vayas a enojar. Encontré a un padre y me dijo que iba a traer una talega de dinero; y encontré a otro que me dijo también que iba a traer otra talega de dinero. Encontré a un cantor que me va a traer trescientos cincuenta pesos; y encontré a un sacristán que me va a traer otro tanto de dinero. Le dijo su marido:—No quiero que estos hombres vengan a burlarse de tí. Dijo la mujer:—No, hombre, éstos no se burlan de mí. Verás: Vas a estar tú fuera de aquí, enfrente, para que veas que estos hombres no se burlan de mí. No más que tú ahí te estás viendo, que yo ya puse las horas para que vengan estos hombres. No pueden dilatar. No más que yo asegure los dineros que me traen, y no más tú estás al tanto. El que no trae nada, yo salgo a decir:—Ay, hombre, cuando está mi marido aquí. Esta hora duermo con mi marido. Y no más vaciamos un cajón que está aquí para que el que no traiga nada, entre en él. Le digo que entre, cuando vaya a decir eso que te dije. Tú ya estás al tanto.

Llegó la hora cuando el primer padre había de llegar. Vino. Dijo: —Buenas noches. Respondió la mujer:—Buenas noches, señor. ¿Quién es V.?—Yo soy,—repondió el padre.—Pase V. para adentro,—dijo la mujer.—Pues hija,—dijo el padre,—lo que nosotros hablamos. Para que no digas que yo me burlo de ti, aquí te traigo el dinero, lo que yo te dije. Dijo la mujer:—Sí, padre, pase V. a sentarse. Entró, y se sentó el padre, y dijo a la mujer:—Compras tres vestidos buenos, de plata y oro, y buscas unos muchachos, y unas cocineras para que te asistan. Luego el padre sacó un cigarro que encendió. Otro padre habló:—Buenas noches. Y dijo la mujer con el padre que estaba dentro de su casa:—Ay, padre, que ya mi marido ha llegado. Dijo el padre:—Ahora ¿qué hago yo?—Pues por aquí por la ventana sálgase V. Luego la mujer volvió a contestarle al otro padre que llegó, y le dijo:—Buenas noches. ¿Quién es V.?—Yo soy,—dijo el padre.—Pues, pase adentro,—le dijo la mujer. Éste entró y dijo:—Pues, hija, aquí vengo a dejar el dinero que yo te dije, para que no digas que yo te engaño.—Pues, pase V. a sentarse, padre.—Aquí te entrego el dinero. Y lo recibió la mujer. Se sentaron a platicar. Y que llega otro, y dice:—Buenas noches. Entonces le dijo la mujer:—Ay padre que ya mi marido llegó.—Pues hija, cómo hacemos?—Padre, por aquí por la ventana, sálgase V.

Se fué el padre, y volvió a responder a ese otro que llegó.—Buenas noches, —dijo,—¿quién es V.?—Yo soy,—respondió el que habló. Conoció la mujer que era el cantor, y le dijo:—Pase para adentro. Entró el cantor, y dijo: —Aquí vengo a dejar el dinero que prometí lo que yo te dije, si es que tú te sosticnes, lo que yo te dije. Si es que tu marido se fué afuera de la ciudad, pues yo te traigo más dinero.—Pues sí,—dijo la mujer. Habló el otro: —Buenas noches,— y dijo la mujer:—Ay, señor, que mi marido llegó. Dijo

el cantor:—Pues, hija, ¿qué hago? Dijo la mujer:—Pues por aquí por la ventana, sálgase V.

Volvió a contestar a ese otro que llegó.—Buenas noches,—dijo la mujer,—¿quién es V.? El sacristán respondió, y la mujer le dijo:—Pase V. para adentro. Entró el sacristán y le dijo a la mujer:—Pues hija, te vengo a ver sobre lo que hablé contigo. Pues sí, señor,—dijo la mujer,—que siempre mi marido se sale de la ciudad.—Pues sí, hija, eso es lo que vengo a ver si es verdad que tú te sostienes.—Sí,—dijo la mujer,—si es que mi marido se encuentra qué hacer, si es que se tarda, que no viene pronto de la ciudad. Se sentaron a platicar en la cama. Ya que se iban a dormir, dijo la mujer: —Ay señor, que cuando mi marido está, yo siempre salgo afuera para decir que esta hora me duermo con mi marido. Se salió la mujer a dar aviso a su marido, y volvió a entrar. Dijo al sacristán:—Ay, señor, que yo me voy a dormir contigo, así que mi marido no viene. Y tan luego como habló, su marido dijo:—Buenas noches.—¡Ay señor!—le dijo al sacristán,—que mi marido llegó.—¿Y ahora cómo hacemos?—Entre en este cajón y escóndase. —Sí,—dijo el sacristán.

Pues entonces entró éste y le echó la llave a su cajón, y volvió a hablar con su marido.—¡Ay hombre! que ya llegaste, que yo estoy sintiendo por ti. Pues hombre siéntate a descansar. Y le puso una silla contra su cajón. Oyó el hombre que tronaba dentro del cajón, y le dijo a la mujer:—Mira, ¿qué está tronando dentro de este cajón? Ella le respondió:—Déjate, hombre, siéntate mejor porque yo cuando fuí a la plaza y llegué, oí el trueno de ese cajón. Entonces ví que un gato estaba allá dentro. Dijo el hombre:—Préstame la llave, voy a ver qué clase de gato ése es.—No, hombre, siéntate mejor.—No,—dijo éste,—préstame la llave. Siempre voy a ver qué clase de gato es ése. Y cogió la llave y abrió el cajón con la vela en la mano. Conoció que era el sacristán y le dijo:—!Hombre! ¿porqué estás ahí? Respondió éste:—Señor, dispénseme V. que su esposa me dijo:—Escóndete aquí.—No,—dijo la mujer,—porque yo fuí a la plaza, y después que llegué oí que estaba tronando ese cajón.—No, señor,—dijo el sacristán,—ella me dijo:—Escóndete ahí, por eso es que estoy aquí. Dijo el hombre a la mujer:—Préstame ahí un palo para matar a este hombre, porque es muy malo. Al sacristán le dijo: —Ahora ¿qué cosa quieres? Te mato o me das el fundillo.—No, dijo el sacristán,—no me mates—mejor te doy el fundillo. Fué el zapatero y clavó la vela que tenía en la mano en el fundillo del sacristán, y después se fué. Tenía clavada la vela en el fundillo.

Después de ocho días hubo una misa. El padre vió cuando venía el zapatero con su esposa y sus muchachos a la iglesia. Estaban muy bien vestidos, de plata y oro, y dijo el padre:—Mira qué lindo viene el zapatero. El cantor respondió:—Las costillas de V. y las mías. Dijo el sacristán: —Ese tiempo no tuve dinero y mi fundillo sirvió de candelero.

El otro padre se fué afuera de la ciudad. Encontró una hacienda y vió un marrano que era muy gordo; y le dijo a su muchacho:—Pregúntale al dueño de esa hacienda si se vende ese marrano. El dueño dijo que no se vendía, y el padre buscó otro modo. Le dijo al muchacho:—Ya sabes, aquí voy a

decir una misa grande. Conoces cuando llega el dueño de la hacienda a la iglesia. Te vas a la hacienda a decir al manejador que aquí el señor te ha mandado venir a traer el marrano.—No,—dijo el manejador.—Solamente porque está el padre diciendo una misa, por eso no más te voy a dar un borrego.—Sí,—dijo el muchacho. Luego lo fué a matar y le llevó al padre una pierna. Cuando llegó a la iglesia vió al padre y entonces le dijo:—Muchacho ¿cómo te fué? Este respondió:—No más me dieron una pierna.

123. CUENTO DE ANTONIO LOCO

Juquila, Juquila.

Era éste pretendiente de una señora. Ésta tenía tres otros pretendientes. Conque de los tres, uno era cura, y el otro vicario. Esta señora le avisó a su marido. Le dice:—Cítalos para las nueve de la noche o las diez y pídeles siquiera cien pesos a cada uno.

Conque la señora citó al cura a las nueve de la noche. Llegó. Lo atendió la señora muy bien. Cenando estaban, cuando llegó el vicario, y le dijo al cura la señora:—Métase aquí entre este cajón. Lo metió en él y atendió al vicario.

Le dió éste cien pesos, y empezaron a cenar. Cenando estaban, cuando llegó el marido. Al ver a su mujer en ese estado, le tiró un balazo al vicario. Al oir el cura el disparo, salió del cajón y le dió el señor otro balazo. Mató a los curas.

A la noche siguiente llegó Antonio loco. Le dice por fin a la señora: —Pues le ha ido mal, señora, yo le salvo a V. de cualquier compromiso.—No es cierto, Antonio.—¿Cómo que no, señora?—Pues vaya a tirar este cuerpo en una hondura.—Pero qué me concede V.?—Cuando llegue le doy lo que V. quiera,—le dijo la señora.

Se fué Antonio con el cuerpo a la hondura. Cuando volvió, ya había puesto la señora otro.—Ahora sí, mamacita, ¿qué cosa?—Antonio, V. no es hombre.—Y ¿porqué?—Pues V. se fué, y mire lo que está aquí.—¿A dónde está? A ver; présteme un palo. Cogió y se fué otra vez. Llegó a la hondura y se acostó a la orilla de ella.

Pasó un fraile a decir misa en otro pueblo, y dijo aquel señor entre sí: —Pobre de este borracho,—y le habló para que no se fuera a caer en el agua. Antonio se levantó y le dijo:—Ay, cabrón, ya saliste. Y palo con él hasta que lo mató. Votó al agua con autoridad. Esperó y aguardó a que llegara el fraile.

Conque ya en la noche se fué Antonio a la casa de la señora. Tocó la puerta; la señora estaba arriba. Cada vez que tocaba la puerta, ella le rociaba la cabeza con agua de la basinica.—Bien batido,—decía Antonio;— ¿pero, qué está lloviendo? Se tentaba la cabeza y revolvía la mano, diciendo:—¿Pero qué está lloviendo? Por último se enfadó y se fué.

La autoridad de aquel pueblo buscó al fraile, y dijo:—Era bueno mandar llamar a este Antonio. Tal vez haya matado al fraile. Conque le citaron. Se presentó, y le dijo el presidente:—Hombre Antonio, ¿no vistes al fraile? ¿Porqué no se viene?—¿Cómo no, señor? Yo lo maté.—¿Cuándo Antonio?—Pues, señor, en la noche que cayó agua de mierda.—Este hombre está loco. Lo sacaron afuera luego.

124. CUENTO DE UN ZAPATERO

Mitla, Tlacolula.

Éste era un zapatero que tenía muchas deudas y como no tenía con qué pagarlas, dispuso ir a vivir con su familia a otra parte. Entonces el zapatero se hizo el muerto, y su mujer salió a pedir limosna para el velorio de su marido, y no encontrando se lo llevó a la iglesia con sus cuatro velas prendidas. Como a media noche llegaron muchos ladrones a la puerta de la iglesia y allí se repartieron el dinero. Entonces comenzó a gritar el muerto, y los ladrones se echaron a correr de miedo dejando el dinero. Entonces se levantó el muerto y se hizo del dinero.

Al día siguiente se va a su casa y le dice a su familia:—Ahora sí, ya no nos iremos, porque tengo mucho dinero. Luego comenzó a comprar cosas. Entonces las gentes quedaron asombradas al ver a ese hombre que después de ser pobre se hizo rico.

125. CUENTO DEL CURA CON EL SASTRE

Mitla, Tlacolula.

Un día un cura llamó a un sastre para que le hiciera un bonete y le entregó el género, y le pregunta si le sale el bonete del género. El sastre respondió que sí salía. Entonces se fué el sastre, y pensó el cura que no le había preguntado que si salían dos, y llamó al sastre, y le preguntó que si le salían dos.—Sí—le dice el sastre. Se fué el sastre, y al día siguiente le llevó unos bonetitos. El padre no dijo nada; pues el sastre le había obedecido. Entonces el cura compró el género para que el sastre le hiciera uno a su modo.

126. EL HIJO HOLGAZÁN

Había una señora que tenía un hijo que era muy flojo y que no quería hacer nada. Iba con su mamá a alguna parte, y donde quiera que llegaban luego se acostaba a dormir. Un día le dijo su mamá:—Vamos a traer leña. Y luego que llegaron, aquel muchacho se acostó a dormir y su mamá hizo la leña y ya que se había hecho su leña, se la amarró y lo despertó y se fueron. Así se acostumbró aquel muchacho a que fuera siempre su mamá con él a traer la leña, y luego que llegaba tendía su mecapal (1) y se acostaba a dormir, y cuando lo despertaba su mamá ya su leña estaba amarrada. Se fué un día que su mamá le mandó a traer leña, y como estaba acostumbrado que su mamá le hiciera la leña, cuando llegó tendió su mecapal y se acostó a dormir; y cuando despertó no había nada de leña. Agarra su mecapal, y que se viene; y antes de ésto, vió que estaban dos barriles de dinero allí, y ni porque vió aquel dinero lo cargó. Se vino y cuando llegó a su casa, le dijo su mamá: —¿Dónde está tu leña?—¿Tu leña? Conque dos barriles de dinero que estaban allí no los quise cargar, y había de cargar la leña? Y luego que le oyeron los vecinos que estaban allí cerca de la casa se dijeron:—¿Será cierto? Pues mira; mañana vamos a madrugar. Se fueron, y cuando llegaron vieron que allí estaban aquellos dos barriles, pero estaban llenos de carbón; y dijeron: —Vamos a llevarlos a su casa para que no sea mentiroso otra vez. Cuando amaneció, al abrir la puerta la mamá de aquel muchacho, se cayeron aquellos dos barriles de dinero. Y entonces le dijo:—Mira, ya que no los cargaste se vinieron solos; ahora levántate para que recojas el dinero. Y el flojo le dijo a su mamá:—Recójalo V. si quiere; ya ve V. como llegaron solos sin que yo los fuera a traer. Esto oyeron los vecinos, y que se van a ver, y cuando llegaron le dijeron a la señora:—Nosotros fuimos a traer esos barriles de dinero de allá arriba. Siquiera porque fuimos dénos V. algo de dinero. Ella les respondió que no; que quién los había mandado que fueran por ellos, que por eso ahora no les daba nada, aunque se lo fueran a decir a quien quisieran.

127. CUENTO DE UN SEÑOR POBRE

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Éste era un señor muy pobre que no le alcanzaba a comer de lo que trabajaba en un día. El señor pasó a pescar pescado en una laguna, y cuando estaba comiendo su tortilla, ya vió a un pescado con tres colas y de tres colores y fué y lo pescó. Luego se fué para su casa y le dijo a su esposa:—Mira

(1) Cinta de cuero para llevar las cargas a la espalda.

un pescado de tres colores que yo cogí, pero quiero saber porqué es así. Y la esposa contestó:—Anda pregúntale a nuestro patrón, a ver qué dice, porqué está pintado ese animalito. Entonces se fué a la casa de su patrón a ver cómo sería eso. El patrón le dijo a su mozo:—Ésta es tu suerte, y ahora cuando te vayas a tu casa le dices a tu esposa que lo cueza muy bien en un comal, y lo haces puro polvo. Y tú que no tienes una familia, nada más tienes que una yegüita y una perra. Pues cuando comes tú, echas un poquito de polvo, y cuando coma tu yegua echas un poquito de polvo, y cuando coma tu esposa le echas otro tanto en su comida, y también cuando le des de comer a tu perra echas otro tanto, y verás como sale tu suerte. El hombre dijo:—Está muy bien; así lo voy a hacer. Y se fué para su casa y su esposa le preguntó, que cómo le dijo el patrón, y él respondió que el señor dijo que ésa era una buena suerte para ellos, y explicó como debían hacer:—Tú vas a hacer lo que yo te digo, y yo voy a hacer lo que el señor me dijo.—Está bien,—contestó la mujer. Fué haciendo lo que el hombre le dijo, y el hombre hizo lo que le dijo su patrón, y a pocos días la mujer estaba embarazada, y la yegüita estaba preñada, y también la perra. De repente la mujer presentó tres reyes; y su esposo dijo:—Ésta es la primera suerte. Y después la yegua parió tres caballos, y la perra parió tres perritos, y ésa fué la dicha de aquellos pobres. Y los niños fueron creciendo, y cada uno de ellos tenía un caballo y un perro. Cuando su padre vió que los niños ya estaban grandes, entonces les dijo:—Ahora se van a trabajar. Y los niños ensillaron sus caballos y dijeron entre los tres:—Vamos a rifar la suerte. Y tomaron su camino, y más adelante llegaron y se dijeron los tres hermanos:—Ahora sí, vamos a tomar cada uno su camino. Y el mayor cogió el lado derecho, y el segundo tomó el lado izquierdo, y el tercero tomó el camino de en medio. Entonces dijeron:—Cuando regresemos, a ver quién tiene más dicha. El mayor llegó a una hacienda donde estaba una señora, y allí entró, pero ya no pudo salir. Vino el hermano y dijo:—Pues yo voy a sacar al hermano. Y se fué y cogió un machete, y cuando mató a la vieja, entonces sacó a su hermano con su novia y con mucho dinero. El padre quedó muy contento.

128. CUENTO DE JUAN TONTO Y JUAN HÁBIL

Mitla, Tlacolula.

Éstos eran dos hermanos, uno muy tonto y el otro muy vivo. El vivo le dice un día al tonto:—Mira, hermano, te quedas con la familia y yo iré al campo.—Sí, le dijo el hermano.—Éste vió llorar a una criatura, y tomándola le sacó los sesos. Y él se dijo:—¡Va, qué dejados son! ¿Cómo dejan a la criatura que tenga gusanos? En ese momento llega el vivo, y le dice: —Ahora sí, mataste a la criatura. Otra vez salió el vivo, y Juan pone una olla de agua hirviendo para que se bañe su mamá, que hacía mucho tiempo que estaba en cama. Bañó a su mamá que inmediatamente expiró. Cuan-

do llegó el vivo quedó espantado al ver a la pobre madre muerta en esos montes. Entonces montó a la madre en un asno y la llevó a un campo donde había muchas milpas; pero allí le salió el dueño y le tiró una pedrada a la vieja. Entonces Juan Hábil, o el vivo, le dice:—Ahora sí, ya mataste a mi madre,—y llama a la policía. Entonces le dice el dueño:—Te doy mucho dinero si no llamas a la policía. Así lo hicieron, dando sepultura a la madre. Tomaron su camino, y el tonto se llevó cargando la puerta de la casa, y llegan a un campo donde los pesca la noche, y allí se suben en un árbol. A media noche llegan unos ladrones debajo de ese árbol.

Entonces dijo Juan Tonto:—Tengo ganas de orinar. Entonces dijeron los ladrones:—Está cayendo tepache del cielo,—y al decir esto, Juan Tonto dejó caer la puerta, y los ladrones se fueron inmediatamente dejando sus capitales y ellos se volvieron ricos.

129. CUENTO DE JUAN CENIZA

Mitla, Tlacolula.

Juan era un muchacho muy mentado, y tenía una abuela muy anciana que estaba enferma, y ella le dijo a su nieto:—Juan, anda pon una olla de agua tibia porque me voy a dar un baño.—Sí,—dijo el nieto, y se fué a poner la olla de agua caliente, y después abrazó a su abuela y la sentó en el agua caliente. Después cogió más agua caliente y le echó en la cabeza y la pobre anciana allí se murió. Cuando llegó el otro hermano de Juan, le dijo:—¿Qué cosa estás haciendo tú, Juan? Y él contestó:—Yo estoy bañando a la nanita, para que sane más pronto. Y el otro muchacho le habló a su abuelita y la pobre anciana ya no respondió nada. Entonces le dijo a su hermano Juan:—Ya sabes tú, hoy sí acabaste de matar a mi abuelita. Y Juan dijo: —¿Cómo se ha de morir la nanita? ¿Que no ves que se está riendo? Mira y verás. Y su hermano le dijo:—Hasta se quedó abriendo la boca la pobre nanita. Entonces Juan le contestó:—¿Ves que se está aliviando? Voy a poner un petate para que se acueste. Y la acostó y se fué. Su hermano de Juan comenzó a llorar, cuando Juan regresó y le dijo su hermano que hasta ahora no había despertado la viejita.—Pues aquí traigo un jumento para llevarla al monte. Y la llevó para que la fueran a enterrar. Abrazó a su abuelita y la puso sobre un burro, y él se la llevó y se fué adelante, y Juan venía muy atrás, y en el camino donde venía en su jumento venía un hombre atrás casi cerca, y se espantó el animal, y la anciana cayó por un lado, y ese hombre dijo:—Señora ¿qué le pasa? Levántese. Y la señora no respondió, y aquél la creyó muerta, y se montó en el burro y sale Juan y le dice: —Oye, amigo, ¿porqué espantaste al burro de mi nanita? Mira que ya se murió y ahora yo te demando porque has espantado al burro, por eso se cayó mi nanita. Aquél dijo:—No me demandes; cuanto quieras yo te doy. Y Juan, como es demente, dijo:—Si tú me das cien pesos, no te demando. Y

el pobre hombre porque no lo llevaran preso pagó los cien pesos, y le dijo a Juan:—Pero anda vete corriendo con tu abuelita.—Sí,—dijo Juan, y se fué para su casa y cuando llegó le dijo a su hermano:—Mira, mi hermano, ya he conseguido el dinero para la pobre de mi nanita. Y el hermano le dijo: —¿Adónde has ido a traer ese dinero? Juan le contestó:—Para que sepas que soy mentado, así lo hice, adelanté al burro con mi nanita y salió un hombre y se espantó el burro y ella se cayó, y ese hombre me pagó cien pesos porque no lo demandara.

130. CUENTO DE JUAN CENIZA

Juquila, Juquila.

Éstos eran tres hermanos. Dos muchachos eran muy trabajadores y Juan no salía de la ceniza. Cuando se cambiaba de un lado del fogón a otro, decía:—¡Ay, mamá, que anda el cristiano no! Ahorita estaba yo de aquel lado, y ahora estoy por éste. Así era su vida porque no salía a ninguna parte. Los hermanos decían a la señora:—¿Porqué no manda V. a Juan que vaya a trabajar?—Todos los días lo mando a trabajar, pero no se cambia más que de un lado del fogón al otro.

Conque un día de tantos, se enfadó Juan, y se fué para un manzanal. Para esto había allí un daño. Juan llegando al manzanal, se sentó en un portillo. El dañero vió a Juan, y lo llevó a la casa, y le dijo a su mamá: —Estos muchachos flojos no van a cuidar el manzanal. Me hace V. el favor de sacarlos de aquí de la casa, porque si no, no sirven para nada.

Conque se fueron los otros muchachos muy lejos. Llegaron a una población y empezaron a trabajar. Formaron su casa, y luego después le dice Juan Ceniza a su madre:—¡Ay, mamá! yo mucho me acuerdo de mis hermanos; creo que me voy a seguirlos. Me prepara V. mi viaje.

Se fué Juan Ceniza, anda y anda. Los dos hermanos vieron que iba llegando Juan Ceniza. Llegó, y le saludaron, y le dijo su hermano a Juan: —Bueno, y ¿porqué vienes a buscarme tú, Juan Ceniza?—Ay hermano, vengo a buscarte porque me quedé solo. Se murió mi mamá.—¿Y qué hiciste con ella? ¿Porqué se murió?—Pues ella me dijo que quería bañarse, y me mandó poner una olla de agua caliente para que se bañara. Conque la bañé, y la acosté en la cama. Al día siguiente que la ví, se rió y dijo que fácilmente tenía hambre. Le dí de comer y me vine. En el camino me decían que ella se murió, pero yo la dejé comiendo.—Vámonos, hermano, dicen los otros a ver qué cosa fué a hacer este ceniciento.

Cuando llegaron, estaba la señora tiesa; el cachete estaba lleno de tortillas, en donde las atacó Juan Ceniza.

131. LOS TRES HERMANOS

Juquila, Chatino.

Una señora tenía tres hijos. Fallece ella y quedan los tres huérfanos. Uno de ellos, el más chico, les dice a los otros:—¿Qué haremos, hermanos? Vamos a buscar la vida. Y se pusieron en camino.

Andando, andando, llegaron en donde se apartaban tres caminos. El más chico les dice a los otros:—Ahora sí, hermanitos míos: que escoja cada quién el camino que quiera y el que quede agarraré yo. Y les advierto también una cosa, que con esta fecha dentro de un año en este lugar nos hemos de juntar si estamos vivos. Procuren de aprender algún oficio. Precisamente al decir esas palabras el hermano más chico a los hermanos mayores, entonces el hermano mayor agarra el camino de la derecha, el otro el de en medio, y el más chico el de la izquierda.

El hermano mayor, andando y andando se encuentra con una zapatería y le agradó. Allí se quedó aprendiendo el oficio. El del medio se encuentra con una sastrería y se quedó aprendiendo el oficio de sastre.

El más chico, anda y anda hasta que se encontró con una hacienda, y se paró pensando en ese momento. Volteó a ver el catrín en el camino y lo ve parado. Luego lo llama y le hace una observación, preguntándole que si sabía leer. Le contestó que no, y le pregunta el señor que para dónde iba. Le contestó que a buscar su vida. Entonces le dice el señor que si no quería quedarse con él. Luego le preguntó el niño al señor en qué lo ocupaba. Le contestó el señor que no lo quería más que para hacer la comida, y que no le faltaría dinero para gastar ni le haría falta qué comer, y él era solo.

Pues al fin se quedó el niño en la casa del señor. Al siguiente día dijo el señor al niño que se levantara para recibir lo que había de gastar al día, y le dió cinco pesos para eso. Por fin le preparó el muchacho el desayuno. Lo tomó el señor y mandó a ensillar y luego se fué. No volvió hasta la tarde del siguiente día. Volvió a salir y entonces ya le dejó la llave de la casa y del baúl, para que sacara el dinero que considerara que se pudiera gastar en el día. Al siguiente día, lo mismo, y al tercero, y a los cuatro días le ocurrió al niño fijarse en los libros que estaban en la mesa. Al otro día se impuso de los libros bien. Luego entendió que era cosa mala, pero se quedó fuerte. Dice él entre sí:—Lo mismo es, que no me hace nada.

Al otro día cuando se fué el señor, se puso a estudiar. El caso es que día por día estaba estudiando, y entre más días más cariño le agarraba el señor al muchacho, y todos los días le entregaba los doscientos o trescientos pesos. Ya entonces sabía el muchacho cómo y de qué manera trabajaba el señor. Y mientras él estudia y estudia por fin se pasó el año, y luego le contó el muchacho a su patrón el contrato que habían hecho entre los herma-

nos. El señor le contestó al mozo que si ya no quería trabajar que se fuera, que él no le podía obligar y que no podía darle más que las gracias. Luego lo llamó para adentro y le dió un costal con tres mil pesos. Le contestó él que no podía cargar con él. Entonces le dice el señor que se fuera a traer una mula del corral para que pudiera llevar el dinero. Al fin se fué con su mula cargada de dinero.

Cuando llegó al lugar ya los otros ya estaban descansando en el lugar que habían fijado. Luego que se paró aquél a descansar con la mula se admiraron de ver tanto dinero, que ellos no sabían nada.

Al otro día temprano volvieron a cargar la mula y se fueron su camino. Entonces el hermano chico le preguntó al mayor qué oficio había aprendido, y le contestó que el de zapatero. Le hace la pregunta al otro y le contesta que él era sastre. Entonces le preguntan ellos al chico qué oficio había aprendido. Éste les contesta que no había sido más de un criado y que su patrón le había dado una gratificación.

Por fin se asentaron en la casa y empezaron a gastar y al fin se acabó el dinero. El zapatero ninguno lo ocupaba, y el sastre lo mismo, atenidos al hermano chico, nada más.

Así que vió el chico que ya no tenía dinero, les dice a sus hermanos que se vayan a una pelea de gallos. Y le agarraron a él en lugar del gallo y se fueron. Llegaron al patio, y antes de llegar les dice a sus hermanos que si venía alguna persona que lo comprara que no lo fueran a vender con todo y mecate.

Los hermanos hicieron una apuesta de cien pesos. Ganó luego el gallito los cien pesos. Luego se admiraron todos los jugadores al ver al gallito. Pues luego salió un marchante que ofreció veinticinco pesos, y él quería cincuenta. Por fin les dieron los cincuenta pesos.

Volvieron a gastar. De allí se fueron a carreras de caballos. El hermano chico se volvió caballo, un caballo muy elegante y chiquitillo. Se agarraron a una pareja y ganó siempre el caballito. Al ver un charro al caballito, le dice:—Vamos a una apuesta de cien pesos.—Vamos de a doscientos. Fueron los doscientos y ganó siempre el caballito.—Doscientos pesos por su caballo,—le dice un charro.—Si me da V. trescientos se lo vendo. Pero le advierto a V. una cosa, que menos la reata. Como los hermanos ambicionaban el dinero, lo recibieron.

Se fué el caballito con todo y reata. Por fin logró el caballito huirse, y como este hermano les había encargado que no lo fueran a vender con todo y reata, pues eso andaban haciendo cuando lo supo el señor en donde el muchacho estaba sirviendo.

Dice el señor así:—¡Ay, cuánto perdí por consentir a este maldito muchacho! Y me dijo que no sabía leer. Por fin de mis manos no se escapa. Luego tanto el muchacho les dice a sus hermanos que no le fueran a vender el caballito a un viejo, porque había de ser el señor que fué su amo.

Siguieron trabajando. Cuando acabaron su contrato con el viejo, luego que les llamó a la compra, le dice al señor que ni por ningún dinero le vendería el caballito. Al decir esas palabras el señor, cogió al viejo todo el dine-

ro que cargaba. Le ofreció y luego le dice uno al otro:—¿Qué hacemos, hermano? ¿Vendemos o no?—Le contesta el otro:—Venderemos, a ver qué pasa, pero menos la reata? Les dice el viejo:—Hay otro tanto de dinero por la reata.—Pues le venderemos a ver qué pasa. Se resolvieron a recibir el dinero y fueron a disfrutarlo.

Mientras, el viejo se llevó el caballo con el fin de matarlo de hambre. A los dos días llama un compadre del anciano a pedirle un caballo alquilado, y le dice que no tenía ninguno. Pero el caballito llegó en ese momento y empezó a relinchar.—Ya lo ve V., compadre. ¿No dice que no tiene ningún caballo?—Ay, compadre; sí, tengo allí un caballo muy flaco. Quien sabe si aguantará.—Si voy al baño; nada más, compadre.—Llévelo. Pues únicamente le recomiendo a V. una cosa, que no le vaya a quitar el freno. Contesta el compadre que no tuviera cuidado.

Pues al llegar al río empezó el caballo a relinchar de hambre y sed que tenía. El compadre le quitó el freno y la montura, porque le quería dar agua y bañarlo. En eso lo dejó caer en el agua y se fué con todo y reata. Se metió en el monte, agarró cuanto pudo y se volvió gente. Cuando el compadre con el ansia de alcanzar al caballo, preguntó que si había visto pasar un caballo, le dice el muchacho que sí, que acababa de pasar corriendo, y él luego se fué para su casa. Llegó a donde estaban sus hermanos aprovechando el trabajo. Él los regañó porque lo vendieron con todo y reata. —Ahora vamos a trabajar en una parte diferente, porque si no, me mata mi patrón.

Por fin siempre lo andaba persiguiendo el viejo. Después se volvió perro. Y el viejo, más tarde se volvió león viejo con el fin de matar al perro. Luego se volvió el muchacho una paloma y se fué volando, y el viejo se volvió un gavilán para matar a la paloma. Se fué la paloma volando y el gavilán tras de ella. Ya ésta no sabía para dónde meterse. Volando y volando se metió en un baúl de una casa, y se volvió un peso de oro. Conque el viejo aquel llegó y le dijo a la casera que si no quería vender el peso de oro que tenía. Le contestó la casera:—Ay, señor, no tenemos ningún peso de oro. —Pues sí tiene V. Vea V. en su baúl y verá cómo sí lo tiene. Y yo le doy por él el dinero que V. quiera. Cogió la señora la llave y abrió la caja. Positivamente que sí estaba el peso.

Al darle el peso volvió a volar la paloma y se quedó el viejo chiflando. Al buen rato volvió a seguir a la paloma. Ya cuando la iba alcanzando se volvió una chía, y el viejo se volvió una gallina para recoger la chía con sus pollitos. Ya cuando la iba alcanzando se volvió una zorra la chía y agarró a la gallina con todos sus pollitos. Allí acabó el criado a su patrón.

132. CUENTO DE UNA NIÑA QUE DESEABA TENER UN MARIDO QUE TUVIERA UN LUCERO EN LA FRENTE

Juquila, Juquila.

La señora quería que se casara la niña, y ella le decía a su mamá que no se casaba, mientras no hubiera un novio que tuviera un lucero en la frente y los dientes de oro. Cuantos novios entraban a pedir a la niña, esas palabras le repetía a su mamá. Pero observa el diablo y dice entre sí:—Yo me he de casar contigo.

Al otro día, ensilla su caballo, pasa por la calle en donde vive la niña. Estaba la señora sentada con la niña en la puerta. Al pasar se quita el sombrero para saludar a la señora, y viendo que tenía un lucero en la frente, y como al tiempo de saludar se sonrió, vieron que tenía los dientes de puro oro. Así que se fué, le dice la señora a su hija:—Ahora sí, hija, hasta que hubo una persona como la que deseabas.—¡Ay, mamá!—le dice la niña a su madre,—V. no piensa en otra cosa sino que yo me case. Ya sabía V. que ese hombre quiere casarse conmigo. Y éste como diablo que es, todo lo que ellos decían oyó.

Al siguiente día ya entró a pedir a la niña con quinientos pesos. Luego le hace la pregunta esta señora a su hija. La niña contestó que lo que dispusiera su madre, estaría bien hecho. Recibió sus quinientos pesos. Al siguiente día volvió el novio con mil pesos. Al otro día le llevó otros mil pesos. Se completaron los pedimientos; y la señora con dos mil pesos se fué a ver al cura.

Se casaron; hicieron fandango. Una vez casada, y la señora con bastante dinero, se apartó ella en otra sala, pero estaba siempre al tanto de ellos. A los cinco días, vió la señora a su hija muy triste y pálida. Luego le hizo la señora una observación. Contestó la hija de este modo:—Ay, vieja, qué mal me siento de haberme dado a casar con este hombre maldito. No me deja dormir; desde el día que me casé no he podido dormirme un rato.—Pero, ¿porqué, hija mía?—le dice la señora. Qué cosa te hace tu marido? ¿no te da de comer o de beber; o te pega?—¿Pues, sabe V. porqué no le he dicho nada? Porque V. lo quiso a este maldito hombre; y por tal motivo no me he quejado con V. Desde la primera noche, este hombre me hizo quitarme el rosario, la cruz, y luego me decía que yo me quitara el pecho. Yo le digo que es imposible quitarme la carne. Para las nueve de la noche ya no me deja estar un rato a gusto, ni me deja dormir.—Pues bien, hija, yo tuve la culpa por haberte casado, y voy a poner el remedio a esto. ¿A qué hora llega tu marido?—A las nueve en punto.

Se fué la señora a dar parte al cura, y el padre le dió todo el remedio a la señora. Le dijo así:—Lleve Vd. una botella de agua bendita; prepare

V. un chicote y antes de llegar, desocupe V. la pieza. No deje más que una alcuza en el rincón de la casa. En las ventanas cuando conozca que ya ha llegado, agarra su chicote y el agua bendita y se va. Cuando llegue, cierre la puerta y eche agua bendita en la puerta; remoje el chicote con el agua bendita y empiece a chicotearlo hasta que se meta en la alcuza. Luego lo tapa V. bien y le echa bastante agua bendita, y lo manda a enterrar. Pues llegando la hora, se fué la señora con su chicote en la cintura. Al llegar empezó a dar chicotazos a su yerno, hasta que se metió entre la alcuza. La tapó bien, y agarró a su hija. Se fueron a dormir.

Otro día después, pasa un cargador y le pregunta la señora que cuánto quiere por ir a escarbar una sepultura en un mogote que dista como una legua del lugar.—Si me da cinco pesos, yo me voy,—le dice el cargador. Contesta la señora:—No sólo cinco pesos, sino cien pesos te pago; pero escarbas veinticinco metros de hondo y un metro cuadrado de ancho. Luego que acabes ven a avisarme para que te pueda pagar. Así que acabó el cargardor de escarbar, regresó, y la señora le dice que agarre la alcuza y que se vaya. Llegaron al punto. Vió la señora la sepultura, y le dice al cargardor:—Entierra esta alcuza y la sellamos con pura piedra, y después vienes para pagarte. Cuando regresó el cargardor le pagó la señora los cien pesos.

Pues, a los tres meses pasa el cargador por aquel punto o lugar, y se quedó parado pensando qué cosa había enterrado allí, cuando oyó una voz muy apenas, y luego se acercó más. Aquel amigo dice:—Sácame de aquí y te doy el dinero que quieras. Éste se puso a pensar cómo haría para sacar todas aquellas piedras, por fin:—Voy a sacar a este amigo, a ver con qué me protege. Empezó a escarbar; sacó la alcuza, y la destapó. Cuando va saliendo el amigo, y luego le dijo:—¿A ver, qué cosa quieres? ¿Quieres dinero o quieres oficio?

Este hombre se quedó pensando:—Si agarro dinero, se acaba, y es mejor un oficio.—Pues luego te voy a poner de curandero; es el oficio más fácil, y se gana más plata. Cuando veas que yo estoy sentado, no te comprometas a curar; y cuando me veas por el pie de la cama, pide el dinero que quieras.

Por fin así anduvo por mucho ganando mucha plata, y ya se supo que era el mejor curandero que podía haber. Y encontrándose un rey de gravedad, luego mandó a traer a ese amigo; y como éste tenía la seguridad de sanar aquel rey, se fué en el momento.

Llegando a la casa del rey, preguntó cuántos médicos habían tenido. Le contestaron que varios.—Pues estos médicos no sirven para nada, y a las veinticuatro horas yo sano al rey, siempre que me paguen tres mil pesos. —No diría eso más que fuera con una garantía que si a las veinticuatro horas no siente él alivio, pena de la vida. Pues éste aceptó el contrato porque tenía la ansiedad de ganar los tres mil pesos. Luego mandó traer de varias clases de yerba del campo, y sacó a toda la familia. En la pieza se quedó él solo, y como sabía curar, empezó a refregar la yerba en el cuerpo; y luego se fijó en cuál lado estaba su amigo, y vió que estaba por la cabecera de la cama, y dijo:—Mal negocio. Le habló a su amigo que se metiera adentro

del rey, de una vez para que se ventoseara. Una vez el amigo adentro, llamó a toda la familia y les dice:—No esperamos más que se ventosee el rey, y ya sana.

Conque amaneció el siguiente día, y nada que se aliviaba el rey. Ya entonces volvió a hacer la misma operación. ..... (1)

133. CUENTO DE UN BORRACHO QUE DE LA CANTINA NO SALÍA

Este borracho era muy católico. Cuando se levantaba, la primera cosa que hacía era irse a la cantina. No tenía otro oficio más que emborracharse porque no conocía ninguna clase de oficio. Entre tanto tiempo, una mañana dijo así:—¡Ay, Dios mío! Te prometo no volver a emborracharme si me concedes un peso.

Al salir a la calle, encontró una cantina, pero alzó sus manos al cielo y dijo entre sí:—Si me voy a la cantina, no se vuelve mi peso. Mejor sigo mi camino; a ver que más me socorre Dios.

Siguió caminando hasta que llegó a una ciudad. Entró en la casa de un anciano a pedir posada. Lo atendieron muy bien y no le costó nada. Al día siguiente siguió caminando. Llegó a otra ciudad más grande a la casa de otro anciano; pidióle posada y de comer. Así que acabó de comer, pidió un consejo. El señor dijo:—A la tierra que fueres, haz lo que vieres.

Agarró el camino. Se fué a dar una vuelta al centro, y vió a los señores que andaban de levita. Luego se acordó del consejo que le había dado el anciano. Se fué a comprar una cobija, y mandó hacer su levita y se vistió.

Se fué para el palacio de un rey que tenía una serpiente. Cada día le daba de comer un cristiano. Mas para esto, el rey decía que si hubiese una persona que matara a la serpiente, con ése se casaría la princesa. Pues por fin este borracho fué y se paró enfrente del palacio con su levita. Se cuadraba de un lado a otro, y decía que se miraba bonito o se miraba feo. Eso estaba diciendo, cuando el rey dijo al mozo así:—Llévate una escolta y tráeme a ese loco. Llegó el loco y lo metieron adonde estaba la serpiente. El pobre dijo al entrar:—¡Brazos armados, no hay azote! Agarró dos pedazos de leña, uno en cada brazo, y le fué soltando de leñazos hasta que la mató. Al buen rato el rey le dijo al mozo:—Anda, mira a ver qué está haciendo ese loco. Cuando el mozo llegó, estaba el pobre sentado con su leña en la mano y la serpiente muerta. Corriendo se fué el mozo a avisar al rey. En el momento le mandó traer, y le dijo:—¿Sabes, hijo, que vas a ser mi yerno?

Conque se casaron. Hicieron fandango; el rey les dejó en su palacio y se pasó él a otro. Una vez estando él con su esposa, le dijo:—Voy a tra-

---

(1) Lo demás de este cuento se ha perdido.

bajar de jornalero, para que no se acabe el dinero, y para que comamos.—¡No, —le dijo la princesa,—no tienes vergüenza! No vayas a trabajar. Siendo el yerno del rey, es una deshonra; hijo, no vayas.—Pero hija, ¿qué quieres que yo haga? No soy comerciante, y no conozco ningún oficio. Voy a trabajar. ¿Me llevas de comer?

Se fué a una hacienda de jornalero. Llegó y le habló al mayordomo. Luego le dieron trabajo. Así que llegó la hora del almuerzo y empezaron a almorzar los mozos, le convidaban a almorzar con ellos. Él les decía:—Almuercen amigos, que ahorita llega el mío. Yo soy yerno del rey. Con esas palabras empezaron los mozos a burlarse de él. Informaron al mayordomo que estaba loco, y él también se burló de él. Fumaron todos; decidieron que si no era cierto lo que decía el hombre, iban a fusilarle.

Al buen rato llegó la princesa y se fué derecho a donde estaba el mayordomo. Le dijo que si quería prestar su comedor.—No sólo el comedor sino que también todo es de V. No, señora pero porque yo iba a fusilar a su marido si no era casado con V. Y así es que la hacienda es de V. con su marido.

134. UN CABALLERO Y SU CABALLO

Juquila, Juquila.

Éste era un caballero que avaluaba su caballo en setecientos pesos. Lo tenía el rey sentenciado a pena de muerte por haber dicho que el que tiene dinero hace lo que quiere. El rey dijo:—Vamos a ver si es cierto que el que tiene dinero hace lo que quiere. Me has de empreñar una princesa que voy a poner bajo de siete llaves. Tenía razón de estar triste el caballero, cuando pasó una vieja y le dijo:—¡Adiós, caballero!—¡Adiós, buena vieja!—¿Qué tienes que estás tan triste y apasionado?—Yo le dijera a V., buena vieja, pero no puedo.—Dígame V. que yo lo saco, y lo saco en los hombros. Merque V. una charola y un águila de oro mandada a hacer con el fin de que pase adentro para cuando el rey le mande a llamar, voy a darle satisfacción.

Cuando lo mandó llamar, dijo la buena vieja:—Ahora voy yo al palacio. Llegó.—¡Buenos días, su sacra, real majestad!—¡Buenos días, mi vida¡ ¿Que ya no pides caridad ahora?—Ya no, su sacra, real majestad; por la virtud que Dios me ha dado. ¿Cuánto me paga V. por mi águila? Le toca a V. piezas las más elegantes que se pueden oir. Empezó a tocar el águila unas piezas que el rey nunca había oído; y así que acabó de tocar, le pagó el rey. La princesa le llamó para tocar para ella en donde estaba bajo de siete llaves, y la buena vieja entró con el águila a tocar.

Ya una vez estando adentro, salió el caballero de la águila a fornicar con las dos princesas. Otro día salió para que le pagara el rey, y le dijo: —¿Cuánto me paga V. por poner una fuente de agua de todos colores? El día siguiente mandó la buena vieja a la princesa a traer agua, y le dice:—Lle-

gando agarras agua, pero no vayas a voltear la cara porque así te quedas. La princesa se fué a traer agua, pero no aguantó el ruido, y volteó la cara, y se quedó encantada. Después se fué la buena vieja con un chicote hasta que lo sacó. Dijo la vieja al rey:—Pues yo te formo un árbol de todita fruta que hay en el mundo, y un pájaro que canta toditos los idiomas.

Otro día estaba un gran árbol en la puerta con toda clase de fruta en aquel árbol. Mas al día siguiente, amaneció un pájaro en la jaula cantando todos los idiomas. Pero esta buena vieja estaba entreteniendo al rey mientras conocía el embarazo de la princesa. Así que le pagó el rey todo el dinero que había ganado esta buena vieja con el trabajo que hizo, le dijo al rey: —Mi sacra, real majestad, mande V. a traer una partera para que reconozca a la princesa.—Ay, señor,—le dijo la partera al rey,—no sólo una niña está embarazada, las dos están.—Pues, no cabe duda siempre, que el que tiene dinero hace lo que quiere,—dijo el rey.

135. EL ENAMORADOR TUNANTE Y LA PRINCESA

Pues para contar más verdad que mentiras, vino para los borrachos y zacate para los muchachos. Éste era un muchacho que se llamaba Daví que era muy vivo y muy avispa.

Pues ahí tienes que una vez fué este muchacho a una ciudad que estaba muy cerquita del ranchito donde vivía con su mamá y le gustó mucho. Pues de tanto que iba a esa ciudad llegó una vez adonde estaba el palacio del rey y allí vido que estaba una princesa hermosa que el rey la tenía encerrada y sólo la permitía salir al balcón. Y cuando pasó por allí Daví luego la vido y se calentó y le hizo la seña. Y ella también le hizo la seña. Y cuando el tunante se fué para su casa no cenó a gusto porque estaba pensando en la princesa y recordaba la seña que le hizo.

Pues otro día volvió a esa misma ciudad para ver otra vez a la princesa; pero ni hojas, cuando menos la rosa. Nada vido y se volvió a regresar para su casa.

Pues día y día venía para ver a la princesa y ya no encontraba manera de hablar con ella. Pues de tanto pensar pensó una cosa. Fué y compró bronces y lata y fué a una hojalatería y mandó hacer un águila de oro en su puro modo, para poder él meterse adentro. Y fué y mandó componer un cilindro para que él pudiera entrar dentro del águila con su cilindro de modo de engañar a la princesa. Y compuso muy bien esa águila de su pico y de sus alas y sus plumas.

Pues ahí tienes el águila ya hechecita con todo su movimiento y muy bien trabajada. Daví estaba muy contento con el águila y le dijo al maestro: —Está muy bien. Aquí tiene V. sus treinta pesos. Se le dan las gracias a V.

Pues ahí tienes que ese muchacho fué a buscar un cargador para que cargara el águila y adentro del águila va él, con su cilindro. Y ese cargador

gana un peso diario, con el fin de cargar al águila con el muchacho adentro. Y le tenía bien anticipado que no le fuera a decir a nadie quién iba dentro.

Por fin se fueron a esa ciudad y cuando llegaron el cargador fué y puso su águila en una esquina cerca del palacio, y le dijo el cargador:—Buena águila, quiero que me toques una pieza. Y el águila comenzó a tocar un paso doble muy bonito, que muchísima gente se acercó a oir, grandes y pequeños. Los niños se amontonaban para tocar al águila.

Y en eso fué que la señora esposa del rey oyó las piezas que el águila estaba tocando, y corriendo entró para adentro y se fué a avisarle al rey. Y entonces el rey lo llamó a aquel cargador y el cargador no hizo más que cargar aquella águila y se subió en el escalón para subir al palacio del rey.—Dile que toque una pieza que sea bonita,—le dijo el rey.—Con mucho gusto, señor rey, majestad,—le dijo el cargador. Y le dijo al águila:—Buen águila tócame una pieza. Y comenzó el águila moviendo sus alas y tocó preciosísimo, y les gustó muchísimo. Y la esposa del rey entonces fué y recordó a la princesa que estaba encerrada en el cuarto número seis. Y entonces fué que la reina fué y le dijo al rey:—Esposo mío, ¿que no permites que nuestra hijita Beatriz venga a divagarse algo? Pobrecita, está encerrada.—Pues anda y dile, para que se divierta.

Se fué la reina corriendo y el muchacho ya supo que la princesa tenía que venir a ver al águila. Cuando llegó la princesa, el rey le dijo:—Hijita mía, te mandé llamar para ver si te da gusto oir las piezas que toca esta águila. Ya el cargador listo está. Y luego que la princesa llegó, le dijo al águila:—Buen águila, quiero que me toques una pieza, pero de las más bonitas. Y comenzó a mover las alas y tocó unas piezas muy bonitas, que hasta dentro de su alma de la princesa entraban.

Pues ahí tienes que a la princesa le gustó mucho lo que el águila tocaba, y pidió una merced a su padre:—Pues, papacito, una merced que le pido a V.; a ver si la concede.—A ver qué es, primero,—le respondió el rey.—Pero, papacito, ¿que no querrá que se quede el águila en mi cuarto para divagar algo?—Pues dile que sí a nuestra hijita,—dijo la reina.—Que divague la pobrecita, pues estaba encerrada.

Pues de tanto convencieron al rey y fueron a decirle al cargador que si podía dejar el águila y cuánto quería por dejar el águila una semana en el palacio. Y el cargador le respondió:—Señor rey, majestad, francamente le diré a V. que no está el dueño del águila. Se fué y está muy lejos de aquí. Yo soy un encargado que gano un peso diario por andar cargando el águila, pero mi patrón dejó la razón de que si álguien quería que dejara el águila para divertirse, que se quedara y que cuando él venga se arregla. Ésa es la razón que dejó mi patrón.—Pues está bueno,—le dijo el rey.—Que se quede el águila una semana, y cuando venga tu patrón le dices que venga a arreglar conmigo.—Pues con mucho gusto, rey majestad. No tenga cuidado. Yo vendré de aquí en ocho días,—respondió el cargador.

Se fué el cargador y el águila se quedó con la princesa en el palacio.

Pues ahí tienes que el señor rey dispuso que la pararan en el cuarto número seis, que era el cuarto de la princesa, donde ella dormía. Le echaron

llave al cuarto, y sólo Taurina tenía orden de entrar a su cuarto de la princesa, porque ella la peina y la baña y le pone la mesa. Y cuando la princesa comía pedía una pieza al águila y el águila le tocaba piezas muy bonitas.

Pues entró la noche y comenzó el águila con sus canciones, pero preciosísimas, que hasta hizo llorar a la princesa. Y a la media noche salió aquel muchacho de adentro del águila y fué adonde la princesa estaba durmiendo y cuando la princesa sintió ya aquel muchacho estaba acostado con ella, y hasta que ganó no quedó conforme.

136. CUENTO DE UN POBRE A QUIEN DIOS LE PROTEGIÓ

Juquila, Juquila.

Muchos hijos tenía este pobre. Compraba seis centavos de carne y no más el olor le llegaba. Un día de tantos, dijo a su mujer:—Yo me voy lejos de esta tierra a buscar mi vida. Conque se fué. Llegó a una ciudad y se puso a trabajar. Así que ya tenía sus centavos, se fué a una plaza a comprar lo que pudo. Compró un priscador de frutas. Cargó, y se fué a un punto para que nadie lo viera. Llegó a un llano; tendió su cobija y empezó a comer, cuando llegó San Pedro y le dice:—Una caridad.—¿Quién es V.?—Yo soy San Pedro.—Pero V. no es parejo; al que quiere, V. le da la vida, y al que no, no se la da.

Cogió, y se fué más adelante. Volvió a sentarse a comer sus frutas. Comiendo estaba, cuando llegó San Juan y le dice:—Una caridad, señor. —¿Y quién es V.?—Yo soy San Juan.—No, porque V. no es parejo. Agarró y se fué más adelante. Cuando llega el Mesías, y le dice:—Una caridad, señor.—No, porque V. no es parejo. Al que V. quiere le da, y al que no, no le da nada. El olor no más le llega.

Siguió caminando más adelante cuando llegó la muerte:—Una caridad, señor.—¿Y quién es V.?—Yo soy la muerte.—Usted sí merece la caridad, porque no respeta ni perdona al pobre ni al rico.—¡Venga! vamos a comer. Acaba y nos vamos para la gloria.

137. EL COMPADRE POBRE Y EL COMPADRE RICO

Éste era un rico que se hizo compadre de un pobre. Este pobre tenía tanta familia que no podía sostener su casa. Al rico le dió lástima de ver a su compadre tan pobre. Un día de tantos, mandó hacer una torta de pan y en medio de ella echó un peso de oro. Conque temprano llegó a la cita de su compadre. Pues éste, como rico, no se había levantado; vió que no estaba despierto todavía su compadre. Empezó a barrer el patio; acarreó el agua, y cuando se levantó su compadre, estaba muy alindada la casa.

El rico luego dijo a la criada que le diera chocolate a su compadre. Bueno, lo atendieron muy bien al pobre. Al tiempo de despedirse, le dijo el rico a su mujer que le diera la torta de pan a su compadre.—Tenga, compadre, una piecesita de pan para mi compadre. Le dió el pobre las gracias y se fué con la torta.

Al pasar por la plaza se paró en una esquina, y dijo entre sí:—Si me llevo este pan para mi casa, no alcanza para mis hijos, mejor lo vendo y compro tortillas para comer con mis hijos. Pasó un borracho, y le dijo:—¿Que no compras una pieza de pan?—A ver en dónde está, y ¿cuánto quieres? —Un real y medio si quieres. Lo vendió por medio, y el pobre compró seis centavos de tortillas. Se fué para su casa.

Al día siguiente se fué temprano para la casa de su compadre para hacer la limpieza otra vez. Cuando se levantó el rico, su compadre alindó la casa. Le volvió a dar otra pieza de pan. Luego se fué el pobre para aquella esquina, y el amigo aquél le volvió a salir a ver si le podía vender otra pieza de pan. En efecto, volvió a comprar.

Al día siguiente se fué el pobre otra vez a la casa de su compadre para hacer la limpieza. Después que volvió a dar la torta de pan le dijo así:—Conque compadre, ¿que tan bien le está yendo con el pan?—Pues sí, compadre, porque la primera torta que V. me dió, la vendí por seis centavos, y el día siguiente me dieron una peseta.—¡Ay, compadre! Conque así de bien le está yendo. ¿Quién es el que le compró el pan?—Un señor que pasó por tal esquina.—Bueno, tenga V. esta pieza de pan, y váyase luego.

Luego se fué el rico a seguir a su compadre. Cuando el pobre llegó a la esquina, ya estaba aquel amigo esperándole. Por fin dejó que comprara aquel señor el pan. Luego salió el rico y le dijo:—¡Oiga V. amigo! ¿Cuánto le dió V. a mi compadre por el pan?—Veinticinco centavos.—¿Y considera V. que veinticinco centavos vale el pan? ¿Qué cosa encontró V. en él?—Un peso de oro.—Bueno, vamos a la casa de V. Partió ese pan que acababa de comprar y se fueron.

Llegando aquel señor a su casa, partió el pan, y salió otro peso de oro. —Bueno,—le dijo el rico al señor,—devuélvale dos, y cójase V. uno de los tres pesos.—¿Eran tuyos, compadre?—No me cabe duda que el que nace para pobre, pobre ha de ser.—Muy bien, V. sabe que yo le he querido.

Cada quién siguió su camino.

138. CUENTO DE UN MUCHACHO QUE SE MATÓ

En un rancho vivía una mujer con sus dos hijos, un hombre y una mujer de seis y ocho años. Estos niños ya no tenían padre. Se les había muerto cuando eran más niños. La mamá era la única que sostenía aquellas criaturas. Las quería mucho.

A la niñita cuando tuvo diez años, la puso a hacer los quehaceres de la casa; le enseñó a moler y a coser. Al niñito aquel cuando llegó a los diez

años, no le enseñó ningún trabajo. Decía:—Así que crezca otro poco, entonces lo pongo a trabajar.

El niño fué creciendo. Llegó a los doce años; nada hacía aquel jovencito, todo lo hacía su hermana. Ella iba a traer leña, a traer agua y hacía todos los mandados. Un día, enfadada, le dijo a la mamá:—¿Porqué no manda V. a mi hermano que vaya a traer leña? La mamá dijo:—No te enfades, hijita; ves que es el único hombrecito que tengo, y éste es el que nos va a mantener cuando llegue a ser grande.

Aquel niño tan consentido fué creciendo sin hacer nada. Cuando llegó a tener los diez y ocho años, entonces dijo la madre:—Hijo, ahora sí ya llegó el tiempo en que debes trabajar; ya eres grande. Yo ya estoy muy cansada, y ahora te toca ver y cuidarme. Ahora coge tu hacha y tu mecapal. Vamos a traer una poca de leña; sí, hijo. El muchacho cogió su hacha y su mecapal y se fueron. Llegaron entre la palizada en donde había leña. La madre le dijo al hijo:—Corta este palo que está muy bien seco. El muchacho dijo: —Espérame un rato; voy a descansarme un poco.

Diciendo esto, se acostó en la sombra de un gran árbol, y se durmió un buen rato. Cuando despertó, la mamá le dijo:—Ahora sí, hijo, ya descansaste, levántate y corta la leña para que nos vayamos pronto. Entonces se paró y dijo:—¿Que tú quieres a la fuerza que yo haga la leña? Endereza primero el brazo de esa encina, entonces la hago. La pobre madre le dijo: —Pero, hijito, ¿cómo quieres que yo enderece ese árbol si ya está torcido y ninguno lo puede enderezar?

El muchacho le dijo:—Pues asina como ese árbol soy yo; ya no me puedes enderezar. Quieres que yo haga la leña; eso hubieras hecho conmigo cuando yo era chico. Ahora estoy ya grande; quieres que yo haga estas cosas y no me puedes obligar.

Diciendo esto, cogió su hacha y mató a su pobre madre. Le sacó el corazón y se lo llevó a su casa. Cuando llegó, encontró a su hermana moliendo y le dijo:—Toma esto, y ponte a cocer para que hagas un amasijito. La hermana dijo:—¿Qué es esto? Él contestó:—Es corazón de conejo que maté en el campo. Y luego preguntó la hermana por la mamá, y le dijo que se había atrasado, que ya ahorita venía. Y luego se fué a dormir diciéndole a la hermana que le avisara cuando estuviera la comida. La muchacha le dijo que sí.

La hermana tomó el cuchillo para cortar el corazón. Habló éste y dijo: —Hija mía, no me cortes que soy tu madre. La hija soltó un grito de espanto, y con aquel grito despertó el muchacho, quien dijo:—Cállate, ¿qué te pasa? Y la hermana dijo:—Y mamá ¿adónde está? ¿Qué hiciste con ella?—A ti no te importa,—dijo el muchacho. Cogió su hacha y mató a la hermana. En seguida echó llave a su casa, y se puso a andar por todo el mundo, manteniéndose de robos y asesinatos.

A la edad de treinta años, vino a arrepentirse de lo que había hecho, de haber matado a su madre y a su hermana; al mismo tiempo le echaba la culpa a la madre por no haberle educado desde niño. Con aquel remordimiento y aquella desesperación, se fué a la orilla de un barranco, y allí se echó de

cabeza. Así terminó la vida de aquel muchacho, que por falta de educación, llegó a cometer los crímenes más negros que puede haber.

139. CUENTO DE UN LEÑADOR

Este señor era en un principio muy pobre. Su oficio era de leñador; por mucho tiempo vivió por medio de este trabajo. Enfadado ya, se fué a una mina a pedir trabajo. Allí estuvo trabajando como peón. Su manejo le gustó mucho al patrón y esto le valió para que lo quitara del rudo trabajo que desempeñaba, y lo tuvo después como doméstico en su casa. Le dió poder y permiso de entrar a todos los cuartos, menos a uno que estaba junto a su dormitorio. Le prohibió determinadamente que entrara a aquel cuarto y siempre lo tenía cerrado.

Cuando salía el señor para la mina, le recomendaba que ninguno se acercara junto a aquel cuarto. En las tardes, cuando regresaba, compraba carne en la plaza; la llevaba a su casa, abría aquel cuarto, y entraba con la carne; luego se encerraba. Entonces el mozo se acercaba a la puerta porque tenía mucha curiosidad, pero oía que el gringo aquél se ponía a platicar y no sabía con quién, porque no se oía más que una voz. Después de una hora, salía y volvía a cerrar la puerta.

Una tarde a la hora cuando el gringo aquél estaba encerrado en ese cuarto, llegó otro gringo preguntando por él. Entonces el mozo quiso aprovecharse de la oportunidad para entrar en aquel cuarto, y saber lo que allí había. Como que quería y no quería entrar, hasta que por fin se resolvió abrir la puerta. Entró. Sorprendido al ver aquel señor sentado sobre una silla con dos grandes culebras delante de él, a las cuales les daba la carne a comer.

Cuando las culebras aquellas vieron al mozo, quisieron lanzarse sobre él, pero el gringo luego las regañó y se fueron a arrinconarse en un rincón del cuarto. Entonces el gringo le dijo al mozo:—Ahora que ya me viste con estos animales, vas a callarte; no le digas a nadie; te voy a dar todo el dinero que tú quieras por tal que no digas nada de lo que viste. Estos animales los tengo aquí para que la mina nunca se acabe y esto no lo debe saber ninguno más que yo. Ahora como ya viste, te doy permiso para que siempre entres a este cuarto para pedirles lo que quieras, siempre que les lleves carne.—Sí,—dijo el mozo muy contento.

En la noche no pudo dormir aquel mozo de puro gusto, de tener el permiso de pedirles lo que quisiera a las culebras. Por fin resolvió pedirles dinero.

El día siguiente, el señor se fué a la mina, y luego el mozo se fué a la plaza a comprar carne para poder hablarle a las culebras. Llegó a la casa, abrió el cuarto, y entró. Les dió la carne y entonces les dijo que quería mucho dinero. Después de esto, salió del cuarto y a la orilla de la puerta se encontró una bolsa llena de dinero. Muy contento, tomó la bolsa y se fué a su cuartito en donde se puso a contar el dinero; pero era tanto el dinero, que

luego se cansó y no acabó de contarlo. Entonces dijo:—¿Qué haré con este dinero? ¿Compraré una casa, o pondré una tienda? No, mejor compro unas mulas y viajaré con ellas.

Al día siguiente le pidió permiso a su patrón para irse a su casa por unos días. Llegó, y le dijo a su esposa que todo aquel dinero había ganado en el trabajo, y que ahora deseaba comprar unas mulas. Luego dispusieron su viaje para la feria a comprarlas. A su regreso se trajeron cien mulas.

Entonces toda la gente de su pueblo se admiró al ver aquel hombre, que era uno de los últimos pobres del pueblo, transformado en un rico. Este señor se dedicó a acarrear el metal de la mina a la fundición perteneciente al patrón; y cada fin de semana llegaba a su casa con una mula cargada de dinero, y siempre procuraba pasar por uno de los puntos más concurridos de su pueblo. Momentos antes de llegar allí, desataba la boca de una de las bolsas para que en momentos de pasar allí, se regara el dinero, y toda la gente se acercaba a ver aquel hombre recogiendo su dinero y decía:—Así ganan los que saben trabajar. Llegaba a su casa, en la puerta de la calle, empezaba a llamar a su esposa, y luego que bajaba la carga, le pegaba a su mujer fuertemente.

Después de poco tiempo este hombre se volvió muy orgulloso. No trataba ya con los pobres. Se volvió un tirano para el pueblo después de haber sido un simple leñador.

140. CUENTO DE UN HOMBRE POBRE QUE DESPUÉS SE HIZO RICO POR MEDIO DE UN ASNO

Un hombre que era muy pobre hizo su porvenir comprándose un asno. Con este animal viajaba en las poblaciones lejanas. El hombre después de tanto viajar juntó una gran fortuna. Cuando el asno llegó a viejo, entonces el hombre lo fué a dejar en una montaña para que no regresara el pobre animal a la casa. Así es el pago que el hombre dió a ese pobre animal. El asno volvió a la casa de su amo. Éste al verlo, comenzó a darle de patadas y de palos, y entonces lo fué a dejar en un lugar más lejos de donde lo había dejado al principio. El pobre animal regresó otra vez.

Tomó la dirección de la casa de su amo, pero en el camino encontró a la mujer de su amo que le dijo:—Pobre animal, yo te compadezco mucho, y por eso te vengo a avisar que mi marido me dijo:—Si el asno llega, juro que lo mato a palos; y por eso te digo que vayas a buscar tu vida allá en la montaña.

El animal tomó el camino y se fué. Encontró a un viajero y le dijo: —¿Adónde vas, viejo asno? El animal contestó:—Voy a buscar mi vida porque mi amo me echó de su casa porque yo ya no puedo trabajar. Entonces el viajero le dijo:—Acompáñame, y te daré tu comida todos los días. —Gracias, señor,—contestó el asno,—no es posible que yo, sin prestarle nin-

gún servicio, reciba la comida que V. me dé.—No importa,—contestó el viajero.—Dios es grande, y sigamos nuestro camino.

El asno muy contento se fué con el viajero. Era poco el trayecto que habían andado cuando encontraron a un gato que estaba llorando porque su amo lo echó de la casa por dañino. Pues el gato se había comido un guajolote del gallinero.—Amigo,—le dijo el viajero,—¿porqué lloras? El gato le contestó:—Porque yo comí una tortita. Esto no era cierto porque a poco caminar encontraron a la dueña del gato, y ella dijo que lo echó a la calle porque se comió el guajolote que estaba apartado para el compadre.

El viajero, cuando se encontró con el gato, le dijo a este animal que si quería ir con él, le daría la comida.—Con gusto,—respondió el gato. Entonces le dijo el asno al gato:—Amigo, V. no puede andar en el río que tendremos que pasar. Es un río grande; está completamente seco, no tiene agua pero hay mucha arena que está muy caliente y V. al pasar se quemaría las manos y los pies.—Yo le ofrezco cargarlo a V.,—dijo el burro.—Gracias,—contestó el gato.

De manera pues que el gato iba montado en el asno. Continuaron el camino. Después llegaron a un pueblo. El hombre se dirigió a la casa de los pasajeros. Al entrar a esa casa, le salió una anciana que le dijo:—Señor, procure V. no quedarse en esa casa porque todos los pasajeros que se quedan allí, salen muertos.—No importa,—dijo el pasajero,—yo entro a esa casa.

El dueño de la casa le preguntó que si quería dormir en el patio o en un jacal.—En el jacal,—contestó el pasajero. Entonces el dueño le dijo a su mujer:—Este pasajero mañana ya no ha de ver la luz del día ni sus restos siquiera.

En ese jacal había muchísimas ratas. El hombre, acompañado de su gato, se metió a ese jacal. Apenas apagó la vela, cuando oyó mucho ruido. El gato al oir el ruido, se alertó. Entonces las ratas comenzaron a bajar; el gato tuvo una lucha tremenda con las ratas. Mató a todas ellas, de manera que al amanecer, el suelo estaba completamente tapizado de ratas. Al amanecer, el dueño de la casa quedó muy admirado al ver a aquel pasajero. Entonces le dijo a su mujer:—¿Qué te parece del pasajero que se quedó en el jacal? Yo creía ya no haber encontrado a ese hombre. ¿Y qué haremos ahora? Entonces la mujer le dijo:—No le cobramos ni un solo centavo para que los demás compañeros de él vengan a quedarse a nuestra casa. Así lo hicieron.

El pasajero continuó su camino y el gato volvió a montar en el burro. Cuando el casero fué con su mujer a ver el lugar en donde se había acostado el hombre, encontraron muchas ratas muertas.

El viajero llegó a un pueblo, y allí oyó que la hija del rey estaba en vísperas de ser devorada por una serpiente de siete cabezas.

Entonces le dijo el asno viejo al viajero que se comprometiera a matar a la serpiente, y que ellos la matarían, es decir el gato y el asno. El viajero se comprometió con el rey, y éste le dijo que en caso de que matara al animal,

le daría su hija para que se casara; y en caso contrario, es decir en caso de que él no matara el animal, perdería la vida.

El asno y el gato se alistaron para recibir a la serpiente. La serpiente tuvo una lucha con estos animales, pero al fin tuvo que morirse. El rey cumplió su palabra.

141. EL ZAPATERO Y EL CORONEL

Un zapatero y un coronel eran muy amigos desde que eran muy jóvenes; pero con el tiempo se casó el zapatero con una muchacha muy simpática. Después se casó el coronel; su esposa no era muy simpática. Era mucho más simpática la mujer del zapatero.

Entonces dijo el coronel:—Yo mejor voy a enamorar a la mujer de mi amigo, el zapatero, a ver si me corresponde. Como el coronel le tenía confianza porque era su muy amigo, por eso allí llegaba a la hora que él quería.

Después de pocos días salió el zapatero a un pueblito a trabajar unos ocho días y tuvo que dejar en su casa a su mujer. Antes de salir el zapatero de su casa, le dijo al coronel que le hiciera una visita a su mujer; como era muy amigo suyo, por eso confiaba en él. Pero no sabía qué intenciones tenía el coronel para su mujer.

Por fin se fué el zapatero a aquella población. Ese mismo día que salió el zapatero de su casa, llegó el coronel a visitar a la mujer del zapatero.—Señorita, yo no le he dicho a V. lo que mi corazón siente, pero ahora que no está su esposo, le digo esto: si llego a ser correspondido de V., yo le doy mucho dinero; y la visto igual como visto a mi mujer. Entonces dijo la mujer del zapatero:—Señor coronel, ahora no le puedo decir a V. nada; lo resuelvo después; tengo que pensar en ello primero.

Pronto llegó el zapatero a su casa a dar una vuelta. Cuando ya estaba en su casa, entonces le dijo su mujer:—Hiciste bien de haberte venido porque yo ya no sabía ni qué hacer.—¿Porqué?—dijo el zapatero.—Porque este coronel ha venido aquí a decirme que si puedo corresponderle; que me daría dinero y me vestiría como viste a su mujer. Entonces dijo el zapatero:—Vamos a hacer una cosa para no perder tiempo. Dile que si te da trescientos pesos de dinero que se venga mañana en la noche a quedarse contigo; pero con una condición, que no te dejes más que dos veces. Y al tiempo de entrar le dices que se desnude todo en ese cuartito que queda en la puerta del zaguán. Después lo metes adentro de la recámara, y lo dejas salir el día siguiente a las seis de la mañana.

Se fué el zapatero a esconder cuando el coronel llegó. Luego se desnudó en el cuartito; dejó allí sus seis llaves, su traje, y su caballo. Entonces entró a dormir con la mujer del zapatero.

Ya estaban durmiendo cuando llegó el zapatero al cuartito donde estaban las cosas del coronel. Entonces el zapatero se puso el traje del coronel. Vió que estaban las llaves. Entonces ensilló el caballo y se fué a la casa del

coronel, y allí muchos soldados cuidaban la casa. Pero como el zapatero tenía el vestido del coronel, pues no le conocieron, y el zapatero tampoco hizo caso de los soldados.

Se metió de repente. Él ya sabía que la mujer del coronel estaba bajo siete llaves. Pero como tenía las siete llaves, las abrió. Cuando entró, luego se acostó junto a ella. Luego se fué tres veces. Cuando acabó, entonces le dijo:—Estoy un poco borracho, quiero que me digas en dónde queda el baúl de dinero, porque tengo que ir otra vez a comprar treinta barriles de alcohol. La mujer creyó que era su esposo, por eso le fué a enseñar el baúl de dinero. El zapatero se sacó treinta mil pesos en billetes.

Ya eran las cinco; entonces se fué para su casa. Cuando llegó a su casa, se quitó luego el vestido del coronel, y lo puso en el lugar donde estaba. A las seis salió el coronel de la casa del zapatero. No sabía todavía qué cosa le había pasado. Se vistió, montó su caballo y se fué a su casa.

Cuando llegó allí, entonces le dijo su mujer:—Y tú ¿porqué viniste anoche a sacar tanto dinero? Y ¿porqué me fuiste tres veces? Entonces el coronel se agarró de la frente; ni una palabra le contestó a su mujer. Agarró su sombrero y se fué a la casa del zapatero para platicar con la mujer a quien tanto quería.

Cuando llegó a la casa, ya estaba el zapatero cosiendo un zapato. La mujer dijo que el zapatero no sabía nada, pero todo lo sabía porque esa noche que se quedó el coronel en su casa, esa misma noche se fué el zapatero a quedarse con la mujer del coronel. El zapatero le fué tres veces a la mujer del coronel, y el coronel no le fué más que dos veces.

El coronel estaba platicando cuando dijo el zapatero:—Aquí entran dos, y por allí salen tres. Cuando el coronel oyó lo que dijo el zapatero, luego se le acercó, y le dijo:—Y tú, zapatero, ¿porqué dices así? ¿Yo quiero que tú me digas por qué dijiste así?—Pues sí,—dijo el zapatero,—tú has venido aquí a quedarte con mi mujer, creyendo que no sabía yo nada. Querías burlarte de mí, pero yo también me fuí a quedar con tu mujer y le fuí tres veces. Por eso dije así, que aquí entran dos y allí tres.

Cuando el coronel acabó de oir lo que le dijo el zapatero, entonces se regresó enojado a traer soldados para fusilar al zapatero. Cuando el coronel llegó a la casa del zapatero otra vez, ya no estaba el zapatero ni su mujer. Se habían ido, y el coronel ya no les pudo hallar.

142. CUENTO (MIJE ANTIGUO) DE UN POBRE HOMBRE Y DE LOS TRES LEONES

Un pobre hombre se casó. El primer hijo que tuvo, lo bautizó un rico miserable, creyendo el pobre que cuando le faltara algo, su compadre le había de dar dinero; pero fué lo contrario. Las veces que el pobre compadre comía, llegaba el compadre rico para comer con él.

Después al compadre pobre ya se le estaba acabando todo. Le dijo a su esposa:—¿Qué hacemos por dinero? La mujer contestó:—Mejor pone-

mos una leñería. Al día siguiente salió al campo a traer leña. Cuando llegó a aquel lugar, comenzó a cortar leña, y después encontró una laguna grande entre el monte. Como no había agua en ninguna parte más que allí, se puso a almorzar. Apenas estaba almorzando cuando vió que venía una leona con sus dos hijitos, y dijo:—Mejor me trepo sobre un árbol mientras que se vayan estos leones.

Una vez trepado el pobre hombre sobre aquel árbol grueso, llegó la leona con sus dos hijitos a la laguna a tomar agua. Cuando acabaron de tomar agua, dijo la leona a sus dos hijitos:—Hijos míos, tengo sueño. ¿Adónde nos vamos a dormir? Contestan los leoncitos:—Mamá, vamos debajo de aquel árbol.—Pues vamos,—dijo la mamá. Se dirigieron hacia donde estaba escondido el pobre hombre; en fin llegaron debajo del árbol sin darse cuenta de quién estaba trepado arriba.

Se acostó la leona a dormir, y sus dos hijitos la cuidaban. Después de un rato, el hijito más grande le dijo a su hermanito:—Despierta a mamá para que nos cuente un cuento.—Sí,—dijo el chiquito;—mamá, quiero que nos cuentes un cuento.—Sí, pero déjame dormir otro ratito.

Cuando se levantó la leona, dijo:—Atención muchachos, que les voy a contar un cuento. Hijos míos, en tal pueblo está un cura muy enfermo y lleva años de estar en cama. Muchos doctores lo han curado pero ninguno de ellos lo ha podido sanar. No saben que de un día a otro ya está bueno y sano ese padre. Contestaban los leoncitos:—Mamá, y ¿qué cosa se necesita para que ese padre esté bueno?—Pues, con sacar aquel sapo colorado que está enterrado debajo de su cama y matarlo, ya quedaría listo. Cualquiera persona que descubra este gran remedio, había de ganar mucho dinero.

Aquel pobre hombre oyó todo lo que estaba platicando la leona. Después se fueron los leones. Se bajó el hombre del árbol; ya no regresó con la leona a su tierra, sino que se fué a aquella población en donde se encontraba aquel cura enfermo.

Se presentó como doctor, diciendo que a cualquier enfermo, él lo sanaría en ocho días. Al saber aquel cura que había llegado un buen doctor, inmediatamente lo mandó llamar. Cuando ya estaba el doctor en la casa del cura, le dijo que si de veras lo sanaba, le daba millones de pesos.

Inmediatamente el doctor mandó vaciar la casa, para buscar en dónde estaba el sapo, y luego lo encontró y lo mató. A los tres días, ya estaba aliviado el cura. Le dió mucho dinero a aquel pobre por haber sanado al cura. Se llevó todo el dinero a su tierra. Entonces ya fué más rico que su compadre.

Como su compadre era muy miserable y egoísta, llegó a la casa de su compadre a preguntarle cómo había hecho para encontrar tanto dinero. Luego le dijo que porque había ido a almorzar a aquel lugar en donde se encontraba una laguna; que estaba almorzando cuando llegó la leona con sus dos hijitos, y que él luego se trepó sobre el árbol. Le dijo todo lo que le había pasado. El otro compadre que era más rico, quiso hacer lo mismo que había hecho su compadre, el pobre.

Se fué a la laguna y llegó a la misma hora. Cuando después de un rato,

apareció la leona con sus dos hijitos, el compadre miserable se trepó sobre el árbol como había hecho su compadre, el pobre. La leona hizo lo mismo; llegó al mismo lugar a dormir. El hombre miserable esperaba ver a qué horas contaba el cuento la leona.

Cuando después de un rato, dijeron los leoncitos:—Mamá, cuéntenos un cuento como aquella vez.—Sí les cuento,—dijo la leona,—pero vayan a ver primero si no hay ninguno, porque aquella vez que les conté el cuento, estaba una persona trepada sobre el árbol; oyó todo lo que les dije, y fué a esa población a curar al cura y le dieron mucho dinero. No quiero que me pase lo mismo; vayan a ver. Si hay alguno, me lo traen para almorzarlo.

Eso fué lo que se sacó el rico miserable por querer hacer lo mismo que había hecho su compadre. Fué matado por los leones, y ya no regresó a su tierra.

VI. CUENTOS DE BRUJAS

143. UN JOVEN QUE HABÍA DADO PALABRA DE MATRIMONIO A DOS JÓVENES

Un joven había dado palabra de matrimonio a dos jóvenes de la población que eran hijas de dos personas principales. Viendo el joven que no le era posible engañar a una o a la otra, no podía darle la preferencia a ninguna de ellas porque siempre tendría que sufrir contrariedades, pues el papá de una de ellas era un gran hechicero y podía agriarles el matrimonio si se burlaba de su hija; también la otra era una hechicera y temía no casarse con ella, porque no lo dejaría tranquilo en toda su vida.

El joven pues, se encontraba en una circunstancia crítica por no poder decidir con quién casarse. En la población había la costumbre de que los jóvenes para casarse no debían de pasar de los veintitrés años, y el que no lo hacía en esos años, le estaba prohibido casarse después.

El joven aquel estaba para cumplir los años señalados según la costumbre, y tenía deseos de casarse, pero se encontraba con grandísimas dificultades para elegir a su futura esposa. Pues para salvarse del compromiso y para casarse, se vió en la necesidad de rehusar a las dos aquéllas con quienes pensó casarse. Lo que hizo fué tomar por esposa a otra joven distinta.

Después de cumplir con todos los requisitos y las exigencias en esas cosas, se llegaron a casar. Desde el primer día de su casamiento, no pudieron aquellos casados encontrar paz ni tranquilidad. Pues de todas maneras fueron molestados por aquellas de quiénes se burló el hombre. Estas dos se pusieron de acuerdo para molestar a aquel matrimonio. Acordaron que

mientras una molestaba durante el día, la otra debería de hacerlo durante la noche.

Así se pasaron mucho tiempo. Durante el día los dos eran molestados con chismes que les llevaban a cada uno de sus infidelidades en el casamiento. Ellos, aunque comprendían la procedencia de aquellos chismes o calumnias, no podían evadirlos. Les decían tanto, que llegaron a sospechar el uno del otro.

Durante la noche eran molestados por un buho que se iba a sentar en la punta de un árbol, cantando tristemente y presagiando con eso, la muerte de uno de los cónyuges. Pero aquello era siempre; pues no faltaba ni una sola noche. Llegó a fastidiar y dispuso el joven usar su arma de fuego.

A la media noche cuando el buho empezó con su feo canto, el esposo se levantó y se fué en la dirección de la música. Le apuntó, hizo fuego, y el animal herido o muerto se desprendió de su lugar, y quedó suspendido en una de las ramas del árbol.

Una vez hecho esto, se volvió a su casa. La mañana siguiente se presentó la policía del lugar porque había matado a una joven. Lo llevaron al pie del árbol, y con sus mismos ojos, vió suspendida en las ramas la que en un tiempo fué su novia, que estaba transformada en buho. No lo había dejado en paz durante su casamiento.

144. EL BRUJO

Talea, Villa Alta.

Si vieran VV., cuando era chiquito fuí muy travieso, pues una noche de tantas eran como las doce de la noche en todos Santos, y como se acostumbra andar e ir todas las noches, y como nunca había de faltar en cualquier diversión, pues una noche, un viernes, salí de mi casa a la hora en que salen de la iglesia a echar agua bendita en las casas y me fuí con los muchachos. Recorrimos todas las casas, comiendo mucho pan, mucha carne, muchos tamales, mieles y mucho chocolate, hasta el grado de que nos hizo daño, y esto se debió a que en ninguna casa dejábamos de comer cualquier cosa que allí nos daban, como se acostumbra a hacer todos los años. Pues viendo que ya era demasiado tarde, y porque ya tenía yo mucho sueño, dije:—Ya es tarde; me voy a mi casa a dormir. Mañana comeré en mi casa lo que no me dan ya.

Desde aquellos momentos, me fuí para mi casa sin miedo ni nada; pero después de haber andado cosa de tres cuadras, y viendo que mis compañeros ya no se veían y que ni se oían los gritos ni chiflidos, todo siliencio y ni un solo hombre se veía en el camino, y también por otra parte como en todos Santos vienen a visitarnos las ánimas, comenzó mi cabeza a pensar cosas malas; algo así de duendes, y brujas. Entonces comencé a asustarme, diciendo:—¿Qué tal si me encuentro un bulto aquí en el camino, y me agarra?

¡Jesús! ¡Dios me libre! Y seguí caminando con bastante miedo. Después de media hora de caminar vi aparecer un bulto blanco. Yo lo que hice fué espantar a aquel bulto, creyendo que era un perro blanco que allí estaba acostado; pero viendo que ni se meneaba, entonces sentí un escalofrío exclamando:—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

—Mi corazón se sintió no sé como. Ya ni veía la luz de la luna que alumbraba casi como la del sol. Aquella noche me dió un susto tal que quería llorar, pero sin embargo, no me daba cuenta qué cosa era aquello. Hasta que me acordé que en una vez me platicaron que salían los brujos. Pero yo seguí caminando para mi casa, y al llegar allí le dí parte a mi mamá de aquello que había visto, y mi mamá, como me quería mucho, cogió una botella de mezcal que tenía allí para lo que se ofreciera, y me roció en el pecho para que no me enfermara. Después de que no me había pasado absolutamente nada, se puso a contarme una cosa semejante que había pasado. Pues que lo mismo, una noche vió al brujo por aquel lugar donde yo lo había visto. Entonces me dí cuenta que era el brujo que yo había visto. En seguida se puso a platicarme otra cosa que también habíale pasado y comenzó de esta manera:

—Una vez, estando en nuestro rancho sola porque mi papá había ido a un negocio se puso muy triste, porque ya sabes lo que son aquellos hombres malos que tienen esa mala costumbre de asustar a las gentes. Pues dice que estando sentada en la puerta del mencionado rancho vió a lo lejos venir unos hombres que eran muchos; pero conforme iban acercándose se iban desapareciendo hasta que por fin, cuando llegaron donde ella estaba, se volvieron solamente dos de aquéllos que parecían que eran como cincuenta hombres formando un batallón casi. Una vez que llegaron cerca de donde estaba se sentaron, y entonces uno de ellos le dijo al otro:—Oye, mira si no se ve ninguna gente por allí, para hacer nuestra operación, porque si no, no se puede.

Después de voltear la cara por todas partes, dijo:—No hay nada. Ninguno se ve.—El otro contestó:—Muy bien. Comenzaremos a hacer lo que íbamos a hacer. En seguida el hombre se puso a desnudar al otro, hasta dejarle sólo con la camisa de adentro. Luego el otro hizo lo mismo. Por fin quedaron los dos en un mismo estado.

Luego mi mamá vió que la mujer cogió un filoso machete, y se cortó la cabeza, arrojándola por un lado. En seguida vió que lo mismo hizo el hombre; y una vez estando así la mujer, fué acercándose, y después cogió la cabeza de aquel hombre, y se la colocó, quedando así la mujer convertida en hombre. El hombre por supuesto, hizo lo mismo. Por último, la mujer cogió la ropa de aquél, y se la puso. Con la ropa de la mujer, lo mismo hizo el hombre aquél. Después de platicar una media hora o un poco más, se alejaron de allí, dirigiéndose para otro lugar más cercano. Mi mamá, aquella vez llevó un susto tal, que jamás volvió a ir sola al rancho, sino siempre con mi papá o conmigo.

Uno de mis hermanos le dijo a mi papá:—¿Dónde llegaron al fin los dos señores brujos y las brujas? Mi papá contestó que aquella vez los brujos

al llegar al otro rancho volvieron a hacer lo mismo, a ver si no había alguna persona por allí. En otra vez llevaron un chasco grande, porque al estar cambiándose las cabezas, mi mamá salió al encuentro de ellos, obligándolos a que se fueran a otro lugar.

Sin pérdida de más tiempo, se fueron para donde estaba una pobre señora, que mucho miedo les tenía ya porque la asustaron una vez. Cuando llegaron a aquel lugar, llegaron vestidos de mujer el hombre, y la mujer de hombre. El hombre llegó pidiendo caridad, que después de preguntar a la señora cómo se llamaba, consiguió que le diera una limosna. La mujer llegó pidiendo no caridad, sino forzando a la mujer a que diera dinero porque así lo había dispuesto el cura del pueblo. La señora como era muy católica, se vió obligada a cederle a aquella mujer que disfrazada de hombre, lo tomó, pero al dar la vuelta, desapareció aquel hombre. Entonces la mujer llevó un susto tal que no supo qué hacer.

A los pocos momentos oyó que iban gritando, burlándose de la pobre señora. En seguida vió la señora a los hombres que iban corriendo y pegando de carcajadas, tronando las manos, gritando, haciendo cuanta burla encontraron. La señora como era muy miedosa, comenzó a gritar de susto a los hombres y se puso a llorar hasta donde le fué posible. Después de mucho tiempo llegó su marido, que la encontró llorando, y le preguntó qué le había pasado. Y ella dijo que la asustaron los brujos.

145. LA BRUJA

Talea, Villa Alta.

Pues una vez que me iba para nuestro rancho, al andar unos veinte kilómetros, como cuatro o cinco leguas, mi papá se fué por otro camino, a ver si estaban nuestros toros o si ya se los habían llevado por otra parte; me fuí solito por rumbo a nuestro rancho, cuando me salió al encuentro un brujo y me dice:—Chamaco, dispensa, ¿adónde vas tan apurado, que ni hablar quieres? Parece que no me conoces. Ayer nada más fuí a tu casa. Y entonces yo le dije:—Señor, figúrese que mi papá me mandó para mi rancho, y quién sabe a qué horas llegaré a dicho rancho, que mucho precisa, pues tengo que ir a limpiar nuestra milpa que ya ha crecido la hierba en ella, y por eso quiero llegar pronto; y además, si a la hora que mi papá llegue ve que no he hecho nada, él me pegará

El duende:—¡Qué bueno que vas a ir a tu rancho! ¿Qué no querrías que yo te acompañara? Yo le respondí:—Si V. tiene lugar pues me acompañaría hasta llegar al rancho, hasta donde tengo que trabajar. Y me dice:—¿Cómo que no, mi amiguito? Vamos pronto, y no sólo llegaré hasta tu rancho sino te ayudaré también, para que ahora que llegue tu papá ya tengas qué enseñarle y yo me escondo, para que no me vea. Yo le contesté:—Si V. ha de ir conmigo vámonos porque ya es muy tarde, no sea que mi papá haya lle-

gado ahora que lleguemos, y no podamos trabajar; y si no me encuentra me pega, con toda seguridad; y como me pega muy fuerte no quiero que me lastime; esto es porque muchas veces me han pasado estas cosas.

Nos fuimos de allí hasta que llegamos a mi rancho, y me dice:—Oh, chiquito, tu rancho está muy lejos. Creo que nadie viene a visitar a tu rancho, ¿verdad? Yo le dije:—No, señor, no está lejos. Conque mi otro rancho está más lejos todavía que éste. Éste es el que está más cerca de la población y por eso mi papá ni miedo le da mandarme aquí.—Bueno ya no es hora de estar platicando, sino es hora ya de trabajar; iremos a tomar los útiles e iremos a trabajar con ardor para no estar flojeando y nos vaya a ver tu papá, ahora que llegue en este lugar, porque no estamos trabajando, y te regañe. Así, después de platicar de estas nuestras cosas, me ayudó bastante hasta donde pudo, pero al irse para su casa me dice:—Ahora que ya te ayudé, dame unos plátanos para comer porque tengo hambre, porque como está muy lejos mi casa, como tú sabes, no aguanto para llegar. Me muero en el camino. Y por ver qué hacía, le dije:—Oh, mi amigo, si me hubieras dicho así cuando nos venimos, te aseguro que ni caso hubiera hecho, porque sé claramente que mi papá se enoja mucho si corto así alguna fruta para comer o para vender sin consentimiento suyo. Así es que puede V. retirarse y no pedirme algo, porque es en vano, porque no le he de dar ni siquiera uno mucho menos un racimo. Viendo que no consiguió nada, me dice:—Si no me das a las buenas, muchachito, lo que pido, vas a ver qué te pasa. Y yo le dije:—Pero, señor, ¿qué me ha de pasar si no estoy en otra parte ni en su casa, sino en mi lugar propio? Me respondió:—Ah, muchacho, ¿qué te pasa? Pues si no me das lo que pido, soy capaz de matarte y cortarte la cabeza. Y le respondí:—Con semejante cosa me había de asustar, pues si me mata me matará una vez, pero mi papá lo pondrá en la cárcel, y como no he de morir dos veces, sino una, por eso también no me asusto. Ahora, ¿quiere V. comer algo? Trabaje para tener, como yo me estoy sacrificando diariamente para conseguir algo que me sea útil para vivir. Yo de muy buena gana le daría aunque fuera mi plátano siempre que V. no me hubiera dicho nada; pero ahora no, amigo mío, aunque me quite la vida, no importa. La acción que me dijo me chocó demasiado. Así es que quíteseme de aquí antes de que yo lo apedre, porque ya me fastidia y me choca mucho que venga a entretenerme sin conseguir alguna cosa.

Él me respondió:—Pero, muchacho, ¿será posible que tú no me des absolutamente nada, después de haberte ayudado unas horas? Le respondí: —V. porque quiso es que me ayudó, pues yo nunca le dije que me ayudara; y más todavía, que V. mucho me ha detenido, y el tiempo que se empleó para ayudarme se ha ido en puros chismes que no merecen averiguarlos. No alcanza V. nada, y sería mejor que se fuera para su casa a ocuparse en algo y no estar perdiendo mucho tiempo en estar parado.—Oh, muchacho,— me dijo,—eres muy rebelde, pues nunca había conocido así a un joven, que fuera tan revoltoso como tú, pues no hay otra cosa que haré más que aplicarte una cosa muy rara, que consiste en obligarte a dar, aunque sea una manzana para satisfacer mi sed, que ya me tiene muy feo. Ya me siento algo

mal, según veo me he de abrasar si no tomo una cosa que restablezca mi salud, que creo que la tengo quebrantada ya por estas cosas, que para conmigo repito. ¿Me has de regalar alguna fruta o no? Le respondí:—Absolutamente nada, señor.—Muy bien, muchacho. No cabe duda que tú eres un muchacho valiente, y que no me tienes miedo, conociendo muy bien quién soy y cómo me llamo.—V. se llama duende, y yo no le tengo miedo a esos individuos, pues estoy cansado de encontrar personas malas que me quieren asustar, y como yo sé que nunca matan a uno, por eso, ahora ni a V. que es tan rebelde, ni a otros les tengo miedo, porque no son más que gentes que amenazan a uno y lo asustan de tantas maneras; pero que absolutamente nada hacen en esta vida, y ya ni podía creer la gente que hacen algo. Así es, señor, que no crea que me asusta, pues no me importa que digan y desdigan su palabra, que aquí sobran los que responden. Pues lárgueseme de aquí, duende; ya mi papá viene, y ése sí que no habla, sino que inmediatamente pega, preguntando quién es, si es conocida la gente o no. Si es conocida no les hace nada, antes al contrario los trata con cariño; pero si son desconocidos no les perdona ni la vida y más aun cuando me hacen algo, como en este caso que V. quiere no solamente pegarme sino también robar nuestras cosas. Después de decirle muchas cosas, que casi lo privé, me dice:—Pero tu papá no me hace nada, porque lo conozco muy bien. Además tengo más fuerzas que él, aunque me pegue que yo también le pegaré en caso que quiera hacerme algún movimiento, pues a multitud de gentes les he pegado, cuantimás a tu papá que es un hombre en primer lugar muy débil, en segundo, que no está bueno de salud. De manera que está expuesto, o más bien, no me hace nada.—Pero como yo le ayudo a mi papá en caso de que quiera V. pegarle, aunque sea a piedrazos si no podemos de otro modo. Según observa V. yo soy bastante valiente. Ya ve que no puede hacerme nada, a pesar de que estoy solo; pues estando mi papá quién sabe hasta dónde iría V. porque lo hacemos pedacitos.—Ya basta, me dijo el duende,—yo siempre me retiro, porque no cabe duda que tú eres un muchacho muy rebelde para con la gente grande. Tú a nadie respetas, y quién sabe si a tu papá también le harás así, o quién sabe qué otras muchas cosas le harás. Eso sí no podemos adivinar; sólo haciendo un milagro podemos llegar a descubrir tu conducta con tu papá.

—Mi compañero, el señor duende aquella vez se fué de una vez, de tal modo que hasta en estos momentos no sabemos qué pasaría con el pobrecito. Al llegar mi papá a nuestro rancho, le comuniqué todo lo que me había pasado con el señor duende, y entonces mi papá me dijo que si él hubiera estado a esa hora lo habría pasado por la cabeza, porque quería robar nuestra fruta que tenemos sembrada en nuestro ranchito, que hasta la fecha existe; pero nada más que muy viejito, nuestro pobre ranchito.

146. LA BRUJA Y EL BRUJO

Talea, Villa Alta.

La bruja:—Yo tengo un esposo que me quiere mucho, mucho, y que ha sufrido bastante, y ha batallado porque me casé con él.

El brujo:—Pero, señora, ¿porqué no le concede V. la palabra, cuando que tanto ha sufrido por V., según lo que me acaba de decir? Eso es una injusticia que no le dé la palabra. Es un hombre muy bueno.

La bruja:—Pues de eso no me tiene V. que decir nada, porque de lo contrario, yo hago que V. se vaya de aquí. Sabe muy bien que la reina de acá soy yo, y que no manda otro en mi casa más que yo; y si quiero, ahorita en este momento lo voy a sacar.

El Brujo:—Bueno, ya está. Ahora quiero que me cuente V. de las cosas que ha hecho durante la vida, a ver qué cosas les ha hecho a las gentes que no le han hecho absolutamente nada, según me parece. Y si es verdad tendrá que decirme si ha sido una mentira lo que le digo.

La bruja:—En verdad, yo multitud de cosas les he hecho sin causa alguna. Si V. se espera le contaré de mucho sobre este asunto, que creo es de mucha importancia.

El brujo:—Cuénteme qué cosas ha hecho con las pobres gentes en este mundo.

La bruja:—Pues yo, una vez hice bailar a una mujer muy bonita en un lugar público, en la plaza. Esto lo hice porque una mujer enemiga de otro hombre me pagó para que yo hiciera esto, que no hace mucho que lo hice. En momento dado bailó. Tomé una especie de cosas que tiene uno, únicamente para estas cosas, y como V. muy bien sabe cómo y de qué manera se hacen. Y se llevó al cabo lo que aquella mujer quería hacer con su enemiga, que la odiaba mucho. En seguida me fuí para mi casa después de haber comido en la casa de aquel amigo con su mujer, que entonces me dió muchas cosas en recompensa de lo que yo había hecho con aquella amiga.

El brujo:—¡Pobre mujer! Qué cosa tan mala hizo con esa mujer V. en la plaza pública donde toda clase de gente observa, y por lo menos ve lo que uno hace. ¿Qué tal si la muchacha hubiérase quejado a mí, o ante el presidente? ¿Qué haría?

—Pues no haría más que una cosa, decir que yo no había hecho nada, o que no había hecho tal cosa, y que no conozco a esa muchacha, ni sé quién es. Y de esta manera ninguna persona me sacaría palabras, ni que me mataran no lo haría yo, aunque también me pusieran en la cárcel o en otro lugar más feo, donde no pudiera yo salir ni de aquí a diez o veinte años. Pues así soy yo de mujer mala, y por eso toda clase de gente me ocupa para hacer estas cosas. Esto es nada lo que le hice a esta pobre muchacha. Si supie-

ra cuantas cosas les he hecho no sólo a una persona así, sino a otras de mejor clase, y de una familia de mucho dinero y de muy buen traje y de una alimentación como no puede imaginarse. Y también no sólo en la plaza sino en la iglesia, para que más le guste. Pues yo a nadie tengo miedo; eso sí tengo yo, a pesar de ser una mujer, que ni parece que haga tantos milagros si en este mundo no hay otra persona que haga más cosas que nosotros. ¿Verdad?, compañero, o no?

El brujo:—Sí, esto es muy cierto aunque parezca que es una mentira.

La bruja:—Bueno, ¿y V. no ha hecho nada de esto?

El brujo:—¿Cómo que no? Y más graves cosas que yo no sólo he hecho bailar a muchachas así en la plaza, sino desnudarlas, y esto ha causado una gran vergüenza para las mujeres que son dignas de respeto, como a una señora de bastante fama en esta población, y es una gente muy rica, y de mucho respeto. Pero les costó carísimo los que me mandaron hacerlo. Pues llevé una suma de cantidad que todavía hasta a la fecha me deben otros pesos, que ni me acuerdo cuánto pero sí lo tengo apuntado en un cuaderno, donde tengo todas las cosas que en el mundo me han debido y lo que he hecho.

La bruja:—Ya basta de esto ahora. Quiero que me cuentes cómo fué que aprendiste y en dónde, qué pueblo, en fin todo desde el primer día que entraste a estudiar, y después te diré cómo aprendí yo estas cosas tan bonitas; que mucho dinero producen a uno sus cosas que sabe, porque de nada más me mantengo, y no trabajo en otra parte más que en este oficio, y me paso sin embargo la vida muy tranquila, como si tuviera bastante dinero, y nada.

El brujo:—Pues le voy a contar una historia de la vida, sólo porque me molesta mucho, y ya quiero irme con mucha prisa. Un maestro llamado Zacarías me enseñó que también él hacía muchas cosas de éstas. Un ída me dijo que si no quería yo aprender su oficio, y le dije que sí, que con mucho gusto, que precisamente eso quería decirle. Y después de muchas horas de platicar me puse a hacer muchas cosas, al grado de que llegué a tentar cosas raras, que en verdad no convienen en hacerle mención, y después de estar muchos años con él, viviendo de sus cosas que hacía, me dice un día:—Ahora, creo que tú has de haber aprendido mi oficio, y ahora que estoy enfermo, quiero que se me haga un gran favor, que es de ir a hacer la prueba para ganar unos centavos para vivir para ver si ya había yo aprendido, para así mandarme a un pueblo donde tendría yo mucho trabajo en caso de que pudiera hacer muy bien el papel de mi comisión.

Y me fuí a un pueblo cercano para donde me había mudado con el fin seguro que había de hacer dinero, aunque no muy bastante, si no se conformaría con lo que consiguiera, para sus medicinas, y que él vería de qué manera hacer para comer y mantener a su familia, aunque era bastante, pero que por esa parte ningún cuidado tendría, sino lo único que quería era medicinas. Nuestros buenos brujos son unos sabios para el pueblo, pues cualquier cosa que pasa, luego van a ver para que por medio de sus brujerías descubran porque pasa eso, mis amigos. Pues, mi amiga, ya era mucho lo que

quería que yo le hiciera al hombre a quien le debía mi felicidad, pues por medio de muchas cosas que con él aprendí puedo mantenerme, pues nunca me falta un centavo en mi bolsa.

La bruja:—También yo, lo mismo me pasa, pues si viera tomo por lo menos mi leche, y no sólo aquí sino también en muchas ciudades donde hay todavía muchas gentes que todavía creen en esas cosas.

El brujo:—Pues yo me voy para mi casa porque ya es hora de comer, y también tengo que ir a otro negocio de mucha importancia que tengo, que también se trata de esto mismo, pues ya es hora de ir a asustar a un señor contrario de mi buen amigo Eduardo, que a va a pagar una cantidad bastante buena.

La bruja:—Pues sí tenemos que platicar otras muchas cosas que son de mucha importancia tanto para mí como para ti y para nuestros compañeros, que se dedican a engañar a la pobre gente, cómo se engaña, cómo creen en nosotros y sin hacerles gran cosa, más que hacer movimientos, que no cuesta mucho trabajo en ejecutarlos, pues esto es nada para nosotros.

Los señores sabios para el pueblo Zapoteco son los señores brujos y matachines. Pues aquellos dos platicaron todavía otro gran rato, hasta que por fin se despidieron, citándose uno al otro en un lugar muy conocido para que allí se fueran a pasear.

Después de muchos días que fueron a pasear por aquel lugar, regresaron muy contentos por ir a platicar muchas de sus cosas que al diario hacen para engañar a la gente o al pueblo.

El brujo:—¡Pobres de nuestros hijos! Hace mucho tiempo que nos venimos, por estas ciudades y ya es hora de que regresemos, pues ya estarán llorando nuestros hijos, nuestras familias, y demás gentes, que nos conocen a nosotros.

147. CUENTO DE UN HECHICERO

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Un señor fué muy mentado por sus brujerías y con esto causó mucho daño en la población donde vivía. Todo aquel que no le trataba bien, luego lo hechizaba. Pero no siempre le daba resultado en las personas grandes, sino más bien con las criaturas, con quienes hacía lo que se le antojaba. Siempre que tenía un disgusto con los padres de familia, por más sencillo que fuera, luego se desquitaba con sus hijos. A los grandecitos los hechizaba, y a las criaturas las iba a sacar de los brazos de la madre, sin que lo sintiera ninguno, y luego las llevaba al pasajuego, en donde estaban los demás brujos y brujas, y luego se ponían a jugar con la criatura como si fuera una pelota. Antes del primer canto de gallo, todos corrían, y el señor llevaba la criatura a su casa pero ya muerta. Al día siguiente los padres muy asustados, veían a la criatura muy amoratada, y luego se ponían a pensar

con quiénes tuvieron algún disgusto, y luego dan que con aquel señor tuvieron algún disgusto, y no podían reclamarle por temor de que hiciera otro tanto.

Cuando pedía algún favor tenían que hacerlo contra toda voluntad. Si quería comprar alguna cosa tenían que vendérsela, porque si no, los hijos eran los que sufrían. Siempre tenían el cuidado de no faltarle, y siempre tratarlo bien; pero él siempre buscando un modo para hacerles daño. Eran tantas las criaturas qué ya había matado, que por fin, la autoridad se resolvió a ponerle preso. En la noche lo encerraron y al día siguiente iban a sacarlo para tomarle su declaración y ya no estaba. Que se ponen a buscarlo. Lo encontraron y lo volvieron a encerrar y le pusieron dos centinelas. Y que lo buscan otra vez y no lo encuentran. Al fin lo encontraron y lo encerraron, y además lo amarraron; y con todo esto volvió a fugarse. Entonces la autoridad, viendo que no podía castigarlo, quiso dejarlo así no más, pero todos los ancianos se reunieron y pidieron que lo pasaran a la cabecera, a la disposición del juez; y la autoridad cumpliendo con aquella disposición, lo fué a entregar, diciéndole al juez que querían que se castigara aquel hombre, porque como brujo que era había causado mucho daño en la población, matando muchas criaturas, y que han querido castigarlo, pero no han podido, porque luego se fuga. Entonces el juez le preguntó que cómo hacía todo eso, y entonces dijo que para hacer todo eso a la media noche tenía que ir a revolcarse ante una cruz, y rezar algunas oraciones, para transformarse en perro, en gato, o en pájaro; y con sólo echarse sobre el techo en la dirección en que estaba acostada la criatura o persona que quería hacerle un daño, bastaba para matarlo, o matarla y para fugarse. Dijo que con la gracia que tenía para transformarse en animal, se transformaba en una culebra o en una hormiga, y se salía luego. Entonces el juez dijo:—¿Y cómo? Ni bien había acabado de hablar cuando desapareció aquel hombre y a lo lejos lo vieron transformarse en pájaro. El juez quedó admirado con aquello, y dijo:—Con esta clase de gente no se puede hacer justicia, y vean VV. qué hacen con él. La autoridad se fué entonces para el pueblo, y dijeron: —Ahora, vamos a matarlo. Y que lo empiezan a buscar y lo encuentran en la casa de un compadre de él. Lo sacan de allí y lo llevan a la villa del pueblo, y a fuerza de pedradas lo mataron y lo dejaron tirado allí, y al día siguiente ya lo vieron andar en la población. Y que lo cogen y lo matan otra vez, y entonces pensaron sacarle el corazón y quemárselo, y así no resucitaría, y lo hicieron. Le quemaron el corazón, y el cuerpo lo enterraron, y de esta manera desapareció aquel hombre que mucho mal cometió en el pueblo.

148. CREENCIA EN LOS CERROS

Los antiguos tenían mucha creencia en los cerros. Cada año hacían una cotización entre todos los habitantes del pueblo para hacer una gran fiesta de aquel cerro o dios en quien tenían mucha fe. Cualquier cosa que ellos pedían la obtenían, siempre que se quitaban el rosario o medalla que llevaban en el cuello, dos cuadras antes de llegar y los colgaban por allí. Al llegar al mero cerro se les apareceía un gran templo y un Cristo en la mera puerta; y todo aquel que deseaba alguna cosa, tenía que darle cien azotes a aquel crucifijo y hasta entonces no podían entrar en el interior, y con la condición de que todo aquél que lo hacía así, se consideraba perdido, es decir ya no pertenecía a Dios. Hubo un señor, llamado Pedro, que dedicó toda su atención en adorar a los cerros. Tuvo muchas mulas y mucho dinero, fué un gran rico que no hubo otro igual a él; pero todo aquello fué adquirido por los constantes regalos y visitas a los cerros, y todo lo que pedía lo obtenía.

Un día un cazador que venía del campo, muy triste porque no encontró ningún animal que cazar y era el único oficio que tenía, por medio del cual sostenía a su pobre familia, se encontró a aquel rico que venía con su atajo de mulas, y entonces le preguntó:—Señor, ¿cómo hizo V. para tener tantas mulas, que ningún otro tiene igual como V.? Yo quisiera tener aunque fueran dos, para viajar con ellas y así sostener a mi familia, porque con el oficio que tengo, muchas veces llego a mi casa sin ningún conejo.

Entonces el rico contestó:—Pues con poco trabajo lo puedes conseguir. ¿Tienes valor?—Sí, contestó el cazador.—Pues vas al cerro de Yatín, y antes de llegar te sacas tu rosario y lo cuelgas por ahí, sin que lo vuelvas a tomar y llegas adonde está el palacio. Allí está un Cristo que le darás cien azotes, y entonces tienes derecho de pedir lo que tú quieras.—Sí,—dijo el cazador. Muy contento se fué para su casa, y le dijo a su mujer que le preparara sus tortillas, que se tenía que ir al monte al día siguiente. Ese día amaneció algo lluvioso, y que se va al monte a llegar cerca del cerro encantado. Sacó su rosario y lo colgó en un árbol tal como se lo habían dicho, y al llegar al mero cerro, se admiró al ver el hermoso palacio y en la puerta el crucifijo. Aquél tenía miedo, y ya quería retroceder; pero de nuevo se animó y se dió valor a sí mismo. Entró y cogió el chicote, y que le pega al crucifijo, y después pide que se le den dos mulas. Entonces se salió de allí y se vino rumbo al pueblo. Poco había andado, cuando oyó un ruido por detrás. Volteó la cara y vió que eran dos hermosas mulas que lo venían siguiendo. Cuando corría ellas también corrían. Si se paraba también ellas se paraban. Entonces le llegó el miedo, y dijo:—Estas mulas no son buenas; éstas son del demonio. Y como fué a pedir estos animales entonces regresó por su rosario. Se acordó de Dios, le pidió perdón, se puso su

rosario y se vino. Entonces las mulas desaparecieron. En el camino todavía venía volteando la cara para ver si no venían las mulas, pero aquéllas habían desaparecido por completo.

149. CUENTO DE UNA BRUJA

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Una mujer antes de casarse se dedicó mucho a aprender la brujería. Todas las noches a las doce de la noche, salía de su casa y se iba a la casa de la bruja que le enseñaba las oraciones para aprender la brujería. Con mucho empeño se dedicó, y a los tres meses ya sabía muy bien. Un hombre entró a pedirla. El padre de ésta consintió, y se casaron. El padre del marido viendo ya casado a su hijo, entonces le dijo:—Hijo, ahora sí es tiempo que veas para vivir por ti solo; te voy a dar una casa en donde vivas con tu mujer. —Está muy bien,—dijo el hijo, y se fueron a vivir en la casa que les dió su padre. Allí vivieron muy contentos. El marido salía y se iba al trabajo, se iba desde la mañana y no volvía hasta en la tarde, y la mujer molía un poquito, dejaba el metate, y se ponía a hacer otros quehaceres de casa. En la noche, cuando llegaba el marido del trabajo, volvía la mujer a moler otra vez. El marido cenaba y dejaba a la mujer moliendo. Ésta hacía su masa, la tapaba, y ya cerca de las doce, hora en que comprendía que el marido estaba bien dormido, entonces se paraba y comenzaba a brincar sobre él. Después cogía su reboso y se iba a la calle.

A las doce en punto estaba en el panteón, punto de reunión de todos los brujos y brujas. Allí rezaban sus oraciones y se revolcaban, y luego se transformaban en pájaros negros y se iban al valle a matar cerdos y chuparles la sangre. Allí comían muy bien, y entonces regresaban hasta el punto de partida y de allí cada quien se iba para su casa. Cuando llegaba la mujer a su casa deponía todo lo que había comido y batía aquello en la masa que había dejado, y luego se ponía a echar sus tortillas. Después la comía con la otra poca de sangre que dejaba echar, y luego después se acostaba y el marido durmiendo, nada sentía. Así fué haciendo la mujer noche por noche, enfadando al marido porque no se acostaba su mujer tan luego como se acostaba él. Él le dijo:—¿Porqué siempre te gusta moler de noche? Deja eso y vente a dormir. Y la mujer no habló hasta que no acabó. Dijo: —Hasta que no acabe, porque en el día tengo mucho que hacer. Entonces el marido se hizo el dormido y se puso a observar lo que su mujer hacía. Acabó aquélla de hacer su masa, dió dos brincos sobre el marido, y salió luego. El pobre hombre, no más viendo aquello, esperó hasta que regresara la mujer. Cuando llegó vió que ésta después de haber hecho sus tortillas, se puso a comer aquello. Después de haber acabado de comer, el marido se levantó y le dijo:—Puerca, cochina, no haces nada, por eso te gusta moler

de noche. Coje tu camino y vete. Esto no más dijo el marido. Allí cayó luego la mujer muerta de vergüenza porque había sido descubierta en su brujería.

150. CUENTO DE UNAS BRUJAS

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

En un pueblo vivía un hombre que le llamaron por sobrenombre, "Pedro bajo del Pueblo." Este señor iba a vender verduras a la plaza que había en otro pueblo cercano de allí. El señor acostumbraba salir muy temprano para poder vender pronto sus hierbas; y las gentes de sus pueblos le decían:—¿Que no tienes miedo al pasar por ese camino, a deshoras de la noche? Por ese camino velan mucho las brujas convertidas en culebras, perros, y gatos, que asustan a todos los que pasan ya noche por ese camino. Y el señor:—Qué brujas, ni qué brujas. Tantas veces que he pasado por ese camino, y a todas horas de la noche, y no he visto nada. Pasaron los días y no le había pasado nada, hasta que en un sábado muy temprano, salió aquel señor para la plaza. La noche estaba muy obscura, y se fué muy despacito el señor, cuando llegó a un llanito en donde había muchos espinales. Allí andaban unas brujas convertidas en bolas de lumbre, y andaban bailando; y el señor al verlas, se sentó luego en el camino para que no lo vieran. Las brujas, cuando acabaron de bailar, todas se reunieron y empezaron a platicar, y una de ellas dijo:—Ya estamos al fin del año; ahora vamos a ver quién quieren VV. que muera al principio del año nuevo. Entonces todas contestaron:—Pedro bajo del Pueblo. Pedro bajo del Pueblo va a morir. Y empezaron a bailar otra vez. Bailando estaban, cuando dijeron:—Vuele gente, vuele gente; y todos se echaron a volar. El señor, asustado estaba, porque oyó que dijeron que él iba a morir en el año nuevo. Cargó su pescador y se fué para la plaza. En la noche llegó a su casa pensando qué iba a hacer. Entonces dijo:—Mañana voy a la misma hora que pasé y les echo en cara lo que dijeron anoche. Al día siguiente se fué a la iglesia, y allí vió que estaban tres de las brujas. Se esperó que pasara la misa, y cuando terminó se paró en la puerta de la iglesia, esperando que pasaran. Cuando pasaron, les dijo:—Oigan VV., brujas, ¿porqué dijeron VV. anoche, que Pedro bajo del Pueblo va a morir? ¿Qué les he hecho, o qué les debo por eso? Aquello no más dijo y las mujeres cayeron muertas de vergüenza.

151. CUENTO DE UN BRUJO Y DE UNA BRUJA

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Una mujer muy bonita se casó con un hombre muy celoso. No la dejaba ir a ninguna parte, ni que platicara con nadie, y cuando la veía platicando luego le pegaba. La mujer tenía su amante que lo quería mucho, y este amante era un brujo, y le dijo a la muchacha que si aprendía la brujería, y ella le dijo que sí, y que así podían platicar por largo tiempo, y sin que lo sintiera el marido. La muchacha, muy contenta, se buscó una señora que le enseñara la brujería. Muy pronto aprendió a convertirse en diferentes animales, y entonces le avisó a su amante que ya sabía bien. Entonces el amante le dijo:—A las doce de la noche, hora en que tu marido esté durmiendo como un muerto, entonces te levantas, das dos o tres saltos sobre él, y te sales. Luego te espero donde se encuentran los caminos.

Entró la noche y se llegó la hora de acostarse. Se durmió con su marido, pero ella se hizo la dormida y esperaba que se llegara la hora. Cuando dieron las doce se levantó, hizo lo que le había dicho, y se fué a ver al amante, que ya la estaba esperando. Llegó al lugar donde quedaron de verse, y ya estaba su amante allí. Entonces dijo éste a la mujer:—Tú te vas a convertir en leona y yo en león, y nos vamos a pasear al monte. Se quitaron luego las cabezas y las pusieron por allí. En seguida se revolcaron, y luego se transformaron en leones y se fueron al monte a comer animales. A las tres de la mañana volvieron en donde estaban las cabezas allí; se revolcaron, y cada quien se tomó su cabeza y se transformaron en gente. Luego, de allí se despidieron y se citaron para la noche siguiente. Llegó la mujer y se acostó al lado de su marido, y éste nada sintió. Así hizo la mujer por mucho tiempo.

Llegó el día de su santo, y el amante le preparó una fiesta en el bosque. Invitó a muchos de sus amigos y brujos, y en la noche todos convertidos en animales se fueron al bosque en donde estaba ya preparado un toro, un venado y muchos guajolotes, y todos se pusieron a cenar. Cuando acabaron, dijo el amante:—Vamos a bailar un poco y entonces nos vamos.—Sí, dijeron. Y que se ponen a bailar todos. Bailando estaban y se pasó la hora, y cuando acordaron, ya era muy tarde; y que corren y se van adonde estaban sus cabezas. Se revuelcan, y de lo apurados que estaban, el hombre tomó la cabeza de la mujer y la mujer tomó la cabeza del hombre, y corrieron luego y se fueron para sus casas. Al día siguiente cuando se levantaron, estaban aquellos tapados desde la cabeza, porque amaneció uno con trenza, y la otra con bigotes.

152. CUENTO DE UN BRUJO

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

En un pueblo vivía un señor que era brujo, y decían que era el presidente de los brujos. Este señor tenía muchas señas de balazos en todo el cuerpo. Y que se escapaba no más de la muerte, cuando se transformaba en animal, y que iba a hacer daños y se iba a comer a los becerros. Aquel señor tenía un amigo que no creía en los brujos y siempre hablaba mal de ellos. En una noche se encontraron los dos, y entonces le dijo:—Mi amigo, ¿qué tú hablas de los brujos? Quiero que me acompañes esta noche a la villa del pueblo para que veas lo que sufrimos y el beneficio que hacemos al pueblo. El amigo dijo:—Está bien, vamos para ver cómo es eso de brujos. Llegaron a la orilla del pueblo, y se estuvieron sentados y platicaron. A la media noche sopló un viento con un olor muy feo. Entonces el brujo se paró y le dijo a su amigo:—Ahí siéntate; voy a ver qué cosa quieren éstos que vienen ahí. Al rato llegaron dos hombres negros, muy feos, y querían pasar para entrar al pueblo; pero el brujo no los dejó pasar. Y que se agarraron y se revolcaron allí los dos hombres contra el brujo y no lograron pasar. Siempre logró el brujo de correrlos, y entonces se fué donde estaba su amigo, y le dijo:—Ahora sí, ya está ganando. Vamos ahora. Ya viste el trabajo de los brujos, y luego hablan mal de ellos. Estos hombres que corrí ahí querían entrar al pueblo a esparcir enfermedades, pero no lo lograron. Ya viste con qué trabajo se fueron. Pues nosotros estamos encargados de cuidar las poblaciones, para que no entren ésos a esparcir enfermedades. Si no fuera por nosotros, habría mucha enfermedad, y el pueblo no aumentaría. Entonces el señor aquel quedó convencido de los brujos.

153. UNA BRUJERÍA

Entre dos pueblos de la raza de los Cajonos que también son Indios Zapotecas, existe un gran río. Sobre ese río está un puente de construcción bastante antigua de cuya formación ninguno da cuenta. Y como está situado sobre un río bastante grande y en un punto muy difícil para su construcción, y está éste hecho con materiales no usados, como son pequeñas piedras de color negro, y una argamasa semejante a la mezcla, hallándose a una altura grande que a la simple vista no es posible creer que la mano del hombre lo haya hecho.

Los ancianos para decir sobre la construcción de aquel arco, sólo dicen que sus abuelos les contaron la construcción de aquel puente de la manera siguiente:

Los dos pueblos situados a cada lado del río cada quien tenía sus creencias muy distintas. Uno de ellos estaba casi ya entregado a los malos espíritus y dominado por un espíritu maligno el cual era su dueño y señor. El otro era un pueblo muy creído en el poder de las brujas, y tenía como principal a una mujer grande que gozaba del poder de la brujería.

Pues bien, el espíritu maligno estaba irritado porque no podía tener en su poder a las gentes del pueblo de la bruja. Para conseguirlo, se propuso hallarla para que le entregara su pueblo y le quitara aquella creencia que tenían los habitantes de aquel pueblo. Cuentan que en una noche de fuertes tempestades, entre truenos, rayos, relámpagos, remolinos, y un monte cercano y muy espeso, se citaron aquellos dos personajes de los pueblos, y el espíritu maligno le dijo a la bruja sus intenciones y que le dijera qué quería en cambio de aquellos habitantes, pues, estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera posible, con el solo fin que la bruja no se metiera ya en el pueblo.

La bruja le dijo que ella también deseaba que los habitantes del pueblo maligno, fueran de sus mismas creencias; pero que también deseaba obsequiar a aquellos habitantes lo que le pidieran. El espíritu maligno volvió a insistir en su propósito, y entonces la bruja le puso esta condición:

—Durante una noche tú construirás un gran puente sobre el río que nos aparta, pero con la precisa condición que empezarás a trabajar desde la media noche, y habrás terminado al primer canto de gallo, y que si antes de terminarlo, cantare el gallo, tú habrás perdido y entonces los de tu pueblo pasarán a mi poder.

—Acepto,—dijo el espíritu maligno,—pero con la condición que todos los gallos de tu pueblo me sean entregados antes para matarlos; y que los que den la señal, que serán los míos, y no haber terminado la obra, me doy por vencido.

La bruja dijo que aceptaba entregarle los gallos de la población, pero que el canto del primer gallo, cualquiera, sería la señal. Ambos convinieron y se señalaron el día en que serían entregados los gallos, y la noche en que se debía trabajar el puente.

La bruja tuvo cuidado de escoger el gallo más cantador y lo escondió en una olla y entregó todos los demás. El espíritu maligno mandó matarlos todos para que ninguno cantara a la hora acostumbrada, y aconsejó a los suyos que cantaran mucho después de su hora.

En la noche señalada, mandó llamar a todos sus demás vasallos, que formaban una gran legión, y les dijo que le ayudaran. Todos se prestaron, y a la media noche, se presentaron todos, cada quien trayendo los materiales que se iban a necesitar para la construcción de aquel gran puente.

Llegada la hora, todos aquellos se pusieron a trabajar lo más pronto que podían y bien pronto se vió que el trabajo avanzaba muy pronto. La bruja se transformó en espíritu maligno, y se prestó a ayudar al trabajo para estar al tanto de él.

Ya estaba por terminar el trabajo, y no faltaba más que las cortinas del puente, cuando llegó la hora en que debían cantar sus gallos, cuando desa-

pareció la bruja, y fué a sacar al gallo que tenía escondido, y agarrándole muy fuerte del buche, hizo que su gallo cantara lo más fuerte que pudo.

Al oirlo, los espíritus malignos abandonaron el trabajo sin terminarlo. Entonces la bruja fué en busca del espíritu maligno, para decirle que lo había vencido, pues según lo convenido, no habían podido terminar la obra antes de que hubieran cantado los gallos; por lo que el pueblo debía pasar a su lado y tener sus mismas creencias, puesto que ella había sido la que había vencido.

El espíritu maligno, dándole la razón a la bruja, se dió por vencido, y el puente aquel quedó sin terminarlo tal como existe hasta ahora.

Dicen que varias veces han intentado terminar aquella obra, pero ha sido inútil, pues los materiales que se han empleado, no han podido ser de la misma consistencia, y no han podido mezclarlos por más esfuerzos que se han hecho. Y si alguna vez han logrado esto, no ha sido duradero, pues luego se cae, y el puente existe en su mismo estado, como lo dejaron aquellos espíritus.

154. LOS MACHINES

En un gran monte, y entre dos ríos, había un terreno en donde abundaban muchos árboles frutales que servían para alimentar a las numerosas partidas de machines que a sus alrededores vivían.

En una época se vió que los árboles frutales aquellos no producían lo que regularmente daban, y por entonces, también en busca de alimentos, llegaron grandes partidas de otros machines, que venían en busca de alimentos. Grande fué la alarma de los que allí habitaban cuando supieron que aquéllos ya venían muy cerca para arrebatarles sus pocas frutas, que aquéllos tenían para propio alimento.

Para acordar lo que mejor debía de hacerse, el rey de los machines mandó citar a una sesión general para que todos los vasallos dijeran o supieran lo que se debía de hacer con aquellos invasores de sus propiedades.

A la hora señalada, y en sitio acordado, se citaron todos, que por suerte había sido al pie de una gran cuesta. Llegaron primero el rey y sus ocho secretarios que se sentaron en el lugar principal, conforme a su alta jerarquía.

Así se iban sentando todos, y una vez reunidos todos los vasallos de aquel lugar, el rey se puso de pie y les habló del objeto de aquella reunión. Les pidió sus opiniones para que después de examinarlas, dar él la suya, y acordar lo que sería mejor hacer en aquella crítica circunstancia que se les presentaba.

A una voz, todos dijeron que se les declararía la guerra hasta lograr sacarlos de sus dominios; pero algunos principales y el rey dijeron que la medida era extremosa y podía darles malos resultados si en algún caso el enemigo era más numeroso que ellos; y para salvar la dificultad, lo mejor sería enviarles una comisión para decirles que era en vano que vinieran porque nin-

gún provecho sacarían, pues en las mismas circunstancias se encontraban ellos, y que también pensaban salir de aquellas regiones para ir a buscar sus alimentos.

Aunque esta proposición fué aprobada por algunos otros, la desecharon porque decían que aquel acto significaba como de cobardía, y que ellos nunca habían sido cobardes, y era necesario tomar las medidas que ellos venían empleando para apoderarse de lo que necesitaban; y además, querían darles una lección para que para lo venidero no pensaran otra vez molestarlos.

Esta proposición fué la aceptada, y desde luego se tomaron las medidas necesarias para el caso, y se dieron luego las comisiones. Así es que en aquella junta se tomó lo necesario a fin de evitar una sorpresa de parte del enemigo. El enemigo, una vez enterado de los movimientos de los defensores, se propuso también luchar hasta vencer al enemigo defensor de sus intereses.

Después de arreglar todos estos negocios, se dió por terminada la sesión y todos con mil caravanas, se despedían de su rey para indicarle de esa manera su cariño, respeto y sumisión.

Al despedirse de su majestad, los vasallos tenían que cumplir con una ceremonia que consistía en levantar la cola hasta dejar la punta sobre su cabeza, y tenían que andar con cierto aire que indicara que acababan de hablar con su majestad; pero para levantar demasiado la cola, y andar delante del rey para cumplir con aquella exigente ceremonia, tenían que cuidarse de enseñar ciertas partes que eran indecorosas, y como no todos podían hacerlo, se veían en el caso de enseñar las partes prohibidas. Viendo esto el rey, y queriendo también ver de qué manera éstos llegasen a la figura que se aproximara más al hombre, pensó cual sería el medio; y llegó a resolver que para esto era necesario dictar un acuerdo a fin de que todos sus vasallos se cortaran la cola.

Antes de que se disolvieran, mandó inmediatamente citar a otra junta. Luego que supieron la última determinación, todos regresaron inmediatamente para saber la novedad, pues se imaginaban que algo grave acontecía en el reino.

Mandó que tomaran de nuevo asiento todos los asistentes. Poniéndose de pie y dirigiéndose a todos, empezó a hablar de la siguiente manera:

—He llamado a VV. nuevamente para hacerles saber mi último acuerdo que va encaminando a buscar los medios de acercarnos más a los hombres en todos sus caracteres. Todos sabemos que mucha semejanza tenemos con esos animales, sino lo único de más que tenemos es la cola, y como me he fijado que es muy feo que sigamos teniéndola y además cumplir con ella cierta ceremonía que se le hace a los reyes, he creído prudente y conveniente que todos mis vasallos de hoy en adelante empiecen a cortarse la cola, para así conseguir que nos parezcamos más al hombre y para evitarnos de esas ceremonias que se hacen muy malas figuras.

Admirados quedaron los vasallos al saber semejante acuerdo, pues no veían que aquello nada tuviera que ver con el asunto principal, y más cuando se trató de cortarse la cola, que la tenían como el quinto brazo.

Entre tantos hubo unos muy violentos que se opusieron a cumplir aquel acuerdo, alegando que les hacía mucha falta en la guerra que les esperaba, y que casi les era imposible cumplir aquella disposición, pero entre tantos, había muchos de experiencia que sabían como conducirse para ni contrariar al rey ni cumplir aquella disposición. Entre aquéllos, tomó la palabra uno de los más viejos, y empezó diciendo:

—Rey y señor nuestro, dispuestos estamos a cumplir cuanto mandáis puesto que para eso somos vuestros vasallos, y no sólo esa exigencia vuestra, sino otras más, pero también quieren los vasallos que su majestad, como la primera persona entre nosotros, dé el ejemplo y en seguida lo haremos nosotros.

Al oir los vasallos aquellas palabras, agacharon la cabeza como señal de aprobación. Al ver el rey los deseos de sus súbditos, se quedó perplejo; y como para no quedar mal, manifestó a sus vasallos:—Puesto que este asunto se puede arreglar con calma, dejémosle para otra ocasión, y fijémonos en los asuntos que hoy amenazan al reino.

Por fin, se declaró la guerra que duró mucho tiempo y muy encarnizada en la que siempre salieron victoriosos los defensores de sus propiedades, no permitiendo que el invasor se apoderara de algo de ellos.

155. LA POZA DEL CATRÍN

Al norte de la cabecera del distrito de Ixtlán de Juárez, del estado de Oaxaca, como a un kilómetro de distancia, hay una poza, (un manantial), cuya agua es bastante buena para cualquier uso. A aquel lugar, por lo que diré adelante, la gente le ha dado el nombre de Poza del Catrín.

Hace mucho tiempo que aquella poza servía para que la gente del pueblo fuera a lavar su ropa; pero siempre que alguien llegaba muy de mañana, había de ver cerca de aquel lugar, a un personaje muy bien vestido, que por su traje era imposible creer que fuera alguna persona vulgar. Aquella persona permanecía algunos momentos, y en seguida, se internaba entre el bosque que está próximo. Unas personas decían que aquel personaje estaba vestido con pantalones azules y saco rojo y con un sombrero blanco con anchas faldas, fumando un grueso puro. Otras veces lo veían vestido de charro; pero no se dejaba ver más que un momento, y casi siempre lo encontraban sentado en una pequeña piedra.

Allí se cree que aquel personaje es el dueño de aquella poza. Es él que la puso, y él que la cuida; y como en aquel lugar no hay gente que vista de una manera decente, es sumamente raro ver a aquel personaje. El vulgo le ha puesto el nombre a la poza de la Poza del Catrín, por el traje del personaje.

Hay gente que dice que aquella poza está encantada, y que aquel personaje es un rey pidiendo que lo desencanten.

156. LOS HECHICEROS

En un pueblo había algunos hombres que entendían el arte de los hechiceros.

A este pueblo llegó un individuo de un pueblo bastante lejano, que era un hombre entendido, pues tenía conocimiento de muchas industrias que les enseñaba a los vecinos de aquel lugar, y era bastante instruído y muy justiciero. Tan luego como los habitantes se dieron cuenta de las virtudes de aquel hombre, empezaron por tenerle confianza y después cariño, empezando por pedirle consejos respecto a todos sus asuntos, que éste siempre procuraba arreglarles lo mejor que podía.

Con esta persona, todo el pueblo estaba muy contento y en sus fiestas era el primer convidado.

Después de algún tiempo que vivió en aquel pueblo, pensó separarse, a lo cual se opusieron determinadamente los vecinos del pueblo. Se fueron a suplicarle todos que no se separara, pero insistió en su propósito.

Entre sus muchos amigos, había uno que tanto cariño le tenía que juró que él vería de la manera de oponerse a que se fuera su amigo. Este amigo era un hechicero de los más principales, y luego que supo el día de su partida se levantó muy de mañana, y se dirigió hacia el camino por donde debía pasar su amigo que ya se separaba. Al llegar cerca de un arroyo, se metió entre los matorrales, y esperó que pasara el caminante.

Ya se acercaba cuando el hombre escondido hizo como quien se estira, y pega un agudo grito, y se deja caer en el camino en forma de una gran víbora de cascabel, y al llegar el caminante, se detiene, después de asustarse, y empieza a retroceder; pero la víbora no pára hasta allí sino que empieza a querer picar al hombre, y para eso se le quiere acercar. Entonces el hombre empieza a retroceder, y por fin se decide a regresar hasta el pueblo y aplazar su viaje hasta después. Llega al pueblo, avisa lo que le acontece, y sus amigos con esto le suplican que desista de su separación.

Entonces a uno de sus más íntimos amigos le avisa lo que sucede, y como este amigo es también hechicero, lo pone al corriente de lo que aconteció; y ofreciéndole que como una prueba de su amistad le ayudaría a salir del pueblo, aunque comprendía que se echaría la enemistad de sus compañeros.

Cuando volvió a preparar su viaje y salir de nuevo de la población, se quiso repetir la acción del hechicero. Al llegar al mismo punto, se encontró de nuevo con la víbora; pero como lo seguía su íntimo amigo, regresó y le dijo que lo ayudara a pasar aquel lugar.

Éste se acercó a la víbora transformándose en un coralillo, amenazando a la víbora con picarla. Al ver esta transformación, y dándose cuenta de lo que ocurría, dió la vuelta y se escondió entre los matorrales. Entonces el

coralillo hizo una señal al individuo para que lo siguiera. Siguieron caminando.

El coralillo se volvió de nuevo hombre, y empezaron a platicar. En esto estaban cuando vieron que un individuo estaba esperándolos a ellos. Se presenta aquél transformado y se dirige al extraño, pidiéndole muchas dispensas por haber sido la causa de que no se fuera la primera vez; pero que siéndole un buen amigo y queriéndole bastante, no quería que se separara de la población.

Como le había dado buen resultado la primera vez, quiso repetirlo, pero no había podido en virtud de haberlo ayudado el otro compañero, y que queriéndole presentar sus respetos, su dispensa y su despedida, se había propuesto darle alcance.

El buen caminante le dijo que le agradecía, pero que con esa amistad lo había molestado; pero que lo perdonaba y se alegraba al mismo tiempo de haberlo vencido en la segunda ocasión.

157. LOS HECHICEROS

En un pueblo había entre los habitantes más antiguos del lugar, uno que poseía el arte de la hechicería. Como este hombre era muy estimado entre los vecinos del pueblo, porque también era un buen curandero, pues decían que aplicaba su arte sobre las enfermedades, y éstas no podían resistir a su poder. Por tal motivo, casi siempre sus enfermos los sanaba con la mayor facilidad.

Pero este hombre se iba haciendo viejo, y estaba próximo a terminar. Viéndolo en ese estado, los vecinos se alarmaron bastante y pensaron que si moría aquel viejo, era muy difícil encontrarse con otro curandero como éste. Para esto, se reunieron los principales y discutieron cómo hacer para no perder aquellos conocimientos. Acordaron que se le rogaría para que dejara sus conocimientos a alguno del pueblo que les siguiera prestando sus servicios. Aceptó y se prestó a acceder a los deseos de los vecinos, y les dijo que le mandaran al que quisieran. Entre los jóvenes mejores del pueblo, escogieron a uno que también su abuelo había obtenido aquel arte, creyendo los habitantes que porque en éste corría la sangre de sus abuelos, le sería fácil aprender aquel arte.

Pues bien, presentado que fué el joven, empezó a recibir instrucciones, y enseñanzas de aquel viejo hechicero. El joven en verdad que algo había heredado de su abuelo, se le facilitaba mucho el aprendizaje; y gracias a los secretos que le diera, pronto pudo hacer sus primeras pruebas, las que salieron bastante bien, por lo que en poco tiempo se hizo notable por sus conocimientos.

Alarmado el viejo maestro de los progresos de su alumno, como éste había dado pruebas de muchos conocimientos, y como también el viejo era muy egoísta, al ver que su popularidad disminuía, se empezó a encelar de los pro-

gresos de su educando. Para continuar con su misma popularidad, pensó que para lograrlo necesitaba que su pequeño enemigo desapareciera. Buscando un medio para matarlo sin que el pueblo se diera cuenta de ello, empezó por manifestarle cierta desconfianza y antipatía.

El joven comprendió todo, y quiso burlarse del envidioso maestro. Éste lo invitó afuera del pueblo con el pretexto de enseñarle un secreto. Ya estando fuera de él, lo amenazó y lo insultó. Cuando levantó la mano para darle un fuerte golpe, el muchacho aquel se transformó en un momento en una hermosa mariposa que se alejó revoloteando entre los árboles. Indignado el viejo de que se le transformara y de que quería escapársele, se transformó en un pájaro mechudo, viejo y feo, que fué en su persecución hasta lograr matarlo.

Después de volar mucho, ambos llegaron a la orilla de un gran estanque. Estaba ya la mariposa para caer en manos del pájaro, cuando repentinamente desaparece entre el agua, y queda transformada en un hermoso pececito de color rojo.

El pájaro, viéndose burlado para seguir a su enemigo, lo que hizo fué él transformarse en una culebra que nadaba sobre el agua. Queriendo pescar al pececito, estaba a punto de ser tragado por la culebra cuando el pececito saltó del agua para salir a tierra, y al caer quedó ya convertido en un ratón que corriendo buscaba su madriguera.

Indignada de nuevo la culebra, y viendo que se le escapaba de nuevo éste, se transformó en un gato negro, flaco y hambriento, que corría también tras del ratón. Viendo el ratón que estaba de nuevo por caer en manos de su enemigo, que se sube a un árbol en donde subía una planta de granadita. Llegando a la punta, se transformó en una granadita, pero como tenía mucho parecido con las demás, al subierse el gato, se confundió con ellas. Y para evitar que se le fuera a escapar aquel enemigo, lo que hizo fué transformarse en un fuerte aire, y azotó tan fuerte al granadal aquel, que hizo se cayeran todas las granaditas.

Como casi todas estaban ya muy maduras, al caer al suelo, todas se rompieron y sus semillas fueron regadas. El viejo hechicero comprendió que en alguna de tantas semillas pudiera estar reducido su pequeño enemigo, y para deshacerse de él, se transformó en varios guajalotes que empezaron a comerse las semillas.

La semilla en la cual estaba el pequeño enemigo, por casualidad fué a caer debajo de una piedrecita donde no fué vista por los guajalotes. Una vez que estos animales vieron que habían terminado de comer creyendo de que había ya desaparecido su enemigo, se fueron muy satisfechos.

Ya se retiraban cuando la pequeña semillita escondida se transforma en un gran coyote que empieza a matar a los guajalotes, y en un momento los deja a todos muertos.

Una vez terminada esta tarea, se transformó en su verdadera forma, y se presentó a su pueblo y a sus vecinos, dando cuenta de todo lo que le había acontecido, y de la manera que se valió para vencer a su adversario; por lo que fué felicitado por el pueblo y después bastante querido.

158. LOS BRUJOS

En cierto pueblo bastante grande había muchos brujos, que diariamente ejercían su arte. Entre éstos y los que no lo poseían, pasó lo siguiente.

Había en él un matrimonio, de cuyo matrimonio la mujer era una de las principales brujas. Esta bruja no estaba del todo satisfecha porque su esposo no tenía el mismo arte.

Se debe advertir que en aquella población era muy común el adulterio. Un hombre, también casado, que era bastante hechicero, quiso hacerla suya, y al fin lo logró sin que se diera cuenta su legítimo esposo. Un amigo del adúltero, al ver con la facilidad con que hizo suya a aquella mujer, éste también quiso hacer lo mismo, y lo logró.

Pues bien, estos dos últimos durante mucho tiempo estuvieron de acuerdo, debemos advertir que también éste era bastante brujo. Los dos amantes e hijos, como he dicho, estuvieron de acuerdo; se tapaban mutuamente con el légitimo marido de sus fechorías.

El tiempo transcurría, y la mujer ya no correspondía con el mismo afecto a los dos, prefiriendo al primero de ellos.

Despechado el amigo por esta distinción, quiso vengarse de ellos, descubriéndolos con el legítimo marido para que éste castigara su osadía. Lo puso al tanto de cuanto ocurría, dándole toda clase de detalles y ofreciéndole su amistad y su ayuda para que pudiera cerciorarse por sí mismo de lo que pasaba con su mujer.

Este estuvo atento y con gusto aceptó su ayuda para el fin que le había indicado, y pidiéndole sus consejos. Entonces éste le dijo:

—Toma este pomo de polvo que tiene la propiedad de quitarle el efecto que produce el polvo que se huele para quedar adormecido; y de ése es el que emplea tu esposa para adormecerte durante la noche para que no sientas y pueda salir para concurrir a sus reuniones en donde va todas las noches. Este polvo procurarás respirar algo antes de la media noche, y observarás con mucha atención y aparentando no darte cuenta de lo que sucede después. Verás que tu esposa te llama, y como te ve dormido, te acercará sus polvos para adormecerte y al poco tiempo vendrá a toda carrera una mula, que es el amante de tu esposa, saltará las trancas cerca de tu casa y pegará un grito. En eso se levantará tu mujer, y al salir de la puerta, pegará un grito, un salto y quedará también convertida en una mula, que saltando y corriendo se alejará de tu casa para ir a su reunión. Después vendré para llevarte al lugar y decirte lo que debes de hacer después para castigarla.

En la noche convenida siguió todos los consejos, y efectivamente, tal como se lo había dicho, así fué en efecto. Todo se cumplió fielmente.

Poco después que su mujer salió en aquella forma, se presentó su amigo, diciéndole que le siguiera. Le dió en seguida que oliera otro pomo de polvos que llevaba, y le dijo que no se asustara de lo que tenía que ver.

Una vez que hizo aquello, es decir, convertidos en dos zopilotes, viejos y feos, y tendiendo sus alas, empezaron a volar. Volaron mucho; ya estaban a una gran distancia cuando por fin se llegaron a pasar sobre unos peñascos bastante feos, y desde allí se divisaba allá en el fondo una gran llanura en donde se veía un sin número de guajolotes, que esponjados todos con un collar de animales pequeños ponzoñosos en el pescuezo, bailaban alegremente al son de una música que la componían las chicharras, los renacuajos y otros animales.

Los brujos al llegar tenían que quitarse sus cabezas, y colocarlas en un lugar separado de los hombres y de las mujeres. Siguió la fiesta después con la cena, que estaba compuesta de gusanos, lagartijas y muchos insectos ponzoñosos.

El marido estaba sorprendido de aquella clase de fiesta, y suplicóle señalara adónde estaba su esposa.

Al señalársela, vió a aquélla convertida en uno de los más feos guajolotes que festinaban. Después preguntó lo que debería de hacer para vengarse. Éste dijo que esperara que se lo diría a tiempo.

Poco después, aquel grupo de hechiceros empezaron a hacer su oración adorando a un tecolote (buho). Como durante mucho tiempo tenían que estar meditando, aprovechando esa oportunidad, los dos zopilotes que no eran sino el marido y el denunciante, bajaron y se aproximaron al lugar. Ya estaban convenidos que lo que harían era cambiar de lugar las cabezas, colocar la de los hombres al de las mujeres, y vice-versa.

Así lo hicieron sin que fueran sentidos y ambos se retiraron de aquellos lugares para irse cada quien a dormir a su casa.

Cuando pasaron a la casa del marido, éste tuvo que oler cierto polvo para adquirir su forma primitiva, y entró en su casa, y vió que su mujer aun no volvía.

Al poco tiempo llegó la mujer con la misma forma, y después de pegar el mismo grito, adquirió su propia forma, y entró a la pieza para acostarse. Entre tanto, su amante continuó su camino en la misma forma.

El marido no hizo nada y la dejó que hiciera lo que quisiera. Ya cerca de amanecer, se levantó la mujer y empezó a prepararse para comenzar su trabajo durante el día. Pero al hacerse el lavado de manos y de cara, quedó sorprendida de que en las manos le quedaban algunos cabellos que se le arrancaban de la barba y de los bigotes. Al examinarse bien observó que la cara que tenía no era la propia sino la de su amante. Al considerar lo bochornoso que le sería presentarle a su marido aquella cara, lo que hizo fué acostarse aparte y envolverse con un tosco petate, en donde poco tiempo después murió de pura vergüenza.

Cuando el marido se levantó, viéndola que estaba inmóvil, quiso verla y la encontró muerta. Al salir a la calle a dar cuenta de lo que ocurría, se encontró con los mismos casos en muchas casas de familias adúlteras.

Los hombres llevando las cabezas de sus queridas, y las mujeres la de sus amantes.

¿Qué pasó en ese caso?

Sencillamente que el marido fiel y su consejero cambieron el sitio de las cabezas de todos aquéllos, que sin fijarse en éstas, las tomaron y se las colocaron. Así terminó con la muerte de aquéllos la brujería en aquel pueblo.

159. CUENTO DE UNA BRUJA

En un pueblo vivía una muchacha blanca muy bonita, a todos simpatizaba, y muchos jóvenes fueron víctimas de su belleza.

En una tarde lluviosa, llegó a aquel pueblo un viajero y cupo la casualidad que llegara a la casa de la muchacha aquella, pidiendo posada para una noche. Los padres se la concedieron; al entrar aquel viajero en la casa, se sorprendió al ver aquella muchacha, y más que por su belleza por los ricos collares que llevaba en el cuello, y que la empieza a enamorar. Logró conquistarla en aquella noche.

Al día siguiente, el pasajero aquel pidió la mano de la muchacha a sus padres, y éstos accedieron gustosos; y mientras se hiciera el casamiento el novio vivió en la casa de la muchacha.

Entonces aquel hombre le dijo a la muchacha:—Quítate tus collares y guárdalos; solamente en los días de fiesta te los pones.—Sí,—dijo la muchacha. Se los quitó y se los dió al hombre para que los guardara. El hombre no conforme con guardar solamente los collares, le dijo a la mujer que le diera su dinero para que lo guardara.—Sí,—dijo la muchacha, y le dió el dinero.

Ocho días faltaban para el casamiento cuando aquel hombre desapareció con collares y dinero. La muchacha se puso triste, y a la vez enojada, y le dijo a sus padres:—Ahora va a ver este hombre; no se ha de burlar de mí.

En la noche se transformó en un león y se fué en seguimiento de aquel hombre. Lo alcanzó a medio camino en una casita que estaba por allí. Hizo paraje, y lo encontró durmiendo. Allí le sacó los testículos, recogió los collares, y regresó para su casa.

Al día siguiente despertó aquel hombre, y sintió que ya no tenía los testículos, y se puso muy triste. Cargó el dinero y se fué para una casa. Llegó con la misma tristeza pero no avisó nada de lo que le había sucedido a su familia. A los ocho días aquel hombre murió.

160. CUENTO DE UNAS MATLASIHUAS

Un joven músico tenía muchas novias y muchas queridas; a todas horas de la noche platicaba con ellas. Una vez lo citaron a tocar en un pueblo cercano al suyo. Se fué en la tarde, allí tocó y bailó.

A la media noche recordó que tenía cita a las doce de la noche. Se despidió de la casa, y que regresa para su muchacha. Era noche de luna, y en-

tonces dijo él:—¿Cómo no vengo con mi novia a esta hora por este camino? Cuando a lo lejos aparecieron dos muchachas vestidas de blanco y con el pelo suelto. Entonces él quedó admirado y dijo:—¿Adónde saldría mi novia? Tal vez vino a esperarme. Luego le habló y le dijo:—¡María, espérame! Aquellas mujeres contestaron:—Vamos pronto,—y echaron una carcajada. El hombre aquel apurado estaba para alcanzarlas; por más que corría no les daba alcance, y ellas despacio no más iban. El hombre quería darles alcance, pero no pudo. Las mujeres risa que tenían y aquel hombre más se esforzazaba.

Por fin se cansó, y dijo:—¿Qué serán estas mujeres, buenas o malas? Luego le vino un escalofrío y le entró luego el miedo. Se quedó un rato pensando, y cuando volvió en sí, vió que estaba en una barranca llena de espinas, y las mujeres habían desaparecido.

Apenas pudo salir de la barranca, y dijo:—Pues éstas son las matlasihuas de que me hablaban tanto, y ahora me han engañado. Salió de aquella barranca y se fué para su pueblo. Luego fué a ver a su novia, y la encontró en su casa. Le preguntó si había salido. Ella dijo que para nada, que en su casa se había estado toda la noche.

Después de esto, el hombre le contó lo que le había sucedido en el camino, y ella también aseguró que aquellas mujeres eran matlasihuas.

161. CUENTO DE UNA BRUJA

Ésta era una muchacha blanca, bonita, pero todo esto se desvaneció y fué causa que la odiaban por la brujería. Ninguno quería creer que la hermosa muchacha era bruja, y ella no lo daba a conocer tampoco. Pero hubo una mujer que aseguró que aquella bonita muchacha era una bruja, y que decía se transformaba en una gata blanca, y se iba por los montes; y más todavía, que era ella la que hacía tantos males a las criaturas de aquel pueblo.

Toda la gente se quedó sorprendida con el denuncio de aquella señora. Esto bastó para que todos odiaran a la muchacha aquella; y se pusieron a espiarla. En esa espía vieron que en realidad de la casa de la muchacha salía una gata blanca que aseguraron que era ella.

A los pocos días se quejó un señor que a su casa iba una gata blanca todas las noches, y que hacía llorar a su criatura, y que a veces hasta de día iba a la casa.

Entonces le dijeron que se armara de una arma, y que la esperara, que ya sabían quién era la bruja. El señor así lo hizo. Un día como a las seis de la tarde, vió saltar la gata por el techo de la casa, y luego le apuntó. Le pegó en la mera cabeza, y cayó el animal al suelo. En esos mismos momentos, cayó muerta la muchacha que estaba cosiendo en el corredor de su casa. Le empezó a salir sangre por la boca, por la nariz y por los oídos.

Entonces luego corrió la voz de que ella era la que mató el señor, y todos

quedaron convencidos de que en realidad fué una bruja; y más todavía cuando notaron que después de muerta ya no hubo otro padre de familia que se quejara. A la que hacia el daño la habían matado.

162. HISTORIA DE UN TOCINERO

En la vieja población de Toachila vivió un hombre que era tocinero. El viajaba en las poblaciones y de casa en casa, preguntaba que si tenían marranos para vender. A veces encontraba, y a veces no encontraba marranos.

Cierto día fué a un pueblo llamado Santa Ana Tagache a comprar marranos. Allí le entró la noche. El tocinero no podía caminar porque temió que en el camino le salieran algunos ladrones. El se preguntó:—¿Qué haré? ¿Seguiré el camino? Después de haberse hecho una serie de preguntas, se resolvió a quedarse en ese pueblo. En la casa donde había parado el señor allí vivió una familia que tenía dos hijos y una hija pequeña. La madre de ellos estaba en cinta; el esposo era muy bueno y cariñoso, y no era desconfiado.

La noche que se había quedado en esa casa, había llovido mucho, de manera que el agua había entrado en la casa en donde dormían los pasajeros. El dueño de la casa le dijo al tocinero:—Digne V. quedarse en la casa en donde yo duermo con mi familia sin que le sea molesto.

—Gracias,—le contestó el pasajero. Le pusieron la cama. La cama era de carrizo como en la actualidad se usan en las poblaciones. El viajero se acostó, pero no pudo dormir porque pensó que su familia tenía que esperarlo al siguiente día.

El tocinero vió entrar como a media noche, un hombre que tenía el cuerpo deforme, y tenía el cuerpo blanco. Ese hombre monstruo se había llevado de la casa a una criatura. Entonces el tocinero se asustó muchísimo y se dijo:—No sé cómo obedecí al dueño de quedarme junto con su familia; ahora me echará la culpa. Dirá él que yo maté a su mujer.

En eso estaba pensando cuando vió entrar a ese hombre monstruo y la criatura. El monstruo desapareció en ese jacal. El tocinero había pensado que la señora ya no vivía sino que estaba muerta, pero cuando amaneció, la señora estaba viva.

El tocinero no le dijo ni una sola palabra al dueño, ni a la señora; pagó la posada, y en seguida tomó el camino para el pueblo de Toachila.

Cuando llegó a su casa, su familia estaba muy triste porque había creído que le había pasado alguna cosa en el camino. El tocinero no platicó a su familia lo que había visto en la casa donde había dormido.

Continuó yendo a comprar marranos a esa población (Santa Ana Tagache), y quedándose en la misma casa donde se había quedado siempre. Volvió a ver que como a las doce de la noche entraba el hombre aquel que había visto por primera vez. Entró en aquella casa.

Ese monstruo se llevó a la criatura, y después de cierto tiempo regresó con la criatura y desapareció inmediatamente. Todas las veces que se quedaba en aquella casa, veía que el monstruo aquel llegaba e iba con la criatura, regresaba con ella y desaparecía en seguida.

El tocinero no quiso descubrir lo que había visto, y un día le dijo al marido de aquella casa:—Señor, yo desearía que tan luego como dé a luz su mujer al niño o niña ser el padrino.—Con muchísimo gusto,—contestó el casero.

Cuando volvió a ir, la señora ya había salido de su cuidado, y dió a luz a una niñita. El señor cumplió los deseos del tocinero y se volvieron compadres.

Cuando volvió el compadre a ir a aquella población y a quedarse en la casa de su compadre, observó que el hombre aquel ya no iba a traer a aquella criatura sino que entonces ella iba sola.

El día siguiente muy temprano el tocinero avisó a su compadre lo que comenzó a observar desde la primera noche que se había quedado junto con ellos. El padre comenzó a entristecerse al saber que la niñita salía a media noche. Avisó a su mujer lo que el compadre le había dicho.

Entonces la mujer le dijo a su marido:—Para evitar la salida de nuestra niñita, colocaremos en la puerta muchas crucecitas hechas de alfileres. En efecto, así lo hicieron. A la media noche, la niñita se levantó y comenzó a dar de gritos.

Sus padres despertaron y le dijeron a ella que porqué lloraba. Entonces dijo que ella tenía ganas de salir al patio. Entonces el padre abrió la puerta, y la niñita no podía salir. Entonces su padre dijo:—No cabe duda de que tú eres una brujita, sinvergüenza.

Al oir estas palabras la criatura murió de vergüenza.

163. CUENTO DE UN DUENDE

San Mateo Cajonos, Villa Alta.

Un duende salió una vez a un cerro, y le dijo a un vaquero que estaba cuidando sus toros:—Oye, tú, muchacho, quiero que tú me prestes un toro, porque voy a montar, porque tenemos una fiesta muy buena. El vaquero respondió:—¿Adónde tiene V. su fiesta? El duende dijo:—La fiesta la tenemos en un picacho de este cerro.—Tampoco yo no puedo dar mi toro porque se puede enojar mi patrón.—No,—dijo el duende;—pero si tú quieres, yo te daré una buena virtud; y cuando se ofrezca que vayan a dar una fiesta en tu pueblo, tú has de ser un buen montador como yo. Entonces el vaquero dijo:—Lleva uno, pues. Y el duende llevó un toro, el más grande que había de todos. Cuando el duende llegó, donde había fiesta en la punta de aquel cerro, les dijo a los demás:—¿Qué están haciendo allí? ¿Ya tienen VV. sus toros aprevenidos? Aquéllos contestaron que sí.—Ya los toros están aprevenidos. Entonces el duende dijo:—¿Que son muy bravos?—Sí,—

respondieron los demás, y están bien aprevenidos.—¿Y está bien arreglado el corral para cuando llegue la hora? Ya dilatamos. Y los duendes que estaban allí, dijeron todos:—Todo, todo está bien aprevenido.

—Bueno,—dijo el duende. Cuando llegó la hora, entonces los demás sacaron sus toros que eran venados. Luego salieron los venados, y luego los torcadores que eran los chogones. Cuando soltaron el toro dentro de un corral y los toreadores ya estaban listos, llamaron al toro y entonces dijeron: —Nier, chier. Cuando ya pasó el toro, todos dijeron:—Chis chis.—Quedaron bien,—dice el duende. Entonces tocaron diana los músicos, que eran puros conejos.—Bueno, pues,—dijeron los duendes;—ya los toreadores han quedado bien. Ahora queremos saber, quién es el que monta. Entonces salió un brujo y dijo:—Yo voy a montar ese toro.—Ándale,—dijeron los que estaban allí. Entonces el brujo montó, y ahí iban los toreadores. Cuando soltaron al toro, entonces el montador dió una carcajada, y los toreadores también dieron una carcajada, y los músicos empezaron a tocar una pieza. Cuando el brujo se descuidó, brincó el toro, y el brujo cayó boca arriba, y entonces se levantó apenas, y cuando el toro volvió otra vez le dió un cuchillazo, y lo volteó hasta el otro lado del corral. Entonces entraron los lazadores que eran gatos monteses. Lazaron al toro y lo sacaron del corral. Entonces dijo el duende:—Ahora voy yo,—Y sacaron el toro del corralito. Entonces dijo éste:—Yo lo traje y yo lo monto. Entonces dijeron los chogones: —¿Oyes, duende? Tú dices que tú montas ese toro. No más ten mucho cuidado, para que no te vaya a pasar como a aquel amigo.—No,—dijo el duende,—porque yo no soy borracho, y VV. tengan mucho cuidado, porque este toro sí es muy bravo.

Entonces respondió el chogón:—Si no porque soy, pero dirá V. que no puedo brincar. Cuando el toro me tantea será porque él no me hace nada, y aunque he tomado chingrite me paro fino. Tenga V. cuidado. Y sin tocar hasta el más meco que sea. Entonces echaron al valentón a ese toro, y lo montó el duende. El toro respingaba mucho, pero el duende no cayó. Quedó muy bien. Después diana y más diana tocaban los músicos, porque el montador había salido bien y sin novedad. Allí vió al vaquero, y le dijo el duende al vaquero:—Y tú, muchacho, así es que si quieres tú montar el toro yo te daré una virtud. Y quieres montar, porque vas a llevar el toro que llevó el brujo. Y el brujo dijo:—Pero ¿qué tal si me caigo?—No te caes,—dijo el duende. Yo hablo por ti.—Bueno pues,—dijo el vaquero. —Yo lo monto. El toro lo tiró, y el brujo entró en el corral. Entonces el vaquero montó aquel toro, pero no cayó. De allí comenzó después y cogió una virtud que le dió el duende. El vaquero salió un buen montador y toreador también. Pues ahí tienen VV. lo que ha pasado, y al chogón lo ven cojito, pero muy buen toreador, que ha quedado bien con el duende.

164. CUENTO DE UN DUENDE

Simatlán, Simatlán.

Un señor y su mujer vivían en una casa muy grande en la orilla de un pueblo. El señor se dedicaba a la arriería. Llegaron a tener dos hijos. El padre salía, y la madre se quedaba con sus hijos. En una tarde muy tranquila, estaba la madre sentada en el corredor de su casa y adelante de ella sus hijos jugando, cuando de repente oyó un ruido en el tapanco, y al rato salió un niño como de ocho o diez años por la puerta, bien vestido de saquito y pantalones y zapatos. Éste puso en el suelo una bolsa, de donde sacó muchos juguetes, y empezó a llamar a los niñitos, para jugar. La madre admirada de aquel niño se decía:—¿De dónde saldría este niñito? Cuando entró la noche, recogió sus juguetes, y se subió por el tapanco, sin decir una palabra a la señora asustada. En la noche, como a las diez, volvió a bajar. Los niñitos de la señora ya estaban durmiendo. Se acercó a donde estaba la señora, y ésta se tapó luego la cara. Y cuando se destapó, vió que estaba bailando aquel niñito, y mientras bailaba se acostó luego la señora, abrazando a sus hijitos. Al día siguiente se levantó la señora y vió que una olla de nixtamal estaba llena de estiércol de caballo; y dijo:—¿Qué niñito haría esta maldad? A la noche siguiente volvió aquel niño, y volvió a hacer lo mismo, y hasta encima de la señora volvió a echar estiércol, y así fué todas las noches.

Cuando llegó el marido le avisó lo que había visto, y dijo que para otra vez ya no se quedaría allí. El marido ni lo creyó. En los días que estuvo el señor en la casa no fué el duendecito, y con esto el señor menos lo creyó. A los pocos días se volvió a salir y se quedó sola la señora. Entonces volvió a aparecer el duendecito de nuevo, con sus maldades y se quería llevar a los hijos de la señora. Los llamaba por la calle enseñándoles los juguetes; pero la madre no los dejaba, y con esto más se asustaba la señora, y ya no veía las horas en que llegara su marido. Y se volvió a quejar. Entonces él dijo:—Voy a ver qué cosa es lo que te asusta, y luego puso la escalera para subir al tapanco; pero, al subir, el duende, empezó a echarle de mazorcazos en la cabeza y no lo dejaba subir.

El señor renegando hasta que hizo un esfuerzo para subir, y el duende no paraba de tirarle mazorcazos. Llegó hasta la media escalera, y ya no podía subir más adelante. Estando allí fué cuando se ventoseó, y con aquello, bastó para que el duende corriera, saliéndose por la ventana. Cuando llegó el señor al tapanco, ya no había nada. Entonces se bajó y le dijo a su mujer:—Ya sabes para otra vez, si sigue viniendo para cuando yo no esté aquí, te ventoseas, y con eso se va luego. A los dos días se fué el señor a los viajes, y se quedó la señora. En la noche luego bajó el duende y se fué acercando donde estaba la señora. Y ésta, como ya sabía cómo hacer para el

duende, cuando ya estaba junto de ella, entonces la señora se ventoseó, y el duende al oler aquello, ya no se estuvo otro rato, y luego corrió y se fué. Así fué haciendo la señora cada vez que venía el duende, hasta que por fin se enfadó, y ya no fué a parar allí.

165. EL DUENDE FIHURITÍ

Cierta familia vivía en un pueblo y en una casa situada en las afueras de la población; pero aquella casa no era una casa tranquila o quieta sino por el contrario, era una casa que estaba ocupada por muchos duendes que continuamente estaban molestando a aquella familia arrebatándole sus cosas, pegándoles a los niños de la casa, tirando basuras en donde trabajaban, echando tierra en sus alimentos, bajando las frutas verdes de los árboles, haciendo ruido durante la noche, fingiéndose gentes, y llemándoles la atención; en fin, molestando de cuantas maneras podían a aquella pobre familia.

Al ver aquella familia que les era imposible seguir viviendo en aquella casa, en donde hacía falta la tranquilidad, determinaron cambiarse de casa. Entre los duendes había uno que se hacía más notable por su actividad para dar guerra, pues no perdía ocasión que se presentaba para molestar hasta donde le fuera dable. Pues bien, a este duende la familia le había puesto el nombre de Fihurití. La familia había ya encontrado casa adonde trasladarse, aunque sentía su desaparición de aquel lugar por las comodidades que le ofrecía, y empezazon a llevar todas sus cosas a otra casa. Ya era el último viaje que llevaban; ya la casa la habían cerrado, creyendo ellos que para siempre se habían quedado los duendes, y hasta se habían despedido de ellos en forma burlesca.

A medio camino iban cuando recordaron que se había quedado algo en la casa, y ese algo era la escoba. Ya se disponían a regresar cuando dijo el duende:—También yo Fihurití, y acá llevo la escoba. Era que el duende los seguía.

166. EL NIÑO AMARRADO POR UNOS DUENDES

Un niño como de cinco años de edad, habiendo ido un día a jugar sólo acompañado por un pequeño perro, se dirigió hacia los alrededores del solar de su casa. Pues hay que advertir que esto sucedió en un pequeño pueblo.

Al llegar cerca de la cerca, el niño empezó a jugar con unas piedras. El niño iba sin calzones, con camisa, y amarrada su cintura con un cordón. Cerca de aquellos lugares, estaban varios árboles de higuerilla y hacían una bonita sombra en sus pies. En aquellos lugares cuenta el niño que estaban varios niños vestidos correctamente. Al ver al niño encamisado, todos

quisieron acercársele; y con señales hechas con las manos, decían que fuera a jugar con ellos.

El niño que iba solo, y queriendo jugar con aquellos niños tan simpáticos para él, se acercó. Luego que estuvo entre ellos, empezaron a jugar todos, pero dice que aquellos niños no hablaban. Después que jugaron un momento, empezaron por pegarle y ya queriéndose ir, cuando lo agarraron entre todos y lo cargaron.

Llevándolo a la punta de un árbol de higuerilla, allí lo amarraron contra el palo con su propio cordón y luego desaparecieron aquellos niños que los juzgaba buenos.

Cuando se vió solo, empezó a dar de gritos. Su familia lo buscaba, hasta que se dió cuenta de dónde salían los gritos. Llegaron al lugar, y allí vieron a la criatura que lloraba amargamente de verse solo y amarrado a aquel árbol. Después de bajarlo, contó lo que le había sucedido.

ÍNDICE

EL FOLKLORE DE OAXACA

Introducción I

I. Mitos sobre la Creación y sobre los Ídolos 1

1. El Origen del Mundo A 1
2. El Origen del Mundo B 7
3. El Origen del Mundo C 11
4. La Fundación del Templo de los Cielos 16
5. Los ídolos 19
6. Los ídolos y Los Hombres 24
7. El Origen de Los ídolos 29
8. Los Reyes y Dioses de Los Toltecas 31

II. Mitos Astrales 34

9. Conversación entre La Luna y Las Estrellas 34
10. El Cuento de Dos Rayos en Un Palo 36
11. Un Apunte de Las Estrellas y Nubes 38
12. Cuento de Una Estrella 42
13. Cuento de Una Nube 43
14. Cuento de Una Nube 43
15. Cuento del Rayo 44
16. El Sol y La Estrella 46
17. Cuento de Una Estrella 51
18. Cuento de La Luna 51
19. Cuento de La Nube 52
20. El Sol 53
21. La Luna 57
22. Las Estrellas y El Sol 60
23 El Sol conversando con Un Cometa 62
24. El Sol y Las Estrellas 64
25. La Estrella Errante, y Las Demás Estrellas 67
26. Luna y Venus 69
27. El Sol 72
28. Las Estrellas 73

III. Cuentos de Árboles, Flores y Piedras. 76
29. El Encino y El Ocote. 76
30. La Rosa y El Jazmín. 79
31. Los Árboles. 83
32. La Piedra y El Árbol. 86
33. Piedras. 90
34. Los Árboles. 94
35. El Naraujo y El Limón. 95
36. La Palmera y El Cocal. 98
37. El Árbol y El Tecolote. 101
38. Cuento de Un Árbol. 104
39. El Encino y El Ocote. 105
40. El Oajal y El Fresno. 108
41. La Piedra y El Árbol. 109
42. El Árbol y El Hombre. 112
43. Cuento de Un Árbol. 115
44. El Árbol y El Hombre. 115
45. El Árbol comido por las Hormigas. 120
IV. Cuentos de Animales. 120
46. El Machín y El Jardín con Muchas Frutas. 120
47. Un Machín. 122
48. La Gallina, El Grillo, La Paloma y El Gato. 123
49. El Venado y El Sapo. 124
50. El Mosquito y El Toro. 125
51. El Gato y El Tejón. 127
52. El Tejón y El Tigre. 130
53. El Gato y El Ratón. 132
54. La Ardilla y El Conejo. 134
55. El Coyote y El Conejo. 137
56. El Coyote, El Tlacuache y La Liebre. 142
57. Cuento de Un Perro. 144
58. Cuento de Una Gallina. 145
59. El Machín. 146
60. Dos Zorras. 148
61. Un Pinturillo Colorado. 148
62. Cuento de Un Ratón. 149
63. El León y la Zorra. 149
64. Cuento del Correcamino. 151
65. Cuento de La Zorra y El Coyote. 152
66. El Conejo y El Coyote. 153
67. Cuento de Un León. 154
68. Cuento de Un Gorrión. 155
69. Cuento de Un Perro y Un Gato. 155
70. Los Tigres y Los Osos. 156
71. El Mono y El Coyote. 157
72. El Toro y El Burro. 160
73. El Sapo y La Tortuga. 162
74. El Pato y La Serpiente. 165
75. La Pantera y El Mono. 167
76. El Coyote y El Zorro. 170
77. El Gallo y La Zorra. 173
78. El Conejo y El Zorro. 174
79. El Caballo y El Burro. 175
80. El Mono y El Chivo. 178

81. Cuento de Una Máscara. 180
82. Cuento de Una Mosca. 180
83. Cuento de Una Rana y Un Sapo. 180
84. El Hombre que busca Venados. 181
85. El Machín y La Zorra. 182
86. El Lagarto y El Burro. 184
87. El Casamiento de un Coyote que buscó al Conejo para Padrino. . . . 185
88. La Chicharra y La Iguana. 185
89. El Chapulín y El Alacrán. 186
90. El Conejo y El Espantajo. 186
91. El Ratón Pobre y El Ratón Rico. 187
92. El Tigre y La Zorra. 187
93. El Gallo y El Perro. 188
94. El León y El Grillo. 190
95. El Conejo, El Coyote y El Cordero. 191
96. El Zorro y El Gallo. 192
97. El Venado y El Sapo. 193
98. El Conejito, El Coyote y La Tlacuacha. 194
99. El Zancudo. 195
100. Un Padre que tenía tres hijos. 195

V. Cuentos Humanos. 198
101. Los Dos Compadres. 198
102. Alí Baba. 199
103. Los Tres Hijos. 202
104. Los Dos Niños. 204
105. Compadre Rayo y Compadre Serpiente. 205
106. El Rey y El Ebrio. 207
107. Cuento de Un Arriero. 210
108. Cuento de Juan Soldado. 211
109. Juan El Oso. 212
110. Juan Garrotillo. 216
111. Cuento de Un Tirador. 220
112. Cuento de Un Soltero Callejero. 222
113. Cuento de Un Gachupín. 224
114. Cuento de Otro Gachupín. 224
115. Cuento de Un Hermitaño y Un Compadre Beltraño. 225
116. Cuento de Un Rico que dejó Una Herencia a Los Hijos. 225
117. El Pobre que se casó muy joven. 227
118. Cuento de Un Costeño. 229
119. Cuento de Tres Hermanos. 230
120. Cuento de Un Cura y Un Zapatero. 230
121. Cuento de Un Cura. 231
122. Cuento de La Mujer de Un Zapatero que quedó sin Dinero. 231
123. Cuento de Antonio Loco. 234
124. Cuento de Un Zapatero. 235
125. Cuento del Cura con El Sastre. 235
126. El Hijo Holgazán. 236
127. Cuento de Un Señor Pobre. 236
128. Cuento de Juan Tonto y Juan Hábil. 237
129. Cuento de Juan Ceniza. 238
130. Cuento de Juan Ceniza. 239
131. Los Tres Hermanos. 240
132. Cuento de Una Niña que deseaba tener un Marido que tuviera un Lucero en la Frente. 243

133. Cuento de Un Borracho que de la Cantina no salía. 245
134. Un Caballero y su Caballo. 246
135. El Enamorador Tunante y La Princesa. 247
136. Cuento de Un Pobre a quien Dios le protegió. 249
137. El Compadre Pobre y El Compadre Rico. 249
138. Cuento de Un Muchacho que se mató. 250
139. Cuento de Un Leñador. 252
140. Cuento de Un Hombre Pobre que después se hizo Rico por medio de Un Asno. 253
141. El Zapatero y El Coronel. 255
142. Cuento (Mije Antiguo) de Un Pobre Hombre y de Los Tres Leones. . 256

VI. Cuentos de Brujas. 258
143. Un Joven que había dado palabra de matrimonio a dos jóvenes. . . 258
144. El Brujo. 259
145. La Bruja. 261
146. La Bruja y El Brujo. 264
147. Cuento de Un Hechicero. 266
148. Creencia en Los Cerros. 268
149. Cuento de Una Bruja. 269
150. Cuento de Unas Brujas. 270
151. Cuento de Un Brujo y de Una Bruja. 271
152. Cuento de Un Brujo. 272
153. Una Brujería. 272
154. Los Machines. 274
155. La Poza del Catrín. 276
156. Los Hechiceros. 277
157. Los Hechiceros. 278
158. Los Brujos. 280
159. Cuento de Una Bruja. 282
160. Cuento de Unas Matlasihuas. 282
161. Cuento de Una Bruja. 283
162. Historia de Un Tocinero. 284
163. Cuento de Un Duende. 285
164. Cuento de Un Duende. 287
165. El Duende Fihurití. 288
166. El Niño amarrado por Unos Duendes. 288

Indice. 291

91-B44(B)

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00778 6714